

se

LUIS DELCADO

La Corbeta Mosca

UNA SACCA MARINERA ESPANOLA

Lectulandia

En este libro, Luis Delgado acomete el desconocido pero decisivo papel jugado por los hombres de la Real Armada durante la Guerra de la Independencia. El capitán de fragata Santiago Leñanza, tercer miembro de la saga, continúa como ayudante del general Escaño, ministro de Marina de la Junta Central y posteriormente miembro del Consejo Supremo de Regencia. Se viven los decisivos momentos de la defensa de Cádiz, una gesta de tremenda importancia para el futuro de la guerra. Nuestro personaje recibe el mando de la corbeta Mosca, que parte de comisión a las islas Azores integrada en una división británica. Aunque la oposición naval francesa es escasa, en aquellas aguas sufre duras situaciones de mar y guerra que se rematarán en sangriento combate contra una fragata enemiga.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

La corbeta «Mosca»

Una saga marinera española - 12

ePub r1.0

Titivillus 23.07.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Consuelo y Luis

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra o las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

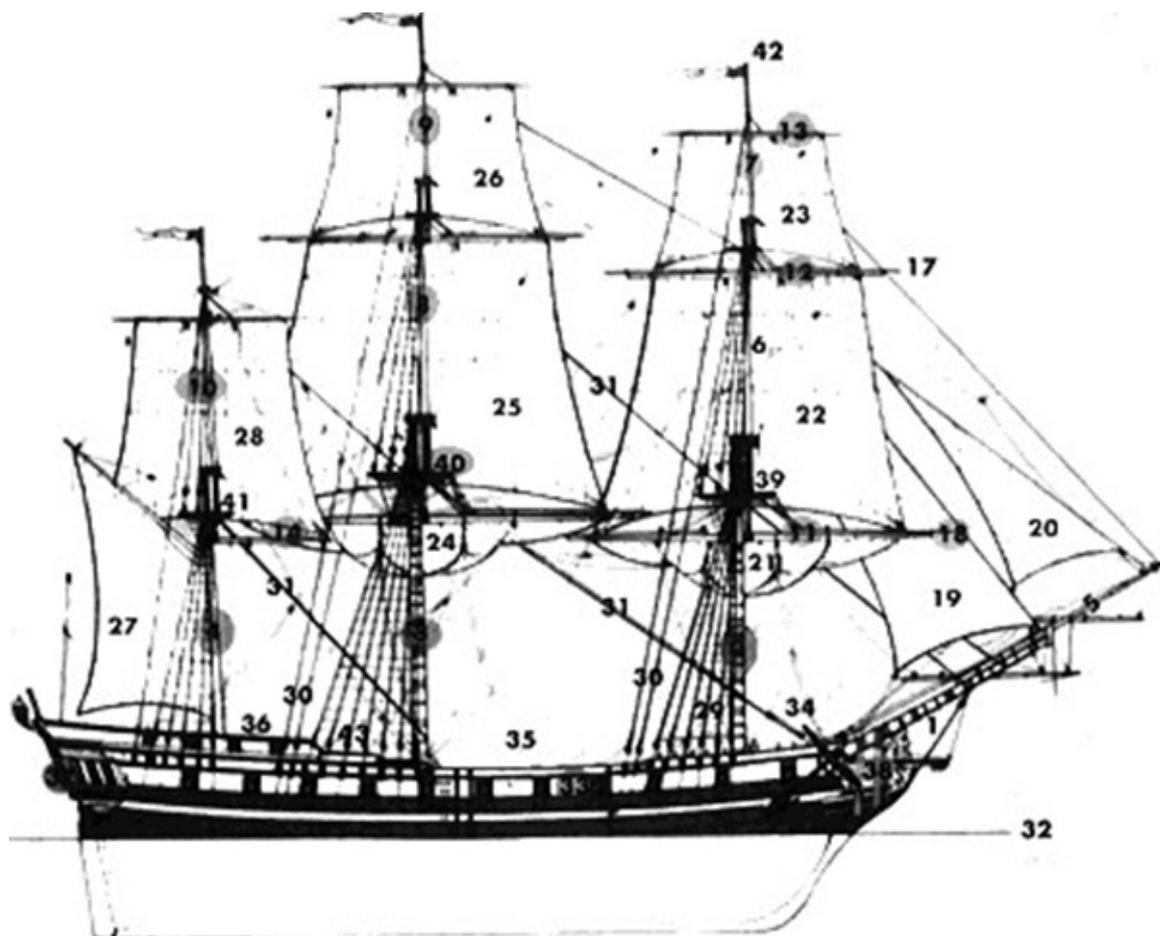
Hombres, mujeres, mozos y viejos, sucios y limpios, todos van hechos una mololoa y mazamorra, pegados unos con otros; y así, juntos a unos, uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas, mientras vos almorzáis; y no se puede decir a ninguno que use de mala crianza...

Eugenio de Salazar (siglo XVI).

Descripción de la vida a bordo de los buques en su tiempo.

*Ya salen las galeras
del puerto, madre,
con las velas tendidas
y en popa el aire.*

Estribillo de romance (siglo XVII)



1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Botalón del foque o del bauprés; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrera; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete (vela); 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana; 29. Jarcia; 30. Obenques; 31. Estayes; 32. Línea de flotación; 33. Portas para la artillería; 34. Castillo; 35. Combés; 36. Toldillo; 37. Jardín (servicios de oficiales); 38. Beque (servicios de marinería); 39. Cofa del trinquete; 40. Cofa del mayor; 41. Cofa del mesana; 42. Galleta del palo trinquete; 43. Alcázar.

Prólogo

Con este ejemplar, querido lector, cubro la primera docena de volúmenes en mi colección de novela histórica naval, *Una Saga Marinera Española*. Compruebo con cierto optimismo cómo se abre poco a poco en deseada realidad lo que comenzara hace años como una lejana ilusión y sincera declaración de intenciones. Se trata sin duda de un número redondo, ese doceno, aunque ya se entablen en mi cerebro ciertas prevenciones respecto al siguiente, dado el maléfico cardinal que llevará incorporado en el lomo sin remedio. Por fortuna, nuestro riquísimo idioma siempre ofrece sabias soluciones para sortear similares trances y podré utilizar la antigua acepción de la docena del fraile, empleada de forma artera para remarcar un conjunto de doce elementos más uno sin necesidad de nombrar ese número que en opinión de tantos jamás ha de pronunciarse.

Debo continuar con ese alargado periodo de nuestra historia en el que toda España se rebelaba altiva y orgullosa ante la invasión francesa. Por desgracia, era triste comprobar la vergonzosa y denigrante actuación de nuestra familia real, signando en asentimiento las decisiones de Napoleón sin arriesgar una mota con el necesario honor y orgullo en defensa de sus derechos. A pesar de ello, y sin merecerlo, el pueblo clamaba por su legítimo rey don Fernando, y fue el pueblo llano quien se lanzó a la calle en los primeros momentos, con cualquier arma a disposición, para barrer las dudas que muchas altas magistraturas todavía albergaban en la sesera.

Dentro de esa penosa contienda, con gran parte de España invadida por las tropas imperiales, la Real Armada jugó un papel desconocido pero de crucial importancia. Porque en un principio toda ayuda debía llegarnos desde la mar y a través de ella sería posible apoyar a nuestros ejércitos, regulares o no, donde también se alistaban los hombres de mar sin dudarlo. Las fuerzas de la Marina brillaron con voz propia, aunque su protagonismo quedara velado entre nubes grises, como tantas otras veces a lo largo de nuestra historia.

En este volumen, mi protagonista, Santiago de Leñanza, tercer miembro de la saga marinera en la que baso mi narración histórica a través de los años, acaba de ascender al empleo de capitán de fragata. Conseguía la merecida promoción tras haber tomado parte en el ataque sobre la escuadra francesa del almirante Rosily en la bahía de Cádiz, primera acción bélica regular entre la España libre y las fuerzas imperiales. Tal acción fue de crucial importancia no solo por el número de barcos acopiados, sino también por la ingente cantidad de armamento y pertrechos entregados con rapidez al ejército de Andalucía, que bajo el mando del general Castaños batiría semanas después al general Dupont en las sierras cercanas a Bailén.

Regresado a la Corte, Santiago continúa bajo las órdenes del teniente general Antonio de Escaño, que tan importante papel desempeñaría en el Gobierno de la España que no se sometía a los deseos del emperador Bonaparte. Como otros mandos de la Armada, comprendió la necesidad de mantener una puerta abierta a la mar a cualquier precio, y fue esa bella isla gaditana la escogida para tal fin. De esta forma quedaría suelo patrio sin arriar el pabellón, al tiempo que se posibilitaba el tráfico marítimo a través de su puerto, necesario para el arribo de refuerzos y el envío de personal y material a los ejércitos que luchaban contra el francés.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer marinero a lo largo de aquellos años incorporaré los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

1. Luces y sombras

Sabios son los consejos de nuestros mayores, como tantas veces repetía mi padre, aunque cueste cien arrobas comprenderlo cuando se calzan pocos años en las espuelas. Y no crean que alego tal sentencia por haber entrado de largo en ese periodo de nuestra vida preñado de añoranza, cuando se regresa de todos los mares con el espíritu abatido en cuadras, intentando apurar las últimas reliquias del aparejo. La razón no es otra que recordar aquellos días veraniegos del año del Señor de 1808, cuando vencidos inicialmente los franceses en España por mar y tierra soñábamos haber triunfado de forma rotunda y definitiva sobre las banderas del odiado emperador Bonaparte, con la inexperiencia que la juventud concede. Y razón sobraba a nuestro jefe, el teniente general de la Real Armada don Antonio de Escaño, al vaticinar que habíamos ganado una simple batalla de una larga contienda en la que la sangre regaría con generosidad los campos y aguas de España.

Como saben quienes hayan leído algún cuadernillo anterior trazado con orgullo por miembros de mi casa, la familia marinera de los Leñanza, que conmigo entraba en la tercera generación, pretendo continuar la narración de mis gloriosas venturas y alguna que otra negra desventura, que también las hubo, a lo largo de los muchos años de servicio rendidos en la Real Armada. Esta fue la tarea impuesta por mi añorado padre y, mucho antes, por el suyo, sin menoscabo alguno de tal obligación hasta el presente. Y bien saben los cielos que no nos ha movido otro fin que hacer comprender a las generaciones venideras el esfuerzo y sacrificio de tantos hombres entregados a la mar en nombre de España. Tal conjunto de pequeñas o grandes historias particulares puede componer la propia y majestuosa de esa generosa institución que siempre ha entregado todo y más por un ideal, sin recibir en muchas ocasiones un mínimo y debido reconocimiento.

Aludía a las sabias palabras del general Escaño porque tras la victoria conseguida en aguas de la bahía gaditana, donde rendimos la escuadra del

almirante Rosily a base de pequeñas unidades cañoneras y baterías instaladas en alarmante penuria por la costa cercana, y la posterior del ejército de Andalucía en Bailen sobre las tropas del general Dupont, tanto mi compañero Beto como yo estimábamos la escapada de los franceses de la Corte como acción definitiva, con el rey intruso a su cabeza. Batíamos palmas con orgullo al pensar que Europa entera podría observar cómo era posible vencer al prepotente gabacho con valor y entrega elevados hasta la cresta. Sin embargo, enfriaba nuestro ánimo don Antonio de Escaño con su habitual sabiduría, pronosticando una alargada contienda. De esta forma y en acuerdo con sus palabras, que no solían amparar yerros, desistimos de hacer regresar a nuestras familias a la villa de Madrid, instaladas semanas atrás a buen resguardo en una hacienda propia situada por tierras murcianas, hasta comprobar por dónde se abriría el futuro cercano.

Tanto mi buen amigo y compañero Adalberto Pignatti, casado con mi única hermana Rosalía, como yo, nos manteníamos cubriendo destino de ayudantes del teniente general de la Armada don Antonio de Escaño y García de Cáceres. Habíamos llegado bajo su manto a la Corte en el mes de abril del pasado año, con motivo de la inauguración del Consejo Supremo del Almirantazgo, una anhelada institución que generara tantas esperanzas entre los miembros de la Real Armada, de la que nuestro jefe era ministro escogido. Tras la caída de don Manuel Godoy, que arrastró al Consejo creado bajo su mano, don Antonio se mantuvo como miembro del Consejo Supremo de Marina, órgano sin función definida y formado con las mismas personalidades del extinto Consejo. Pero en golpe rápido llovieron los acaecimientos del glorioso 2 de mayo, cuando el pueblo de Madrid se alzó en picas contra el francés, seguido por el levantamiento de toda España con juntas patrióticas en defensa de los derechos de nuestro legítimo monarca don Fernando. A la designación de José Bonaparte como rey impuesto se respondía con el combate naval por aguas gaditanas, en el que tuve el honor de tomar parte al mando del falucho *Colombo*, acción bélica que inauguraba con merecido honor la contienda entre fuerzas regulares de la España considerada como libre y las tropas imperiales.

Tras el combate naval librado en los caños gaditanos, que se abren en coro de ángeles a su esplendorosa bahía, había sido ascendido al empleo de capitán de fragata, unas vueltas^[1] que mostraba en mi uniforme con escondido orgullo.

Y por azar del destino, cuando pensaba embarcar en uno de los navíos apresados al francés me veía obligado a regresar a Madrid en urgente y

peligrosa andadura. Debía entregar un importante mensaje a mi antiguo jefe, en aquellos momentos de tanta comunicación secreta y movimientos de rebelión oculta para los que en la Corte laboraban en la cuerda floja por la causa legítima. Por su parte, mi compañero y cuñado Beto se mantenía en el empleo de teniente de navío, ascenso alcanzado meses atrás por los méritos contraídos a bordo del bergantín *Penélope* bajo mi mando, tras culminar una arriesgada misión a las Indias.

Y aunque suspiráramos por regresar a nuestra vida, pisar la cubierta de un buque de la Armada y navegar aguas allá, no era momento de abandonar a quien tanto nos había favorecido. Tampoco parecía fácil la empresa de encontrar hueco entre los escasos buques disponibles, con los revuelos de aquellos días y la pavorosa penuria que campaba por nuestros arsenales. Y todo ello sin olvidar que esos establecimientos industriales de la Armada se dedicaban más a la fabricación de armamentos con destino a los ejércitos que se alistaban para combatir al francés, si continuaba en su empeño de dominar las viejas tierras hispanas.

En estas condiciones embocamos la segunda quincena de aquel inolvidable mes de julio de 1808, cuando observábamos con visible regusto cómo los franceses seguían dismantelando sus instalaciones militares en la Corte para tomar el camino del norte sin pérdida de tiempo. Temían los prepotentes gabachos la llegada de las tropas andaluzas que habían batido en toda línea al general Dupont, y a su cabeza preparaba cuerpo y bagajes el ya denominado por todos como rey intruso, que no debía gustar del ruido de las balas cerca de sus orejas. Por intercesión de Nuestra Señora de Valdelagua, y gracias a esa inesperada victoria de las tropas del general Castaños en la serranía andaluza, pudimos cancelar nuestra inminente escapada de la Corte disfrazados como tratantes de ganado, una vez que nuestro jefe y el resto de los miembros del Consejo Supremo de Marina se negaran de forma repetida a prestar el preceptivo juramento de fidelidad en manos del rey impuesto.

Como ya les he dicho, en el aspecto personal nos tranquilizaba el hecho de que nuestras familias se encontraran a cubierto y en salud, alejadas del bullicio revolucionario nacional. La hacienda de Santa Rosalía, a escasa distancia de la murciana villa de Cehegín y suficientemente apartada de zonas consideradas como peligrosas, podía ser el remanso de paz y seguridad buscado. María Antonia, querida tía a la que considerábamos verdadera madre, era mujer de carácter y capaz de mantener el orden de la casa como capitán de guardia. Apoyaría sin fisuras a nuestras jóvenes esposas, al tiempo que frenaba a su alocada hija Cristina. Sin embargo, y para mayor

tranquilidad, decidimos enviar un emisario que nos pusiera al corriente de la situación, tras sufrir demasiadas semanas sin noticias.

El elegido para la misión no podía ser otro que Okumé, el buen africano de piel negra como brea de calafate, cuya manumisión había conseguido mi padre a temprana edad. Compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos, con el paso del tiempo este hombre genial acabó por convertirse en persona inseparable y de absoluta confianza, como un miembro más de la familia, aunque debiera actuar a mi lado como secretario, consejero o incluso cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad, para ocupar plaza a bordo en los buques de la Armada. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la terrible explosión sufrida a bordo del navío *Real Carlos*, así como algún tiempo después a bordo del bergantín *Penélope*, cuando el inesperado huracán antillano nos desplumó a muerte, evitando mi inminente caída al agua.

Okumé regresó dos semanas después con la montura a batir cueros. Por fortuna no sufrió accidente alguno, aunque las veredas y caminos de toda España se encontraran alterados y con tropas en formación un tanto descontroladas. Y para calmar los ánimos aportaba excelentes noticias que mucho nos tranquilizaron. Lo sometimos a un interrogatorio más propio de la Santa Inquisición, con preguntas sin fin en andanada repetida que dejaron nuestros espíritus en sosiego.

—No han de preocuparse en absoluto. Las jóvenes señoras y doña María Antonia gozan de vida tranquila y regalada en la hacienda de Santa Rosalía, donde nada les falta. No hay movimientos de tropas ni revueltas peligrosas en los alrededores.

—¿Y la joven Cristina? ¿Continúa con su acendrado odio hacia mi persona?

Preguntaba con marcado interés y cierto recelo. Todavía volaban los cuervos en mi cabeza por el desvarío de la niña recién entrada en mujer. La alocada actitud de esa prima, querida como hermana de sangre, me obligó a exigir reparación en duelo al oficial francés de sus amores, tras imperdonable y grosera descortesía del gabacho. Por fortuna, me vi favorecido con la suerte de los cielos, que cerca estuve de perder la vida en el lance.

—Tal y como le predije, se han remansado las aguas y la jovencita parece haber recobrado la cordura por la gracia de los cielos. Me apremió en repetidas ocasiones para que le transmitiera su total arrepentimiento. Le pide con fervor un perdón que en su opinión no merece recibir. Aborrece, como si

hubiese despertado de nuevo a la vida, la actitud mostrada en las últimas semanas y todas las barbaridades largadas al señor en aquellos días negros, cuando bebía los vientos por ese teniente francés que enviasteis con justicia a los infiernos. Parece que ya ha comprobado la verdadera sangre de esos gabachos malparidos —Okumé hizo un gesto de desprecio con sus manos—. Aproveché los tres días de mi estancia para abatir algunas reses, porque sé que son del gusto de las señoras si se cocinan bien adobadas. El personal de la hacienda se muere por servir a la familia en todo y con la habitual lealtad.

—¿Y mi hijo? ¿Nada cuentas de él? Vamos, desembucha de una vez, culebrón —pregunté en chanza y con cierto nerviosismo.

—Esperaba la pregunta, señor —Okumé dirigió la vista hacia mí, abierto en sonrisas y con su habitual confianza—. Puede quedar tranquilo. Ese granujilla a quien ya todos denominan con el apodo de *Pecas*, hijo suyo aunque no lo muestre en las hechuras, crece en salud. Se mantiene pequeño de alzada y magro de carnes, es cierto, pero vivo de sesera como un gavilán. Lleva en danza de locura a todos los presentes, desde su santa madre doña Eugenia al último de los criados, sin olvidar el sacerdote que arriba a la hacienda los días de precepto desde la cercana villa de Cehegín para officiar en la ermita. Y por su parte, doña Rosalía aumenta el volumen de su vientre a la vista, don Beto, con ese pequeño que nacerá sin problemas y en su día. Puede estar seguro de ello, señor.

Okumé dedicaba estas últimas palabras a mi cuñado, preocupado ante el nuevo embarazo de su mujer tras haber perdido el primer hijo en el parto de mi hermana meses atrás, cuando todavía habitábamos como una sola familia en el palacio de Montefrío, propiedad de María Antonia. Y como esperaba, ese apodo de *Pecas* amadrinado a mi hijo, herencia del tío Santiago, se había normalizado en la familia como imposición bautismal. Con él se perdía el apodo de *Gigante*, empleado durante tres generaciones en los de mi casa, gracias a nuestra generosa arboladura. Pero poco importaba el trueque, porque el niño debería aparejar la inteligencia y el valor del muy querido tío y padrino, inseparable compañero de mi padre al tiempo que cuñado.

Por esas razones las dos familias, Leñanza y Cisneros, habían formado un todo, especialmente cuando mi progenitor, viudo a temprana edad, casaba con la viuda de su gran amigo y compañero. De esta forma, esa extraordinaria mujer que siempre fue María Antonia de los Gavilanes pasaba de tía a madre y como tal era apreciada en sinceridad absoluta. Por desgracia las pérdidas de la familia habían sido numerosas durante los últimos años, situación normal al sufrir tan alargada guerra contra la Gran Bretaña. Pero mucho había dolido la

última del primo Francisco, pocos meses atrás. Y como norma de familia, la joven Cristina era la única que portaba el apellido Cisneros y se convertía en heredera del ducado de Montefrío.

Una vez tranquilizado el espíritu con las noticias de Okumé, debimos regresar a la faena. La verdad es que tras escuchar los pronósticos de nuestro general sobre el próximo futuro, razonados con su habitual clarividencia, comprendimos que mucho era el trabajo alistado a proa y necesario prepararse por si el francés decidía regresar a la Corte con renovadas fuerzas. Así lo discutimos en la posada de don Antonio, donde nos habíamos instalado sus ayudantes para seguridad propia en los primeros días del alzamiento general.

—Pero en contra de los primeros rumores, señor, el rey José se mantiene todavía en palacio —alegaba yo a nuestro general con cierta preocupación—. ¿Acabará ese gabacho intruso por abandonar la Corte?

—No os quepa duda. Puedo asegurar que tan esplendoroso acontecimiento tendrá lugar en el día de hoy. El rey José mantiene tropas avanzadas hacia el sur y levante para comprobar la marcha y el avance del general Castaños en dirección a esta capital.

—Poco más de una semana habrá llegado a reinar el francés, impuesto a los españoles a base de hierros y falsedades —exclamó Beto con marcado optimismo—. Así aprenderá el emperador Napoleón que no se juega con los intereses de nuestra vieja nación ni se puede adquirir la Corona de España como semental en feria de ganado.

—En efecto, parece ser que diez días nada más acabará por reinar don José Bonaparte en esta Corte. Pero sólo de momento, muchachos, aunque ya me gustaría errar en tal apreciación —el general Escaño intentaba aplacar nuestros ánimos con el movimiento de sus manos—. Ya han salido algunos regimientos franceses de la villa y según se asegura piensan hacerse fuertes en Miranda de Ebro, donde reconcentrarán sus huestes. Pero no os equivoquéis vosotros también, como tantos jaraneros que celebran fiestas por adelantado. Por desgracia no continuarán los gabachos su carrera hacia la Francia en escape de bombas, sino que allí permanecerán con los ojos dirigidos hacia el sur. Parece ser que nuestras tropas de Andalucía no tienen prisa, porque todavía andan llegando muchos heridos franceses a esta villa, que son instalados en el improvisado hospital de San Leandro. Y supongo que esos desgraciados quedarán a nuestro cargo.

—Que los lleven con ellos si quieren salvar su pellejo —dijo Beto con cierta amargura.

—Vamos, muchachos —el general mostró un gesto de clara reconvención—. Debemos ser civilizados, aunque las tropas francesas no ejercieran tal cualidad con el pueblo madrileño aquel 2 de mayo y jornadas posteriores, que todavía recordamos con detalle. Tristeza y gloria amadrinadas a una misma bolina, como tantas veces se plasmó a lo largo de nuestra historia. Es mucho el odio generado contra el francés en el pueblo llano, pero ese sentimiento no puede hacernos perder el sentido de la humanidad. Más debe preocuparnos el futuro y prepararnos para ello. Sin olvidar que no son pocos los españoles que apoyan a los gabachos y sus ideas, ese partidillo afrancesado al que se le otorga de forma errónea escasa importancia. Y aunque no debemos repetir estas palabras en público, no son antipatriotas en su conjunto, que muchos de ellos obran con sinceridad y altura de miras.

—Parece, señor, que sigue convencido del regreso de los franceses a la Corte, más pronto que tarde.

—No lo dudéis un segundo. Huyen hacia el norte, hasta encontrar plataforma segura donde reagruparse y esperar los refuerzos que por desgracia les llegarán desde la Francia. Y una vez con ejército en línea, marcharán de nuevo hacia la Corte y me temo que hasta el último rincón de España.

—Mucho les costará ese avance —pronunció Beto de forma mecánica.

—Debéis ser realistas por encima del exacerbado patriotismo, que puede cegar y ser negativo para el servicio de las armas. Hoy por hoy nadie es capaz de enfrentarse en Europa a las tropas del emperador. Si Bonaparte decide echar suficientes cartas sobre el tapete hispano poco quedará por hacer, aunque mucho duela reconocerlo. Resistiremos, desde luego, porque esa es nuestra especialidad máxima desde que fuimos paridos como pueblo singular. Bueno, siempre que los corazones se alcen con ardor. También aparece en nuestra historia cercana alguna jugada blanda, ofrecida a destiempo. Ya sabéis mi opinión de que solamente podremos resistir al francés en terrenos apropiados e inexpugnables, donde la orografía y su especial conocimiento nos concedan esa igualdad que no presentan las armas. Y sigo pensando en uno de ellos de forma especial.

—Cádiz —alegué con rapidez, conocedor de los pensamientos del general.

—Bueno, lo que podríamos llamar como isla gaditana, para ser más exactos. Ese mágico triángulo formado por Cádiz, la Real Isla de León y La Carraca es el elegido destino, aunque algunos no lo quieran ver todavía. En principio es imprescindible para mantener algún trozo del suelo patrio sin que

sea hollado por la bota francesa, donde campee a los vientos con orgullo la bandera de nuestro legítimo rey, que ya es en sí mismo un éxito capaz de elevar la moral. Sin olvidar el aspecto, tanto o más importante, de disponer de la necesaria puerta abierta hacia la mar. Porque a través de las aguas han de llegarnos las provisiones y los caudales imprescindibles de las Indias, así como los refuerzos de nuestros aliados.

—Británicos en este caso, aunque sea necesario restregar los ojos en repetición para creerlo —dije con seguridad.

—Desde esas islas o de cualquier pueblo dispuesto a luchar contra la hegemonía que el emperador francés desea imponer en toda la Europa. Pero también será Cádiz el puerto de trasiego para los imprescindibles refuerzos que necesitarán nuestros ejércitos, dispersos o no, pero combatiendo al francés en cualquier zona de España, apoyados por el pueblo y haciendo uso de la ventaja que concede el terreno propio. Porque una cosa es conquistar un determinado territorio, cosa que harán los gabachos con facilidad en algunos casos, y otra bien distinta mantener el control de las zonas ocupadas. Ahí es donde debe entrar el papel de la Armada.

—Un papel bastante pobre en esta ocasión —alegué con cierta tristeza, pensando en mi posición personal y el deseo de embarcar en unidades de riesgo.

—No es pobre ese papel, muchacho, sino necesario como la leche materna para un recién nacido —don Antonio me recriminaba en tono paternal—. Será de la mayor importancia mantener las comunicaciones con las Indias, que se han decantado por el partido de don Fernando con claridad. Y buenos fondos deberemos recibir de su esfuerzo, imprescindibles para la amarga campaña que nos aguarda, así como hombres y materias primas. Además, bien desde la Gran Bretaña o cualquier otro punto del orbe, será necesario transportar provisiones y armamento para nuestras tropas. Y también debemos tener en cuenta el posible apoyo de nuestros buques a las operaciones que se lleven a cabo por la costa, como ya demostramos durante la Guerra a la Convención por la rivera catalana.

—Todo eso es futuro más o menos cercano, señor, y expresado con cierto pesimismo, si me permite atacarlo así —expuso Beto con seriedad—. Quiero decir que esas funciones se llevarán a cabo si los franceses deciden arriesgar a fondo en España, tras los fuertes varapalos iniciales recibidos, lo que todavía no se ha producido. Pero también debemos vivir el presente. En estos días, donde todo anda un tanto descalabrado, ¿quién gobernará España? Se han organizado juntas patrióticas o de defensa en provincias, ciudades y pueblos,

desconectadas entre sí muchas de ellas, cuando no en abierta oposición. Sin olvidar que algunas se consideran independientes, incluso con el ostentoso apelativo de Suprema de España e Indias, como declaró la sevillana, aunque todas defiendan los derechos de don Fernando como legítimo rey. Porque según alegan los afrancesados llamamos patriotismo a lo que en realidad es una verdadera revolución del pueblo llano sin control. No será fácil que alguien tome el mando y, como decíais, se trata de un punto inexcusable para disponer de alguna capacidad de éxito.

—Desde luego. Ese esfuerzo nacional, claramente revolucionario en muchos casos, aunque sea negado por quienes se cierran a ver la realidad ha sido necesario en su momento. Pero debe ser sabiamente reconducido y con autoridad de fuste en la mano. Se trata sin duda del objetivo primero y principal.

—¿Y cómo puede conseguirse tan anhelado fin, señor? —preguntamos los dos a un tiempo.

—Esperemos a que los franceses acaben de abandonar la Corte y moveremos piezas en esa dirección sin pérdida de tiempo. Bien sé que no es tarea sencilla, especialmente en esta España cainita donde cien almas reunidas son capaces de albergar mil diferentes opiniones, enfrentadas a muerte en muchos casos. Tan sólo confío en que se aparten los protagonismos personales y brote la generosidad, pensando únicamente en el objetivo final. Y ese no es otro que librar a España del francés y conseguir el regreso de nuestro señor don Fernando. Por esa razón es primordial que se forme una junta central y única, a la que deberán obedecer todas las provinciales y locales, quieran o no —endureció el tono de su voz al pronunciar las últimas palabras—. Entiendo que en estos difíciles momentos el decano y gobernador interino del Consejo de Castilla, don Arias Mons, deberá ejercer como tal y aunar voluntades, un difícil ejercicio, bien lo sabe Dios.

—¿El Consejo de Castilla? —pregunté, extrañado—. ¿Qué papel le corresponde en estos momentos?

—Debéis tener presente que el Consejo de Castilla es a un tiempo un comité legislativo, un consejo político, el centro de la administración y un alto tribunal de justicia, tanto civil como criminal. Como símbolo de su elevada condición recibe el tratamiento de alteza y a veces el de majestad, mientras que sus atribuciones lo convierten en la pieza fundamental del gobierno de la monarquía. Es quien ejerce el poder legislativo en nombre del rey. Y muy importante para el futuro, según los rumores que se escuchan, en su condición de supremo tribunal administrativo es el encargado de convocar las Cortes.

Por desgracia, nada hasta ahora ha hecho, ni siquiera pronunciarse en sentido alguno cuando los franceses se aposentaban en España y masacraban al pueblo. Hubo algunos de sus miembros, con el infante don Antonio a la cabeza, que llegaron a felicitar a Murat por haber mantenido el orden en las calles de Madrid, fusilando a muchos compatriotas, lo que debería avergonzarles para siempre. Pero estoy seguro de que sin los franceses en la Corte y con don Fernando mantenido fuera de nuestras fronteras, intentará tomar un claro protagonismo. Sin embargo, será difícil que el pueblo lo acepte de largo, tras no haber levantado una sola voz contra el francés desde que nos invadieron.

—Mal se presenta el futuro, señor —clamó Beto con cierta desesperación.

—Será difícil, pero no debemos caer en el derrotismo, muchachos. Así se ha cocinado la historia de nuestra gran España desde los íberos. Y siempre acabamos triunfando, aunque dejáramos un reguero de sangre por nuestra popa.

Sonaron con cierta tristeza y escasa convicción las últimas palabras de don Antonio. Quedamos de esta forma con el ánimo en suspenso, partidos los sentimientos entre la euforia de las gestas iniciales y la realidad que nuestro jefe nos mostraba en negro. Pero no se vienen abajo los palos del alma con facilidad cuando se disfruta de la juventud abierta al infinito, al punto de creernos capaces de afrontar mares abiertas en ampollas y huracanes de grueso con un sencillo aparejo.

2. Primeros movimientos

Tal y como había pronosticado don Antonio, aquel mismo día acabó por abandonar la Corte el rey intruso, protegido por lo más granado de sus tropas. Tal acción propició el delirio del pueblo madrileño en las calles. Manolas y curtidores abroncaban por varas y voz de trueno a las últimas fuerzas francesas que salían de Madrid. Cerca estuvieron tales acciones de provocar un nuevo sarao de sangre en las avenidas de la heroica villa, impedido por orden expresa del monarca expulsado, que, es de ley reconocer, obró con sabia responsabilidad en muchos casos. Y ya andaba don José Bonaparte por Chamartín, entrados en el último día del mes de julio, cuando en la posada de don Antonio de Escaño se recibía un oficio urgente del general don Gonzalo O'Farril y Herrera que poco extrañó a nuestro jefe.

Debo aquí aclarar por llano que poco confiaba don Antonio en este general del Ejército que ejerciera la Secretaría de Guerra y la presidencia del Consejo con don Fernando, recién elevado a la Corona. Y no le faltaban razones de peso a nuestro jefe. Porque elegido por la Junta Suprema de Gobierno, bajo la presidencia del infante don Antonio Pascual, para conferenciar con el duque de Berg defendía con tesón los derechos de don Fernando. Sin embargo, poco después mudaba la piel con extrema rapidez y de forma inesperada para muchos rendía fiel juramento en las manos del rey impuesto.

Pero regresando a nuestro negocio de aquellos días, en el mencionado pliego O'Farril ordenaba a don Antonio Escaño la formación de dos batallones de milicias urbanas para evitar desórdenes en la villa cuando quedara libre de las tropas francesas. Y sin solución de continuidad, en aquella aceleración de acontecimientos a que nos vimos sometidos, también el general Moncey trataba directamente con nuestro jefe para recomendarle humanidad con los más de dos mil heridos que dejaba en los hospitales madrileños, temiendo por las acciones incontroladas del pueblo.

Tanto a Beto como a mí nos extrañó que el general Escaño tomara un protagonismo tan pronunciado en aquellos momentos de generalizada confusión, cuando tan sólo era un miembro del Consejo Supremo de Marina y no el más antiguo, condición que ostentaba el teniente general don Ignacio María de Álava. Según supimos, Moncey había intentado contactar con las avanzadillas del general Castaños para trasladarle la preocupación sobre sus hombres heridos, sin encontrarlas. Fue aquel el momento en el que don Antonio se decidió a dar un importante paso.

—Prepara el carruaje, *Gigante* —me señaló con su mano antes de continuar con seriedad y decisión—. Tú me acompañarás en esta ocasión.

—¿Hacia donde nos dirigimos, señor?

—Debo hablar sin pérdida de tiempo con el decano del Consejo de Castilla, don Arias Mons, y enterarlo de todo lo sucedido hasta el momento con detalle. Por supuesto no pienso tener en cuenta ninguna indicación del general O’Farril, porque no lo reconozco como superior en ninguno de los órdenes al haber jurado y servido al monarca francés. Tampoco alcanzo a comprender por qué se dirige a mi persona en tono de mando, sabiendo mi negativa en redondo a jurar al rey José y que andaba presto para abandonar la Corte camuflado, sin olvidar que esa formación de dos batallones era disposición de su señor. No obstante, es necesario librar a los heridos franceses de las posibles tropelías de un pueblo madrileño masacrado y con la sangre caliente, aparte de otras medidas que estimo urgentes y que ya os he señalado en ocasiones.

—Corren ciertos rumores, señor, difíciles de creer —dijo Beto—. Según parece, el deseo de venganza llega a tales extremos que hasta algunas monjas degüellan a los franceses heridos sobre los catres de los improvisados hospitales.

—No puedo estimar como cierta tal barbaridad en mujeres entregadas a una santa causa. Tampoco hemos de aceptar todas las voces abiertas en corrillos, no siempre bienintencionadas. Pero dejemos la parla ligera y no perdamos más tiempo.

De esta forma comenzamos un alargado periodo que tantos años después recuerdo en posturas de urgencia y con nervios desatados. Temíamos que las indecisiones y los retardos en aceptar lo que se veía como única solución, aunar voluntades en un objetivo común, diera al traste con lo que considerábamos como empresa nacional de la máxima trascendencia. Pero no siempre somos los españoles dados a aparcar las querencias personales en pro del bien general, como pudimos comprobar con el paso de los meses y los

años. Asistimos a un periodo convulso, donde a los rayos dispersos de tenue luz se ceñían etapas de la más absoluta oscuridad.

Desde las últimas jornadas del mes de julio hasta el 15 de octubre, don Antonio de Escaño debió fajarse en mil y una reuniones, discusiones que con excesiva frecuencia entraban en lo que él mismo denominaba como partida de dementes y defensa de intereses personales. Nuestro general se entrevistó con el decano del Consejo de Castilla para organizar en principio la normalidad de la capital. El 5 de agosto se celebró una junta en la posada de don Arias Mons, a la que concurrieron el consejero de Estado Cevallos, los capitanes generales del Ejército, conde de Colomera y marqués de Castelfranco, los de la Armada, Álava y Escaño, así como otros personajes que ya los recuerdos dibujan en bruma por mi cerebro. Se mantenía la idea de formar una Junta de Armamentos con la intención de alistar nuestros ejércitos y prepararse para el posible ataque francés, una vez en conocimiento de que Bonaparte preparaba ponerse a la cabeza de 250.000 hombres divididos en ocho ejércitos. El emperador estaba dispuesto a resolver por la vía rápida el problema español, como el prepotente corso denominaba a su conquista en Iberia.

En contra de la opinión de don Antonio de Escaño, se decidió que fuese el conde de Colomera, como el primer militar de los ejércitos de don Fernando, quien presidiese la Junta de Armamentos. De esta forma se pensaba separar lo militar de lo civil, aspectos que según algunos debían imbricarse en un mismo cuerpo. Por fortuna, según opinión de nuestro jefe, Colomera declinó el ofrecimiento por su avanzada edad. Pero para mayor confusión, a las reuniones se añadían generales que llegaban con sus tropas a Madrid y, por fin, la del duque del Infantado, presidente del Consejo nombrado por don Fernando VII, que intentó tomar el control de la Junta por derecho.

Al tiempo que en Madrid don Fernando VII era proclamado como único rey legítimo, ceremonia solemne que llevó a cabo el alférez mayor marqués de Astorga, se mantenían discusiones sobre la forma de gobernar España. El Consejo de Castilla, a pesar de sus maniobras, quedaba finalmente fuera del círculo del poder, al decidirse que era propio y privativo de las juntas provinciales, alzadas contra el francés desde el primer momento, elegir las personas que habían de componer el Gobierno Supremo. Con apoyo decidido de la mayoría, donde se escuchó con fuerza y en momento oportuno la voz del bailío Valdés^[2], se decidió la formación de una Junta Central. Se ordenó el desplazamiento a Aranjuez de dos diputados pertenecientes a las diferentes juntas provinciales, donde se reunieron la mayor parte, no sin esfuerzo.

A pesar de todos los problemas añadidos, con detenciones inesperadas, generales en intentonas fallidas y el Consejo de Castilla maniobrando a la contra, para bien de España se consiguió el acuerdo mayoritario el 25 de septiembre. Por fin y con alivio casi general, se formaba la deseada institución nacional que recibía la denominación de Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, compuesta por 35 miembros, aglutinando a las provinciales que gobernaban en sus feudos en nombre de nuestro rey. Aunque hubo quien definió aquel suceso como el golpe de estado de Aranjuez, no lo veía así el general Escaño, sino muy al contrario, como una esperanza cierta de nuestra futura actuación.

El 15 de octubre se establecía de forma oficial la Junta Central que debía gobernar nuestros reinos en defensa de los derechos de don Fernando. Y por ella era nombrado el teniente general don Antonio de Escaño como secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina^[3], aunque ya anduviera el marino cartagenero organizando tal ministerio desde los primeros días del mes. Esta medida condicionó nuestra vida porque debimos pasar al Real Sitio, donde se llevaban a cabo las reuniones. Debo reconocer que no nos causó sorpresa el nombramiento de don Antonio para tan importante puesto, porque sin la menor duda era quien marcaba el prestigio de la Real Armada por aquellos días, una voz que casi todos los miembros de nuestra institución escuchaban con rendida admiración y reconocimiento. Así se lo dijimos sus ayudantes para animarlo en coro de lisonjas, porque eran demasiadas las preocupaciones que caían sobre sus hombros y debíamos otorgarle algunos minutos de chanza y relajación.

—Dejad las alabanzas y elogios desmedidos para los saraos de Corte, muchachos —movía sus brazos como si deseara apartar malas ideas de la cabeza—. Es de muy grueso calibre esa vaina redonda que ha caído sobre mis hombros, bien lo sé yo. Y ya hemos perdido demasiado tiempo en mandangas más propias de petimetres cortesanos, de las que sólo sacaré beneficio el francés.

—Pero se liberó Zaragoza, Valencia y otras ciudades asediadas, señor. No lo tendrán fácil esos gabachos del demonio, si se deciden a... —comenzó Beto, que fue interrumpido por el general.

—Esas acciones fueron consecuencia de la desbandada de Madrid y el posterior reagrupamiento francés. Pero no hables en condicional sobre las intenciones francesas, porque decididos están a tomar la España entera, sin duda alguna. Quien opine a la contra se equivoca de proa a popa y con virada en redondo. Por desgracia, las plazas importantes del norte, cercanas a la

frontera, siguen en sus manos. Y ya se confirma en mensajes dignos de ser creídos que con el emperador Bonaparte al frente se encuentran traspasando la frontera más de doscientos mil hombres. Mientras tanto, perdemos el tiempo discutiendo bobadas en vez de apechugar y formar ejércitos bien alistados.

—Pues no cesan de subir hacia el norte los ejércitos del sur y el levante, señor. La Junta Central, bien lo sabéis, ha organizado el Gobierno, nombrado secretarías, diputados, junta militar de Guerra y los necesarios contactos con las juntas provinciales.

—Pero hemos necesitado casi tres meses para llevar a cabo esa faena —la voz de don Antonio reflejaba enfado y pesimismo—. Pronto comenzarán a achuchar los franceses de norte a sur, con lo que llegarán a la Corte en pocas semanas, sin que tal opinión deba abandonar estas paredes. Me tachan de derrotista por haberlas pronunciado ante la Junta, sordos y ciegos que no quieren ver la realidad. Sinceramente, estimo que deberíamos pensar en abandonar esta tierra y mantener la Junta Central de Gobierno en terreno seguro.

—Parece, señor, que continúa con la idea de establecerla en Cádiz.

—Desde luego. Ya lo he expuesto muy claro a los miembros de la Junta, así como la necesidad de defender la Isla de León^[4] y La Carraca. Porque si se pierden esos puntos quedará también perdida la ciudad de Cádiz. Algunos que tacho sin rebozo de ignorantes supinos opinan que con la cortadura en el arrecife^[5] sería suficiente, señal inequívoca de que poco conocen aquel terreno enredado, para beneficio propio, entre caños, ríos y canalizos. Voy a proponer al jefe de escuadra don Francisco Uriarte, a quien considero un oficial extraordinario, para gobernador de la Real Isla. Y llevará el apremiante encargo personal mío de tomar las medidas oportunas para preparar la defensa de esa isla gaditana a la que tantas veces me he referido. He hablado con él y estima sin dudarlo, en pleno acuerdo con mis ideas, que se debe efectuar cortadura en el puente Zuazo y en el Trocadero, fondeadero seguro de la escuadra, así como instalar las baterías necesarias para fortificar esos puntos que consideramos vitales. También se deberán levantar defensas en el arsenal de La Carraca y comenzar la preparación de armadillas^[6] con suficientes unidades, que nos serán de enorme utilidad en los caños.

—Bueno, al menos hemos trabajado bien, señor —Beto intentó animar el ambiente—. Y sin olvidar los refuerzos de hombres y armas que la Armada ha incorporado. Los reverberos de los arsenales no paran de fabricar municiones, aunque las disputas provinciales no siempre obren a favor. Se ha

aprobado formar seis batallones de Marina, que deberán integrarse con los diferentes ejércitos.

—No hacéis más que repetir mis disposiciones —exhibió una sonrisa paternal—. Pero hoy por hoy se trata de una declaración de intenciones, aunque espero mucho de nuestros compañeros para que lleven a cabo las órdenes en dicho sentido. Ya sabéis que es mi deseo formar ese cuerpo con el nombre de Legión Real de Marina y concederle el mando al brigadier Serrano Valdenebro. No podemos quejarnos, porque la mayor parte de los hombres de la Armada se ofrecen como voluntarios para luchar en tierra contra el francés, sin dudarlo un segundo. También desde el mismo momento de tomar las armas contra los gabachos, muchos compañeros nuestros se integraron en unidades del Ejército faltos de mandos, con uno o dos ascensos según conviniera a la formación de los nuevos cuerpos establecidos. Sin embargo debemos retener los cables a la mano con suficiente precaución. No debemos olvidar nuestro importantísimo cometido naval, que se agrandará con el paso de los meses.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Beto con ingenuidad.

—Estoy de acuerdo en que nuestros hombres formen batallones y regimientos propios o ingresen en otros del Ejército para apoyar a las fuerzas que han de batirse el cobre contra el francés por las tierras de España. No es tarea nueva para los hombres de la Armada, porque ya luchamos por tierra en mil frentes a lo largo de la historia, especialmente en las Indias. Y lo demostramos a las claras en la Guerra contra la Convención francesa, en la que el general Gravina tomó el mando conjunto de las tropas expedicionarias para la defensa de Tolón.

—O la defensa del Río de la Plata bajo el mando del jefe de escuadra don Santiago Liniers, bien cercana en el tiempo —alegué para conformar su teoría.

—En efecto. Pero no podemos cegarnos. En ningún momento debemos olvidar que formamos una Marina. Mucho será el trabajo específico y principal en nuestro medio natural, y ese no es otro que la mar, donde deberemos centrar el esfuerzo. Claro que antes debemos aclarar esta enrevesada situación.

—Ya se muestra esa específica labor de la que habla, señor. Llegan numerosos buques a nuestros puertos con dineros y armamentos, tan necesarios en estos momentos —apoyó Beto.

—Eso no es más que el principio. Como os decía debemos mostrar un apoyo total a las operaciones en tierra, pero sin perder de vista nuestro

cometido primigenio, que será vital para mantener la resistencia contra las tropas de Bonaparte. Ya he cursado instrucciones urgentes a los tres arsenales y es primordial convertir esos vasos de madera que vegetan a flote de milagro en verdaderos buques de guerra. Y si no es posible su completo alistamiento con las penurias existentes, que sean remolcados desde los puertos donde se encuentran, si pueden caer en manos de los franceses.

—Necesitaremos oficiales y marinería en bulto, señor —señaló Beto.

—Ya sé que faltarán hombres de mar y guerra, pero también armas, cabuyería y mil elementos imprescindibles para que un buque se haga a la mar con un mínimo de seguridad. Por esa razón intento frenar la entrega de armamento de nuestros arsenales, así como ese ímpetu de pasar a luchar en tierra que anima a casi todos los oficiales y clases de la Armada, sin que pueda ser tachado como poco colaborador. Pero también voy a dictar una providencia que estimo necesaria para que todos los miembros de nuestra institución que se encuentren en las Indias regresen a España en cuanto les sea posible, que aquí se cuece el puchero más caliente. Tan sólo quedarán allá los imprescindibles en los diferentes apostaderos. Y como no cuadrarán los números todavía podemos ordenar que se integren los oficiales empleados en las Matrículas^[7], siendo reemplazados por inválidos o particulares aleccionados. Y hacer comprender a los ingleses que deben suministrarlos los elementos mínimos para que nuestros buques naveguen con ciertas garantías, porque hoy por hoy sólo a ellos podemos acudir.

—Al menos, señor, con el apoyo britano dominaremos la mar sin problemas.

—Desde luego, pero los buques han de soportar mares gruesas y temporales en sus comisiones. Sin velas, cables o jarcias de seguridad no es posible navegar. Bien sabemos que no sólo las balas de cañón hunden los navíos y sus cargamentos, porque la mar se come cualquier castillo a flote si salta a la brava. Todo ello sin olvidar la protección al cabotaje, amenazado por el corso francés en crecimiento que debemos combatir, especialmente cerca de nuestras costas meridionales.

Se hizo el silencio, mientras don Antonio parecía perder sus pensamientos en terrenos del más allá. Pero a mí me inquietaba un punto determinado que decidí atacar.

—Entonces, señor, ¿cree que deberemos abandonar este Real Sitio y pasar hacia el sur sin pérdida de tiempo? Todavía no se escuchan rumores de encuentros con las tropas francesas.

—Nuestros ejércitos se organizan con demasiadas debilidades. Es cierto que no damos para más, aunque los británicos nos apoyen y refuercen con generosidad. Pero no creo que podamos aguantar en el Ebro mucho tiempo, cuando los franceses decidan tomarse en serio la conquista de la península, sin careta y a las bravas.

—¿Estima, señor, que deberíamos mudar a nuestras familias hacia Cádiz? —preguntó Beto con cierto temor en sus palabras—. Bueno, mi mujer debe estar a punto de dar a luz y mucho temo ese trance tras el fracaso del primer intento. Por desgracia, quién sabe cuándo llegaré a tener conocimiento del resultado.

—Ya sé de tu preocupación, muchacho. Debes confiar en el Todopoderoso porque tienes una mujer fuerte, una hembra de la familia Leñanza. Ha sido norma en los oficiales de la Armada durante siglos conocer a sus hijos entrados en edad, aunque ahora no te separe la mar de los seres queridos. Pero en cuanto a esa mudanza de la que habláis, creo que sería conveniente dejar entrar a la marea un poco más. No deberán tener problemas de orden en esa finca familiar, apartada de cualquier ciudad importante o escenario bélico principal. Y el nuevo ser que nacerá sin problemas, crecerá allí en salud. Más adelante, si las campanas doblan en gris, será el momento de tomar medidas. Pero no dejemos arrastrar el ánimo a la negra absoluta, que pasáis de un extremo a otro como mono saltarín. España es mucho más fuerte de lo que ese emperador francés estima y así lo hemos demostrado en épocas de penuria no demasiado lejanas, como la llamada Guerra de Sucesión, en la que llegamos a luchar contra el mundo. No nos rendiremos, podéis estar seguros.

Aunque el general Escaño nos dirigió una media sonrisa de animosa complicidad, era difícil insuflar tintes de euforia a nuestros sentimientos, porque bien sabíamos de sus temores y opiniones. Sin embargo nos aferramos a sus últimas palabras como cabo de salvamento. Por mi parte mostraba un acuerdo absoluto de que no les sería fácil conquistar la península rebelde, como la denominaban los franceses, esa España que ya sabía lo que era derrotar a las fuerzas invencibles del emperador. Pero es cierto que tras el inicial y juvenil optimismo albergábamos escasas dudas y compartíamos la opinión de que la guerra llegaría en sangre corrida sobre campos y cubiertas de buques, una empresa en la que deberíamos comprometer cuerpos y almas a cerrazón.

Cuando quedamos a solas, mis pensamientos regresaron hacia Eugenia y mi hijo, el pequeño *Pecas*, una estampa que desfilaba con facilidad y

profunda añoranza por el cerebro. También yo pensaba con tristeza que podrían pasar meses o años hasta poder volver a tenerlos entre mis brazos, un sentimiento que arrasaba el alma a dentelladas. Y aunque nuestro general hablara con seguridad, no desechaba la posibilidad de que las tropas francesas pasaran por las proximidades de la villa de Cehegín, a escasas leguas de Cartagena, cabecera del departamento marítimo mediterráneo. La estampa de soldados franceses entrando en la hacienda de Santa Rosalía bailó de repente en mi cabeza, produciendo un intenso dolor. Intenté desterrarlas con rapidez, tomando uno de los legajos que se amontonaban sobre mi mesa. Pero allí seguían los seres queridos, bien dentro del cerebro, dirigiendo su mirada hacia mí con una triste sonrisa en sus labios.

Dicen que los hombres de mar olvidamos los problemas entablados en tierra cuando perdemos de vista la línea de la costa. Y puede ser cierta tal aseveración, porque para ganar la partida a ese medio infinito en permanente movimiento es necesario centrar la sesera en una sola dirección. Sin embargo, y, para mi desgracia, me mantenía bien anclado en seco, lo que mucho dificultaba borrar de la mente aquellas imágenes dolorosas.

3. Una junta trashumante

Olvidadas las diferentes posiciones y proyectos personales de sus componentes en pro del bien común, con ligeras excepciones, la Junta Central comenzó a regir nuestros destinos como un verdadero Gobierno, aunque lo hiciera en nombre de un soberano que se encontraba retenido en contra de su voluntad fuera de sus reinos. De esta forma, y siguiendo las órdenes dictadas por don Fernando al abandonar España, norma establecida como modelo a mantener desde el primer momento, las diferentes secretarías entraron a la rueda como tales en asuntos de sencilla resolución, mientras los de mayor importancia eran despachados por los secretarios con secciones de diputados formadas al efecto. Al mismo tiempo se formaba una junta militar de generales para abordar los asuntos de guerra y la necesaria coordinación de los ejércitos, así como una secretaría de la Central para entenderse con las juntas provinciales en los asuntos de su competencia.

No era sencillo el sistema que se abordaba como toro prendido por los cuernos y rechinaba a la brava por algún vértice, es cierto, pero se comenzaba a caminar, lo que ya consideraba don Antonio de Escaño como un éxito clamoroso. Y tras una de las conversaciones mantenidas con nuestro general, creí entender que veía con buenos ojos alguna de aquellas agrias discusiones entre los miembros de la Junta, aunque pueda parecer condición extraña a primera vista.

—Con tanta voz y discusión, señor, poco y mal avanzaremos —alegué, tras comprobar las últimas discusiones de las secretarías con los diputados.

—No debemos exagerar la situación, *Gigante*. Ya sé que se pierde tiempo y esfuerzo en momentos que no andamos sobrados. Pero es importante observar el aspecto positivo de la situación, que no es paja mediana.

—¿Aspecto positivo ha dicho? La verdad, no le comprendo, señor.

—Quiero decir que sin unirme en firme a ninguna de las tendencias políticas que comienzan a aflorar, y serán el caldo de cultivo gordo en los

próximos años, no puede continuar el gobierno de la nación como se llevó a cabo hasta ahora. Se necesita una virada en toda regla. Hago mías las palabras del sabio bailío don Antonio Valdés, a quien tanto admiro, cuando asegura que salvo la religión católica y el trono en la persona de don Fernando todo debe entrar a discusión sin freno posible. Porque nada del anterior reinado es recuperable, con la corrupción, despotismo y degeneración que sufrimos, hasta rendir a España en el más abyecto rincón. Se abren otros tiempos, aunque algunos, ciegos de orgullo y deseosos de prerrogativas, tapen sus ojos con pañoleta espesa. El futuro deberá ser distinto y cuando don Fernando ciña la corona habrá de comprender que no es posible gobernar como lo hicieron sus anteriores, sino escuchando al pueblo legítimamente representado.

No llegué a comprender bien las palabras de don Antonio en aquellos momentos, aunque debo reconocer que con el paso del tiempo se me abrieron las candelas del cerebro con esplendorosa claridad. Sin embargo, debo aquí reseñar que a pesar de los graves inconvenientes que saltaban un día sí y el siguiente también, en el duro quehacer la ilusión impregnaba nuestro trabajo por todos los poros del cuerpo. Era una sensación difícil de explicar, que nos hacía sentirnos copartícipes de esa esperanza nacional abordada desde el más puro patriotismo y amor al servicio, entendido con letras de molde y trazo grueso, sin miras emplazadas en horizontes personales.

En cuanto a nuestra posición particular, tanto Beto como yo considerábamos un verdadero honor rendir servicio como ayudantes al lado de quien muchos catalogaban como la roca más noble y generosa, al tiempo que privilegiada cabeza capaz de acometer asuntos propios de su ramo y cualquier otra ceniza que rozara su casaca. Y para endulzar al copo aquellos momentos de dudas, en los últimos días de octubre nos llegaba un correo desde el predio murciano donde se afincaba nuestra familia en el que nos anunciaban el nacimiento de un precioso y robusto niño tras el feliz alumbramiento de mi hermana Rosalía. Beto saltaba de alegría al conocer la noticia, siendo felicitado por todos de forma efusiva. Por letra de mi mujer teníamos conocimiento de que tanto el nuevo ser como la madre se encontraban en perfecto estado, habiendo sido bautizada la criatura bajo la advocación de San Adalberto, en honor al padre que tan lejos se encontraba. Y como Eugenia comentaba el tamaño y fortaleza del nuevo ser, un presentimiento me adelantó que esa nueva carnada mostraría las hechuras de nuestra sangre, la de los Leñanza, aquellas que motivaron el apodo de *Gigante* en varias generaciones. Adalberto de Pignatti y Leñanza se abría a la

vida, aunque en verdad entrara de golpe en un mundo abocado en guerras y con futuro incierto.

Si ya era triste que naciera un hijo propio sin saber cuándo sería posible conocerlo, no dejábamos de sufrir en nuestras carnes al mantenernos separados de la familia y con escasas o nulas noticias de su parte. Aunque no debiera quedar la hacienda cercana a la villa de Cehegín en peligro de enconadas batallas por su territorio, nunca se podía estar seguro de esos soldados franceses, que según las noticias recibidas asolaban los pueblos y ciudades de España sin mostrar una mínima misericordia. Aunque no lo declaráramos en abierto, temíamos que intentaran algún acto de fuerza contra los nuestros. Lo más desalentador era comprobar que nada podíamos hacer sino rezar y confiar en la suerte, por mucho que se mostrara esquiva con la familia en las últimas calendas. Pero eran momentos de euforia en los que no se debía arriar el ánimo, por lo que intenté elevar la moral de mi compañero.

—Me alegro mucho por ti, Beto, ya lo sabes, pero bastante más por mi pobre hermana, que habrá sufrido los dolores del parto.

—También yo sufro en la distancia, no creas. Prefiero mil veces el dolor de la herida a la ignorancia o ceguera —Beto entonaba a la baja con cierto pesar—. Bien sabe Dios que me gustaría tener a ese niño en los brazos.

—Vamos, anima el alma y bebamos de este magnífico aguardiente, que sólo Okumé es capaz de haber conseguido y más vale no indagar sobre los medios empleados en la empresa —miré hacia el africano, que sonreía en silencio, antes de entrar en chanza—. De todas formas, eso de mantener en la familia un nombre tan extraño como Adalberto...

—No seas ignorante, culebrón del demonio. San Adalberto de Praga, según comentaba mi santa madre, fue un mártir digno de todo elogio. Y por supuesto se trata de un nombre muy noble, utilizado con profusión en la casa de Prusia.

—Muy lejos quedan esas tierras bárbaras del norte de Europa. Pero como también luchan contra el maldito emperador de los gabachos es condición que nos acerca emocionalmente.

—Según rezan las noticias de la señora Eugenia, parece que se han cambiado los papeles en la familia —dijo Okumé con el tono de sus habituales sentencias.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Pues que si la cría nació con tales hechuras, el apodo de *Gigante* pasará a la rama femenina de los Leñanza, mientras se traspasa el de Pecas a la del señor. Es posible que se repita la pareja de apodos en la Armada unidos en

familia, cuando ambos sienten plaza en la Real Compañía de Guardia Marinas.

—Puede que tengas razón. Pero quedan muchos años para que llegue tal momento, del que mucho gozaría. Y ya veremos la España que se encuentran esos niños.

—No seas cenizo, Beto —rellené su copa de aguardiente con rapidez, aunque la medicina no parecía producir el efecto deseado—. Se encontrarán una España poderosa, como lo fuimos en su momento. Y sin dudarle una Real Armada con más de setenta navíos.

—Mucho tendrá que actuar a nuestro favor San Adalberto de Praga o Nuestra Señora del Rosario para que se cumpla tan inesperada ventura.

* * *

Volviendo a la preocupación de aquellas jornadas agridulces, como es fácil suponer también las envidias y protagonismos personales marcaron surcos con dureza, lo que enfrentaba posiciones no siempre abiertas en caminos generosos. Por mi parte, de forma progresiva y día a día, comencé a atisbar que la gama de opiniones, especialmente sobre cómo debería ser regida España en presente y futuro, se abría en las 32 cuartas del horizonte con diferencias abismales y encontradas. Se trataba de discusiones que por primera vez saltaban a la vista y con fuerza, dando razón a aquellas palabras de nuestro general que nos dejaban perplejos en los primeros momentos. Pero no causaban mella tales chinias en el ánimo de don Antonio, más bien al contrario. Siguiendo su norma de trabajo habitual, propenso al diálogo y la sincera discusión, intentaba convencer con sus argumentos a quienes pretendían acometer derrotas^[8] alejadas o peligrosas. Y puedo jurar que conseguía los fines perseguidos en un elevado porcentaje.

Como era de esperar, conociendo su temperamento y habitual forma de conducirse, el general Escaño desplegó una frenética actividad desde el primer momento, bien cercana a la locura y con escasos o nulos momentos dedicados al necesario descanso. Me alarmaba tal situación por su salud, propensa a las tercianas y retoques nerviosos, males que le atacaban de forma periódica desde que mandara el navío *San Fulgencio*, durante la guerra a la Convención francesa. Y aunque no había mejor remedio para aligerar el mal que tomar las aguas en balnearios dedicados, no se movía el escenario como para comentarlo siquiera.

Las órdenes dictadas a los mandos de arsenales, buques y estamentos navales se libraban sin tregua en postas dobladas, unas directrices tajantes para el alistamiento de unidades a flote, centros, escuelas y talleres. Así, ya en los primeros días se ordenaba la urgente salida a la mar de diferentes buques para el traslado de los imprescindibles caudales, materias primas y hombres desde las Indias. Por desgracia para sus mandos y dotaciones, muchos de ellos largaban sus aparejos alistados en precario y con una mínima consideración de guerra, bien lo sabe Dios.

Entre otras muchas comisiones se despachaba a los navíos *San Fulgencio* y *San Pedro* para las costas de Lima, el *San Justo* y *Paula* hacia Veracruz, las fragatas *Flora* y *Prueba* a Buenos Aires, los navíos *San Leandro*, *San Ramón* y *San Julián* con los azogues tan necesarios en Nueva España, la fragata *Proserpina* a Trieste y Montevideo, y la *Soledad* a Constantinopla. También se armaban para los imprescindibles cruceros corbetas, jabeques, bergantines, goletas, místicos y faluchos, unos para correspondencia permanente, con misiones añadidas de transporte y apoyo a los ejércitos desplegados en el norte y levante, así como otros hacia islas, Costafirme^[9] y Seno Mejicano en periodo mensual, dejando el Río de la Plata y la costa del Pacífico cada dos meses. Todo ello sin olvidar el importante aspecto del tráfico de prisioneros, que tanto amenazaba la bahía gaditana desde que se apresara la escuadra del almirante Rosily y se produjera la rendición de las tropas francesas en Bailén.

El general Escaño no olvidaba en ningún momento el necesario apoyo a las tropas de tierra. Se ordenaba salir en campaña a dos brigadas de Artillería de Marina, al tiempo que se alertaba a los tres departamentos para organizar tres compañías de marineros, con oficiales de mar que sirvieran de cabos y sargentos, incluso con la presencia de algunos pilotos para servir en la tarea de señales. De las tropas de Marina se formaron dos regimientos con dos batallones cada uno, el primero hacia Extremadura y el segundo a La Mancha. Incluso se formó un tercer regimiento con las guarniciones de los buques, que debían reemplazar las bajas de los dos anteriores. Y ya pensábamos en el cuarto y quinto, uno para el Ejército y el último para la necesaria defensa de guarniciones de plazas. Aumentaban los alistamientos, con ingresos en el ejército de Galicia a las órdenes de Blake de un regimiento y un batallón del Cuerpo de Artillería. La Armada echaba el alma en la empresa, nadie puede ponerlo en duda, aunque debiéramos mirar por las dotaciones de nuestros buques, que se mantenían en cuadro y con mucha tela dura para cortar en la mar.

Fueron días de trabajo a deslomar columnas, una actividad frenética porque no era fácil cumplir el aluvión de órdenes con las penurias en acecho. Se consideraba de vital importancia armar todos los buques capaces de serlo y que se encontraran listos para salir a la mar, especialmente en aquellos puertos donde pudieran llegar los gabachos con facilidad, como era el de Ferrol y, en menor urgencia, el de Cartagena. Aunque los ingleses presionaban mucho en tan importante aspecto y que de esta forma ninguna unidad de porte pudiera caer en manos del francés, ya lo teníamos presente minuto a minuto en nuestros pensamientos. Por tal razón la Secretaría de Marina declaró la bahía gaditana como el único punto seguro en la península, allí donde debían dirigirse todos aquellos cascos capaces de navegar, aunque fuera con auxilio. Y en consecuencia se dejaban los puertos de Mahón y La Habana como estación de depósito para los que de momento no fuese posible habilitar en dulce o no se requiriesen como necesarios para la campaña.

Por si era poca la faena abierta a proa, en las horas que debería dedicar al descanso el general Escaño se comprometía en un trabajo formidable con vistas al futuro. Lo tituló como «Ideas sobre un plan de reforma para la Marina Militar de España». Dado como siempre a la elaboración de códigos, reglamentos y ordenanzas, estimaba esta obra como necesaria para cimentar las bases de una nueva Armada, un trabajo donde reflejaba su inquietud por la táctica, la maniobra, la organización, el mejor empleo de las armas y todo lo que coadyuvara a establecer unas normas adecuadas de funcionamiento para todos los ramos de la Marina y el funcionamiento de sus buques en la mar. Y el simple hecho de que ya por entonces, como máxima cabeza de nuestra institución, se moviera con aquella inquietud refleja su capacidad de trabajo y amor al servicio.

Pero regresando a la dura realidad de aquellos días, desde un punto de vista puramente naval el principal caballo de batalla era la alarmante falta de marineros, de verdaderos hombres de mar. Por esta razón, y haciendo nudos en las tripas, el general Escaño ordenó que todos los buques con orden de hacerse a la mar lo hicieran con media tripulación y entre ellos muy pocos hombres bragados en aguas gruesas. Los buques salían a por las olas con las obras mínimas e imprescindibles, algunos en precario y con plegarias elevadas, así como alarmante escasez de cables, velas, cabuyería, cartuchería, pólvora, armas blancas y de chispa. Los comandantes designados elevaban protestas de muerte, pero no por ello dejaron de cumplir sus misiones, a veces jugándose el pellejo y sin poder largar un ancla de fortuna con media seguridad.

Es de ley reconocer que los britanos cooperaron con manifiesta generosidad en el particular aspecto marítimo de los pertrechos navales, especialmente llegados a situaciones de agobio o falta de seguridad en algunas unidades. Nuestros enemigos de todo un siglo colaboraban ahora con manifiesta lealtad, lo que debíamos agradecer en sinceros. Pero ni de lejos llegaban los caudales a disposición de la Junta para el gasto que se preveía, ni los hombres mínimos imprescindibles, un aspecto determinante que reconcomía nuestros cerebros sin posible solución. El general Escaño estimaba las necesidades de la escuadra, con medida de pobres y a la baja, en unos 10.000 hombres, comprobando con tristeza que de momento ni siquiera podíamos alcanzar la tercera parte de dicha cantidad.

Para atender a la falta de oficiales se aumentaron las plazas de guardiamarinas con la necesaria preparación. Y no se debía permitir ningún ascenso al empleo de alférez de fragata sin el preceptivo examen de sus conocimientos. También se dictaron órdenes para los ramos de la construcción y operarios de la Maestranza. Todo ello sin olvidar el importante factor de elementos de navegación necesarios en la mar, como cronómetros, sextantes y tablas marítimas, especialmente las de don José Mendoza de los Ríos, que se mandaron imprimir en Inglaterra. A todo ello ayudaba el teniente general don Juan Ruiz de Apodaca, bajo cuyas órdenes sirviera con orgullo meses atrás en la toma de la escuadra francesa del almirante Rosily. Enviado desde los primeros momentos a gestionar en Londres nuestros intereses, a instancias del general Escaño, la Junta Central consiguió que se le reconociera como ministro plenipotenciario de la España libre ante la Corte británica, llevando a cabo de forma definitiva y con importantes beneficios la firma del Tratado de Paz y Alianza con la Gran Bretaña.

Don Antonio alegaba con fuerza todas estas razones sobre necesidades de personal y material de la Armada en las reuniones de la Junta Central, con agrias discusiones en repetidas ocasiones. Porque no es fácil convencer a mentes de secano y horizontes terrestres de la imperiosa necesidad de alistar el poder naval en conveniencia. Bien es cierto que ese fue nuestro mal secular, porque siempre fue difícil comprender desde una Corte establecida tierra adentro el problema de una nación eminentemente marítima como la española. El enemigo a la vista era el francés por tierra, sin duda, pero se debía ampliar la capacidad mental y comprender que poco se podría hacer si no llegaban caudales, hombres y provisiones desde la mar. Los ejércitos en formación reclamaban armas a nuestros arsenales y éstas salían en demasía con detrimento terrorífico de nuestros propios armamentos. Puedo citar como

ejemplo que en las primeras semanas tan sólo desde el arsenal de Cartagena se entregaron a las tropas de tierra en formación 110 cañones, 56.000 fusiles, 18.000 carabinas, 16.000 pares de pistolas, 24.000 sables y 10.000 cuchillos. Era una sangría que el general Escaño deseaba cortar, alarmado ante la imposibilidad de alistar los buques que tanto necesitábamos para mantener la guerra.

Por desgracia, aquellos momentos iniciales de desmedida euforia y esperanza abierta, que así se movían nuestros cerebros en los primeros días de actividad marinera, se vieron encharcados en barro de muerte con las noticias que comenzaron a llegar sobre las operaciones de guerra en curso por las tierras de España. Porque tal y como se preveía los franceses atravesaron la frontera con elevado número de hombres y armas, los ejércitos más escogidos de Bonaparte, para apoyar al rey intruso en su afán por ceñir de nuevo la corona en el Real Palacio. Aunque se habían alistado numerosas tropas procedentes del sur hacia el Ebro, envalentonadas con los éxitos iniciales, los enemigos comenzaron a batirlas con saña y sin descanso, demostrando de lo que eran capaces los ejércitos imperiales que habían asombrado a Europa o, más bien, lo que es capaz de realizar un ejército bien pertrechado y adiestrado en mil guerras contra otro carente de los más indispensables elementos.

Aunque alguna noticia nos llenaba de orgullo y euforia, como el regreso de las tropas del marqués de la Romana a Santander en octubre, mantenidas con burdos subterfugios por el emperador francés en las costas de Dinamarca y sus islas, gracias al imprescindible apoyo de la marina británica y la eficaz e incansable labor del general Apodaca en Londres, pronto comenzaron a llover noticias en ramos de bruma espesa sobre nuestras cabezas. Los franceses arrasaban en el Ebro e invadían la vieja Castilla a paso largo, atacando como por arte del Maligno y a ritmo de trueno los pasos de Somosierra y Guadarrama, donde intentaban resistir tropas venidas en urgencia de Extremadura y Andalucía. Llegaban los primeros fríos del mes de diciembre cuando nos comunicaban que era imposible una mayor resistencia, con las tropas francesas a la vista de Madrid. Fue el momento en el que pareció ser escuchado el general Escaño, que desde semanas atrás insistía en la necesidad de instalar la Junta Central en terreno seguro, si se quería que su voz siguiera siendo escuchada en toda Europa como la de la España libre que clamaba por los derechos de don Fernando. Creo que fue el 3 de diciembre cuando, bien entrada la tarde, llegó don Antonio a la posada con los nervios a flor de piel, farfullando protestas en rumor cerrado.

—Siempre lo dejamos todo a la improvisación del último momento. Pocos comprenden que cualquier acción de envergadura debe ser convenientemente meditada y planificada punto por punto. Pero, bueno, parece que el sentido común acaba por imperar, muchachos. Preparemos documentos, bagajes y cuerpos, que hemos de salir como potros en campo abierto, de estampida.

—¿Abandonamos el Real Sitio, señor? —pregunté lo que ya vaticinaba como seguro.

—Mañana por la mañana con las primeras luces. Y no debemos esperar una hora más si no queremos quedar copados por los franceses, que ya se encuentran en los arrabales de la villa de Madrid.

—Parecemos un pueblo parido por la desgracia. Los franceses de nuevo aposentados como vivanderas engalanadas en la Corte del rey Católico — Beto utilizaba un tono de voz lastimero e incrédulo, como si escuchara la peor e inesperada de las noticias—. ¡Malditas sean todas las rabizonas que anidan en el puerto de Marsella, madres de esos mantecones del ejército imperial!

—Mantecones, pero muy eficaces en la guerra para nuestra desgracia. ¿Qué esperabas, Beto? —el general se cuadraba con los brazos en jarras ante mi compañero—. No creerías que nuestras tropas, mezcla de fuerzas regulares y partidas de paisanos patriotas con escaso bagaje militar, serían capaces de frenar a los ejércitos que han triunfado en toda Europa. Cuando la diferencia de fuerzas es tan arrolladora, toda esperanza debe depositarse en el conocimiento del terreno, circunstancia que puede llegar a igualar las fichas sobre el tablero. Sin embargo, en teatro abierto las esperanzas son nulas. Pero la Junta Central es el legítimo Gobierno de la España Libre y ha de quedar en seguro, para que su voz continúe siendo escuchada por amigos y enemigos. Ya sabéis que si por mí fuera nos dirigiríamos en directo hacia la fortaleza gaditana, para preparar allí la resistencia definitiva, que con seguridad es posible. Pero ¡por todos los clavos de Cristo!, que todavía hay cabezas confiando en el milagro santero que no ha de llegar. En fin, se ha decidido que nos retiremos hacia Extremadura.

—¿Hacia Extremadura? —entré con tono de cierta esperanza—. ¿Acaso se espera un apoyo directo de las tropas anglo-portuguesas? Bueno, ya se rindió el mariscal Junot ante los diez mil britanos desembarcados en la costa portuguesa en el mes de agosto.

—Unas tropas británicas que precisamente pensaban enviar contra nuestras provincias de Ultramar y de esta forma apoyar el movimiento secesionista de ese asaltador de faltriqueras llamado Miranda, así como otro destacamento que se encontraba en Gibraltar para tomar la plaza de Ceuta.

Toda guerra presenta sus ventajas —parecían hacerle gracia a don Antonio aquellas palabras—. Por cierto, que de esa forma quedaron liberados casi cuatro mil de nuestros hombres, retenidos en Portugal con malas artes. Pero no os hagáis ilusiones, que también en el teatro vecino sufrirán nuestros aliados el rodillo francés y me temo que esos britanos llegados en apoyo deberán volver a embarcar en sus naves.

—Pero como decíais, señor —apuntó Beto—, el dominio de la mar, ese don preciado del que ahora disfrutamos, hace posible que las tropas salgan y entren por el punto de la costa que se estime oportuno.

—Esa es nuestra única ventaja, de momento. En cuanto a nosotros, no creo que aguantemos en tierras extremeñas mucho tiempo, sin olvidar jamás que la Junta Central no puede abandonar el territorio español. ¡Debemos permanecer en esta tierra y morir luchando en ella si es necesario! ¡Nada de juntas de Gobierno aposentadas en terreno seguro fuera de la península! He dejado bien clara esa opinión, apoyada por..., apoyada por casi todos.

—Los franceses en la Corte y don José Bonaparte de nuevo en Palacio —largaba mis pensamientos en alto—. ¿Acabarán por dominar los gabachos a la España entera, señor?

—Nada de eso, *Gigante* —me dirigió una afectuosa sonrisa—. Creo que ya os dije una vez que vencer en una o varias batallas y conquistar no es dominar un territorio. Ahí sí que hemos establecido sabios principios. Debemos conseguir que los franceses sean dueños solamente del solar que pisan, ¡ni un palmo más! Las partidas sueltas, esas que se comienzan a denominar como cuadrillas o cuerpos francos, bien pegadas a su tierra, pueden obstaculizar en mucho su pretendido dominio. Creo que en esta guerra se van a inaugurar las armadillas de tierra, como así les he mencionado a algunos miembros de la Junta. No sonriáis al escuchar esas palabras, muchachos. También en los combates de tierra pueden aparecer las armas del pobre, como lo demostramos en la mar. Con pequeñas unidades navales, en junio de 1797, impedimos que el almirante Nelson tomara Cádiz. Pues de la misma forma, grupos de hombres sabiamente mandados pueden conseguir que la vida de los franceses allá donde se encuentren sea de tortura y sorpresa diaria, una emboscada en cada recodo del camino, un desgaste permanente de sus líneas de comunicación, que conforman un aspecto vital en su forma de conducir la guerra.

—Y desde Cádiz, la Junta Central enviando refuerzos en todas direcciones —dije con severa convicción.

—Desde luego, esa es mi idea inamovible. Cádiz y Lisboa deberán ser los dos inexpugnables fuertes en la península Ibérica.

—¿Lisboa? —preguntó Beto.

—Bueno, se trata de un pensamiento bien anclado en mi cabeza. Espero que los portugueses y britanos lleguen a la misma conclusión. Ambas plazas presentan aspectos similares. Pueden apoyarse en la mar, de donde recibirán caudales, refuerzos y pertrechos. Por esa mar mantendremos la comunicación de la península con nuestras provincias de ultramar, colonias portuguesas, Gran Bretaña y otros posibles aliados. No es una situación exacta la de ambos teatros, aunque parecida. La isla gaditana formada en el triángulo mágico queda separada de la España continental por un elemento imposible de salvar sin medios marítimos. Podemos dominar con nuestras armaduras ese conjunto de marismas, canales, caños y canalizos, cuya geografía conocemos como la palma de nuestra mano. Por cierto, que los franceses las denominan de forma un tanto despectiva como flotillas a la española.

—Pues con esas flotillas españolas les sacamos las castañas del fuego en los ataques britanos a Brest, hace algunos años —protesté con decisión.

—Tienes toda la razón. Dímelo a mí que fui el encargado de organizarlas. Sin embargo, aunque Lisboa puede ser protegida y apoyada en sus flancos de mar, deberán establecer una buena línea defensiva en la línea fortificada de Torres Vedras. La fuerza sutil, esas armaduras del pobre, puede volver a ser decisiva.

—Esperemos que los portugueses piensen en la misma dirección.

—Lo harán, que son primos muy cercanos a nosotros, si no hermanos. La Gran Bretaña es nuestra aliada y debemos aprovechar su apoyo. Porque es importante recordar que los accesos más fáciles de Francia a la península que deberán utilizar nuestros enemigos son las derrotas navales costeras. Un camino que hemos de cerrar a cal y canto, al precio que sea necesario.

—Con el dominio de la mar, gracias al apoyo britano, será cuestión sencilla.

—Nada de eso, *Gigante*. No es fácil mantener bloqueado el comercio de pequeñas unidades costaneras, como bien sabemos por nuestra experiencia en el sur durante los últimos años de guerra con los ingleses. Debemos utilizar fragatas y faluchos cañoneros que puedan barajar la costa al palmo y de esta forma apoyar las acciones de nuestros hombres en tierra si es necesario.

—¿Faluchos? —pregunté, extrañado—. Son unidades demasiado ligeras para tal misión, señor.

—No me refiero a esos pequeños faluchos usados en el comercio, como el que mandaste para rendir a la escuadra francesa hace meses. Se llegaron a construir algunos faluchos que pueden actuar como guardacostas. Mantienen un solo palo, inclinado hacia proa, y la vela latina envergada en él, pero con una mayor eslora pueden ajustar uno o dos foques, así como una mesanilla^[10].

—Había algunos de ellos en el apostadero de Algeciras —dijo Beto.

—En efecto. Podrán incorporar un solo cañón de a 24, como tu querido *Colombo*, pero creo que también se les pueden añadir uno o dos obuses ligeros. Eso conllevará aumentar sus dotaciones hasta los 40 o 60 hombres, ¡si los encontramos! Pero son unidades ideales para barajar la costa a la mirada y utilizar los remos como alternativa. Maniobrando enjaretados en flotillas, con algún cañonero en colaboración y protegidos por una o dos fragatas, pueden llevar a cabo una importante labor. Pero como os decía, y volviendo al tema principal, espero acabar en Cádiz más pronto que tarde.

—Si es que llegamos allí, señor —Beto continuaba con voz en trance de muerte.

—¡Cojones y lagartos, Beto! Deja ya ese tono de putorrón lastimera. Llegaremos a Cádiz, podéis estar seguros, aunque sea por puro instinto de conservación. Pero basta de charla y moved el trasero de una vez, que es mucha la faena pendiente.

De esta forma entramos al tajo con decisión y sin pérdida de tiempo, esa aceleración mental a la que ya nos habíamos acostumbrado, como si se tratara de una norma de vida habitual. La Junta Central, el verdadero gobierno de la España libre, debía moverse como rebaño para mantenerse independiente y con voz en alto. Nunca gusta dar la popa al enemigo y salir de estrepada a todo aquel que dedica su vida a la carrera de las armas, pero en este caso partíamos de estampida para no caer en manos del francés sin marcado dolor. Sabíamos que se trataba de una misión primordial, pensando en el futuro de esa España libre en la que tantos soñaban.

* * *

Mientras preparábamos baúles y cajas para el inminente traslado, tanto Beto como yo comprendimos que se cortaba la posible comunicación con las familias, sin conocimiento de fechas o periodos. Escuché sus palabras al tiempo que mi propio cerebro se cebaba en la misma idea.

—*Gigante*. ¿Qué será de los nuestros? A partir de ahora será muy difícil o imposible recibir noticias de ellos.

—Espero que no sufran penalidades en la hacienda de Santa Rosalía. Esa es la cuestión primordial. Esta guerra deberá acabar algún día.

—¿Y si los franceses acaban por dominar toda España? Algunos miembros de la Junta ya piensan en un posible escape hacia la Gran Bretaña.

—Maldita sea mi estampa, Beto. Si pensamos en la derrota acabaremos por sufrirla en los huevos.

—Poco me importan las penalidades que pueda sufrir yo. Somos capaces de sobrevivir en una balandra, plagados de escorbuto si es necesario. Pero las mujeres y los niños conforman un capítulo diferente. Creo que lo peor en esta vida es mantenerse en la ignorancia, el hecho de no saber nada, la falta absoluta de noticias de aquellos a quienes queremos. Una cosa es salir a la mar, aunque se trate de comisión a las Indias por cinco años, pero con la casa bien guardada, y otra bien distinta esta situación de encontrarnos en España, pero con las líneas cortadas sin remedio. Porque ahora quedamos sin conexión posible, con los ejércitos franceses controlando los territorios alrededor de Santa Rosalía.

—No deben pasar penalidades. María Antonia y nuestras mujeres son fuertes y saldrán adelante —pronunciaba las palabras que yo mismo deseaba escuchar, sin creerlas de verdad.

—Cuentan muchas barbaridades de las tropas francesas. Arrasan todo, cuerpos y bienes, allí por donde pasan. Ni siquiera respetan los bienes de la Iglesia o las mismas catedrales. No puedo imaginar siquiera que alcanzaran los lindes de la hacienda y llegaran a...

—No lo pienses porque es una posibilidad muy lejana y escasamente probable —corté sus lamentos con voz ronca—. Los gabachos dominarán el reino de Murcia, pero no creo que lleguen a las haciendas alejadas de las principales ciudades. Y no es el territorio cercano a la villa de Cehegín un posible teatro de guerra. Si deciden atacar Cartagena y tomar la cabecera del departamento marítimo llegarán desde Murcia o por la carretera de Andalucía, dejando nuestro terreno a bastantes leguas. Ya buscaremos la forma de comunicarnos. Donde menos se espera salta la liebre.

—Me temo que esa liebre se encuentra bien encamada y con escasas posibilidades de saltar en carrera.

Quedamos un tanto abatidos de cuerpo y alma. Pero no es fácil comprender ni explicar siquiera aquellos sentimientos a los que en verdad no estábamos acostumbrados. La situación normal del oficial de guerra^[11] en la Real Armada era salir a la mar en comisión de corta o larga duración, sea en tiempos de paz o guerra, y despedirse de los seres queridos como una

condición habitual en su vida. Se decía adiós sabiendo que la separación se abriría por un tiempo indeterminado y sin saber a ciencia cierta cuándo regresarían, si es que no quedaban a medio camino con la mar escribiendo sus notas propias. Sin embargo, en esta extraña y particular situación que debíamos encarar comenzábamos a deambular por tierras de España, huyendo de las tropas francesas y con el futuro abierto en interrogantes. No era la mar quien ahora debía dictar sus normas, sino las veredas y caminos de tierra en las que el hombre de mar suele acabar enfangado.

Alistados para la partida definitiva, con el parecer contrario de nuestro general, se decidió que la Junta Central se mudara a la capital extremeña de Badajoz. Sin más dudas o discusiones abandonamos el Real Sitio de Aranjuez el día 4 de diciembre en un grupo más o menos compacto, aunque algunos largaran las alas por cuenta propia en carruajes dorados. Pasamos por la hermosa villa de Toledo sin dirigir la mirada a las bandas y no dimos descanso a cuerpos y animales, salvo paradas imprescindibles, hasta alcanzar la villa de Talavera, donde nos instalamos desperdigados en diferentes alojamientos cedidos por notables de la ciudad. Fue necesario reunirse con las juntas locales, que apremiaban cada una en sentido propio, ese sentimiento tan español de disgregarse en taifas, bandos o facciones, olvidando muchas veces el fin común que debía estar presente en todo momento. También era imprescindible detener en ocasiones la marcha para dictar las órdenes en respuesta a las noticias que nos alcanzaban a diario, las más de ellas de calibre tan negro como para abatir los corazones hasta la última cubierta.

Dos días permanecemos en Talavera, dedicados por nuestra parte a los pliegos con pluma en ristre e incesante envío de postas, muchas veces con la desagradable duda de si aquellas órdenes que se cursaban de forma apremiante llegarían a sus destinos, dado el cambio permanente en las posiciones enemigas por el escenario terrestre y con noticias contradictorias. Pero como los galgos olían la presa continuamos la marcha hasta alcanzar la villa de Trujillo, donde se repitió la función teatral para desesperación de don Antonio. En esta ocasión, el general llegó a elevar la voz contra algunos patriotas de cortijo, como así los denominaba sin máscara y de forma claramente despectiva. Y allí mismo, en aquellos históricos solares, cuna de tantos de nuestros conquistadores, recibimos el mazazo de saber que Madrid había caído en manos francesas. Fueron sin duda momentos de profunda tristeza. De forma especial nos hacía sufrir el pensamiento de imaginar de nuevo al rey intruso ciñendo la falsa corona en el Palacio Real. Pero era necesario continuar la empresa y aquel fue el momento elegido por la Junta

para enviar diputados más allá de la raya de Portugal. Debían entrevistarse con los mandos del ejército británico, solicitando al general Moore que sus fuerzas, unidas a las recuperadas del marqués de la Romana, contribuyesen a la defensa de aquella parte de España.

Aunque algunos miembros de la Junta continuaban en su empeño de mantener derrota hacia Badajoz y de esta forma andar cerca de la nación hermana, se impuso la cordura, según palabras del general Escaño, tomándose la decisión de pasar por fin a las Andalucías. Pero en este punto saltó la discusión hasta la guinda del palo mayor, porque sólo un par de voces apoyaban la idea de don Antonio de marchar en directo y sin pérdida de tiempo hacia la isla gaditana, entre ellas la del bailío Valdés. Nuestro general, como tantas otras veces, alegaba que se trataba del único punto defendible en permanencia, la necesidad de controlar los socorros de las Indias y de nuestros aliados así como mantener a buen recaudo los almacenes militares y los bagajes necesarios para vestir y armar a la tropa. Esa noche llegó a la posada exaltado hasta la cresta, como pocas veces lo habíamos visto.

—¡Por todos los clavos de Jesucristo crucificado y mil santos en coro celestial! —golpeó sus puños entre sí con fuerza—. ¡Todas las putorronas del Sultán picando huevos a la contra! La peor desventura a sufrir en esta vida es la de discutir con personajes de cierta inteligencia, que sin embargo desvían sus ojos una cuarta hacia el pensamiento propio.

Callamos mientras el general barría la sala con alargados pasos, moviendo sus brazos en peligroso molinete. No nos atrevimos a intervenir, esperando que rindiera la marea lo suficiente.

—Debería quedar bien claro que la Junta es el verdadero y único Gobierno nacional que rige los destinos de España en nombre de don Fernando. Por esa razón arrastramos en penosa bandolera los pertinentes ministerios, tesorerías, tribunales, contadurías y ese mare mágnum que va engordando día a día como cochino en cebo. Debemos establecernos en Cádiz sin pérdida de tiempo y preparar a fondo su defensa, una empresa que no se conforma de la noche a la mañana.

—¿Es que se ha decidido otra línea de...? —me atreví a entrar con cierta prudencia y tono mesurado, sin llegar a rematar la frase.

—Demasiadas horas de discusiones para llegar a una decisión que no debería admitir posible alternativa. Pero eso es lo que me saca de mis casillas. Perdemos un tiempo del que no se dispone en disquisiciones estúpidas. Algunos miembros alegan la necesidad de establecernos en Sevilla, dado el poder de su Junta y pretensiones añadidas. Comentan que no debemos

molestarlos en exceso. ¡No se puede mandar si se transparenta debilidad! Por fortuna, los que todavía andamos despiertos hemos dejado bien claro que esa solución sería desastrosa, sin medios suficientes de defensa, con verdaderas posibilidades de quedar copados y sin capacidad de reacción. Nadie con un gramo de sesos en la cabeza puede pensar que sea posible detener a las tropas francesas en su bajada hacia el sur. Pero aunque cueste creerlo, se trata de una esperanza que algunos estiman como cierta. ¡Alegan que es posible pararlos en Despeñaperros! ¡Han perdido el juicio esos mamones de las cuerdas!

—En ese caso, señor, ¿salimos hacia Cádiz? —preguntó Beto con timidez.

—Eso parece y mañana mismo con las primeras luces. He mantenido una y mil veces la teoría de que la isla gaditana puede ser defendida con éxito ante ataques de un poderoso ejército. Mi opinión no es pájaro lanzado al vuelo, sino razonamiento basado en el profundo conocimiento que poseo sobre la Isla de León y La Carraca, que perdidos estos puntos lo sería también la ciudad de Cádiz. Por desgracia, otras voces ignorantes entienden como suficiente la cortadura que se lleva a cabo en el arrecife que une aquella plaza con la Isla. He insistido en que ha de defenderse el triángulo mágico, lo que comienza a ser llamado como isla gaditana, o quedará perdido lo que considero como el único reducto inexpugnable español, inigualable por sus posibilidades. Como es lógico, para confirmar ese éxito, es necesario trabajar y prepararlo todo a conciencia. Quiera Dios por el bien de España que no entremos de nuevo en la misma discusión.

Pero Dios nuestro Señor o más bien sus hijos desterrados en las sentinas de los infiernos no lo quisieron. La caravana trashumante de la Junta Central, una vez arribada a Sevilla entró en nuevas e interminables discusiones, con inesperados factores en negativo para las ideas de nuestro general. Por desgracia, en esta ocasión particular obraba a la contra la propia Junta sevillana, erigida desde los primeros momentos del alzamiento con excesivo poder, al punto de considerarse como Suprema de España e Indias cuando ordenaba el ataque contra la escuadra francesa meses atrás. Y aunque reconocía a la Central en su papel, la mediatizaba sin rubor al punto de convencerla para que se instalara en Sevilla, sin ocultar veladas amenazas con el fin de conseguir su propósito. Bien es cierto que algunos miembros de la Central no opusieron mayor resistencia, si es que no apoyaban tal idea en silencios de confirmación.

De esta forma, con profundo disgusto por nuestra parte, nos establecimos en permanencia a orillas del Guadalquivir. Los que así inclinaron la balanza, como alegaba don Antonio sin descanso, olvidaban los graves inconvenientes

de emplazarnos en campo abierto y excesivamente populoso, de difícil defensa, con demasiados revolucionarios sin control y escasa gente armada a disposición. Para calmar los ánimos se previeron planes de posible fortificación, en los que pocos creían.

Como no era el general Escaño de los que miraban a sotavento cuando las heridas alcanzaban las barbas, fiel a su norma desplegó una intensa actividad, sin olvidar las órdenes que giraba en discreto hacia la isla gaditana para la preparación de su defensa, con el pensamiento trazado en futuros. De todas formas, un elevado porcentaje de los notables comenzaba a creer que sería posible mantenerse sin excesivos contratiempos en la ciudad sevillana. Fiaban sus esperanzas en que nuestros ejércitos frenaran el avance de los franceses, cayendo en la deseada creencia de que las tropas imperiales acabarían por conformarse con dominar la parte septentrional de la península. Un espejismo más.

Nos encontrábamos bien entrados en el mes de enero del año del Señor de 1809 cuando Beto y yo comprendimos con abierta tristeza que habíamos atravesado las festividades de la Natividad con más pena que gloria, alejados de los seres más queridos y sin la menor noticia de ellos a disposición. En alguno de los escasos periodos de descanso Beto añoraba la figura de su hijo, desconocida pero idealizada en formas y con extremo detalle por los regueros de su cabeza, imaginando hasta el perfil del rostro con precisión. También yo tragaba penas en silencio, mientras los rostros de Eugenia y del pequeño *Pecas* se instalaban en mi cerebro, como bruma perdida en un lejano horizonte. Y todo ello sin olvidar en ningún momento la preocupación que sufría al escuchar los movimientos de los ejércitos franceses por la península así como su posible recalada en las cercanías de la hacienda murciana, una escena que abría surcos de sangre en el alma aunque las masticara en silencio.

En defensa de tales pensamientos, y por fortuna, la faena que pesaba sobre nuestros hombros era de tal grado que pocos minutos restaban para albergar aquellos negros sentimientos. A proa se preveían jornadas de veinte horas y la desesperanza abierta en cruces, porque en verdad el futuro se definía en colores tan negros como el más profundo agujero del infierno.

4. Momentos de tensión

Beto llegó a calificar aquel maléfico año de 1809 como un periodo histórico más propio de dementes, maldecida la pobre España desde los braseros de Satanás por un grupo numeroso de demonios en aquellarre sin fin. Aunque joven e inexperto, por mi parte era capaz de comprender que se había dado carpetazo al reinado más tenebroso de nuestra historia, y no ya a causa de entregas territoriales más o menos importantes, a las que nuestro pueblo se había acostumbrado desde lustros atrás. Por el contrario, era la pérdida de la propia estima la que sumía al español de bien en el más triste fondo, el hecho de sentirse avergonzado por aquellos a quienes se debía la más sincera lealtad y el más rendido de los respetos. Estimaba en mis adentros y sin rebozo algo impensable años atrás, que don Carlos el Cuarto, su real familia y los políticos que a su vera se amamantaron no sólo entraban por derecho propio en el más indigno y degenerado de los listados de nuestra particular historia, sino que habían demostrado una falta de principios y patriotismo pareja al peor de los traidores. Nuestra patria había quedado bajo los cascos de los caballos en clamoroso deshonor y sería empresa milagrosa sacarla de la ciénaga donde fuera fondeada.

En el fondo de mi alma, cuando corren estos días con el sosiego de mente que concede el paso de los años, comprendo que ni siquiera don Antonio de Escaño, cuando hablaba de los derechos de don Fernando el Séptimo, se refería a él como persona, sino a la España libre y soberana representada en una figura coronada, de la que no obstante poco fiaba, sin mencionarlo. Su esperanza se cifraba al ciento en esa forma de gobernar que los nuevos tiempos deberían imponer a los reyes, una teoría que contrastaba en mucho con otras voces que se escuchaban entre sus propios compañeros de Junta, por las claras y en manifiesta oposición.

A pesar de todos los problemas que nos alcanzaban día y noche, el funcionamiento de los asuntos particulares en cuanto al gobierno de la

Armada se mantenía a generoso ritmo. Bien es cierto que el dominio de la mar, propiciado por la alianza con la Gran Bretaña, hacía fácil una tarea que en los últimos años se mostrara como empresa casi imposible. De esta forma era posible enviar nuestras unidades por todos los mares en las misiones que se consideraban necesarias para mantener la guerra contra el francés, con el único borrón de algunos corsarios gabachos que intentaban entorpecer el tráfico costanero. Para bien o para mal, ahora el problema no se traducía en escapar de férreos bloqueos a las mismas puertas de nuestros puertos, sino alistar las unidades navales que tanto necesitábamos, maltrechas a causa de la penuria de los arsenales y sin posibilidades de dar avance, un aspecto en el que el apoyo británico se consideraba imprescindible.

Aunque era mucho y con frutos a la vista el trabajo que don Antonio de Escaño llevaba a cabo como ministro de Marina en la Junta Central, sus relaciones con diversos miembros de ese órgano de gobierno se tornaban en ocasiones difíciles y sin salida positiva. Creo que a ello se debió la metralla que nos saltó a la cara en los primeros días del mes de febrero, cuando nuestro jefe regresó al despacho con paso largo y rostro de contrariedad manifiesta. No fue necesario tironear de su casaca para que largara su pensamiento a los cuatro vientos.

—Estimo que más de uno de los miembros de la Junta Central, incluso algunos diputados que no siempre laboran a favor, vería con buenos ojos mi ausencia de estas tierras. Es posible que de esta forma mis sinceras opiniones quedaran perdidas en la distancia. ¡Parece difícil que se comprenda cuándo un hombre habla en verdad y sin medir rendimientos personales! ¡Pero no estoy dispuesto a aceptarlo, por todas las zorronas de la Corte del Sultán! ¡No lo conseguirán!

—¿Ausencia de estas tierras? —pregunté en voz queda y con cierta prevención—. ¿A qué se refiere, señor?

—La Junta Central, posiblemente instigada por alguno de sus miembros, me ha nombrado virrey y capitán general de las provincias de Buenos Aires.

—¿Virrey de Buenos Aires? ¿Ha de marchar al Río de la Plata? —preguntó Beto con cara de asombro, mientras mis tripas también saltaban en concierto.

—Nada de eso. El nombramiento ha sido firmado hoy mismo, 8 de febrero, pero ya andaba con noticias al quite y he elevado petición inmediata y en firme de ser exonerado de tal privilegio. He manifestado por escrito a todos los miembros de la Junta que mi deseo más profundo y decidida

convicción es no abandonar la península Ibérica mientras un solo soldado francés se encuentre en ella.

Elevó el puño cerrado hacia los cielos, acabando por descargar el golpe esperado sobre la mesa. Legajos, códigos y carpetas rodaron en confusa mezcolanza. Continuó su nervioso paseo en el despacho, antes de seguir.

—Espero que por el tono empleado en mis palabras comprendan que no se trata de bravuconada barata ni que largo piñatas por falsete. No solicito seguir como cabeza de la secretaría de Marina, que otros habrá para diligenciar sus asuntos con mejor aptitud. Pero antes de abandonar la Península, prefiero ser asignado para formar parte de cualquier ejército que luche por estas tierras, aunque sea con empleo rebajado. Ya sé que en estos momentos necesitamos una mano fuerte y espíritu valeroso para regir nuestros dominios en el Plata, pero hay otros mejor preparados para esa misión. Estimo con absoluta sinceridad que he de permanecer en este puesto, aunque admito cambiar de aires sin abandonar el escenario bélico. Y por todos los Escaños o Ascanios que anidan en el camposanto que deberán utilizar fuerzas supletorias para hacerme quebrar tal disposición. He sugerido a algunos miembros de la Junta, que suelen estimar mis palabras, el nombre del teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros para ocupar tal puesto.

—¿Y cree que..., cree que accederán a su petición? —volvió a preguntar Beto, con el miedo tremolando entre sus labios.

—Estimo que mantengo buenas cartas en la mano para la ocasión —mostró un gesto de tenacidad en su rostro que pocas veces habíamos observado—. Aunque sea difícil de comprender, todavía hay quien cree moverse por la Corte en círculo de real besamanos. Debemos dejar de albergar falsas esperanzas y tomar el toro por el único cuerno que se muestra a la vista. Nuestra situación en esta ciudad se irá deteriorando por momentos, conforme avancen los franceses hacia las Andalucías, ¡que lo harán! Necesitamos fuerzas y hombres en el triángulo gaditano. He insistido en la necesidad de nombrar al teniente general Álava como comandante general de la escuadra del Océano, que anda en inadecuada interinidad desde que Ruiz de Apodaca saliera para la Inglaterra en misión de extraordinaria importancia.

—¿Ha conseguido contactar con el general Álava, señor? —pregunté, por haberlo intentado sin éxito en la semana anterior.

—Ya hablé con él, perdido como se encuentra de vocal en la Junta de Asistencia de la Dirección General. Y ya le encomendé que una vez en Cádiz deberá fortificar el arsenal de La Carraca y trabajar codo a codo con Uriarte, para armar sin pérdida de tiempo un mínimo de sesenta lanchas y cañoneros,

auxiliados con los botes y faluchos necesarios. Hay demasiadas mentes obtusas, cuando no interesadas. Todavía no comprenden que allí, en aguas gaditanas, nos jugaremos el prestigio y mucho más como nación libre.

—No será fácil armar un número tan elevado de unidades, con las penurias que se sufren en el arsenal —expuse con sinceridad.

—Ya lo sé, *Gigante*. Pero debemos echar el resto en lo que puede ser la llave definitiva. Deberán armarse esas sesenta cañoneras, dejando veinte en activo y alistadas al ciento, mientras se mantienen las demás desarmadas y con sus pertrechos a buen recaudo. Que se dediquen hasta nueva orden al tráfico, para que no supongan un gasto a la hacienda del que no se dispone. Pero al mismo tiempo, y de acuerdo con el Ministerio de la Guerra, se deben hacer las cortaduras en el Trocadero y fortificarlo convenientemente. Como veo que nada se hace, también se lo he encargado al general Álava. Después de todo, ese caño es la llave de seguridad para las unidades de la escuadra y debe instalar baterías en tierra con las que posibilite su defensa. ¡Porque los franceses llegarán a las puertas de la bahía! Quien dude de tal premisa está loco, mal informado o alberga deseos inconfesables. Por mi parte, sólo intento extender lo que está haciendo Uriarte en la Isla de León, con callada labor y sin alharacas de feria —el general endurecía el tono de su voz.

—Le harán caso, señor, que su voz tiene mucho ascendiente en estos días —declaró Beto en sinceros.

—Eso creía yo, es cierto, pero no olvidemos que otras voces, de esas que no se declaran a la cara, obran en contrario y por caminos estrechos. Y también hemos de preparar una expedición de auxilio a Galicia, donde comienzan a pasar penurias sin cuento.

—¿Expedición naval? —pregunté, sabiendo las limitaciones con que nos movíamos en aquellos días.

—No querrás hacerla en uno de esos globos de feria o a través de un territorio ya ocupado por los gabachos. De la Tesorería me han informado que no se dispone de un solo real. Bueno, será cosa de llegar a situaciones límite. Acudiré al préstamo.

—¿La Secretaría de Marina acudirá al préstamo? —me costaba creer aquellas palabras—. No le será fácil.

—Nada es sencillo en estos días. Pero estimo que don Benito de la Piedra se encuentra a favor de mis ideas y ese hombre es capaz de sacar monedas de oro bajo las baldosas.

Los acontecimientos posteriores dieron la razón a don Antonio de la cabeza a la cola. Por fortuna, la Junta Central accedió a la súplica del general,

nombrando para el puesto de virrey en el Río de la Plata al teniente general y paisano suyo don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Y también se nombraba pocos días después al teniente general don Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete para el mando de la escuadra del Océano, no sin algunas discusiones de orden en la Junta en cuanto a las misiones que debía encarar. Reconfortaba pensar que ya andaba el marino vasco por tierras de Cádiz y comenzaba la labor que tanta importancia podría presentar en un futuro.

Las noticias de los frentes que comenzaron a llegar a Sevilla no podían ser más descorazonadoras. Los franceses atacaron y atravesaron el puente de Almaraz sobre el Tajo, forzaron el puerto de Mirabeles y tomaron con cierta facilidad la tierra extremeña hasta el Guadiana. Intentó oponerse el ejército que mandaba el general Cuesta, pero sufrió terrible derrota en Medellín, retirándose con las reliquias. Los restos del ejército del Ebro alcanzaron la Mancha, siendo batidos en Uclés. Estas y otras noticias de parecida índole dejaron a los miembros de la Junta Central con el alma perdida, comprendiendo por fin el desatino que había supuesto mantenerse a orillas del Guadalquivir. Ya el 18 de abril la Junta publicaba un manifiesto en el que anunciaba la necesidad de su traslado a territorio seguro, aunque todavía se invirtiera un tiempo y caudales preciosos al intentar levantar unas fortificaciones en Sevilla, que don Antonio consideraba estupidez sin límite. Había que abandonar la capital andaluza, pero como repetía el general Escaño sin que pareciera que el máximo organismo de la nación abandonaba al pueblo en su defensa.

El tiempo en aquellos meses de 1809 tragaba leguas a un largo y con nubarrones por los cuatro puntos del horizonte. Los terroríficos resultados de la batalla de Talavera, la dispersión de nuestras fuerzas en la Mancha tras la batalla de Almonacid y, como triste remate, la desgraciadísima acción de Ocaña nos dejaron con el evidente temor de una inmediata invasión de las Andalucías. Y en tales tintes atacamos los últimos meses de aquel maléfico año, con la Junta preparando bagajes y medios de transporte.

Dimos cierre y carpetazo a otro año de guerra, ese malhadado de 1809, alejados una vez más de nuestras familias, unas fechas que encharcan los corazones en pena ante la ausencia de los seres queridos. Tan sólo en el mes de septiembre habíamos recibido recado a través de una fragata arribada a Cádiz, con datación de tres meses atrás, en la que nos confirmaban el buen estado general de mujeres y niños. Sin embargo y entre líneas, las palabras de María Antonia destilaban cierta prevención ante el movimiento de tropas por sierras cercanas. Conscientes de que intentaban borrar cualquier signo de

alarma, quedamos con la preocupación entablada en firme por las venas, aunque nada pudiéramos hacer para remediarlo, dada nuestra situación y la propia de España. También a nuestro general preocupaba la situación de sus familiares en Cartagena, aunque se encontrara atado de manos como nosotros.

De aquel nefasto año de 1809 tan sólo nos dejó regusto dulzón un feliz suceso, aunque se corriera en principio muy a las negras. En los primeros días de enero, desbaratadas las fuerzas del ejército auxiliar inglés y en retirada hacia Galicia para reembarcar en los transportes alistados en Coruña, eran perseguidas con saña por el mariscal Soult. Nuestros aliados sufrieron un penoso combate, donde perdió la vida el general Moore. Pero la peor de las noticias nos llegaba al tener conocimiento de que a continuación se rendía la plaza de Ferrol, una inesperada y rápida capitulación de la que se deberían exigir en su momento aclaraciones de conducta poco honrosas, como clamaba el general Escaño entre borbotones de indignación. Tal premura significó que los buques allí establecidos cayeran en manos de los franceses. Era un duro golpe que el principal arsenal de la península y 16 unidades, 5 navíos de línea, uno de ellos de tres puentes, 5 fragatas, 1 urca, 2 corbetas y 3 bergantines, pasaran a manos del enemigo. Los britanos protestaban en firme, aludiendo a que en ciertos casos es mejor dar las maderas al fuego que aumentar las fuerzas del enemigo sin costo añadido. Y razón les sobraba, porque la actuación española en aquel lance debía avergonzar hasta el más pusilánime de los marineros.

Como era de esperar, el emperador Bonaparte se decidió a dar el zarpazo definitivo sin pérdida de tiempo, enviando desde Brest un contralmirante con oficiales y marinería para tripularlos hasta puerto francés. Pero alguna vez debía enviarnos el cielo mensajes de gloria, y en esta ocasión llegaron en el momento oportuno. Como gracia inesperada apareció el ministro de Marina del rey José, teniente general don José de Mazarredo, quien haciendo uso de su autoridad consiguió impedir el expolio y dejar los buques para el servicio de su señor.

A continuación la suerte corrió a nuestro favor en chorros, porque en el mes de mayo regresaban a Ferrol tropas españolas, al tiempo que una escuadra inglesa se presentaba en el puerto. Con extraordinaria rapidez se alistaban los 16 buques, aunque fuese en precario, para hacerse a la mar entre los meses de agosto y septiembre, embarcando todo lo que de valor quedaba en los almacenes del arsenal. Bien es cierto que sin el apoyo britano de pertrechos y marinería no se habría podido rematar aquella faena, que cuadraba en luces de gloria como una gran victoria naval. Tan sólo quedaron

en el arsenal ferrolano algunos cascos viejos e inservibles, así como la fragata *Magdalena*, para el servicio del puerto. Creo que fue una de las mejores noticias recibidas por el general Escaño en muchos meses, y así lo hizo notar.

—Aunque no deba decirlo en público, esa acción de don José de Mazarredo demuestra su verdadero patriotismo. Aunque las víboras quieran segar la hierba con sus habituales denuestos, no todos los afrancesados son enemigos de España ni profesan sus teorías en beneficio propio. Ese es el caso particular del general Mazarredo, quien durante tantos años fue mi jefe y valedor. Parece difícil creer que el más brillante oficial de la Real Armada, sin comparación posible, fuera maltratado de forma tan injusta y vergonzosa en el reinado anterior.

Nos mantuvimos en silencio, sin saber a ciencia cierta cómo atacar aquella manzana. Fue Beto, sin embargo, quien contestó en voz queda.

—Pero no debemos olvidar que trabaja para beneficio del francés, señor.

—Trabaja, como siempre ha hecho, por el bien de su patria, o lo que él entiende como tal —el tono empleado por don Antonio no dejaba lugar a dudas—. Y podéis estar seguros de que ha estimado como mejor camino para España las nuevas ideas aportadas por los franceses, aunque mi opinión sea distinta.

De esta forma, entre noticias de embargo y muy contadas alegrías, entramos en el año del Señor de 1810 con los gabachos forzando a nuestros hombres en Sierra Morena y batiéndolos en el reino jienense. Sin pausa nos llegaba la noticia de la pérdida de las capitales de Jaén y Córdoba con tremenda rapidez. Fue el momento último y definitivo, cuando la Junta decidió retirarse, ¡por fin!, sobre la Isla de León, como predijera don Antonio de Escaño tantos meses atrás. Y lo que fue considerado por muchos revolucionarios, personajes que no siempre andaban con el espíritu a la llana, como vergonzosa huida se llevó a cabo el 24 de enero de ese nuevo año, que también vendría amadrinado en luces de terror. Al menos, y por nuestra parte, habíamos conseguido enviar la expedición naval a la ría de Vigo, con fuerzas que tan excelente resultado dieron en la batalla del Puente Sampayo. Pero las cartas estaban echadas a fuego y lo sufriríamos a continuación.

* * *

Tal y como vaticinaran algunas voces en razón, cuando la Junta Central abandonó la bella ciudad de Sevilla el pueblo se levantó en manifiesta revuelta, dando el poder soberano a su propia Junta, que tanta fuerza e

influencia mostrara desde los primeros días del alzamiento. Pero no contentos con esta acción, alineados con otras juntas provinciales que marchaban por su propio camino, publicaron manifiestos para informar a los españoles que la Junta Central había vendido las Andalucías al enemigo, abandonándolas a su propia suerte, sin comprender que se trataba de preservar el Gobierno de la Nación, una institución que no podía caer en manos del enemigo. Para colmo de su desvergonzada actitud, propalaron rumores sobre robos de joyas y caudales a los miembros de la Junta, con instrucciones para su prendimiento.

Aunque se tratara de calumnia bochornosa y difícil de creer para quien albergara un mínimo de inteligencia, tal fue el efecto de las noticias lanzadas por caminos y veredas que el presidente de la Junta, arzobispo de Loadicea, el vicepresidente, conde de Altamira, así como algunos diputados y el propio ministro de la Guerra fueron arrestados por un piquete de turbas en la ciudad de Jerez. Por nuestra parte, anduvimos con suerte y alcanzamos la Isla de León sin mayores problemas aquel mismo día, aunque debiera ejercer don Antonio de su autoridad y energía ante alguna partida de alzados en armas, más cercanos a escuadra de bandoleros que a patriotas ofendidos. De hecho, el que era considerado como legítimo Gobierno de la España libre quedaba disuelto *de facto* y sus miembros perseguidos cual criminales de la peor calaña. Como decía el general Escaño, entre bramidos más cercanos a la blasfemia alzada, todo ello sucedía cuando más se necesitaba una sola voz de mando.

Llegados a la Real Isla de León, tomamos posada en un modesto edificio cedido con generosidad por don Benito de la Piedra hasta comprobar el desarrollo de los acontecimientos, que, bien es cierto, poco halagüeños se presentaban a la vista. Pronto comenzaron a reunirse de nuevo los miembros de la Junta Central, conforme iban arribando con sus penas, aunque pocas noticias nos alcanzaran a Beto y a mí de las deliberaciones que se llevaban a cabo noche y día. Pero don Antonio tenía otros asuntos de gran importancia en la cabeza, como la defensa de la isla gaditana, razón por la que en cuanto le fue posible recibió en su posada al jefe de escuadra don Francisco Javier de Uriarte y Borja, quien fuera nombrado por la Junta Central a propuesta de nuestro jefe como gobernador militar de la Isla de León, con retención de la mayoría general y de su plaza de consejero de Marina y Guerra. De esta forma había marchado a su nuevo destino con órdenes precisas del general Escaño, tendentes a tomar las necesarias medidas para la futura defensa.

Aunque había visto al general Uriarte un par de veces en ocasiones anteriores, ahora y a tan corta distancia me impresionó su noble porte, así

como el carácter franco y recio, de los que no se andan con circunloquios cortesanos. Era alto de estatura, magro de carnes, moreno de pelo cortado a la romana y un rostro agradable, en el que sin embargo destacaba una nariz que parecía empernada entre los pómulos como un bichero de falúa.

Tras un efusivo abrazo entre aquellos dos hombres que tan importante función desempeñaron en los revueltos años venideros entraron con rápida discusión en la sala de trabajo. Y aunque hayan pasado los años en bandadas, recuerdo aquella conversación con bastante detalle.

—Mucho me alegro de verle sano y salvo, señor, que no andan estos días como para vagar por veredas sin ejército a disposición. Ha debido recibir el auxilio de todos los dioses de la mar. Siento decirle que han corrido rumores terribles sobre la Junta Central y sus componentes, en los que no creo —Uriarte, fiel a su norma de atacar los problemas de frente, entraba de lleno en el tema principal y sin rodeos.

—Ya sabes mi opinión sobre esa insensata decisión de que la Central se estableciera en Sevilla. Este alzamiento general contra el francés, que podría ser considerado como glorioso y memorable, presenta indecorosos flecos que debemos desterrar con mano firme.

—Flecos claramente revolucionarios, si me permite decirlo, señor.

—A muchos les asusta esa palabra y el correspondiente análisis. Por desgracia, los que añoran el sistema de gobierno que nos llevó a la ruina y el descrédito más absoluto en el pasado reinado califican con ese adjetivo a los que desean un cambio de rumbo en los asuntos del Estado. ¿Cuándo acabaremos por comprender que no es mal patriota quien piensa de diferente forma? Y puedes estar seguro de que no se trata de revolucionarios, con lo que tal palabra significa en realidad.

—Entiendo y concuerdo con sus palabras.

—Se debe reconducir tanto patriotismo verdadero sin dejar que otros consigan fines concretos, bien sean de partido o particulares. No queda más remedio —don Antonio masajeaba sus manos con nerviosismo— que disponer de una sola voz, llámese Junta Central o con el apelativo que se desee —pareció dudar unos pocos segundos antes de continuar, como si mantuviera información precisa en la casaca—. Y no me refiero solamente a la imperiosa necesidad de que la contienda sea dirigida de acuerdo a una visión global, que ya es función importante. Entiendo como fundamental que un gobierno legítimo, en representación de don Fernando, pueda ser oído con suficiente credibilidad en España y por todo el orbe.

—Alguien deberá defender a esos miembros de la Junta, maltratados por el pueblo.

—Ya se encuentra todo resuelto, aunque costara lo suyo. Me comisionaron como secretario de Marina para que oficiara con el corregidor de Jerez y saber la causa verdadera por la que habían sido detenidos el presidente y otros miembros de la Junta Central. Una verdadera estupidez, porque escaso contacto institucional presenta tierra adentro quien rige los destinos de la Real Armada. Nuestros compañeros se encontraban retenidos en la Cartuja con absurdas acusaciones. Pero no era ese el mejor camino para solucionar el enredo. Conozco hombres de bien con suficiente prestigio en esa villa y, gracias a los cielos, dispongo de suficiente ascendencia sobre ellos. Así conseguí que los miembros aprehendidos continuaran viaje hasta aquí sin mayores problemas.

—Bueno, señor, estoy de acuerdo en que debe ser una sola voz la que hable en nombre de esta España que lucha contra los franceses, aunque cada vez nos quede menos tierra sin haber sido hollada por sus botas. En ese sentido corren rumores..., corren rumores de que se va a crear una nueva institución, una especie de regente.

—Está visto que en nuestra querida España ni las conversaciones privadas de gobierno aguantan unas horas en el saco cerrado —don Antonio sonreía, aunque utilizara un tono de ligera censura—. Se trata de una idea que en verdad ya había sido expuesta y más que discutida desde los primeros días en Aranjuez, un tema al que diariamente nos veíamos abocados. En agosto del año pasado, el representante de Aragón, don Francisco Palafox, fue quien expuso a la Junta Central la necesidad de establecer un Consejo de Regencia, porque en verdad esas eran las primitivas intenciones al nombrar los diputados. Esgrimía con rigor a favor de su petición las propias leyes del reino. Solicitaba, casi exigía con malos modos, la urgente designación de una regencia, para la que proponía al cardenal don Luis de Borbón.

—¿Don Luis de Borbón como regente? —preguntó Uriarte, extrañado.

—En efecto. Ya sabéis que la Junta Central ha tenido detractores desde el primer momento, con un excesivo protagonismo individual de las provinciales, y ese era uno de los caminos para descabezarla. Y llegados al punto en que nos encontramos es posible que sea necesario. Pero no por las acusaciones que tanto Palafox como otros diputados alegan contra el trabajo de la Junta Central, que no estoy dispuesto a admitir, ni que esa regencia caiga en los hombros de una sola persona, que puede tender al despotismo en momentos que no son para retroceder en el tiempo. Sin olvidar el apoyo tras

la corona del Consejo de Castilla y esos descerebrados que desean el antiguo régimen de gobierno. Con esa maniobra pedida por Palafox veían una posibilidad de dualidad gubernativa.

—Estoy de acuerdo con vos, señor.

—En el mes de noviembre pasado se creó en la propia Junta una comisión ejecutiva para discutir las posibilidades que se abrían a las bandas. Había miembros, como Veri, Cornel y el conde de Contamina, que defendían a muerte la idea de Palafox. Otros, que formaban mayoría, deseaban continuar con la Junta Central en los mismos términos establecidos hasta el momento, algo inviable en estos días, tal y como ha quedado demostrado. Y por último, unos pocos, Saavedra, el bailío Valdés, Garay, Villel, Jovellanos, Camposagrado y yo mismo, defendíamos que se conservara la junta soberana, pero que se concretase el mando en unos pocos miembros, cuatro o cinco, para hacerla más práctica y ejecutiva. Vamos, una especie de órgano colegiado, con el nombre que se le quisiera endosar. Desde luego todo ello acompañado con una convocatoria posterior a Cortes, inevitable y necesaria exigencia primigenia. Porque deben ser los representantes del pueblo alzado en armas los que dirijan nuestros destinos, aunque algunos lo entiendan como aberración revolucionaria, esos mismos que sin embargo admiran el gobierno de la Gran Bretaña, amparado en similares tintes.

—Parece muy razonable esa postura de un grupo regidor, señor.

—Pero ha habido movimientos de todo tipo. Incluso el marqués de la Romana entró en vereda con los garfios por alto. También los embajadores británicos apuraban la taza, aunque fuera en el sentido de disponer de un Gobierno fuerte y, en consecuencia, criticaran la debilidad de la Junta Central. Como es lógico pensar, a nuestros nuevos aliados sólo les interesa la guerra contra los franceses y buscan la forma de mejor llevarla a cabo en la Península, una postura que entiendo lógica.

—Desde luego.

—A ese mare magnum de ideas y para embrollar la situación un poco más cada Junta provincial se pronunciaba como si se tratara de un órgano soberano, lo que poco colabora a la empresa nacional. También las pretensiones reformistas y constitucionales escandalizan a muchos, aunque en verdad las considero absolutamente necesarias. A todo esto, ya sabe lo sucedido cuando abandonamos Sevilla. Hasta hemos sido acusados de desviar sumas de dinero y joyas en beneficio propio, así como otras diligencias vergonzosas. No son más que versiones interesadas de los que laboran solamente para el propio beneficio.

—Nadie de bien puede llegar a creer esas infamias, puede estar seguro.

—Las voces malignas siempre encuentran oídos interesados. Pero las aguas se calman poco a poco y hace dos días, el 27, se reinstaló la Junta Central, aunque fuera más de nombre que otra cosa. Tal y como se preveía, la decisión fue contestada de inmediato, tan rápidamente que al día siguiente se creaba una nueva Junta en Cádiz con plenos poderes. No es más que el resultado de la España que revienta en reinos de taifas cuando le es posible o la mano débil lo permite. Por esa razón la propia Junta se apresuró a designar una regencia, de forma que toda la autoridad y el poder que ejerce la Junta Suprema se transfiere a este Consejo de Regencia sin limitación alguna. De esta forma contentamos al embajador britano, Wellesley, que mucho aprieta en tal sentido. Sin embargo, deja en marcha el proceso de convocar las Cortes, que traerá cola en su momento, aunque sea una premisa inexcusable.

—¿Traerá cola?

—Esa convocatoria a Cortes tiene dos visiones muy diferentes. Por una parte, la de los que son claramente absolutistas y desean que España se gobierne como hizo don Carlos y su augusta señora. Estos personajes, con mente anclada en el siglo pasado, piensan en la institución que estructuraron los Austrias y mantuvieron los Borbones en el olvido. Por el contrario, los de mentalidad adecuada a los nuevos tiempos que vivimos, llamados revolucionarios por los absolutistas, aunque no lo sean, piensan en unas Cortes como institución moderna y plenamente representativa, con una misión renovadora. Vamos, hablando a las claras y aunque algunos se asusten al escucharlo, no se trata más que de dar una Constitución a la nación que sirva de freno al poder real, tal y como se lleva a cabo sin problemas en la Gran Bretaña.

—No será fácil de digerir esa piedra para muchos —Uriarte ofrecía una ligera sonrisa.

—Los que tanto se escandalizan deberían pensar que no habría venido mal esa limitación de poderes en el reinado de don Carlos el Cuarto, cuando cedía en el infame valido prebendas y poder sin medida. Pero bueno, de momento tiene trabajo la regencia, hasta que se consigan convocar las Cortes, que ya era una prioridad ordenada a la Junta Central. Pero aunque sea partidario de esa consulta popular, en estos momentos debemos dedicarnos por entero a defender esta casa gaditana. Ya habrá tiempo para correr, cuando seamos capaces de dar algunos pasos.

—Por supuesto, señor. ¿Y quiénes compondrán ese Consejo de Regencia? —preguntó Uriarte con media sonrisa, como si ya supiera la respuesta.

—Creo que también le han llegado esas campanadas a los oídos. Resulta que han sido propuestos cinco miembros para formarla. El manifiesto de su constitución ha sido firmado hoy mismo, 29 de enero de este año que se presenta con más nubes todavía que el anterior, si es que tal calamidad es posible.

Quedó en silencio don Antonio, mientras Uriarte lo observaba con claro signo de impaciencia. Tanto Beto como yo, ignorantes de aquellas noticias, no perdíamos palabra, aunque nos encontráramos teóricamente enfrascados en la lectura de unos legajos. El general era consciente de la tensión creada, por lo que continuó con una franca sonrisa en su rostro.

—Como supongo que deseáis saber los nombres de los regentes y ya estamos cerca de entrar en el día 30, momento en el que se harán públicos, puedo deciros que el Supremo Consejo de Regencia, que ese será su denominación oficial, estará compuesto por el obispo de Orense, don Pedro de Quevedo y Quintano, el avezado político y consejero de Estado don Francisco Saavedra, el general don Francisco Javier Castaños, don Esteban Fernández de León como miembro nacido en las Indias, un aspecto importante porque actuará como representante de las provincias de Ultramar, y..., bueno... —alargó su sonrisa—, y este modesto oficial de la Real Armada que tenéis ante vosotros y no merece tal reconocimiento.

—¡Por todos los santos celestiales y sus milagros! —estalló Uriarte de forma inesperada—. Juro ante los sagrados evangelios que me tranquiliza ese último nombramiento. Y puede estar seguro de que no entro en veredas de lisonja inmerecida, señor.

—Ya lo sé, Uriarte —don Antonio golpeó el hombro de su subordinado con cariño—. Es mucha la responsabilidad que cae sobre mis hombros, bien lo sabe Dios. Aunque albergaba ciertas dudas parece que por fin hemos sido bendecidos por los cielos y esta medida será aceptada por todos, incluso por la belicosa y popular Junta gaditana. Bueno, lo cierto es que muchas provincias que nos denostaban ya volvían a respaldar a la Junta Central, por lo que este Consejo de Regencia llega en el momento oportuno y los representantes británicos muestran su acuerdo, aspecto fundamental. La regencia será reconocida oficialmente por el Departamento Marítimo, la escuadra, los pueblos de La Isla y La Carraca, la Junta de Cádiz y, estoy seguro, en ese sentido se moverá la España entera, así como los ministros extranjeros.

—Me tranquilizan esas palabras, señor.

—Después de todo, era mi teoría primitiva. Crear un órgano compuesto por pocos hombres que puedan embridar los asuntos de la nación con cierta operatividad. Una vez dividido el trabajo, todo será más fácil. El general Castaños se ocupará de la parte militar de tierra y fortificaciones del arrecife por fuera del puente de Zuazo. Don Francisco Saavedra, de las obras en Sancti Petri, mientras que sobre mis hombros queda la parte militar de Marina, la defensa de La Carraca, que estimo fundamental, y las armaduras que deben llevar a cabo una extraordinaria labor por los caños en defensa y ataque. El señor obispo aún no ha arribado a la Isla, pero poco espero de su colaboración, dado el carácter absolutista que lo adorna. No debemos olvidar, sin embargo, que con sus valerosos manifiestos desde el primer momento ha jugado un papel de importancia para levantar los pueblos de España contra el francés. La presidencia será ejercida por el general Castaños en los seis primeros meses, al haberse decidido que sea temporal y rotativa, siendo precisamente el obispo quien deberá sucederlo en el cargo. Espero que monseñor no entre demasiado en política, firme lo que deba y rece mucho —volvió a sonreír—. Bueno, sin olvidar que la Junta de Cádiz se ha comprometido con las subsistencias y los acopios de los parques del Ejército y apostaderos de Marina.

—¿Y en qué se ocupará don Esteban Fernández de León? —preguntó Uriarte.

—Parece que anda el pobre hombre con la salud rendida, por lo que posiblemente será relevado por don Miguel de Lardizábal y Uribe, natural de Tlaxcala, en Méjico, con lo que puede desempeñar su cometido. Necesitamos un miembro nacido en las Indias y con ascendiente sobre aquellos virreinos, aunque sea de nombre.

—¿Lardizábal? ¿Pariente de don Manuel, que ya fue consejero de don Carlos III?

—Su hermano menor, que actuaba en la Junta como diputado en representación de Nueva España. Y según me han comentado debe ser de la cuerda del obispo o más absolutista todavía, si es que tal condición es posible.

—También he escuchado que la regencia recibirá un tratamiento especial.

—En efecto, recibirá el tratamiento de Majestad. Ya saben quienes bien me conocen que nunca he laborado en pro de favores y reconocimientos cortesanos. Tanto así que he asegurado a mis compañeros y firmado en oficial documento no aceptar ascenso ni prebenda alguna mientras sea miembro de este superior estamento. Pero el tratamiento debe ser el adecuado. En primer lugar, porque quien ejerce el cargo de regente lo hace en nombre de Su

Majestad, y dicho título de cortesía ha de recibir. Pero en el aspecto que considero más importante, tal solemnidad puede aunar voluntades de indecisos, ante la importancia que se le ofrece al nuevo órgano creado. Y entiendo que cuando se convoquen las Cortes y ellas lleven el peso de formar gobierno deberán recibir el mismo tratamiento protocolario. En fin, creo que se deben aparcar todas las ideas personales y colaborar al bien común, que en estos momentos es defender la isla gaditana. De ahí la importancia de aumentar las defensas de La Carraca.

—Tiene razón, señor. Hemos de aferrarnos a este trozo de tierra con garfios de abordaje si es necesario. Las noticias que llegan sobre las operaciones de los ejércitos no pueden ser más desalentadoras.

—Así es para nuestra desgracia. Arrasan los franceses de banda a banda. Pero seamos sinceros, Uriarte, porque esa situación era de esperar. Especialmente dura fue la derrota de Ocaña, que dejó abiertas las puertas de Andalucía a los franceses.

—Para gloria de nuestros compañeros, dejamos el pabellón bien en alto.

—En efecto, creo que las tropas de Marina se batieron con extremo valor en tan difícil trance.

—No lo dude, señor. Las únicas banderas que no tomaron los franceses en la mencionada batalla fueron las pertenecientes a los regimientos de Marina. Y el general Copons, jefe de la 7.^a división del Ejército de Andalucía, comentó al brigadier de la Armada don José Meléndez Bruna, al mando del 2.^o regimiento de Marina en Ocaña, que si todo el ejército hubiera sido de marinos, estaríamos paseando ahora por el Prado.

—Comentarios como ese elevan la moral, no hay duda —don Antonio ofreció una triste sonrisa—, aunque no debemos repetirlos ante nuestros compañeros del Ejército. Hemos pagado muy caro a lo largo de los dos últimos siglos esa disfunción que ha aparecido a veces entre la Armada y el Ejército, en detrimento de empresas importantes. Piques y prerrogativas absurdas de unos y otros.

—Desde luego, señor.

—Bueno, Uriarte, ahora le llega su turno. Debe ponerme al día de la exacta situación que sufrimos en la zona. ¿Cómo andan las defensas en realidad?

—De acuerdo con sus planes cuando me nombró gobernador militar de la Isla...

—Lo nombró la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino.

—Pero por recomendación suya, señor, que en España acaba por saberse todo y al detalle. Pues de acuerdo con sus ideas dirigí el corte del puente Zuazo. Como se trata de una magnífica e histórica obra, que debe quedar para disfrute de las futuras generaciones, ordené que se numeraran los sillares conforme se demolían, en la esperanza de que sea posible su reconstrucción cuando lleguen tiempos de mayor tranquilidad.

—Me parece una excelente idea. Hemos de preservar en lo posible nuestro patrimonio.

—Están comenzados los trabajos para la defensa en Gallineras y Sancti Petri, que, de acuerdo con lo que me acaba de mencionar, explicaré con detalle a don Francisco Saavedra. En cuanto a la defensa de La Carraca, que como dice puede ser también un aspecto fundamental, ya anda el general Álava sobre el terreno.

—El nombramiento de Álava fue importante, aunque no lo viesan así algunos miembros de la Junta. En primer lugar porque los ingleses mantienen una división de navíos a las puertas de Cádiz, bajo el mando del contralmirante Purvis. Convenía que uno español de grado superior, embarcado en la escuadra o en sus restos, se encontrara presente para entenderse con él en todo lo concerniente a su posible apoyo en las operaciones de defensa. No conviene tampoco que los britanos, aunque sean aliados y colaboren de hecho con nosotros, puedan subordinar a las autoridades del puerto. Pero la segunda y muy importante misión que le encomendé personalmente es la defensa de La Carraca, como acaba de mencionar. Y también hay un aspecto de la mayor trascendencia. De nada servirán todas esas medidas si no contamos con hombres para la defensa. Y en ese aspecto me parece que estamos en cuadro, lo que ya he discutido con algunos mandos del Ejército, porque el general Castaños acaba de llegar desde Chiclana.

—La Junta de Cádiz, como ya hicieron otras provinciales, ha regimentado al vecindario en diversos cuerpos; batallones de artilleros, de infantería de línea, cazadores e incluso aumentaron el número de las milicias urbanas. Puede parecer un milagro santero, pero todos se encuentran correctamente vestidos y armados, aunque en verdad escasamente instruidos. Se dedicaron desde el primer momento a fortificar la cortadura del arrecife a la Isla de León, que como otros mandos del Ejército consideran el aspecto principal de la defensa.

—Un absurdo y más que repetido error, producto de no conocer bien este escenario marítimo-terrestre. Ya convencí a los miembros de la Junta en ese

sentido, explicándoles que si no se defiende la Isla y La Carraca, Cádiz quedaría perdido sin remedio. ¿Pero de qué fuerzas disponemos realmente?

—Ya le comentaba las acciones de la Junta gaditana, que se hizo cargo de los fondos de la Hacienda e impuso nuevas contribuciones. El gobernador, don Francisco Venegas, nada hace sin su acuerdo. Pero por desgracia, dependientes del Gobierno y ahora de la regencia, sólo se cuenta con algunos artilleros y los inválidos de infantería.

—¡Por todos los cielos! ¿Eso es todo? —don Antonio chascaba los dedos, incrédulo.

—La Isla y La Carraca también disponen de milicias, normalmente hombres que han servido en la Armada. Pero los caudales los maneja Cádiz.

—Vamos, que no disponemos de un soldado para defender esos puntos de los que hemos tratado. Porque la verdad tampoco yo considero a las tropas de la milicia como adecuadas para defendernos con uñas de los franceses. Oficiaré al general Areizaga para que nos envíe los restos de nuestros regimientos de Marina, aunque mucho dudo de su respuesta. Necesitamos al general Castaños, que fue nombrado por la Junta en una de sus últimas decisiones, como capitán general de la provincia y su ejército, si es que tal existe todavía. Necesitamos de forma imperiosa tropas veteranas. Propondré a Castaños que se envíen emisarios a Algeciras, Huelva, Ayamonte y demás pueblos, para que todos los dispersos de los ejércitos batidos y en retirada acudan a esta ciudad cuanto antes. Y que nos envíen víveres, de los que según he podido comprobar se anda muy escaso.

—He oído rumores, señor, de que el duque de Alburquerque, con ocho o nueve mil hombres, ha cruzado el Guadalquivir en retirada.

—También yo y esa puede ser nuestra salvación, si las noticias son ciertas, porque llegan tergiversadas y con demasiado retraso muchas de ellas. Espero que Castaños le ordene venir a guarnecer la Isla. Aunque parece ser que en estos días de descabalgada general cada uno navega con vela propia y las órdenes se disuelven en el aire como por encanto. Pero conozco a Alburquerque y estoy seguro, o esperanzado al menos, de que acudirá en nuestro auxilio si se le explica la importancia de la misión. Hemos de defender la isla gaditana o la España libre caerá entera bajo la bota francesa. Espero que todos comprendan la importancia de mantener algún puñado de tierra bajo la bandera de don Fernando, y con la puerta abierta hacia esa mar que ha de proporcionarnos el sustento.

—Lo comprenderán, señor, no lo dude —aseguró Uriarte, convencido de sus palabras.

—Dios te oiga, amigo mío.

Tanto Beto como yo quedamos impresionados por la conversación que acabábamos de escuchar. Por un lado, soplabá con fuerza el hecho de que nuestro jefe hubiese sido nombrado miembro del Consejo Supremo de Regencia, uno de los cinco regentes que gobernaría España en nombre de don Fernando y con tratamiento de Majestad. Sentía un inmenso orgullo y admiración por ese extraordinario personaje, que tanto supuso en mi vida y en la de nuestra nación. Pero por otra parte comprendíamos la importancia de la misión que se avecinaba sin pausa; defender aquel territorio que posiblemente sería el único trozo de tierra española que no quedara bajo dominio francés. Se trataba de una misión que en aquellos momentos de juventud consideraba pareja a cualquier cruzada de las que tanto se habla en los libros de historia. Y también se dejaba sentir cierto ronroneo en las tripas al pensar que nos encontrábamos al lado de quien sería uno de los personajes que ejercería el mando de aquella magna empresa.

5. María Antonio toma la palabra

No sé bien qué razón me impulsa a escribir estas líneas, porque en verdad nunca fui amante de rellenar diarios personales ni folletos amorosos, tan a la moda en mis años de juventud. Pero mucho insistió mi querido hijo *Gigante*, aunque no lo fuera de sangre, para así rellenar ese hueco que se produciría en lo que él denomina como retazos de la historia familiar, una narración que iniciara su abuelo y continuara con detalle mi segundo esposo, su padre, afición que él mismo prosigue como obligación impuesta desde las más altas magistraturas celestiales. Y ya de entrada debo reconocer que aunque la tarea impuesta diera comienzo como una pesada carga y me encontrara dispuesta a renunciar por redondo en el primer recodo de la vereda, la faena se transformó como por encanto en un magnífico divertimento, que después de todo ofreció algún sentido a esos días grises en los que el ánimo se desmorona sin remisión.

Cuando llegamos a la hacienda de Santa Rosalía en busca de solar seguro y me encontré de nuevo sin hombres al mando de la casa, sola y a cargo de toda la familia, o lo que de ella restaba, me sentí desfallecer una vez más, aunque nadie lo pudiera percibir en mi cara o comportamiento. Decía muchas veces mi primer esposo, quien alcanzara el empleo de brigadier en la Real Armada, que si en un buque se observa titubear al comandante en el alcázar durante el combate toda la dotación acaba por rendir las armas en carrera sin posible freno. Y yo era el comandante de aquel grupo instalado en una hacienda perdida en tierras del Reino de Murcia, por lo que debía mantener el timón bien firme a la mano y sin titubeos.

Aunque supongo que parte de mi historia particular aparecerá en esos cuadernillos familiares que he ojeado en ocasiones, comenzaré por aclarar algunos puntos de mi vida, no tan regalada como muchos estiman. Me llamo María Antonia de los Gavilanes y Fernández de Istúriz, unos apellidos de los que me siento orgullosa, aunque para bien o para mal las mujeres acabemos

por perderlos en la vida matrimonial. Nací de noble familia en la Corte, primera y única hija de los marqueses de Volterana. Siendo muy joven, a los dieciséis años, me comprometí con quien estimé como primer y único amor, el teniente de la Guardia de Corps don Álvaro de Galdomar y Mediencourt. Su actitud personal para el servicio, así como el parentesco por vía materna con la casa de Artois, le anunciaban una espléndida carrera en la Corte. Por estas y otras razones imaginaba en mis sueños una vida plena de felicidad a su lado, ya que en verdad nos amábamos sin medida.

Por desgracia, no siempre las aguas del río corren por su cauce con el debido control. De la noche a la mañana y cual tenebrosa pesadilla mi prometido se vio envuelto en un lío amoroso con mujer desposada, sin culpa de su parte. La situación creada lo llevó a un duelo no deseado, en el que hirió de muerte al esposo engañado, coronel de su mismo cuerpo. Propagados falsos comentarios por la dama que no merecía tal nombre, el pobre fue sometido a Consejo de Guerra particular en su propio regimiento, siendo degradado ante sus compañeros y condenado al destierro, con añadida pérdida de títulos y honores. Entre las posibles y escasas salidas que se le ofrecían a su terrible estado escogió la de servir como aventurero^[12] en algún buque de la Real Armada, según sus propias palabras, para desfacar el deshonor sufrido y recomponer las mermas en su hoja de servicios por medio del valor.

Ese buen hombre sin demérito alguno a su cargo fue destinado al jabeque *Murciano*, en cuya cubierta cayó herido de muerte cuando combatía durante la noche contra una fragata argelina. Perdió la vida, precisamente, en brazos de quien, casualidades caprichosas del destino, sería mi segundo esposo, Francisco de Leñanza. Como supe más tarde, algunos oficiales de la Armada con negativo comportamiento o escaso valor demostrado ante el enemigo también eran destinados a servir como aventureros en los jabeques del rey por un periodo de tiempo más o menos largo, hasta que su valerosa conducta en la vida exigente de patrulla y combates continuos los redimieran de sus penas. No merecía ese fin don Álvaro, porque era un hombre honrado y cabal, enredado por una víbora licenciosa que no admitía el rechazo a sus requerimientos.

Aunque le hubiera jurado amor eterno, fui obligada a cancelar nuestro compromiso, con severa prohibición de volver a verle jamás. Debía borrar su recuerdo de un plumazo y en segundos. Como decía mi estricto progenitor, ese hombre había dejado de existir, palabras difíciles de aceptar en el corazón. Fueron días de dolor sin posible descripción, porque a esa temprana edad todo se calibra del ciento a la nada, especialmente en temas de amores. Y no cedió

la pena con el paso del tiempo, porque como repetida y maléfica sucesión perdía padre y madre en el espacio de seis meses, por culpa de unas tercianas de muerte y camposanto, de las que me libró mi propia fortaleza y juventud.

Es fácil imaginar el estado de incomparable desconuelo y soledad al que me vi abocada cuando se abría la vida ante mis ojos, sin saber a dónde ir ni qué hacer. Por fortuna casi siempre se abre el sol entre la cerrazón, y así sucedió en mi caso. Mi única tía, que se encontraba en El Callao casada con el gobernador de aquella importante plaza, reclamó mi custodia sin pérdida de tiempo. De esta forma partí en una fragata con rumbo a las Indias, alargada navegación de dos meses que rendí en aquel maravilloso virreinato del Perú, del que guardo muy bellos e imborrables recuerdos.

Aunque la pena y el dolor se realimentan entre sí, una vez establecida mi vida en la incomparable ciudad de Lima conocí a un joven oficial de la Armada, Santiago de Cisneros, duque de Montefrío, a quien habrán conocido en estos cuadernillos familiares con el apodo de *Pecas*, siguiendo esa costumbre marinera de rebautizar a casi todo ser humano con un alias particular. Al principio lo consideré un niño, porque era menudo de carnes, corta alzada y rostro barbilampiño. Sin embargo, me sedujo poco a poco con su extraordinaria alegría, relatos increíbles, graciosa altanería, así como un especial sentido de vivir la vida a toda velocidad, que arrasaba por alto los sentimientos de quienes lo rodeaban. Acababa de ascender al empleo de teniente de navío, tras el naufragio de su goleta en las islas de Juan Fernández y la penosa etapa posterior en la isla de Más a Fuera, cuando me prometí con él, para matrimoniar pocas semanas después.

Regresamos a España y vivimos años maravillosos, en los que engendré dos hijos. Tanto nuestra familia como la de su única hermana, casada con su gran amigo y compañero de armas, Francisco de Leñanza, formábamos un todo común e inseparable. No obstante pronto nos atacaron las nubes negras, que han acechado cada minuto de mi vida en negativa imposición. La querida hermana Cristina moría muy joven, dejando tres niños y, pocos años después, la seguía en el tenebroso camino mi esposo, quien en el empleo de brigadier caía mortalmente herido por una maldita bala mosquetera en la defensa de Cádiz contra las fuerzas del almirante Nelson, en julio de 1797.

Casé en segundas nupcias con quien fuera hasta entonces mi cuñado, Francisco de Leñanza, más conocido por todos como *Gigante*. Era el segundo de la saga marinera con dicho apodo, para los que hayan seguido los retazos de esta singular familia. *Gigante* y *Pecas* habían formado una famosa pareja de inseparables compañeros, aquellos que llegaron a ser llamados como «los

guardiamarinas del general Barceló», con acciones valerosas y épicas de las que mucho se comentó en corrillos, al punto de que Su Majestad don Carlos el Tercero concediera a Francisco el condado de Tarfí. Sin embargo, siempre estuve convencida de que por mucho que se creyeran tan distintos en el fondo se trataba de dos personas de almas casi gemelas, aunque sus cuerpos y estilos se diferenciaban como los de don Quijote y Sancho. Y por encima de todo aparecía su acendrado amor por la Real Armada, un servicio de mar y armas al que se ofrecían en cuerpo y alma hasta dejar a las familias en un segundo plano, sin que disminuyera un dedal su amor por ellas. Pero así eran la mayor parte de los que ingresaban de niños en la Real Compañía, dispuestos a entregar hasta el último suspiro de sus vidas por un ideal, sentimientos pocas veces reconocidos por quienes debían.

Para mi desgracia, la muerte parecía perseguirme con saña y lo demostró de nuevo a dentelladas. Murió mi marido Francisco y su hijo menor en el luctuoso combate habido en aguas cercanas al cabo Trafalgar, y dos años después también perdía a mi pequeño Francisco en la Corte, un dolor de madre que nadie puede comprender sin haberlo sufrido. No obstante, debo agradecer que los hijos de mi segundo esposo, Rosalía y *Gigante*, el tercero de la saga familiar con dicho apodo, me tengan como madre y así los estimo sin dudarlos. De mi sangre resta tan sólo una alocada chiquilla recién entrada en mujer, llamada Cristina. Por su culpa, *Gigante* debió batirse en duelo contra un teniente francés, salvando la vida por intercesión divina.

Tras los sucesos del 2 de mayo y el general levantamiento de toda la España patriota contra el francés, decidimos en reunión familiar que en época de tanta revuelta sería conveniente buscar un lugar seguro y alejado de las posibles tropelías gabachas o los enfrentamientos contra ellos. Y ya declaro por delante mi profundo desprecio hacia ese pueblo vecino del norte, partida de truhanes sin alma a los que odio profundamente, un sentimiento que nunca podré desterrar de mi pecho aunque me conduzca sin remedio a la perdición eterna.

Hasta que se alumbraran tiempos de bonanza, escogimos como refugio la hacienda de Santa Rosalía, un maravilloso predio que mi hijo *Gigante* había entregado como dote a su hermana al unirse en matrimonio con su compañero y buen amigo Beto. Aunque en España se vivían penurias sin cuento por pueblos y ciudades, disfrutamos de una vida placentera durante un año largo. Salvo algunos jóvenes enrolados en las partidas patrióticas, se mantenía suficiente personal en la hacienda para las labores del campo y mantener la casa bien surtida de todo lo necesario. El hijo de Eugenia y *Gigante* crecía en

salud, un pequeño diablillo que mucho recordaba las trazas de mi primer marido, al punto de recibir su mismo apodo. Rosalía daba por fin a luz un precioso niño, recio de hechuras y más cercano a la estirpe de los Leñanza. Fue momento de paz y tranquilidad general de la familia, tras un primer parto que brotara en sangre. Y para colmo de bienes temporales, la alocada Cristina parecía haber cobrado el aplomo de la templanza, olvidados sus desvaríos por el teniente francés, que cerca estuvo de llevarnos en nueva procesión de luto a la pequeña ermita de la finca donde descansaban nuestros seres más queridos.

Como les decía, nos manteníamos aislados de la sangrienta guerra que se sufría en toda España, como ángeles englobados en una nube dorada. Aunque se escucharan rumores de movimientos de tropas, tanto patrióticas como francesas, así como derrotas de nuestras fuerzas en penosa sucesión, aquellos hechos no parecían pertenecer a nuestro mundo particular, sino más propios de un libro de historia que no nos afectaba por derecho. Tan sólo emborronaba la escena la preocupación por los dos hombres que servían a las órdenes del general Escaño, decididos a defender la España libre hasta la última gota de su sangre. Y aunque les enviábamos cartas escritas con enorme cariño, tampoco sabíamos a ciencia cierta si llegaban a su destino, especialmente cuando comprendimos que la península andaba cortada a jirones por tropas encontradas en batalla casi permanente.

Para desgracia nuestra, el cuadro de luces se emborronó a trazo grueso y sin remisión en los albores del maléfico año de 1810, precisamente el día de la Santa Epifanía, que suele ser fecha de regocijo general en las familias cristianas. La primera noticia la recibí por boca de Simón, un viejo y fiel servidor de la casa, que acudió a la carrera para ofrecerme la primera nueva amarga e inesperada. Se presentó ante mí con el rostro enrojecido, mientras movía su montera de forma nerviosa entre las manos.

—¿Qué sucede, Simón?

—Siento comunicarle, señora, que han entrado tropas francesas en la hacienda.

—¿Soldados franceses en Santa Rosalía? —no daba crédito a aquellas palabras—. ¿Cómo es posible? ¿Con qué razón?

—Un oficial francés al mando exige hablar con la señora de la casa, una vez informado de su presencia.

Creo que fue en aquellos momentos cuando bajé a la tierra en vertiginosa caída, tras haber volado por cielos azules en un esplendoroso sueño. Siempre he dispuesto de un especial sentido, o así lo estimo en seguridad, para calibrar las situaciones difíciles por las que he atravesado durante mi ya dilatada vida.

Comprendí en escasos segundos que allí se encontraba una vez más el demonio con sus garras en firme amenaza. Y como ha sido habitual en mi conducta a lo largo de tantos años, unas fuerzas supletorias venidas del más allá me ampararon para afrontar la nueva brecha abierta en los cimientos de la casa. Con una falsa tranquilidad, concedida por alguno de los seres queridos desde los cielos, contesté al sirviente sin mudar el gesto.

—Dale noticia a ese oficial de que espere. Acudiré a saludarlo en breve.

Aunque por aquellos días no cuidaba en exceso algunos detalles de mi apariencia personal, decidí que era llegado el momento de amparar las mejores galas y presentarme ante el francés como lo que era, una verdadera señora española. De esta forma, poco después bajaba al zaguán, donde según las noticias recibidas requerían mi presencia. Y ya desde los primeros escalones de la meseta alta divisé la figura de un oficial francés con el uniforme un tanto estragado por el uso, aunque presentara signos de cierta nobleza en su figura. Sin dudarle un segundo y con paso decidido me dirigí a él con voz firme y segura.

—Soy la señora de la casa, duquesa viuda de Montefrío. ¿Deseabais hablar conmigo, señor...?

Dejé la última palabra flotando al aire en espera de respuesta, al tiempo que observaba al detalle su uniforme con visible gesto de desagrado en el rostro. Aquella determinación en mi persona y el magnífico porte mostrado con un vestido verde aderezado en perlas hizo que el joven se moviera con nerviosa y visible desazón. Debía correr los primeros años de la veintena, con atractiva figura y modales que denotaban por las claras una noble crianza.

—Se presenta ante vos el capitán Jean Claude Guillard, señora. Lamento el aspecto de mi uniforme y haber irrumpido en su residencia sin petición de recibo, pero debe comprender que no se trata de visita de cortesía la que cumplo, sino una misión más de la guerra en la que estamos inmersos — parecía cobrar confianza en sus palabras—. Siento comunicarle que hemos de requisar alimentos, necesarios para el sustento de nuestro ejército.

—¿Requisar alimentos? —intenté endurecer el tono de mi voz—. Tenía entendido que los ejércitos disponían de su propia intendencia, sin necesidad de recurrir al robo y expolio de particulares.

—No lo tacharía con tales palabras en ningún caso, señora. Pero esas son las directrices de nuestros mandos en esta guerra que sufrimos contra rebeldes y revolucionarios, no deseada por nuestra parte.

—¿Revolucionarios dice? —sentía cómo mi sangre se levantaba en descontrolado hervor, apretando los puños para mantener la necesaria

compostura—. Tenía entendido que los revolucionarios habían nacido en la Francia durante los últimos años del pasado siglo, aquellos que guillotinaron a sus reyes y tantos hombres de bien. Y si no desean una guerra en tierras hispanas, la solución es bien sencilla. Regresen a sus casas y dejen las nuestras en paz.

—Mire, señora, no puedo perder tiempo en discusiones de salón. Según tengo entendido se encuentran mujeres solas en esta casa y no amparan rebeldes, condición que no pretendo comprobar, aunque sea una de las órdenes recibidas. Doy crédito a sus palabras y las entiendo como de ley. Pero mis hombres tomarán los alimentos que consideren necesarios. Dejaremos a su cargo lo imprescindible para el mantenimiento de la familia.

—Es un elegante detalle por su parte. ¿Hemos de entregaros también nuestras joyas y objetos de valor? Creo que es su modo de comportamiento habitual. Les ruego que no profanen la pequeña ermita de la loma en busca de cálices o reliquias doradas, como ya han llevado a cabo en muchas iglesias de nuestras ciudades, porque nada encontrarían que mereciera ser expoliado.

Ahora el gesto en el rostro del capitán se tiñó de grana, aunque su voz cobró dureza al replicar.

—Es mucha la propaganda vertida por los rebeldes, de manifiesta falsedad. Las tropas francesas se encuentran en España de acuerdo a las cesiones signadas por su anterior rey y en defensa del nuevo monarca, siguiendo al punto la Constitución firmada por notables españoles. Pero como le decía no estoy aquí para charlar sobre la política en vigor, sino para aprovisionar a mi ejército. Le dejaré un recibo donde conste todo aquello que tomamos por necesidad de guerra.

—No se moleste en perder el tiempo escribiendo justificantes, que sólo servirían para alumbrar las chimeneas. No podrá de ninguna forma encubrir lo que, dicho con palabras llanas, no es más que asalto y robo más propios de desalmados, llevado a cabo por fuerzas armadas contra señoras españolas en su propia residencia. Un caballero se sentiría avergonzado de tal conducta, aunque a la vista queda no es el caso que nos ocupa.

No respondió ahora el capitán a mi furibundo ataque personal, sino que reprimiendo un bufido en rápida escala hacia sus labios se giró para salir de estampida sin una mínima despedida de cortesía. Una vez a solas, los nervios atenazados en mi pecho acabaron por aflorar, al punto de sentir un temblor en brazos y piernas que me obligaron a tomar asiento. Y aunque obligara a mis hijas a permanecer en sus aposentos, ya llegaban a la carrera para interesarse por mi estado y lo acaecido en la penosa entrevista.

Pasamos aquel mal trago con cierta rapidez, aunque los gabachos tomaran todo lo que de posible alimento se encontraba a la mano en corrales y almacenes, sin olvidar un profundo repaso a despensas y bodegas. De esta forma quedamos sin un solo animal para el puchero, ni un grano de harina a disposición. Por fortuna nuestros hombres entrados en edad, con una inteligencia natural para la vida muy superior a las nuestras, habían estibado en seguro algunas sacas de lo más imprescindible. Gracias a esta providencia y la abundante caza que era posible abatir en la hacienda pudimos mantenernos sin desfallecer y que los niños se alimentaran como necesitaban.

Habría entregado con gusto mis joyas y pertenencias más queridas, si aquella penosa historia hubiera quedado saldada con la aparición del capitán y sus tropas en requisita forzosa. Porque del negro oscuro pasamos a las brasas del infierno cuando siete u ocho días después recibimos una nueva visita, en este caso con resultados mucho más nefastos para nuestra vida en Santa Rosalía. Aunque entendíamos que no se cruzaban duros combates en las cercanías de la hacienda, las partidas de campesinos y labradores que se habían alzado por las sierras cercanas batían a muerte al francés en cada recodo del camino, con profusión de muertos y heridos. Según se comentaba, no existía oficio más peligroso que el de correo en el ejército gabacho, porque muy pocos llegaban a su destino. De esta forma un mando francés, posiblemente aquel rubianco capitán de la primera jornada, decidió establecer una especie de hospital de campaña en nuestra propia casa, en esta ocasión bajo el mando de un teniente, también herido en una pierna. Y ya les adelanto que este oficial de infantería, llamado Alain Coudere, será recordado en la familia por muchos años.

Con la instalación del hospitalillo, en principio ocuparon toda el ala este del castillo de Santa Rosalía, como todos solían denominar a la vivienda principal de la hacienda. Pero las necesidades fueron ampliadas hasta copar casi toda la mansión, quedando las cuatro mujeres y los dos niños recluidos prácticamente en nuestros aposentos, con el servicio mínimo y una pequeña cocina instalada con leña y a la brava en un vestidor. Por fortuna, tres fieles sirvientes se mantenían a nuestro servicio, escamoteando carnes y aceite a los gabachos, que sin embargo rapiñaban hasta el aliento. Y aunque el número de heridos decreció mucho y llegó a conformar una docena larga solamente, allí siguió el teniente Coudere instalado en palacio propio y con unas formas de conducirse más propias de villano ramblero. Para desgracia de todos, el cristal acabó por romperse a mediados del mes, cuando por primera vez en mi vida deseé dar muerte con mis manos a un ser humano.

Aunque apenas abandonábamos nuestros aposentos, reclusas en prisión como forzados a la boga, a veces era necesario salir a pasear con los niños por el jardín o cumplir alguna otra necesidad. Como poco fiaba del teniente, ya curada de firme su herida aunque ostentara venda alarmante en el muslo, hice especial énfasis en que la joven Cristina, cuya belleza y lozanía aumentaba por horas, no se dejara ver por el piso inferior más que lo imprescindible. Y así llegó el día 18 de enero, una fecha que jamás olvidaré, bien lo sabe Dios Nuestro Señor. Nos encontrábamos en mi cámara Eugenia, Rosalía y yo, charlando y atendiendo a los niños cuando llegó mi hija a la carrera, sofocada y abierta en llantos. Mostraba signos evidentes de disputa física, con sólo observar algunos jirones de su vestido. Salté del asiento como un resorte, para tomarla entre mis brazos.

—¿Qué te ha sucedido, Cristina? ¿Cómo vienes así?

Era imposible que la joven pudiera explicar nada en aquellos primeros momentos porque sus alargados gemidos le impedían articular palabra. Bien saben los cielos que me temía lo peor, al punto de comenzar a pergeñar en la cabeza truculentos episodios de duelo y sangre que me enfervorizaban más todavía. Por fin quien todavía para mí era una niña pudo explicarse, clamando entre sollozos entrecortados.

—Ha sido el teniente francés, madre.

—¿El teniente francés? ¿Ese cerdo? —grité con el alma, soltando las palabras a borbotones por mi garganta—. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha..., ha sido capaz ese sacamantecas de..., de...?

Ni siquiera me atrevía a enhebrar las palabras que tanto dolor producían en el alma, sin llegar siquiera a pronunciarlas. Eugenia y Rosalía asistían mudas a la escena, despavoridas y con sus rostros cercanos al llanto. Pero ya Cristina se tranquilizaba lo suficiente para aclarar los hechos.

—Ha sido terrible, madre —un gemido más antes de recobrar el aliento—. Regresaba con Manuela desde el aljibe del patio, que ya la pobre ampara muchos años y necesita ayuda, aunque sé que desobedecía sus órdenes. Para mi desgracia en ese preciso momento salía el teniente de las cuadras. Sin perder un segundo y esgrimiendo una despreciable sonrisa, comenzó a lanzarme requiebros populacheros de muy mal gusto. Como ya lo había hecho en un par de ocasiones anteriores ni siquiera le contesté y seguí mi camino sin dirigirle la mirada. Pero esta vez cambiaron las tornas. Se acercó a mi lado y comenzó a hablarme muy cerca del oído, rozando mi cara con la suya. Le grité que me dejara en paz, al tiempo que Manuela se interponía entre ambos. Pero sin mediar palabra el francés empujó a la pobre anciana hasta hacerla

rodar por el suelo, al tiempo que me tomaba por la cintura y comenzaba a besuquear mi cuello. Presa de un pánico atroz como jamás había sufrido, comencé a forcejear con todas mis fuerzas para librar la presa. Como no podía comencé a golpearlo con los puños, allá donde podía, situación que ese monstruo aprovechó para comenzar a sobar todo mi cuerpo con sus manos. Trastocado en demente, tocaba, repasaba y apretaba mis pechos y muslos sin compasión —volvía a sollozar, largando sus palabras entre profundos suspiros—. Por fin, no sé cómo, conseguí zafarme de sus brazos con un nuevo empujón que me hizo desgarrar alguna parte del vestido —palpaba los jirones de la manga y cuello—. Y a la carrera he conseguido llegar hasta aquí. Tengo miedo, madre, tengo mucho miedo.

—¡Canalla! ¡Mal nacido! ¡Desalmado! Ese cerdo no es más un despojo humano —era Eugenia la que gritaba ahora, con el rostro encendido como jamás la había observado.

Procuré serenar el ánimo, aunque no se tratara de tarea sencilla. Mi cerebro trabajaba a ritmo de huracán, intentando buscar el camino que debía seguir, si es que alguno se acoplaba al gusto. Pero de momento era imprescindible que las mujeres quedaran a seguro.

—¡Dejemos los lamentos, que de nada sirven en tales situaciones! —grité con unas fuerzas de las que no disponía—. A partir de ahora os mantendréis las tres en esta cámara y a puerta sellada. Yo hablaré con ese degenerado. Y bien saben los cielos que siento no tener a disposición un arma para dispararle a la cara una buena perdigonada.

—No hable con él, madre —gemía Rosalía—. Ese teniente es más animal que humano. Puede hacerle daño.

—Rosalía tiene razón, madre —Eugenia continuaba con el rostro enrojecido por la ira—. Más vale no seguir su juego y aislarse de él.

—Es posible que no os equivoquéis. Ya lo intenté otras veces y no conseguí más que altaneras respuestas, con risotadas añadidas. Pero esto no puede quedar así, por todas las espinas de la corona de Jesucristo. Hemos de actuar sin pérdida de tiempo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntaba Eugenia, abierta de nuevo en sollozos—. Estamos solas y no podemos luchar contra ese hombre. ¿Qué será de nosotras?

—Hijas mías —intenté endulzar mis palabras—, las mujeres también deben adoptar decisiones importantes, llegadas a situación límite como la que sufrimos. Hay que enviar un aviso a los nuestros, al precio que sea. Nuestra

posición sólo puede cambiar a peor y no lo debemos consentir. Necesitamos ayuda y sólo los hombres de la familia pueden ofrecerla.

—¿Avisar a *Gigante* y Beto? —era Eugenia la que preguntaba, con el miedo reflejado en su rostro—. No lo haga, madre, por favor. Son capaces de venir a la carrera por esos caminos infestados de gabachos. Sólo conseguirá que les den muerte.

—Escuchadme con serenidad, niñas, por favor. La pobre Cristina se ha salvado por milagro en esta ocasión de lo que podía haber sido terrible para ella y la familia. No obstante, estoy convencida de que no cejará en su empeño ese mal nacido, aunque intentemos frenarlo. De momento y como primera medida hemos de encargarnos de algún arma de las que mantienen escondidas en el cobertizo del cerro para abatir reses. Necesitamos una a mano y bien preparada para su uso, por si la situación derivara a peores. No mostréis cara de espanto, que yo sería la encargada de utilizarla llegado el caso, sin que me tiemble el pulso una onza. Pero al mismo tiempo hemos de enviar aviso a nuestros hombres, no queda más remedio. Soy consciente de los riesgos, pero hemos de asumirlos.

—¿Cómo lo hará, madre? —preguntó Rosalía—. Ni siquiera sabemos por dónde pueden moverse, aunque en la última misiva anunciaran una posible retirada a la Isla de León.

Devanaba mis sesos en busca de una posible solución, sin encontrarla. Pero pronto se abrió en luces una posibilidad. La cabecera del departamento marítimo levantino, la ciudad de Cartagena, se encontraba a pocas leguas de distancia. Por fortuna, si eran ciertos los rumores que nos llegaban, se mantenía abierta y libre pocas semanas atrás. Debíamos hacer llegar un aviso hasta allí, o intentarlo al menos.

—¿Sigue Miguelillo en el cobertizo del Garbanzal? —pregunté al aire.

—Eso me dijo Simón —contestó Eugenia—. Es quien se encarga de poner lazos y esas tretas para cazar la carne que comemos.

Era Miguelillo nieto de Simón, mientras su padre se había unido a una de las partidas. Requerí la presencia del viejo trabajador por medio de una sirvienta y pocos minutos después se presentaba ante mí. No debí aclararle la situación, porque ya era noticia corrida entre los miembros de la casa.

—Si la señora me lo permite, puedo dar muerte a ese gabacho con mis propias manos, aunque se encuentren llenas de nudos y faltas de fuerza. Sería posible emboscarlo en la noche y...

—No tiene edad para esas aventuras, Simón, aunque le agradezco sus palabras en lo que valen. Le he hecho venir porque necesitamos enviar con

urgencia un emisario a la ciudad de Cartagena. He pensado en su nieto. Ya sé que sólo cuenta trece o catorce años y hablamos de una misión harto peligrosa, pero el rapaz parece vivo de espíritu.

—Puede contar con él, señora, sin dudarlo. Cumplió los catorce años, pero ya es mozo bragado. Conoce todas las veredas y rastros de la zona al dedillo. Ese zagal es capaz de presentarse en la ciudad marinera sin problemas. Debe saber que en ocasiones —dirigió la vista hacia el suelo en excusa— acude a encontrarse con su padre, cuando le llega la onda de que su partida anda por la sierra cercana.

—Según tengo entendido, Simón, en los primeros días apartaron dos animales a buen recaudo.

—Así es, señora, como ya le comenté en su momento. A la yegua tuvo que darle muerte mi nieto por falta de carne —como volvía a retirar la vista, supuse que esa yegua debía andar con la partida del hijo—. Pero el alazán lo mantiene oculto en el cobertizo.

—Sé que es mucho pedirle, Simón, pero me gustaría que lo intentara. Deberá tomar una de las armas que según creo utiliza ya con maestría.

—Así es, señora. Es único lanzando el cuchillo a distancia y pocos tiros falla con esa escopeta, que era la favorita del señor don Santiago.

—Que la tome consigo y haga suya. Si consigue llegar a Cartagena ha de buscar algún oficial de la Armada, el primero que encuentre por sus calles, en el puerto o por la puerta del arsenal. Deberá entregarle una nota que voy a escribir ahora mismo.

—Esas letras llegarán a su destino, puede estar segura la señora. Miguelillo es un lince y muy fiel a la casa. Y puedo asegurarle, por comentarios de algunos miembros de las partidas a los que ofrecemos...

—Vamos, Simón, que no soy ciega ni tonta —le ofrecí una sonrisa de confianza y cariño—. Ya sé que entregan venados y otros alimentos a su hijo para los hombres de su partida. No sólo no lo considero mal, sino que lo aplaudo en silencio.

—La señora es muy generosa. Pues gracias a mi hijo sé que Cartagena se mantiene libre, porque en esa ciudad se reponen de armamento y pólvora. Y según tengo entendido por su puerto escapan muchas nobles familias hacia las islas Baleares.

Mientras los pensamientos corrían por delante de mis palabras, incapaz de sopesar los pros y contras de la decisión tomada, tuve tiempo de recordar una imperiosa necesidad.

—Creo que entre las armas escondidas se encuentran las pistolas de duelo de mi primer marido. ¿Es así?

—En efecto, señora. No pensaré en..., quiero decir que aunque entrados en edad hay hombres en la hacienda muy capaces de entrarles...

—Pienso guardar una de ellas en estos aposentos como última medida de protección, por si volviera a repetirse el incidente. Pero nada sé de su funcionamiento. Deberá entregarme un ejemplar bien cargado y preparado para hacer fuego con solo apretar el gatillo.

—Así lo haré señora. Esta misma noche subiré hasta el cerro del Garbanzal, instruiré a Miguelillo sobre la empresa encomendada y regresaré con una de esas armas bien alistada para abrir el pecho del francés si llegara la ocasión.

—Pues espere aquí mismo unos segundos. He de escribir ese recado para que se lo entregue a su nieto.

Aunque observaba signos evidentes en los rostros de las mujeres, que no parecían aprobar mi conducta, nada opusieron a la voz en reparo. Era consciente de que las pobres sufrían al pensar en el peligro que podría acechar a *Gigante* o Beto si decidían acudir en persona, lo que era de esperar conociendo su atrevimiento y valentía. Pero no podía dejar que la situación degenerara una pulgada más o acabaría por arrepentirme. Después de todo, eran los hombres de la casa y deberían encontrar una solución. Fue entonces cuando Eugenia, con un hilo de voz, sugirió una posible alternativa.

—Madre, también podríamos intentar pasar nosotras a Cartagena y escapar con esas familias de las que habla Simón.

—No lo conseguiríamos, hija mía. Miguelillo, moviéndose en la noche y por veredas de monte, puede tener posibilidad de éxito. Pero nosotras seríamos un estorbo, con los caminos infectados de franceses. Además, sólo disponemos de un animal y ha de utilizarlo el joven.

Decidida ya a entrar por derecho y atacar al toro por los cuernos, como decía siempre mi segundo marido, tomé asiento en el escritorio para redactar con mano firme una nota dirigida a cualquier oficial de la Real Armada que la recibiera. En ella explicaba el parentesco con los dos oficiales de la casa, así como la situación que vivíamos en la hacienda por aquellos días. No obstante, evité entrar en detalles penosos, así como lo sucedido a Cristina. Pero quedaba claro que no podíamos mantenernos por mucho tiempo en un trance como el actual.

Aquella misma noche regresó Simón hasta mi cámara con una sonrisa en sus labios. Del atado que acostumbraba a portar colgado del hombro sacó una

hermosa pistola. De forma sencilla, pasó a explicarme cómo hacer fuego con ella, si llegaba el caso. Por otra parte, Miguelillo debía estar partiendo por aquellas horas hacia la ciudad de Cartagena, con la misión muy clara. Sentí pena y dolor por aquel buen hombre que arriesgaba la vida de su nieto, casi un niño, por ayudarnos.

Cuando tomé la cama todavía sentía los latidos del corazón a ritmo alocado. Mis pensamientos se dirigían hacia el joven que debía cabalgar en la oscuridad hacia la ciudad departamental. Rogaba a todos los santos con un fervor olvidado que lo ayudaran en su empeño y consiguiera rematar con éxito la empresa. Pero al mismo tiempo dejaba a mano la pistola de honor, un precioso ejemplar de la arcabucería vasca, con la que estaba dispuesta a todo. Y entre sueños veía el rostro del teniente Coudere, tendido a mis pies con los ojos abiertos en sangre. Pero no crean que el tenebroso cuadro me atacaba en pavores, sino que era un sentimiento de inmenso placer el que inundaba mi pecho ante tal visión.

6. Cara y cruz

Pocos días después de que el Consejo Supremo de Regencia se instalase en la Isla de León, en aquella empresa de cabalgada permanente y sin descanso a la que se habían amadrinado nuestras vidas y la propia de España, daba comienzo la defensa de Cádiz contra las tropas francesas. No creo exagerar un ápice si considero esta gesta como digna de ser tenida en cuenta muy por alto en los anales de nuestra historia, aunque me temo que más tarde quede difuminada como una más de las llevadas a cabo por nuestra Armada a lo largo de los siglos. Es difícil que la política española, con sus golillas establecidos tierra adentro, pueda llegar a comprender la vital importancia del aspecto marítimo. Como repetía mi padre tantas veces, nuestra patria nunca podrá conseguir sus altos destinos mientras no sea comprendido el idioma náutico por el mayor número de españoles. Y es así se quiera o no, porque además de la distancia y el perfume de la mar nos separa un lenguaje riquísimo, que sin embargo fuimos capaces de extender por los cinco continentes.

Debemos recordar que en aquellos momentos, días vitales para la defensa de Cádiz, el emperador Bonaparte, una vez firmada la paz de Viena, enviaba grandes refuerzos hacia la península. Las informaciones estimaban en una cifra aproximada de 150.000 hombres los que ya habían atravesado la frontera, entre los que se contaban algunos regimientos de la Guardia. De esta forma calculamos que en las primeras semanas de 1810 eran 300.000 los gabachos que luchaban contra nosotros por los diferentes teatros hispanos, equipados en dulce y bragados en mil batallas. Como era de esperar, sus éxitos por las ensangrentadas tierras de España se sucedían a chorro de esteras, que todo hay que decirlo, aunque nos duela en prendas.

En nuestra situación particular mucho temíamos la llegada de los franceses a las puertas de la fortaleza gaditana, tras haber comprobado el escasísimo número de tropas veteranas prestas a su defensa. Por esa razón,

tras la batalla de Ocaña, don Antonio de Escaño había solicitado al general Areizaga que enviase los restos de los regimientos de Marina, para organizarlos en la defensa gaditana. Por desgracia, dicho jefe respondía que no estaba facultado para ello, inadecuada respuesta a un miembro de la Regencia, máxima institución del Gobierno. Cualquier intento chocaba con muros de incompetencia o dificultad de comunicación.

La verdad es que tanto nuestro general como casi todos los compañeros apostaban escasas monedas por aquella empresa, que sin embargo era considerada como vital para el futuro de España. Se trabajaba a fondo, sin dar de mano un solo segundo, en las necesarias y proyectadas defensas, solicitadas por don Antonio a sus compañeros de Junta desde bastantes meses atrás. Pero éramos conscientes de que nos faltaba tiempo, unas semanas que se consideraban cruciales, sin contar con la falta del factor humano, imposible de remediar sin milagro santero en beneficio propio.

Por fortuna, el buen Dios debió compadecerse de nuestro católico y atribulado pueblo o, como habría asegurado mi padre, intercedió por derecho con su habitual generosidad y acierto Nuestra Señora de Valdelagua, porque en verdad, y sin exageración alguna, esa puerta gaditana que tanto necesitábamos mantener abierta a la mar se salvó en los primeros momentos por un suspiro de falda, cuando ya pocos lo imaginaban siquiera. Todas nuestras esperanzas se centraban en la posible llegada del general duque de Alburquerque con las reliquias de su fuerza, pero nos entristecían las opiniones de nuestros compañeros del Ejército, al no estar previsto en órdenes su auxilio. Bien es cierto que por aquellos días las noticias sobre el estado y la situación de las tropas que combatían en tierra eran de escasa fiabilidad, si es que acababan por llegar a los órganos rectores.

Como decía, por gracia caída de los cielos o, en mayor proporción, debido a la genial inspiración de aquel gran hombre, se consiguió que pudiéramos parar los pies a los franceses en los primeros y cruciales días de la empresa gaditana. Porque el general duque de Alburquerque, por propia iniciativa y gran visión estratégica, decidió retirarse desde el sur de Badajoz, donde operaba, hacia la Isla de León, villa en la que entraba con sus 9.000 hombres el día 3 de febrero, jornada ventosa y soleada. Pero también la diosa Fortuna decidió colaborar a favor de la empresa, porque el general francés Victor, duque de Bellune, había sido retenido de forma absurda por el mariscal Soult para atacar una ciudad sevillana que estimaba bien defendida. Un error gabacho de información que nos dio la vida en momentos más propios de recibir los Santos Óleos. Ese retraso ofreció las horas necesarias para que

Albuquerque se adelantara y penetrara a galope tendido, ya con su retaguardia atacada a cañonazos por la vanguardia de Victor.

Cuando el ejército francés aparece por fin ante la Isla de León, el 5 de febrero, se encuentra con el puente Zuazo derruido y convenientemente fortificado. Pide paso por él a los españoles, que le responden sin dudarle y cierto regusto en venas con una espesa lluvia de cañonazos. Intima la rendición de la fortaleza gaditana de forma oficial y excesivo orgullo el gabacho prepotente, proposición que es contestada con la correspondiente arrogancia por parte española. Como en verdad las construcciones de las necesarias defensas se encontraban atrasadas, las primeras unidades de lanchas cañoneras que se han alistado multiplican su esfuerzo hasta el límite, obstruyendo cualquier posible avance francés desde los caños, ríos y canalizos.

En realidad los franceses se ven ofendidos por los fuegos de una especie de extraño regimiento artillero, armado sobre pequeñas embarcaciones en permanente movimiento sobre aguas cerradas, que desconcierta a sus mandos. El general Victor comprende con rapidez, atribulado quizás en lo más hondo de su alma, que no se trata de un paseo militar lo que le espera morros a proa. Para su extrañeza se encuentra ante una empresa marítimo-terrestre y no dispone de los conocimientos del terreno, de suficientes hombres ni de los elementos navales imprescindibles para acometerla de inmediato. Necesita tiempo y refuerzos, esos días que también serán fundamentales para que nuestras fuerzas de mar y tierra se asienten en la defensa de forma adecuada.

Las lanchas y pequeñas unidades alistadas con premura, empresa planificada tiempo atrás por don Antonio de Escaño, en la que el comandante general de la escuadra, teniente general Álava, aporta una dedicación extrema, llevan a cabo una importantísima y decisiva labor. Y ya de entrada impiden el establecimiento de los franceses en enclaves desde los que pudieran ofrecer un grave peligro inmediato. En un tiempo que podemos considerar como récord, el día 13 disponíamos ya de 80 pequeñas unidades, cualquier embarcación capaz de montar un cañón a bordo, divididas en dos flotillas. La primera, con 46 embarcaciones, se dedica a operar por todo lo largo de la bahía gaditana y se encuentra mandada por el teniente general don Cayetano Valdés, a quien llevara yo en misión especial dos años atrás aquel correo de tanta importancia que consiguió salvar la escuadra de Cartagena. La segunda, compuesta por 34 unidades y bajo el mando del jefe de escuadra don Juan de Dios Topete, corre sin descanso por los caños que tan bien conocen, sorprendiendo al francés en cada revuelta de las aguas. Son pequeñas

embarcaciones mandadas por jóvenes o veteranos oficiales, tomando hasta el último de nuestros hombres, incluidos algunos inválidos que se ofrecen como voluntarios.

En general, y durante los primeros días, se utilizan en la fuerza sutil faluchos, lanchas cañoneras y obuseras, alistadas con obuses de siete y nueve pulgadas, proporcionados por el arsenal de La Carraca. Y son estas lanchas, establecidas inicialmente en Gallineras, puente de Zuazo, Punta Cantera, Segunda Aguada y Cádiz, las que defienden la fortaleza gaditana de los franceses en los momentos decisivos de forma extraordinaria, cuando la moneda todavía vuela por los aires. Las dos flotillas se encuentran mandadas precisamente por dos generales de la Armada que también se habían batido en los campos de batalla de tierra, Valdés en la de Espinosa de los Monteros, donde fuera herido, y Topete en la de Talavera, al frente del 2.º Regimiento de Marina, acción por la que había sido ascendido a jefe de escuadra.

Antes de que se establezca el sitio de forma casi definitiva, si puede llamarse así el plan francés en pureza militar, tienen lugar algunas acciones de enorme trascendencia. Era necesario rectificar ligeramente los puestos iniciales españoles, por lo que se considera imprescindible apoderarse de un nudo importante de comunicaciones conocido como El Portazgo, donde se separan las carreteras que parten hacia Málaga y Sevilla, y donde concurren diversas vías acuáticas. En el golpe de mano, inesperado para los franceses, juegan un papel decisivo las lanchas cañoneras y obuseras que se mueven por los canalizos jugando con las mareas como duende en casa propia, avanzando por el caño de la Cruz y el río Zurraque. Bien es cierto que para completar las dotaciones de las lanchas, ante la tremenda escasez de marinería, se emplea personal del Ejército y voluntarios. Por ejemplo, la dotación de la lancha cañonera número 25, que manda el alférez de fragata Mieres en la acción de El Portazgo, se encuentra compuesta por 20 marineros y 9 soldados del regimiento de Irlanda.

Si en los primeros días nos bendijo la suerte por troneras, con la milagrosa llegada de los 9.000 hombres de Alburquerque, poco después desembarcaba una división anglo-lusitana de 5.000 hombres que nos abrió los ojos en lágrimas de felicidad. Las milicias, que sumaban unos 8.000, van tomando contacto con las armas, lo que en conjunto nos hace disponer de una fuerza de defensa aceptable. Además, los franceses comprenden que para conseguir forzar la fortaleza gaditana, esa extraña isla rodeada de canales con reglas propias, una empresa que no cuadra con sus primeros razonamientos, también necesitan contar con fuerzas sutiles navales para sus operaciones. Con este

fin, pocas semanas después comienzan a establecer un pequeño arsenal en Sanlúcar de Barrameda. Hacen venir de Francia personal de la maestranza para fabricar pequeñas lanchas y marinería para dotarlas. Intentan utilizarlas, como sus enemigos, en aquel dedal de canalizos desde los que son atacados, muchas veces de forma sorpresiva.

Por fortuna para las armas de la España libre, en ese terreno tan particular los gabachos se encuentran en clara desventaja, aunque colaboren con ellos españoles afrancesados expertos en la zona. Sin embargo, y en su conjunto, no se aprende una faena tan especial en escaso tiempo, un tipo de guerra naval en el que la Real Armada había sentado cátedra desde más de veinte años atrás. Fue el conocimiento de aquel laberinto acuático, como había vaticinado el general Escaño, la llave para defender la isla gaditana, sin olvidar que el arsenal de La Carraca se había convertido en una verdadera fortaleza.

Quizás el único error, si puede llamarse así, porque tampoco el tiempo disponible era suficiente, fue no considerar el verdadero peligro que podía ofrecer la península de Matagorda o del Trocadero, situada frente a Cádiz y a distancia de cañón. Se decidió abandonarla en los primeros días para reforzar otros puntos y porque no se creía factible mantenerse allí, por no haberse fortificado convenientemente. Analizado el problema días después, se comprendió la importancia de tal posición, por lo que pasó a ella un destacamento británico con la misión de defender el castillo de Matagorda. Sin embargo, la presión francesa se hizo de tal naturaleza que debieron reembarcar tras clavar los cañones. La península fue ocupada por el enemigo y, precisamente desde allí, adelantados al bajo de la Cabezuela, se llevaría a cabo el bombardeo al que fue sometida durante meses la ciudad de Cádiz.

Sin embargo, aquel pueblo milenario acostumbrado a recibir bombas desde el comienzo del mundo respondió a la agresión en su forma alegre habitual. Como para alcanzar superior distancia los franceses empleaban proyectiles de plomo con mayor peso, en muchas ocasiones la pólvora detonadora no era capaz de romperlos en metralla. Muchos de ellos quedaban con el plomo abierto en tiras, trozos de ese metal con tamaño parecido a los que adosaban las mujeres a los rizos o tirabuzones de su peinado para mantenerlos en vertical. Por esa razón el pueblo gaditano toma con su alegría habitual la nueva amenaza y comienzan a cantar por sus calles la famosa coplilla que acabará en fandango:

*Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
hacen las gaditanas*

tirabuzones

A partir de aquí, el plan de la Regencia, de forma racional y gran visión estratégica, se basa en utilizar ese dominio de la mar que suena en sus oídos a coro de ángeles y a los oficiales de la Armada todavía nos cuesta creer como cierto. Comprenden que se pueden formar ejércitos, armarlos y adiestrarlos, así como coordinar los existentes que se mueven en avance y retroceso en cualquier punto de nuestra geografía por medio del transporte naval, manteniendo las comunicaciones entre los puertos de la España libre, algunos de los cuales cambian de mano de forma alternativa. Pero también se mantiene la puerta abierta con Inglaterra, Lisboa y las Indias. Se comprende la posibilidad de obstaculizar a los enemigos con operaciones a larga distancia, acciones inesperadas para los franceses, como las que se planifican para ser llevadas a cabo en el Cantábrico, Galicia o Cataluña.

Por fin, como tantas veces explicara el general Escaño, se comprueba la importancia de mantener Cádiz libre, porque se convierte en pocas semanas en un verdadero centro regulador de tropas y recursos, que por la mar llegan y a través del mismo medio se distribuyen según las necesidades. La Regencia, revestida de prestigio nacional y debido reconocimiento dentro y fuera de nuestras fronteras, puede ejercer una extraordinaria coordinación del teatro ibérico, estableciendo correos por mar a bordo de veloces fragatas. Aunque se sufren penosas derrotas en tierra y alguna esporádica trastada de los corsarios franceses, la resistencia se prevé como posible, aunque se estime con razón una campaña alargada y amadrinada a un notable sufrimiento.

Como supe algún tiempo después, en aquel año de 1810 que comenzaba a ofrecernos alguna sonrisa entraban en el puerto gaditano 3.890 buques, mientras partían con diferentes misiones 3.874, unas cifras que nadie habría estimado como posibles tiempo atrás. Y aunque muchos no acabaran de creerlo, en ocasiones arriban caudales de las Indias transportados en buques britanos, ¡sin un solo español a bordo!, situación que nos forzaba a restregar los ojos, porque bien podría ser considerado como un acto de brujería. Como pacto establecido con el Maligno, quienes durante siglos buscaran por los océanos las presas españolas con botines embarcados desde el Nuevo Mundo escoltaban ahora esos mismos tesoros hasta nuestros puertos.

Se debería reconocer por todo español bien nacido que el papel jugado por la Regencia en aquellos meses fue extraordinario, aunque se elevaran voces críticas con posterioridad, de las que, ya les adelanto, discrepo al ciento. Porque, además de llevar a cabo toda aquella acción planificadora para la defensa y de esta forma salvar un trozo vital de España, no olvidaba la parte

política ni la necesaria preparación de convocar a las Cortes, tanto para representantes peninsulares como de las Indias un compromiso que no se podía soslayar. Y se mantenían severas discusiones, una vez clarificadas las posiciones tan abismalmente opuestas que existían entre los miembros de la propia Regencia, como podían ser las de don Miguel de Lardizábal y el general Escaño. Cierta día escuché a nuestro jefe exponer en una reunión con voz en alto, ese tono enérgico que empleaba don Antonio cuando se sabía en poder de la razón sin fisuras, unas palabras que según me comentó había tomado con exactitud del bailío Valdés: «Señores, aquí nada es intangible. Excepto la religión católica y la conservación de la corona en la testa de don Fernando VII todo debe ser puesto a discusión, porque no hay rama que no haya quedado corrompida o viciada en el pasado y nefasto reinado». Es fácil comprender el litigio que anidaba desde el punto de vista político y la actividad de algunos hombres como nuestro general, que debía atender a tantos frentes y con una salud que ya no era juvenil, sino con achaques de retoques nerviosos que nos preocupaban en ocasiones.

En el aspecto puramente personal, tanto Beto como yo nos ofrecimos como voluntarios para marinar las lanchas y faluchos desde los primeros momentos, mandos que detentaban oficiales de cualquier empleo, desde capitanes de navío hasta jóvenes alférez de fragata. Y ya estábamos dispuestos para volver a un trabajo en el que precisamente yo me había empleado con bastante regularidad, cuando nos cayeron bolas negras y blancas al tiempo, de esas inesperadas que según aseguran algunos filósofos deben conformar la salsa de la vida. Recuerdo que mi padre repetía que con el paso de los años pocas veces se aprecia con claridad el blanco y el negro, sino que todo acaba en colores difusos más tendentes al gris. Creo que se trata de una de las pocas opiniones paternas con la que siempre discrepé, porque para mí siguieron cayendo bolaños de extremo color en bastantes ocasiones. Fue en la segunda semana de febrero, con las esperanzas de la defensa gaditana abiertas en canal, cuando nuestras vidas cambiaron una vez más como por encanto.

* * *

Aquella misma mañana en la que tanto Beto y yo pensábamos despedirnos del general Escaño y, con su venia, presentarnos al jefe de escuadra Topete para que nos asignaran el mando de alguna lancha cañonera o falucho de ocasión en lucha por los caños, fuimos llamados con urgencia a su presencia en las

primeras horas de la mañana. Nos extrañó que Bernardino en persona, el avejentado criado y confidente de don Antonio, acudiera hasta el piso superior de la vivienda donde nos habíamos instalado desde la llegada a la Isla. Y como ya saben que mi fiel Okumé portaba sangre sabia de brujos africanos en sus venas, una frase suya me previno que no cuadraban las luces en oportunidad.

—Esta noche he tenido sueños con cuervos volando en rondo sobre mi cabeza, señor. No me gusta cómo se cuece este puchero en tan madruguera hora.

—Por todos los cristos, cerebro descarriado, no me vengas con designios de mal agüero —Beto solía tomar a chanza los augurios de Okumé, aunque fuera consciente de que solía acertar casi siempre.

—Ya sabemos que don Antonio adelanta cada día la hora de su entrega al trabajo, en contra de las recomendaciones del galeno. Volverá a sufrir de tercianas o perlesías, pero más severas, si no ralentiza su actividad —intenté no mostrar la preocupación que las palabras de Okumé abrían en mis tripas—. Querrá despedirse de nosotros antes de asistir a alguna reunión temprana.

—Que así sea —sentenció el africano, desviando la mirada.

Correctamente uniformados, a pesar de las penurias en las que todos nos movíamos por aquellos días, bajamos con rapidez al piso inferior. Picaba la hora sexta cuando pudimos observar a través de las lumbreras que todavía se mantenía la noche cerrada al canto. Entrados en los aposentos del general Escaño, comprobamos que ya se fundían las candelas a toda mecha en su sala de trabajo. Penetramos en la espaciosa estancia con su permiso y como ya creía conocer a don Antonio de la ceja a la oreja, al primer vistazo me convencí de que no eran monedas de oro las que caerían poco después en nuestra faltriquera.

—Buenos días, señor —clamamos Beto y yo a coro—. Debería descansar alguna hora más, tal y como le ha recomendado el cirujano, don Anselmo Larralde. Ya sabe que no le beneficia en nada tanta dedicación al trabajo —era yo quien le reconvenía, como se suele hacer con nuestros mayores.

—No atravesamos una situación como para pensar en descansos ni salud propia —hizo un gesto de rechazo con sus manos, mezcla de decepción y desgana. Pero siguiendo su norma habitual entró al trapo sin dudar—. Tengo noticias contradictorias para vosotros y bien que siento una de ellas.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia, señor? —preguntó Beto con prevención.

—Ayer tarde me reuní con los generales Álava, Valdés, Topete y el mismísimo Apodaca, que para sorpresa general había arribado desde Londres en un buque inglés. Deseaba informar a la Regencia sobre algunos planes en curso para regresar esta misma semana a las islas británicas. Allí me ofreció una importante noticia el capitán de navío Martínez de la Hoz, comandante de la fragata *Perla*, recién llegado de Cartagena.

—¡Sebastián Martínez de la Hoz! Un buen amigo y excelente oficial. Estuve embarcado con él en la fragata *Matilde*, cuando me destetaba como joven alférez de navío —alentó Beto de forma alegre, como si deseara borrar con sus palabras la inicial impresión de las emitidas por nuestro jefe.

—También yo lo conozco bien, señor, de aquella partida en las lanchas para proteger el convoy costanero desde Huelva —dije con escasa convicción.

—Ya lo sé de su propia boca y ese ha sido un factor muy importante en el desarrollo de los acontecimientos —don Antonio pareció dudar, como si le dolieran las palabras que debía pronunciar a continuación—. Según parece llegó a Cartagena un joven rapaz en dura galopada, como para reventar en cueros al animal, desde vuestra..., desde vuestra hacienda en tierras murcianas.

—¿Le ha sucedido algo malo a nuestras familias? —ahora era yo quien saltaba a coro con la sangre alterada—. Ha enfermado algún...

—Nada que no pueda ser remediado. Tranquilizaos y dejad que os narre lo sucedido —dirigió sus manos hacia nosotros para mantenernos en los asientos—. Ese jovencuelo campero llamado Miguelillo, según parece, es muy vivo de entendederas. Portaba una nota personal de la duquesa viuda de Montefrío, que como bien sé es vuestra madrastra o tía, a la que consideráis como una madre. Debía entregarla al primer oficial de la Armada que pudiera atacar en la ciudad de Cartagena, un recado de la mayor importancia. Y no debió serle fácil alcanzar la cabecera del departamento, con tropas francesas en continuo movimiento por aquellas tierras. Por fortuna dio con un despierto alférez de navío de la dotación de esa fragata que se sintió interesado por el tema al leer vuestros nombres y empleos en el papel. Habéis tenido suerte, porque ese muchacho campero andaba medio desharrapado y sucio hasta la coronilla.

—¿Qué decía el mensaje, señor? —volvió a preguntar Beto, apremiante.

—Por lo visto los franceses han instalado fuerzas en la ciudad de Cehegín, aunque de escasa consistencia. Y como andan requisando todo lo que encuentren a mano también pasaron por la finca de Santa...

—Santa Rosalía.

—Eso, Santa Rosalía. Una vez allí, un pequeño grupo de hombres bajo el mando de un teniente además de tomar todo lo que se hallaba a la mano, fueran objetos de valor o alimentos, parece que encontraron el palacete acorde a sus gustos y se han instalado allí en permanencia.

—¿Y nuestras mujeres? ¿Y los niños? —me temblaba la voz al elevar esta pregunta, porque ya en mi cerebro aparecían escenas de terror.

—Parece que no les han hecho ningún daño, aunque no las traten con la necesaria cortesía. Tan sólo las han recluido en una parte de la vivienda, poco acorde a su dignidad. Pero creo que andan escasas de comida y en una situación poco agradable, como es lógico suponer. Leí la misiva, que constaba de escasas líneas escritas con premura. Fue un olvido por mi parte, pero quedó en poder del capitán de navío de la Hoz. No obstante, sólo dice lo que acabo de exponeros.

—¡Malditos bastardos, mal nacidos, hijos de putorronas y serpientes rastreras! —exclamó Beto, saltando del asiento, mientras cerraba los puños con fuerza—. Juro que los mataré a todos.

—Hay que usar la inteligencia, muchachos, especialmente en estos casos. La sangre caliente beneficia siempre al enemigo. Ya os dije alguna vez que esta guerra no seguiría los parámetros normales. El odio contra el francés alcanza cotas difíciles de imaginar, lo que es correspondido por esos gabachos, que espero penen en el infierno más pronto que tarde. Recordad que cualquier francés caído en redada de las partidas es ajusticiado sin mediar una palabra. Se corrió la orden de no hacer prisioneros, aunque no sea medida muy humana, pero sí comprensible en esta ocasión. La verdad es que se lo han ganado a pulso, porque esos degenerados arrasan y desvalijan cielo y tierra allá por donde pasan, sin dejar iglesia o catedral intacta mientras haya oro o plata que llevarse a la bolsa.

—Malditos sean y sufran pronto en las brasas del infierno —musité con voz queda.

—En la Regencia existe preocupación por si las tropas francesas intentan tomar Cartagena. Mi querida ciudad está muy bien defendida por los castillos y una recia muralla, pero les falta artillería. Se van a comisionar algunas fragatas inglesas y españolas para que entreguen cañones suficientes y de esta forma reforzar su defensa. Y también se ha pensado evacuar a las familias notables que se consideren en peligro, acción que parece haber comenzado. Y no sólo me preocupan las vuestras, sino también las de mis hermanos, que andan por allí. Deberían pasar todos al archipiélago de las Baleares, que es sin duda el terreno más seguro.

—¿Pero cómo podrán pasar las nuestras hasta Cartagena, señor? Hay una buena marcha desde Santa Rosalía, que se acerca a las veinte leguas —mis palabras salían en furiosa andanada.

—Esa es desde luego una empresa complicada, pero no imposible. Uno de vosotros ha de marchar a Cartagena en esa misma fragata que parte mañana. Una vez allí, vestirá ropas de campesino y deberá acercarse con el rapaz hasta esa hacienda, recoger a las mujeres y niños y, como Dios le dé a entender, transportarlas hasta la ciudad departamental. No es misión sencilla, pero conociendo el terreno es factible. Ese zagal, Miguelillo creo que se llama, se encuentra a bordo de la fragata por especial deferencia del comandante. La suerte ha corrido a favor, porque al escuchar vuestros nombres se interesó en el tema de forma personal.

—No comprendo como dice que debería partir uno de nosotros solamente, señor —expuse con la confianza que el general me solía conceder—. Si me lo permite, creo que los dos manejaríamos de forma más sencilla el negocio, una empresa que tiene su peligro.

—Creo que dos personas en disfraz sería multitud y con mayor dificultad para atravesar algún control. Además, en esta ocasión particular eso no es posible, *Gigante*. En primer lugar, repito que un solo hombre puede llevar mejor a cabo la misión impuesta. Pero eso no es todo. En la reunión de anoche, y cuando ya charlábamos de mil y un asunto fuera del orden, el general Apodaca se acordó de ti —don Antonio se dirigía hacia mi, ahora con media sonrisa en sus labios.

—Bueno, señor, lo traté personalmente cuando le llevé sus noticias y embarqué en el buque insignia de la escuadra bajo su mando. También me llamó a su presencia tras la rendición de los buques franceses para pedirme que saliera en urgencia hacia la Corte con un importante mensaje para usted.

—Cuando estabas a punto de embarcar en uno de los navíos apresados, y repito sus propias palabras. Parece que te prometió destino de embarque en la primera oportunidad, y puedes estar seguro de que no es hombre de los que olvidan sus promesas.

—¿Embarcar? —me costaba escuchar tales noticias, cuando el cuadro se presentaba en mi cerebro tan negro como las profundidades del infierno.

—Así se lo pidió al general Álava en mi presencia. Y como naciste con buena estrella, de eso no hay duda, el comandante general de la escuadra te ha concedido el mando de la corbeta *Mosca*, cuyo comandante acaba de ingresar en el hospital con pulmonía y escasas esperanzas de vida.

—¿El mando de una corbeta^[13]? —mi voz denotaba alegría y extrañeza al tiempo—. Deseo embarcar antes que cualquier otra cosa en la vida, señor, pero esas unidades suelen estar...

—Por favor, *Gigante*, estoy al tanto que de acuerdo con el reglamento general de tripulaciones y guarniciones a una corbeta, aunque sea del porte de 24 cañones, le corresponde ser mandada por un teniente de navío. Pero bien sabéis que en estos días todo anda como manga por capirote, con capitanes de navío marinando faluchos y un teniente general al mando de una flotilla de cañoneras. Además, con estos ascensos generales tan extendidos, como el tuyo tras la rendición de Rosily, o los que se han promovido en los combates terrestres se ha producido una descompensación en nuestro cuerpo que poco lo beneficia. La verdad es que en estos momentos nos sobran capitanes de fragata, mientras faltan tenientes de navío, que, ya sabéis mi opinión, son el alma de todo buque. También el pobre comandante de la corbeta *Mosca*, que se halla a las puertas del Altísimo, era de tu mismo empleo. De todas formas, estimo que una corbeta moderna de 24 cañones debería ser mandada por un capitán de fragata, al igual que lo son los jabeques o las galeras. Lo que sucede es que este tipo de buques relativamente modernos, que comenzaron con escasos portes, mantienen una reglamentación desfasada.

—Comandante de la corbeta *Mosca* —la verdad es que sonaban a música celestial aquellas palabras en mis oídos, aunque no podía apartar la otra moscarda putorrón de mis orejas—. Es un tremendo honor, señor, que le agradezco como merece, pero creo que en estos difíciles momentos no debería aceptar...

—Mira, *Gigante* —ahora la voz del general Escaño se había endurecido y me miraba con clara severidad—. En primer lugar no debes agradecerme a mí el nombramiento sino al general Ruiz de Apodaca y al comandante general de la escuadra, que ha aceptado su petición. Y si piensas en las mujeres de tu casa, debes apartarlas de la mente sin perder un segundo. Ha sido norma en nuestra carrera que las familias soporten una y mil penalidades mientras nos movemos por los mares de todo el mundo conocido o desconocido. Beto partirá mañana bien temprano con la primera marea en la fragata *Perla* hacia Cartagena, con la misión de rescatar a vuestras familias, llevarlas hasta la ciudad departamental y embarcarlas con otras, entre las que le encargo a mis familiares, hacia Mallorca o Mahón. Tú tomarás el mando de esa corbeta francesa, intentarás alistarla como sea y partirás en misión de transporte de armas y hombres hacia Lisboa u otro punto de la costa portuguesa. Posiblemente navegarás en conserva^[14] con otros buques españoles o

britanos. La verdad es que ni siquiera el comandante general de la escuadra sabía los detalles de la operación.

—¿Ha dicho corbeta francesa, señor? Nada sabía de esa condición. Bueno, la verdad es que jamás había oído hablar de un buque llamado *Mosca*.

—Fue apresada a los franceses a finales de 1808. Era de la Marina Nacional, aunque según parece andaba al corso. La verdad, no creo que se encuentre en buenas condiciones, porque pocas de nuestras unidades lo están en estos días, todas con media dotación y muy escasas de pertrechos. Pero ahí has de moverte a tu aire con mucha imaginación y mano izquierda para disponer de un equipaje^[15] mínimo adecuado.

Cayó el silencio en la estancia como un escotillón en cierre de emergencia. Beto y yo nos miramos, sabiendo que circulaban las mismas ideas por nuestras cabezas. Era injusta la distribución de misiones establecida, especialmente porque debía ser yo el miembro de la familia que se ocupara de la peligrosa misión en tierra. Mi compañero debió leer mis pensamientos al punto porque saltó con rapidez.

—El general tiene razón, *Gigante*. Yo me encargaré de nuestras mujeres y niños, no te preocupes. Todos llegarán sin daño a las islas, puedo jurarlo ante los Evangelios. Y enhorabuena por ese mando que bien mereces.

—Gracias, Beto, pero debería ser yo quien atacara esa función que es más peligrosa...

—Bueno, disponemos de escaso tiempo, muchachos —cortó el general Escaño con autoridad—. La verdad es que siento perderos otra vez, aunque así viene la bala rodada. Supongo, Beto, que necesitarás fondos para la misión que has de afrontar. Deberás tomar buenos animales en Cartagena y posiblemente te sea necesario comprar alguna voluntad. Haré lo posible para que...

—No es necesario, señor —interrumpí con decisión—. Mantengo a buen recaudo una bolsa con suficientes doblones de oro para cualquier emergencia y esta empresa lo es sin duda. Llegado el caso, también dispongo de letras de cambio, que me podrían ser canjeadas por don Benito de la Piedra.

—Es una suerte disponer de hacienda propia, especialmente en estos días de extrema penuria en los que no recibimos una paga desde hace más de diez meses. Bueno, no perdamos un tiempo que puede ser precioso. Si necesitáis cualquier cosa, la que sea, ya sabéis que me tendréis siempre a vuestra disposición. Espero que todo corra a favor y con la necesaria suerte, un factor que siempre ha de soplarnos de popa. Y a ti, Beto, te daré una lista de mis hermanos y de sus hijos, que han de abandonar Cartagena si es posible. En

caso de que entraran los gabachos en mi ciudad natal no me gustaría que tomaran a los parientes de un miembro de la Regencia.

—Me encargaré de ellos personalmente, señor, puede estar seguro.

Abandonamos el piso de don Antonio en silencio. Como es fácil comprender, por mi cabeza soplaban vientos desde las cuatro direcciones. Por una parte deseaba dar saltos de alegría, al imaginarme en el alcázar de esa corbeta y salir a la mar, ese medio que tanto echaba de menos. Pero a continuación imaginaba con claridad las imágenes de Eugenia y mi hijo, así como las de mi hermana y madre, escenas que abatían el espíritu a los fondos. Beto demostró su generosidad, hombría y verdadera amistad en aquellos momentos.

—No te preocupes, *Gigante*. Don Antonio tiene razón y lo primero en nuestra carrera debe ser el servicio, especialmente si se trata de mar. Te juro por todos mis antepasados, y no exagero una chica, que sacaré a las mujeres y los niños de allí, aunque tenga que comerme un buen puñado de gabachos a dentelladas. Es cierto que te envidio, como es lógico, pero al mismo tiempo me alegro por ti, que lo mereces más que nadie. Ve tranquilo hacia esa corbeta que te espera. Cuando regreses de la comisión a Portugal estaré aquí con buenas noticias sobre los nuestros.

—No es justo, Beto. Debería ser yo quien llevara a cabo esa misión entrada en...

—Sabes que no es así. Hay que tomar la mar como viene sin remedio.

Allí mismo, en el salón de nuestra vivienda y en presencia de un Okumé que nos miraba de forma alternativa sin comprender nada, nos abrazamos durante unos alargados segundos. Pero así era nuestra vida, con noticias al salto y rumbos en designios de Dios. Como de costumbre, tanto Beto como el general Escaño hablaban en verdad de ley, porque un buen número de nuestros compañeros y antecesores en la Real Armada navegaron durante años por los mares del Norte y del Sur mientras sus familias se debatían muchas veces en miserias y sin noticias del ser querido. Recordé la misión de mi padre durante años, allá por las Altas Californias, cuando perdiera la mano entre las aguas heladas, reconociendo que esa era la vida escogida y con mucho orgullo. De esta forma, porque así era necesario, alejé como pude la imagen de Eugenia y mi hijo de la cabeza para dar paso en franquía a la corbeta *Mosca*, que ya imaginaba en mi cerebro navegando a un largo con todo el aparejo largado a los vientos.

La corbeta «Mosca»

Con las primeras luces del alba despedí a Beto en el embarcadero de Puntales, en cuya escala de tránsito se mantenía el necesario barqueo para el personal de la escuadra. La embarcación disponible, una falúa desaliñada y cercana a inminente desguace de sus maderas, hacía sospechar que ni siquiera fuera capaz de atravesar aquella pequeña distancia en el caño sin sufrir el quebranto definitivo. Por fortuna, la fragata *Perla*, su punto de destino, se avistaba entre la bruma matinal a escasas yardas en dirección al fuerte de San Luis, ciñéndose al ancla en perezoso borneo^[16], alimentada por un vagajillo^[17] remolón que no acababa de remontar el vuelo.

Fue una rápida y emocionada despedida, preñada de tristeza. Siempre intenté reducir en lo posible esa situación que tanto duele cuando se ataca con personas queridas. Volvimos a abrazarnos con fuerza y tan sólo en el último momento fuimos capaces de enhebrar algunas palabras en afligido soniquete.

—Buena suerte, Beto, que Dios te acompañe. Abraza y besa a los nuestros de mi parte.

—Lo haré, no lo dudes. Y no sufras, que pronto estaremos todos juntos.

—También yo te deseo ventura en esa comisión que debes acometer. Buena mar, vientos propicios y proa a los cielos.

Plantado allí en silencio, con Okumé cabizbajo a mi lado, vimos cómo se alejaba del pantalán la destartalada embarcación con la fuerza de los remos. Beto movió el brazo en señal de última despedida. Rezaba en mis adentros a coro para que su difícil empresa llegase a buen puerto cuando escuché las palabras del africano cerca de mis oídos.

—Debe saber, señor, que me he encontrado con el corazón partido en estas últimas horas, desde que tuve conocimiento de la penosa situación que viven las señoras. Creo que le sería muy útil a don Beto la compañía de un hombre fuerte y recio como yo en su comprometida empresa. Pero debe

comprender que para mí lo primero es lo primero y debo mantenerme a su lado.

—Ya lo sé, Okumé —le ofrecí un amistoso apretón en el hombro—. Además, el general asegura que es mejor un solo hombre, acompañado por Miguelillo, para intentar pasar desapercibidos. También es posible que lo dijera con el fin de tranquilizar mi conciencia. Pero no se puede elegir cuando recibimos una orden. No nos queda más que rezar y apartar esos pensamientos de la cabeza. Nuestra misión es ahora tomar esa corbeta y cumplir la misión que en verdad todavía no conozco al detalle.

—¿Quién ha de dársela?

—Debo presentarme al comandante general de la escuadra para recibirlas de su boca o de su mayor general^[18], aunque algo me adelantara don Antonio. Y no debemos perder tiempo.

Tomamos el carruaje que el general Escaño había puesto a mi disposición para dirigirnos hacia el arsenal de La Carraca, donde según las noticias recibidas se encontraba el buque insignia de la escuadra, navío *Príncipe de Asturias*, para recibir un ligero recorrido a flote. No fue un trayecto tan sencillo como en otras ocasiones porque las obras de defensa del arsenal y cercanías, así como el movimiento de tropas y tren de artillería, que se movían por todas direcciones, ralentizaban en mucho el avance. Pero por fin entramos en el arsenal, distinguiendo con rapidez los palos del tres puentes^[19] por encima de los tejados.

Una vez más, al observar de cerca ese mastodonte de los mares con la galleta de sus palos besando las nubes, llegaron los recuerdos a mi mente en generosa manada. Porque muy unidas estaban sus maderas a la historia familiar de los Leñanza desde que mi padre perdiera su vida a bordo, tras ser intervenido de una grave herida en una pierna dos días después del combate sufrido en aguas cercanas al cabo Trafalgar. Pero también yo había gozado en sus cubiertas, tanto como ayudante del general Escaño, cuando ocupaba el puesto de mayor general de la escuadra con el general Gravina en el lecho de muerte, como meses después, nuevamente embarcado en su mayoría, unos días previos a conseguir la rendición de la escuadra del almirante Rosily. Todas esas escenas llegaban en volandas a mi mente mientras escuchaba las palabras de Okumé, dictadas en voz baja.

—Tenía razón Setum, señor, al definir estos grandes navíos como catedrales de tres cuerpos, fondeadas en la mar por designio más propio de los dioses. Parece mentira que puedan ser destruidos y perderse para siempre en los fondos de los océanos.

—Todo lo que el hombre es capaz de construir para navegar sobre las aguas, por poderoso y *Gigantesco* que sea, puede ser comido por la mar en cualquier momento, aun sin ayuda de las balas enemigas.

—Ya lo pudimos comprobar en alguna ocasión. Hasta el *Santísima Trinidad* acabó en los fondos del dios Neptuno con sus cuatro puentes, único en el mundo de tal cualidad, y 136 cañones de porte.

Una vez en el muelle, me dirigí sin vacilar hacia la escala de oficiales para embarcar. Y ya pisando su cubierta en firme, tras esa feliz sensación que siente el hombre de mar cuando regresa a su medio natural tras un alargado alejamiento, la primera sorpresa fue comprobar el escaso personal que se movía a bordo, ese permanente trasiego de cuerpos y pertrechos que es habitual a diario en todo buque. Y han de tener en cuenta los poco versados en temas navales que los navíos de tres puentes debían disponer de una dotación cercana a los mil hombres. Asocié tal anomalía a las mermas impuestas en todas las dotaciones de las unidades de la escuadra, con mucho personal enrolado en las fuerzas sutiles o asignado a las defensas de los fuertes y baluartes.

Por fin se me acercó un joven teniente de fragata, a quien expuse el deseo de ser acompañado hasta el camarote del segundo comandante, primer paso a bordo que debe dar todo oficial de guerra inferior al empleo de capitán de navío. Y fue una agradable sorpresa tener conocimiento de que tal destino se encontraba ocupado por Ignacio Uriortúa, ascendido tras el combate en los caños contra los buques franceses, al igual que yo, aunque fuera en un escalón superior. Había mantenido una excelente relación con él cuando desempeñaba el destino de primer ayudante de la mayoría y me encontraba a sus órdenes directas. Por fortuna era una persona de extrema amabilidad, muy competente en su trabajo y comunicativo por largo. Desde el primer momento nos habíamos compenetrado mucho y llegó a concederme generosa confianza, a lo que ayudó la admiración que demostraba por el recuerdo de mi padre, bajo cuyas órdenes había servido a bordo del navío *Triunfante*.

Uriortúa me ofreció un fuerte abrazo de bienvenida, como dos buenos amigos que se encuentran tras casi dos años de separación. Pude comprobar que se mantenía fiel a sus cualidades de afabilidad y sencillez, sin olvidar su permanente jovialidad. Y era la persona ideal para entrar en detalles, porque bien sabía yo por propia experiencia que una de sus pasiones era la conversación, aunque se alargara en ocasiones hasta altas horas de la madrugada.

—Tenía noticia de que andaba por estas tierras como uno de los ayudantes del teniente general Escaño. Bueno, no sé si debería decir regente o Majestad —hizo una reverencia en tono de chanza.

—Ya sabe que no es don Antonio de los que exige un especial tratamiento, aunque no podamos decir lo mismo de otros miembros de la Regencia.

—También he escuchado rumores en tal sentido. ¿A qué se debe su visita, Leñanza? Espero que no soliciten más hombres para algún especial destacamento, a no ser que deseen dejar este buque insignia sin un solo paje de escoba^[20].

—Nada de eso. He de presentarme al comandante general de la escuadra o a su mayor general. Me han concedido el mando de la corbeta *Mosca* y querría saber con exactitud la misión que he de llevar a cabo, si es que está prevista alguna.

—¿El mando de esa *Mosca*?

Uriortúa señalaba con su mano la parte externa del arsenal, hacia la salida del caño de las Astillas, con un tono en su voz que no propiciaba alegrías en mi cabeza. Pero no me molestó aquella salida, porque lo conocía bien y era persona incapaz de ofender o intentarlo siquiera. Así pareció comprenderlo con rapidez.

—Perdone ese comentario, Leñanza, pero en verdad me ha salido del alma sin pensarlo. No he querido decir en ningún momento...

—Por favor, señor, no tiene que disculparse conmigo. Ya supongo que no ha intentado ofenderme ni que esa corbeta sea una unidad teñida en oros.

—Pues entrados en sinceridad le diré que así es. ¿No ha embarcado todavía?

—Nada sé de ella, porque anoche a última hora me comunicaron la noticia. Ni siquiera he observado esa corbeta en la distancia.

—En ese caso puedo ofrecerle alguna información de utilidad. No disfruté mucho a bordo de la *Mosca* su anterior comandante, el capitán de fragata Herralde. Por cierto que, según tengo entendido, se encuentra en sus últimos momentos el pobre. Pero, por Dios, no lo achaque a su embarque en la corbeta —cruzó los dedos hacia la mar, en la señal que habitualmente utilizan los viejos nostramos para ahuyentar los malos espíritus a bordo—. Siempre fue un hombre débil, enfermizo y aquejado del pecho. Pero hablé con él en diversas ocasiones, cuando llegaba a rendir informes en la mayoría. Según me comentó, la *Mosca* no es de malas cualidades marineras, pero andaba abierta en cuartos, con el forro desconchado y algún problema añadido en sus

aparejos. Si a ello le suma que la dotación se encontrará bajo mínimos, como es habitual hoy en día a bordo de cualquier buque, cuadrará la situación a la negra. Sin embargo, no deja de ser un mando en la mar, y esas corbetas, cuando cabalgan sobre las olas, ofrecen un hermoso espectáculo, que de ahí les viene el nombre. Además, su porte es de 24 cañones y entra en el grupo de las de puente. Hace algunos años habría sido catalogada en el grupo de las fragatas.

Ahora Uriortúa intentaba endulzar la prenda en retirada. La verdad es que ese tipo de unidades era relativamente nuevo y se designó en las marinas europeas con el nombre de corbeta por la ligereza de sus movimientos, equiparable a los saltos del caballo sobre las patas traseras, esas piruetas a las que tan aficionado era don Fernando cuando lucía la chapa de príncipe de Asturias. En la práctica tenía razón Uriortúa, porque equivalían a las fragatas pequeñas de 10 a 20 cañones y se distinguían en corbetas de puente y corbetas de pozo, según dispusieran o no de entrepuente^[21].

—Me alegro de que sea corbeta de puente, un dato que desconocía.

—Bueno, ya le contará su segundo todo lo necesario y lo verá a continuación con sus propios ojos. Pero ya le adelanto, Leñanza, que los pedidos especiales de personal o material están prohibidos hasta para los amigos de extrema intimidad, familiares incluidos —ofreció una alargada sonrisa—. La verdad es que falta de todo en el arsenal, una frase que escuchábamos hace años, pero que ahora alcanza límites insospechados. Debemos reconocer que gracias a los britanos, con sus entregas de pertrechos, podemos alistar algunas unidades. Los caudales, que son muy escasos, se emplean estos días para la fuerza sutil y el armamento de los fuertes. La defensa de Cádiz es la misión principal, como es lógico. Sin embargo los buques han de salir a la mar, aunque muchos lo olviden. No sé quién va a traer todo lo necesario para continuar la guerra, que ha de venir por la mar, desde alimentos a pertrechos y armamentos, si no se dedica un mínimo para mantenerlos a flote y que puedan navegar. Por cierto, que fue el propio general Escaño quien ordenó reducir las dotaciones al mínimo.

—Ya lo sabía. Todo se vio complicado porque muchos hombres de la Armada salieron para luchar en los frentes de tierra. Al menos, dominamos la mar.

—Es la gran ventaja de ser aliados de los ingleses. Pero hay que navegar y se necesita que los buques lo hagan con un mínimo de seguridad.

—Ya me comeré esa torta en su momento, que será pronto según creo. Por cierto, señor —intenté cortar la conversación y entrar en mi negocio—.

¿Se encuentra el mayor general a bordo?

—Este buque está medio desierto. El comandante y el mayor general andan por el arsenal con encomiendas del gran jefe, muchas de ellas de imposible resolución. Pero don Ignacio María de Álava se encuentra en su cámara. No sé si querrá recibirle, porque anda con el humor un tanto torcido esta mañana, según los rumores que ya al alba corrían por la cubierta real^[22].

—Pues a él le debo el mando, por intercesión del general Ruiz de Apodaca. La verdad, no creía que recordara aquella promesa, cuando me pidió salir hacia la Corte con el falso salvoconducto y los mensajes guardados bajo el pesebrón del carruaje.

—Es verdad, lo recuerdo. Una misión peligrosa cuando soñaba con embarcar en alguno de los navíos apresados. No me extraña tal postura, porque el general Apodaca, a quien bien conozco, es hombre de ley. En ese caso, es posible que don Ignacio María le reciba. Intentémoslo.

Aunque me temía una más alargada conversación y requerimiento de información, Uriortúa me guió hasta la misma puerta de la mayoría. Allí pudimos comprobar que tan sólo se encontraba uno de los ayudantes, un joven teniente de fragata.

—Meléndez, haga saber al comandante general que el capitán de fragata Leñanza, que va a tomar el mando de la corbeta *Mosca*, desea presentarse ante él.

El oficial nos miró sorprendido, como si hubiera recibido una petición altamente viciosa. Supuse que, tal y como me había anunciado Uriortúa, el general no debía sufrir uno de sus mejores momentos, por lo que el joven parecía dudar. Sin embargo se limitó a asentir, rogándonos esperar a la consulta. De esta forma quedamos a solas mientras el ayudante se dirigía hacia popa, con rostro preocupado. Y para mi fortuna poco debimos aguardar en nervios, porque escasos segundos después y con cara de acusada sorpresa, Meléndez regresaba hasta nosotros.

—El comandante general ruega al capitán de fragata Leñanza que pase a verle.

—Puede asegurar que hoy es su día de suerte. Que le vaya bien con el gran jefe —Uriortúa me ofreció una cariñosa palmada en la espalda.

—Muchas gracias, señor.

Cuando entré en la cámara, que conocía al detalle como posada propia, pude comprobar que en los dos últimos años solamente se habían llevado a cabo algunas pequeñas variaciones de mobiliario particular. Sin embargo, ocupaba lugar destacado en la mampara de proa la bandera del buque francés

Heros, insignia del almirante Rosily rendida al general Ruiz de Apodaca en junio del año glorioso de 1808, cuando España comenzara a romper sus cadenas del dominio francés. El teniente general don Ignacio María de Álava se encontraba sentado en un cómodo sillón, donde ojeaba una carta en la que parecían exponerse las posiciones francesas y españolas a lo largo de caños y bahía. No se extrañó de mi presencia porque me conocía bien desde los tiempos del Consejo Supremo del Almirantazgo en Madrid, cuando me mantenía como ayudante del general Escaño. A punto de entrar en la estada del sesentón, el marino vasco era de regular estatura, cara redonda, pelo cano y bien entrado en carnes, con un vientre en rondo más propio de obispo dominical. Con fama de huraño y prontos nerviosos capaces de barrer una cubierta en grito, debo reconocer que siempre me trató con extrema cortesía. Aunque en un principio esperaba lo peor, ante las noticias de su difícil humor mañanero, me recibió con una agradable sonrisa.

—Me alegra verle de nuevo, Leñanza. Tome asiento, por favor —me señaló el sillón enfrentado a él de forma nerviosa, como si se viera obligado a entablar una conversación que deseaba rematar al tiro.

—A las órdenes de su excelencia, señor general. Anoche me comunicó el general Escaño que...

—Que le ha caído en suerte el mando de una corbeta de esta escuadra. Supongo que le diría su jefe, con quien mantiene suficiente confianza, que debe el nombramiento al general Ruiz de Apodaca.

—Así es, señor. Intentaré agradecérselo en la primera oportunidad.

—Tardará en llegar esa ocasión, puede estar seguro, porque dentro de pocas horas sale en una fragata británica hacia Londres para incorporarse a su puesto como plenipotenciario de la España libre. Pero, bueno, le deja esa prenda de recuerdo, aunque no se trate de una joya en flor de cuño. Ya sabe cómo andan nuestros buques hoy en día; con ligeras excepciones y según tengo entendido esa corbeta también sufre penurias sin cuento. Pero iré directo al grano, porque es mucho el trabajo en lomos y ando esta mañana sin personal de la mayoría —tomó un ligero respiro en su rápida plática para continuar sin pérdida de tiempo—. Una vez haya tomado el mando, deberá presentarse al capitán de navío Traylor, a bordo de la fragata *Diomedé*, fondeada en la bahía. Dicho oficial mandará la expedición que ha de salir en pocos días, una semana o dos a lo máximo, con transporte de tropas portuguesas hacia las islas Azores. No sé con exactitud el puerto de destino ni me interesa demasiado, la verdad sea dicha, aunque supongo que será el de Punta Delgada, en la isla de San Miguel, o el de Angra, en la Tercera.

—¿Azores? —mi extrañeza era real—. ¿Se espera alguna acción francesa contra esas islas?

—La verdad es que encuentro esa teoría británica o portuguesa un tanto absurda. Han tenido noticias a través de sus agentes, a los que conceden como norma habitual excesiva importancia, de que los franceses intentan hacerse fuertes en alguna de esas islas y basar allí sus corsarios, que hasta la fecha es la única demostración naval de la que son capaces. Personalmente no lo creo, porque sin continuo apoyo en la mar veo difícil o imposible llevar a cabo una operación así. Pero como me lo comentó el almirante Purvis, al tiempo que se quejaba por la escasez de unidades disponibles, le ofrecí nuestro concurso. No tenía más remedio, aunque en la bahía se encuentra el navío portugués *María*, que podría colaborar en la operación. En fin, olvide estas palabras, porque no es cosa de criticar a nuestros aliados peninsulares, que mucho han colaborado, y esta operación parece quedar a nivel de buques de medio porte. Fue el mayor general quien sugirió la corbeta *Mosca*, que regresó de correo por las islas Canarias hace algunas semanas, aunque acabo de saber que el comandante ha fallecido la pasada noche. En fin, unos mueren y otros ocupan sus puestos.

—Siento mucho la pérdida de un compañero.

—Esa pérdida le ha proporcionado el mando, aunque sea duro decirlo. Ya le habrán adelantado que se trata de unidad con problemas y pobre de características marineras, necesitada de carena y con las miserias habituales de estos días, según comentarios de su último comandante. Pero puede estar tranquilo porque correrá con las penurias de todos; dotación escasa, pertrechos al mínimo y en estado general muy mejorable. Bueno, ya sabe lo que quiero decir perfectamente.

—Estoy al día de la difícil situación que atravesamos, señor.

—Bueno, mejor es eso que navegar por los caños, ¿no le parece? —forzó una sonrisa—. No se trata de una gacela^[23], desde luego, pero las corbetas son hermosas en la mar con el aparejo largado a los vientos. Espero que disfrute de ese embarque. Cuando era joven, se decía que una fragata era el mando de mayor disfrute personal y el que más se recordaba con el paso de los años, cuando nuestra carrera comienza a declinar. Y después de todo, esas corbetillas no son más que fragatas pequeñas. Sé de sus aptitudes profesionales porque las referencias recibidas del general Escaño no pueden ser mejores, y ya escuché sus historias a bordo de aquel bergantín que arribó a Cádiz con los britanos batiendo su popa.

Quedó en silencio, mientras dirigía la mirada hacia la balconada. Parecía poco locuaz y con ganas de rematar aquella conversación, a la que se veía obligado.

—Muchas gracias, señor. Pediré en la mayoría la documentación y el nombramiento.

—Creo que se encuentra Meléndez solamente. Que le entregue la documentación necesaria, aunque en estos días no se espera a que la Regencia publique los nombramientos en la Gaceta. Se ha delegado tal misión en la escuadra, para las unidades dependientes de ella. Hable con los ingleses y comunique solamente a la mayoría, cuando tenga conocimiento, la fecha de su partida y las necesidades mínimas e imprescindibles para hacerse a la mar, por si pudieran ser satisfechas, lo que tampoco le aseguro. En último caso, si algún pertrecho fundamental no se encuentra disponible acuda a los britanos, que siguen generosos en ese vital aspecto.

Me despedí con rapidez y abandoné la cámara del general con el ánimo entre dos aguas. Sin tener en cuenta la triste situación familiar, me agradaba muy por alto aquel mando en la mar, aunque parecía que todo en la escuadra andaba al desgaire, sin la precisión con que esas circunstancias se solían encarar en la Armada. Pero mi imaginación voló en segundos hacia la mar y ya me imaginaba navegando con todo el aparejo en demanda de las islas Azores, que si los recuerdos no me traicionaban debían encontrarse a unas 750 millas desde el cabo Roca, en la costa portuguesa.

Una vez con el nombramiento y orden de embarque bajo el brazo, así como tras haber recibido algunos datos bastante imprecisos por boca de Meléndez, abandoné el navío insignia. Habría querido hablar con el mayor general o el primer ayudante de la mayoría con más profundidad, recibir una información más concreta, acción que dejé para más adelante, cuando los britanos me explicaran con detalle la misión que el general había expuesto a trazo grueso. Pero como en tantas ocasiones ya mis pensamientos corrían la milla al tranco, acariciando hermosas visiones de mar. Por fin, con Okumé a mi lado y los bagajes bien dispuestos, conseguí que Uriortúa me proporcionara una falúa del *Príncipe* para el necesario traslado al buque bajo mi mando, que según sus propias palabras se encontraba fondeado a escasa distancia del arsenal.

Me encontraba dispuesto a tomar el segundo mando en la mar desde que pisara la cubierta de aquel bergantín *Penélope* con una experiencia vivida entre sus cuadernas difícil de olvidar. Y esa era la escena que se agrandaba en mi cerebro, navegar de nuevo tras dos años de secano, con la excepción de las

escasas misiones llevadas a cabo en lanchas o faluchos cañoneros. Volvería a oler el perfume de la mar y podría escuchar el sonido de las olas al batir los costados de esa corbeta, que pasaba a ser mi pequeño reino particular.

* * *

Cuando doblábamos el espigón norte del arsenal, a punto de entrar en el caño de La Carraca, aprecié en la situación descrita por Uriortúa tres buques fondeados a la vista y a escasa distancia. No necesité llevar a cabo un profundo análisis para estimar que la corbeta *Mosca* era la situada más a fuera, en el rondo de La Clica, porque las otras dos mostraban aparejo de goleta y con escaso porte. Me detuve a contemplar con detenimiento la figura que se abría a proa de la falúa. Y puedo asegurar de entrada y en sinceros que no era la estampa soñada lo que mis ojos apreciaban, aunque por causa de los comentarios escuchados ya mi mente hubiera trabajado a la baja en espera de condiciones adversas. La verdad es que a unas doscientas yardas el buque que quedaría bajo mi mando en pocos minutos aparentaba más bien el de unidad que entra en arsenal para sufrir un profundo recorrido, en vez de una corbeta preparada para llevar a cabo comisión de altura y de forma inmediata.

Aunque los recuerdos se mantienen a ritmo y sin posibles confusiones en mi cerebro, tampoco debo desgranar la madeja en caída libre. La corbeta, como todas las de su clase, era fina y esbelta de líneas, bordo tendido, un bauprés con botalón alargado en percha y tres hermosos palos^[24]. Pero hasta el más maravilloso de los cuadros pictóricos debe entrar en oro por los ojos al primer vistazo. Por desgracia, la peor de las características de la *Mosca* era el color de su estructura, circunstancia que se avistaba a millas de distancia. De acuerdo con la última instrucción en vigor, los costados y arboladuras de todos los buques debían exhibir un amarillo ligeramente desteñido, al que llamaban colonial, y tan sólo las portas de los cañones, bautizadas en negro, ofrecían el característico contraste de los buques de la Real Armada. No obstante, la corbeta mostraba su ropaje falto de pintura y con flecos desconchados, lo que desmerecía en mucho el cuadro, una falta que anoté para intentar remediarla en lo posible.

De todas formas era consciente que daba un nuevo paso en mi vida marinera, un peldaño más que puede variar de inclinación sin aviso previo. Nada nuevo, es cierto, porque los oficiales de la Real Armada están acostumbrados por raso y con cierto regocijo a esos vaivenes de mutaciones temporales, especialmente en la mar, tan habituales en nuestra carrera. Sin

embargo, puedo jurar que a pesar de esa estampa inicialmente negativa sentí un ronroneo de placer y orgullo conforme cerraba distancias. Siempre se produce en nuestro interior una especial agitación al abordar un nuevo ser que se quiera o no es en realidad todo buque capaz de gobernar y dominar la mar en cabalgada sobre las olas.

Quien haya leído algún cuadernillo anterior de nuestra familia, conocerá la opinión del hombre de mar sobre la vida propia que disfrutaban o penaban esos gloriosos artefactos, seres salidos de la nada en pura creación, con ensamblaje de ideas, planos, maderas, forros y clavazón, hasta ser rematados en parto de clamorosa plenitud cuando alcanzan el mundo de los vivos, al ser posados sobre las aguas por primera vez. A partir de ahí, como niño desamparado y sin destetar, comienza su propia andadura con diferentes actos personales, manías, lenguajes, muecas y movimientos, nunca parejos en dos de ellos aunque fueran echados al mundo con gálibos^[25] de perfecta igualdad. Un ser humano, en resumen, con nacimiento, vida y muerte, aunque los que se mueven tierra adentro no sean nunca capaces de calibrar tal condición.

Con estos pensamientos atacé el portalón del buque para trepar lentamente hasta su cubierta. Fue el momento mágico habitual, sensaciones de gloria que se multiplican en progresión, cuando eres consciente de que vas a ser el dios particular de todas las almas estibadas a bordo. Aunque esperaba en la meseta del portalón la figura de algún joven guardiamarina en situación de recibo, para mi sorpresa encontré un teniente de fragata veterano, pasado de largo la treintena, uno de los que las malas o viperinas lenguas encasillaban como de «carrera lenta».

Puedo adelantarles que nunca concordé con tales presunciones, porque bajo mis órdenes sirvieron algunos oficiales avejentados y sin promoción que rindieron servicio a plena satisfacción. Siempre fui consciente de que la suerte y ciertas condiciones personales o familiares atacan la carrera de muchos en forma arbitraria, especialmente con el sistema de promoción establecido en nuestra Armada, deleznable e injusto como pocos, y que precisamente don Antonio de Escaño se había propuesto cambiar por completo. Deben tener en cuenta que por aquellos días me encontraba cercano a cumplir los veintiséis años y, según algunos, con rostro aniñado, a pesar de mi visible corpulencia. No tuve tiempo de enhebrar más pensamientos porque ya escuchaba sus palabras.

—Bienvenido a bordo, señor. Teniente de fragata Martín Fuentes, segundo comandante de la corbeta *Mosca*.

—Me alegro de conocerle, Fuentes —le extendí la mano en muestra de confianza—. Soy el nuevo comandante, Santiago de Leñanza. Aquí tiene el nombramiento del comandante general de la escuadra y la orden de embarque. Hágalas llegar, por favor, a la contaduría para su asiento.

—En ese caso, a las órdenes del señor comandante —esbozó una sonrisa que quebró a medio camino—. Esperaba el nombramiento del relevo tras el desembarco del capitán de fragata Manuel María Herralde, muy enfermo durante el tornaviaje desde Canarias. Finalmente, sufrió un terrible ataque de vómitos en sangre a las dos semanas de llegar a puerto. No quiso marchar al hospital, porque según sus propias palabras no saldría de allí con vida.

—Pues acertó el pobre de lleno, porque ha fallecido la pasada noche en el Real Hospital. Se encontraba muy mal y sin posible solución.

—Lo siento mucho. Era un buen hombre.

—Eso tengo entendido.

El segundo comandante me pareció una persona afable y correcta, tanto de formas como de palabras, aunque desentonara a la vista el penoso estado de su uniforme, raído y con dentelladas hasta límites indecorosos. Bien es cierto que no vivíamos momentos en los que se pudiera exigir una mínima etiqueta a quienes no cobraban la paga en muchos meses. De baja estatura, piel rojiza y entrado en carnes y bolsas por más, parecía capaz de rodar por la cubierta si era empujado con fuerza. Sin embargo, lo que no me entró por derecho desde el primer momento fue su mirada, unos ojos muy negros hundidos en aureola grisácea, que se mostraban de forma esquiva y en permanente movimiento. No sé por qué pero siempre asocié dicha cualidad a la extrema timidez o falta de sinceridad, con mayor tendencia hacia la segunda solución.

Como se hizo un inesperado silencio, me dediqué a dar un vistazo general al buque que debería comandar en la próxima comisión hasta las islas Azores.

Soy muy sincero al decir que poco se parecía aquel panorama a lo que una unidad a flote de la Real Armada debe ofrecer a la vista. Y no me refiero a la marinería desarrapada o con prendas al quite, que esa asignatura la penábamos en los buques desde siglos atrás. Me impresionó el escaso número de personal a la vista, la suciedad general allá donde se posara la mirada, así como el desorden instalado a fondo en la cubierta, un mare mágnam de pertrechos, cajas y cabuyería, como si el buque se encontrara en faena de desembarco o tras haber sufrido un penoso temporal. Cerré los puños con fuerza, decidiendo que era mejor esperar a tener un cabal conocimiento de la situación.

—Por favor, segundo, guíeme hasta mi cámara. Debemos hablar largo y tendido para que me ponga al día. Y que alguien le indique a mi criado — señalé hacia Okumé, que se mantenía en la falúa— para que vaya estibando mis pertenencias.

—¿Se refiere a ese negrazo?

No fueron las palabras en sí mismas sino el tono empleado lo que me hizo entrar en sangre caliente. Ahora sí que no esperé un segundo para centrar las normas.

—No vuelva a utilizar jamás esas palabras ni ese tono para referirse a Okumé. Si me acompaña como criado particular es por necesidad de la orden de embarque. Porque en realidad es mucho más que eso, como si se tratara de un miembro de mi familia. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor.

Seguí sus pasos hacia popa hasta alcanzar el pasillo que desembocaba en una cámara discreta de tamaño, austera de mobiliario, pero con una generosa balconada por la que se divisaba el caño de La Carraca en toda su amplitud. Fuentes me cedió el paso, quedando en la puerta en espera de permiso. Tras dar un ligero vistazo a la que sería mi estancia particular a partir de aquel momento, tomé asiento en un sillón empernado tras una alargada mesa de trabajo, donde todavía se encontraban un buen número de informes y papeles en completo desorden. Debí aflojar el fuelle con renovado esfuerzo, porque poco a poco sentía aumentar los latidos de mi corazón a ritmo de bombardas.

Creo que fue en aquel mismo momento, conforme extendía los brazos apartando legajos y papeles, cuando comprendí que abordaba uno de los destinos más difíciles de mi carrera, en un momento también muy penoso para la Armada y la nación completa. Porque aunque era consciente del tenebroso estado general en el que nos movíamos de capitán a paje, no gustaba una mota del ambiente que se respiraba en la corbeta, como si acabara de entrar en un barco de una Marina desconocida para mí hasta el momento. Y puedo asegurarles que se trataba de una extraña y triste sensación, como jamás había sufrido.

8. Una difícil situación

Mantuve el silencio a propósito durante alargados segundos, con la mirada perdida en la mampara de proa, donde colgaba un alargado antejo, una necesaria medida para apaciguar mi espíritu. Aunque siempre fui conocido por poseer un carácter benévolo y sosegado, así como poco propenso a la agitación mental inesperada, también es cierto que en determinadas ocasiones las varas de la ira se me izaban hasta el copete, al punto de ser difícil de reconocermelo yo mismo.

Debía rebajar la marea, por lo que intenté encontrar en la postura del segundo comandante algún signo de vergonzosa aflicción, ese sentimiento negativo que se suele padecer cuando la posada propia anda revuelta en tufos y aparece en inesperada visita un personaje de especial recibo. Pero nada de eso se podía adivinar siquiera ante su rostro mofletudo e inexpresivo, falto del nerviosismo y agobio que debería sufrir en aquellos momentos cualquier oficial con una mínima dignidad profesional. Volví a respirar en profundidad antes de entrar en vereda, intentando ser ecuánime y no dejarme llevar por las primeras impresiones, que, es cierto, tantas veces nos inducen a un lamentable error.

—Por favor, segundo, tome asiento.

Le hice una seña con la mano, para observar a continuación la complicada maniobra, dadas sus generosas hechuras y la estrechez de la silleta acordonada. Decidí atacar el toro sin más preámbulos.

—Bien, segundo, debe ponerme al día con la mayor rapidez. Después me presentará a los oficiales y recorreremos la corbeta de proa a popa. No podemos perder tiempo porque en escasos días saldremos a la mar.

—¿Escasos días dice, señor? —parecía haber recibido la peor de las noticias, alarmado de gestos—. Debe saber que arribamos a Cádiz tras un alargado correo por las islas Canarias, hace apenas un par de semanas.

—¿Tanto tiempo? Nadie lo diría con el penoso aspecto que ofrece esta corbeta —mostré la mayor severidad en el rostro—, triste condición que ha de ser remediada de inmediato y a la mayor velocidad. Pero, bueno, respecto a la fecha exacta de nuestra salida a la mar, muy pronto espero conocerla con exactitud, tras presentarme al comodoro inglés que mandará la expedición. Ahora quiero que hablemos a fondo sobre la situación del buque.

—Pues usted dirá, señor.

—Comencemos por la dotación. A primera vista, estimo que nos falta bastante personal.

—Si se refiere al conjunto embarcado, en comparación al que nos corresponde por reglamento debemos encontrarnos ligeramente por encima de la media dotación. Y no es fácil navegar así en un buque mediano, con peones sin relevo, como es fácil comprender.

—Mi padre, en el empleo de guardiamarina, apresó un bergantín britano que marinó desde las costas africanas hasta Algeciras con una docena de hombres. Todo es posible en la mar, aunque sea preferible andar con el personal preciso. Por desgracia, muchas veces se sufren situaciones anormales y sin duda atravesamos una de ellas. ¿Cómo andamos de oficiales de guerra?

—Como puede comprobar, un teniente de fragata como segundo, en vez del teniente de navío que corresponde, aunque en estos días se trate de condición normal. Súmele un alférez de navío y otro de fragata para completar el escaso cupo. Estos dos jóvenes son trabajadores, disciplinados y decididos, aunque con escasa experiencia de mar. En resumen, nos falta un oficial. No podemos protestar mucho en este aspecto particular, porque algunas corbetas navegan con tres oficiales de guerra solamente, contando el comandante.

—¿No disponemos de un solo guardiamarina? En estos barcos de medio porte pueden ser elementos esenciales y se recomienda su embarque. Además, cuando faltan oficiales pueden ser graduados de alférez de fragata.

—Ninguno disponible. Llevo un año largo en la *Mosca*, y nunca disfrutamos de su presencia a bordo. Según tengo entendido son muchos los embarcados en las lanchas de la fuerza sutil.

—Se trata de una merma apreciable en el cupo de oficiales. Siempre se consideró como cinco el número mínimo necesario, aunque como dice otros naveguen en peores condiciones. No alcanza ni para cubrir las tres guardias. ¿Cómo navegaban hasta ahora?

—El piloto segundo, que era pilotín hasta hace un par de años, rinde guardia con los dos oficiales nombrados. Es bastante joven, pero bueno en la

navegación costanera por estas aguas del sur. No está habilitado de altura, aunque se maneja bien con los trastos, como pudimos comprobar en la última navegación.

—No es una situación deseable en ningún caso, porque él se debe a otros menesteres más propios de su cualificación. Bueno, pasemos a la siguiente moscarda. Hábleme de los oficiales mayores.

—Un contador recién destetado, pero muy hábil y listo como lagartija. El capellán nos lo desembarcaron antes de la última comisión, así como el cirujano 2.º que nos correspondía. El mayor general alegó que eran necesarios en tierra, donde se combate a diario. El pilotín es despierto, aunque con escasa mar a sus espaldas.

—¿Navegaban sin cirujano? ¿Quién se hacía cargo de la enfermería?

—Nadie. Bueno, el segundo guardián tiene experiencia de sangre y algunos conocimientos. Por fortuna, en la última navegación nos bendijo la mar en plata y sufrimos solamente unos pocos contusionados sin mayor importancia. Eso, claro, sin contar con la enfermedad del comandante, aunque ya le aquejaba de largo y utilizaba ungüentos propios, que en verdad de poco le sirvieron.

—Bien, continuemos con la serie. No me diga que en el apartado de oficiales de mar^[26] andamos muy a la mala.

—No andamos a la buena en ningún aspecto, señor. Y no me estime como derrotista, que le refiero la pura verdad. Nos corresponden por reglamento once oficiales de mar. El segundo contraмаestre, único en su facultad, acaba de desembarcar hace pocos días y deberá gestionar su relevo con urgencia, si la salida a la mar se presenta cercana. No hemos perdido mucho, porque era blando de manos, cobardón y pusilánime. El primer guardián^[27] es de braza corrida y muy bragado, aunque un tanto indeciso, faltando el segundo de su clase. Para completar la serie, disponemos de un calafate, dos carpinteros, un cocinero de equipaje, incapaz de aderezar una menestra, un patrón de lancha y un maestro velero con cierta habilidad. Nos faltan, como cómputo total, un contraмаestre, un guardián, un calafate y un patrón de bote.

—Un buen contraмаestre es media vida, especialmente en los buques de escaso porte.

—Desde luego, señor. Muchos andan asignados a los faluchos cañoneros. Deberá moverse con padrinos en la Corte para que le concedan uno.

—También necesitamos un sangrador con experiencia, si no es posible conseguir un cirujano, cuestión muy difícil en estos días con tanta faena en

los hospitales. Alguien debe cubrir la enfermería con ciertos conocimientos, aunque sean pocos. Pero continuemos. ¿Tropa de Infantería y Artillería?

—La de Infantería en 18 de los 40 que corresponden. De Artillería justo a la mitad del reglamento, 5. Y para rematar, 4 artilleros preferentes, 12 ordinarios, 11 marineros y 10 grumetes. Cierran el cupo 6 pajes de escoba, el único apartado ajustado en ley, y 2 criados particulares, contando el suyo que acaba de embarcar. Un total de 82 hombres.

—¿11 marineros y 10 grumetes nada más? Por todas las barbas del demonio que deberemos largar el aparejo a tientos y suplicar a los dioses para que no enferme ninguno.

—Corresponden 20 de cada clase y ya sabe como anda el patio servido. Se da por hecho que tan sólo es necesario navegar, aunque si salta la mar a malas o es necesario largar una capa de emergencia se necesitarían más hombres. Y todo ello si no damos de cara con algún corsario gabacho, que han creado más de un quebradero de cabeza, aunque sea de forma esporádica. Porque nos será imposible servir los 24 cañones a disposición, tan sólo los de una banda y sin alharacas.

—Parece ser que los corsarios se basan hasta ahora en el puerto de Málaga, aunque alguno se haya asentado recientemente en Sanlúcar de Barrameda. La mayor parte de ellos son pequeñas unidades que con astucia y valor intentan dañar nuestro tráfico costanero. Pero me comentó el general Escaño que otras unidades de la Marina Imperial se han armado al corso y navegan a su aire, con buenos rendimientos si cazan alguna unidad de inferior porte que navegue en solitario. Para tranquilidad nuestra, en esta ocasión navegaremos en conserva con dos fragatas británicas que nos ofrecerán cobertura si llegara el caso. Pero nunca se sabe lo que puede suceder en la mar. Por cierto, creía que estas corbetas armaban todos los cañones de a 8^[28]. Desde la falúa me ha parecido observar piezas superiores.

—Incorporamos a bordo un pequeño batiburrillo artillero, cambiante en el tiempo, lo que también es situación normal en estos días, aunque mucho repita esa manida frase. Cada comandante apareja lo que puede para su buque —pareció hacerle gracia su comentario, ampliando la sonrisa—. En estos momentos armamos 24 piezas y, como dice, deberían ser todas de a 8, según se encuentra reglamentado para las corbetas de este porte. Sin embargo, montamos dos de a 18, otras cuatro de a 12 y 10 de a 8, todas en la batería, más ocho de a 6 en alcázar y castillo. Como suele suceder, estos últimos se pueden doblar a la banda necesaria. Eso sí, al menos todas las piezas disponen de llaves de fuego^[29]. Bueno, olvidaba mencionar dos obuses de nueve

pulgadas que nos embarcaron en Tenerife, para su entrega, supongo, a las unidades de la armadilla. Lo comuniqué a la mayoría general, aunque nadie ha enviado por ellos. Escasa utilidad presentarían en esta corbeta, porque venían acompañados de unos veinte disparos solamente.

—Volveré a informarlo cuando me despida del mayor general. Por cierto, ¿suelen fallar las llaves de fuego instaladas en los cañones?

—Pues la verdad, señor, no podría decírselo. Como es poca la pólvora y el balerío a disposición, poco más de la mitad del cargo, no hemos disparado un cañón todavía desde que embarqué.

—¿En un año no han realizado ejercicio alguno de artillería? —creía escuchar canciones de otra vida—. Trabajo cuesta creerlo.

—Como le digo, es poca la pólvora embarcada. Disponemos de 15 quintales de los 23 reglamentarios y así lo decidió el comandante. Bueno, los dos comandantes bajo cuyo mando he servido en estos trece meses a bordo.

El sentimiento de impotencia se iba apoderando de mí poco a poco. Deben comprender que en mi anterior mando de mar, el bergantín *Penélope*, no sólo dispuse de dotación completa sino escogida a la mano, aunque disfrutara de tan celestial prebenda por la misión impuesta de condiciones especiales muy positivas. Pero era de todo punto anormal aquella escasa proporción de hombres, ni los mínimos para afrontar una situación delicada, especialmente en buques de escaso porte y sin admitir puestos doblados. Ahora comprendía que, aunque me alarmara saber que se reducían tanto las dotaciones por orden del general Escaño y pura necesidad, eran aquellos que se batían contra la mar día a día los que debían sufrir penalidades de todo tipo. Por esa razón creía haber caído en la peor de las torturas, resistiéndome a creer lo que escuchaba. Y poco ayudaba la actitud del segundo comandante, que se mantenía en la narración como si se tratara de un asunto ajeno a su persona, sin expresar la indignación, acompañada de duras exclamaciones cercanas a las blasfemias, que debía arropar su exposición. Volví a respirar antes de continuar con la triste letanía, esperando alguna noticia milagrosa que pudiera avivar mi mente.

—¿El resto del armamento?

—También reducido, señor. Parece ser que en ese apartado nos domina el número 15 —se permitió una sonrisa bobalicona, que me atacó las cuerdas—, porque ésa es la cantidad a bordo de fusiles, espadas, chuzos y frascos de fuego^[30]. Bien es cierto que estos últimos, los frascos, aparentan a la vista encontrarse fuera de utilización. Añádale cuatro pistolas en regular estado

para los oficiales de guerra. Bueno, y una camisa de fuego^[31] que en mi opinión sería difícil prender.

Otra sonrisa estúpida acompañó su último comentario, aumentando si cabe mi nerviosismo. Apreté una vez más los puños hasta enrojecerlos antes de continuar.

—¿Cómo andamos de víveres y aguada?

—Aguada rellena y al día, con toneletes, pipas y cuarterolas en buen estado. En cuanto a los víveres, la situación es alarmante. Ni las cinco mil raciones reglamentarias, ni víveres para tres meses, que fue la última reducción. En estos momentos disponemos a bordo de raciones para unas seis semanas, teniendo en cuenta el monto del equipaje, y con algunos alimentos de muy baja calidad, especialmente la carne en salazón y la galleta, muy pasada de rosca. También andamos escasos de vino hasta límites de dolor, aunque mejor debería decir vinagre salado. Para navegaciones de larga duración serían necesario elementos de salud o caerán todos enfermos de la peste marítima^[32]. Por fortuna nos empleamos en derrotas de escasas singladuras. ¿Se sabe el punto de destino de esa nueva comisión?

—Posiblemente a las islas Azores.

—En ese caso, no es demasiada la carrera a cubrir —pareció feliz ante la noticia.

—He dicho islas Azores, segundo. Pueden ser más de dos mil millas las que debemos navegar, dependiendo del puerto a tomar, y en una mala estación del año. No creo que consigamos víveres para tres meses, lo que sería la condición ideal, pero necesitamos rellenar algunos huecos, desde luego —quedé sumido en mis propios pensamientos, para volver a la escena con rapidez—. Rematemos la serie. Ofrézcame una idea general del estado del casco y el aparejo.

—Bueno, señor, como sabrá, esta corbeta es de origen francés, apresada a los gabachos hace dos años. Le otorgaron este nombre porque acababa de perderse en las piedras la otra *Mosca*, de origen britano. Pero es de líneas y medidas muy parecidas a la *Indagadora*, construida en Ferrol en 1804. La obra viva^[33] se encuentra en mal estado. Faltan planchas de cobre en el forro, especialmente en la amura de babor. Este buque debería haber sido carenado en firme hace tiempo, pero su presupuesto se aleja de los posibles. Está conceptuada por los ingenieros del arsenal como «de media vida, regular estado y a falta de carena». En las maderas libres afloran ya las faldas. En su conjunto, el piloto estima que debemos perder unos dos nudos de andar con vientos largos. En cuanto a la obra muerta, se ha pedido pintura de forma

reiterada al arsenal desde hace seis meses, pero según parece no disponen de una gota. Y se necesita de forma alarmante, como queda a la vista. También el calafate echa humo por la escasez de brea en su pañol.

—El problema que ofrece una obra viva en tan lamentable estado no es solamente el de la pérdida de velocidad, sino la disminución de vida y seguridad. El estado que presentan los costados es verdaderamente vergonzoso. No sólo se asemeja más a una embarcación bucanera que a un buque de la Real Armada, sino que amadrina un deterioro rápido de sus maderas —otro respiro para tomar fuerzas por mi parte—. ¿Aparejo^[34] en orden?

—No quiero parecer derrotista, señor, pero le repito que nada se encuentra en razón hoy en día. Disponemos de un juego completo de velamen, como es lógico, aunque ande muy trabajado y con alguna relinga en flor. Antes de salir a la mar, el maestro debe dar fila^[35] a la mayor con empalomaduras. El aspecto más negativo son los respetos, de los que no nos encontramos en orden. En ese importante aspecto disponemos solamente de un trinquete, una gavia, un velacho, un juanete de sobremesana, un par de alas, dos monterillos^[36] y un foque, algunos rematados en componenda por el maestro velero. Bueno, sin olvidar una segunda cangreja para componer a fondo. Y ningún petifoque^[37], a pesar de contar con un segundo botalón de bauprés. Como nuestras corbetas no lo incorporan se decidió no reponerlo en su momento. Sin embargo, y como único comentario de luces, la arboladura se encuentra en muy buen estado, con perchas de madera excelente. Debemos tener en cuenta que esta unidad no alcanza los diez años de vida. Tan sólo la verga del juanete mayor es de preocupar. Debió ser reforzada por los carpinteros y no disponemos de repuesto. El hecho de que esta corbeta no haya salido de nuestros arsenales y sea de gálibos casi desconocidos es un contratiempo para que nos entreguen velas o maderas del tamaño correcto.

—Ya lo sufrí en un bergantín apresado a los britanos. Para eso están los maestros veleros. ¿Y la cabuyería? Me refiero especialmente a los cables^[38].

—Las jarcias y obenquería en general presentan buen estado. No puedo decir lo mismo de los cables, aunque mucho me duela. De los cuatro que nos corresponden, el de 17 pulgadas se encuentra en muy mal estado y no debemos contar con él. Los dos de 14 pasan revista en trance y uno de ellos ajustado con gorupo^[39]. El de 13 pulgadas también se encuentra fuera de orden. Con el corazón en la mano, no creo que ninguno aguantara un fondeo a la brava. Por otro lado, las cuatro anclas en orden, así como el anclote.

—Necesitamos algún cable en orden de fuerza, que puede ser la garantía de vida de todo buque en la mar. Bueno, creo que ha llegado el momento de pasar a la acción. Reúna a los oficiales en la cámara, que deseo saludarlos. ¿Se encuentran todos a bordo?

—Eso espero.

—¿Eso espera? —el primer bramido saltó de mi boca como andanada sin posible contención—. Con tan escaso personal embarcado debería saber hasta el número de pajes que se encuentran en los beques^[40], largando mierda a la mar.

Por toda respuesta, Fuentes ofreció una mueca difícil de explicar, media sonrisa mezcla de miedo y estupidez, que alteró todavía más mis nervios.

—¡Vamos, segundo, mueva su generoso culo de una putañera vez! En cinco minutos quiero a todos los oficiales en la cámara.

Aquel hombre desencajó el trasero de la silleta tras evidente esfuerzo y salió en tromba con sus vacilantes movimientos. No debía haber sufrido merma de alimentos el muy putorrón, de eso no me cabía duda, con la simple observación de su figura. Pero despotricaba en tripas de la mala estrella por haberme caído en suerte aquel inútil apoltronado y sin sangre, la peor condición que siempre estimé en un oficial en la mar. Fui consciente de que acometía una empresa de lomos duros, pero me juré por todos los Leñanza que descansaban en los camposantos que convertiría aquel bajel, más adecuado para ser usado como falúa destartada por el río Aranjuez, en un buque de guerra de la Real Armada.

* * *

A pesar de los comentarios iniciales recibidos del segundo comandante, no me defraudó el cuadro de oficiales de guerra y mayores que conocí a continuación en su cámara, aunque, es cierto, su número fuera escandalosamente bajo. Pero me propuse olvidar reglamentos y números más propios de épocas doradas para ajustarme al puchero a disposición. Por fortuna, el primero que me entró de frente y a coro fue el alférez de navío, Ignacio de Ibarreche, un vasco corpulento, joven y de aspecto noble que parecía dispuesto a comerse el mundo a dentelladas. También el alférez de fragata, Juan María Ordovás, parecía animoso y con sangre en las venas, cercano a cumplir los veinte años. En cuanto a los oficiales mayores, me agradó en principio el contador, joven, magro de carnes y escasa alzada, muy moreno y despierto. El piloto, un valenciano llamado Federico Carbonell, me

ofrecía algunas dudas a primera vista por su escasa acometividad, aunque sería la mar y el paso del tiempo quien hablara de su aptitud. El pilotín, Enrique Calvi, de momento quedaba en ciernes y a verlo correr.

En cuanto a los oficiales de mar, ese apartado tan importante y crucial a bordo de todo buque en el día a día, comprendí que era necesario de todo punto y a cualquier precio conseguir un buen contramaestre. Sabía que se trataba de una misión complicada, con tanta cañonera en servicio por los caños, pero estimada como una de las empresas fundamentales a acometer. Del resto podía suponer agua y aceite, aunque ninguno desentonara a la mala por voces, salvo el patrón de la lancha, que boceaba al hablar como percherón y mostraba trazas de flojera manifiesta.

Llevé a cabo un recorrido del buque de quilla a perilla, sin dejar tronera al aire, acompañado por los tres oficiales de guerra. Por desgracia pude comprobar con inmenso pesar que el batuburrillo mencionado por el segundo comandante en realidad era un desbarajuste monumental, como jamás había pensado que pudiera existir a bordo de una unidad de la Real Armada. Y ya sobre la marcha, y con voz agria, adelanté las misiones que se debían llevar a cabo de forma inmediata, aunque fuera necesario clavar la espalda de todos los hombres treinta horas al día con el rebenque en la mano. Era necesario limpiar, ordenar, arranchar y una gama elevada de verbos que cubriría un diccionario marítimo hoja por hoja. Sin embargo, me alegró comprobar que los dos oficiales jóvenes se sentían avergonzados ante mis observaciones y dispuestos a la faena, aunque yo me dirigiera al segundo, quien se mantenía con la sonrisa benefactora, como si le hablara de los problemas del buque insignia celestial.

Una vez de regreso en mi cámara, entrada la tarde, me dejé caer en el sillón. La sensación era de inconfundible desaliento y cansancio, más de espíritu que de cuerpo. Sabía que eran muchas las anotaciones grabadas de urgencia en mi cabeza, con algunas de difícil o imposible realización, pero no daba nada por perdido. Okumé preparó, sin palabras de mi parte, un aliño de condumio necesario, porque en verdad no catava una miga desde las primeras horas del alba. Y no mostraba buena cara el africano.

—Es lo único que he encontrado a bordo, señor. Y gracias al vino que embarqué de casa propia y los tocinos obsequio del general Escaño.

—Es lo que menos me importa en estos momentos, aunque te juro que sería capaz de comer un buey de rabo a morro y beber una cuarterola^[41] de vino. Por Satanás y todas las rabizonas sus hijas, que es de orden maligno el trabajo alistado a proa.

—De proa a popa diría yo, señor. No quiero desanimarlo en ningún momento, pero jamás embarcamos en un buque tan..., tan...

—Puedes ser sincero y hablar a las claras. Esto se parece más a una cueva de bandoleros que a una tartana del comercio. Pero lo pondremos en orden, aunque tenga que matar al segundo a puñadas.

—El teniente de fragata Fuentes debe albergar buenas paletillas de cordero en su despensa personal. No parece haber sufrido el hombre sequía alguna de alimentos, con esas carnes en redondo que se abren por su cuerpo —Okumé hacía señas para simular una panza abultada.

—Pero he de comérmelo con gachas amargas quiera o no, porque nadie sería capaz de encontrar un teniente de navío en estos días. Puedes estar seguro de que ese camastrón perderá bastantes arrobas de peso en las próximas jornadas, hasta perder las calzas.

—Una carrera de baquetas cada dos horas por la cubierta le vendría bien.

Me hizo reír la salida de Okumé, a quien pocos detalles se le escapaban.

—La aplaudiría con ganas, aunque no pertenezca al Cuerpo de Batallones. Bueno, resumiendo la triste inspección, nuestra tarea se centra en conseguir víveres, especialmente salazón de carne y pescado con suficiente calidad, vino, pintura, alquitrán, velas y maderas de repuesto, aunque hayan sido manufacturadas con los gálibos de un tres puentes, un cable de garantía y alguna jarra de pólvora. Soy consciente de que algunas de esas premisas son imposibles de ley, pero es de obligación intentarlo al menos. En cuanto al personal, ofrecería mi alma al diablo por un guardiamarina de sangre viva, un buen contramaestre y un sangrador. También sueño con algún marinero auténtico, pero no debemos creer en los milagros santeros. Y conste que esta relación es para quedar al límite inferior e inexcusable de las necesidades. Para desanimar el alma, todo ello debo conseguirlo en el plazo de una semana o dos como máximo.

—¿Cuándo deberemos abandonar Cádiz?

—No lo sé con exactitud. Por cierto, Okumé, prepara mi mejor uniforme, de forma que chorree en brillantes. Lo primero que debo hacer es presentarme al britano, ese capitán de navío Traylor, y que me explique con detalle la misión a realizar, así como la fecha prevista de salida a la mar. Se trata de un detalle imprescindible para programar nuestro trabajo.

—¿Le ha avisado de su visita? —Okumé no perdía detalle alguno.

—Ya sé que debería haberlo hecho, pero no tenemos tiempo ni puedo perderlo. Seguro que lo comprenderá al escuchar mi situación. Mañana he de lanzarme al mundo y dejarme comer las entrañas si es necesario.

—Por supuesto, señor. Me gustaría solicitarle, como otras veces, que me autorice, si a bien lo tiene, a..., que me autorice a...

—Deja los titubeos, Okumé, que nos conocemos desde niños. No podemos perder un segundo. Si quieres patronear la lancha, como supongo estás macerando en la cabeza, no se me había ocurrido que lo hiciera otro, aunque moleste a ese patrón que tan escasa confianza me inspira.

—Muchas gracias, señor.

De esta forma, media hora después, vistiendo mi mejor casaca, con el ánimo abatido hasta la sentina y Okumé a la caña de la lancha, nos separábamos de la corbeta para aproar en demanda de la fragata *Diomede*, cuya exacta localización desconocía. Aunque debían haber intentado una acción extrema y rápida, todavía las bancadas de la pequeña embarcación mostraban claros signos de desidia que me avergonzaban, especialmente cuando me dirigía hacia un buque de otra nación. Pero ya la piedra del molino había rodado suficiente en surcos, con lo que pocas cualidades negativas me espantaban. Como el viento se mostraba contrario, fue necesario recurrir a la boga, actividad en la que tampoco mostraba el personal especial maestría. Para suerte de mis hombres, había acertado Uriortúa de lleno, porque una vez alcanzada la punta del Roedero en el caño de La Carraca, en la misma salida del caño de Puerto Real divisé tres fragatas británicas fondeadas. Y como en una de ellas ondeaba el gallardete de comodoro no lo dudé y ordené aproar hacia ella.

Acerté en este primer intento, porque al entrar de popa a la fragata para atracar su portalón pudimos leer su nombre, *Diomede*, labrado con gruesas letras amarillas en el coronamiento. Sin dudarlo un segundo trepé con agilidad por la escala, para enfrentar a un joven oficial que me rendía honores con guardia en línea. Y sólo tuve que dar un ligero vistazo a la cubierta del buque inglés para comprender que en aquellos días nos separaban siglos de distancia con la Royal Navy, una Marina con la que habíamos luchado en brega diaria y en tuteo pocos años atrás. Pedí ser conducido ante el capitán de navío Traylor, comandante de la fragata y, como suponía, comodoro de la fuerza expedicionaria.

Aunque esperaba encontrar un hombre joven, me causó extrañeza comprobar que el comandante britano tejía canas y arrugas por más, posiblemente cercano a la cincuentena, si no la había traspuesto. Su exquisita deferencia fue de agradecer desde el primer momento. Me invitó en su cámara a una copa de vino portugués, dulzón pero agradable, comentando en principio la marcha de la guerra como dos buenos amigos. Utilizamos su

idioma desde el primer momento, por pura necesidad, aunque intentara exponer algunas palabras españolas en cortesía.

—Habla usted muy bien mi idioma, comandante Leñanza, condición que me alegra. ¿Algún familiar británico?

—Ninguno. Aprendí su lengua durante mi alargada estancia en Gosport, cuando llegué al Reino Unido en una de las fragatas apresadas, tras el inesperado combate sufrido cerca del cabo de Santa María.

—Recuerdo aquel trance, del que mucho se habló. Y debo confesar que no fue una acción de la que sentirse orgulloso.

—Es historia pasada.

—En efecto, y ahora debemos derrotar a los franceses. Ya sé que han asignado su corbeta para la expedición que he de comandar. En principio es sencilla y de escasa duración, si la mar no dicta órdenes a la contra. Deberemos transportar un regimiento portugués, aunque sería más real decir lo que de él queda, porque anda muy reducido tras las acciones en las que ha tomado parte. Pero les gusta mantener ese nombre. Si le es posible, me gustaría que embarcara en su buque unos cien o ciento cincuenta hombres.

—¿Ciento cincuenta hombres? —mi sorpresa inicial se debía a que en principio se trataba de una cantidad excesiva para una corbeta. Sin embargo, también era cierto que las circunstancias de la *Mosca* se presentaban un tanto especiales—. Bueno, la verdad, dadas las negativas condiciones actuales, es que como debo navegar con escasa dotación, poco más de 80 hombres, habrá sitio para ellos y algunos más, llegado el caso. Porque según tengo entendido deberemos arrumbar hacia las islas Azores.

—Así es. Según algunos informes recibidos los franceses quieren dar un golpe de mano en una de las islas de dicho archipiélago y asentar en ella corsarios, aunque sean buques de su propia Marina, esa que llaman Imperial, y no sean capaces de sacar la cara de sus puertos. Parece más cuestión de orgullo que otra cosa. Le adelanto que concuerdo con el general Álava y no creo en tal operación, con el estado actual de las fuerzas marítimas de ese Bonaparte autotitulado como emperador —utilizó un tono de claro desprecio en sus palabras—. Pero nuestros aliados portugueses andan preocupados y les debemos este favor. Mi intención era desembarcarlos en Punta Delgada, que es un puerto de acceso adecuado y nos toma más cerca. Pero el oficial portugués al mando solicita que lo sean en la isla Terceira, porque de esa forma les será más sencillo pasar a cualquier punto del archipiélago si es necesario.

—En ese caso, deberemos navegar cerca de dos mil millas y con época invernal.

—En efecto —el oficial inglés rellenó las copas, al tiempo que su rostro se mostraba extremadamente amistoso—. Mire, comandante Leñanza, llevo algunos meses en estas aguas y me encuentro al corriente de sus penurias, si me permite expresarlo así con entera sinceridad. No conozco su corbeta al detalle, aunque la he visto a corta distancia desde mi falúa. Comprendo su preocupación de navegar en la situación que sufre, con tan escasa dotación y medios precarios. Soy consciente de que atraviesan ustedes un momento muy difícil en su Real Armada, como en toda la nación. Por esa razón y en la confianza que nos permite el ser aliados por una parte, pero, más importante, compañeros de mar, espero que no tome a mal si le ofrezco mi ayuda. Quiero decir que si le falta algún elemento imprescindible para navegar con cierta seguridad y no es capaz de conseguirlo en su arsenal puede decírmelo sin tapujos y cara a cara. No sería la primera vez en mi caso.

—Ya que vamos a colaborar y quedo bajo su mando en esta comisión, creo que es mi deber informarle de mi situación real. Hoy mismo he tomado el mando. Mi dotación es muy reducida y escasa de adiestramiento. La estructura del buque muy deficiente a la vista. Pero estimo que podremos navegar con ciertas garantías, aunque por el estado del casco se reduzca el andar habitual de estas unidades. Buscaré como sea lo que considero indispensable, pero hay un aspecto concreto que, estoy seguro, me será imposible. Me refiero a un cable de garantía para las anclas, ya que los cuatro a bordo no aguantarían un fondeo de fuerza. También me preocupa la alimentación de esos más de cien hombres que he de embarcar, porque en verdad dispongo de víveres para seis semanas, pensando en poco más de 80 hombres. Intentaré aumentarlos, pero no puedo asegurar que lo consiga en el grado necesario.

Traylor pareció dudar unos segundos, aunque respondió con decisión.

—Cuenta con un cable en perfecto estado y posiblemente otro de media vida. También me encargaré de los víveres, dentro de mis posibilidades, porque no ha de alimentar a los portugueses en su situación. Aunque pierda un par de nudos, esa corbeta parece fina de líneas y estimo que podríamos alcanzar la isla Terceira en menos de diez días, si los dioses de los vientos y la mar no se vienen contra nosotros. Una vez doblado San Vicente, debemos esperar vientos del cuarto o primer cuadrante, aunque me inclino más por el segundo caso, lo que sería de agradecer. Bueno, como ustedes dicen, Dios

propone y la mar dispone. De todas formas, llegada la ocasión nos tendrá a su lado, puede estar seguro.

—¿Cuándo deberemos abandonar la bahía? Le pido que en lo posible la partida no sea muy precipitada. Como le decía, he de llevar a cabo algunas gestiones en tierra sobre personal y material, que en las condiciones actuales no serán fáciles. Y quiero organizar bien a la dotación, de acuerdo a un plan de combate sin elaborar. También desearía disfrutar de algunos días para llevar a cabo un mínimo adiestramiento.

—El coronel portugués deseaba salir de inmediato, con la habitual impaciencia que suele acometerle. Pero lo calmaré sin mayores problemas. Tenga en cuenta que es hombre de tierra y sabe poco de las cosas de la mar. Creo que puedo conseguirle dos semanas, tres a lo máximo. Lo sabrá porque seguiremos en contacto.

—Como hablamos con entera confianza, le aseguro que cada día que consiga de retraso en la salida puede ser un mundo para mí.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, siento no poder presentarle al capitán de fragata MacLeod, pero no se encuentra a bordo de su buque, la fragata *Arethusa*, que será quien nos acompañe en la comisión.

—Soy yo quien debería disculparse, señor, por no haberle enviado petición de visita con suficiente antelación. Pero necesitaba estos datos que me ha ofrecido con extrema urgencia para poder programar el trabajo a bordo.

—No se preocupe, lo comprendo y queda todo en orden. Si le parece, le invitaré a cenar la semana próxima para que conozca a MacLeod y podamos charlar los tres. Así le será posible informarme del curso de sus gestiones.

—Estaré encantado por mi parte.

El comodoro me despidió en la meseta del portalón con todos los honores de ordenanza, que los britanos no pierden ni una sola letra de su ceremonial marítimo aunque sufran temporal de orden. Y ya debo señalar que, como me sucedió a lo largo de los siguientes años, siempre sentí una sana envidia por la Royal Navy y sus hombres, tanto por el extraordinario funcionamiento de sus unidades en la mar como su vida y rutina de trabajo a bordo. Era de admirar el acierto de las autoridades britanas para comprender que en su fuerza naval residía casi todo el poder a desplegar por la Gran Bretaña en el mundo. Pero en verdad que aquella primera conversación con el comodoro Traylor me dejó un regusto dulce. Porque después de todo, sean de una nación u otra, los hombres de mar hablan el mismo lenguaje y pueden considerarse como verdaderos compañeros. La mar es dura y los que dedican su vida a intentar domeñarla tienen un alma de muy parecidas cualidades.

La conversación a bordo de la fragata *Diomedea* y el generoso vino trasegado en compañía del inglés obraron medio milagro, al punto de que cuando la lancha se acoderaba al portalón de la *Mosca* me pareció encontrar detalles hermosos en aquella corbeta que quedaba bajo mi mando. Repasé a la vista sus 112 pies de eslora^[42], imaginándola recién pintada y navegando a un largo por el océano con las alas desplegadas. Pero ya se sabe que los hombres de mar son mudadizos de espíritu, al igual que el medio en el que se mueven, como cortesanas engolfadas en lecho de seda. Me esperaba una tarea de las que se suelen regalar al enemigo en bandeja de plata, pero siempre gusté de asumir los retos de orden, una situación que aviva nuestro ánimo como el aceite al fuego.

9. Sudor y penas

Aunque he sufrido periodos en mi carrera profesional con jornadas de trabajo extenuantes, entre ellas las vividas al lado del general Escaño durante muchos meses, no creo errar si califico aquella primera semana a bordo de la corbeta *Mosca* como la de mayor agotamiento físico y mental. En lugar preferente me afectaba muy por largo la condición de comandante, porque no es igual laborar a la orden de un jefe exigente, ya sea en la mar o en tierra, que ser la cabeza única y responsable de la faena. Además, mi actividad se veía aparejada a un nerviosismo acelerador de emociones e ideas, como si me sintiera sujeto a un calendario de imposiciones que no sería capaz de cumplir. No obstante, también es cierto que son esos periodos de la vida los que más añoramos al abandonar la juventud para entrar en la pendiente de los recuerdos. Aunque no seamos capaces de calibrarlo en su momento, tras la niebla del inquieto acaloramiento se esconde una especial sensación de gozo y satisfacción, esas especias que todo aumento necesita para agradar al paladar.

Antes de pasar a exponer aquellas dos semanas de febril actividad, he de comentar un suceso acaecido a bordo de indudable trascendencia, que modificó el escenario establecido en un alto porcentaje. Cuando regresaba a mi corbeta tras la entrevista mantenida con el comodoro inglés, abatido de carnes pero embargado con ciertos aires de esperanza, me aguardaba en la meseta con rostro de alarma el alférez de navío Ibarreche. Pasó a informarme con rapidez de un accidente sufrido a bordo de notable importancia, que en verdad presentó relevantes consecuencias posteriores.

El segundo comandante, ese mofletudo personaje que calentara mi sangre a borbotones en los primeros momentos, había caído por la escotilla de proa como fardo sin retenida. Según pude entresacar de las diferentes opiniones, el barrigudo inoperante no sólo era dado a atacar viandas en abundancia sino que solía dedicar gustosa predilección por los caldos generosos, especialmente aguardientes de cualquier tipo o procedencia. Como triste

colofón, aquella mezcla de vapores alcohólicos e inestabilidad corporal lo había lanzado cubierta abajo hacia las tinieblas, apreciándose a la vista con claridad las dos piernas descoyuntadas en tenebroso amasijo de sangre y huesos. Sin nadie a bordo capaz de entablar con seriedad una primera cura, consideré necesario evacuarlo con urgencia al Real Hospital de Marina, aunque para ello fuera necesario descenderlo con una cabria de cañones hasta la lancha.

Observé desde el portalón cómo se alejaba el pobre teniente de navío Martín Fuentes, arrugado de mente entre quejidos dolorosos, una escena poco acorde con la conducta a demostrar en todo momento por un oficial de guerra, aunque se tratara de visión capaz de apenar cualquier alma. Pero si les hablo con absoluta sinceridad, aunque peque a conciencia de abierta maldad, puedo jurar que poco sentí en mis adentros aquel descalabro, pensando, eso sí, en el bien del servicio a bordo y no el sufrimiento que jamás deseé a persona alguna. La única variación producida por el accidente se ceñía a que la lista de personal, cuyo embarque debía gestionar con rapidez, se veía engrosada con un teniente de navío o fragata para el destino de segundo comandante.

No debía ser trabajo difícil aquel relevo en particular, convencido como estaba que cualquiera de los oficiales existentes en la provincia mejoraría el trabajo de aquel borrachuzo bobalicón e incapaz que me había tocado en suerte. Bien es cierto que, como mencionaba Okumé a la baja, debíamos compadecernos de un ser humano en tan doloroso trance, porque con aquellas roturas de huesos abiertas a luz era posible que el pobre quedara inválido de por vida. De todas formas, me reafirmo en que su pérdida presentaba una clara ventaja para la corbeta *Mosca* y por lo tanto para la Armada.

Eran muchos los focos a atacar y me dediqué a la faena desde el primer día, con las tenues luces del crepúsculo. Entre los sueños de la noche había establecido en mi cerebro las posibles ayudas a disposición, esos atajos más o menos legales tan necesarios en cualquier actividad profesional, e imprescindibles si tenemos en cuenta los momentos de terrorífica escasez que atravesábamos en la Armada. Sin que pueda parecer exacerbado egoísmo, todo comandante de buque ha de pensar en su unidad por encima de cualquier otra consideración, aislando la mente de otros problemas y pensando día y noche en ese ser de madera y clavazón que debe dominar. Para conseguir las metas trazadas, comencé por enviar al contador de caza libre por el arsenal, incluida misión de ruegos y plegarias a lo pobre, dedicado especialmente a las necesidades de víveres, pintura, alquitrán, pólvora y pertrechos. Bien es cierto que poco esperaba de sus gestiones, dada su juventud y bisoñez. No obstante

era consciente de que la faena principal caía sobre mis hombros de forma directa.

Como no debía olvidar un aspecto fundamental, quizás la guinda del meollo, requerí de los dos oficiales de guerra, Ibarreche y Ordovás, un plan de acción inmediata para alistar la corbeta como era debido, en el menor tiempo posible. Y para satisfacción propia comprobé que recibían aquel aluvión de órdenes y directrices con alegre semblante, a pesar del tono agrio empleado, como si por fin se vieran guiados por una mano firme en la dirección adecuada. Era necesario atacar la faena en la corbeta de sol a sol, aunque se escucharan protestas en coros de mil y algún hombre reventara las tripas en el empeño. De esta forma ajustamos el plan de combate, distribuyendo el escaso personal para poder cubrir los puestos de vital importancia a bordo, tanto en maniobra como zafarrancho de muerte. Además era faena perentoria limpiar, estibar, arrancar, revisar y reparar todas las anomalías que a la vista se presentaban, más aquellas otras ocultas pero en negativa conjunción con las faenas de a bordo. El fin último y esencial era transformar la corbeta *Mosca* en redondo, hasta cobrar el aspecto que todo buque de la Armada debía ofrecer día a día, así como poder salir a la mar con unas mínimas condiciones de garantía y seguridad.

Una vez ajustado el trabajo a bordo, que no era moscarda de alas cortas, me tracé con claridad el camino para conseguir, o intentarlo al menos, aquel conjunto de elementos imprescindibles antes de atacar la primera salida a la mar. Era necesario girar visita de petición a la mayoría general, desde luego, así como a la comandancia general del arsenal, pero como la situación casi desesperada lo requería, recordando lo que tantos generales y comandantes con hacienda propia habían llevado a cabo en momentos parecidos, decidí que también era llegada la ocasión de recurrir a medidas extraordinarias. Y como tal entendía una entrevista con don Benito de la Piedra, el adinerado banquero, comerciante y suministrador, pensando utilizar pasados favores y mi propio patrimonio para la empresa, una idea que rondaba por mi cabeza desde los iniciales momentos vividos en la corbeta.

La primera entrevista trazada con el mayor general de la escuadra no fue de las que podemos calificar como venturosas. Tras una ligera charla con el capitán de navío Uriortúa, a quien expuse el escaso tiempo a disposición y las prisas que me aquejaban para reducir su propensión a la parla, conseguí ser recibido por el brigadier Francisco Somoza en su despacho de la mayoría. Y no parecía aquel espigado cántabro dispuesto a concederme más que unos pocos segundos, conducta comprensible con toda la faena que caía sobre sus

hombros, aunque poco agradara a quien como yo considerara a la corbeta *Mosca* como el centro mismo del universo. Tras presentarme ante su autoridad con la cortesía que marca la ordenanza, y antes de que pudiera atacar los temas enhebrados a la rápida en mi cabeza, me largaba una pregunta a soplo de luces.

—¿Cuándo sale a la mar, Leñanza?

—Pues no lo sé todavía con exactitud, señor. Visité ayer tarde, nada más tomar el mando, al comodoro Traylor, comandante de la división de transporte, para conocer algunos detalles de la comisión, siguiendo la recomendación ofrecida por el comandante general de la escuadra. Como el inglés no había tomado una decisión, aunque calculaba de forma aproximada la partida para dentro de un par de semanas, le solicité si era posible algunos días más para poner al día..., para intentar...

—No necesita dar rodeos conmigo, Leñanza, ni tiempo disponemos para ello. Sé perfectamente que la situación a bordo de la *Mosca* es deplorable, tanto de material como de personal. No es un destino de los engarzados en oro, aunque sea un mando en la mar y esas unidades tomen las olas con alegría. Pero en parecidas condiciones se mueve todo buque por estos días. Y no crea que defiendo la postura, como muchos, de que la fuerza sutil en los caños y la defensa de la isla gaditana es la única meta que debe centrar nuestros esfuerzos. Por supuesto que se trata de un objetivo vital impedir la invasión del que puede llegar a ser el último reducto español en libertad, pero de poco ha de servir si nuestros buques no son capaces de navegar con un mínimo de garantías y llevar a cabo las misiones que sin ellas harían imposible la principal. Pero ya le adelanto que todas las peticiones que estoy seguro alberga bien aparejadas en su mollera quedarán como pliegos escritos en el agua. Sencillamente, los almacenes del arsenal se encuentran como si hubieran pasado por ellos una horda de rufianes sin control. Y no es solución que podamos reparar en bastantes meses, según me temo.

—Ya lo supongo, señor. No pretendo elevar una lista de solicitudes, como habría sido normal en épocas pasadas, porque soy consciente de la difícil situación que atravesamos. Pero como decíais los buques deben salir a la mar con un mínimo de garantías y me refiero tan sólo a las de pura navegación, sin contar que el personal ha de comer y beber para subsistir. Siguiendo la sugerencia del general Álava ya comenté sin rubor al comodoro britano algunas de las necesidades más perentorias a bordo.

—Bien hecho. Es una de las soluciones habituales con mayores esperanzas.

—Desde luego. Me prometió un cable de confianza e intentará auxiliarme en el importante apartado de los víveres, de los que me encuentro casi a cero, teniendo en cuenta que he de embarcar unos 150 hombres del regimiento portugués. Pero sí deseo comunicarle, dada su importancia, que ayer evacué al hospital con urgencia al segundo comandante, teniente de navío Fuentes, con graves roturas de huesos y pesimista futuro.

—Lo siento por él, aunque no lo conozca.

—La verdad, señor, es que no hemos perdido mucho, dada su manifiesta incapacidad. Tan sólo dispongo a bordo de un alférez de navío y un alférez de fragata, ambos jóvenes y con escaso bagaje profesional. Considero prioritario el embarque de otro oficial de guerra, así como de un sangrador, ya que no disponemos de cirujano. Por último, suspiro por un segundo contraestre, que como bien sabe es media vida a bordo y también desembarcó tras la última comisión a Canarias. Un buque no puede navegar sin contraestre, señor. Asimismo —aceleraba el parloteo porque observaba al mayor general deseando cortar mi letanía—, con sólo observar el casco de la corbeta a la milla se comprende como desdoro manifiesto que navegue bajo nuestro pabellón unidad en tan lamentable estado, sin una mínima capa de pintura. Pero también es de la máxima necesidad disponer de algunos toneletes de brea, pólvora, cabuyería de...

—Por favor, Leñanza, no perdamos tiempo en campanas de sueños o dulces quimeras —el brigadier Somoza se permitió una condescendiente sonrisa—. Me alegro de que haya conseguido el cable para las anclas, que no se lo podríamos haber suministrado y es vital para su seguridad. En cuanto a los víveres, se le suministrará lo que se pueda, que será poco y de baja calidad. Debe exigir a los britanos y portugueses su cuota, porque ellos son los responsables de esta comisión. En cuanto a brea, pólvora, pintura y esas materias tan importantes, no creo que se le puedan embarcar más que tandas de misericordia, porque sencillamente no hay de dónde sacar. No debemos olvidar que la comisión al archipiélago de las Azores debe ser sencilla, según creo a la isla de San Miguel y regreso, razón por la que se asignó a la corbeta *Mosca*.

—Perdone, señor, pero la navegación prevista es a la isla Tercera.

—¿A la Tercera? Entendía que tomarían Punta Delgada para el desembarco de las tropas. Pero, bueno, no deben presentarse complicaciones y navegará en conserva con los britanos.

—Es posible que dependiendo de los vientos debamos navegar cerca de las dos mil millas, en una estación poco propicia, señor. Y un temporal de

orden puede aparecer cuando los dioses así lo designen. Además, se comenta la presencia de corsarios franceses...

—Unas pocas unidades, de porte no superior a fragatas, según tengo entendido. Con la compañía britana no se deben presentar problemas importantes. Ya supongo los pensamientos que navegan por su cabeza, de que en la mar todo es posible, lo que es cierto como verdad de ley. Pero no sigamos revolviendo la madeja, cuando el chicote^[43] se encuentra más allá del horizonte. Como le decía, recibirá esta misma semana lo que podemos conseguir, que será, repito, poco o muy poco. Un material que posiblemente habríamos rechazado hace algunos años. Y puede darse por satisfecho de que no se le requisa un porcentaje de su armamento portátil, aspecto en el que estamos trabajando ahora mismo. Se necesita para los que defienden Cádiz de los gabachos.

—En ese apartado estamos al mínimo, señor, y no le exagero una mota.

—Ya lo sé. Bueno, se libraré en esta ocasión. En cuanto a la escasez de pólvora, ni una onza disponible, aunque se la pida al comandante general o a todos los miembros del Consejo de Regencia. Solicítela a los britanos, que la tienen en abundancia. Veo por su cara —volvió a sonreír, ahora con evidente desgana— que estima un tanto vergonzosa esta postura, pero así es aunque nos sonroje.

—Bueno, señor...

—Mire, Leñanza —la voz del brigadier caía en tono de tristeza—, ha sido tanta la ignominia sufrida en los últimos años de proa a popa que deberíamos habernos acostumbrado, aunque no seamos culpables en la Armada. Pero volviendo a sus pretensiones y en el apartado concreto del personal, puede olvidarse de cobrar un teniente de navío o fragata, sencillamente porque no los hay disponibles ni en doscientas leguas a la redonda. Pero debe tener en cuenta que no sufre discriminación alguna, y le hablo con sinceridad. Es cierto que otras corbetas navegan con el comandante y dos oficiales solamente. El sangrador pídale al Real Hospital, por si le cae alguna breva madura en el sorteo, cosa que dudo porque es mucha la faena de sangre en estos días. Comprendo la necesidad perentoria del contraamaestre que le han desembarcado. Busque algún voluntario por el arsenal, en navíos o fragatas de los que no se encuentren listos para comisión y entrégueme el nombre con cierta discreción. Lo intentaré, pero sin promesa añadida. Y creo que esto es todo. Comuníqueme la fecha exacta de la salida a través de algún oficial de la mayoría, quedando dispensado de la formal revista de salida y de asistir al

relevo del comandante general de la escuadra, ceremonia que debe producirse en los próximos días. No disponemos de tiempo.

—¿Cambio de comandante general ha dicho, señor? Nada sabía.

—Tomará el mando el teniente general don Juan María de Villavicencio. Pero, como le digo, ocúpese de su corbeta y quede a las órdenes del comodoro inglés. No dispondrá de un segundo para otros cometidos.

Mucho me alegraba escuchar aquella noticia. Precisamente había sido el general Villavicencio quien me alistara el bergantín *Penélope* en el arsenal de La Habana, cuando llegara a él desplumado por el huracán que nos barrió a muerte. Pero mis pensamientos se centraban ahora en otra dirección y aunque parecía que con aquellas palabras el mayor general daba por cancelada la conversación intenté una última plegaria.

—¿Cree que sería posible el concurso de algún guardiamarina, señor? Siempre se recomendó...

—Por favor, Leñanza, no me venga con antiguas disposiciones que hoy en día vuelan por los aires. Acuda al Cuartel de Guardiamarinas o a la Academia, por si le resuelven el problema. Pero debe estar al corriente de que ha sido su anterior jefe, el general Escaño, quien ha dispuesto que no embarquen aquellos guardiamarinas que no dispongan de una mínima formación. Y conste que concuerdo plenamente con dicha disposición.

—Muy bien, señor. Le agradezco sus recomendaciones.

—Buena suerte en la pesca, Leñanza. Sé perfectamente lo que siente, pero también espero que comprenda la situación que atravesamos. Y que Nuestra Señora del Rosario le acompañe en la mar.

—Muchas gracias, señor.

Abandoné el gabinete del mayor general con el alma encastrada en los talones, como es fácil imaginar. Y aunque no deseaba entablar conversación con el capitán de navío Uriortúa, al intentar despedirme con cierta premura me tomó por el brazo a la banda y, sin posible remedio, debí repetir en conciso la conversación mantenida con el brigadier Somoza.

—No se preocupe, amigo mío, que siempre la mar aligera los malos pensamientos. De todas formas y en honor a nuestra vieja amistad, intentaré echarle un cable de remolque. De todas esas penas de las que me habla, estimo la falta del contramaestre como primera y fundamental. De los trece oficiales de mar que me corresponden en la plantilla de este navío de tres puentes con la cualificación de contramaestres y guardianes, dispongo en la actualidad de seis solamente. Pero hay un buen contramaestre segundo que está deseando navegar. Como el comandante se encuentra en baja por

enfermedad y no regresará hasta dentro de algunas semanas, daré ese nombre a la mayoría general. Después de todo este buque no abandonará la bahía en bastante tiempo.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor —sentí una inmensa alegría, porque en verdad era la primera buena nueva que recibía en aquel día negro—. No exagero si le digo que me devuelve un soplo de vida en momentos de muy baja moral.

—Vamos, no es para tanto. Estoy seguro de que saldrá avante, como tantas otras veces. Debemos comprender las penurias de los que se juegan los bigotes sobre las olas. Bien es cierto que otros se los juegan en tierra, como el pobre general Vargas.

—¿Se refiere al jefe de escuadra don José de Vargas Vareaz y Vargas, que mandaba el navío *San Ildefonso* en el combate de Trafalgar?

—El mismo. Era capitán general interino del departamento marítimo en Ferrol. Fue asesinado hace pocos días. Acabo de tener conocimiento por una balandra recién arribada a Cádiz y he de pasarle la mala nueva a nuestro general.

—¿Asesinado? ¿Por quién?

—Según me ha comentado el comandante de esa balandra, en Ferrol se malvivía en la mayor necesidad, un departamento casi olvidado desde que se librara de los enemigos franceses. Ya se sabe que el hambre es mala consejera en todo tiempo y ocasión. Como el general Vargas se encontraba mal de salud había sido relevado para atender su curación aquí en Cádiz. Pero no tuvo tiempo el pobre. Hace pocos días, en base a la infundada calumnia de que Vargas escondía dinero y se negaba a extender las pagas al personal de la maestranza del arsenal, el pueblo ferrolano se amotinó. La turba acabó por asaltar la Comandancia General. Vargas fue golpeado entre muchas manos y sacado por la puerta del dique. Una vez en la Alameda, siguieron ensañándose con él hasta darle muerte. Fue arrastrado por las calles entre gritos, hasta llegar al Esteyro, quedando expuesto su cadáver en la galería del intendente.

—Parece que esos cafres han querido emular las barbaridades cometidas en Cartagena y Cádiz.

—Así parece, amigo mío, por triste que sea. Aunque muchos cierren los ojos o miren a sotavento, nos encontramos en un periodo revolucionario, que si no conseguimos encauzar devorará las tripas a todos. Según se comenta, en Ferrol tan sólo aparece el hambre, los estragos, los lamentos y las ruinas, aunque sea situación pareja a la de casi toda España. Y allí se encuentra nuestro más poderoso arsenal, que si Dios no lo remedia volverá a caer en

manos francesas —Uriortúa hizo un gesto de pesadumbre con su cabeza, antes de mostrar una triste sonrisa—. Bueno, Leñanza, a usted en estos momentos sólo debe preocuparle su corbeta.

—En efecto. De todas formas, señor, mucho duelen estas noticias. Conocí al general Vargas pocos días antes del famoso combate a bordo del buque insignia. Pobre hombre.

—Que Dios lo tenga en su gloria. Siga avante, Leñanza. Continúe la caza, por si le cae alguna otra pieza en el morral.

—Así lo haré, señor. Y le repito mi agradecimiento.

—Buena suerte.

De esta forma desembarqué del navío *Príncipe de Asturias*, buque insignia de nuestra escuadra, alentado por este último viento favorable pero con muchas interrogantes en la cabeza. Sin embargo, para aliviar los miasmas cerebrales, me repetí que todavía restaban algunas bazas por jugar. Y para continuar la faena a ritmo de bombardas recorrí el arsenal de porta a cantil como guardiamarina en periodo de formación, aunque después de varias horas los resultados fueran de imponente tristeza. El comandante general del establecimiento me ofreció en unos pocos segundos una larga cambiada, sin sustancia para echar al colete. Y los comisarios a los que entregué razonadas súplicas, algunos de vieja amistad, alegaban incapacidad absoluta, salvo alguna migaja de limosna que tomaba sin rechistar.

La verdad es que aparte la guinda ofrecida por Uriortúa sobre el contramaestre, no navegaba la empresa con vientos bonancibles, ni mucho menos. No obstante, pareció que la situación mejoraba unas cuartas cuando acudí al Real Hospital, donde en la misma puerta del establecimiento me favoreció la suerte al encontrarme de cara con quien ejercía como director, el cirujano don Fermín Nadal. No podía olvidar que en sus manos había perdido la vida mi padre tras el combate de Trafalgar, a bordo del navío *Príncipe de Asturias*, donde ejercía como cirujano mayor de la escuadra, cuando intentaba detener la sangría de su pierna. Pero semanas después, ya como ayudante del general Escaño, seguí día a día la enfermedad de don Federico Gravina, cuya responsabilidad había quedado en las manos de quien se consideraba como el primer galeno de la Armada. Habíamos pasado por momentos de esperanza, antes de asistir al fallecimiento del afamado personaje. Y mucho había sufrido el pobre don Fermín con aquellas largas y complicadas intervenciones, en las que la vida del capitán general se le escapaba de sus manos. Me reconoció al instante, acudiendo a saludarme con su amabilidad y franqueza habitual.

—¡Don Santiago de Leñanza en persona! Mucho me alegro de verle, amigo mío, después de tanto tiempo. Y ya veo que ostenta unas merecidas vueltas^[44] de capitán de fragata en la bocamanga.

—La alegría es mutua, señor. Parece que no pasa el tiempo por usted.

—Pasa más rápido de lo que parece. ¿Llega para visitar algún compañero? ¿Requiere alguna cuestión sanitaria el general Escaño, nuestro regente?

—Ya no cumplo destino de ayudante del general, señor. Ayer tomé el mando de la corbeta *Mosca*.

—¿Corbeta *Mosca*? —sonreía, divertido—. Debo reconocer que nunca comprendí los extraños motivos que llevan a las autoridades navales para plantar en la popa de nuestros barcos nombres tan extraños.

—No había pensado en tal detalle, señor, pero creo que tiene toda la razón.

—¿Sabe una cosa, Leñanza? Con el paso del tiempo se parece más a su padre, cuyo recuerdo todavía guardo bien dentro. Son muchos los hombres que han perdido la vida bajo mis cuidados, pero pocas veces he sufrido tanto como aquella tarde, tras la terrible operación que le costó la vida a un personaje de su talla.

—Le agradezco sus palabras. Pero también sufrió penosos momentos con la alargada enfermedad del capitán general don Federico Gravina, señor. Todavía lo recuerdo sudando, tras arrancarle aquellas astillas huesosas del codo y las hemorragias que tanto le costaba cortar.

—No lo repita siquiera, por favor —hizo un ademán con sus manos, como si deseara apartar perniciosas ideas de su cabeza—, que tales escenas conforman una de mis más recurrentes pesadillas. Fueron días terribles. Pero, bueno, regresando al presente, espero que no sufra enfermedad alguna.

—Por fortuna mantengo el aparejo en dulce, señor, y me refiero sólo al del cuerpo, que esa *Mosca* bajo mi mando es cosa bien distinta. Deseaba interesarme por la salud de quien era hasta ayer el segundo comandante de mi corbeta, teniente de navío Martín Fuentes, desembarcado con urgencia y huesos descoyuntados a la vista —mentí con firmeza, intentando improvisar en redondo.

—¿Fuentes? —el cirujano intentaba recordar—. Creo que sé de quién me habla. ¿Un hombre grueso como tonel?

—El mismo.

—Esta misma mañana ha sido intervenido, con muy malas perspectivas para el futuro. Quedará inválido con seguridad y no podrá regresar al servicio

activo. Y mucho debe agradecer a los cielos por no haber perdido ninguna de las piernas... de momento. Ha de buscarse un relevo sin remedio.

—Eso me temía. Y ya me han comunicado que se trata de cuestión imposible en estos días. No me persigue la buena suerte con este mando. Por desgracia, dispongo de poco tiempo, porque he de salir a la mar en dos semanas. Por cierto, señor, ya que he tenido la suerte de encontrarle, y si me permite abordarle al gatillo, desearía pedirle un favor de la máxima importancia.

—Si está en mi mano, cuente con ello. ¿Necesita medicamentos para su enfermería? Andamos muy escasos pero alguna loneta podré agenciarle.

—A bordo de la *Mosca* nos falta hasta el aire para respirar. En cuanto a la enfermería, se encuentra casi a cero de ungüentos. Nos será de gran alivio lo que pueda conseguirnos. Pero con toda sinceridad, el mayor problema es el del personal. Navegaré con dos oficiales de guerra solamente, pero considero más importante la pérdida del cirujano, desembarcado hace un par de meses y sin posible relevo.

—Mucho siento decirlo, pero no puedo ayudarle en ese aspecto. Somos pocos en el cuerpo y es mucha la faena que se nos abre en estos días, con combates diarios por mar y tierra. Se ordenó desembarcar el mayor número posible de todas las unidades. No debería navegar un buque de ese porte sin cirujano, por supuesto, pero mandan las extraordinarias circunstancias que sufrimos.

—Estoy al corriente, señor. Pero comprenderá que es necesario disponer de un sangrador al menos. Ayer, por ejemplo, tras el accidente del segundo comandante, nadie pudo hacerle una primera cura de urgencia. Esa es la petición que deseaba elevarle.

—¿Navega sin cirujano ni sangrador? Comprendo que es una situación penosa que no se debería consentir. Pero vivimos tiempos de clara excepción. También escasean los de ese oficio —quedó pensativo, como si llevara a cabo un recuento mental—. Bueno, Leñanza, creo que podré ayudarle en ese aspecto, siempre que encuentre alguno voluntario. ¿Cuándo sale a la mar? ¿Se trata de comisión a las Indias?

—No, señor. Tan sólo una sencilla operación de transporte hacia las islas Azores. Espero estar de regreso en pocas semanas —volvía a mentir sin rubor ni remordimiento.

—Bien, cuente con ello. Todo sea en recuerdo de su padre, que Dios albergue en su gloria.

—Muchas gracias, señor, no sabe cómo se lo agradezco. Le aseguro que es la primera buena noticia del día. Pero debo continuar con el recorrido de ruegos y plegarias. Ahora he de pasar a la Compañía de Guardia Marinas, a ver si consigo algún jovencito para la *Mosca*.

—En ese campo nada puedo hacer. Supongo que será empresa difícil, como todas las que encaramos en estos días. Muchos de esos jóvenes ya muestran heridas de sangre. Le deseo suerte en el empeño. Por cierto —parecía haber recordado un detalle importante—, en pocos días daremos el alta a un guardiamarina, sobrino del comandante general de la escuadra. Se encontraba en una lancha cañonera y fue despedido hacia los cielos tras el impacto de una bomba. Sufrió contusión cerebral y rotura del húmero, pero es fuerte y ha sanado con rapidez. Tan sólo se encuentra un poco mermado en el movimiento de su brazo, pero pide con insistencia el alta y se la concederé.

—¿Le importa que hable con él? —pregunté con rapidez, creyendo encontrar otra posibilidad de fortuna—. Prefiero que mis hombres sean voluntarios, y si es sobrino del general Álava...

—Tiene el hospital a su disposición. Encontrará al joven en la planta superior, instalado en la sala de huesos, protestando por mantenerse allí.

—Muchas gracias, señor. Creo que todos los santos lo han puesto en mi camino esta mañana.

—Lo merece, Leñanza. Buena suerte en su corbeta.

Sin perder un segundo accedí a la sala indicada, donde pude hablar con el guardiamarina Manuel María Entreríos. Y para mi sorpresa tuve conocimiento de que también era pariente de sangre del general Escaño, noticia que mucho me alegró. Con sólo quince años mostraba poderío de carnes y elevada estatura, lo que unido a haberse baqueteado durante semanas en los combates de las cañoneras lo convertían en melaza de primer grado. Para colmo de bienes, consideró como una extraordinaria oportunidad mi ofrecimiento, aceptando llevar a cabo la gestión de forma directa con su tío y por iniciativa propia, lo que cuadraba al ciento por encontrarse integrado en las listas de la escuadra. Era vivaracho como grillo rondón aquel joven, que comprendió con rapidez mi maniobra y se dispuso a llevarla a cabo sin pérdida de tiempo, al comentarle que el general Álava sería relevado en breve. Como pueden comprender abandoné el hospital con música celestial en los oídos y sonrisa abierta, que no era fácil matar dos pájaros de un tiro por aquellos días.

Tan sólo restaba en aquella jornada llevar a cabo una especial comisión, manejo desconocido, porque jamás me había movido por los corros del

comercio, los créditos y sus hombres. Aunque consideraba necesaria la oportuna petición de recibo para abordar a uno de los principales personajes de la ciudad, decidido como estaba a tomar el toro por los cuernos, tras comer un puchero de aire y una frasca de vino repuntado en alas, me dirigí por derecho hacia las oficinas de quien podía tender el puente definitivo a mis necesidades vitales.

* * *

Como había escuchado a don Antonio de Escaño en diversas ocasiones que las oficinas de su buen amigo don Benito de la Piedra se encontraban junto al palacete que disfrutara en vida don Federico Gravina, acompañado de Okumé, me dirigí hacia la plazuela de Santiago. Y debí preguntar en dos ocasiones, porque el edificio señalado no mostraba las trazas de nobleza adecuadas para tan importante personaje, dudando hasta el último momento sobre la veracidad de la información recibida. Y no sólo me refiero al aspecto exterior de lo que más parecía humilde posada, de dos plantas estrechas y mortero desconchado, sino también a la sencillez y modestia de las estancias interiores que abordaba. Fui requerido por un amanuense, sentado tras alargada mesa, quien no pareció afectado por la prestancia de mi uniforme.

—¿Don Benito de la Piedra?

—¿Habéis concertado una cita con don Benito, señor? Es persona muy atareada y no suele...

—Comuníqueme que el capitán de fragata Leñanza, conde de Tarfí, desea verle.

Como no me agradaba el tono displicente del plumífero, hablé con firmeza y arrogancia, al tiempo que utilizaba el título conseguido por mi padre en su épica experiencia africana, recurso empleado en muy contadas ocasiones a lo largo de mi carrera. Por fortuna, pareció impresionarle mi actitud, porque cambió voz y formas con rapidez.

—Un segundo, señor conde. Pero tome asiento, por favor.

El oficinista partió con rapidez y nerviosismo hasta perderse por una puerta lateral. Y no debí esperar más que unos pocos segundos porque regresaba a la carrera.

—Me ordena don Benito que pase a su despacho. Y perdone mi actitud si le ha parecido que no...

Lo dejé con la última palabra en la boca, para adelantarme hasta la puerta que había quedado a medio cerrar. Tras los golpes de nudillo en cortesía

escuché una recia voz que me invitaba a entrar. Abrí la hoja para encontrarme en un despacho que entraba en disonancia absoluta con el resto del marco, una noble y amplia sala, decorada con muebles de calidad y preciosos tapices en las paredes. Pero ya don Benito rodeaba la mesa para venir a mi encuentro.

—Don Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, en mi humilde oficina. Es un verdadero honor para esta casa.

Como no lo conocía en persona, a pesar de los contactos mantenidos con cierta reserva a través del general Escaño, me extrañó observar la figura que estrechaba mi mano con especial afabilidad, como si no cuadrara con lo que la mente suele imaginar en avance. Porque a pesar de ser una de las mayores fortunas de la provincia, don Benito era una persona baja, rechoncha de carnes y rostro redondo, conformando un aspecto general más adecuado en oficinista de segunda. Asimismo, vestía prendas de sencilla confección, sin alarde alguno. Me hizo sentar junto a él en dos sillones enfrentados, al tiempo que me ofrecía un refrigerio.

—Mucho se lo agradezco, pero acabo de almorzar en prisas y no es mucho el tiempo del que dispongo. Pero antes de entrar en el asunto que me trae a su oficina deseo pedirle disculpas por atacar su despacho sin petición de recibo. Espero no perturbar a persona tan atareada.

—Por favor, don Santiago, siempre será bien recibido en mi oficina y en mi casa. Ya sabe que le debo un gran favor que por determinadas y especiales circunstancias no le pude agradecer en persona.

—Tampoco yo le pude agradecer el misterioso regalo que recibió mi mujer con motivo de nuestra boda, aunque estaba clara su procedencia. Unas perlas maravillosas —bajé el tono de mi voz, como si todavía abordara un tema muy reservado.

—Han pasado algunos años. Le advierto que valoré el favor como se merecía. Y no crea que la importancia de ese cofre que me hizo llegar desde las Indias se ceñía a su contenido, con el fabuloso lote de perlas negras, unas piezas de especial belleza. En el forro del cofre se acompañaban unos documentos que eran vitales para mí, al punto de que gracias a ellos conseguí zanjar un asunto que mucho me preocupaba, una especie de chantaje familiar al que me sometía un indigno personaje. Pero es agua pasada, aunque le puedo asegurar que jamás olvido un favor. Bueno, basta de parloteo, porque supongo que le trae algún asunto de importancia a mi oficina y ya le he escuchado que corre en prisas. Usted dirá, estoy a su entera disposición.

—La verdad es, don Benito, que no sé cómo atacar este tema, porque mi ignorancia en tal sentido es absoluta. Si me atrevo a abordarle de una forma

tan directa es porque lo considero como el último cabo al que asirme. Me han concedido el mando de la corbeta *Mosca*, que en un par de semanas ha de salir a la mar con dos fragatas británicas rumbo a las islas Azores. Pero la situación a bordo es penosa, mucho más de lo que pueda llegar a imaginar. Nos falta de todo y no le exagero una mota. La verdad es que siento un poco de vergüenza al exponerle...

—Por favor, señor de Leñanza, puede sincerarse conmigo como si fuera su confesor —me ofreció una paternal sonrisa—. Nada de lo que se habla en esta estancia abandona jamás las cuatro paredes.

—Le agradezco sus palabras. Entrando por derecho y sin rodeos, necesito de forma casi desesperada pintura, pólvora, alimentos, vino y un sin fin de elementos que me niegan en la escuadra. Y no me refiero a crítica por inoperancia de los mandos, desde luego, sino a la penuria que sufrimos. Pero no puedo o no debo salir a la mar en tales condiciones. De esta forma, he decidido recurrir a una medida extrema.

—¿Qué necesita exactamente? —don Benito mantenía la sonrisa afable, al tiempo que pasaba al grano gordo en directo y sin reparo alguno.

—Desearía ponerle al corriente con antelación de que dispongo de una fortuna personal más que aceptable. No lo tome por arrogancia sino como necesaria sinceridad. Mi administrador es don Alonso Sanromán, de quien quizás haya oído hablar. Aunque muy entrado en años, que ya trabajaba para mi abuelo, conserva una excelente cabeza. Al abandonar la Corte me hizo llegar unas letras de cambio canjeables en cualquier casa de banca y ciudad europea, por si sufría alguna situación de necesidad extrema. Quiero decirle con esto que puede contar con mi...

—Por favor, don Santiago. Suelo estar al corriente de casi todo, porque mi cabeza trabaja a buen ritmo y es necesario en este trabajo. Los que poco me quieren aseguran que es debido al simple interés, alegación incierta por más. Sé muy bien quién es usted, con quién casó y su generoso patrimonio. Pero le prometo en palabra de caballero que no necesito nada de ello, ni siquiera esas letras de las que me habla. Tan sólo tiene que tomar pluma, papel y escribir los artículos que tanto necesita para su barco. No es el primer oficial que adquiere determinados elementos para su unidad con su propio patrimonio personal. Recuerdo cuando surtí al general Mazarredo, que hizo pintar los buques de su escuadra con fondos de su casa. Vivimos un momento muy difícil, con gran escasez de géneros, pero aunque con precios subidos al cielo soy capaz de conseguirle un navío de dos puentes si es necesario —ahora

sonreía en abierto y con franqueza—. Como le decía, no necesito garantía de letra alguna. Con su palabra es más que suficiente.

—Por favor, don Benito, debe tener en cuenta que puedo perder la vida en esta comisión. La mar dicta sus normas de acuerdo a reglas propias. Me gustaría firmarle algún documento en el que se exprese mi deuda personal con usted, así como dejarle en depósito las letras de las que le hablaba.

—Si así lo quiere, de acuerdo. Pero le prometo que no haré uso de tales garantías hasta que así me lo dictéis en persona.

—Le agradezco ese detalle como se merece. Quedo en deuda con usted y puede estar seguro de que me tendrá en todo momento para lo que haya de necesitar.

—Estoy seguro de ello. Siempre he calibrado a las personas con un ligero vistazo y soy consciente de que hablo con un caballero a quien, por cierto, mucho debo.

Se hizo el silencio. Llegaba el momento crucial y no sabía por dónde atacar el ofrecimiento o los límites del mismo. Don Benito pareció comprender mis pensamientos y volvió a hablar con extrema cordialidad.

—No dude más, señor de Leñanza. Puede pedir lo que estime oportuno, y le hablo con absoluta sinceridad. Además, no creo errar si le aseguro que le facilitaré un elevadísimo porcentaje de su solicitud.

Don Benito abandonó su asiento para salir del despacho. A los pocos segundos regresaba acompañado del oficinista, que portaba un precioso recado de escribir. Tras depositarlo en una mesa adosada a la pared, nos dejó a solas. Mi anfitrión se limitó a señalar con su mano el sillón adosado.

Recuerdo con tremenda claridad que me sentí abocado a un estado nervioso difícil de explicar. No estaba preparado para aquella experiencia, por lo que me mantuve con la pluma en la mano durante bastantes segundos, sin saber exactamente qué debía escribir. Don Benito volvió a largarme un cable.

—No lo piense más, señor de Leñanza. Escriba todo lo que estime oportuno, sea cual sea el género deseado. No hay límites en el comercio. Puede estar seguro de que todo se compra y se vende.

Decidido por fin, me lancé a la empresa. A trazo grueso y sin rebozo alguno escribí una lista alargada que poco a poco se ampliaba conforme llevaba a cabo un repaso general de la corbeta. No necesité de muchos minutos hasta que tras un último examen le hice entrega del pliego a mi anfitrión. Fue el único momento en el que pensé haberme excedido en el listado. Sufrí una sensación de profunda vergüenza, intentando adivinar lo que pensaría don Benito al leer aquella extensa gama de elementos. Sin

embargo, mi sorpresa aumentó de grado cuando aquel hombre tomó el papel y sin ofrecerle un mínimo vistazo lo depositó convenientemente doblado sobre su mesa.

—¿Me ha dicho que sale a la mar en dos semanas?

—En efecto.

—Espero que antes de diez días pueda entregarle el pedido.

—Necesitará barqueo para transportarlo hasta la situación de mi buque. Hoy me encuentro fondeado a la salida del arsenal, pero es posible que enmiende la situación hacia la bahía. De todas formas, puedo enviarle la lancha del...

—No se preocupe. Se lo haré llegar con mis propios medios.

—La verdad, don Benito, no sé cómo agradecerle su apoyo. Se convierte en mi ángel salvador.

—Tan sólo espero que disponga de vientos propicios y regrese a Cádiz sin daños. Y lo digo por su persona, desde luego.

—No me cabe duda.

Como es fácil imaginar, abandoné las oficinas de don Benito de la Piedra elevado en gozos por las alturas. Sé que muchos asegurarían que no me ofrecía favor alguno el rico comerciante, sino que ejercía su mercantil oficio. Pero no fue ese el talante ni las formas recibidas de quien tanto hizo por mí en diversas ocasiones, y a quien llegué a considerar con el paso del tiempo como un fiel amigo. Después de todo, el día había salido redondo y podía regresar a mi corbeta con una enorme satisfacción.

Cuando salí con Okumé a la plazuela de Santiago una sonrisa alargada aparecía en mi boca. Repasé por última vez la fachada del edificio donde muriera don Federico Gravina, con tristes recuerdos añadidos. Pero en verdad me sentía feliz. Aunque caía una lluvia fina, me pareció que el más radiante sol iluminaba la bahía gaditana.

10. Se aclaran los horizontes

En esas mutaciones tan clamorosas e imprevistas que la vida y la mar nos conceden cada día, la triste y un tanto desesperada situación por la que atravesaba en los primeros momentos a bordo de la corbeta *Mosca* pareció aclararse con extrema rapidez. La primera sorpresa, muy reconfortante, fue comprobar que Alfonso Rivas, el joven contador, brillaba con luz propia en sus manejos por los almacenes del arsenal, al punto de conseguir un botín nada despreciable e inesperado. No quise conocer con exactitud los procedimientos empleados para conseguirlo, porque según sus propias palabras no respondían por entero a la caballeridad que todo oficial debe demostrar en cada momento. El resultado fue que comenzaron a llegar a bordo víveres, incluso varios toneletes de un vino más que aceptable, así como unas partidas de brea de un valor inestimable que abrieron de par en par los ojos del maestro calafate, don Miguel Roncero. También la escuadra respondía con algunas tablas de salazón, cecinas en blanco y legumbres de menestra, aunque presentaran gusanos en copo, hasta concederles movimiento propio. Pero todo acaba por engordar los pucheros y las sacas se aceptaban con alegría.

En cuanto al apartado del personal, quedé de forma definitiva sin el oficial de guerra por el que suspirara, lo que me llevó a nombrar en pliego y sello como segundo comandante al alférez de navío Ibarreche, que se hizo cargo de tal responsabilidad con visible orgullo. Se trataba de una merma notable, sin duda, pero puedo declarar en sinceros que prefería la ausencia del gordinflón por la cubierta de mi barco, una presencia que me habría llevado a estado de desesperación de forma casi continua. Por fortuna, y para compensar la balanza, embarcaba el guardiamarina Entreríos, a quien sin dudarlo concedí la tercera guardia. El joven, de una actividad inagotable y alegría contagiosa que mucho se agradecía a bordo, había jugado sus propias cartas en la comandancia de la escuadra hasta conseguir su incorporación con firma del

mayor general. Presentaba las trazas necesarias para ser un magnífico oficial y estaba seguro de que alcanzaría pronto la charretera^[45], si no se le torcía el destino.

También embarcó al tercer día el contraamaestre segundo, don Sebastián García, procedente del navío *Príncipe de Asturias*. Y para colmo de bienes se trataba de hombre de braza y mejillones encastrados en la piel que cumplía a la vista las mejores perspectivas. Nunca podría agradecer como se merecía la generosidad del capitán de navío Uriortúa al desprenderse de tal joya en mi beneficio. Además, aquel malagueño de cuerpo pequeño pero con brazos más propios de gladiador comenzó a desplegar una actividad a pulmón que merecía mis más escondidos aplausos. Y para rematar el cuadro a blancos, en la segunda semana aparecía el sangrador, don Fermín Giráldez, con un precioso cargamento de pócimas y ungüentos para la enfermería. Aseguraba experiencia de huesos y heridas, así como ambición marinera, detalles que no necesitaban indagaciones posteriores.

Si la felicidad en el apartado del personal era casi absoluta, tan sólo con la laguna de un teniente de navío o fragata experimentado, la suprema felicidad entró por la galleta de los palos cuando unos lanchones más parecidos a chata de arsenal se abarloadon a nuestro costado con el envío de don Benito de la Piedra. Fue entonces cuando comprendí la sabiduría del general Escaño, cuando aseguraba que el comerciante y banquero era hombre de honor, capaz de conseguir y vender indulgencias plenarias en contacto directo con los cielos, si así se le requería. Porque nada de lo solicitado en mi escrito quedaba en el tintero. Tal logro hizo que mis hombres comenzaran a considerarme como un verdadero Dios y apretaran los pernos en consecuencia. Si los víveres, vinos y aguardientes eran de extremo gozo a la vista, la admiración subía de grados al comprobar las partidas de pintura y pólvora, incluso algunas planchas de cobre que flameaban en oro con los rayos del sol, lo que también fue considerado por mis oficiales como milagroso en alza. Pero de forma especial la pólvora era de tan extraordinaria calidad que motivó un comentario del segundo comandante.

—¿De dónde puede conseguir este comerciante unas jarras de pólvora que parecen recién bruñidas en fábrica, señor? Parece milagro más propio del Maligno, cuando se sufre tal necesidad de este producto en nuestras fuerzas de mar y tierra.

—Sea del Maligno o de Poncio Pilatos, lo acataremos porque es en beneficio propio. El comercio mantiene sus reglas propias desde que el mundo es mundo, segundo. Contaba mi padre que cuando se sufrían los días

más duros en el Gran Sitio de Gibraltar era posible encontrar cualquier producto en la plaza, si se pagaban los precios astronómicos que los mercaderes exigían. Más vale no preguntar sobre los caminos escogidos por la divina providencia que nos acarician la vista con tales elementos.

—Mucha ascendencia ha de tener con don Benito de la Piedra, señor comandante. Sin embargo, supongo que habrá debido entregar las necesarias garantías.

—Estamos en una guerra definitiva y total, segundo, en la que no nos jugamos solamente el desenlace de una o dos batallas sino la supervivencia de España como nación Libre. Muchos eufóricos la designan como una nueva reconquista, aunque la comparación sea un tanto exagerada. No es momento de pensar en motivos personales, sino de arrimar el hombro al límite.

—Ojalá actuaran de la misma forma otras fortunas que a la contra salen muy beneficiadas de todo conflicto bélico, por vergonzoso que sea.

Tenía razón Ibarreche, aunque no fuera tema que me preocupara una onza en aquellos momentos. Por el contrario, dedicaba todo el tiempo disponible en achuchar a mis hombres y conseguir que la *Mosca* recobrar el ritmo debido. Gracias al concurso de una chata^[46] del arsenal de La Carraca, que llamaban *La Gitana*, conseguimos dejar a la vista una gran porción de los costados y aderezar en lo posible los bigotes que flameaban en la obra viva. Después de todo no era más que un viejo sistema para carenar a la brava, aunque nuestro trabajo fuera parcial y dedicado tan sólo a las zonas del casco más deterioradas. Gracias a las planchas de cobre acopiadas también remendamos el forrado en fortuna. De esta forma, y aunque el buque pidiera un carenado de dique en firme, remendamos las costuras en lo posible.

Tras un pintado general de casco y arboladura, la corbeta comenzó a mostrar ropajes de corte, que ya en la distancia lucía galas más propias de revista real. Pero no sólo dedicábamos esfuerzo a los aderezos externos, porque todos los oficiales, de guerra, mayores y de mar, entraron a la rueda de sol a sol hasta conseguir que cada hombre a bordo batiera el cobre y cumpliera su cometido, aunque debieran llevar a cabo el trabajo normalmente asignado a una pareja. Hubo protestas, algunas airadas, en los primeros momentos y necesidad de dar cañón^[47] a más de uno, pero la vida se tranquilizó a ras con rapidez, incluso cuando comenzamos con los ejercicios de mar y guerra que consideraba imprescindibles. Debo aquí señalar en justicia que el trabajo de mis dos oficiales del cuerpo general, Ibarreche y Ordovás, auxiliados por el guardiamarina Entreríos, fue digno de supremo

reconocimiento, demostrando que la voz de mando es un factor determinante y principal en todo buque.

Bien entrada la segunda semana, decidí mudar el fondeadero. Y si esperé hasta ese momento, todavía sin noticias del comodoro Traylor, fue para que la maniobra se llevara a cabo con cierta garantía y mostráramos a los vientos una corbeta nueva, como así se aparecía ya ante mis ojos la *Mosca*. Decidí aprovechar un levante fresquito y generoso, que debería impulsarme casi por el anca^[48] caño de La Carraca hacia fuera, hasta alcanzar la posición de las fragatas británicas. Según me comunicaba el piloto, también habían mudado su posición, para quedar fondeadas al sur del fuerte de San Luis. Y no crean que fue un dulce momento cuando mandé levar las anclas e izar el mínimo aparejo, acariciado por ese soplo a favor de damas, porque las dudas se anidaban muy adentro.

Puedo jurar por todos mis antepasados que fueron segundos de gloria y el aldabonazo definitivo para cuadrar al contramaestre en el podio de honor. Porque don Sebastián, con sinfonía de pito y algún brazo en molinete, consiguió que mis órdenes se cumplieran sin fallo a la vista, aunque siempre corriera algún rumor de brazas. Bien es cierto que utilizamos para la maniobra un elevado porcentaje del personal, una vez decidido a utilizar un plan de combate en el que cada hombre debía ser capaz de ocupar dos puestos a bordo, según las necesidades del momento. No era idea nueva de mi cerebro, sino copiada de los trabajos sobre distribución del personal llevados a cabo por el general Escaño, situación que él mismo calificaba como de puestos alternativos. Es necesario recordar que nuestra dotación era poco más de la mitad de la habitual en corbeta de entrepunte, condición que mucho complica la vida para manejar a la brida un buque de aquel porte. Pero por fin largamos las anclas a pocas yardas de la fragata británica que mostraba el gallardete, sin desdoro en la maniobra. Fue el momento, feliz para mí, en el que Ibarreche mostró cierta preocupación.

—Poco me agrada mantenerme al ancla tan abiertos a la bahía, señor. Los cables de las dos anclas fondeadas no aguantarían un cascarrón^[49] de media tinta.

—No crea que no lo he pensado más de una vez, segundo. Pero ahora mismo voy a solicitar petición de visita al comodoro británico y le recordaré su promesa en ese particular aspecto. Me aseguró la entrega de un cable de garantía y otro a media vida, aunque este segundo aspecto quedara sin confirmar.

—Pues quieran los dioses que nos lleguen antes de que se levante un tortolero.

—¿Un tortolero dice? —me causó sorpresa aquella salida del segundo—. Esa expresión es utilizada en el Mar del Sur, especialmente en las costas del departamento marítimo de San Blas, para indicar un levantamiento repentino del viento, muy peligroso para cualquier embarcación y que acaba por obligar a la capa^[50]. Y conste que no navegué por aquellas aguas, todavía. Tal información la leí en algunos escritos de mi padre, de cuando andaba desuñado allá por las Altas Californias.

—Solía repetirlo quien fuera mi comandante en la fragata *Cornelia*. Ya me gustaría navegar por las costas de Nueva España que dan cara a ese Mar del Sur.

—No se preocupe, que todo llega en esta vida. Soñemos que nos adjudican una comisión a Indias tras este paseo hacia las Azores.

—Dios le escuche.

Fue en aquel momento cuando por nuestro costado de babor avanzaba una fragata con todo el aparejo largado a los cielos, aprovechando aquel mismo soplo de levante favorable. Fue el segundo quien lanzó un comentario que me hizo dar un leve respingo.

—Ahí va la fragata *Verla*, señor, de empopada y con el trapo al límite.

—¿La fragata *Verla*, dice? —tomé el antejo para dirigirlo hacia su silueta en movimiento e intentar verificar la información—. ¿Está seguro?

—Sin duda, señor. Navegué en ella unos pocos meses, antes de pasar a la *Matilde*. Es inconfundible, con sus 34 cañones de porte, aunque alguna tronera ande en cuadro por merma, y esa popa alzada en brisas. Ya tiene sus años, que fue construida en el arsenal de Cartagena allá por el 1789, más o menos.

—No son tantos años, que pocas se han construido desde entonces. Pero no lo comprendo. Debía haber salido a la mar el mismo día que tomé el mando de esta corbeta. En ella se encuentra mi buen amigo y cuñado, el teniente de navío Adalberto Pignatti, en dirección a Cartagena con especial misión familiar.

—¿Misión familiar? ¿Les sucede algún mal? Perdona, señor, si pregunto lo que no...

—No se preocupe, segundo. Es un penoso asunto que ha de solucionar.

Puse a Ibarreche al corriente de la misión encomendada a Beto, mientras el joven endurecía el gesto, conforme avanzaba en mi explicación. Una vez rematada la narración a la ligera, lanzó los comentarios que se podían esperar.

—Esos gabachos de Satanás se han ganado el odio de los españoles a pulso y caro lo pagarán. No es misión sencilla la que aborda el teniente de navío Pignatti, señor, y espero que le cubra el manto de la suerte.

—También yo lo deseo. Pero me preocupa este retraso en su salida, una semana después de la fecha prevista. Nada me ha comunicado mi cuñado. Cuanto antes llegue a Cartagena más pronto podrá librar a nuestra familia de la presencia de los franceses.

—El retraso es situación normal, señor. Debe venir desde el arsenal y se habrán retrasado en alguna de las faenas a bordo.

Mientras la silueta de la fragata *Perla*, ya con todo su aparejo largado a los cielos, se empequeñecía poco a poco en el horizonte, regresaron los tristes pensamientos a mi cabeza. Una vez más podía recrear la figura de Eugenia, Rosalía y los niños rodeados de franceses, que los rendían en círculos entre burlas. Intenté apartar aquellas imágenes de mi cabeza, recurrentes por más durante las noches, aunque era tarea difícil cuando recalaban con fuerza. Una vez más sentí pena por Beto, que atacaba una ingrata y peligrosa empresa por tierra mientras yo navegaría al mando de aquella corbeta recobrada mares allá. Por fortuna eran muchos los asuntos a abordar y conforme la fragata desaparecía de la vista pude regresar a mis problemas de a bordo.

Se preparaba la lancha para enviar a un mensajero que recabara en mi nombre permiso de visita al comodoro britano cuando avistamos un bote que llegaba a nuestro costado desde su dirección. Y para tranquilidad de todos, los ingleses cumplían fielmente su palabra. Porque ante nuestros asombrados ojos desenrollaban dos cables, uno de 17 pulgadas y otro de 15, que parecían recién salidos de los viradores del arsenal. Nada podía alegrar más nuestro espíritu que aquella maravillosa visión, al punto que el contramaestre acariciaba sus vueltas con verdadero placer, como si tocara la piel sonrosada de una hembra generosa. Pero han de comprender los que no son habituados a las faenas de la mar que aquellos cables constituían el principal seguro de vida para todo buque. Cuando la mar entra por varas y se escuchan los rompientes de la costa cercana no queda más que rezar a los cielos y esperar que los cables de las anclas aguanten las acometidas de las olas.

Con el preciado envío nos hacían entrega de una nota en la que el capitán de navío Traylor me invitaba a cenar a bordo de la *Diomedé* aquella misma tarde en compañía del coronel Caetano da Silva, al mando de las fuerzas portuguesas, así como el capitán de fragata MacLeod, comandante de la fragata *Arethusa*, que sería la tercera unidad nombrada para la comisión. Me sentí feliz en aquellos momentos, porque el milagro parecía haberse

cumplido, condición casi imposible de creer pocos días atrás. Aunque quedaba mucha faena para cuadrar a mis hombres en la faena de mar y combate, creía disponer de los elementos mínimos necesarios para abordar la comisión impuesta, así como que la corbeta *Mosca* mostrara sus líneas con cierto orgullo sobre las aguas. Escuché las palabras del alférez de fragata Ordovás, que vinieron a corroborar mis pensamientos.

—Le aseguro, señor, que hace dos semanas no habría creído posible salir a la mar en estas condiciones. Parece que la *Mosca* haya sufrido un nuevo bautismo de mar, en pila de alabastro.

—Y con víveres para tres meses, algunos de muy gustosa apariencia —esgrimió el segundo.

—Todo llega en esta vida, si se cree en las propias posibilidades y se empeñan los lomos.

—Y se obtiene el apoyo de don Benito de la Piedra, señor —apuntó Ordovás.

—Es cierto, aunque considero más importante el espíritu de los hombres. Quiero aprovechar la ocasión para felicitarles porque han hecho un trabajo formidable. El día antes de salir a la mar les invitaré como merecen en mi cámara y con especiales viandas.

—Ya vimos a su criado con vistosas paletillas de cordero y garrafrones de vino que presentaban un color más propio de dioses, señor —era el guardiamarina Entreríos quien entraba en chanza, una vez permitida su vida a bordo como un oficial más.

—Calle la boca, caballero^[51] —protestó el segundo en falsete—. No tiene paladar para catar esas jugosas carnes, ni edad para caldos tan generosos.

De esta forma, y con un sentimiento de felicidad recorriendo mi cuerpo en dulces oleadas, decidí descansar un rato para encontrarme con la mente despierta horas más tarde, a bordo del buque británico. Si además conseguía una semana para poder ejercitar a mis hombres en maniobras por la bahía gaditana, el sueño se vería casi cumplido.

* * *

Picaba la campana de a bordo la séptima hora de la tarde cuando la lancha aparejada en oros y con Okumé a la caña se abarloaba con mimo al portalón de la fragata inglesa, insignia de la división que acometería derrota hacia las islas Azores. Y como pude comprobar, nada más pisar su meseta de cubierta me esperaba un oficial con antejo de guardia y el propio comandante en

ceremonial de recibo. El capitán de navío Traylor me tendió su mano con una amplia sonrisa en la boca.

—Debo felicitarle efusivamente, comandante Leñanza. Perdona mi sinceridad, pero me costó creer que esa hermosa corbeta que fondeaba por nuestra aleta fuera el mismo buque avistado semanas atrás, cuando regresaba a puerto como si hubiera sufrido el peor de los temporales. Presenta un aspecto externo bien diferente. Ha hecho un trabajo extraordinario, más cercano al milagro.

—Todo es posible, cuando se dispone de hombres afanados a una empresa. Por cierto, comodoro, debo agradecerle como merece esos preciados cables que he recibido. No sería necesario decirle que me concede más de media vida.

—Se lo había prometido. Después de todo, nos encontramos hermanados en una misma empresa. Por favor, sígame.

Alcanzamos su cámara, donde ya esperaban el coronel portugués y el comandante MacLeod, que me fueron presentados en terreno amistoso y con escaso protocolo. Desde el primer momento se creó una atmósfera agradable entre nosotros, como compañeros de armas que se conocen desde tiempo atrás. El coronel Caetano da Silva, un lisboeta cercano a entrar en la estadía del cuarentón, me dedicó palabras de especial afecto.

—Le aseguro que mucho me complace hacer la guerra aliado a nuestros hermanos peninsulares. Le agradezco este apoyo que nos ofrece la Real Armada.

—Somos nosotros los que debemos agradecerle que acudiera con su regimiento a luchar en defensa de nuestra libertad.

Tras un refrigerio aligerado con excelentes vinos, el comodoro nos ofreció una espléndida cena, donde destacaba un plato de cordero en salsa espesa que jamás había probado pero de excelente gusto al paladar. Sin embargo, a continuación nos sirvieron lo que parecía una torta de higadillos y riñones, que me costó trasegar por la garganta a mano de estopa. Por fortuna, el vino portugués raspaba la garganta como coro de ángeles y rendimos el ágape entre risas y con humor excelente. Fue entonces cuando Traylor decidió llegado el momento de conversar sobre la misión que debíamos encarar en los próximos días.

—Bien, señores, como el almirante Purvis ha delegado en mi la fecha concreta de salida hacia las islas Azores al mando de esta división estimo que podríamos encarar la empresa el miércoles de la semana próxima.

El comodoro dirigió su mirada hacia mí, como si buscara aquiescencia personal a la fecha escogida. Ello suponía ocho días más de preparación para la corbeta *Mosca*, condición nada despreciable.

—Ya sabe, comodoro, que es mi intención alcanzar nuestro destino a la mayor brevedad posible. Las noticias recibidas no ofrecen tranquilidad y desearía conocer sobre el terreno cuanto antes esas posibilidades de actuación francesa en las Azores.

—Ya lo tengo en cuenta, coronel, no lo dude —Traylor hablaba en un tono pausado y obsequioso—. He de reconocer que en principio me encontraba constreñido por el alistamiento de la corbeta española. Pero ahora que según palabras de su comandante ya se mantiene lista para salir a la mar es la bajada del barómetro la indicación que me inclina a retrasar unos días la partida. Como no disponemos de información exacta sobre los movimientos franceses, no es mala idea que tengamos en cuenta la seguridad en la navegación. Si le parece bien, sus hombres podrían embarcar el día anterior, martes, en las tres unidades, y así disponer del tiempo suficiente para aclimatarse a bordo. Por cierto, comandante Leñanza, he pensado que, si le es posible embarquen en su corbeta ciento sesenta hombres.

—Muy bien, comodoro. Pero deben tener en cuenta que conforme se eleva el número disminuye la comodidad que pueden disfrutar a bordo. Pero no hay problema.

—Como sé de las limitaciones de espacio en su corbeta, embarcarán al frente de mis hombres solamente dos oficiales, si le parece bien —indicaba el coronel portugués—. Se trata del capitán Lopes de Moura y el teniente Rodrigues, que deberán mantener el orden necesario. No obstante, puede estar tranquilo porque se trata de tropa disciplinada y curtida en combate.

—Encantado de tenerlos a bordo. El capitán y el teniente arrancharán con mis oficiales, coronel.

—Espero que en dos o tres días pueda suministrarle víveres, comandante —ahora Traylor se dirigía a mí—. Hoy mismo ha arribado una fragata mercante, bien rellena de alimentos y algunos pertrechos desde el puerto de Tánger. Siento comunicarle que se trata de mucho alimento fresco pero escasa salazón.

—Se lo agradezco igualmente y no lo siento, sino que, le aseguro, es preferible en mi caso. En el día de hoy dispongo de víveres suficientes para ocho semanas, pensando solamente en mi dotación —volvía a mentir sin mudar el rostro una mota—, pero, con sinceridad, no llegaría al punto de abastecer a tanto hombre.

—Siento no poder cooperar como sería el caso —argüía el coronel con tono triste—, pero no dispongo de fondo alguno.

—No se preocupe, coronel. Todo quedará solucionado —insistía Traylor con una sonrisa—. Esperemos que se pueda disfrutar de buena mar y vientos bonancibles para alcanzar la isla Terceira lo antes posible.

—¿Embarcarán sus hombres con armamento propio, coronel? —pregunté, pensando en el espacio de almacenamiento a bordo.

—Solamente el armamento ligero. Bueno, la verdad es que se trata del único disponible en el regimiento ahora mismo, salvo unas pocas piezas artilleras que embarcarán en esta fragata. No se ha considerado otra opción, teniendo en cuenta la operación a encarar. Por cierto que mis hombres disponen de buenos mosquetes... de fabricación inglesa —ahora sonreía de buen humor.

—Ingleses y escoceses —agregó el comodoro entre sonrisas.

De esta forma quedó decidida en firme la fecha de salida a la mar para el miércoles de la semana siguiente, día 2 de marzo, lo que me concedía un periodo extra para el adiestramiento de mis hombres. La velada dio a su fin entre brindis por nuestros respectivos monarcas, armadas y ejércitos, para rematar elevando nuestras copas por esa comisión que abordaríamos en pocos días. Tras las últimas aclamaciones patrióticas, con la mente alegre y el buche bien relleno, me dirigí a tomar de nuevo la lancha. Fui despedido por el comodoro Traylor en el mismo portalón, momento que aproveché para indagar sobre un aspecto que consideraba importante.

—¿Baja mucho el barómetro, señor? La verdad es que no dispongo de ese aparato a bordo.

—Tampoco yo —me sonrió con confianza—. Se nos destrozó en la última navegación a causa de un fuerte bandazo y la negligencia de un oficial inepto, que ya ha pagado por su pecado. No obstante espero recibir uno en un par de días, porque se trata de información importante la que ofrecen esos instrumentos. Pero poco saben los coroneles del Ejército, sean portugueses, españoles o británicos, sobre esos detalles.

—Muchas gracias, comodoro.

—Le felicito de nuevo por su trabajo, comandante. Me alegra que me acompañe una hermosa corbeta de la Real Armada en esta comisión.

Volví a despedirme del generoso compañero britano, oriundo de Escocia, tierra de buenos marinos. Y al llegar a bordo de la *Mosca* comprobé complacido que aunque era hora tardía todavía deambulaban mis tres oficiales de guerra por cubierta, impartiendo instrucciones a la brigada de guardia.

Como siempre quise que mis hombres se encontraran al día de las operaciones a abordar los invité a una reunión en mi cámara. Y sólo necesité una leve señal dirigida a Okumé para que nos agenciara una frasca de aguardiente, todavía de mi despensa personal anterior al embarque, ese aguardiente ceheginero que eleva la moral hasta las nubes, aunque caigan chuzos de punta contra las galletas de los palos.

—Bien, señores, el comodoro Traylor ha decidido que saldremos a la mar el próximo miércoles. Y debemos preparar la acomodación de 160 portugueses con su propio armamento, acompañados de dos oficiales.

—Es una cantidad elevada, señor —alegó el segundo con semblante preocupado—. Y no me refiero solamente al espacio, que coparan al ciento, sino a los víveres y aguada necesarios que...

—No se preocupe por los víveres. Disponemos a bordo de raciones para tres meses, contando nuestro equipaje solamente, detalle que desconocen. Pero en un par de días nos llegarán en lanchas inglesas alimentos en fresco, supongo que con abundancia suficiente. En cuanto a la aguada necesaria, no debe ser condición comprometida, si no se tuerce la mar a negras. Podremos rellenar en la isla Tercera si es preciso.

—En ese caso, señor, disponemos de una semana más —era Ordovás quien se dirigía a mí con una sonrisa abierta—. Ha conseguido su propósito.

—Lo ha conseguido el comodoro Traylor, que parece un buen hombre y excelente marino. Como pueden suponer aprovecharemos cada hora disponible. Es mi intención que mañana arranchemos a son de mar y al día siguiente salgamos a bahía para comprobar cómo funcionan los hombres con todo el aparejo largado a los vientos, llevar a cabo viradas, alistamiento para el combate y todo lo que se debe dominar en la mar. Ya sé que los hemos exprimido como a un limón marchito, pero no queda más remedio que atizar rebenque sobre carne herida. Debemos recompensarlos con aumento de la dieta y especialmente vino y alguna copula de aguardiente rebajado. Creo que se lo han merecido.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Bien, en ese caso brindemos por la corbeta *Mosca*, que espero cabrillee sobre las olas como su nombre indica. Y ya pueden aprovechar como se merecen estos sorbos de aguardiente, del que ya restan pocas frascas en mi despensa.

—Por el aguardiente de Cehegín y la corbeta *Mosca* —gritaron a coro en abierta chanza, al tiempo que elevaban sus copas.

Aquella noche me rendí en sueños con extrema facilidad, sumido entre vapores alcohólicos que tanto ablandan las voluntades. Tan sólo el regusto amargo de los riñones britanos protestaba en el interior, aunque se tratara de una proclama de corta duración. Por fortuna, ni tiempo dispuse para sufrir con las escenas familiares que me atosigaban cuando cegaba la candela cada noche. Después de algunos meses, regresé a los felices sueños con estampas de navegaciones por mares azules e islas paradisíacas, esas escenas que siempre adornaron mis más adorados pensamientos desde la tierna juventud.

11. La bahía gaditana

Al día siguiente, tal y como había previsto, se arranchó a son de mar la corbeta *Mosca*. No se concedió descanso hasta rendir la tarea y bien entrada la tarde decidí llevar a cabo una revista general de proa a popa, acompañado por los oficiales de guerra y el contramaestre. Aunque no puedo asegurar que cuadrara el conjunto a troneras de gloria era mucho lo que se había conseguido en escaso tiempo y, después de todo, tampoco podía exigir que la montaña se convirtiera en fuego. Para compensar el alma, me repetía una y otra vez que tan sólo se nos pedía una sencilla navegación hacia las islas Azores y el correspondiente tornaviaje, aunque el duende escondido me avisara de que la mar es imprevisible en sus modos y maneras, una cualidad que ya había sufrido en mis carnes de forma repetida. Por fortuna, las condiciones meteorológicas eran buenas de momento, con una mar casi en calma y un viento tontón que rolaba en demasía, aunque mostrara trazas de acabar entablado en fresco del sudoeste. En previsión de la salida a la mar para el alba siguiente, pregunté al contramaestre, mano derecha de todo comandante a bordo, por directo y a careta caída.

—Bueno, don Sebastián, mañana tendremos la prueba de fuego. Quiero su opinión sincera. ¿Podremos navegar con garantías, teniendo en cuenta el material y personal a disposición?

—La verdad, señor, que no es tarea sencilla responder a su pregunta. No me preocupa el material, bien lo saben los dioses, porque estimo que esta corbeta debe ser muy marinera y capaz de navegar con una pañoleta largada a los vientos, aunque los forros no se encuentren a la palma. Para mí, y le hablo en mera suposición, que esta *Mosca* es velera y propensa a partir el puño^[52] en su justa proporción, como debe ser dada su clase. El aspecto del personal es diferente, bien diferente.

Parecía dudar, bajando la vista hacia la cubierta, por lo que le animé a continuar.

—Vamos, nostramo^[53], éntrele al grano.

—Mire, señor, si nos olvidamos de épocas pasadas, cuando los buques de la Armada disponían de sus dotaciones al completo, aunque incorporaran mucha carne de presidio, y pensamos en la triste situación actual, no podemos quejarnos, que así o peor andan todos. Les hemos dado brea a nuestros muchachos por los cuatro costados y han cumplido mejor de lo que esperaba. De todas formas, con el corazón en la mano puedo asegurarle que disponemos a bordo de una docena de verdaderos hombres de mar solamente, de los que son capaces de dar la cara en temporal corrido y tizones contra las pestañas. Los demás lo aprenderán con el tiempo, porque hay buena madera en muchos de ellos, aunque hoy por hoy no sean más que grumetes de primeras calzas. Tan sólo necesitan mar y mar, única escuela posible. Todo ello sin contar con algunas almas avinagradas que desearía perder de vista, más adecuadas a sentar plaza en penal de grado que a bordo de este buque.

—Por desgracia eso es imposible. Debemos tragar el puchero como está servido, aunque tengamos que despellejar a más de uno sobre el cañón. Ya he comprobado alguna mirada aviesa en cubierta, que espero cortar de cuajo, aunque deba colgar a más de uno de la verga del trinquete. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Ya lo sé y voy a ello, señor —miró sus recias manos, como si dudara de las palabras a emplear—. Navegando con mar de cortesanas no sufriremos penas, de eso no hay duda y sobra decirlo. Mañana dispondremos de más datos, que una cosa es trepar a la verga en seco y otra bien distinta entre bandazos y rociones de mar contra la jeta. Comprobaremos si somos capaces de virar por avante con cierta soltura, dar y recoger el aparejo, atacar situaciones de emergencia y levantar una mínima capa. Fue buena idea alistar algunos artilleros a las faenas de braza, aunque todavía protesten en los bajos. Pero también debo decirle, con el corazón en la mano, que si sufrimos temporal abierto o situaciones de compromiso lo pasaremos mal, estoy seguro. No deben los buques navegar con la mitad del personal que mentes sabias han calculado como necesario. De esta forma, estimo que con el fin de compensar la marea a la contra debemos largar rezos a la mar para que el dios Neptuno los recoja en su seno y nos abrigue entre las aguas de su dominio con dulzura.

—Fío más en la repetición de maniobras durante semanas que en el sagrado dios Neptuno. Pero no lo tome a mal, don Sebastián. Ya sé que los de su cuerpo lo tienen en especial veneración.

—Porque así ha de ser sin la menor duda, señor, y pobre de quien lo tome a desprecio en la mar. Más de un barco se ha perdido en el meridiano^[54] por despreciar su poder.

Aunque joven recién entrado en la ristra de los cuarenta, don Sebastián era de la antigua escuela, un detalle que agradecía, porque ya denotaba verdadera sangre marinera y la aparejada responsabilidad. Debía haber navegado con viejos nostramos, de esos que acaban su vida con la piel en verde como los rompientes de filo. Y como todos ellos las supersticiones de la mar, o las que como tales entendía yo, andaban prendidas en sus costras sin posible mudanza, una actitud que siempre respeté de forma inamovible. He admitido como norma habitual durante mis muchos años de servicio todas las antiguas tradiciones o costumbres de la mar, por disparatadas que algunas pudieran parecer, siempre que no supusieran una merma o desdoro en el funcionamiento a bordo. Y así creo que han de continuar durante siglos, porque después de todo es el lenguaje de aquellos que se mueven hermanados en ese medio fascinante y de permanente movimiento, sean de una u otra nación, credo, lengua o religión.

—Mañana veremos cómo se mueve esta corbeta y toma la mar, aunque ya el segundo me describiera cualidades positivas. Si como parece acaba por entablarse el viento del sudoeste y fresco de fuerza, será un buen banco de prueba.

—Sí, señor. Y así lo deseo.

Todo quedó preparado para la salida a la mar, mi bautismo con la corbeta *Mosca* sobre las aguas. Por esa razón sufrí ligera rumazón de nervios en la noche anterior, situación normal cuando no estás seguro de cómo puede desenvolverse un barco desconocido bajo tu propio mando. Y en este caso particular, con el negativo añadido de disponer de escasos hombres y pocos marineros auténticos. Deben saber los ajenos al medio naval que cuando un comandante se encuentra en la mar es como un dios particular a bordo, así como dueño de todos los cuerpos y almas arracimados en su buque, condición que nadie puede poner en duda. Pero para su desgracia también se transforma en espíritu solitario, que a nadie puede recurrir más que a su propia experiencia. Fiel a mi costumbre, elevé un rezo a Nuestra Señora de Valdelagua, a la que tanta devoción mostraran mis antepasados, aunque se tratara de advocación más propia de gente de secano.

* * *

Como todo llega en esta vida, a veces mucho antes de lo esperado, picaba la segunda hora de la guardia de alba cuando ordené ocupar los puestos de maniobra a las guardias de babor y estribor para salir hacia mar abierta. El segundo tomó camino hacia su puesto junto al palo trinquete, Ordovás a la ronda, mientras yo permanecía en el alcázar junto a la timonera, con el contramaestre pegado a mi sombra. Cerca de mí, Entreríos se mantenía listo para cualquier llamada, y don Federico, el piloto, con la carta de marear a la mano, aunque en verdad no iba a necesitar mucho de sus indicaciones, por conocer aquella bahía como el entarimado de mi propia casa. Poco después recibía la novedad de que la corbeta *Mosca* bajo mi mando se encontraba lista para salir a la mar, momento de pensamientos en cruce y runruneo de duendes por la barriga. Y como ya se había levado una de las anclas, la sencilla, tan sólo la del ayuste nos retenía en el fondeadero. De momento soplabá un suave vagajillo del sur con visos de aumentar que nos favorecería en la maniobra inicial.

Ya se observaba galopar el crepúsculo a tirón de espuelas cuando ordené levar el ancla. Tras el pertinente silbido del contramaestre, fue posible escuchar como los hombres asignados al cabestrante^[55] embutían al golpe sus barras en las respectivas bocabarras, para comenzar la trabajosa faena de hacerlo virar como burros encadenados a la noria, con el cable rodeando el cuerpo de la máquina sobre los guardainfantes. El pito del guardián marcaba el ritmo en el combés, mientras poco a poco el ancla abandonaba su lecho en el fondo. Por fin, una vez arriba y clara^[56], quedaba estibada en firme en las amuras de la corbeta^[57] con sus tres compañeras. Era el momento decisivo, porque ya nada nos unía a tierra, se había cortado el cordón y el buque se encontraba libre para salir avante y volar por sus propios medios.

Como nos encontrábamos en el caño arrimados al norte y a escasa distancia de las fragatas britanas habíamos echado al agua el bote en prevención. Alistado con un cabo de remolque, debía auxiliarnos para aumentar distancias, virar la proa y dejarnos en situación de que las velas pudieran beber el viento en franquía. Se les ordenó bogar hacia nuestra banda de estribor, de forma que poco después quedábamos en posición con el vagajillo tontoneando por el anca. Era el momento en el que todos esperan la voz del comandante.

—¡Larga trinquete, mayor y cangreja! Proa noroeste cuarta al oeste^[58].

Aunque nos encontrábamos en situación de largar todo el aparejo al tiempo sin mayores problemas, ya había decidido con don Sebastián tomar el pan a migajas y con cierta templanza. De esta forma, mientras se escuchaban

los silbatos del contraamaestre y guardián, comenzaron a tomar el viento las velas que disponían de mayor superficie. Y aunque ya dice el refrán que durante las maniobras en la mar «mucho pito y poca voz, velas al viento y honor», se escuchaban demasiadas voces y algún grito que desentonaban de la orquesta.

Pero ya la *Mosca* cobraba vida, porque el vagajillo aumentaba a ventolina y se definía como esperábamos desde el tercer cuadrante.

Una vez más se producía ese esplendoroso milagro entre el viento, la mar y el buque, que así lo contemplé siempre sin dudarlo. Y por las tripas surgieron los ríos de dicha gloriosa al comprobar cómo nuestra proa comenzaba a marcar las aguas. Media hora más tarde, librado el bajo de la Cabezuela, largamos gaviás^[59], para completar poco después con todo el aparejo a los cielos, mientras el viento refrescaba conforme atacábamos la bahía. Me gustaron aquellos primeros momentos con la *Mosca* cabrilleando alegre sobre las olas que comenzaban a despuntar, aunque alguna vela llamara a destiempo.

Entramos con alegría en esa hermosa bahía gaditana que han cantado poetas y escritores durante siglos en justo halago. Tal y como había leído en los cuadernillos familiares, mi padre definía aquel maravilloso paraje como un rincón incomparable donde la mar, los ríos y los caños parecen haber depositado a su paso con especial regusto gotas mágicas y menudas, que emergen orgullosas para formar accidentes geográficos con nuestra historia prendida en sus faldas. Y creo que acertaba de lleno al enjuiciar que posiblemente en el mismo momento de la creación el gran Dios se decidiera por aquel laberinto marítimo en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la gloriosa península Ibérica.

Fue aquel primer día de mar de los que suelen aparentar cuarenta horas o más en su conjunto. Dedicamos minuto a minuto para llevar a cabo ejercicios y acople definitivo de los diferentes puestos de la dotación, con maniobras continuas de dar y cobrar el aparejo, viradas por avante y en redondo, ejercicios de artilleros y tropa, avisos de zafarrancho y prevención para el combate, así como toda situación que pudiera atravesar un buque en la mar, incluida la del temporal abierto con aparejo de capa y el trinquete en calzones^[60].

No paramos la brega más que en dos turnos de descanso, aunque ofreciéramos en compensación un generoso almuerzo a los hombres, con vino en cacillo doble y promesas de futuro. Sin embargo conforme transcurría el día se venía mi ánimo a los bajos en demasiadas ocasiones al comprobar que

no sería fácil convertir aquel grupo de hombres en marineros auténticos. Y como el número era escaso por más, los fallos quedaban muy a la vista y sin posible recuperación de una segunda mano. Como uno más de los ejemplos hasta el tercer intento no conseguimos virar por adelante y la exitosa maniobra se llevó a cabo con una pérdida excesiva de barlovento.

Ya comenzaba a caer el sol tras el horizonte cuando ordenaba largar las anclas en el placer de Rota, abiertos a la bahía y con los huesos en sinfonía ronca. De esa forma facilitaba la puesta en escena para la jornada siguiente, al tiempo que nuestros hombres podían disfrutar del merecido descanso en aquella su primera noche de mar. Y como en conjunto la mayor parte de la dotación había dado todo de lo que eran capaces volví a ser generoso en la menestra y el vino, prometiendo caldera de arroz con tasajos y aguardiente en alguna de las próximas jornadas, si se llegaba a cerrar el copo al gusto del comandante.

Puedo asegurar que aquella primera noche dormí de largo y tranquilo. Bien es cierto que en épocas de carencias el negro acaba siendo gris, o así lo queremos ver. Pero sin duda tenía en mis manos un grupo reducido de hombres que con unas semanas más de mar podrían formar un aceptable equipo. Sin embargo la mejor de las noticias había sido observar la conducta de la corbeta en la mar, ratificando las impresiones expuestas por el alférez de navío Ibarreche en avance. Porque la *Mosca* se movía sobre las aguas cual cortesana entre gasas, aunque se percibiera que con un carenado en firme podía ser velera como pocas y marcar la milla muy por alto. Es cierto que para enjuiciar con veracidad un buque es necesario contemplarlo en diversas condiciones de mar y viento, pero ya sabía a ciencia cierta que la corbeta bajo mi mando era muy marinera, caía a la banda con pulsar la rueda en suspiro y, dato fundamental, era capaz de ceñir contra los ángeles en bandada^[61].

Continuamos la dura empresa durante cinco días más, sin dar respiro a mentes y brazos. Redoblamos los ejercicios de mar y guerra de sol a sol, una dura práctica poco deseada normalmente entre el equipaje y la guarnición. Por fortuna, y con cierta sorpresa, no saltaron malas caras ni murmullos al bies en demasía, salvo la actitud de un grupo escaso ya marcado, especialmente dos grumetes renegríos y hermanos a quienes llamaban los Veras, pura carne de presidio que fueron los primeros en chupar rebenque sobre el cañón para acabar en la tercera jornada con grillos y racionamiento de penas, condición que suele rebajar el ánimo de los más ariscados. Aunque comprobaba a vista clara que mucha pólvora necesitarían nuestros hombres para quedar acoplados

a la *Mosca* como costura de calzas, poco a poco se aclaraban ciertos progresos que nos hacían albergar esperanzas.

En principio pensaba continuar en las mismas condiciones hasta el día anterior fijado para la partida definitiva. No obstante, una opinión del segundo me hizo cambiar de opinión.

—Necesitaremos un día para recibir los víveres ingleses y arrancar en conveniencia a los 160 soldados portugueses, señor. También será conveniente rellenar la aguada y salir al ciento. Sin olvidar que deberéis girar visita a la Mayoría General de la escuadra...

—El mayor general me dispensó de la revista de salida. Nos limitaremos a entregar el estado de fuerza^[62] y la fecha exacta de partida a uno de los ayudantes de la mayoría por medio del guardiamarina Entreríos. Por cierto, que ya debe haber tomado el mando el teniente general Villavicencio. Espero saludarlo al regreso de la comisión.

—¿Lo conocéis, señor?

—En efecto. Cuando mandaba el bergantín *Penélope* en importante comisión a Indias sufrimos un terrorífico huracán en aguas de las Antillas. Acabamos desarbolados y con necesidad de navegar en bandolas^[63]. Conseguimos entrar en el arsenal de La Habana para reparar los muchos daños y gracias al general Villavicencio fue posible. Se trata de un gran señor y un jefe excelente.

—No es normal que salgamos a la mar sin que se despida del comandante general, señor.

—Nada en estos días corre por vereda de ley, segundo. Y ese particular detalle me lo ofreció el brigadier Somoza personalmente. La verdad, y quede entre nosotros, no preocupa mucho a la escuadra la partida de la corbeta *Mosca* en esta comisión, lo que es de comprender con los problemas que se le abren a diario en terreno propio. Pero tiene razón en que necesitaremos una jornada completa para esas faenas y llevar a cabo mi última visita al comodoro Traylor. Entiendo que deberán entregarnos algún cuaderno de señales, aunque se trate de escasa fuerza.

—En ese caso, señor, como mañana nos encontraremos en el primer día de marzo, esta noche deberíamos fondear junto a las fragatas británicas. De esa forma nuestros hombres podrían descansar algunas horas antes de la salida definitiva a la mar. Hay mucha mano con estrías en sangre y es de justicia reconocer que en conjunto se han esforzado al máximo.

—Tiene razón segundo y le agradezco su leal recomendación. No dude en llevarlas a cabo en el futuro, cuando así lo estime. El adiestramiento

continuará en la mar con el día a día, que no hay mejor escuela, y no es posible completar el cuadro en dos jornadas más. Mañana prepararemos el alojamiento de la tropa portuguesa y rellenaremos la aguada. Bueno, y el embarque de los víveres prometidos por el comodoro, si llegan.

—Llegarán, señor, que estos aliados no suelen faltar a sus promesas.

De acuerdo con los planes embastados, aquella misma noche largamos las anclas junto a las fragatas inglesas, que no habían mudado una pulgada su fondeadero. Redujimos las guardias al mínimo, para posibilitar el descanso máximo de los hombres. Y en las primeras horas de la mañana siguiente, como si hubieran leído nuestros pensamientos, se acoderaban a la *Mosca* dos lanchones britanos para comenzar el barqueo de los víveres prometidos, que, como asegurara el comodoro, comprendían muchas sacas de fresco y animales en vivo, condición que se agradecía a las claras. También a bordo de una lancha embarcaba un joven teniente para hacerme entrega del cuaderno de señales que sería de uso en las unidades de la división que bajo el mando del capitán de navío Traylor se haría a la mar en dirección a las islas Azores. El oficial inglés me transmitía que los soldados portugueses embarcarían en la mañana del día siguiente, así como los deseos del comodoro de visitar la corbeta *Mosca* y mantener una última charla en hora de mi conveniencia.

Aunque era condición normal y recomendable que quien debía mandar un conjunto de buques conociera las características de las diferentes unidades de su división, así como su verdadera situación de mar y guerra, me tomó por sorpresa aquella demanda. Reaccioné sin embargo con presteza y le sugerí la hora de la meridiana, para ofrecerle un almuerzo en mi cámara a continuación. Y no crean que me asustaba una visita superior a bordo, sino el hecho de que la corbeta se mostrara con el decoro que todo buque de la Real Armada debe ofrecer, aunque se purguen días de penuria, especialmente ante oficiales extranjeros. Por fortuna ya se había llevado a cabo un baldeo general de las cubiertas y roción de maderas, por lo que con placer podía comprobar que la *Mosca* era otro barco bien distinto al que abordara semanas atrás.

Sin pérdida de tiempo, expuse a mis oficiales la próxima visita del comodoro, confirmada por el mismo oficial inglés poco después, así como la necesidad de extremar las trazas externas de la corbeta y nuestras tradiciones de mar en cortesía. Aproveché la ocasión para analizar con ellos el cuaderno de señales recién recibido que en verdad componía un pequeño panfleto con las mínimas y necesarias indicaciones para posibilitar una acción en común. Desde luego, era importante comprobar que disponíamos de las banderas, gallardetes y cornetas que allí se expresaban, pero me extrañó su sencillez de

manejo, condición que era de agradecer cuando tan escaso tiempo se nos ofrecía. Comenté a mis hombres la extrema diferencia con los cuadernos de nuestras escuadras, más cercanos a biblias con doscientas páginas corridas, detalles mínimos y gráficos de todas las formaciones posibles. Les mostré el que heredara de mi padre, correspondiente a la escuadra de don Luis de Córdoba en 1782, cuando el Gran Sitio de Gibraltar, redactadas por el prestigioso general Mazarredo, que por entonces era su mayor general, y el concurso de quien fuera su primer ayudante, el entonces teniente de navío Escaño. Siempre fue comentario habitual que nuestros cuadernos de señales eran demasiado prolijos y detallados, verdaderos tratados de táctica naval y a veces sin la necesaria agilidad que se necesita en la mar. Era bueno disponer de diferentes fuentes y compararlas entre sí, de donde debíamos obtener enseñanzas a tener en cuenta para el futuro.

Mientras Entreríos embarcaba en la lancha hacia el buque insignia de la escuadra para entregar nuestro estado de fuerza actual y comunicar la fecha definitiva de partida, Ibarreche y Ordovás tomaron las riendas de la situación a bordo sin necesidad de más indicaciones. De esta forma marcaba el piloto la hora de la meridiana cuando ya se avistaba la lancha britana procedente de la fragata *Diomede* en dirección a nuestra corbeta. El portalón de la *Mosca* lucía en brillantes y la guardia de granaderos formaba con sus mejores galas, mientras esperaba en la meseta el arribo de quien asumía el mando de nuestra unidad.

Con fuerza de remos y una maniobra perfecta de su patrón, los marineros ingleses acabaron por arbolar la bancada de babor cuando ya se acoderaban a nuestro costado. Pocos segundos después y con la ceremonia de ordenanza, recibía a bordo de la corbeta *Mosca* al capitán de navío de la Royal Navy Edmund Traylor, comodoro de la fuerza expedicionaria en la que se encuadraba nuestra corbeta. Al llegar a la meseta y pisar cubierta, me destoqué al tiempo que recitaba la frase ritual.

—Es un gran honor recibirle a bordo de la corbeta *Mosca* de la Real Armada, señor comodoro.

—El honor es mío, comandante —aunque de forma discreta, el comodoro giró la vista hacia su alrededor—. Muchas gracias.

—Permita que le presente a los oficiales.

Tras el acto protocolario a popa del combés, paseamos en silencio por la cubierta, en la banda de estribor, con dirección a mi cámara. Ahora ya el comodoro inspeccionaba la corbeta a la vista y con detalle. Cuando tan sólo

había recorrido unos pocos pasos largó el primero de sus comentarios, con una agradable sonrisa en el rostro.

—A partir de ahora creeré en los milagros, comandante Leñanza. Bien, mejor sería decir que siempre creí en los buenos oficiales, aunque en este caso particular haya debido necesitar ayuda desde instancias superiores —elevaba una de sus manos hacia el cielo—. Debo reconocer, si me permite comentarlo y sin que suponga desdoro de ningún otro oficial, que es difícil reconocer esta corbeta como la misma que pasó muy cerca de nuestro costado semanas atrás, cuando regresaba de comisión por las Canarias. Ya había comprobado el cambio externo, como le dije a bordo de mi fragata, pero no sólo han mudado el ropaje.

—Le agradezco sus palabras, señor.

Llegamos a mi cámara, donde una vez tomado asiento junto a la balconada le ofrecí una copa de oporto, una bebida a la que era muy aficionado, según había comprobado en su buque.

—Quiero agradecerle, comodoro, los víveres recibidos esta misma mañana y en general todo su apoyo. Esta tarde el buque quedará listo para recibir e instalar a la tropa portuguesa.

—No he hecho nada especial, comandante. No olvide que somos aliados y debemos auxiliarnos mutuamente. Es posible que en otra ocasión la necesidad se produzca en sentido contrario. Pero entremos en materia, si le parece. ¿Se encuentra listo para salir a la mar?

—Bueno, dentro de las limitaciones que son insalvables, así es.

—¿Graves limitaciones?

—La falta de personal no tiene solución y hemos debido realizar juegos malabares para cubrir los principales puestos. En cuanto al acoplo del personal y el necesario adiestramiento, vamos por buen camino. Una vez en derrota hacia las islas Azores, continuaremos nuestro trabajo. El único problema se presentaría si debiéramos entrar en combate, porque no dispongo de suficientes artilleros, ni un cabo de cañón por pieza. De todas formas, haríamos lo posible, puede estar seguro.

—Comprendo su situación a la perfección. En la mar todo se repite, porque tal merma en el personal la viví hace años, cuando era un joven teniente embarcado en la fragata *Lively*, navegando desde el cabo de Hornos hacia el norte por el mar del Sur. Sufrimos una terrible epidemia de tifus que afectaba a casi toda la dotación. Por desgracia, no podíamos tocar puerto en ese lago hispano por hallarnos en guerra con España. Conseguimos arribar a las islas Galápagos, donde nos mantuvimos casi dos meses comiendo iguanas

y todo tipo de animales. Perdimos casi la mitad de nuestros hombres. El comandante decidió regresar a las islas británicas en vez de progresar hacia las aguas frías del norte, que eran nuestro destino. Y en aquella situación se nos vino encima un temporal corrido cuando doblamos el terrible cabo. Salvamos la fragata por bendición de los cielos. Seguimos derrota y por fortuna no topamos con ningún buque español, porque ni siquiera podíamos cubrir la mitad de nuestra artillería. Llegamos a puerto sin más novedad.

—Así es la mar donde decidimos vivir.

—En efecto. Brindemos por la mar, que en ella somos todos iguales.

Acepté el brindis, aunque pensara en mis adentros que ya gustaría yo de aquella igualdad, tras comprobar cómo se movía la dotación britana a bordo de la fragata *Diomedé*. Pero la visita transcurría a mi gusto, sin que un solo detalle desentonara del cuadro. A continuación se sirvió el almuerzo, en el que Okumé destacó de forma sublime, como pocas veces había comprobado en sus muchos años de compañía. De forma especial, el comodoro alabó una y mil veces las paletillas de cordero en salsa espesa con especias de caza, la especialidad de mi africano. Rematamos con unas natillas de media luna, para cubrir la marea con mi máspreciado aguardiente.

—Un almuerzo digno de un palacio, comandante, y no tome mis palabras como obligado reconocimiento. No comprendo cómo los franceses desprecian la comida española, porque en mi opinión, y le soy sincero, es de una gran categoría. Cuando llevemos algunas semanas en la mar estoy seguro de que recordaré el cordero que acabo de tomar. Y por supuesto sin olvidar los vinos espesos y este delicioso aguardiente, capaz de devolver la vida a un muerto. Es un nombre acertado para la bebida, ese de «agua ardiente» —reía, divertido—. En otros países sigue un camino parecido y a las destilaciones de muy alta graduación las llaman agua de vida o agua de fuego. Pero esta ofrece un aroma muy especial.

—Lo fabrican cerca de Cartagena, donde mi familia posee una hacienda.

—Ya sé de su elevada posición y categoría familiar, señor conde de Tarfí —elevó una sonrisa preñada de picardía—. El almirante Purvis, que tiene justa fama en la Royal Navy de saber hasta el mínimo detalle de amigos y enemigos me puso al corriente ayer, cuando llevé a cabo la oficial despedida en su navío insignia. Y debo declararle con orgullo que me enfrenté a su padre en el combate que libramos junto al cabo de San Vicente, donde su progenitor mandaba aquel espléndido navío, el *Santísima Trinidad*, una codiciada presa que no llegamos a disfrutar. Yo era teniente a bordo del navío de dos puentes *Egmont*, bajo el mando del capitán de navío John Sutton, uno

de los muchos que lo atacaron sin conseguir rendirlo. Y consiguió arribar a Cádiz utilizando alguna treta que bien conozco —ahora reía de forma abierta—, incluso chamuscando la fragata *Terpsicore*, mandada por el intrépido capitán de navío Richard Bowen. En fin, que las vidas de los hombres de mar se cruzan de las formas más inesperadas.

—No hay duda.

—Sé que murió a bordo del navío *Príncipe de Asturias*, tras el combate junto al cabo Trafalgar. También yo sufrí una terrible pérdida aquel sangriento día, en el que cayó herido de muerte mi hijo mayor a bordo del *Royal Sovereign*. Pero dejemos los temas tristes a la banda. Así es la guerra en la mar, lo que aceptamos por adelantado.

—Desde luego, señor. Mi padre también combatió en la defensa de Tolón al lado de tropas británicas. Bueno, ahora hemos de derrotar a Napoleón.

—No será fácil. En estos momentos, en el continente europeo solamente lucha contra España, que se resiste como nadie podía imaginar. Pero estoy seguro de que acabaremos por conseguirlo. Por cierto, que la defensa de Cádiz se estabiliza muy al gusto. No podrán tomar esta isla gaditana los franceses. Fue una fantástica idea el sistema de defensa.

—No imaginaban que se encontrarían en una operación más naval que terrestre.

—La utilización de la armada sutil por esos ríos y canalizos ha sido extraordinaria. No debería sorprendernos, porque en ese tipo de guerra, que comenzó con aquellas cañoneras del general Barceló durante el gran sitio de Gibraltar en 1779, ha sentado alta escuela la Real Armada. Tan sólo fallamos en el castillo de Matagorda, que bastantes vidas y armamento nos costaron, aunque no lo estimo tan importante y decisivo como otros aspectos. Desde luego, tal y como hemos podido comprobar, desde ahí y sus puntos adelantados al bajo de la Cabezuela pueden ofender a la ciudad de Cádiz con sus bombas, aunque se encuentren al límite de la máxima distancia. Los franceses pretenden intimar una rendición con sus ataques a la ciudad.

—Algo que jamás conseguirán —exclamé con rapidez, convencido de mis palabras.

—Eso desde luego. Creo que la defensa se ha estabilizado en firme. Además este pueblo parece estar acostumbrado a que le lluevan piedras y petardos desde los cielos durante siglos. Recuerdo que en el 1797 atacamos fuerte con aquellas grandes bombarderas, bajo el mando del almirante Nelson, y salimos trasquilados.

—Tiene razón. También yo lo recuerdo porque vivía durante aquellos días en la ciudad. El pueblo gaditano, con su característico humor, rebautizó aquellos artefactos como los bombos. Siempre sacan una coplilla de los peligros. Tan sólo temo que en esta ocasión destrocen mucho la ciudad.

—No es fácil a tanta distancia y ya hemos podido observar el escaso daño de unas bombas excesivamente lastradas. He oído que se preparan diferentes planes para atacar ese punto con sus cañoneras y nuestro apoyo, en una acción nocturna que los tome desprevenidos. De todas formas estaremos de regreso para esa acción. Sin embargo he de declararle que más me preocupa la situación de tantos presos franceses embarcados en pontones^[64], tomados en el combate de Bailén y de la escuadra rendida al almirante Rosily. También es un tema delicado la gran cantidad de buques de la Real Armada que se encuentran en la bahía y el arsenal incapaces de navegar.

—Lo de los presos tiene mala solución, aunque tuve conocimiento de que el almirante Purvis resolvería en parte el problema, tomando un buen número para su traslado a las islas británicas.

—Así es. Nos haremos cargo de unos cuatro mil con la mayor brevedad. También colaboraremos para que una cantidad similar sea transportada a Canarias y Baleares. Aquí, la verdad, son un peligro, porque más de ocho mil hombres supondrían un refuerzo formidable para el enemigo. El número de barcos españoles preocupa menos al comprobar que de momento, si no traen mucha tropa de refuerzo, los franceses serán incapaces de conquistar esta bahía. Pero para mayor tranquilidad esos buques deberán abandonar este escenario conforme sea posible y queden en seguridad, bien en Baleares o La Habana. La verdad es que conformarían una poderosa escuadra, si...

—Si dispusieran de pertrechos, aparejos, armamento y de forma especial hombres para marinarlos.

—Así es, sin duda. Cambiando de tema, comandante, hay un detalle — Traylor parecía haber recordado algo importante— que puede serle de utilidad. Entre los portugueses que embarcarán mañana en su corbeta se encuentra un buen número de artilleros experimentados. No creo que debamos enfrentarnos a buques franceses en cantidad, porque tan sólo algún corsario anda a la caza y normalmente de forma individual. Pero si llegara el momento podrían ayudarle al cañón.

—Pues no desprecio esa idea, que encuentro muy acertada y posible. Se lo comentaré al capitán que ha de embarcar a su mando.

—Seguro que colabora con gusto.

Todavía corrió el aguardiente de forma generosa, condición fácil de comprobar al observar el rostro del comodoro, que tomaba un vivo color anaranjado. Debió comprender que llegaba a su límite de bonanza porque decidió despedirse antes de que necesitara auxilio de brazos para el barqueo.

—Ha sido un almuerzo memorable, comandante Leñanza. Le repito que es un honor tener bajo mis órdenes a un caballero español que al mismo tiempo es un gran oficial de mar.

—Muchas gracias, comodoro. También yo me alegro de servir bajo sus órdenes.

—Ya sabe que me tiene a su disposición si sufre alguna urgencia durante nuestra derrota. Habrá comprobado que el cuaderno de señales es sencillo. Pero si le surge alguna duda puede pasarme a la voz cualquier requerimiento.

—Así lo haré.

—Cuando embarque el personal portugués y se encuentre listo para salir a la mar, comuníquelo por señales. Me gustaría abandonar esta bahía cuanto antes.

—¿Alguna novedad que deba conocer? —pregunté interesado.

—Como recordará para conseguir retrasar la salida definitiva alegué al coronel portugués una importante bajada del barómetro. No era más que una salida sin base real. Acabé por recibir uno nuevo hace un par de días, lo que me alegra porque confío en su uso. Pero ahora resulta que baja de verdad y con bastante rapidez. Si ha de llegar temporal de orden prefiero correrlo en la mar a la brava que enjaretado contra tierra.

—También yo, señor.

—Esperemos que no sea de templar gaitas, como dicen ustedes, especialmente con la escasa dotación de la que disfruta. Bien, comandante, una vez más le agradezco esta deliciosa velada.

Despedimos al comodoro británico con los mismos honores que a la llegada, aunque tomara un peligroso balance corporal cuando embarcaba en su lancha, más a causa de los caldos ingeridos que al estado de la mar, en pura calmería. Y conforme se alejaba de nuestro costado continuaba saludando con el gorro en su mano.

Quedé muy satisfecho de la visita recibida. Y como tantas veces había expresado mi padre y el general Escaño es posible que otro rumbo hubiera tomado nuestra historia si la alianza con los britanos se hubiera entablado con suficiente anterioridad. Pero ahora era momento de pensar en las jornadas que se abrían a proa, embarcar a los soldados portugueses y salir a la mar, una condición esta última que me animaba. Por fortuna el aguardiente ingerido me

hizo alejar del cerebro las estampas de la familia entre franceses y Beto luchando contra ellos, esa pesadilla que no era fácil desterrar.

* * *

En las primeras horas del día siguiente recibí aviso de que un grupo de embarcaciones se dirigían hacia nuestra corbeta. Tal y como comprobamos poco después se trataba de las fuerzas portuguesas a transportar. En la primera de las lanchas y destacada del resto se apreciaba la presencia de dos oficiales. Fueron recibidos por el alférez de navío Ibarreche y poco después los saludaba en el alcázar. Se adelantó el más caracterizado, un capitán de infantería enjaezado con un impecable y vistoso uniforme que sin embargo no enmascaraba su poderosa corpulencia. De una estatura pareja a la mía, me saludó en un correcto castellano.

—Señor comandante, queda a sus órdenes a bordo de esta corbeta de la Real Armada española, con honor y placer, el capitán de la infantería portuguesa José Luiz Lopes de Moura.

—El placer es mío, capitán.

—Me acompaña, al mando de 161 hombres, parte del regimiento portugués encuadrado en la división anglo-lusitana, el teniente Joao Rodrigues.

Saludé también al teniente con afabilidad. La pareja parecía conformar una compensación burlesca, porque en este caso se trataba de un joven de corta alzada, magro de carnes, muy moreno de cabello y piel, así como unos ojos negros que hablaban por sí mismos.

—El segundo comandante les indicará donde han de arrancar, entre mis oficiales, así como el espacio reservado para sus hombres. Como pueden suponer, el hacinamiento de la tropa y marinería en un buque es notable, aunque espero que no sufran demasiadas incomodidades.

—Lo comprendemos perfectamente, señor —alegó el capitán con rapidez—. Están acostumbrados porque mucho hemos navegado en buques ingleses.

—Habla muy bien nuestro idioma, capitán. Ni siquiera se le percibe un mínimo acento.

—Mi madre es española, señor, natural de Cáceres. Como mi padre servía en la Marina y se encontraba casi siempre embarcado pasé grandes temporadas en una hacienda de mis abuelos por tierras extremeñas. Y le soy muy sincero al asegurarle que he disfrutado al llegar a Cádiz para luchar al lado de ustedes. Después de todo, la mitad de mi sangre es hispana.

Como saben mi inclinación a las primeras impresiones debo declarar que desde el primer momento aquel hombre me entró por el ojo derecho. Era sincero, de alegría contagiosa y con una nobleza personal digna de la mayor alabanza. El tiempo me dio la razón, porque en todo momento cumplió con su deber, como podrán comprobar en estos cuadernillos. Pero era hora de rematar la faena, por lo que comenzó de inmediato el barqueo de la tropa portuguesa, siendo instalados con rapidez. Y ya debo aclarar que en líneas generales se trataba de soldados buenos y honrados, dispuestos a darlo todo en cualquier momento. Si por mi parte había considerado siempre a los portugueses como compatriotas separados por una raya absurda, a partir de aquella experiencia comprobé lo cierto de esta inicial idea. A lo largo de mi vida, los sentí tan cercanos o más que españoles de otros reinos.

Aquel primer día invité al capitán Lopes de Moura a almorzar en mi cámara, con lo que comencé a estrechar lo que acabó por ser una excelente amistad personal, por encima de rangos o nacionalidades. Sus hombres arrancharon a bordo sin problemas ni protestas mayores, con lo que aquella misma tarde comunicaba a la capitana por señal de banderas, de acuerdo al código recibido, que la corbeta *Mosca* se encontraba lista para salir a la mar. La respuesta no se hizo esperar, ordenándose a los tres buques quedar listos con un ancla a las seis de la mañana del día siguiente.

Cuando ya el crepúsculo se cerraba en luces, de acuerdo a mi norma habitual, cené con los oficiales en su cámara, aportando buenos alimentos y caldos gloriosos de mi propia despensa. Brindamos por el éxito de la empresa y el deseo de que la mar y los vientos nos fueran generosos. Sentí no haber podido celebrar misa a bordo en rogativa, como era habitual en los buques de la Armada, pero la merma del capellán lo impidió, que de todo faltaba por aquellos días. Y en ese apartado no podía recibir auxilio britano.

Aquella noche no sufrí pensamientos cruzados sobre la misión a encarar, salvo cierta preocupación por el estado de la mar, una vez escuchadas las palabras del comodoro. No obstante el necesario reposo se vio interrumpido por nuevas escenas que mi imaginación alumbraba en la hacienda de Santa Rosalía. Las mujeres y los niños ocupaban el marco central, con oficiales franceses acosándolos de forma grosera. De forma especial era el rostro de Eugenia, hermosa y angustiada, que parecía reclamar mi auxilio, la estampa que más dolor producía. Por fortuna conseguí entrar en profunda modorra cuando ya picaba la segunda hora. Encaraba una nueva operación en la mar como comandante de un buque, aunque en esta ocasión parecía tarea sencilla, si la mar no nos rifaba las barbas. Pero bien saben los creyentes a bordo que si

los designios del Altísimo son inescrutables en tierra, en la mar se multiplican de forma generosa.

12. Beto larga el aparejo

Embarqué en la fragata *Perla* con el ánimo apretado en cueros, desazón abierta en el pecho y pensamientos de cruce sin un mínimo atisbo de tranquilidad espiritual, jamás había pisado la cubierta de un buque en tan negativa condición, como si asistiera a un requerimiento de la Santa Inquisición en vez de atacar morada propia con placer. Bien sabe Dios que no disfruté de ese característico perfume de mar, tan añorado en los últimos meses. Y ni siquiera me sentí interesado por los detalles de a bordo, que en cualquier otro momento habrían avivado la imaginación sin medida. La nube negra se cernía de tal forma sobre mi alma que estimaba perdida la capacidad de un mínimo análisis con la necesaria objetividad, cualidad más que necesaria en aquellos momentos de especial dificultad.

La auténtica realidad era que no podía apartar la imagen de la familia, enclaustrada a la fuerza en la hacienda de Santa Rosalía. Aquel conjunto de escenas imaginadas con tenebrosos detalles, a cuál más dolorosa, se revolvía en círculos por mi cerebro, clavando agujas a su paso. Y para colmar el cuenco del desasosiego, si ello era posible, un nuevo y negativo factor entró en escena tras enhebrar una alargada charla con Miguelillo. El joven campero, despierto y listo como águila culebrera, decidió sincerarse conmigo después de mucho insistirle, a pesar de la prohibición impuesta por su padre sobre un tema que consideraba altamente escabroso. Por fin, y con la vista dirigida hacia abajo, me comunicó haber escuchado posibles acciones de un teniente francés contra la joven Cristina, más allá de la simple grosería. Como es fácil suponer, la sangre se calzó a borbotón hasta nublarne la cabeza, debiendo apretar los puños en hierro para sentir un necesario dolor. Y en consecuencia era acción imposible dejar de imaginar que ese malparido y putaño teniente gabacho intentara ampliar el cerco de sus excesos y requiebros hacia las jóvenes madres, pensamientos que me nublaban la vista en rojo.

Una vez a bordo leí una y mil veces la nota de María Antonia, llegada hasta el comandante de la fragata, un pequeño recado escrito con prisas, donde por mi parte intentaba encontrar detalles ocultos. Sabía de la prudencia de quien considerábamos como madre y la posibilidad de que no hubiera expuesto todo lo que realmente ocurría en Santa Rosalía, para no exacerbar nuestro posible comportamiento, sospecha que se acentuaba tras haber escuchado las palabras de Miguelillo. Era consciente de que la empresa a encarar conformaba sin duda la más difícil y peligrosa que jamás abordara en mi vida, así como la más importante para los de mi sangre, por lo que debía conservar la mente clara y no dejarla entrar en arrebatos.

Por suerte el capitán de navío Martínez de la Hoz era un buen hombre y excelente compañero que me brindó toda clase de facilidades. Incluyó al rapaz como criado particular en el cuaderno de embarque y me ofreció arrancar con sus oficiales en comisión de transporte, sin misión alguna a bordo, aunque me ofreciera para aliviar la merma de su equipaje, como era condición habitual en nuestra Armada por aquellos días. Pero también agradecí sus palabras y consejos, tan necesarios a veces cuando se abordan penalidades de tipo personal. Como se encontraba al corriente de la situación fue sencillo atacar el tema al ser recibido en su cámara.

—Mucho siento la situación en que se encuentra su familia, Beto. No deberían suceder tales casos entre personas civilizadas.

—Muchas gracias, señor. Pero olvida que los franceses no parecen ser civilizados o han olvidado tal condición con extrema rapidez.

—Eso podemos deducir de las barbaridades que de ellos se cuentan. ¿A qué distancia se encuentra esa hacienda de su familia desde la ciudad de Cartagena?

—Unas veinte leguas, más o menos.

—Una respetable distancia para recorrer con cuatro señoras y dos niños.

—Especialmente si tenemos en cuenta que no podremos utilizar los caminos habituales, a causa de la posible presencia de los soldados franceses.

—Ya me comentó ese jovencuelo que por dicho motivo debió correrse hacia veredas de sierra más propias de pisteros. Será peligroso alcanzar la hacienda, pero misión más que comprometida el regreso a Cartagena con señoras poco habituadas a transitar por esos rastros.

—No crea que no lo he pensado con detenimiento, señor. Para mi tranquilidad repito una y otra vez que son mujeres fuertes, aunque en verdad no sé en qué estado se encontrarán. Pero queramos o no deberán soportarlo, cueste lo que cueste.

—Hay un aspecto importante de esa empresa que no debe olvidar en ningún momento, Beto. En caso de ser apresado por los franceses vistiendo ropa civil sería ajusticiado sobre la marcha y sin remisión. No disfrutará de consejo o tribunal alguno.

—Soy consciente de tal situación. Pero con toda sinceridad es lo que menos me preocupa en estos momentos. Tan sólo deseo llegar allí cuanto antes y cortarle el gaznate a ese putón gabacho.

—Si se deja nublar por esos pensamientos en poco podrá ayudar a su familia. Debe actuar con astucia y cabeza fría por encima de todo. ¿Cuántos hombres se encuentran en la hacienda bajo el mando de ese teniente?

—Una docena de heridos cuando Miguelillo abandonó la casa. Hubo momentos en que superaban los treinta, por lo que es difícil calcular los que deberé afrontar. También ese teniente se encontraba lesionado en una pierna, pero parece alargar su convalecencia lo más posible para seguir viviendo como marqués en palacio propio. Como protección mantienen una guardia de escasos hombres, cinco o seis, aunque el joven no lo sabe con exactitud. Es imposible predecir o planificar alguna acción hasta disponer de noticias exactas.

—En efecto —el comandante movía la cabeza con pesar hacia ambos lados—. No quiero desanimarlo, amigo mío, pero no parece empresa para ser encarada por un hombre solo, por mucho que...

—Es posible que disponga de ayuda, llegado el momento. El progenitor del rapaz se ha unido a una partida que opera en las cercanías. Suele visitar con cierta regularidad a su padre, un anciano muy fiel a la familia, y a su hijo Miguelillo, que además les suministra carne de caza y algunos alimentos. Si por suerte se encuentra en esos días cerca de la hacienda no creo que le importara hacer frente y liquidar a esos franceses con sus compañeros.

—Les rebanarán el cuello, que esos hombres no suelen hacer prisioneros.

—Si le digo la verdad, señor, poco me importa en estos momentos esa falta de humanidad.

El comandante me miró con gesto paternal, inclinando su cabeza en asentimiento.

—Comprendo sus palabras. En su caso cualquiera pensaría de la misma forma. Bueno, después de todo puede ser una bendición caída del cielo ese apoyo de la partida, si cuadra en tiempo y forma. En fin, no sé qué más decirle, porque comprendo lo que debe estar sufriendo. Siento no poder ayudarle más, pero se escapa de mis manos. Tan sólo le reitero la necesidad

de actuar con la cabeza y dejar los sentimientos aparte hasta que tenga a ese francés bajo sus manos.

—No es tarea fácil.

—Pero necesaria. Después, para el necesario regreso hacia esta plaza, deberá encomendarse a los cielos.

—Ya lo suponía, señor. Elevaré plegarias a todos los santos en rogativa de rueda.

—Nada me complacería más que tomarlo con su familia a bordo de esta fragata en el tornaviaje, señal de que todo se ha cumplido a la buena. Porque según me comentó el comandante general de la escuadra cuando me despedí de él es posible que embarquemos algunas familias significadas hacia Baleares, antes de regresar a Cádiz. Deberé esperar órdenes del capitán general y coordinar con el comodoro Manson en tal sentido.

—También yo daría una de mis manos para que se cumpliera esa posibilidad.

—No pierda el ánimo —golpeó mi hombro con afecto—. Siempre exhibió un contagioso optimismo.

—Falta me hace en estos momentos.

No fue tarea sencilla mantenerme ocioso en la fragata, atacado solamente por los pensamientos que tanto deseaba evitar. Para colmo de males, que los temporales siempre acuden amadrinados con olas en crestas, aquella misma mañana que debíamos abandonar la bahía de Cádiz, cuando acabábamos de embarcar las piezas artilleras a transportar hacia Cartagena, partió el obenque^[65] de babor del palo mayor con estruendo. Nunca había vivido una situación tal, con un buque sin esfuerzos a la vista, clara indicación de cómo se movía la cabuyería en aquellos días. Y gracias debíamos conceder a los cielos de que atravesáramos tal situación con el buque fondeado y aguas en calma, porque de él dependía la suerte del mástil. Tras una composición de emergencia debimos movernos hacia el arsenal de La Carraca para repararlo, difícil condición, porque no sobraban los cabos de fuerza y fue necesario el apoyo británico.

De esta forma pasaron los días con una exasperante lentitud y el buque no se encontró listo para salir avante hasta una semana después. Dudé en contactar con mi cuñado *Gigante* y explicarle el retraso, pero lo supuse atareado como nunca a bordo de esa corbeta *Mosca*, que mostraba a la vista luces de miseria según me habían comentado. No habría conseguido más que aumentar su preocupación, lacra que sufriría como yo o más todavía al quedar

en desconocimiento, aunque siempre la mar ahuyente los miasmas del cerebro en complacencia.

Por fin llegó el momento esperado, una vez reparado en firme el maldito obenque y sus guardas. Tras ser remolcados por un lanchón del arsenal, abandonamos el establecimiento en el que tanto había sufrido. Poco después éramos acariciados por un viento suave que nos entraba de popa, con lo que largamos el trapo suficiente para salir por el caño de La Carraca y atacar la bahía. Me encontraba en la toldilla conversando con el comandante y el segundo, habiendo avanteado el fuerte de San Luis, cuando un joven oficial nos avisó de que la corbeta *Mosca* y dos fragatas britanas quedaban ya por nuestra aleta de estribor. Tomé con rapidez un anteojito para dirigirlo en la mencionada dirección, con tiempo suficiente de observar la figura de *Gigante* en el coronamiento, que estaba seguro intentaba descubrir mi presencia a bordo. Alcé mi mano en saludo, pero ya la distancia se abría en demasía y no debieron reconocirme.

He de ser sincero y afirmar sin rebozo que en aquellos momentos sentí una sana envidia de mi buen amigo y compañero. Un mando en la mar es presa codiciada por cualquier oficial de guerra, especialmente en aquellos días con tan pocas unidades a disposición. Fue el segundo comandante de la fragata, teniente de navío Fernando Alcaraz, buen amigo con quien coincidiera algunos meses destinado en la fragata *Matilde*, quien lanzó una observación que poco me extrañó.

—Parece que a la corbeta *Mosca* le han dado un baño glorioso de proa a popa. En poco se parece a la que se encontraba fondeada caño adentro hace un par de semanas solamente.

—En efecto —corroboró el comandante—. Reluce el amarillo a oro viejo. ¿Dónde habrá conseguido su cuñado pintora en tal cantidad? Ni media onza me concedieron en el arsenal a pesar de mis lamentos.

—Ya imaginaba algo parecido. El capitán de fragata Leñanza es capaz de haberla comprado de sus propios fondos —aseguré entre sonrisas—. No se para en barras *Gigante*, bien lo sé yo.

—Creo que sale en dirección a las islas Azores, con las dos fragatas británicas que se encuentran fondeadas junto a ella. Según parece, se trata de misión sencilla. Deben trasladar un regimiento portugués.

—Así es —corroboró el comandante.

Cuando ya la silueta de la corbeta era una pequeña mancha en el horizonte, decidí olvidar la diferente suerte sufrida en el reparto de misiones. En verdad que me alegraba por mi cuñado, a quien consideraba merecedor de

tal prebenda muy por largo. Además, estaba seguro de su dolor y que habría deseado acompañarme en la aventura. Desde luego, no era *Gigante* de los que escondían la tripa en momentos de trance. Por primera vez desde que entráramos como ayudantes del general Escaño partíamos en direcciones opuestas. Y bien saben los dioses que deseaba un reencuentro feliz de toda la familia, una escena que me hacía suspirar de placer.

Cuando nos encontrábamos tanto avante con el castillo de San Sebastián, a suficiente distancia para librar sus peligrosos bajos donde perecieron tantos buques a lo largo de la historia, el viento parecía entablado del noroeste y fresco de fuerza, por lo que el comandante decidió largar todo el aparejo. De esta forma sentí vibrar la gacela con aquel generoso soplo que nos entraba a más de un largo. Fue entonces cuando observé tres unidades inglesas que izaban señales por banderas, cerrando distancia sobre nosotros. Lancé la pregunta al aire.

—¿Nuestros compañeros de viaje, comandante?

—En efecto. El navío *Rodney* con las fragatas *Phoebe* y *Naiad*. Buena compañía por si aparece alguna pareja corsaria francesa.

—Tenía entendido que esos corsarios gabachos eran de porte inferior a una fragata.

—Así es, al menos los establecidos en el Mediterráneo durante los últimos meses. Parece que Málaga es una de sus bases permanentes, donde se abastecen tres o cuatro bergantines y alguna balandra. Intentan entorpecer nuestro tráfico costanero y algún disgusto han producido. Pero si supieran que esta fragata, con media dotación solamente, no es capaz siquiera de cubrir sus 34 cañones, intentarían atacarla por una pareja al tiempo. Y lo pasaríamos mal, puede estar seguro. Pero peor será en el tornaviaje.

—¿Por qué?

—Porque además de los cañones que llevamos en transporte para desembarcar en Cartagena y defender la plaza de un posible ataque francés, si el capitán general de aquel departamento lo considera necesario, tenemos orden de desembarcar parte del propio armamento hasta un tercio. Y también rige tal medida para los buques ingleses. Pero a la vista de un navío y tres fragatas no se atrevería corsario alguno.

—¿Acaso se espera un ataque francés contra la plaza de Cartagena?

—Se sabe de la presencia cercana de tropas. También corren rumores de que un ejército intenta moverse desde Granada hacia el reino de Murcia —el comandante creyó que dicha información podía preocuparme en exceso, por lo que intento allanarla—. Pero ya sabe que las noticias llegan tarde y mal, si

es que arriban alguna vez, con los franceses dueños de casi toda España. No obstante, todos son conscientes de que Cartagena es una plaza codiciada. Por suerte se encuentra muy bien defendida, con su muralla y castillos, aunque sufran una gran escasez de cañones. En los primeros meses de la guerra casi todo se entregó a los ejércitos en formación.

—Mucho despotricaba el general Escaño al sufrir esa condición. Sería desastroso perder también Cartagena. Y si atacan en firme, supongo que lo conseguirían.

—Por esa razón se embarcan las familias principales hacia las islas Baleares. Además de desembarcar la artillería, por si acaso y siguiendo las recomendaciones britanas, en nuestras órdenes se especifica tomar de su arsenal todo lo que sea de posible utilidad en Cádiz.

—Es lógico. Nunca olvidan los britanos esas posibilidades.

No me supieron a gloria aquellas noticias de movimientos franceses por la región, especialmente si tenemos en cuenta que la vereda real que enlaza Murcia con las Andalucías y el reino de Granada en particular pasaba relativamente cerca de la villa de Cehegín. Pero no era cosa de cargar la chimenea con maderas húmedas por adelantado, intentando en consecuencia apartar aquellos pensamientos.

El viento a favor se mantuvo de gala hasta que por nuestra amura de babor se abrió a la vista el cabo Trafalgar, momento en el que comenzó a decaer de fuerza, al tiempo que rola hacia el sudoeste. Fue entonces, a la vista del cabo que tan tristes recuerdos aparejaba, cuando el comandante hizo formar a la dotación en cubierta. A continuación dirigió con el capellán una plegaria en recuerdo de los más de mil hombres caídos en el combate cinco años atrás. Si era una norma establecida en los buques de la Real Armada, para el capitán de navío Martínez de la Hoz presentaba una condición especial. Porque entre tanto hombre perdido se encontraba su hermano mayor, desaparecido con los heridos que se fueron a los fondos propios del dios Neptuno entre las reliquias del navío *Santísima Trinidad*.

Atravesamos el estrecho sin complicaciones, aunque el viento continuara su role perezoso hasta quedar en un sudeste sucio y fresquito que nos hizo enmendar en bordo para afrontar más adelante el cabo de Gata. Como el navío *Rodney* marcaba aguas a proa, nos limitábamos a seguir sus movimientos, teniendo en cuenta que el 74^[66] era incapaz de bolinear como las fragatas. Y aunque mis pensamientos andaban perdidos en otros derroteros, era triste comprobar la escasez de marineros y grumetes de oficio a bordo de la *Perla*. Cualquier maniobra, por sencilla que fuese, exasperaba a

contra maestres y oficiales hasta el paroxismo, al comprobar su lentitud, torpes movimientos e incapacidad marinera. Pero así se manejaba la marea en nuestros buques por aquellos días, una desidia general a la que por desgracia nos habíamos acostumbrado.

La navegación se ralentizó todavía más cuando tanto avante con el cabo de Gata intentamos enmendar el rumbo con proa al nordeste cuarta al este. Porque si ya el viento tontoneaba por más y variaba en fuerza al gusto de los cielos, cayó sin aviso a la superficie en calmazo de muerte. En esas condiciones nos mantuvimos una jornada completa, que como es fácil imaginar me hacía entrar en profunda desesperanza. Aunque volvió a soplar fresquito, nos venía de levante puro con inconvenientes para la derrota a seguir. Pero tras una travesía que casi alcanzaba la semana completa acabamos por fondear al abrigo de la muralla cartagenera en las primeras horas del día tercero de marzo. Acudí sin pérdida de tiempo a despedirme del comandante, que se encontraba en la toldilla con el teniente de navío Alcaraz. De la Hoz volvió a hablarme con tono paternal.

—Le deseo mucha suerte en esa difícil empresa que acomete, Beto. Si ya es complicada por sí misma debe añadirle que habrá de moverse por senderos de tierra, donde los hombres de mar nos sentimos encenagados. Le repito una vez más que me gustaría ofrecerle cualquier ayuda, pero no recibimos las pagas desde hace ocho meses y...

—No debe preocuparse por ese determinado aspecto, señor, que nada me preocupa. Por fortuna mi cuñado disponía de fondos en generosa cantidad y me entregó una bolsa con suficientes doblones de oro como para comprar un palacio.

—Si es importante disponer de hacienda propia en condiciones normales, en este caso particular parece vital, porque deberá adquirir animales, alimentos y ropa. Sin embargo puedo ofrecerle algún armamento, que le será de utilidad.

—He pensado en ese detalle. No encaja en un hombre del campo, cuya identidad he decidido aparentar, andar por esos caminos con sable o armamento a la vista.

—Es una pena. Todos saben que eres famoso por tirar a esgrima como uno de los mejores —el segundo intentaba insuflarme ánimos con una alargada sonrisa—. Bueno, tampoco se te da mal el tiro con pistola.

Fernando se refería al duelo sufrido años atrás contra un profesional al que di muerte, circunstancia que se había corrido entre los miembros de la Armada.

—Ya me gustaría batirme con ese teniente francés cara a cara, bien sea a espada o arma corta. Sin embargo, comandante, he pensado que me será posible incorporar un par de pistolas en la faja, a la trasera y por fuera de la vista. Algún instrumento de fuego necesitaré en esta empresa, no hay duda.

—Aunque entregamos gran parte del armamento portátil al arsenal tenemos suficientes pistolas a bordo. Diré que le escojan dos ejemplares en buen estado, así como pólvora y balas suficientes. Quizás pueda pasar también entre sus ropas un chuzo.

—Es demasiado grande. Además de las pistolas, me gustaría contar solamente con algún arma blanca que sea manejable.

—Los cuchillos a cargo del matarife pueden servir —volvió a indicar Fernando—. He visto algunos que se asemejan a puñales cacheteros de doble filo, típicos de los maleantes. También pueden serte de utilidad las hachuelas de abordaje.

—Creo que con un par de esos cacheteros será suficiente. El rapaz nada necesita porque ya dispone de un puñal que según sus palabras puede clavar en el morro de un cochino a veinte pasos.

—Es valiente y despierto ese muchacho. Creo que le será de mucha utilidad.

Fue entonces cuando recordé la necesidad de información que el segundo podía proporcionarme.

—Por cierto, Fernando, como tú eres cartagenero, sabrás dónde puedo comprar dos buenos animales, el atuendo necesario y víveres.

—Si el comandante me autoriza, desembarcaré contigo y te lo indicaré personalmente. Sé donde puedes agenciar todo ese material.

—Por supuesto. En cuanto den la lancha al agua, acompañe a Beto el tiempo que necesiten.

—Muchas gracias por todo su apoyo, comandante. Espero regresar antes de que partan hacia Baleares.

—Ya me gustaría. Buena suerte y recuerde que ha de mantener la cabeza fría.

Atacado en el estómago por nervios e inquietud extrema azucé a Fernando para desembarcar cuanto antes. Y aunque me parecía que el tiempo se había detenido como por encanto dos horas después alcanzaba en la lancha de la fragata la escala real del puerto en compañía de mi compañero, con Miguelillo pegado a los talones. Y sin perder un segundo, cuando ya el sol cruzaba la meridiana, el teniente de navío Pignatti aparentaba una condición bien distinta a la de su empleo en la Armada.

Tras adquirir las ropas que estimaba adecuadas, vestía jubón gastado, camisa y chaleco de lana que habían visto tiempos mejores, así como un sobretodo de una talla superior a la mía, forrado en hule y muy raído, que me permitía ajustar las dos pistolas enfajadas a la espalda sin llamar la atención. La única prenda sin dentelladas era una montera negra, de las de pico en frente. Para embarcar en los animales, mantas de hilada y dos atados donde incorporamos queso, chorizos y una hogaza de pan partida en cuartos. Y aunque el comerciante hablaba de gran dificultad para conseguir animales recios, al observar las monedas de oro cambió de talante. Como por arte de magia, en escaso tiempo aparecía su hijo con dos Mulas de paso, tordas, fuertes y sanas a la vista, que podían rendir el trabajo a la perfección.

Una vez despedidos de mi amigo Fernando, atravesamos la puerta norte de la muralla, la que llamaban del camino hacia Murcia. En prevención, habíamos rellenado el estómago a conciencia en una venta extramuros, un almuerzo de despedida en el que Miguelillo devoró dos cuartos de cordero sin rechistar. Y de momento colgaban de las monturas agua y vino en cantidad suficiente. Fue el momento de entregar mi futuro en manos de aquel rapaz espigado y magro de carnes, renegrío y vivaracho, a quien con el tiempo llegué a tomar un extraordinario cariño.

—Bueno, Miguelillo, ahora comienza tu trabajo. Ya me dirás por dónde asomamos el morro.

—Si le parece bien, señor, atacaremos el mismo recorrido que me trajo a esta plaza sin problemas. De momento podemos cabalgar por vereda de ley a la luz del día. Pero más adelante, una vez atisbemos el camino real de Andalucía, deberemos tomar precauciones. Como suelo preguntar a los campesinos en cruce, si nos dan noticia de tropas francesas descansaremos de sol a sol, bien tapados a la vista, para movernos entrada la noche.

—Lo que tú digas.

De esta forma, encaraba la empresa por derecho y sin más cavilaciones, llegado el momento definitivo. Era mucho lo que me jugaba en el envite, nada menos que la seguridad y futuro de la familia, así como mi propia vida. Debía extremar las precauciones y, llegado el momento, demostrar arrojo y valor por troneras. Pero estaba dispuesto a todo y tan sólo la figura del desconocido teniente francés, a quien mi imaginación amadrinaba tintes cercanos a ruñan con cuernos, se paseaba por el cerebro en fuego.

Aunque era poco propenso a los rezos, decidí que era llegada la ocasión de encomendarme a Nuestra Señora del Rosario, que ha amparado con

extremo cariño a los hombres de mar durante siglos, aunque en este caso anduviera sin aparejos y con derrota de secano.

13. Abiertos a la mar

Clareaba en luces el cuarto día del mes de marzo cuando la fragata *Diomede* izaba la señal compuesta por la bandera número 7 sobre corneta amarilla, cuyo significado en el cuaderno de instrucciones y señales era el de levar anclas y seguir los movimientos de la capitana. A continuación mostraba una nueva en la que se ordenaba orden de marcha en columna según el orden natural y libertad de distancias entre buques. De esta forma, abriría aguas la fragata insignia, seguida a popa por la *Arethus*a y la corbeta *Mosca* cerrando la línea. Esperé a que las dos compañeras tuvieran las anclas a punto de estiba en sus amuras para ordenar nuestra leva. Y pocos minutos después las tres unidades embocábamos la bahía, impulsadas por un viento fresco del sudoeste.

Por nuestra parte, largamos todo el aparejo al avanzar el bajo de la Cabezuela, con proa al norte cuarta al oeste, y el viento entrando por el anca^[67] de forma generosa. La corbeta *Mosca* era de raza, me dije para las tripas, al comprobar cómo saltaba adelante cual potro enraizado y con alegría en los cascos. Me sentí feliz al observar que éramos capaces de largar al copo todo el trapo^[68] sin mayores contratiempos, aunque poco después el contramaestre debiera salir hacia proa con urgencia, al comprobar que el foque llamaba a malas en persistencia. Ganábamos velocidad al tiempo que percibía esa emoción sin comparación posible; sentir la brisa de la mar contra el rostro, turbonadas en masaje de cabellos y gotas en suspensión que dejan un inconfundible rastro de sal en los labios. Hay quien piensa que los hombres de mar tienen el cerebro perdido por querer vivir en un medio tan hostil y cambiante como ese que nos rodea en permanencia y que por desgracia no siempre muestra cuadros de alegría. Pero así fuimos paridos en el alumbramiento y nada nos ha de cambiar a lo largo de los años.

El crepúsculo se había abierto en la bahía de regular cariz, con rumazón negra por el sur y un viento racheado en parches poco apropiado al alba.

Después de todo, se mostraba en acuerdo con la última notificación recibida del comodoro la noche anterior, en el sentido de que el barómetro continuaba bajando y deseaba forzar la vela en las primeras horas para separarnos de la costa y ganar barlovento cuanto fuese posible. No gustaba mucho por mi parte de la puchera abierta en la mesa, que no era conveniente sufrir temporal contra la cara en las primeras singladuras y con la dotación en verde. Y aunque la capa es la mejor escuela para los marineros y grumetes de nuevo cuño prefería tomar tal situación con mis hombres más acostumbrados a los golpes de mar. La recia voz del capitán Lopes de Moura me sacó de esas cavilaciones tan poco optimistas.

—Creo que no le gusta el panorama con que arrancamos esta comisión, comandante.

—Así es, capitán. Baja el barómetro y este viento del sudoeste no suele amadrinar golondrinas. Además parece cerrarse a tope por el sur. Desde esa dirección precisamente se sufren los peores temporales en esta bahía, una situación peligrosa para los buques españoles fondeados con cables que deberían haber sido sustituidos hace muchos meses. Por fortuna, si se abre a malas, espero que nos tome a suficiente distancia. Y tampoco gustaría de capear olas en ampollas con tan pocos marineros, muchos de ellos con una semana escasa de mar en sus venas.

—Todos pasamos por malos momentos en estos días. Ya sabe que puede contar con mis hombres para lo que necesite, llegado el momento. De mar saben poco, es cierto, aunque hayan navegado bastantes veces en situación de transporte. Pero pueden arrimar el hombro y jalar de un cabo a muerte, si se les explica lo que han de hacer. Bueno —sonrió con rostro de disculpa—, supongo que jalar no es un verbo cabal a bordo, con ese especial idioma que usan los hombres de mar en cualquier nación.

—En efecto. Para esa acción solemos utilizar el de cobrar.

—Me gusta aprender palabras marineras, ya sea en castellano o portugués. En cuanto a mis hombres, hace algunos meses sirvieron en las bombas de un navío británico durante bastantes horas. Y como creían que bajaban al fondo del mar sin remedio sudaron lo suyo.

—Le agradezco su ofrecimiento. Pero ya que aborda ese tema había pensado en un cometido particular, si le parece bien. Como sabe no podría cubrir toda la artillería llegado el momento de entrar en combate, por falta de personal. Aunque las probabilidades de que esa situación se produzca son lejanas no viene mal tenerlo previsto. Pensaba pedirle que designara alguno de sus artilleros para esa específica misión. No es la primera vez que se

emplean hombres del Ejército en dicha tarea. Sin ir más lejos, en el combate de Trafalgar eran muchos los de tal procedencia que servían en las baterías de la escuadra española. Es preferible que sean aquellos acostumbrados a la vida en la mar quienes cumplan el cometido, desde luego, pero a veces no hay más remedio que utilizar lo que se encuentra a mano. Y los cañones son iguales sobre las aguas que en tierra.

—También en nuestra Marina han sufrido esa situación. No se preocupe que los tiene a su disposición. Aunque artilleros puros no alcanzan la docena, otros soldados pueden colaborar en las tareas de apoyo. Tan sólo necesitan un poco de práctica y algunos ejercicios.

—Los haremos. Esperemos a ver cómo se abre la mar una vez fuera de la bahía y planificaremos ese trabajo.

—Nos tiene a su servicio.

En ese momento regresaba al alcázar el contramaestre con rostro preocupado. Ya lo conocía lo suficiente para saber que rumiaba pensamientos negros.

—¿Todo en orden con el foque, don Sebastián? El problema de esa vela debía haber sido advertido por el guardián.

—Ya lo sé, señor. Don Matías no es malo en su cualidad, aunque un poco blando y falto de energía. Era culpa de un par de inútiles que mucho han de aprender, aunque sea a riñonadas. Ya está todo resuelto. Pero más me preocupa lo que huelo en el aire. Le aseguro que siento alegría al abandonar la bahía.

—También yo. Si este sudoeste acaba por abrirse en temporal prefiero que nos ataque alejados de la costa y con suficientes leguas de seguridad.

—Eso mismo pensaba. Aunque todavía no podemos asegurar cómo acabará por tomarnos lo que presiento, tendré preparada la capa en prevención y les repetiré a los muchachos una vez más su cometido.

—Me parece muy bien.

Quedé a solas en el alcázar con mis pensamientos. El piloto tomaba el punto^[69] en aquellos momentos, aunque en principio la derrota no planteaba problemas, al deber seguir aguas a la fragata británica. Pero siempre es recomendable llevar situación propia, porque si la mar salta a malas cada uno debe tomar la proa más apropiada. En prevención a tal situación y posible separación de las unidades, el comodoro había establecido en sus instrucciones determinados puntos, como el cabo de San Vicente, el de Roca y otros accidentes en las Azores, para una posible reagrupación de las tres unidades.

Una vez alcanzadas aguas libres de la bahía, el comodoro britano caía a babor hasta el límite de su bolina. Y dos horas después, con el placer de Rota abierto por la aleta, tomaba el bordo a babor, con proa al sur cuarta al este, nuevo límite de ceñida ahora amurados a estribor. La intención no admitía dudas. Para nada pensaba en aproar por derecho al cabo de Santa María o al de San Vicente, sino ganar barlovento hacia el sur hasta comprobar cómo quedaba entablado el viento y la mar. De momento, cuando ya habíamos cruzado la meridiana, el soplo se mantenía de fresco a frescachón en rachas, mientras la mar ofrecía una marejada suelta. Era buena la situación para progresar lo más posible hacia el sur y alejarnos de la costa en prevención.

Aunque tenía mis dudas, sentí satisfacción al comprobar que la *Mosca* aguantaba sin problemas a la vista la bolina impuesta^[70], y todavía podríamos haber orzado^[71] una cuarta más de necesitarlo. El contra maestre se movía de proa a popa, retocando escotas y rifando alguna puñada a quien se desentendía de su guardia o maniobraba en falsete. Por mi parte, en los primeros momentos elevaba la mirada hacia la verga del juanete mayor, dada su escasa fiabilidad, aunque nada parecía presagiar que dejara de soportar el trabajo. De esta forma decidí disfrutar de mi primer día de mar abierto, tras demasiados meses de seco y pliegos en oficina.

A pesar de la bolina impuesta, los tres buques nos manteníamos en línea sin problemas, a una distancia aproximada entre cada uno de un cable^[72]. Aunque todo indicaba que mar y viento deberían aumentar con claridad, entramos en el ocaso de nuestra primera singladura con viento firme del sudoeste y frescachón de fuerza, al punto que decidí aferrar juanetes para no exponer sin necesidad. Cuando todavía disponíamos de luz suficiente, el comodoro había izado una señal por banderas, repetida por la *Arethusa* para nosotros, en el sentido de tomar un nuevo bordo a estribor y mantener la bolina máxima durante toda la noche, mura a babor^[73]. Debía considerar suficiente el barlovento ganado, porque el nuevo rumbo nos llevaba casi en derrota directa hacia el cabo de San Vicente. Y una de las últimas estampas de las fragatas britanas antes de cerrarnos en oscuridad fue comprobar que también ellos cargaban juanetes en prevención.

Aquella noche invité a cenar a mi cámara a los dos oficiales portugueses, por si acaso en los siguientes días no era posible más que tomar rancho en frío. Okumé nos sirvió tasajos en gachas quemadas y cordero refrito, acompañado de un vino garraspón, pero valiente, fácil de trasegar. Ambos parecían acostumbrados a la vida en la mar porque no se les apreciaba ese mal que los hombres de tierra padecen normalmente a bordo. Se les veía de un

humor excelente, quizás por regresar a terreno propio, al tiempo que no observaba en su conducta preocupación alguna por ese posible asentamiento francés en sus islas. Bien rellena la tripa, probamos por primera vez el aguardiente enviado por don Benito de la Piedra. Y aunque no ofrecía ese especial aroma del que fabricaban junto a la hacienda de Santa Rosalía, era recio y de sabor agradable.

Como no andaba muy tranquilo de mente, esa primera noche la pasé casi en vela, dormitando unos minutos tan sólo. Recordé las palabras del general Escaño, cuando aseguraba que en la mar en el camastro del comandante sólo deben descansar los instrumentos náuticos. Por mi parte acudía al alcázar y a la toldilla con frecuencia, comprobando que las condiciones se mantenían a ritmo, el aparejo jugaba limpio y el personal no pecaba por más en el manejo de los cabos. Por fin una hora antes del alba quedé dormido sobre la mesa de trabajo, mientras comprobaba distancias en la carta y establecía la posible derrota que nos restaba a proa. Al menos no sufrí las dolorosas y repetidas estampas de la familia en la hacienda murciana. No mienten quienes aseguran que la mar aleja los problemas embastados en tierra, como la costa se pierde en la distancia cuando se aproa hacia aguas abiertas.

* * *

Cuando ya la luz del alba nos ofrecía siluetas y colores, el piloto marcaba el cabo de Santa María al N 10° O^[74] y unas siete leguas^[75]. Y como agradable sorpresa observamos que habíamos avanteado en la noche a nuestras compañeras britanas. La fragata *Arethusa* se encontraba por nuestra aleta de estribor a tres cables de distancia, mientras la *Diomedes* se divisaba por el través de la misma banda a tiro de cañón. Eso significaba que la corbeta *Mosca* era ligera de alas y poco andar perdía por los defectos que todavía se mantenían en su obra viva. Decidí acortar vela y arribar dos cuartas para regresar a mi puesto en el orden de marcha. Y debían haber transcurrido dos horas desde la salida del sol cuando el viento se calzaba en cascarrón de fuerza, al tiempo que la mar comenzaba a formar una marejada cercana a gruesa con crestas blancas. Como se había ralentizado bastante el aumento en la fuerza del viento y estado de la mar, entendí que el temporal, si llegaba a formarse del sur, tardaría aún una o dos jornadas en alcanzar el paralelo del estrecho, con lo que ya habríamos librado el cabo de San Vicente y enmendado la proa por derecho hacia las islas de nuestro destino. De todas

formas ordené tomar una faja^[76] a las gavias, porque nos sobraba trapo y lo aconsejaba el soplo.

No erraba una mota en mis cálculos mentales, porque como supe tiempo después el 6 de marzo, a los dos días de nuestra partida, un temporal había assolado la bahía gaditana, de los más terroríficos que por allí se recordaban. Y como era de esperar con las condiciones que se vivían en los buques españoles, los navíos *Pintón*, *San Ramón* y *Montañés* partían los cables lavados^[77] de sus anclas, solicitando al cañón un auxilio que ni desde la mar o desde tierra se les podía conceder. La noche fue de espanto, con una amanecida en la que se comprobaba que la fragata *Paz* era abordada por la corbeta *Mercurio* y que otra britana de esta clase, completamente desarbolada, entraba de proa y a muerte contra el *Pintón*. También quedaba sin asidero el navío de tres puentes *Purísima Concepción*. Mientras algunos intentaban montar el castillo de Puntales con éxito, otros no lo conseguían. Por fin, en la amanecida del día 8 bajaban los humos, pero ya el mal estaba consumado en muchos casos. Los tres navíos nombrados varaban en la playa, así como el portugués *María*, una corbeta inglesa con tropas y cerca de veinte mercantes.

Debíamos agradecer a los cielos haber abandonado la bahía gaditana con el tiempo justo. Porque además de los daños mencionados, nuestras unidades fueron atacadas por los franceses con saqueo, comenzando un verdadero combate entre algunos navíos con la quilla clavada en la arena, auxiliados por las pequeñas cañoneras de la armadilla. Por desgracia, varias de las unidades siniestradas serían de depósito a los prisioneros franceses, que colaboraron a la varada para escapar y unirse a sus compañeros en la ribera francesa. Y lo consiguieron en elevado número, al punto de que por fin la Regencia tomara las medidas para evacuarlos de una vez.

Por nuestra parte, toda la mañana del día 5 apretó el viento a rondón. Traspuesta la meridiana, con el cabo de San Vicente a la vista, la fuerza se mantenía de cascarrón hacia arriba, cercanos a necesidad de aferrar las gavias, faena que llevamos a cabo aquella misma tarde. Suspiraba por librar el cabo y enmendar a estribor hasta quedar casi de empopada, consciente de que cuanto más al norte navegáramos más suave nos alcanzaría la marea. Sin embargo vivir aquellas circunstancias en los primeros días de mar me complació de lleno, al comprobar que éramos capaces de tomar toros de cuernos largos sin problemas de orden superior, porque tan sólo un par de grumetes mostraban contusión a causa de las maniobras. También el segundo y contraamaestre opinaban en acuerdo.

—Podemos certificar, señor, que esta corbeta muerde la mar con valentía —explicaba don Sebastián con orgullo—. No creía que fuéramos capaces de bolinear a petición con el contrafoque y las mayores, alimentados en rachas de fuerza. También me siento orgulloso por nuestros hombres que, salvo contadas excepciones, han cumplido con su trabajo. No quiero lanzar cohetes de feria, que tampoco sufrimos temporal de orden, pero se ha hecho bien la faena.

—Podemos estar contentos, teniendo en cuenta la escasa mar que llevan muchos a la espalda —intervino el segundo—. Se han producido errores, desde luego, aunque se puedan perdonar sin mostrarlo a luces.

—Esperemos que hasta aquí alcance la historia y no continúen mar y viento en alza. Porque andamos casi metidos en ventarrón y si sube algún grado más deberíamos dar la capa.

—Creo que hemos alcanzado la cresta, señor —don Sebastián dirigía la mirada hacia el sur—. Pero sufro al pensar lo que estarán padeciendo nuestros compañeros en la bahía de Cádiz. Allí se emboca el temporal a muerte y no andan los buques de la Armada para tales exigencias. Espero que hayan dispuesto de tiempo para hacerse a la mar y entrar en capa con suficiente resguardo.

—Eso mismo pensaba yo hace unos minutos.

—Ahí tenemos el orgulloso espolón de la península Ibérica —era el capitán portugués quien señalaba con su mano el cabo de San Vicente, mientras una sonrisa se abría a las bandas en su cara—. Esperemos que calmen las aguas al trasponerlo.

—Si continúa lo que parece un ligero role hacia el sur, podríamos tomar su socaire^[78]. ¿Cómo andan sus hombres, capitán? ¿Algún contusionado por los balances?

—Nada especial que señalar, comandante. Tan sólo dos o tres con problemas de huesos, sin mayor importancia.

—Ahora le iba a informar de ese detalle, comandante —dijo el alférez de navío Ibarreche—. Un chillerón^[79] saltó en vuelo libre y golpeó un grupo de soldados. Por fortuna, parece que el sangrador es bueno en su cualidad. Sólo uno de ellos sufre rotura y ha sido entablillado.

—No es demasiada pena con tanto hombre a bordo y esta corbeta cabalgando sobre las aguas con demasiada alegría —alegué en defensa—. Hace un par de horas sufrimos balances bastante pronunciados.

—Me hicieron caer del catre —el portugués parecía de extraordinario humor, una situación habitual que elevaba la moral de todos a su alrededor—.

Menos mal que pude probar un poco de galleta y queso, de excelente calidad.

—No es necesario el halago, capitán, que gran parte de la galleta debió tomar el cabo del Sur hace bastantes años. Como es habitual con tiempos duros, se ordena apagar fogones e imponer rancho en frío. Espero que podamos regresar a la menestra en poco tiempo.

—Ya que debemos ser sinceros, comandante, también yo lo deseo.

Sin sufrir variación alguna en las condiciones de mar y viento, bien entrada la tarde, traspuesto el cabo de San Vicente a una legua de distancia, el comodoro ordenaba enmendar el rumbo a estribor hasta quedar con la proa al norte cuarta al oeste. De esta forma, nos entraba la mar casi de empopada, condición que hizo tranquilizar los nerviosos movimientos de la *Mosca*, aunque la popa se elevara a veces con demasiada alegría. Entendí que el capitán de navío Traylor, con excelente criterio, deseaba permanecer cerca de la costa atlántica portuguesa, por si fuese necesario amadrinarse a ella y recibir su amparo, una vez comprobado que el viento se entablaba del sur y, si acaso, con tendencia a pasar al segundo cuadrante^[80].

Sentí cierta tristeza al cruzar por aquellas aguas, donde nuestra escuadra del Mar Océano había sufrido una de sus peores derrotas, en febrero de 1797, el llamado como combate de San Vicente. Mi padre había participado en él como comandante del *Santísima Trinidad*, navío donde izaba su insignia el inepto general don José de Córdova, de funesto recuerdo para nuestra Marina. Y si el combate había sido de extrema dureza, mi progenitor debió padecer un terrible tornaviaje a Cádiz, navegando en bandolas y soledad durante tres semanas, acción digna de epopeya popular.

De acuerdo con las predicciones establecidas a bordo, entrados a cerrazón de luces comenzó a decaer la fuerza del viento. En consecuencia, y siguiendo al punto las últimas órdenes recibidas del comodoro, largamos gavias cuando lo estimamos conveniente, aunque perdiéramos de vista el farol de popa de la capitana. Y como andaba un tanto macerado de huesos, tras un generoso plato de queso y cecina, acompañado de una frasca de vino que empapaba las penas, tomé el catre durante tres horas en las que dormí con bendita profundidad. La verdad es que todo caminaba por senda de rosas, lo que debíamos agradecer a los dioses de la mar que nos amparaban entre algodones.

Por fin cuando acudí al alcázar en el alba del día 6 no era necesario olisquear cielos y mar ante las sonrisas abiertas entre mis hombres. El viento había caído todavía más hasta quedar en sur y frescachón, concediéndonos una empopada cómoda, de las que llaman de giradas. Y como para don

Sebastián no parecía necesario comer o dormir, ya andaba por allí en movimiento y raspando algún cuerpo remiso. Llegó hasta mi altura de excelente humor.

—Esta rabizorra^[81], señor, acabará tendiendo su fuerza hasta acabar de botalcones^[82], para que la *Mosca* navegue como cortesana engolfada.

—Me conformo con que continúe en estas condiciones. Y ya veo que hemos vuelto a avanzar a la fragata *Arethusa*. Recorte un poco la vela, don Sebastián.

—Ahora mismo, señor. Esa fragata debe andar muy sucia de fondos o fue parida con los tobillos lastrados.

—No suelen pecar las inglesas de su clase en ese sentido. Es posible que por la noche tome precauciones de más.

Aunque la costa portuguesa se observaba en la distancia como una línea gris, varios soldados lusitanos la señalaban, intentando identificar algún punto concreto. El comodoro no había variado el rumbo marcado, con lo que nos manteníamos casi con la proa en directo hacia el cabo Roca. Y suponía que más pronto que tarde enmendaríamos a babor, para aproar por derecho hacia las Azores. A la meridiana me comentaba el piloto que nos encontrábamos cerca de cortar el paralelo de los 38 grados, lo que significaba que habíamos andado una media de cuatro millas desde la tarde anterior. Teniendo en cuenta que el puerto de Angra en la isla Tercera, nuestro punto de destino se situaba en latitud de 38 grados y 40 minutos, estimé que deberíamos enmendar el rumbo cuanto antes y no perder más distancia hacia el norte. Pero cuando no se ostenta la cabeza de órdenes no hay más remedio que esperar las señales.

Debimos cruzar parecidos pensamientos, porque escasos minutos después la fragata *Diomedes* izaba señal en la que se ordenaba enmendar el rumbo a babor, hasta quedar con la proa al noroeste cuarta al oeste. La navegación continuaba de damas en gloria, porque tomaríamos el viento a un largo y ya fresco de fuerza. De esta forma, siguiendo los movimientos britanos, largamos el aparejo al copo, o como decía mi tío Santiago, hasta la pañoleta de los oficiales. Como general bendición nada a bordo se mostraba a malas, e incluso los marineros más avinagrados parecían entrar en vereda de orden. Para celebrar que el futuro se abría en rosas invité al capitán portugués a mi cámara a la hora del almuerzo. Y como era viernes, siguiendo la norma habitual en la Real Armada, Okumé aparejó un guiso de bacalao y garbanzos que ya había probado en ocasiones anteriores. Como era la primera comida caliente tras los vientos fuertes, nos entró con sabor a miel, al punto que hizo exclamar en alabanza al capitán.

—Tenemos fama en mi tierra de cocinar este pescado con especial maestría. Pero ya quisiera yo tener a mi lado a su criado africano, que en poco debe envidiar a los mejores cocineros de palacio.

—Es bueno Okumé en los fogones. Nadie que haya probado de su mano puede dudarlo. Y debe saber, capitán, que es mucho más que un criado para mí.

Debí explicar la historia del joven esclavo, cuya manumisión consiguiera mi padre a temprana edad, así como su imbricación en la familia.

—Es bueno contar con alguien de tal fidelidad y confianza, en especial si ya le ha salvado la vida en más de una ocasión.

—La historia familiar que parece repetirse. Mi padre disfrutó de la misma suerte con aquel inolvidable Setum, un *Gigante* negro de parecidas trazas a Okumé, a quien estimaba como un hermano. Pero brindemos copa en alto, porque ya navegamos con derrota directa hacia la isla Tercera. Supongo que se trata de ínsula pequeña y con escasas posibilidades.

—En efecto. Pero abunda el pescado sabroso y las hortalizas, sin olvidar los corderos de crianza. No obstante echaré de menos un vino de esta calidad —volvió a dar un generoso trago—. En el puerto de Punta Delgada, en la isla de San Miguel, habríamos disfrutado de una vida más confortable.

—Creo que el coronel de su regimiento pretende centrarse en el archipiélago, para así correrse con más facilidad a una isla determinada, llegado el momento. Supongo que dispondrán de alguna embarcación para tal misión.

—Aunque le parezca difícil de creer, nada sabemos a ciencia cierta de esos detalles. Con sinceridad, muy poco conocemos de la misión a cumplir. Ya nos lo aclarará el gobernador, si es que el general de turno la conoce —saltó en risas, aplaudiendo su propia broma—. En principio, el coronel da Silva solicitó que los ingleses dejaran en la isla alguna embarcación menor para ese fin. Pero creo que no lo consiguió, aunque algún britano alegó que ya se dispone de un buque para tal misión en el archipiélago. Sin embargo estoy convencido de que no encontraremos allí más que alguna embarcación de pesca. Las más grandes, que llegan a faenar en las aguas frías, llevan dos palos y utilizan velas tarquinas. Bueno, así creo que las llaman.

—También nosotros denominamos así a las velas al tercio con caídas diferentes. Esos pesqueros serán parecidos a los lugres^[83] de nuestra Armada. Pueden serles de utilidad.

—Hablando con entera sinceridad, comandante, para que esta expedición sirva de alguna utilidad deberíamos disponer de información sobre posibles

movimientos franceses. Y en ese aspecto quedamos a lo que nos puedan indicar los pesqueros en navegación por aquellas aguas. La verdad, demasiada tropa para una misión en la que muy poco creo —volvió a sonreír, mientras bebía el vino con evidente placer—. Al menos servirá de descanso a nuestros hombres, que mucho y bien han luchado en los dos últimos años.

—Lo merecen, no hay duda. Estos días, si el bendito tiempo bonancible que los cielos nos conceden se mantiene en las mismas cuerdas, deberemos disfrutar de esta relajada navegación, aunque nos mantengamos en guerra. No creo que algún corsario francés de los que según se comenta navegan por estas aguas se atreva con una división. La isla Tercera debe quedar a unas ochocientas millas de distancia en estos momentos, con lo que se nos abren algunas jornadas por delante, dependiendo de lo que la mar disponga.

—Mañana, si a bien lo tiene, podemos llevar a cabo la distribución de mis hombres para completar las dotaciones de las piezas artilleras. Un poco de ejercicio les vendrá muy bien.

—Una idea perfecta. Por desgracia, no dispongo de suficiente pólvora para muchos ejercicios, pero un poco de trueno también avivará las cabezas.

A partir del siguiente día, sin costa a la vista y proa directa al grupo oriental de las Azores, continuamos con los ejercicios de mar y guerra, los primeros aminorados por el buen comportamiento de los hombres de braza. Repartimos a los portugueses en las diferentes piezas, tarea que se tomaron con buen humor y alegría, confraternizando con los nuestros al ciento. Y para alentar voluntades, llevamos a cabo el primer disparo a bordo, con un cañón de a 6 emplazado en el alcázar. Previamente había avisado al comodoro de mis intenciones, no fuera a confundirse con las señales previstas al cañón en el cuaderno. Y fue una especie de alegría general, porque la mayor parte de mi dotación no había escuchado jamás el retumbo de una pieza artillera al ser disparada.

Navegamos tres días más como cortesanos. El viento, que nos seguía tomando a un largo, se mantenía de todas las velas con tendencia a disminuir, por lo que continuamos con todo el aparejo arriba. Tan sólo en ocasiones debía acortar vela para no avanzar a mi matalote^[84] de proa, que era la unidad más lenta del grupo. Pero todo lo bueno, como lo malo, suele tener un fin en esta vida. De esta forma, al tercer día de navegación galana, el dios Eolo debió atrancar portas, porque el viento comenzó a decaer de fuerza hasta ofrecernos un calmazo de los de amparo. Allí quedaron las velas en lastimero cuelgue, situación que mueve a tristeza el corazón de todo hombre de mar.

Por fin, entrados en el undécimo día de aquel mes de marzo, comenzó a soplar una suave ventolina desde el tercer cuadrante. Es ese uno de los momentos en los que a bordo se discute sobre condiciones futuras, apareciendo opiniones para todos los gustos. Como de costumbre, además de mi propio criterio, confiaba en los nostramos que suelen oler el soplo a distancia.

—¿Qué opina, don Sebastián?

—No está clara la madeja, señor, pero apostaría a que acabará entablándose en maestral^[85], que es muy propio de estas aguas y la estación.

Aunque por mi parte apostaba con el contra maestre y otros opinaban un posible regreso al sudoeste, nos sorprendió que comenzara a subir de fuerza hasta quedarse en fresco del nordeste, un gregal de todas las velas que también nos bendecía en la necesaria derrota. El comodoro ordenó rumbo claro de poniente, estimando el piloto una distancia a la isla de Santa María, la más oriental del archipiélago, de 520 millas. Y era situación de confianza con el sol y las estrellas abiertas con fuego en los cielos. De esta forma retomamos la marcha con todo el trapo a disposición.

Para mi desgracia personal, cuando la mar y los vientos nos acarician y no aparecen problemas que hagan trabajar a la mente, ésta se vuelve casi siempre hacia dentro. Quiero decir que dejé de dormir al tirón y las escenas de dolor aparecieron de nuevo. Me preguntaba una y otra vez por dónde andaría Beto y la suerte corrida, imaginando las peores escenas. Confiaba en él, sin duda, pero era grande el peligro que debía arrostrar. Y como fondo del cuadro aparecían las mujeres violentadas por los franceses, una imagen más dolorosa que bala mosquetera en el costado. Como otras veces en parecidas circunstancias dediqué más atención al aguardiente, de forma que pudiera entrar en sueños sin demasiada espera y padecimiento.

14. Proa a Santa Rosalía

Durante la primera jornada de nuestra aventura, que así se debería denominar aquella empresa sin exageración alguna, pude comprobar que no nos había engañado el marchante al ensalzar la fortaleza de los animales. A paso regular y por la vereda que llamaban de Fuente Álamo cumplimos alargado recorrido cercano a las diez leguas, sin que mermaran una mota en su ánimo. El terreno, un pedregal serpenteante e incómodo al pie, se presentó bastante llano hasta alcanzar las estribaciones de la sierra de Carrascoy, donde debimos exigirles un esfuerzo mayor, sin protestas aparentes de su parte.

Conforme atravesábamos poblados o cruzábamos paso con campesinos a la vista indagábamos sobre la posible presencia de tropas francesas. Y nadie pudo ofrecernos razón próxima de los gabachos hasta alcanzar el caserío del Hornico, cercano a la vereda real que corre desde el reino de Murcia a las Andalucías. Allí, en una venta que llamaban La Cuerna, además de atacar una frasca de áspero vino y engullir medio queso curado hasta la piedra, supimos que corrían patrullas francesas con centro en la villa de Alhama, a media legua escasa por nuestro morro. Otros aseguraban mayor confluencia de soldados, aunque pocos daban crédito a dichas palabras. De todas formas era señal de que la vida placentera tocaba a su fin y debíamos alertar los rastros, al tiempo que un ligero hormigueo se dejaba sentir en la barriga.

La intención de Miguelillo era trasponer la vereda real en la noche, rodeando la villa de Alhama, para tomar a continuación el camino de Mula. De esta forma, evitaríamos las cumbres principales de la sierra de Espuña, coronada en nieve durante varios meses del año, según sus propias palabras. Tomada esta decisión, cuando ya se observaban las estribaciones de la villa, nos retiramos hacia la derecha para embocar una loma que nos podía cobijar por fuera de ojos ajenos. Y ya había traspuesto el sol dos horas atrás, cuando continuamos marcha, ahora con las riendas de la mano y extremo cuidado en los sentidos. Atravesamos Alhama de Murcia por su parte oriental, no sin

tener que rehacer un tortuoso camino más de una vez, por entrar en cortados sin posible salida.

Comenzaba a despuntar el sol cuando ya nos manejábamos paralelos al camino de Mula, a unas cincuenta varas de distancia, prestos a cubrirnos si se dejaban oír cascos de caballerías. No habíamos avistado presencia de franceses y comenzaba a pensar que se podían haber retirado de la zona cuando escuchamos galope furioso, con elevados rastros de polvo en avance por la parte norte. Arrastramos a las Mulas con rapidez hacia el campo cerrado y allí quedé con ellas mientras el rapaz, casi a rastras, se movía para comprobar el motivo de la cabalgada. Escuché con claridad en la distancia voces francesas de mando y golpes de cascos sobre el terreno, ruido que se fue difuminando poco a poco en la distancia. Escasos minutos después regresaba Miguelillo a mi lado.

—Una patrulla francesa de más de veinte hombres, señor. Y parece que llevaban prisa esos condenados.

—Entonces, ¿podemos seguir?

—Esta zona la conozco con más detalle. No deben presentarse problemas en un par de leguas. Sin embargo a continuación el camino se allana en demasía y no dispondríamos de tiempo para cubrirnos, llegada la ocasión. Aunque sea más penoso, si queremos continuar la marcha de día recomendaría movernos hacia la sierra de Cambrón, lo que nos hará pasar cerca de la villa de Bullas. Poco después entraremos en la sierra de Quipar, por donde puedo correr el tajo y atacar los riscos con los ojos tapados —ahora sonreía con franca felicidad—, ya que allí se abre la hacienda de Santa Rosalía y es mi zona.

—Tú eres quien manda, amigo mío, porque nada sé de lo que me cuentas. Por cierto, ¿no vas armado?

—Sí, señor —el zagal se giró para mostrar un puñal encastrado en la faja—. Aunque la señora me propuso la escopeta que apartamos y guardo a buen recaudo en el cobertizo del Garbanzal, con la que mataba reses antes de la llegada de los franceses a la hacienda, habría sido un estorbo. Con esta arma me defiendo bien.

—Si estás cansado, podemos detener la marcha un par de horas.

—No se preocupe por mí, señor. Estoy acostumbrado a dar el pie durante días.

—En ese caso, sigamos el plan que has expuesto y no perdamos tiempo.

A partir de aquel momento se endureció la marcha sobremanera. Aunque se trataba de sierras cortas y poco elevadas, el camino se hacía difícil cuando

el monte bajo se mezclaba con pinos, carrascas y chaparras de luz, lo que forzaba a protestas continuas de los animales. Por fin, rendidos de agotamiento y magullados por el golpeteo de las ramas sobre los mil poros del cuerpo, decidimos hacer noche, cuando, según mi guía, restaban poco menos de cinco leguas para alcanzar la hacienda. Fue el momento en el que Miguelillo se paró en seco, alzando la mano hacia su boca en señal de silencio.

—¿Qué ocurre? —musité en voz baja.

—Huelo a fuego y carne asada. Y si no me engaña la vista parece que clarea entre ramas allá adelante. Prenda las cabalgaduras a un árbol y espere aquí.

—Las amarrearé y te acompañaré.

Con sigilo extremo, intenté imitar los movimientos del mozo, que se movía por el rastro como culebra en la arena. Poco después escuchamos voces con cierta claridad, al tiempo que el olor de fuego y carne asada entraba en mis fosas nasales con cierta envidia. Cuando ya la separación debía ser menor a las doscientas varas, nos arrastramos lentamente hasta descubrir un grupo de seis soldados que vivaqueaba entre risas. Con los datos expuestos por Miguelillo, supuse que el camino abierto entre Cehegín y la villa de Mula debía quedar tras el grupo francés a escasa distancia, ya que tropas en vivac suelen descansar cerca de ellos.

El rapaz me dirigió su mirada con un brillo especial en los ojos que hablaban por sí mismos. Sin duda, había heredado el odio al francés de su padre y abuelo, porque en su rostro percibía el ansia ciega por acabar con aquellos hombres. Sin embargo, y aunque también yo gustara de tal alimento espiritual, sin olvidar la carne a disposición, no podía poner la empresa en peligro. Eran seis hombres y, aspecto principal, muy arriesgado para la familia que intentaba rescatar. De esta forma, y tras mover mi mano con claridad, nos retiramos con las mismas precauciones.

Tras apartarnos hacia fuera un trecho de seguridad, acomodamos la tierra en cama de liebre para dormir al raso una vez más. Aquella noche se abrió con luna llena, pero frío cortante, demasiado para ser consolado solamente por la manta. En silencio comimos chorizos y pan, acompañados de generosos tragos de vino, muy necesarios para calentar el cuerpo. Al final, entre tiritonas y algún sueño de esperanza, donde brillaba por encima de todo la figura de mi hijo, quedé profundamente dormido. Y mucho tuvo que menear mi cuerpo el joven para regresar de las tinieblas, cuando ya el alba marcaba luces y el monte comenzaba a cantar.

—Buenos días nos dé Dios, señor. Los franceses han partido. Ya estamos cerca de nuestro objetivo. Pero debe explicarme sus intenciones.

—Bueno, deja que alumbre los ojos —froté el cuerpo con mis manos, ateridas de frío—. Mucho baja la temperatura durante la noche.

—En efecto, señor. Esta es zona de nieves en invierno, con noches muy duras para los pastores.

—Me dijiste que en los riscos del Garbanzal sueles encontrarte con tu padre. ¿No es así?

—Sí, señor. Pero a veces tarda semanas en llegar. Sin embargo, cuando he de llevarle algún encargo con cierta urgencia me muevo hacia las cuevas del Espino, que es donde su partida suele anidar en secreto.

—Muy bien. En ese caso, marchemos hacia el Garbanzal sin pensarlo más. Una vez allí, decidiremos el plan a seguir.

—Como digáis.

Llegamos a los riscos del Garbanzal, la zona de la hacienda de Santa Rosalía donde solíamos preparar los aguardos para acechar y abatir las mejores reses, cuando caía la tarde. Me tomaba el cansancio hasta las orejas, al punto de considerar como un verdadero palacio el cobertizo de los pastores y, de forma especial, los asientos y lechos de piedra con abundante paja enjaretada sobre ellos. Creí disfrutar del más cómodo de los sillones al aconchar mis posaderas sobre tan blanda superficie. Comimos y bebimos, comprobando que todavía nos quedaba una ristra de chorizos y medio queso, aunque para mi desgracia diera fin al último pellejo de vino.

—Como suele decirse, estoy reventado de carnes y pensamientos. Te envidio al observar cómo trepas por esos senderos.

—Es la costumbre. Por cierto, señor, ¿qué haremos a continuación? ¿Ha pensado en algún plan?

—En primer lugar, debemos saber con exactitud cuántos franceses se encuentran en el Castillo de Santa Rosalía, entre heridos y personal de guardia. Mañana por la mañana deberías bajar tú, de quien supongo nada sospechan —afirmaba lo que en realidad era un deseo.

—Puedo moverme con libertad por la hacienda, señor. Los gabachos están acostumbrados a verme por allí con mi abuelo.

—Perfecto. En primer lugar, comunicarás a las señoras mi presencia, con prohibición absoluta de abordar cualquier iniciativa. Pero como aspecto fundamental tomarás buena cuenta de los soldados, alojamiento, guardias nocturnas, armamento y cualquier dato que sea de interés. Debes recalcar a las mujeres la necesidad de que se mantengan tranquilas y esperen sin nervios

hasta recibir mis instrucciones, aunque pueden ir pensando que hemos de marchar todos hacia Cartagena y que les será necesario preparar lo más indispensable para el viaje. Cuando regreses, podremos calcular mejor nuestras posibilidades, la ayuda que necesitamos y el camino a seguir.

—Muy bien.

Aunque contestara en acuerdo ya conocía al joven lo suficiente para comprender que no parecía quedar contento con mi respuesta. Entendí que vacilaba en elevar alguna pregunta, por lo que lo animé en tal sentido.

—¿Quieres saber algo más? Pregunta sin temor, que en esta empresa estamos metidos en conjunto.

—Con todo respeto, don Beto, me gustaría hacerle una pregunta, si no le ofende al señor.

—Por favor, Miguelillo, pregunta lo que quieras con toda franqueza.

—¿Cómo piensa alcanzar la ciudad del mar con las señoras y los niños? Esa compañía cambia por completo el sistema. Ellas no podrán seguir los caminos que hemos tomado para llegar hasta aquí.

—Esa respuesta vale un imperio. Mucho he pensado durante la venida y te soy sincero al decirte que todavía no encuentro una solución adecuada. Soy consciente de que el regreso será bien distinto y mucho más complicado. Necesito conocer un dato de la máxima importancia. ¿Se dispone en la hacienda de algún carretón o artefacto parecido de ruedas, donde puedan instalarse seis mujeres y dos niños?

—Antes de que llegaran los franceses sobraban carruajes, carretas y buenas caballerías en Santa Rosalía, que era gloria y envidia de cualquier visitante. Por desgracia todo se lo llevaron esos gabachos del infierno, incluidos los animales de tiro. Tan sólo conseguimos apartar sin su conocimiento dos caballos, una yegua que utilizaba normalmente doña Rosalía, y el alazán de pelo cortado. A la de la señora debí darle muerte con harto pesar de mi alma durante el último invierno, porque la partida de mi padre necesitaba carne con urgencia y nada se encontraba en estas cumbres para echarse a la boca. Ya me excusé con las señoras...

—No te preocupes, que en situación de guerra casi todo está permitido.

—En el alazán partí hacia Cartagena y, como sabe, quien quedara al cuidado de tan magnífico animal no volvió a aparecer —expuso un rostro de culpabilidad que me conmovió.

—No pasa nada, Miguelillo. Gracias a Dios conseguiste tu propósito, que no es menuda la hazaña y era lo más importante.

—Gracias, señor, pero no puedo olvidar ese alazán con el que tantas leguas he cabalgado. Pero regresando al tema que demandaba, si no ha variado la situación desde que salí tan sólo se dispone en la hacienda de un pequeño carro, como un cajón de madera fuerte abierto en cruces, que se emplea en el traslado de los aperos de labranza. Si se disponen en su interior apretadas, podría servir para su traslado, aunque no sea propio de las señoras. Pero esa destartada carreta deberá moverse por los caminos trazados a la vista y sin posibilidad de tomar rastros de evasión. Mucho extrañará a los franceses comprobar la presencia de unas damas en tal situación. Y eso sin contar con el aspecto fundamental, porque nos falta el tiro.

—Disponemos de dos mulas fuertes.

—Mucho buscan los franceses ese tipo de animales. Son capaces de requisarlas en el camino y dejar a las señoras con viento en la nariz.

—No creo que a unas señoras, aunque se vean obligadas a ser transportadas en tan humilde carreta, les impidan el paso. Siempre pueden alegar que se han quedado sin víveres o cualquier otra excusa. De todas formas, yo me encontraría a la vista.

—¿A la vista? Si lo descubren, estaría perdido. Las partidas han dado muerte a muchos franceses, por lo que desconfían de todo y de todos. No suelen preguntar cuando dudan de las personas. Y aunque ande camuflado con esas ropas se distingue a la legua su categoría.

—No pensaba en marchar a su lado, sino de la misma forma en que recorrimos las últimas leguas, paralelo a la vereda pero escondido entre la maleza. De esta forma llegado el caso podría salir en su defensa.

—Deje que se lo comente a mi padre, por si entiende que puede echarnos una mano.

—De acuerdo. Mañana seguiremos hablando. Esas cuevas donde se esconde la partida de tu padre, ¿se encuentran muy lejos?

—A un par de horas desde aquí nada más. Sólo tengo que bajar esa vaguada de chaparras —me señalaba con la mano hacia el sur— y trepar hasta las siguientes peñas. Una vez traspuestas hacia el levante, se abre la zona que llaman del Espino, con algunas cuevas abiertas por Dios nuestro Señor en las montañas. Cuando regrese de la casa con la información necesaria, me acercaré para exponer a mi padre nuestra situación.

—De acuerdo. Descansemos ahora, que mucho lo necesitamos.

—Permítame que ponga unos lazos en el monte antes de entrar en descanso. Necesitaremos carne.

—¿Lazos? ¿Qué cazas con ellos?

—Normalmente, conejos. Y entran muchos, si se comprueban bien sus rastros. Esa es mi especialidad —de nuevo la sonrisa de orgullo apareció en su rostro—. A veces se enreda alguna liebre, aunque no es frecuente tan arriba. Es buena carne, no crea, que nos ha mantenido a casi todos en los momentos malos, incluida su familia. A veces capturo un buen número, con lo que me es posible guardar algunas piezas para mi padre. Como le dije, antes de la llegada de los franceses abatía un buen número de reses, cuya carne es gloria comer. Pero con esos endemoniados en la hacienda, el abuelo me lo prohibió, porque los disparos podían alertarlos y perder el arma. Además ya no me quedaba pólvora, un bien muy escaso en estos días.

—Eres todo un hombre, Miguelillo. Mucho te hemos de agradecer y juro por los dioses que así se hará en justicia.

—Yo..., señor, me conformaría... —parecía muy cohibido de repente, masajeando sus manos con nervios alzados—, quiero decir que yo solamente...

—Vamos, rapaz, habla sin miedo y por las claras.

—Si la suerte nos acompaña y todo sale a pedir de boca..., en fin, me gustaría acompañarlo en el regreso —me miró a los ojos como si elevara ruego de muerte—. Podría ayudarle mucho, señor. Ya ha visto que conozco esta tierra al palmo. Además, soy capaz de clavar mi cuchillo de monte...

—En el morro de un cochino a veinte pasos —sonreí al repetir sus propias palabras.

—Es cierto, señor. Pero si no me cree se lo demostraré ahora mismo. ¿Ve el madero que sostiene la torre de la chimenea? Hay un clavo curvo en el centro, donde se cuelgan las pieles que son utilizables. Ahí mismo lo clavaré.

Aunque estaba molido, me hizo gracia la postura altiva de Miguelillo. Y casi sin tiempo de observar sus movimientos, echó mano a su afilado cuchillo y lo lanzó con fuerza y extraordinaria rapidez. Escuché el sonido del arma al clavarse con un chasquido, pegado a lapa con el clavo. Volví a mirarlo a la cara, asombrado de su maestría, mientras el joven esbozaba una sonrisa de triunfo.

—Fantástico, rapaz. Pero si vienes de regreso a Cartagena te costará un nuevo y peligroso viaje de vuelta hasta Santa Rosalía. Ya has hecho bastante por todos nosotros.

—No me ha comprendido, señor. Lo que le pedía, lo que deseo por encima de todo es servir a su lado en esos barcos o donde usted se encuentre. Juro ante Dios que le seré fiel toda la vida y nunca se arrepentirá. He

comprobado que en esa fragata los oficiales disponían de lo que llamaban criados particulares. Yo quiero ser el suyo.

Volví a mirarlo a los ojos, comprendiendo que era resuelto y decidido el muchacho. Después de todo, a su pericia, habilidad y valor le debía el hecho de encontrarme allí, dispuesto a salvar a las mujeres. Desde el primer momento me había gustado, comprobando con el trato su honradez y lealtad.

—Estaría encantado por mi parte, Miguelillo, pero necesitaría la autorización de tu padre.

—¿De verdad me acepta? —se había levantado, dispuesto a saltar de alegría—. No se preocupe, que mi padre accederá encantado porque siempre ha buscado lo mejor para mí. Le juro por la salud de mi alma que no se arrepentirá, señor. Sacaremos a las señoras, llegaremos a Cartagena y nadie podrá hacerle daño mientras me encuentre a su lado.

—No corras tanto, que todavía no hemos comenzado la faena.

—Llegaremos a la plaza marítima, puede estar seguro. Tengo solamente trece años, cercano a los catorce, pero dicen que presento cuerpo de mozo bragado. Soy fuerte peleando y capaz de comerme un pelotón de franceses. La familia quedará a salvo.

—De acuerdo. Pero ahora debemos dormir.

—No sé si podré con esta inesperada noticia —me miró de repente con rostro compungido, como si hubiese desobedecido una orden—. Perdone, señor, que ahora mismo entro en sueños.

De buen humor tras la charla mantenida con aquel valiente, y dispuesto a recobrar fuerzas, decidí que más valía dormir algunas horas. Aunque pueda parecer más propio de dementes, aseguro en juramento que cuando cerré los ojos me encontraba rebosando felicidad, como si hubiera rematado una empresa que en verdad tan sólo se encontraba esbozada en inicio. No obstante, es fácil comprender que los nervios en trasiego por mi estómago se encontraran preñados de deudoso perfume, con sólo pensar que en pocas horas podría ver a Rosalía y a mi hijo. Como marea a la contra, los malos pensamientos vinieron a mostrar el lado oscuro, la dura realidad de que también podía ser mi fin definitivo, precisamente cuando me encontraba tan cerca de la familia. Pero optimista como siempre, deseché aquellas escenas con suficiente rapidez como para recobrar las luminosas y entrar en profundo sueño de ángeles.

* * *

Amanecía con especial belleza cuando atacaba los restos de queso y pan, aunque fuera necesario masticar con fuerza los picos de la hogaza. Miguelillo no se encontraba a la vista, por lo que supuse habría salido para cobrar alguna pieza con sus especiales sistemas de caza. Y aunque fuera grande el cansancio, no había dormido con la intensidad esperada, siento atacado a veces con cuadros negros poco esperanzadores y sintiendo en el cuerpo un frío más propio de las Altas Californias.

Arrebujado todavía en la manta, salí al empedrado que se abría ante el refugio, donde fui recibido con un frío recio y cortante. Aunque mediara el mes de marzo, los rastros de la naciente primavera comenzaban a observarse en brotes de vida nueva, por mucho que la temperatura se mantuviera encastrada en el más puro invierno. Sin embargo era maravillosa la vista que desde allí se divisaba, con el valle del río Quipar serpenteando bajo mis pies, como una cinta plateada dejada caer por los dioses en desmayada creación. Y junto al recodo que en su recorrido concedía a la hacienda de Santa Rosalía, se elevaban las torres del antiguo castillo de la Ribera, aquel imponente edificio levantado siglos atrás por templarios y jesuitas. Cerca de mí vi moverse entre encinas un venado de imponente cuerna, echando de menos un arma para abatirlo y comer su agradable carne. Saltó la res en carrera con precipitación, comprobando poco después que era la presencia de Miguelillo la causa de su espantada.

El rapaz regresaba con cuatro conejos entablados al hombro y el rostro abierto en inmensa felicidad. Pensé que debían ser los pocos años calzados a la espalda, porque no se abría la jornada como para lanzar cohetes de feria hacia los cielos.

—Ya veo que has triunfado en la cacera.

—En parte solamente. Cuatro conejos, aunque uno sea un gazapillo de escasas onzas pero tierna carne. Bajaré dos de ellos a la casa, por si las señoras tienen hambre, que poco han de esperar de esos gabachos y habrán notado mi ausencia. Y si no tiene nada en contra, señor, parto ya para iniciar la tarea.

—Que Dios te guarde. Por favor, repite a las señoras que no tomen ninguna iniciativa. Ya se les explicará en su momento el plan que debemos embastar para abandonar esta tierra.

—No tema, señor, que les quedará bien clara la menestra.

Partió a la carrera el joven a quien iba tomando especial cariño y a quien tanto debíamos. Me regresé al refugio, porque ya las rachas de viento helado cortaban la cara en cuarterones. Y de esta forma comenzaba una alargada

espera que me pareció verdadera eternidad, con las posibles escenas de la familia instalada en un aposento del castillo y denostada por los franceses. No obstante, también se me ofrecían otras posibilidades, incluso el hecho de que los gabachos hubiesen abandonado la hacienda de acuerdo a los movimientos de sus tropas. Para mover el cuerpo conseguí prender de nuevo el fuego en el hogar de la chimenea, ajustando la posición para recibir un delicioso calorcillo que mucho necesitaba.

Debió ser la amalgama formada por extraños pensamientos, el cansancio acumulado y el reconfortante calor que comenzaba a respirarse en el cobertizo lo que me hizo regresar a los sueños sin desearlo. Y en esta ocasión entré con tamaña profundidad en el dulce espejismo que fue de nuevo el brazo de Miguelillo sobre mi hombro el encargado de devolverme a la vida real.

—¡Ya estás de regreso! Por Dios, que me traspuse en sueños sin percibirlo.

—El cansancio, señor.

—Por favor, dame noticias. ¿Cómo se encuentran las señoras? ¿Y los niños? ¿Ha vuelto a sufrir la joven Cristina algún ataque del francés?

—Son muchas preguntas al golpe, señor. Pero ya de entrada puedo tranquilizarlo porque todo se abre en ventura por el horizonte. Las señoras y los niños se encuentran bien y en salud, aunque sueñen con una buena paletilla de cordero. Han recibido los dos conejos como náufrago el sorbo de agua y ya andaban despellejando para pasarlos por el fuego.

—¿Qué te han dicho? ¿Se han sorprendido de mi presencia?

—La esperaban y temían al tiempo. Le envían besos y abrazos, así como ruegos de extrema prudencia. Y su hijo crece a pasos agigantados, que parece de triple edad a la real. Buena leche materna debe haber ingerido.

—¿Han sufrido...? ¿Los gabachos las han ofendido de alguna...?

—Nada nuevo en ese sentido, señor. Según parece, se padeció un nuevo intento del teniente endemoniado, sin éxito porque la joven andaba con madre y mujeres en protección.

—¡Maldito cabrón aparejado en cuernos! ¡Juro que lo mataré con mis propias manos!

—Podrá disfrutar de ese benéfico ejercicio, señor, no lo dude.

—Bueno, pasemos a la parte que ahora mucho nos interesa. ¿Y los franceses? ¿Cuántos se encuentran a la guardia?

—Mi abuelo los tiene bien controlados. Y no crea, que a pesar de sus muchos años sueña con rebanarle el cogote en cuajo a más de uno, especialmente a ese teniente sacamantecas, hijo del mayor putorrón del

vecino país. El número de enfermos ha crecido hasta la veintena porque según parece las partidas se mueven con daño severo. Por esa razón, la guardia alcanza los ocho hombres, mandados por el teniente que todavía presenta venda en el muslo, aunque se mueva con soltura. Le ha debido tomar querencia a la hacienda ese cobardón y en ella desea pasar el resto de la guerra.

—¡Veinte heridos y nueve hombres que abatir! Mucha tela para un hombre y un joven —rectifiqué sobre la marcha al comprobar su gesto—. Era broma, que ya aparentas ser un mozo bien bragado.

—Según mi abuelo, por la noche dejan dos soldados de guardia, uno en la misma puerta principal del castillo, junto a la rotonda de las flores, mientras el otro se mueve sin camino definido por los alrededores. Será necesario silenciar esa pareja antes de abordar a los que duermen y pasarlos a cuchillo.

Aunque en otra ocasión habría protestado ante tal acción, aquella de degollar a quien duerme, incluidos los heridos, también yo me sentía preso de un profundo odio por el francés, al punto de comprender unas barbaridades que me habrían escandalizado tiempo atrás.

—Por mucho que sueñe con encontrarme a solas y cara a cara con ese teniente Coudere, presenta mucho riesgo la operación.

—Adelanté a las señoras que atrancaran bien las puertas durante las noches, porque supongo que será en tinieblas cuando atacemos y no podamos adelantarles el momento definitivo.

—Necesitamos ayuda.

—Y la tendremos, señor, no se preocupe. Ahora asaré un conejo, que es importante mantenerse bien alimentados, antes de salir hacia el Espino. Por mi abuelo sé que la partida de mi padre continúa establecida en las cuevas y ha aumentado hasta alcanzar la docena.

—¿Doce hombres solamente?

—Pues en los primeros momentos no alcanzaban la media —parecía sorprendido—. Por esa razón seleccionan bien sus posibles ataques, normalmente contra grupos pequeños de correos o pelotones en tránsito. Pero no desprecie sus acciones, que ya han grabado más de treinta muescas de sangre en las cuevas. Y en una ocasión abatieron a cuatro jinetes, cobrando monturas y armas.

—Deben ser tan valientes como tú y nos vendría bien su concurso.

—Si no han salido en busca de carne francesa, nos ayudarán.

Mostrando una extraordinaria habilidad, el joven despellejó un conejo en el tiempo que se tarda en rezar un ligero padrenuestro. Una vez al gusto, lo

atravesó por medio de un espetón de hierro, espolvoreándolo con tomillo y romero antes de posarlo en su soporte dentro de la chimenea. Y poco después se respiraba un aroma delicioso a carne chamuscada que abría los poros de mi lengua en chasquido. Para completar la sorpresa Miguelillo sacaba de un pequeño atado un generoso trozo de pan, así como una bota que me hizo pensar en un posible milagro.

—Miguelillo, creo que usas artes más cercanas a la brujería santera.

—Es mucho más sencillo, señor. Mi abuelo se las sabe todas y para mí que debió poner a buen recaudo la mayor parte de la bodega. Le envía esta bota de vino con sus saludos.

—Que Dios lo bendiga y recoja en sus brazos.

Una vez el animal convenientemente asado, el rapaz lo troceó con su afamado cuchillo, que parecía formar parte inseparable de su cuerpo. Y lo atacamos sin perder un segundo, mientras apretaba la bota contra mi boca, para tragar un vino que me recordaba los mejores ágapes jamás disfrutados. Sin embargo, el joven, como acuciado por urgente deber, tragaba su parte casi sin masticar, para prepararse de nuevo.

—He de marchar al Espino, señor. Por cierto, me preguntó el abuelo si necesitaba algún arma. Le he contestado que cuenta con dos pistolas y un par de cuchillos. De todas formas, me ha dicho que le dejará en el arcón genovés del zaguán los dos sables del duque. Según sus propias palabras, usted sabe bien a lo que se refiere.

—En efecto, ese arcón es de especial belleza y valor. Me extraña que no lo hayan robado esos salteadores gabachos, que no dejan nada valioso a su paso.

En cuanto a las armas, se trata de los dos sables de duelo que se encuentran en la panoplia que llaman de honor. Es una tradición de la familia Cisneros. Cuentan que fueron utilizadas por el duque de Montefrío, abuelo de mi mujer, en memorable defensa de un miembro de la Corona. Podrán ser de utilidad, llegado el momento.

—Bien, señor, quede ahora en calma y descanse. Le traeré noticias pronto. Y por si le ataca el hambre, le he dejado desollado y listo en el espetón el otro conejo.

—Anda, Miguelillo, apura la faena. Que Dios reparta suerte.

—La repartirá, señor, no lo dude.

Acompañé al rapaz por el pedregal, hasta que tomó la bajada del risco al salto. Lo seguí durante algunos minutos con la mirada, pero pronto se perdió en la primera hondonada. De nuevo en soledad, regresé al cobertizo, aunque

ya el sol abierto comenzaba a calentar el ambiente, sin una sola nube en los cielos que pudiera entorpecer su benéfico apoyo. Y aunque me mantuve durante dos horas recorriendo los alrededores, el hambre se abría de nuevo en demanda, por lo que regresé al refugio para poner el segundo conejo, un gazapo de carnes blancas y tiernas, en función tras regarlo con las hierbas, como había hecho el joven maestro. Y como sin tregua di fin a la bota de aquel majestuoso vino, pronto volví a entrar en dulce somnolencia, un voluptuoso duermevela que debía reponer mis fuerzas hasta el copo.

En los barcos de la Armada se debería picar la hora cuarta de la tarde cuando regresaba Miguelillo con su habitual soltura y esa sonrisa que parecía empernada en su boca. Como paseaba por el aprisco, lo vi remontar la última loma, alargando el paso hacia su encuentro. Y no esperó el zagal mucho tiempo para lanzar sus palabras.

—¡Todo preparado, señor! Esta misma noche liquidaremos a los franceses —parecía entusiasmado con la idea—. A mi padre le parece una idea estupenda el rescate de las señoras y consiente en que yo tome parte. Me ha comentado que si hasta ahora no han atacado ese destacamento ha sido para no poner en riesgo a los miembros de su familia, así como a las mujeres de los trabajadores de la hacienda que se unieron a la partida. Pero es hora de dar el golpe definitivo.

—¿Esta noche? —sentí el primer rumor de nervios en recorrida por el cuerpo—. ¿Cuántos hombres acudirán?

—Mi padre y cinco más. Cuando se encuentre el sol cerca de su caída, pasarán a recogerlos.

—Seis hombres y nosotros dos. Es posible que triunfemos, si la suerte nos acompaña. La sorpresa será un factor fundamental.

—Lo hemos hablado bien a fondo en las cuevas. Esperaremos a la media noche, cuando no se escuche actividad alguna. Los pillaremos cagando lanas, porque no deben esperar un ataque. Mi padre y yo nos encargaremos de los dos soldados de guardia, porque nos movemos bien en sigilo por los alrededores de la casa. Una vez caídos esos gabachos, abordaremos en silencio al resto de la guardia, que no verán un nuevo día. Como son seis los restantes, un cuchillo por garganta.

—El teniente es cosa mía.

—Como ya suponía ese deseo, mientras nuestros hombres dan cuenta de los heridos, quedaréis libre para enfrentar a ese gabacho putón.

—Falta un detalle importante. Debemos saber con exactitud dónde se encuentra cada grupo, si queremos mantener el necesario sigilo.

—Ya pregunté ese detalle a mi abuelo, que no piensa perderse la fiesta — el joven sonreía con orgullo—. Los soldados de guardia duermen en lo que suelen llamar estancia de nobles, mientras el hospitalillo fue instalado en el salón de baile.

—¿Y el teniente?

—Ese mal nacido ocupa el dormitorio del duque, y como tal parece vivir. Un furriel que hace las veces de ordenanza, a quien mi abuelo odia profundamente, descansa en el aposento contiguo.

Quedé pensando durante algunos segundos. Y sentí felicidad al comprender que el plan tenía muchos visos de triunfar en línea. Tan sólo me preocupaba la seguridad de las mujeres y los niños.

—Espero que las señoras obedezcan tu consejo y no salgan de sus aposentos al escuchar ruidos extraños.

—Se mantendrán en calma. Además, si todo corre en vereda de orden, no llegarán a oír un solo lamento. Esos gabachos del demonio pasarán a los infiernos sin enterarse de que pierden su putañera vida. Ahora debemos descansar, señor, para encontrarnos con fuerzas altas llegado el momento.

—Con todo lo que he dormido en las últimas horas, estoy preparado para batir a un elefante a puñadas. He recuperado el sueño perdido en el último mes. Y me comí ese gazapo, que sabía a gloria.

—En esta hacienda hay conejos para alimentar a un regimiento. Ahora pasará por los lazos a recoger alguno más.

De esta forma, todo quedaba marcado para aquella misma noche. Las diferentes sensaciones y pensamientos corrían en bandadas por mi cerebro, sin conceder un segundo de descanso. Por una parte, me sentía feliz al imaginar como tomaba a mi mujer e hijo entre los brazos para besarlos sin tregua. Sin embargo dicha escena era sustituida con rapidez por la del teniente francés, a quien daría muerte con mis propias manos, un placer igualable a cualquier otra divina sensación.

Por último, elevé un rezo a la patrona del mar, Nuestra Señora del Rosario. En esta ocasión, en lugar de los vientos propicios que normalmente se le imploran, rogaba para que nos ofreciera suerte en la empresa y corriera sangre gabacha en abundancia por la hacienda. Después de todo, y como decía el capellán de la fragata *Perla*, matar a un hereje francés, personificación misma del Maligno en el hombre, no era pecado. Por el contrario, se trataba de una acción por la que el Vaticano debería conceder indulgencia plenaria, especialmente si los malditos caían bajo el cuchillo de católicos defensores de la única religión verdadera.

15. Cambio de planes

La navegación continuó en dulce, impulsados por ese nordeste fresco entablado con bendita terquedad. El agradable soplo no sólo acariciaba el trapo de la *Mosca* en beneficio de la necesaria derrota, mantenida la proa del comodoro en rumbo de poniente puro, sino que servía en mucho a una dotación que cada día largado a popa se hacía más y más con sus tablas. En tales condiciones proseguimos con los ejercicios de mar y guerra, especialmente los segundos, con el animoso apoyo portugués. Y debo reconocer que pronto tomaron el pulso nuestros vecinos peninsulares a sus puestos de combate, incluso los soldados de infantería, sin una sola voz a la contra o un mal gesto, circunstancia que era de agradecer.

Recordando mi navegación a bordo de la fragata británica *Medea*, cuando fuera apresado tras el combate de Santa María, establecí concursos de cañón al estilo inglés durante los periodos de ejercicios doctrinales, con mejoras de rancho y extras de vino para los ganadores, condición que mucho aviva el espíritu del personal. No podía utilizar toda la pólvora que habría deseado, que no sobraban las jarras en la santabárbara, pero seguimos tronando cada día con algún disparo. De esta forma, y aunque no se previera combate, pudimos establecer la norma de mantener alistado el adecuado número de piezas artilleras durante la noche, con cartuchos y mechas a disposición, que así han de navegar los buques de la Armada, sea tiempo de guerra o de paz. No debemos olvidar que la mar ofrece sorpresas en cualquier momento y ocasión.

Aproveché las enseñanzas recibidas del general Escaño en cuanto a mantener la buena salud de la dotación a bordo, un detalle al que tanta importancia concedía. Como era mucho el personal embarcado bajo cubierta, procedimos a airear los interiores con manguerotes de lona, llevamos a cabo baldeos de raspa con vinagre y periódicos sofiones de pólvora. También preví desinfectar el buque de proa a popa una vez al mes, utilizando la ceniza de los

fogones de leña. Don Antonio había empleado esta última medida con éxito, en base a sus estudios de botánica, a bordo del navío *San Fulgencio*, como remedio contra las calenturas pútridas y medida preventiva para los diferentes males infecciosos.

Por fortuna la disciplina a bordo se mantenía en líneas de orden, salvo los habituales contratiempos que se saldaban con remedios al quite y sin mayor importancia. Como única excepción entraban por malas los Veras, esos hermanos más propios de correr lomos en presidio. Reincidían una y otra vez en tomar tabaco al humo fuera del horario y sitio establecido, un balde junto al palo trinquete, condición que puede ser peligrosa por más para la seguridad del buque. Después de haberse mantenido con grillos y racionados a pan y agua durante bastantes días, tuve que exponerlos a la vergüenza pública, castigo que se recibía amarrado al cabrestante. Pero en conjunto estaba contento con aquellos hombres que se habituaban a la mar con rapidez.

Mi relación y amistad con el capitán José Luiz Lopes de Moura se hacía más intensa conforme transcurrían las jornadas. Departía con él gran parte del día, hasta acabar por invitarlo a mi cámara en permanencia, aunque alegara su antigüedad como razón ante el resto de los oficiales. Además de evitar esa soledad que en tantas ocasiones ataca al mando de un buque en la mar, las afinidades comunes, su amena conversación, el extraordinario buen humor día y noche, así como su permanente optimismo eran factores de primer orden para mi maltrecho cerebro, atacado en demasía por los lejanos problemas familiares. A tal punto llegó nuestra confianza que acabó por exigir me dirigiera a él como hacían sus familiares españoles, sencillamente Pepe Luis. Lo acepté, siempre en situaciones de necesaria intimidad. Y como en la mar cualquier aspecto toca a su fin en bendita simplificación de nombres y verbos rematé la faena con un sonoro Pepe.

Durante seis días navegamos en aquellas favorables condiciones, aunque el viento raleara a veces durante algunas horas para regresar a la vereda establecida como norma. Enmendamos el rumbo a la orden de la capitana unas dos cuartas como máximo, dependiendo de la situación calculada en la meridiana y el necesario ajuste en la derrota. Y acostumbrados a observar la mar infinita en permanencia, condición que muchos de mis hombres experimentaban por primera vez, fue en la amanecida del 18 de marzo cuando el vigía^[86] que cubría guardia en la cofa del palo mayor cantaba esa mágica palabra que en las navegaciones oceánicas tanto atrae al hombre de mar.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a estribor!

Se revolucionó el personal en cubierta, gritando exclamaciones de alegría. Bien se dejaba notar el escaso hábito a la mar de la mayor parte, si con diez singladuras solamente a la espalda eran capaces de entrar en tamaño trance glorioso. Me pregunté qué aspavientos habrían sido capaces de realizar de haber llevado a cabo una derrota a las Indias o por las costas de los Mares del Sur, cuando se suele aguantar en la mar durante meses.

En el momento que Okumé me entregaba el antejo para divisar la tierra anunciada escuché las palabras del piloto.

—Debe ser la isla de Santa María, señor, la tierra más oriental del archipiélago.

—Siento corregirle, señor piloto —era Pepe quien entraba con su tono alegre habitual—, pero la tierra más oriental del archipiélago de las Azores son los *ilhéus das Formigas*.

—Razón tiene, señor —corroboró don Federico con rapidez—. En esas rocas de las Hormigas se han perdido gran número de buques, según tengo escuchado. Me refería a tierra habitada.

—Ya lo suponía, piloto.

—Estas islas fueron descubiertas por los portugueses, ¿verdad, señor capitán? —preguntó el alférez de fragata Ordovás.

—Eso dicen mis compatriotas con orgullo —dejó escuchar una ligera risa—. De forma oficial fueron descubiertas por el navegante portugués.

También recibía el nombre de vigiador, mientras que en las galeras se les llamaba atalaya o descubierta.

Gonzalo Velho Cabral en 1431. Pero en secreto puedo asegurar que en cierta ocasión observé un portulano florentino datado en 1351 donde ya aparecían esas islas con cierto detalle. Además mi padre, que fue gobernador de las Azores durante seis años, reunió varias monedas púnicas encontradas en las islas de San Miguel y Terceira. En fin, eso de los descubrimientos es cuestión muy relativa, comenzando por el de Colón y otros grandes marinos portugueses.

—¿Dudáis acaso de que el gran almirante don Cristóbal Colón descubriera las Indias occidentales, señor? —preguntó Ordovás.

—Hay quien asegura que en la isla Española se tenía conocimiento de la llegada de hombres blancos años antes, incluso con descendencia. Y algunos denuncian que ya los marinos vikingos pisaron aquellas tierras siglos atrás. No debemos tomar las noticias al pie de la letra. Lo mismo sucede con muchos de los descubrimientos portugueses, no crea. Por encima de todo

prima la política y los asentamientos para reconocer la propiedad de las tierras supuestamente descubiertas.

—¿Están muy habitadas estas islas, señor? —ahora preguntaba el guardiamarina Entreríos.

—Bueno, podemos decir que en todas ellas existe población, con grandes variaciones. Los tres principales asentamientos son Punta Delgada, en la isla de San Miguel, Angra, en la Terceira, y Horta, en la isla de Faial. Normalmente las dividimos en los tres conocidos grupos. Las orientales quedan formadas por las de Santa María, que ahí vemos a proa, y la de San Miguel, más esos islotes de las Hormigas. En el grupo central aparecen la Terceira, San Jorge, Graciosa, Pico y Faial. Por último, el grupo occidental, algo más alejado, queda formado por las islas Flores y Corvo. En todas ellas mantenemos guarnición, aunque capitánía de grado solamente detenten las ciudades de Punta Delgada y Angra. Un gobernador, normalmente general del Ejército, rige en nombre de la Corona, aunque hubo épocas en las que necesitamos de tres gobernadores —volvía a elevar una risa de chanza.

—Segundo —me dirigí a Ibarreche—. Supongo que no hemos tenido mermas de agua.

—Nada fuera de lo normal, señor, desde el último parte que le rendí ayer noche. Si lo dice por una posible necesidad de relleno, nada hemos de temer porque llegaremos a la isla Terceira con dos tercios del cargo, y dando cacillo libre a dotación y tropa.

—En cualquiera de esas islas les será fácil hacer víveres y rellenar aguada, comandante. Son mucho más fértiles de lo que la mayoría estima, incluidos mis compatriotas. Y con torrenteras vivas —corroboró el capitán.

—Desconocía ese detalle —alegué con sinceridad—. Las tenía por áridas y rocosas.

—Nada de eso. Son islas ricas, aunque escasamente pobladas; no permite el Gobierno una excesiva inmigración, creo que de forma errónea. Domina por encima de todo el comercio inglés. Se produce bastante maíz, trigo, bananas, habas, naranjas, caña de azúcar y hasta café y té en los últimos años. Todo ello, claro, sin contar con las pesquerías, algunas de notable importancia. Por desgracia se debe importar el vino, aunque sus habitantes estén más habituados al ron, que trafican los britanos, y al aguardiente de caña, que se produce en escasa cantidad. Su riqueza se debe, en parte, a la política de su país —me señalaba con el dedo—. Cuando fueron expulsados los moriscos de España muchos de ellos se establecieron aquí y engrosaron la agricultura. También el grupo de flamencos es importante.

—¿Asentamientos flamencos en las islas Azores? —pregunté, extrañado.

—Tuvimos un rey, Alfonso V, que cedió la isla do Faial a su tía Isabel, madre de Carlos *el Temerario*, razón por la que acudieron bastantes emigrantes de Flandes. No olviden que este archipiélago incluso recibió durante algún tiempo el nombre de Islas Flamengas. Tienen una alargada historia, sin olvidar que también pertenecieron a España durante los reinados de los tres Felipes de la casa de Austria.

—Y en la Terceira triunfó por alto don Alvaro de Bazán. Bueno..., quizás no sea una... —Ordovás dudaba de haber cometido una indiscreción.

—Puede hablar con libertad, joven, que se trata de guerras habidas hace siglos. Pero, en efecto, cuando Portugal se incorporó a la Corona española también se sometieron las Azores, con excepción de esa isla. Y en sus aguas tuvo lugar el combate entre la escuadra española bajo el mando del marqués de Santa Cruz y la franco-portuguesa. Y nos dieron ustedes con humo en el cogote, he de reconocerlo. Pero ahora somos aliados, que es lo importante.

—En ese caso —mantenía en mi cerebro los mismos pensamientos— podríamos hacer víveres frescos si llegara un momento de necesidad.

—Desde luego, comandante. Víveres frescos y buena carne, que también suelen cargar los ingleses. Hay ganado de cría y caza en algunas islas, en especial unos porcos de pequeño tamaño y carne sabrosa.

En ese momento, volvimos a escuchar la recia voz del vigía.

—¡Una vela a proa! ¡Dos palos!

—Vamos, caballero —me dirigí al guardiamarina Entreríos—, díganos de qué se trata.

Salió el joven de estampida y subió a la cofa, trepando como mono por árbol. Poco después escuchábamos su voz.

—¡Aparejo de bergantín! ¡Pabellón británico!

Como navegábamos a rumbos opuestos, muy pronto comprobamos que en efecto se trataba de un bergantín inglés. De acuerdo a su derrota, parecía venir desde la isla de Santa María en nuestra dirección, con proa hacia la fragata insignia.

—Eso quiere decir que los britanos mantienen alguna unidad menor en las islas —afirmé, mientras mantenía el antejo bien apretado—. Nunca vi desplegar el pabellón de la Royal Navy con tanta antelación sin haber escuchado el trueno del cañón minutos antes.

—Esa costumbre tan poco caballeresca se le achaca a los britanos en exclusiva —dijo el portugués—. Sin embargo he oído que en estos días, con

los buques franceses de su Marina Nacional habilitados al corso, sucede un tanto muy parecido.

—Es posible —reconocí—. También sé de alguna unidad de la Real Armada que ha empleado dicha táctica. Hay quien defiende que en la guerra todo o casi todo está permitido, aunque personalmente discrepe.

—También yo —aseguró Pepe—. No sé qué será del mundo cuando se haga la guerra sin honor.

El bergantín llegó a la altura de la fragata *Diomede*, momento en el que las dos unidades facheaban. Al mismo tiempo el comodoro daba la misma orden de maniobra para las otras dos unidades de su división. Y así quedamos a bordo de la *Mosca* durante algún tiempo, braceando unas velas en contra de otras, de modo que el viento atacara algunas por la cara de proa, mientras llenaba otras por la de popa y de esta forma manteníamos el buque sin avanzar una yarda. Por último, y aprovechando la situación, el comodoro nos pasaba un mensaje escrito por medio de su lancha. En él nos comunicaba que se cambiaba el puerto de destino, debiendo arrumbar hacia Punta Delgada. El capitán reaccionó con palmas.

—Mucho me alegro del cambio, sí señor. En primer lugar porque en la isla de San Miguel pasé una buena temporada como teniente primero de su guarnición y mantengo hermosos recuerdos. Sin olvidar alguna dama cuyo ejercicio dejé sin rematar —volvía a batir palmas de alegría—. Además la entiendo como una decisión más adecuada que aquella original de dirigirnos por derecho al puerto de Angra. Pero no cuadra esta orden con las instrucciones que recibimos en Cádiz.

—Bueno, ya nos enteraremos con detalle en escaso tiempo. Don Federico —me giré hacia la timonera, donde el piloto ya trabajaba de acuerdo a la orden recibida—. ¿A qué distancia nos encontramos de Punta Delgada?

—Unas sesenta y dos millas en derrota directa, señor comandante.

—¿Qué marcaba la corredera en la última medida, segundo?

—Cuatro millas y media, señor.

—En ese caso, si el viento se mantiene en las mismas cuerdas podemos arribar al puerto ordenado esta misma noche. ¿Es franco el fondeadero de Punta Delgada? —volvía a preguntar a don Federico.

—Para serle sincero, señor, nunca navegué por estas islas y no puedo hablar por experiencia propia. Pero en el derrotero se marca la zona...

—No tendrá problemas, comandante —intervino Pepe—. He salido a pescar en bastantes ocasiones y conozco esa pequeña ensenada, muy

resguardada de los vientos que soplan de componente norte. Y como suelen fondear muchos barcos, supongo que no será malo el tenerlo.

—Habla como un verdadero marino, capitán —exclamé, sorprendido.

—Hay que saber de todo. Al igual que los oficiales de la Marina también hacen la guerra por tierra, nosotros solemos navegar bastante como tropa expedicionaria.

El comodoro británico concedía libertad al bergantín, que cazaba escotas y salía de regreso con todo el aparejo, marcando espuma. Por nuestra parte se nos ordenó continuar la navegación, siguiendo aguas en el orden establecido. Pero una hora después la fragata insignia izaba nueva señal, en el sentido de acortar vela de acuerdo con el andar de la capitana.

—¿Por qué reducimos el trapo a disposición? —preguntó Pepe, un tanto incomodado—. Creo que si mantenemos estas pobres condiciones no llegaremos a Punta Delgada en el día de hoy.

—Estoy seguro de que lo hace a propósito para tomar el fondeadero de Punta Delgada con luz del día. Como no corremos en prisas, más vale prever y saber con certeza donde largamos las anclas.

—Me parece que los hombres de mar toman demasiadas precauciones.

Continuamos nuestra derrota, maniobrando para pasar entre la isla de Santa María y las Hormigas, con lo que debimos navegar a un largo en necesidad. Sin embargo, una vez avanteado el paso, comenzó a rolar el viento sin concierto definido, posiblemente a causa de los rebufos que se recrean entre los accidentes de la costa, aunque la mayor altura de la isla superara apenas los dos mil pies. Poco después parecía entablarse el soplo del norte y con tendencia a la baja, por lo que debimos enmendar el rumbo a babor dos cuartas y ajustar la bolina.

No fue necesario reducir más el trapo largado porque el viento continuó decayendo de fuerza hasta quedar en un fresquito de chirimía. Y en estas condiciones transcurrió toda la noche, avisado el oficial de guardia de mantener el ojo bien dirigido al tarro de luz que nos marcaba la posición del matalote de proa, porque no era fácil permanecer en distancia con el viento a disposición y la *Mosca* tendente a avantear con facilidad. Dormí un par de horas solamente, mientras me preguntaba por las causas de los cambios en los planes primitivos sin encontrar una posible solución. Y aunque los cuadros familiares se repitieran de forma caprichosa es de reconocer que con el paso de los días y la distancia se difuminaban por grises en el cerebro, que así se escapan en la mar los pensamientos para bien de los marinos.

* * *

Antes de que el crepúsculo matutino comenzara a alborear creí distinguir una luz poderosa abierta cinco cuartas por estribor, mientras charlaba con Pepe en la toldilla. Manejé el antejo en dicha dirección, siendo asistido por el portugués con rapidez.

—Esa luz pertenece al faro de Ponta Garça. Lo sé porque fue inaugurado durante mi permanencia en la isla, como un regalo de Su Majestad británica al buen amigo portugués, sin olvidar el uso permanente que han hecho de estas islas. Es el más moderno del archipiélago, con una lámpara ideada por un tal Argand, de tres mecheros y dos coronas de reflectores esféricos. Aseguraban que era una joya de la técnica lumínica. Y si le digo la verdad, no comprendo bien el uso de estos faros. Quiero decir que son importantes para la seguridad de los buques en la mar durante la noche, no hay duda, pero también pueden ser utilizados por el enemigo.

—Bueno, se trata de una condición prevista. En determinadas ocasiones se mantienen apagados, aunque también se establece una periodicidad en su iluminación que sólo los buques propios o amigos han de conocer.

—Lógica medida.

—Pues si esa luz pertenece a la punta que mencionas, debemos estar a menos de diez millas de nuestro destino. Por cierto, Pepe. ¿A qué se deberá este cambio de instrucciones y que hayan sido señaladas por medio de un bergantín, como si se tratara de una decisión repentina e imprevista?

—Nada puedo decir porque lo desconozco. Pero debes tener en cuenta que en estos días tanto en Portugal como en determinadas zonas de España las noticias quedan a medio camino o te alcanzan deformadas. Quiero decir que posiblemente el gobernador disponga de nueva información que se encuentre en oposición con esta primitiva idea de establecer quinientos hombres en las islas. Ya sabes que considero tal medida como un lujo que no nos deberíamos permitir en estos momentos de la guerra.

—También tus hombres necesitan un descanso, que son muchos los meses de guerra a sus espaldas.

—Esa es una excusa de mi coronel, porque en las mismas condiciones andamos todos en Europa, con ese Bonaparte del demonio batiendo tambores sin tregua.

—Bueno, esperemos unas horas y sabremos lo que va a ser de nosotros.

—Ya lo dice el refrán portugués: de la milicia nada bueno esperes.

La escasez de viento conforme nos acercábamos a la isla de San Miguel, entrando los buques al socaire que ofrecían los picos de la isla, retardó un tanto nuestro arribo. Pero ya cuadraba el sol a media altura cuando fondeábamos las tres unidades en un tenedero magnífico y seguro, con fondo de arena y cascajo que tanta querencia ofrece a las anclas. Y sin perder un minuto, como impelido por ráfaga de urgencia, salía el comodoro en su falúa empavesada con proa a tierra, acompañado por el coronel portugués.

No me sentía amenazado en nervios ocultos por aquella imprevista arribada, aunque sea norma conocida que en la mar solemos huir de los accidentes inesperados. La verdad es que poco me afectaban, o así lo estimaba entonces, las conversaciones a mantener por el comodoro britano en tierra. Después de todo, el capitán de navío Traylor no estaba capacitado para ordenarme un cambio drástico en la misión impuesta, a no ser que se tratara de situación de guerra en fuerza mayor.

Quiero decir que la corbeta *Mosca* había sido destacada por el comandante general de la escuadra española a la división británica para un específico transporte de tropas portuguesas hacia las islas Azores, aunque en tal misión se pudieran producir algunas variaciones. Sin embargo, y aunque la parte sensata de mi cerebro deseara regresar a Cádiz con rapidez y disponer de noticias sobre los míos, el recodo aventurero no despreciaba una hermosa comisión a las Indias. Al mismo tiempo volví a discurrir que habría sido más correcto por parte del comodoro decidir que los tres comandantes asistiéramos a la reunión prevista en tierra, aunque no dediqué más de un minuto a tal pensamiento.

Comenzaba a rondar el sol en caída cuando la falúa britana se incorporaba a la fragata *Diomedé*. Y pocos segundos después izaba señal a bordo en la que se ordenaba inmediata reunión de comandantes. Como ya había pensado en tal posibilidad, mantenía la lancha acoderada al portalón y lista de revista para su uso. De esta forma, y con Okumé atracado a la caña, partí en dirección a la capitana. Al igual que en anteriores ocasiones, fui recibido por el comodoro en persona y con la cortesía habitual.

—Me alegra verle de nuevo, comandante Leñanza. Hemos navegado sin novedad, aunque en las primeras millas, cuando se abría el tiempo con tintes cercanos al temporal, sufrí por usted, pensando en su dotación, escasa y poco adiestrada. Pero ya he visto que se desarrollaron con soltura. Incluso he comprobado que ha llevado a cabo ejercicios de cañón y no pierde el tiempo.

—Vamos mejorando por momentos, señor, que mucha mar y fuego echo en falta a mis hombres. Además debo agradecer la actitud mostrada en todo

momento por el capitán Lopes de Moura, que se ofreció a completar las dotaciones de los cañones con sus soldados.

—Me gusta el trabajo en común. Por favor, acompáñeme a la cámara, que ya nos espera el coronel Caetano da Silva y el capitán de fragata MacLeod. Debemos variar ligeramente los movimientos previstos.

Con cierta curiosidad picando en la sesera, seguí sus pasos hasta encontrar de nuevo a los dos personajes ya conocidos. Volví a agradecer al coronel portugués el buen hacer y apoyo de sus hombres, alabando como se merecía la actitud de los dos oficiales. Pero ya el comodoro tomaba la palabra, tras habernos ofrecido un ligero refrigerio.

—He mantenido en Punta Delgada una conversación con el general Teixeira de Matos, acompañado por el coronel da Silva. Resulta que la situación de fuerzas en el archipiélago en poco se parece a la prevista. El general confirma los avistamientos de algún corsario francés, así como fondeos para relleno de aguada en diversas islas, normalmente menores. Pero me ha pedido de forma encarecida variar el plan inicial y que no desembarcaremos todas las fuerzas portuguesas en la isla Terceira, como estaba previsto. Los más de doscientos hombres embarcados en la fragata *Arethusa* desembarcarán aquí, en la isla de San Miguel. Al capitán de fragata MacLeod le ha caído en suerte un periodo de descanso, porque aquí se mantendrá durante algunos días, esperando el regreso de sus compañeros.

—Le agradezco la deferencia, señor —contestó el aludido con escasa alegría.

—Viene obligada esa decisión por ser quien transporta el tren de artillería. Esta fragata bajo mi mando y la corbeta *Mosca* continuaremos la navegación hacia la isla Terceira, donde desembarcará de la *Diomedea* la tropa expedicionaria portuguesa y su estado mayor, embarcando unos cien hombres que deben pasar al continente. Y en Angra esperaré, mientras por su parte, comandante Leñanza, continua en solitario, si a bien lo tiene, hasta la isla Flores. Una vez allí, desembarcará en Santa Cruz las tropas embarcadas. Y no he escogido su buque al azar, sino obligado porque en la *Mosca* se encuentran los soldados de infantería que allí se requieren en un elevado tanto por ciento. Pero al mismo tiempo deberá embarcar a unos cien hombres que se mantienen de guarnición en esa isla para devolverlos a la península Ibérica. El punto de reunión final para las tres unidades, antes de comenzar el tornaviaje a Cádiz, será aquí mismo en Punta Delgada. Recibirán las instrucciones sobre periodos de espera y otras anotaciones hoy mismo. Deseaba el general Teixeira que entregáramos las tropas portuguesas embarcadas de regreso en Lisboa. Por

desgracia, no puedo complacer sus deseos. Le contesté la imposibilidad de abordar tal misión sin información sobre los movimientos en aquel escenario y el imprescindible permiso del almirante Purvis. Es una acción que se puede realizar a continuación sin gran demora, si así se estima oportuna.

Nos mantuvimos en silencio tras las aclaraciones expuestas. Tan sólo el coronel da Silva expuso una posible excusa, como si no hubiera escuchado las últimas palabras del comodoro.

—Como nos movemos con noticias atrasadas en norma habitual —hizo un gesto de resignación con sus manos—, parece que *ya* se habían tomado medidas desde Lisboa en el sentido de proteger las islas. Pero no viene mal después de todo esta iniciativa, porque será posible llevar a cabo los necesarios relevos en las tropas de guarnición. Si me permite, comodoro, creo que olvidó un detalle importante. La corbeta española ha de embarcar algunos oficiales y artillería.

—Es cierto —volvió a dirigirse a mí—. Espero que pueda embarcar dos tenientes más, así como tres piezas de artillería de campaña que se necesitan en la isla Flores. Son de pequeño calibre y podemos proceder a su carga esta misma tarde, si lo estima adecuado.

—Muy bien. Estibaremos las piezas en cubierta, dada la escasa distancia a navegar.

—Me parece correcto. Por cierto, comandante Leñanza, si necesita víveres o aguada, aquí puede llevarla a cabo —dijo el comodoro—. Las aguas de estas islas son de gran calidad y sin miasmas.

—No tengo necesidad de momento, señor. Aunque no he limitado la bebida a la tropa embarcada, andamos todavía a buen nivel. Llegado el caso, lo haría en la isla Flores o al regreso, en este mismo fondeadero.

—En ese caso y como nada nos retiene en este agradable paraje, si le parece bien mañana mismo levaremos anclas para aproar hacia la isla Terceira. Podemos navegar en conserva, ya que la derrota hacia su isla de destino es común a la mía. Después le recomiendo atravesar entre las islas de San Jorge y Graciosa. El paso del sur entre las islas Pico y Fayal entuba los vientos a la mala. Sin embargo se perderá la maravillosa vista del Pico, en la isla a la que da nombre, elevado por encima de los siete mil pies, con las nubes que lo suelen rodear por bajo en falda. Siempre me recordó al pico de Tenerife, que se ve desde la mar a muchísimas millas de distancia.

—Se refiere al Teide, aunque su altura es bastante mayor. De todas formas, le agradezco la información, señor. Tomaré el paso del norte y si las condiciones son buenas en el tornaviaje pasaré a observar ese pico.

—Me parece buena idea, comandante. Bien, señores, regresando a nuestro tema, quiero serles sincero —el comodoro dirigió su mirada en redondo, como si fuera a declarar una noticia guardada—. Personalmente, no creo en la presencia de esos corsarios franceses, al menos en sentido de permanencia, sino más bien como aves de paso. Y así debe ser en esa clase de unidades, dado el tipo de guerra que utilizan. Por parte portuguesa, estimo como misión imposible mantener una mínima vigilancia de todas las enseadas en tantas islas, con un solo bergantín a disposición. Por esa razón, preveo difícil la labor de las tropas establecidas en tierra, porque nunca los corsarios fondearán en zonas cercanas a las poblaciones principales, si son inteligentes.

Miré hacia el coronel portugués, que se mantuvo en silencio. Continuó el comodoro, ahora dirigiendo sus palabras hacia mí.

—Con absoluta franqueza, comandante Leñanza, si estima que no dispone de suficientes hombres para cubrir su artillería, llegado el caso, o excesiva inexperiencia en su dotación, puedo mantenerlo en conserva hacia la isla Flores —hizo un gesto de clara resignación—. No me vendrán mal algunos días de descanso en Angra, pero puedo pasar sin ellos y navegar un poco más hacia poniente.

—No es necesario, señor. Con el auxilio de los soldados portugueses puedo cubrir todos los cañones, si llegara ocasión de combate, que tampoco yo estimo probable. En cuanto a los hombres de mar, mejoramos día a día. Además no me preocupa la presencia de una unidad corsaria del porte de fragata o superior. Ya habrá comprobado que mi corbeta es ligera de alas y corre la milla como un cormorán, por lo que no le sería fácil darme caza.

—En efecto —me sonrió, complaciente—. Pude comprobar como nos avanteaba en las primeras noches. No parece que ande tan sucia su obra viva.

—La retocamos en lo posible por medio de una chata en los caños, aunque todavía le resten algunas faldas junto a la quilla. Pero no creo que perdamos más de una milla. Estimo que la *Mosca* navega bien y bolinea al gusto.

—Bien, en ese caso nada más tengo que añadir. Ya hemos cumplido gran parte de la misión impuesta sin negativa novedad. Tan sólo me preocupa la fragata *Arethusa*, que exhibe unas características de navegación bastante pobres —el comodoro evitó la mirada de su subordinado, aunque el dardo estaba lanzado a la cara.

—Ya le dije, señor, que necesitábamos una varada de ronda desde hace seis meses.

Creí entrever cierto enrojecimiento en el rostro del capitán de fragata MacLeod y un tono bastante rígido de su voz. Por el contrario, el comodoro le contestó con una sonrisa y cierto tono de sorna.

—Lo mismo que le sucedía a la corbeta *Mosca*. Hay sistemas de fortuna para encarar los problemas y que una unidad a flote rinda al máximo.

Nos movimos en momentos de cierta tirantez. Creí descubrir cierta animosidad entre aquellos dos hombres, una situación que debía venir de lejos. Pero el comodoro Traylor regresó con rapidez a la cordialidad, elevando su copa entre sonrisas.

—Creo que es momento de brindar una vez más. Que los vientos se mantengan propicios y rematemos esta faena con rapidez. Y si es posible sin nuevas instrucciones contradictorias.

Bebimos de buen humor, a excepción del comandante de la *Arethusa*, cuya actitud no dejaba traslucir situación de bonanza ni mucho menos. A continuación, y con excesivas prisas, fuimos despedidos por el comodoro. Y sin más objetivo a la vista tomé la lancha para regresar a la *Mosca*, que se mecía engolfada en aquella ensenada, bien amarrada por cables de orden a los fondos.

Como había dado permiso a mis hombres para desplegar las artes de pesca, que siempre viene bien alimento en fresco y aquellas aguas eran buenas para tal misión, cuando me atracaba al portalón eran muchas las guías que penetraban la superficie en busca de condumio. Incluso el bote navegaba en derredor con dos de los mejores buceadores, por si se avistaba alguna tortuga o cangrejos grandes que tan bien aderezan las menestras.

Una vez a bordo, reuní a mis oficiales en su cámara, incluidos los dos portugueses. Les narré las variaciones habidas, sin encontrar rastros de sorpresa en ninguno de ellos. El primero en apuntar fue Pepe.

—Los dos tenientes que han de embarcar serán, con seguridad, Marques y Dias, de mi compañía. En cuanto a la artillería de campaña, no sé para qué necesitamos esas piezas en la isla das Flores. La verdad, poco gusto del cambio y es difícil de comprender, que no es normal la presencia de un capitán en tan reducida Isla, a no ser que la guerra haya hecho cambiar la distribución de fuerzas. Prefiero mil veces pasar de guarnición a la ciudad de Angra que a ese poblado de Santa Cruz. Allí debe faltar de todo. Con su permiso, señor comandante, me gustaría tomar su lancha y pasar a la capitana para hablar con el coronel da Silva. Debo exponerle las necesidades imprescindibles para tanto hombre. Me refiero a los víveres, porque no sé qué

podré encontrarme en el puerto de destino. Espero que el general Teixeira le haya explicado la situación exacta.

—Puede utilizarla a su gusto. Por lo visto, debemos embarcar unos cien hombres que allí se encuentran destacados, para devolverlos a la península.

—¿Cien hombres en esa isla? No lo comprendo, y mucho menos que se aumente ahora hasta los ciento sesenta. Bueno, pocas veces calibramos con claridad las instrucciones que nos llegan desde las alturas —volvió a sonreír—. Preveo un alargado periodo de tediosa rutina. Y todo este movimiento por la simple sospecha de presencia naval gabacha en el archipiélago. Con sinceridad y sin que peque de indisciplina, entiendo que todos estos hombres serían de más utilidad en los teatros de guerra abiertos en la península.

Callamos ante sus argumentos, que no era cosa de entrar en los entresijos personales de ejército aliado. Ibarreche, práctico como siempre, entró al detalle.

—Entonces, señor, ¿levamos mañana al alba?

—No me ha parecido el comodoro con prisas. Pero estaremos preparados a esa hora por si acaso. ¿Cómo va la pesca?

—Entran muchas piezas, aunque en verdad algunas especies nos son desconocidas. Pero los soldados portugueses, algunos oriundos de esta tierra, son los que dirigen la faena y señalan los de mejor sabor. Por desgracia, a pesar de que nos avisaron de la presencia habitual en estas aguas de tortugas, ninguna cayó de momento.

—Caerán a la noche —sentenció Pepe—. Y buena sopa cuece con su carne. En cuanto a esos peces rayados en rojo que tanto proliferan, pueden tomarlos sin temor, que son de buen sabor. Y como dicen los hombres que faenan con las redes, cualquier pescado, recién tomado de la mar, está bueno a la plancha con un poco de grasa. De todas formas, bien sabe Dios que prefiero las paletillas de cordero bien adobadas y los tasajos de tocino. Lo siento por sus reservas, comandante —se dirigía a mí entre sonrisas—, pero he de beber suficiente vino y aguardiente mientras me mantenga a bordo, por si acaso entro en sequía absoluta durante mi estancia forzosa en la isla de las Flores.

—No se preocupe por ese aspecto, capitán. Llegado el caso, le ofreceré una buena remesa de caldos para que soporte la soledad.

—Siempre admiré la generosidad española.

—Por cierto, segundo, atento al embarque de esas piezas artilleras. Y que se trinquen en cubierta como es debido.

—Por supuesto, señor.

Pasamos el resto del día ansiando el buque y repasando alguna merma. Especial trabajo se le presentaba al maestro velero, con algunas piezas en manifiesta necesidad de relingar. Se trataba de un problema repetido, cuya causa se nos escapaba de las manos porque no era condición normal en el trapo de cualquier buque. A media tarde cargamos los tres cañones portugueses por medio de la pluma. Al mismo tiempo se presentaban los tenientes José Antonio Dias, lisboeta de excepcional fortaleza, y Jorge Cabral, polo opuesto a su compañero en hechuras. Según parecía, el segundo de ellos había relevado en funciones con el teniente Marques, aventurado en principio por Pepe. Se apretaron las lonas en los alojamientos de los oficiales para arrancharlos en conveniencia, sin demasiadas protestas por tratarse de pocos días.

Aquella noche cené con Pepe en mi cámara. Y no eran aparentes sus palabras sobre los caldos generosos, porque se lanzó a ellos como náufrago a la pipa.

—Ahora que estamos en confianza, comandante, puedo decirte que estimo como majadería suprema este despliegue de fuerzas por el archipiélago. Ya sabes que no me disgusta criticar a los superiores, especialmente cuando su inteligencia raya con el cero. Y por desgracia, me ha tocado el premio gordo en este reparto.

—Serán pocas semanas, Pepe.

—No conoces a los generales de mi Ejército. Se conoce a ciencia exacta cuándo comienzan estas comisiones, pero rara vez se atisba el final a la vista concreta. Este general Teixeira, a quien conozco, es capaz de dejarnos en santa Cruz hasta el final de la guerra, oteando el horizonte en busca de algún corsario. Te aseguro que por sus escasas luces se encuentra en estas islas, apartado de la jarana guerrera. ¡Maldita sea mi estampa!

—Olvídate de esa isla y bebamos una frasca de aguardiente. Entraremos en sueños como niños tras noche de juegos.

—Tienes razón. Brindemos por la muerte de ese degenerado Napoleón Bonaparte y que por mi parte encuentre alguna buena moza en la isla Flores, capaz de hacerme olvidar las penas.

—Que así sea.

Tomé el camastro alegre de pájaros pero con pensamientos encontrados. Entrábamos en la última semana de marzo y Beto podría haber rematado su faena. Con un poco de suerte, nuestra familia debería encontrarse en Cartagena, lista para salir hacia las islas Baleares. Y para conformar los sueños, me incliné por asegurar que ya se encontrarían en Mahón o Palma de

Mallorca, disfrutando de absoluta tranquilidad. Por fortuna los vapores del aguardiente no ofrecieron tiempo a que la mente dejara correr otros velos más oscuros.

16. Noche de sangre

Una vez más, la espera se hizo interminable. Miguelillo no paraba un segundo en su permanente actividad, yendo y viniendo de su tarea cazadora sin descanso. Y no era escaso el producto del joven, aportando más animales, que una vez destripados embutía con hojas de algarrobo y ramas de tomillo, antes de ser colgados de los ganchos en el refugio. Sin embargo para mí la tortura se alargaba como maroma vieja, con manojo de nervios aflorando por esteras y poros. Los pensamientos recorrían senderos de ida y regreso, mostrando imágenes de cal y arena, aumentando si cabe el desasosiego y la impaciencia que sentía por abordar de una vez la empresa definitiva. Por fin, tal y como avanzara el joven, comenzaba a retirarse el sol tras las crestas del Martillo cuando escuché ruidos de pasos y algunas voces desde el refugio. Como movido por un resorte, salté del asiento para salir al paso. Y nada más abordar el empedrado comprobé la presencia de seis hombres que trepaban por la loma en mi dirección, con los animales tomados de las riendas a la mano.

Mucho había oído hablar de las ya famosas partidas, aquellos grupos de gente dispersa y muy diversa procedencia que don Antonio de Escaño denominara en principio como las armadillas terrestres, lo que podía ser traducido a la jerga secana como el ejército del pobre. Sin embargo creo que con el paso del tiempo en su conjunto merecieron recibir con todo honor y reconocimiento el nombre de armadillas de patriotas, porque su papel en la guerra contra los franceses fue crucial en determinados momentos. Como en todo puchero aparecieron garbanzos blancos y negros, sin que las actuaciones de algunos interesados pudieran llegar a empañar tamaña gesta.

Aunque ya en los pueblos y ciudades se mostraran pintadas que caracterizaban aquellos hombres, las más de las veces con apariencia de colosos semisalvajes y relatos de sus acciones muy cercanos a la leyenda popular, los que ante mí se presentaban bien podían pasar por una cuadrilla de jornaleros dispuestos a la siega. Tan sólo se diferenciaban en las armas que

incorporaban bien amadrinadas al cuerpo, una extraña amalgama en la que aparecían desde trabucos más cercanos a siglos pasados a fusiles franceses tomados a sus presas. Por el contrario, todos mostraban buenas monturas, algunas con sillas de clara procedencia gabacha, como si no les importara mostrar el camino utilizado para conseguirlas o tal vez fuera un detalle a lucir en muestra de su valor. A la cabeza del grupo distinguí a Miguel, el padre del rapaz y también jornalero de la hacienda, a quien recordaba como hijo de Simón, fiel servidor de la casa. Fue él quien saludó en primer lugar con un gesto de su mano, sonrisa de complicidad y ligera reverencia de cabeza.

—Bienvenido de nuevo a estas tierras que son las tuyas, señor.

—Mucho me alegro de verte, Miguel —le tendí la mano, que fue apretada con fuerza—. Y ya de entrada quiero agradecer como se merece el apoyo recibido, tanto del valiente de tu hijo como de estos hombres que te acompañan. Sin vuestra ayuda nada podría hacer.

—No tiene que agradecerlo, señor. Si hasta ahora no actuamos contra esos hijos de Satanás establecidos en Santa Rosalía fue para no comprometer la seguridad de la casa. Pero nos alegra que haya llegado la hora de ajustarles las cuentas por derecho. Y lo abordamos en el momento oportuno, porque según se comenta los franceses envían refuerzos hacia este reino desde las Andalucías. No sabemos si intentan ampliar su tropa en la capital murciana o atacar la plaza de Cartagena. Cuanto antes liquidemos la empresa, mejor para todos.

—No querría comprometer la vida de mujeres y niños, que aquí quedarán tras nuestra marcha.

—No se preocupe, que ya pensábamos tomarlos con nosotros. En las cuevas del Espino cabemos todos y poco trabajo les queda aquí, que no es buena faena laborar para que se lo lleve todo el francés.

Me presentó a sus compadres, como los llamaba, labradores de otras haciendas, aunque uno de ellos, un tal Sinforoso, también tenía familia en Santa Rosalía. Entramos todos en el refugio, una vez asegurados los animales. Fue entonces cuando comprobé que encima de una hermosa yegua francesa cargaban un venado de respetable tamaño.

—Buen ejemplar cabalga sobre esa montura.

—Hay que comer, señor, y es una bendición para nuestra partida la caza que aquí se mantiene —era Sinforoso quien entraba al quite—. Entre los conejos que nos proporciona el hijo de Miguel, alguna que otra res, así como harina y aceite de la hacienda o pueblos cercanos, nos vamos defendiendo sin

demasiadas privaciones. Y cuando asaltamos algún transporte francés incluso Llegamos a tomar vino de excelente sabor.

—Bien, señor —volvía Miguel a la carga—, supongo que ya le habrá explicado Miguelillo el plan elaborado para esta noche.

—Así es y lo espero con impaciencia, aunque sea mala consejera.

—Razón le sobra. Hay que ser paciente en la caza, señor, bien sea de animales o seres inmundos. Y la de esta noche va a ser de cuernas con muchas puntas en alza. Ahora comeremos esta hermosa res, que llevamos un día en ayuno forzoso, y hablaremos con detalle.

El venado fue acondicionado al fuego con rapidez, trabajo en el que colaboró Miguelillo, una vez regresado al refugio con nueva remesa de conejos. La conversación se mantuvo en temas de broma y chanzas contra los gabachos, así como alguna historia de sus peligrosas andanzas por aquellas tierras, narraciones de sangre en su mayor parte. Y era bien entrada la noche cuando Miguel creyó oportuno volver a exponer el plan conocido, con el que mostré mi acuerdo sin reservas. Tan sólo sentía cierta preocupación por un aspecto que en mi opinión era de importancia.

—Me habría gustado dar aviso a las señoras, Miguel, para que se atranquen bien en sus aposentos y no salgan aunque escuchen voces o gritos.

—Ya lo había pensado, señor. Por esa razón envié aviso a mi padre en tal sentido con la mujer de Sinforoso, que se corrió esta mañana hacia las cuevas. Además era necesario que una vez liquidemos a los dos hombres de la guardia se encuentre mi viejo en la puerta principal, la de la rotonda, para franquearnos el paso.

—Espero que las acciones se desarrollen al gusto y nadie de los nuestros acabe herido.

—Que sea lo que Dios disponga, señor. La verdad, no creo que les alcance divino apoyo a esos herejes malparidos. Todos llegaremos con armas de fuego bien alistadas a la mano, aunque espero que sea suficiente actuar con los cuchillos y facas sin mayor estruendo. Además del necesario silencio, ahorraremos pólvora, que no sobra. No obstante, y aunque no sea tarea de mi incumbencia, me preocupa ese viaje que ha de afrontar con las señoras y los niños hacia la plaza de Cartagena. Nosotros podremos ofrecerle apoyo hasta alcanzar el cortijo de la Raya, pero más allá no debemos adentrarnos o nos expondríamos en descubierto a un peligro excesivo.

—Lo comprendo y así ha de ser. Pero quiera o no es necesario atacar el viaje en el carretón, especialmente después de lo que va a tener lugar en esta

hacienda durante la noche. Con un poco de suerte, podemos llegar a Cartagena sin novedad a la contra.

—Mi hijo partirá con usted y los protegerá. Ya habrá podido comprobar que es un mozo listo, fiel y valeroso.

—Desde luego. Estoy encantado de tomarlo a mi servicio, Miguel, pero no quisiera exponerlo a...

—Si no partiera con usted, pasaría a la partida sin remedio, señor. Estamos en guerra abierta con el francés y se ha de luchar en cualquier frente. Me alegra que marche en su compañía. Sé que hará de él un hombre con futuro más positivo que el ofrecido en estas tierras.

—En ese caso, no se hable una palabra más. Lo haré con mucho gusto y me preocuparé de él como un hijo, puedes estar seguro.

—Siempre tendrá el reconocimiento de mi familia, señor. Y después de atacar a los franceses, deberíamos cerrar Santa Rosalía a cal y canto, al tiempo que las familias abandonan el lugar. De todas formas, al tener conocimiento del suceso los gabachos entrarán a sangre y fuego en tan noble edificio, como ya han hecho en otros lugares, santificados o no.

—Ahora lo importante es salvar a las familias y como dices luchar contra los invasores de nuestra tierra.

Una vez los alimentos en orden, comimos en abundancia. Por desgracia no disponíamos de una gota de vino, aunque el venado ofreciera una carne sabrosa por más. Las conversaciones se mantuvieron de forma distendida, como si las acciones que deberíamos afrontar en pocas horas conformaran el pan nuestro de cada día. Tras rellenar el buche y cuando comenzaban a decaer los comentarios se escuchó la voz de Miguel en tono de mando.

—Bueno, muchachos, debéis dar un ligero pestañeo antes de que bajemos hacia las casas. Cuando la luna alcance dos puños iniciaremos el descenso hacia el castillo de Santa Rosalía.

Nadie osó contestar la orden de quien, ahora con claridad, mandaba en aquel grupo de hombres. No obstante como había dormido mucho a lo largo del día decidí salir al empedrado para mantener las piernas en movimiento. Sabía que después de todo el combate en tierra es como los habidos en la mar. Se sufren nervios antes del primer disparo, momento en el que la cabeza comienza a funcionar a ritmo y las venas se emplazan en razón.

* * *

Cruzamos la medianoche sin que observara movimiento o inquietud en los hombres, que poco a poco iban despertando. Me mantenía en silencio y sin mostrar los movimientos erráticos de mis manos, por mucho que deseara encarar la operación cuanto antes. Por fin, debía haber transcurrido una hora en el nuevo día cuando a la orden de Miguel comenzamos a descender hacia el castillo. Miguelillo era quien tomaba la delantera abriendo brecha, como si se tratara del más experto pistero del grupo. Por mi parte, y a indicación del padre, me cuadré a su lado tras los pasos del joven. Y aunque debiéramos atravesar zonas de espeso bosque, la luz de la luna nos ayudaba a apartar ramas y obstáculos.

Tras dos horas de ininterrumpido descenso, una vez franqueada la chopera de la orilla, divisé la casa con claridad. Algunos pensamientos dulces recorrieron el alma al recordar que allí disfruté de los primeros días tras mi boda con Rosalía, unos tiempos que parecían perderse en la memoria, aunque hubiesen transcurrido unos pocos años solamente. Fue el momento escogido por quien actuaba como general en jefe. Miguel movió la mano hacia abajo, a cuya orden avanzamos con el lomo tendido hasta quedar atrincherados tras un frondoso seto a unas cien varas de la rotonda. Escuché su voz en bajo pero con determinación.

—Sentado en los escalones de la porticada central se encuentra un soldado. Y dada su desmadejada postura, debe encontrarse el muy putañón soñando con ángeles negros. Ahora es necesario descubrir por dónde se mueve el otro gabacho de los cojones. Como no esperan un ataque y la rutina degenera en extrema confianza, no creo que se aleje mucho de la entrada en su ronda.

Nos mantuvimos en silencio durante alargados segundos, escudriñando en la oscuridad, hasta que escuché la voz apagada de Miguelillo.

—Allí se encuentra el segundo soldado, padre —el joven señalaba con su mano—, apoyado en el brocal del aljibe de las rosas.

En efecto, a escasa distancia de la entrada principal comprobé la presencia del francés. Apoyaba su cintura de forma indolente en lo que solíamos llamar como aljibe grande, antiguo pozo de arrastre fuera de uso y utilizado en la actualidad como adorno en relleno de flores.

—Ya lo veo y parece que se mantiene despierto. Ese mamón debe caer al tiempo que siego la garganta del gabacho dormido. ¿Mantienes la puntería certera con tu cuchillo, Miguelillo? —el padre se dirigía a su hijo con una sonrisa de orgullo.

—Desde luego, padre —el joven ya lo había desenfundado de la faja.

—Ten en cuenta una condición importante, hijo mío. No es lo mismo acertar a un cochino en el monte que contra el pecho de un hombre.

—Bueno, padre, estos gabachos son más cochinos que los jabalís y menos valientes. Puede estar seguro de que no fallaré. Como usted dice, al centro del pecho y sin dudar.

—De acuerdo, así ha de ser. Deberás correrte en cerco por la izquierda, hasta situarte por su espalda a unos quince pasos. Cuando veas que echo mano de mi faca para rebanar el gaxate del gabacho dormido deberás lanzar. En cuanto caiga, acude hasta él a la carrera y remátalo como si se tratara de un cochino de monte, para que no profiera gemido o alarma alguna. Y si fallas, debes salir por piernas sin dudar.

—No fallaré, padre.

—Atentos todos —ahora Miguel se dirigía al grupo, en el que me incluía—. Una vez muertos esos dos mequetrefes nos reuniremos en silencio junto a la puerta principal. Mi padre debe estar esperando para abrirla, si es que no la tiene ya a media vara. ¿De acuerdo?

Todos movieron la cabeza en afirmación, momento en el que padre e hijo comenzaron a arrastrarse por el suelo con rumbos divergentes. Mientras Miguel lo hacía la derecha, para tomar la pared de la casa y avanzar pegado a ella, el hijo se abría más en distancia, hasta los parterres de las begonias. Ahora los nervios me atacaban por troneras, que no es bueno para amainarlos esa dependencia de la acción de otros, presto a entrar en concierto de sangre. Además sufría por el rapaz, un jovencillo que se preparaba a ejercer como hombre valiente y decidido. Pensé que sería la primera vez que mataba a un ser humano, aunque en verdad para él un soldado francés no presentara mayor calidad que cualquiera de los conejos que atrapaba con sus lazos.

Aunque perdí de vista a Miguelillo durante unos alargados segundos pronto recuperé su figura conforme se acercaba como un reptil hacia el aljibe. Por su parte, Miguel ya se encontraba a escasos pasos de quien con seguridad dormitaba en profundo. El joven alcanzó su puesto, momento en el que desenfundaba el cuchillo y pasaba la lengua por su punta. Tras comprobar que ya su padre se disponía a degollar a su blanco, se alzaba con extrema lentitud. Sin embargo a continuación su brazo se movía cual relámpago en arco y lanzaba el arma con decisión. Aunque por mi parte disponía de dos escenarios simultáneos, me centré en principio en el de Miguelillo, cuyo lanzamiento conseguía que el francés cayera sobre el suelo del chinarral como fardo largado en cubierta. Y ya corría el valiente para llegar hasta él en escasos segundos y rematar la faena con su arma, una maniobra similar a la que

solemos emplear con las reses heridas en el monte. Cuando pude dirigir la mirada hacia la puerta, ya Miguel tenía el otro francés en el suelo y limpiaba su faca de sangre contra las calzas. Fue el momento en el que alzó su mano y comenzamos a movernos en silencio hasta él.

Alcanzamos el recio portón, que en efecto se mantenía con una rendija por donde aparecía la cabeza de Simón. Miguelillo llegaba en ese momento, siendo felicitado por el padre con voz queda.

—Bien hecho, hijo —le revolvía el cabello con cariño—. Eres un valiente.

—Era un tiro fácil, padre.

—Bueno, continuemos la faena. Cuando entremos hemos de girar hacia la izquierda y seguir los pasos de mi padre en silencio, hasta llegar a una sala donde duermen seis hombres.

—Durante la noche dejan un velón encendido en una esquina. Concede escasa luz, pero suficiente —era el viejo Simón quien hablaba, gesticulando con sus manos preñadas de nudos—. Es fundamental mantener el máximo silencio. Una vez en la sala donde duermen y cuando cada hombre se encuentre sobre el lecho de un francés hay que segarles el gáznate a la señal de mi hijo Miguel. Si llegan a dar la voz de alarma, como la mitad de los heridos pueden moverse y tienen las armas a disposición, habrá disparos. Pero si todo se mantiene en silencio podremos abordar el salón de baile en conjunto. Como somos nueve, en el segundo ataque tocaremos a dos por cabeza y alguno más para mí, que los he soportado día a día durante meses. Seis de ellos sufren de gravedad y se encuentran separados del resto por una sábana empalada en dos postes. En el piso de arriba reposa el teniente mal nacido, pero esa tarea es privativa del señor —me dirigió la mirada con una sonrisa de complicidad—. Mi nieto y yo nos ocuparemos del furriel que duerme en el dormitorio contiguo.

Como si se tratara de seguir el guión de una obra de teatro repetida mil veces, las escenas transcurrieron con bendita normalidad, si puede adjudicarse tal adjetivo a la sangría que produjimos. Entramos en silencio, tomando Simón la delantera con una faca de extraordinario tamaño en sus manos. Giró a la izquierda, hasta alcanzar la puerta de una sala que se denominaba en el castillo como salón de nobles. La abrió con extremo cuidado, sin que los goznes produjeran un mínimo ruido. Penetraron en primer lugar los seis seleccionados para la faena, mientras Simón, Miguelillo y yo nos manteníamos junto a la puerta con los cuchillos en la mano y dispuestos a reparar cualquier fallo.

Los seis franceses pasaron hacia el fuego del infierno sin tener conocimiento de lo que les sucedía. Tan sólo uno de ellos, un soldado de gran tamaño, elevó un quejido bronco mientras removía las manos en demanda de un auxilio que no le alcanzaría. Una vez comprobada la muerte de todos y sin perder un solo segundo volvimos al zaguán. Siguiendo a Simón, atravesamos una pequeña sala y el comedor de gala, hasta alcanzar la puerta del salón de baile. El viejo pasaba a realizar la misma operación con su puerta, abriéndola con suavidad. Una vez dentro, recorrimos la fila que se abría entre los camastros adosados a la pared, distribuyéndonos de acuerdo al plan. Tan sólo se escuchaban suaves quejidos de dolor tras la cortina blanca, tendida al fondo.

Debían ser catorce o quince los jergones alineados. Y una vez más, a la voz, nos lanzamos sobre ellos sin misericordia. También ahora puedo jurar que ninguna piedad o remordimiento sentí al clavar el cuchillo sobre el primer pecho, para, antes siquiera de comprobar su muerte, girarme con rapidez y asestar una nueva puñalada al situado a mi izquierda. Este segundo se movió y llegó a abrir los ojos, aunque ya repetía por mi parte la faena mientras tapaba su boca a tenazón con las manos. En esta ocasión, uno de los heridos llegó a despertar antes de ser ajusticiado, llegando a largar dos palabras en alto cuando ya le asestaban el golpe de muerte.

Puedo asegurar en verdad de ley que en un principio pensaba pedir clemencia para los soldados malheridos que se encontraban tras la cortina. No obstante vi tan decididos a los hombres de Miguel que me mantuve en silencio. Después de todo, estaba muy clara la ley entre los miembros de las partidas: ni un solo prisionero francés.

Regresamos al zaguán con abierta felicidad. Y fue necesario que Miguel hiciera bajar unas voces que celebraban el éxito en adelanto. Simón se me acercó.

—¿Qué armas desea utilizar, señor? Si por mí fuera, mataría a ese teniente despacio, muy despacio, como nos ha hecho sufrir aquí.

—Tengo una idea mejor. Acércame los dos sables que pusiste en el arcón.

—¿Pensáis batiros con él? No he visto a ese teniente ejercitarse, pero podría ser un buen espadachín. No es necesario arriesgar un solo rasguño de su cuerpo por un ser tan despreciable.

—Tengo ganada fama tirando a esgrima, Simón. Así quedaré más tranquilo de conciencia. Pero no sufras, que mataré a ese putón gabacho.

—Lo que digáis, señor. Mi nieto y yo nos ocuparemos del furriel a la brava, mientras tanto.

Abrí marcha por las escaleras hacia el piso de arriba con los dos sables en la mano, sin olvidar la pareja de pistolas enfajadas a la espalda. Cuando alcanzamos el pasillo distribuidor hice una seña a Simón para que encendieran los velones de cristal. No había necesidad de movernos a oscuras. De esta forma, mientras nieto y abuelo se dirigían hacia la estancia del ordenanza por mi parte atacaba el dormitorio del duque, donde había escogido aposento aquel maldito.

Abrí la puerta con suavidad y sin ruido. Penetré en el dormitorio, donde también quemaba una pequeña candela sobre un velador que ofrecía visibilidad suficiente a la escena. Acostumbrada mi vista a la escasa iluminación, pronto observé el cuerpo del teniente arrebujado en la cama endoselada, normalmente utilizada por María Antonia y ahora profanada por aquel miserable de uñas largas. Fue entonces cuando comprendí, sin sorprenderme una mota, que comenzaba a gozar de la situación, una escena soñada en mi imaginación durante muchos días de espera y angustia. Pero como no venía mal tomar toda precaución, examiné las mesillas de noche en busca de algún arma. Con facilidad comprobé la presencia de una pistola en la que se mantenía a su derecha. Me acerqué en silencio, hasta tomarla con mis manos y apartarla hasta una cómoda cercana.

Por fin había llegado el deseado momento. Con el sable que esgrimía en mi mano derecha aticé un golpe plano y fuerte sobre el cuerpo. Se removió el bulto con un leve gruñido, sin mayores consecuencias, por lo que repetí la acción, ahora con más fuerza, directamente en el torso. El teniente se incorporó con rapidez, dirigiendo la mirada hacia mí. Habló con un francés rasgado.

—¿Qué sucede? —ahora apoyaba las dos manos sobre la cama, con el torso en vertical—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrar en mi dormitorio?

—Este no es su dormitorio, culebrón de mierda. De todas formas, tengo el gusto de presentarme. Soy el teniente de navío Adalberto Pignatti, esposo de una de las señoras y primo de la joven que ha sufrido sus vergonzosas groserías.

Giró la vista con rapidez hacia la mesita cercana, comprobando que no disponía del arma buscada.

—No encontrará su pistola. Va a morir, teniente. Y tiene suerte de sufrirlo a manos de un caballero, porque otros lo torturarían como merece.

—No creo que un teniente de navío de la Real Armada, todo un caballero español, se ensañe con un oficial tendido en la cama.

—Es lo que merecería, sin duda. Una muerte lenta y dolorosa, propia de bellacos y sacamantecas. No presenta usted ninguna cualidad de oficial ni de caballero. Su conducta es más habitual en los villanos. Abandone con rapidez ese lecho que no merece, cerdo. Y no me haga perder la paciencia o lo ensarto aquí mismo.

No movió el francés un solo músculo. Su mente debía trabajar con rapidez, aunque comprobara la desesperada situación en la que se encontraba. Creí ver rastros de pánico en su rostro.

—Si elevo la voz, acudirán mis hombres —intentaba una última salida—. Y son muchos más de los que puede enfrentar un solo hombre.

—Sus hombres han muerto todos a manos de los miembros de una partida, que como debe saber no suele dejar heridos a su paso.

Ahora creí ver cómo su rostro cobraba colores alternativos y el miedo se reflejaba con claridad.

—¡He dicho que se levante, si no quiere morir como un gorrino en la cama!

—Va a cometer un brutal asesinato, más propio de desalmados.

—Aunque un caballero no debe portarse como tal cuando enfrenta gentuza como usted, le daré una oportunidad de defenderse. Salga delante de mí hacia el pasillo. ¡Vamos, mueva el culo!

Acuciado por la punta de mi sable, el teniente, vestido con una camisa de dormir blanca y arrugada, abordó la puerta de salida hasta quedar en el amplio rellano. Simón y Miguelillo ya se encontraban allí.

—¿Todo listo, Simón?

—En efecto, señor. Ya ajusticiamos a ese furriel cabrón en su lecho. De los putones franceses sólo queda con vida este oficial de mierda, con padre desconocido, aunque sea una cuestión de escaso tiempo enviarlo al infierno.

El teniente Coudere, presa de espantoso miedo y viendo su muerte cercana, cayó en la más vergonzosa actitud.

—Por favor, señor, no me mate. Tan sólo he cumplido con mis obligaciones de...

—¿Llama obligaciones a intentar forzar a una señora española?

—Era una broma solamente, señor.

—¡Calle esa boca de culebra mal nacida! Usted debe ser hijo de la más tirada putorróna que se pueda encontrar en el puerto de Marsella. Ya le dije que tendría una oportunidad. ¡Defiéndose!

Lancé el segundo sable hacia él, que lo tomó al vuelo. Me situé en posición, al tiempo que le ordenaba la voz ritual.

—¡En guardia!

Esperaba cierta noble postura de su parte, al comprobar que disponía de real posibilidad. Sin embargo volvió a entrar en súplica.

—Tal y como se mueve con el arma, le supongo habilidad en la esgrima. Por mi parte soy un penoso espadachín. No puedo batirme con vos.

—Usted es un cobarde, teniente, que sólo muestra valor ante señoras desamparadas. Me importa un rábano su habilidad. Luche o morirá.

Por desgracia no había tenido en cuenta un posible factor que nos sorprendió a todos. Las estancias de las mujeres, al extremo del pasillo, se abrieron para dar salida a Rosalía y Eugenia en aquel momento. Mi mujer, al verme con el sable en la mano, gritó de forma alocada.

—¡Beto!

No lo dudó el francés un segundo, saltando hacia atrás hasta tomar a Eugenia, la más cercana a él, entre sus brazos. Con una sonrisa de triunfo acercó la punta de su sable a la garganta de mi cuñada.

—Parece que se cambian las tornas, señor oficial de la Armada. Como se acerquen una pulgada, esta linda señora pasará al infierno conmigo. Deberán dejarme marchar si quieren que se mantenga con vida.

—Es usted un ser despreciable, además de cobarde, teniente.

—Lleve cuidado con sus palabras a partir de ahora, fante español, a no ser que desee ver cómo brota un chorro de sangre de esta hermosa garganta. Creo que su suerte ha cambiado.

Mientras observaba su despreciable sonrisa, entré en dudas sobre lo que debía hacer ante la nueva situación creada. Me arrepentí una y mil veces, sumido en profunda desesperación, por haber concedido una oportunidad a aquel cobarde que no la merecía. Sin embargo, todo sucedió a partir de aquel momento con extrema rapidez. Escuché lo que parecía un trueno colosal, como si se hubiese disparado un cañón de a 36 en el interior de la casa. A continuación, pude observar el rostro del francés en espantosa mueca, abriendo la boca en busca de aire, como si le faltara la respiración. Fueron dos o tres segundos solamente, hasta caer rendido al suelo, al tiempo que mi mujer apartaba a su cuñada del sable en loco movimiento.

Todavía no acababa de comprender lo sucedido cuando apareció la que considerábamos como madre, María Antonia, con una pistola de duelo en su mano, humeante todavía, a dos pasos tras el francés. Me miró a los ojos con cariño y cierto reproche. Escuché su voz en la distancia.

—Debías haber ajusticiado a este miserable sin concederle posibilidad alguna. Nunca había matado a un ser humano, aunque este cerdo plebeyo no

merezca tal nombre. Me alegro de haber disparado contra él por lo que le hizo a mi hija.

Ya Rosalía llegaba a la carrera hasta mí para fundirse en un apretado abrazo, mientras una sensación de gozo extremo barría el alma a espuestas. Poco después el corro sobre mí se ampliaba, con el pequeño *Pecas* tironeando con fuerza de mis calzas en demanda de su padre. Me dejé embutir en repetidos besos y abrazos mientras Simón y Miguelillo se reunían con los suyos. Era momento de felicidad abierta y no pensar en ese futuro un tanto gris e incierto que nos esperaba a escasa distancia. Y a él me entregué, especialmente al conocer por fin a mi hijo, sangre de mi propia sangre, a quien acaricié con especial ternura.

17. Mar y tinieblas

Amaneció de muy buen cariz aquel vigésimo día de marzo, con cielos despejados al copo, un azul luminoso barriendo la bóveda, agradable temperatura y viento tontón de componente norte, que parecía esconderse en apañío con los rebufos de la isla. Debo declarar que en aquellas primeras horas la vista que ofrecía la costa sur de San Miguel era esplendorosa, más cercana a una verde campiña gallega que a la idea barajada en mi cerebro hasta el momento. Tan sólo las crestas de mediano tamaño que se observaban en la distancia, especialmente el Pico de Vara abierto a levante, ofrecían una cercana explicación de su formación volcánica. En esos momentos recordaba las estampas soñadas en la niñez, aquellas de navegar por los siete mares y conocer islas paradisíacas. Y aunque aquella no conformara la especial visión que ofrecen las perlas antillanas de aguas cristalinas en nada desmerecía su belleza.

Tal y como presintiera en la noche anterior, aquella mañana no parecía el comodoro encorsetado en prisas, como si los cambios impuestos hubieran enfriado su aliciente por rematar la misión ordenada y regresar a Cádiz cuanto antes. Por esa razón no me extrañó que esperáramos a que ya el sol se elevara un puño largo sobre el horizonte para ordenar abrirnos del fondeadero y a continuación izar la consabida señal de seguir sus aguas a un cable de distancia. La división quedaba reducida a dos unidades tan sólo, condición que poco me importaba.

Lo que sí me movió a satisfacción honda fue comprobar desde el alcázar que levamos las anclas con rapidez, sin una sola voz fuera de tono, para largar a continuación mayores, gavias y foques en concierto de pito y sin un solo cabo en falso. Mientras sonreía de satisfacción, pensé que la mayor parte de aquellos hombres llevaban solamente cuatro o cinco semanas de mar en la mochila, siendo fácil deducir lo que serían capaces de dar de sí con varios

meses o años de navegación a sus espaldas. Felicité a quien mucho tenía que ver con el milagro.

—Ha sido una maniobra de profesionales, don Sebastián. Y a usted se debe en gran parte lo que muchos calificarían como un milagro.

—Cuando era grumete, señor, escuché a un viejo nostramo asegurar que las faenas de mar han sido diseñadas por sabios estrategas para ser llevadas a cabo por animales con sal en las venas. Lo que sucede es que normalmente la sangre es dulce, hasta que se han sufrido muchos años bailando sobre las olas y recibido andanadas de bala doble en combate a tocapiñoles. Nuestros hombres no son animales de mar todavía, bien lo sabéis. Han de sufrir muchos temporales de ampollas y oler sangre corrida en cubierta para alcanzar dicha condición, pero irán entrando a la brega poco a poco. La maniobra que acabamos de realizar, con estas benditas condiciones de viento y mar, era adecuada para pajes de adorno. Cuando ha de comprobarse su capacidad es con dos masteleros rendidos por las balas enemigas y necesidad de trepar por las vergas a degollar algún aparejo, mientras les silban las balas bien calientes entre las orejas.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dice. Y para desgracia de la Armada de esos ejemplares son pocos los que podemos señalar en nuestros barcos. Pero hace poco más de un mes el simple hecho de largar gavias y mayores en esta corbeta habría supuesto un mare mágnum en cubierta, con órdenes y gritos en concierto. Continuaremos con los ejercicios de mar y guerra, que no hay mejor escuela en la mar cuando ésta no aprieta. De todas formas quiero felicitarle por su trabajo.

—Muchas gracias, señor.

Tras observar el rumbo impuesto por la capitana, por si el viento se dejaba caer al cuarto cuadrante o se mantenía en norte puro, ese que los viejos marinos denominan como viento a la estrella, supuse que el comodoro decidía barajar la costa sur de la isla de San Miguel besando las piedras, un claro intento de perder el mínimo barlovento posible. Y aunque el soplo que nos entraba por el través no acabara de entablarse en firme, runroneando unas pocas cuartas a banda y banda del Septentrión, así nos mantuvimos hasta las primeras horas de la tarde. Por fin, una vez tanto avante^[87] con el cabo de Ferraría, la fragata *Diomedea* enmendó la proa con rumbo noroeste cuarta al oeste, casi al límite de la bolina. Pepe apareció a mi lado con rostro alegre, como si hubiera olvidado el disgusto del día anterior.

—Proa a la isla Tercera, o Terceira, como decimos los portugueses. Nos restan 82 millas hasta el fondeadero de Angra do Heroísmo.

—¿Angra do Heroísmo?

—Ese es el verdadero nombre. Algún día te explicaré su historia.

—¿Tanto has navegado por estas aguas que recuerdas esas distancias entre islas de memoria?

—No quiero mentir, aunque me podría apuntar un buen tanto. La verdad es que acabo de preguntárselo al pilotín, Enriquito. Ese jovenzuelo es un rapaz simpático y vivo. Antes de lo que estimas, superará a su jefe en todos los aspectos, si me permites enjuiciar a tu personal.

—Concuerdo contigo y ya lo había pensado. Muy pronto el pilotín ejercerá mejor su cualidad que el piloto. Le falta sangre, a don Federico, y no creo que pase de piloto segundo. Pero esas 82 millas de las que hablas están calculadas a rumbo directo, lo que rara vez se consigue. Ten en cuenta que con el viento se abate y se pierde distancia, sin contar el efecto de las corrientes. Además estamos ciñendo casi al máximo. Como caiga el viento un par de cuartas hacia poniente nos veremos forzados a llevar a cabo alguna bordada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Perfectamente. Aprendo rápido. Pero si te soy sincero me importa un rábano el tiempo que necesitemos para arribar a nuestro destino. Bueno, perdona mis palabras. Sé que a ti te urge arribar a Cádiz y saber de la suerte corrida por tu familia. No te viene bien este cambio de plan, porque se alarga la navegación y el tiempo necesario para cumplir la misión.

—En efecto. Pero la suerte está echada y lo que haya de ser habrá sido ya para bien o para mal. No fallará mi cuñado Beto en esa empresa, estoy seguro. Por otra parte debes saber que no llegaremos a alcanzar el fondeadero de Angra.

—¿No? Creía que acompañaríamos a la fragata británica hasta allí, antes de separarnos.

—De momento navegamos en conserva porque debemos andar la misma derrota que ellos. No obstante, cuando el inglés aproe hacia su zona de fondeo, pediré libertad de maniobra para continuar en solitario. Así lo concretamos ayer.

—Entendido. En fin, siento no poder mostrarte esta isla de San Miguel que acabamos de abandonar porque se trata, en mi opinión, de la más hermosa del archipiélago. ¿Sabes como es conocida?

—No.

—Isla Verde.

—No me extraña y es un apelativo muy adecuado. También yo gustaría de recorrerla. Supongo que esos picos que despuntan son antiguos volcanes.

—Sí. Cada una de las islas dispone de alguno, dada su formación, y no todos se encuentran dormidos. El do Faial largó humos hace pocos años, circunstancia que se observaba a gran distancia y creó pánico entre sus habitantes. Pero también se forman generosas lagunas en antiguos cráteres por el interior, como las llamadas de Siete Ciudades, un espectáculo maravilloso. Bueno, otra vez será.

—Y esa isla de las Flores que es nuestro destino final, ¿a qué debe su nombre? ¿Así era el apellido de su descubridor?

—Nada de eso. Fue descubierta por Diogo de Teive en 1452, aunque más tarde sería colonizada por el noble flamenco Willem van der Haegen, aunque en Portugal fuera conocido como Guilherme da Silveira. Su nombre se debe a que en verano queda cubierta por miles de hortensias salvajes de especial belleza. Es todo un espectáculo, su visión a distancia, puedes creerme. Pero en los primeros años la isla recibió los nombres de Sao Tomás y Santa María.

—Siendo tan hermosa, no comprendo cómo desechas pasar algunos meses allí que pueden ser de holganza y descanso. ¿Existe una sola población?

—La principal es Santa Cruz das Flores, con unos cien habitantes aproximadamente, al nordeste de la isla. También se colonizó otro pequeño poblado al sur, Lajes, con unos pocos pobladores. Pero preferiría haber quedado en Ponta Delgada con menor holganza, puedes estar seguro, aunque no haya tanta flor.

Escaso tiempo pudimos continuar con la proa directa a la isla Tercera porque, como se podía prever, cuando caían las luces acabó por entablarse el viento del NNO y fresco de fuerza, poco adecuado a nuestro progreso. Pocos minutos dudó el comodoro, que viró por avante con facilidad en necesaria bordada hasta quedar a un rumbo de bolina próximo al nordeste, amurado a babor. Lo imitamos a continuación y de esta forma navegamos toda la noche sin complicaciones añadidas, con una marejada de damas. Y para mí que ganamos excesivo barlovento, porque continuamos en las mismas condiciones hasta bien entrada la mañana siguiente, otro día esplendoroso de sol y extrema visibilidad, momento en el que retomamos en vuelta a babor. En esta segunda virada, no cuadraron los santos como en la primera, que cerca anduvimos de perderla por culpa del personal asignado al palo trinquete. Y como era de esperar, volvió a largar puñadas don Sebastián como molinillo en salsa.

Disfrutamos de un mediodía radiante y caluroso, mientras bajábamos latitud a cuatro millas^[88]. Charlaba en el alcázar con Pepe y el segundo comandante, mientras los tres tenientes portugueses recorrían la corbeta

acompañados por el alférez de fragata Ordovás, cuando volvimos a escuchar la voz del vigía.

—¡Una vela por el través de estribor!

Tan sólo necesité girar la vista hacia el guardiamarina Entreríos y señalar con el dedo hacia los cielos para que el joven trepara con rapidez a la cofa del palo mayor. Y la voz debía haber sido escuchada con fuerza a bordo, porque ya regresaban al alcázar Ordovás y nuestros invitados. Tardó algunos segundos el caballero, con el antejo bien pegado, en aumentar la información.

—¡Tres palos! ¡Posiblemente una fragata!

Aunque utilizábamos nuestros instrumentos para barrer el horizonte en la zona marcada, todavía no divisaba contacto alguno cuando Entreríos aumentaba los datos.

—¡Fragata sin pabellón! ¡Unos cuarenta cañones de porte!

Por fin observaba en mi antejo unas velas sin mayor detalle cuando escuché la voz de Pepe.

—¿Será un corsario francés? Podemos batirlo entre la fragata britana y nosotros.

—Si se trata de una fragata francesa armada al corso y comprueba nuestra fuerza nos dará la popa sin pérdida de tiempo. Si es de 40 piezas como indica el guardiamarina debe ser parecida a la *Cornelia*, que les apresamos en junio de 1808.

—Cuarenta cañones —insistía Pepe—. Por San Jorge, que son muchos.

—Como nuestra capitana inglesa, más o menos.

—¡La fragata vira a estribor, con proa al nordeste! —insistía Entreríos.

—En ese caso es muy posible que sea francesa —aseguré sin dudar—. A ver qué decide el inglés.

No lo dudó el comodoro Traylor, que ya viraba por avante para quedar con proa a la fragata avistada, al tiempo que ordenaba por banderas caza con libertad de maniobra.

—Vamos a por ella —anuncié con euforia, mientras sentía la habitual agitación en mi cuerpo—. ¡Ibarreche, virada a estribor! ¡Proa adelantada a la fragata, para cortar su rumbo!

—Muy bien, señor.

Dio comienzo la caza. Gracias a los cielos viramos por avante en la ocasión, sin perder una sola pulgada de sobreviento^[89], como declaraba el nostramo a la antigua. Y una vez el viento a la banda contraria, largamos todo el aparejo, alas incluidas, aunque tocaran al límite. Y sentí especial orgullo al

comprobar que reducíamos distancia a la vista con la capitana, que también desplegabala alas y rastreras. Por mi parte, y aunque dudara de que llegáramos a cazar la presa dada la distancia que nos separaba di una orden que no esperaba tomar en aquella navegación.

—¡Segundo! ¡Zafarrancho y prevención para el combate!

—Sí, señor.

La *Mosca* pareció convulsionarse en pocos segundos. Mientras el tambor tronaba a ritmo, cada hombre ocupaba su puesto asignado, incluidos los portugueses, que parecían especialmente motivados ante la posibilidad de combatir a bordo con marcado protagonismo.

—¿Crees que la cazaremos? —preguntó Pepe.

—Lo dudo. Es posible que demos una milla más que ella, pero mucho se alargaría la persecución y entraríamos en la noche, con los dos buques de la división bastante separados. En esta ocasión nuestro papel sería entrar en combate y retardar su marcha, para que llegara a distancia de fuego y en apoyo la *Diomede*. Porque en combate separado entre los dos, nos barrería con su artillería. Debes tener en cuenta que esas fragatas montan bastantes cañones de a 24, cuyas balas entran a flor de agua en redondo.

Ya nos encontrábamos a la altura de la fragata britana, sin mermas en el aparejo y con una buena velocidad por nuestra parte. También la *Diomede* marcaba espuma, aunque por desgracia no parecía disminuir de forma notable la distancia a la presa. Pasaron tres horas más en las mismas condiciones, ya avanteados por la amura de la capitana, cuando el comodoro izaba nueva orden por banderas que el guardiamarina comprobó en el cuaderno de señales.

—El comodoro ordena cesar la caza, señor comandante, y seguirle aguas.

—Ya lo suponía —contesté con cierta desgana—. Airemos de nuevo, segundo.

—¡Qué lastima! —se quejaba Pepe—. Por una vez que puedo asistir a un combate en la mar y tomar parte en él, dejamos la ocasión. Ya me veía saltando al abordaje y disparando a los gabachos.

—No hay duda de que se trata de una fragata de la Marina francesa armada al corso. Y por todos los cristos, que es rápida la muy culebrona.

—Está visto que me persigue algún pájaro de mal agüero —Pepe protestaba en falso—. Me destinan de guarnición a la isla das Flores y ahora pierdo una oportunidad de lucirme en combate.

—Te compensaré con un buen almuerzo.

—Menos mal que el comandante de esta hermosa corbeta es buen amigo. Creo que con cordura regresamos al rumbo impuesto en demanda de la isla

Tercera, que ya podíamos observar con claridad por la amura de estribor. Quedaban pocas millas de navegar en compañía del britano y pueden creerme si aseguro que me atraía la posibilidad de continuar en solitario. Siempre en la mar gusté de tomar mis propias decisiones, aunque en este caso quedara sin adecuada protección. Pero así se abría el horizonte y todavía quedaban cuentas de diferentes colores por engarzar en el collarín.

* * *

Volvió a acortar vela el comodoro cuando ya nos separaban quince millas del cabo Contiertas, punta sudoriental de la isla Tercera. Y sesteando con mayores y gavias navegamos durante la noche, abriendo la proa al sudoeste cuarta al oeste. De esta forma, amanecimos norte sur con el fondeadero de Angra y a poco más de seis millas de distancia. En bendición de mi derrota futura, el viento volvía a entablarse del nordeste, con lo que podría decidir el rumbo a discreción. Fue el momento que escogí para liberar cadenas, izando señal en la que pedía permiso al comodoro para proceder con libertad de maniobra y enmendar de acuerdo a las instrucciones recibidas. Poco después me contestaba en afirmación, al tiempo que nos deseaba buena suerte en la navegación.

Una vez en libertad de aproar por mi cuenta y gusto a los cuatro puntos cardinales, ordené un rumbo del noroeste cuarta al oeste, con objeto de atravesar al medio entre las islas de San Jorge y Graciosa. Y aunque atacara el paso a unas quince millas de distancia de tierra a cada banda la calima se espesaba en el horizonte al bulto, por lo que tan sólo pude observar línea de costa gris y un pico alzado en cresta por babor. Pepe despotricaba contra aquella inesperada bruma, al querer exponerme los principales puntos de cada isla, una vez me recomendará llevar a cabo el tornaviaje por el paso del sur y de esta forma repasar a la vista la isla del Pico y su llamativo volcán. En ese momento el piloto me anunciaba 140 millas hasta la costa oriental de la isla Flores, precisamente donde se abría la ensenada de Santa Cruz, nuestro punto de destino.

Regresamos a la navegación placentera, preocupado de que mi dotación estimara como habitual aquella mar de rosas. Era evidente que no se podía quejar ningún hombre a bordo, porque a excepción de las primeras millas voladas hasta trasponer el cabo de San Vicente habíamos corrido sobre las aguas en cortejo de damas. Y no parecían variar las condiciones, sino que por el contrario volvía a caer el viento por debajo de fresco, con lo que llegamos a

dar un par de millas tan sólo en algunos periodos. Sin embargo se mantenía por el anca para ventura de todos. Regresamos a los ejercicios de mar y guerra, única forma de mantener la sangre avivada en los cuerpos, que en caso contrario la mar actúa como abanico de remanso.

Tras dos noches con el rumbo inalterado y cuando en la amanecida esperaba descubrir el perfil de la isla Flores, los cielos decidieron darnos la espalda a golpe de tizón. Porque conforme el crepúsculo se abría a proa y al mismo tiempo el viento caía en calmería hasta la cubierta se fue cerrando la visibilidad hasta quedar en cuadro negro. En escaso tiempo y como especial castigo celestial, posiblemente en contramedida por los bienes recibidos hasta el momento, la niebla más espesa cayó a telón cerrado sobre nosotros.

Ya saben quienes hayan leído alguno de mis cuadernillos con anterioridad que tal fenómeno es para mí la peor condición que se puede padecer en la mar, la del más agudo sufrimiento. Porque prefiero una y mil veces las aguas ampolladas en crestas blancas o la navegación por canales inciertos a la ventura en remolque de lancha que mirar hacia proa y no poder observar siquiera la cofa del palo mayor. Ya la había sufrido en ocasiones anteriores, de forma especialmente peligrosa cuando arribaba con el bergantín *Penélope* a la bahía gaditana desde las Indias, con los ingleses esperándonos para batirnos a muerte. Esos son algunos de los momentos que se graban en la piel a fuego y para siempre.

Aunque muchos marinos estiman el fuego desatado a bordo como el demonio más negro que puede sufrir un buque en la mar, es condición cierta en cuanto a la seguridad de la propia embarcación. Pero para quebrar el espíritu hasta el filo durante horas, nada como encontrarse inmerso en ese vapor lechoso. Quien lo haya vivido comprenderá que mucho se acerca tal situación a visión de camposanto tenebroso o infierno perdido en el más allá, de forma que acaba por espigar la piel en ronchas. En aquel preciso momento me encontraba en el alcázar junto a la timonera. Sin embargo era tan espesa la niebla que no podía distinguir las líneas de la borda cercana, sintiéndome capaz de tragar sus humos con sólo abrir la boca. Creí distinguir la presencia del segundo y el piloto.

—Malditos sean los dioses de la mar. Don Federico, ¿a qué distancia debemos encontrarnos de tierra?

—Por desgracia, señor, no puedo asegurarlo con exactitud. No llegué a marcar ningún punto de la costa —contestó el piloto con meliflua voz.

—Por todas las putorronas del demonio, don Federico, póngase en el peor de los casos, como debe ser en momentos como este —alegué con voz alzada

en ronco.

—Desde luego, señor. En pura estima, nos deben quedar como mínimo unas diez millas a proa.

—¡Don Sebastián! —grité a pulmón, por si el contramaestre se encontraba en las inmediaciones.

—Mande, señor comandante. Estoy a su lado.

—Cargue todo el aparejo y que mucho se cuiden los hombres al trabajar en esta situación. Segundo, quiero dos vigiadores a proa estibados en el moco del bauprés^[90], por si ven tierra o escuchan olas en la costa. Y que sea lo que Dios quiera.

Todo lo que se comenta sobre la niebla puede considerarse como de oportunidad porque a ninguna regla se atiene tan siniestro fenómeno. Aunque el segundo vaticinara que la salida del sol la barrería sin misericordia, tres horas después nos manteníamos en la misma situación. El viento parecía comenzar a soplar en un triste vagajillo del norte, aunque no fuera fácil distinguir su procedencia. Escuché la voz de Pepe a mi lado.

—Provoca espanto tal situación. Nunca sufrí una niebla tan espesa.

—En la mar parece redoblarse el efecto visual. Y menos mal que no nos encontramos en zona de paso y posibles embarcaciones en las cercanías, porque puedes acabar con el bauprés de otro buque clavado como espolón de galera en tu costado.

—¿Cómo se avisa en esos casos?

—Bueno, en nuestra Armada se pica la campana, con redoble en señal de niebla, cada media ampolleta corta. Los britanos en su canal llegan a dar cañonazos, solamente cargados con pólvora, desde luego.

—Pues no he oído picar la campana.

—No olvides que nos encontramos en situación de guerra, Pepe. Ninguna unidad amiga está previsto que navegue por estas aguas, que se apartan de las rutas habituales. Y si apareciera un francés en las cercanías, con la campana le daríamos la bienvenida. De todas formas y por si acaso, que nunca es malo prevenir, cubriremos la artillería.

—Cuenta con mis hombres.

Tras ordenar al segundo comandante cubrir la artillería, me mantuve en nerviosa amovilidad junto a la timonera, inmerso en el cerco lechoso. Ya les digo que esa sensación de indefensión absoluta y hasta infantil se aparejaba a mi cuerpo por redondo en aquellas circunstancias; la inquietud de no saber qué puede encontrarse a proa de nuestra roda^[91] o por las bandas, una sensación parecida al sufrimiento que debe padecer un ciego al recorrer una

hermosa campiña. Y si de noche es tenebrosa, más todavía hiere con luces abiertas, cuando la manta nebulosa nos envuelve en un gris lechoso que acaba por absorber el pensamiento. Al menos el viento parecía haberse entablado en norte, aunque se tratara de una ventolina suave. Por fortuna, Okumé llegó en mi auxilio con unas generosas tajadas de tocino, un poco de queso y media frasca de vino, que atacué allí mismo a ritmo de muerte.

Creo que debíamos rondar el mediodía, con el viento mantenido del norte y fresquito, la niebla circulando en espesura cerrada sobre nuestras cabezas, cuando el alférez de fragata Ordovás nos alcanzó a la carrera en la timonera, con riesgo de su propia seguridad. Aunque en aquellos momentos charlaba con Pepe sobre horizontes azules para espigar el alma no le importó interrumpir la conversación para informar con premura.

—Señor —pareció dudar antes de continuar—, uno de los vigiadores bajo el bauprés cree haber observado una sombra poderosa del través de estribor hacia proa.

—¿Una sombra? ¿Un barco?

—No está seguro, señor, tanto así que dudaba en informarlo.

—Nunca se debe dudar en esos casos. Puede ser una falsa visión, que estas madejas lechosas producen mucho espejismo, pero hay que cantar siempre esa novedad. ¡Segundo!

—Diga, señor.

—Cañones de estribor cargados y apuntados al través con mínima cuña, listos para disparar. A pesar de las llaves de chispa, botafuegos a mano. ¡Don Sebastián!

—Aquí estoy, señor comandante.

—Largar mayores y gavias, sin cazar escotas. No quiero dar avante ahora mismo, pero debemos estar listos por si fuera necesario.

—Sí, señor.

Ahora me pasé a la banda de estribor, aunque fuese capaz de observar solamente esas madejas que nos rizaban la nariz. Sin embargo, media hora después el banco de niebla comenzó a mostrar claros esporádicos y en caprichosas direcciones, seguidos al gusto por negra cerrazón. Fue el momento en el que de nuevo Ordovás llegaba hasta mí a la carrera.

—El vigiador ha vuelto a observar la sombra, ahora justo por el través de estribor.

—Don Sebastián —había bajado el tono de mi voz, que en la niebla se transmite cualquier sonido con especial intensidad—, cazar mayores y gavias. Segundo, caña a babor tres cuartas.

Con el viento del norte, la corbeta debería comenzar a caer hasta rumbo sudoeste. Pero fue en aquel momento cuando, abierta la espesa niebla en uno de sus caprichosos claros, avistábamos una sombra gris y alargada a escasa distancia de nosotros. Y casi al mismo tiempo todos escuchamos en el alcázar una inconfundible voz de mando en idioma francés.

—¡Fuego!

Aunque se tensaran mis nervios en apretada costura, creo que por reacción instantánea más que por decisión cerebral, repetí aquella misma orden.

—¡Abrir fuego a estribor!

Y llegó lo que algunos definieron como el fin del mundo, que así debe aparentar tal acontecimiento. Porque sonó el trueno del infierno, al tiempo que observábamos los fogonazos a una distancia que debía ser más propia de duelo a pistola. La corbeta *Mosca* recibía una andanada completa por nuestro través de estribor, posiblemente de una fragata con porte alto, al mismo tiempo que nuestros cañones disparaban en tensión algo rebajada, señal de los daños recibidos en alguna de las troneras. Tras el colosal estampido pude escuchar con claridad el conocido sonido de los impactos sobre el casco y aparejos, maderas tronchadas, seguidos de voces urgentes en alarma y dolor. Mientras se ordenaba cargar de nuevo y el olor a pólvora se desparramaba en suaves oleadas por la cubierta volvía escuchar el ruido de maderos cayendo a cubierta, masteleros o mastelerillos posiblemente, incapaz de calibrarlo con precisión, así como una penosa sinfonía de gritos y órdenes destempladas. En el mismo alcázar se escuchaban roncros lamentos, sin poder saber a quién pertenecían. No podía perder un solo segundo.

—¡Toda la caña a babor! Don Sebastián, largue todo el trapo disponible y compruebe el estado del aparejo. Segundo, me temo que debemos haber sufrido grandes daños por los ruidos escuchados. Esa maldita andanada que hemos recibido es superior a los veinte cañones. Compruebe si son muchos los balazos a la lumbre y la entrada de agua. Debemos escapar mientras podamos.

Mientras la *Mosca* caía a babor con desesperante lentitud volví a escuchar el retumbo del cañón. Creo que debido a la caída no avistada tan sólo sufrimos media andanada sobre nosotros, aunque las maderas volvían a chascar en soniquete de muerte. Ahora solamente pensaba en salir de aquella situación, separarnos de la que estimaba con seguridad como fragata de más de 40 cañones y esperar a ver cómo quedaba nuestro buque. Por fortuna, que ahora la deseaba con fruición, la niebla se mantenía espesa al copo. Tras

comprobar que ya la proa apuntaba al levante, estimé necesario un nuevo cambio.

—Caña a estribor, hasta alcanzar rumbo sudoeste.

Por fortuna, el siguiente trueno, una nueva andanada, se escuchó debilitada en la distancia, señal de que nos apartábamos de las bocas de Satanás. La niebla se mantenía en ventura, el viento parecía aumentar a fresco, pero el movimiento de la *Mosca* me indicaba por adelantado importantes problemas, dada su pereza en tomar las aguas. Y la primera sorpresa amarga la comprobé junto a mí. Me la indicó el piloto.

—Señor, el capitán Lopes de Moura está herido.

—¿Dónde?

—Aquí, junto a la timonera.

Me acerqué con rapidez, a punto de caer por pisar un cuerpo tendido, hasta alcanzar al piloto. En efecto, Pepe se hacía un torniquete en la pierna. Y aunque la visión era muy escasa, pude comprobar que la sangre inundaba su pierna.

—¿Qué te ha sucedido?

—Estos barcos de madera son peligrosos, amigo. Una astilla se ha clavado en mi muslo.

En efecto, un trozo de madera en punta y de generoso tamaño, elementos más peligrosos que las balas, aparecía a la vista, incrustado en la parte baja del muslo. Ya Okumé, que no se separaba de mi lado, comenzó a atenderlo sin pérdida de tiempo. Acabó por ahorcar un torniquete de los que se distribuían por la cubierta, arrancando la cuña de madera sin previo aviso, lo que provocó un gemido del capitán.

—¿Estás loco?

—Estaba poco clavado y limpio, señor —respondió Okumé sin darle mayor importancia—. Más vale así. Creo que si lo transportamos a la cámara del comandante puedo coserle la herida y embutirla con unas semillas que evitan la infección.

—¿Coser? ¿Semillas? Me parece...

—Estás en buenas manos, Pepe —dije para que no sospechara mi amigo de las cualidades de Okumé—. Si me encontrara en tu caso no dejaría que me tocara nadie salvo mi buen africano.

—Si tú lo dices...

Como Pepe asentía, Okumé lo elevó como un niño entre sus brazos para transportarlo a mi cámara. Poco después llegaba hasta mí el contramaestre.

Cuando lo tuve a una pulgada de la cara supuse que las noticias eran de castigo.

—Nos ha dado de lleno en toda la cara la primera andanada, señor. Y ese putaño debió cargar sus cañones con bala doble.

—Ya lo he comprobado. Escoramos a babor con fuerza y es posible que hayamos sacado alguna traca fuera del agua. ¿Podemos navegar?

—Poco y mal. Por fortuna, la niebla nos impide observar el panorama en su desastrosa situación. Pero puedo adelantarle que rendimos el mastelero de velacho, arrastrando el de su juanete y todo el laboreo de los foques...

—¿El mastelero de velacho rendido? —me costaba creer aquellas palabras.

—Partido al troncho junto al zuncho, señor. Un balazo afortunado en su nervio. Pero también desarbolamos el mastelero del juanete mayor, con sus reliquias en cuelgue por babor. El bauprés anda con su botalón tronchado en junta y por afirmar. Como es de suponer, foques y estays fuera de servicio. Por fortuna, parece que el mesana se libró a tope. Como es de suponer, mucha cabuyería cortada, por lo que se intenta reponer la necesaria en las velas que pueden beber viento. Y no sé cómo andarán los obenques, que pueden morder en peligro inminente. Sólo he visto un contraestay cortado y un estay en riesgo. Ahora mismo nos impulsa la cangreja y la sobremesana, porque es necesario desenmarañar la cubierta para poder utilizar la mayor y su gavia. Bueno, el palo mayor también se encuentra pasado por dos balazos, aunque aguanta bien.

—Supongo que ahora lo primero y principal es aclarar aparejos y cubierta.

—Desde luego, señor. El mare mágnum se ciñe por derecho y revés, de forma que no se puede circular por cubierta con un mínimo de seguridad. Disponemos de pocos hombres, pero hasta el último no lastimado echa el resto. Y los portugueses se ofrecen, pero prefiero escoger pequeños grupos, llegado el momento. Siento ofrecerle noticias tan negras, pero es lo que hay.

—Lo comprendo, don Sebastián. Y si lo estima necesario, picaremos el palo mayor. Más vale que abata a nuestro gusto y no por donde le llame el movimiento del buque. Ocúpese de la tarea e infórmeme si algún detalle es de peligro inminente.

—Así lo haré, señor. Pero creo que podremos salvar el palo maestro.

A continuación esperaba la peor novedad, la de sangre que hace vibrar el corazón de todo comandante en tinieblas. Y en efecto, poco después me alcanzaba el segundo para dar rebenque sobre herida y ofrecer la peor de las noticias.

—No puedo informarle en firme y con detalle exacto todavía, señor. Pero en aproximación calculo que han caído unos doce hombres, más unos veinte heridos de mayor o menor gravedad, contando portugueses y españoles. El sangrador se maneja bien y dos portugueses expertos en faenas de sangre le ayudan. Estimo a ojo que debemos tener una docena de balazos a la lumbre del agua, en flor y con entrada de líquidos, algunos de ellos con llamativo escotillón. También trabajan los carpinteros y su equipo, encastrando los tapabalazos, aunque nos falten piezas de orden, por haberse desarmado el pañol con los disparos recibidos, que calaron hasta los fondos. También se ajustan algunas troneras y cascabeles para cerrar los grifos, que cada gota muerta obra en beneficio propio. Porque me comunicaron doce pulgadas de agua sobre cuaderna.

—Una cantidad apreciable. ¿Y las bombas?

—Gracias a Dios y nuestra bendita Señora del Rosario no fueron dañadas, que esa puede ser la salvación. Las dos se encuentran funcionando a tope con los soldados portugueses y dos tenientes animándolos en el ritmo. Y teníais razón, señor. Por fortuna son del tipo inglés y doble cuerpo, con lo que mucho se nota. También la mar colabora al gusto, que no mueve una ola.

—Y todo esto con dos andanadas solamente. Buena puntería la de estos putos gabachos.

—Nos dispararon a distancia de sable y con doble bala, señor. Pero también nuestra andanada les habrá dolido. Algunos de los tacos de los cañones franceses cayeron en nuestra cubierta o nos pasaron por encima. Con una dotación de carpinteros normal estarían ya todos los tapabalazos en su sitio. Pero no creo que aumente el nivel de agua. Si podemos escapar y no nos...

—Creo que ya la hemos esquivado. Ahora hay que rezar para que se aguante esta niebla el mayor tiempo posible y que cuando se levante no aparezca el francés a rematarnos.

De esta forma, con el ánimo caído hasta la sentina aguada, me apoyé en la borda. La corbeta *Mosca* había recibido un duro castigo y no sería sencillo devolverle su estampa en una isla semidesierta y con tan escaso bagaje de repuestos. De todas formas lo que más temía era el momento en el que se levantara la niebla, tanto por el peligro del francés como por observar con mis propios ojos la verdadera situación a bordo.

18. Tornaviaje peligroso

Viví momentos de extrema dulzura, esos sueños desplegados en la imaginación durante muchos meses de separación familiar, que para mi desgracia debía interrumpir. Sin embargo recordaba las palabras de mi madre al asegurar que debemos asirnos con fuerza a tales imágenes y guardarlas bien dentro, precioso tesoro a utilizar como bálsamo llegados los momentos malos, que tarde o temprano aparecen en nuestra vida. Tanto Rosalía como Eugenia y Cristina, al comprobar mi presencia en la hacienda, consideraban que todos sus males habían llegado a su fin, como si dispusiera de la vara mágica y capaz de alejar el peligro francés por divino encanto. Intentaba aclarar la verdadera situación, exponer el peligroso camino que deberíamos seguir sin pérdida de tiempo, pero no me atrevía y retrasaba la dura realidad al contemplarlas rebosantes de felicidad. Fue María Antonia, no obstante, quien hizo gala de su habitual cordura, allanando el camino que debía seguir.

—Tu presencia, Beto, ha actuado como unguento milagroso, llegado en el más oportuno momento. No era fácil mantener a ese despreciable teniente en su sitio y me temía lo peor. ¿Por qué has venido solo? ¿Dónde se encuentra *Gigante*?

—Le concedieron el mando de una corbeta y en estos momentos debe andar navegando quién sabe por dónde. La nota que escribiste le alcanzó a don Antonio de Escaño, que me hizo ver la necesidad de llegar hasta aquí para recogerlas.

—Pero *Gigante* se encuentra bien —alegó Eugenia en deseada afirmación, porque siempre sospechaba una verdad oculta.

—Bien de salud y fuerte como un toro, al mando de un hermoso buque —ahora sí que mentía con cierta convicción, porque en verdad la primera apariencia de la corbeta *Mosca* no amparaba tal consideración.

—Después de lo que ha sucedido en esta casa no podemos permanecer un solo minuto —María Antonia regresaba al punto de interés—. ¿Qué plan

tenías para sacarnos de Santa Rosalía?

—Le sobra razón al asegurar que hemos de abandonar esta casa sin pérdida de tiempo. Supongo que más heridos franceses pueden llegar en cualquier momento y vendrán acompañados de tropa.

—Así suele ser cuando aparece una nueva remesa de esos desalmados.

—En verdad, madre, cuando embarqué en la fragata *Perla* con destino a Cartagena no tenía ningún plan trazado. Tan sólo deseaba llegar aquí cuanto antes y acabar con ese maldito francés. Pero ya esboqué un posible camino de salida con Miguelillo.

—¿El nieto de Simón?

—Ese rapaz es un valiente, a pesar de su corta edad. Si no fuera por su arrojo y astucia nada habríamos sabido de su angustiada situación. Ya sé que desaparecieron los carruajes y sólo disponemos en la hacienda de un miserable carretón para el traslado de los aperos. Siento decirlo, pero por incómodo que sea en ese artefacto deberán partir hacia la plaza de Cartagena. Una vez allí, pasarán con otras familias a las islas Baleares, hasta que ganemos esta guerra al francés.

Las cuatro mujeres quedaron en silencio. Pensé que si tal propuesta hubiese elevado tres años atrás, con la vida opulenta y regalada que se disfrutaba en la familia, me habrían tomado por demente sin posible remisión. No obstante los dos años de guerra y las privaciones sufridas abrían surcos en el cerebro como para comprender la verdadera situación que atravesábamos.

—¿Cuántas leguas hemos de recorrer hasta Cartagena? —preguntó María Antonia.

—Cerca de veinte.

—Una respetable distancia. No debemos olvidar que vivimos una guerra como jamás se sufrió en esta alocada España. Aunque cueste podremos acomodarnos en ese carretón que he visto utilizar en ocasiones. No hay más remedio. ¿Has pensado en el tiro de animales necesario? Los gabachos se llevaron todo.

—Adquirí dos Mulas fuertes en Cartagena que nos trajeron hasta aquí. Será necesario enyuntarlas al carretón y acondicionarlo para que el traslado sea lo más cómodo posible. Miguelillo y yo os acompañaremos, apartados ligeramente del camino, pero atentos por si es necesario entrar en auxilio.

—La comodidad en estos momentos es un detalle superfluo, Beto. El objetivo principal es poner a salvo a estas jóvenes y los niños —María Antonia se mostraba firme—. Pero si utilizamos las Mulas para el tiro del carretón, ¿qué medio utilizarás tú y el rapaz?

—Según me comunicó Simón, los franceses disponían de tres caballos para su uso que se encuentran en perfecto estado y bien alimentados en las caballerizas. Tomaremos dos, mientras el tercero pasa a la partida de Miguel.

—¿Qué haremos si topamos con fuerzas francesas? Se comenta que se mueven con periodicidad por los caminos de este reino —era Eugenia quien preguntaba ahora, con un deje de manifiesto pesimismo.

—Llegado el caso, deberéis alegar cualquier excusa que salte a la mano. Por ejemplo, que os encontrabais en una casa de campo y una vez consumidos todos los alimentos os veis obligadas a pasar a Cartagena, donde unos familiares pueden aliviar vuestra extrema necesidad. No creo que las tropas francesas molesten a señoras en tan comprometida situación.

—No pienses en los franceses como una tropa normal y civilizada, mandada por caballeros —María Antonia entraba al grano sin vacilar—. Esos salvajes se dedican a saquear pueblos, villas y ciudades sin un mínimo respeto por cuerpos, bienes, iglesias y relicarios. Ya has visto las bolsas acopiadas por el teniente Coudere, que he entregado a la partida de Miguel. De este palacio se llevaron las piezas de mayor valor y hasta tomaron los candelabros de plata de la pequeña ermita, sin un mínimo respeto a quienes allí descansan para siempre.

—Ya lo sé, madre, y muchos detalles más que escandalizarían a cualquier persona de bien. Pero hemos de abordar la empresa sin remedio. Como os decía, Miguelillo y yo marcharemos por fuera del camino principal, a escasa distancia y atentos por si fuese necesario salir en vuestra defensa. Debe quedar claro que todos correremos un riesgo aceptable. Pero con la ayuda de los cielos y vuestra decisión podremos conseguirlo.

—Más vale afrontar ese peligro que permanecer aquí —sentenció María Antonia—. En ese caso, dejemos la charla y dediquemos el tiempo a la tarea. Llevaremos lo indispensable, especialmente agua y los alimentos que podamos recoger para el camino.

—Si Miguelillo cabalga a tu lado, ¿quién tomará las riendas del carretón? —preguntó Rosalía.

—Sería para mí un honor tal encomienda, si la señora me lo permite.

Simón acababa de aparecer y había escuchado las últimas palabras. María Antonia se dirigió a él en un tono que expresaba verdadero cariño.

—Bastante ha hecho por nosotras, Simón. Es usted muy mayor para embarcarse en esta empresa. No puedo consentirlo de ninguna forma.

—Con ustedes deberá abandonar esta hacienda hasta el último miembro que haya servido a su casa. Las mujeres y niños que tengan familia en

Cehegín o alguna villa cercana, allá partirán. Los demás pasarán a las cuevas del Espino con sus hombres. Y si no parto con ustedes, me uniré a la partida de mi hijo. Más sufriré bregando por los montes que en el pescante de un carruaje. Ya sé que soy viejo, señora, pero acabo de dar muerte a dos franceses y todavía puedo empuñar las riendas de una carreta sin problemas. Estas manos —las mostraba con orgullo— andan con los huesos revueltos y anudados, pero firmes. Y llegado el caso también puedo llevarme por delante un gabacho más. Ya sabe la señora que daría mi vida con gusto por los miembros de esta casa, donde se ha movido mi existencia desde el mismo momento del nacimiento.

Nos mantuvimos en silencio, tras escuchar aquellas emocionadas palabras. María Antonia se acercó a él, tomándolo por los hombros.

—Si en una enciclopedia se debiera exponer un claro ejemplo de la máxima fidelidad, Simón, usted ocuparía lugar preferente. Será un honor y una seguridad para nosotras que nos conduzca hacia la libertad.

—Gracias, señora. La partida de mi hijo se mantendrá en esta hacienda hasta que la abandonemos, no sea que caiga la desgracia y aparezca una patrulla francesa con traslado de heridos, en cuyo caso deberíamos entrar en fuegos a la brava. Pero es importante no perder el tiempo. Los hombres nos ayudarán a acondicionar el carretón y uncir las dos Mulas tordas que deben soportar el tiro. Otros se dedicarán a cazar alguna res para el necesario alimento, mientras las mujeres amasan la harina que todavía mantenemos apartada.

—De acuerdo —María Antonia no lo dudó un segundo—. Ahora todos debemos descansar algunas horas. Pero mañana cuando aparezcan las primeras luces nos pondremos manos a la obra.

De esta forma quedaba establecido el plan para pasar con las cuatro mujeres y las dos criaturas hasta la ciudad departamental. Y aunque los niños me preocuparan en un principio quedé tranquilo al comprobar que el pequeño *Pecas* se mantenía con buena salud y comía lo suficiente. Por su parte, el pequeño Beto, con cinco meses de vida, aunque aparentara doble edad, todavía recibía leche del pecho materno, alimento del que Rosalía parecía disponer en abundancia suficiente a los muchos requerimientos del nuevo ser.

Dormí poco aquella primera noche. Entre los alargados placeres propios del reencuentro con mi mujer tras casi dos años de separación y la preocupación que barría mi cerebro apenas pude conciliar el sueño unas pocas horas. De todas formas el simple hecho de observar la cabeza de Rosalía reposando sobre mi pecho y el pequeño Beto aleteando piernas y brazos junto

a nosotros me movía a sentimientos ocultos hasta el momento. No obstante el sentimiento de felicidad se tornaba pasajero, como si se tratara de una delicadeza que recibe el reo antes de su ajusticiamiento. Porque si hasta ahora había arriesgado mi vida en la empresa a encarar debería proteger la de los seres que más quería, una visión que rasgaba con piedras el alma hasta morder en sangre.

El siguiente día fue de agitación absoluta y general. Las mujeres trabajaban a ritmo, olvidados privilegios y mercedes, mientras los hombres de la partida de Miguel, salvo los apostados en vigilancia junto a los mojones de entrada al predio, colaboraban en la preparación de la retirada definitiva. Miguel y su hijo fueron los encargados de acopiar carne de caza, mientras Simón dirigía las labores necesarias para acondicionar el carretón para el próximo viaje. Y rendimos al copo porque bien entrada la tarde podía observarse el fruto, más cercano a milagro en algún caso.

El carretón, llamando así con generosidad lo que no era más que una destartada caja de madera abierta sobre dos ruedas, había sido transformado como por encanto. Se le ajustaron dos bancadas de asientos, las ruedas fueron reforzadas en la fragua y como esplendoroso remate se entronaba un generoso pescante para que se pudieran gobernar los animales con alguna posibilidad.

También se le adosaba en un lateral un pequeño tonelete, preparado para mantener la aguada. Y en detalle de los detalles, un viejo fanal que adornaba la biblioteca era empernado en alzada, relleno de aceite y listo para su uso. Al mismo tiempo, Miguelillo y su padre regresaban de la cacera con un hermoso cochino y dos venados, que eran despiezados con destreza y rapidez. Por su parte, Marta, la mujer de Sinforoso, se empleaba en la confección de tortas, esas piezas camperas, prietas al horno de piedra, que pueden ser aprovechadas durante bastantes días. Y no dejaban las señoras de lado su tarea, preparando un sencillo vestido que se acomodara al viaje previsto y no llamara la atención en exceso.

Caía la tarde de una jornada sin fin cuando rendimos manos en la hacienda. Tan sólo el pequeño *Pecas* parecía no necesitar el descanso, manteniéndose en actividad permanente, mientras su primo Beto exigía el pecho de Rosalía con elevada periodicidad. Fue el momento en el que María Antonia decidió reunirnos en el zaguán a la familia, con Miguel, Simón y Miguelillo, las tres generaciones de una familia que recibía la apelación de los Demetrios, por algún antepasado con dicho nombre perdido ya en la memoria del tiempo. El viejo fue el primero en elevar su voz como patriarca del clan, dirigiendo sus palabras en dirección a María Antonia.

—Creo, señora, que deberíamos abandonar la hacienda mañana mismo, con las primeras luces del alba. La suerte esta abierta en cruces y no debemos tentarla.

—¿No sería mejor hacerlo esta misma noche? —pregunté, tras haber pensado con detalle ese aspecto concreto—. El camino es bueno y puede tomarse con la luz del fanal sin mayores problemas.

—La verdad, señor —insistía Simón—, que ese sería el caso adecuado si se tratara de hombres en soledad y convenientemente camuflados, como hizo a la venida en compañía de mi nieto. Tiene razón al decir que el camino de Murcia es bueno y transitable de noche, aún en este carromato que no es de fiar al completo. Pero poco más de seis leguas después, poco antes de alcanzar la villa de Mula, será necesario enfiar a la derecha por la vereda que enlaza dicha villa con la de Alhama, más cercana a vía pastoril y de baja calidad, con subidas y bajadas de orden, sin olvidar las últimas estribaciones de la sierra de Espuña. Y en esas condiciones deberemos caminar casi la misma distancia.

—Ese será el peor momento —entró Miguel con decisión—. Como le dije, señor, les daremos compañía hasta el cortijo de la Raya o un poco más, a vista de la subida de Carrascalejo. No creo que se topen con franceses hasta Alhama. Pero según se rumorea, como allí cruza el camino real que conduce del reino de Murcia hacia las Andalucías, hay mucha tropa francesa en movimiento. Deberán cruzar esa villa de noche, si es posible, en dirección a Fuente Álamo y Cartagena.

—Estoy de acuerdo contigo, hijo mío —sentenció Simón—. Como la peor parte del trazado inicial es esa segunda etapa de seis leguas que he mencionado, si salimos con el alba, podremos tomarlas a mediodía y entrar de noche en Alhama. Esa es mi propuesta.

—Creo que tienen razón y me sumo a esa idea —acepté de buen grado, que pocos sabían de aquellos caminos como el viejo Simón—. ¿De acuerdo, madre?

—Muy bien —María Antonia denotaba su pulso firme y habitual, mientras las jóvenes comenzaban a sufrir por un posible peligro futuro—. Tenemos todo listo y embarcado en el maravilloso carruaje que nos han preparado —sonrió de buen humor—. Quiero agradeceros a todos vuestro apoyo, e incluyo a los hombres de su partida, Miguel. Por esa razón quiero dejaros un poco de ayuda. Como Beto dispone de caudal suficiente para el regreso, deseo que tomes esta bolsa. La mantenía para los apuros finales, pero ya no es necesario.

María Antonia se dirigió a Miguel, alargando su mano con una bolsa de tafetán rojo.

—No puedo aceptarlo, señora. No las hemos ayudado por un posible...

—Por favor, Miguel, no es un pago a vuestro apoyo. Estamos en guerra contra el francés y vuestro trabajo es encomiable. Necesitaréis comida y dinero para armamento. Lo hago por vosotros y por España.

—Puede estar segura, señora, que por cada moneda de esta bolsa caerá más de un gabacho, hasta que abandonen nuestra tierra para siempre.

Todo quedó embastado en firme. Al día siguiente atacaríamos una segunda empresa, más complicada que la primera. Pero ya soñaba con entrar por las puertas de Cartagena en triunfo y dejar a la familia bien asegurada en las islas Baleares. Aquella noche volví a gozar de Rosalía, regueros inolvidables de placer a pesar de las mermas impuestas en la imaginación. Porque no dejaba de pensar que podría ser nuestro último encuentro amoroso en mucho tiempo o quién sabe si la despedida final. No me atribularon estos pensamientos, sino que por el contrario me arrojé al lance amoroso como náufrago sobre tabla, gozando como jamás había soñado. De esta forma quedamos dormidos, envueltos en un especial y atractivo aroma, mezcla de sudor, excitación y ese característico olor que despiden una madre lactante.

* * *

Desperté cuando comenzaba a aflorar el crepúsculo, con el alma aparejada de presagios negros y blancos en recorrido sin fin. Rosalía dormía a mi lado con extraordinaria placidez y una sonrisa de felicidad en el rostro, alejados sus sueños de la dura realidad. Y como si se tratara de los momentos anteriores a entrar en combate, cuando ya todo el personal a bordo ha cubierto sus puestos de zafarrancho y la sangre se mueve en tensión, era la responsabilidad el cargo que más pesaba sobre los hombros, en este particular caso con la sangre de los míos enhebrada en incierta ventura.

Para mi sorpresa, comprobé que ya María Antonia se movía por la casa a tan temprana hora, atacando las últimas necesidades en silencio. También yo me afané al concierto, preparando el armamento en idénticas condiciones a las alistadas durante el anterior itinerario, con las dos pistolas enfajadas a la espalda y la pareja de cuchillos listas a la mano. Poco a poco el bullicio invadía el castillo, sobresaliendo los rostros inquietos y actividad desenfundada de las mujeres, como si necesitáramos abandonar la nave con imprevista urgencia.

Una hora después el carretón se encontraba junto a la puerta principal, con Simón al pescante y las dos mulas en muestra de nervios por su reciente proximidad. Debían tomar el tiro sin experiencia previa, condición necesaria para conseguir el éxito de la empresa, aunque ya el viejo manejaba un látigo gastado sobre sus lomos en aviso. Era el momento definitivo y debíamos encararlo por varas, mientras Miguelillo mantenía los dos caballos con las riendas tomadas y sin problemas a la vista, desplegando una alargada sonrisa de triunfo en su rostro.

—Todo preparado, señor. Le aconsejo que tome este ruano de largas orejas y manos duras —me señalaba uno de los animales—. Parece noble y resistente. Por mi parte troqué uno francés con la yegua de mi padre, a la que conozco como la palma de mi mano. Ha sido su regalo de despedida. Y por si acaso, que toda seguridad es buena, cambié las monturas francesas por dos viejas españolas, de las llamadas camperas. A los hombres de la partida no les importa, sino más bien al contrario.

—Muy bien, Miguelillo. Recuerda que tú deberás abrirme paso. Y con cinco ojos clavados en el camino que ha de tomar el carretón.

—No se preocupe, señor, que todo se andará a la buena en la ocasión.

Llegó la hora de la partida. Las mujeres y los niños se auparon al carretón con mi ayuda y sin mayor esfuerzo, hasta acomodarse en él con cierta dificultad, dado el escaso espacio disponible. Sentí una profunda pena al observar a María Antonia, duquesa viuda de Montefrío, una gran señora reducida a tan deshonrosa condición. Y como ejemplo para el grupo ella misma era la que menos protesta mostraba en su comportamiento, ofreciendo en todo momento una sonrisa de colaboración. Nos despedimos de todos, con algunos sirvientes entrados en lágrimas y sincera condolencia. Pero, por fin, tras numerosas promesas de futuros encuentros que en nuestro interior pocos creían, se dio la orden de partida.

Cuando atravesamos el portón exterior de la hacienda, formado por dos majestuosos y antiguos mojones de división del reino, retomados por el abuelo de mi mujer muchos años atrás, observé cómo María Antonia besaba la cruz anudada al cuello. Al mismo tiempo giraba su vista tierra adentro, como si su despedida de esa hacienda tan querida de Santa Rosalía fuera definitiva. Era el momento de tomar el camino de Murcia, ancho, de piso firme y bien rematado, comprobando que el carretón se movía con seguridad y los nervios de las Mulas decrecían a tono. Miguelillo y yo nos pasamos al interior, cabalgando paralelos al camino y con una distancia variable,

dependiendo de los obstáculos naturales, aunque intentáramos no separarnos más de cincuenta varas.

Alcanzamos la localidad de Bullas sin noticias que señalar, condición más que deseada para todo el recorrido. Continuamos por el mismo camino a la espera de recorrer una distancia similar antes de abandonar tan agradable pista. Pero fue media legua antes de alcanzar la villa de Mula, con su bello castillo elevado en la distancia, cuando escuchamos fuerte ruido de cabalgaduras. Pronto comprendimos que llegaba desde nuestra misma dirección, condición que me caló a espanto. En los primeros momentos llegué a pensar que los franceses podían haber descubierto la matanza producida entre sus hombres destacados en Santa Rosalía y andaban en busca de los responsables. Con rapidez abandonamos nuestra montura, acercándonos a pie hasta la orilla, al tiempo que Simón se retiraba a un lado de la vía y retenía con las riendas a los animales.

La patrulla francesa se encontraba formada por seis hombres a caballo. Detuvieron su marcha a la altura del carretón. No llegamos a escuchar las palabras de quien mandaba el grupo, ni la respuesta de María Antonia, que se elevaba de su posición en el carro. Y ya aprestaba por mi parte las dos pistolas bien amartilladas cuando el francés se destocaba con elegancia y continuaba su marcha sin mayor incidente. Puedo jurar que sentí una laxitud extrema, como si hubiera capeado el mayor de los temporales y los músculos de mi cuerpo se negaran a un solo movimiento. Cuando ya la tropa se había perdido en el horizonte envié a Miguelillo a preguntar. El joven regresaba poco después con una sonrisa de felicidad.

—Ningún problema a la vista, señor. Doña María Antonia habló con el oficial y le expuso el argumento preparado. Creo que el francés le ofreció sus condolencias por tan extrema situación con extrema finura y les deseó buena suerte.

—Menos mal que en el ejército gabacho se mantiene algún oficial con cierta caballerosidad. Me preocupaba que llegaran desde Cehegín y hubieran podido pasar por la hacienda.

—También pensé eso mismo, señor. Nada dije para no preocuparlo. Hemos pasado la primera prueba —ahora volvía a mostrar su alargada sonrisa—. No tome preocupaciones de más, que pronto nos encontraremos a bordo de una hermosa fragata.

—Dios te oiga.

Continuamos la marcha en las mismas condiciones. Alcanzamos la villa de Mula cuando el sol cruzaba la meridiana, sin presencia enemiga a la vista

ni noticias de franceses. Y una vez llegados al cruce que llamaban del Caserío, Simón tomó a la derecha por una vereda estrecha que se abría entre profusa pinada, con rumbo a la ciudad de Alhama. Y mucho perdimos al enmendar nuestra proa, como decíamos en la Armada, bien lo sabe Dios. Por desgracia a la pérdida de calidad en el piso se unía la imposibilidad de mantenernos a cierta distancia del carretón sin un continuo esfuerzo de nuestras cabalgaduras. Tanto así que a intervalos de mayor o menor distancia debíamos desmontar y guiarlos con cuidado a la mano, aunque debiéramos progresar a continuación con trote vivo para recuperar el terreno perdido.

Debíamos llevar más de una hora en la nueva vía cuando Simón detuvo la marcha. Ya habíamos previsto un descanso de los animales, al tiempo que también nosotros cumplíamos con la necesidad de embocar comida y líquidos. Y no era poca la necesidad del cuerpo, de forma que atacué con avidez los tasajos de carne recia y el queso, acompañados de una deliciosa torta. Las mujeres parecían de mejor humor, tras haber recorrido siete leguas sin problemas a la vista y haber pasado profundo miedo, según palabras de Cristina, al haber sido abordadas por la patrulla francesa.

—Era un capitán educado en normas y con la necesaria cortesía, cualidad difícil de creer entre ese grupo de bandidos que forman el ejército de Bonaparte —me dijo María Antonia—. Pero quiera Dios que si topamos con algún otro grupo se maneje con los mismos detalles.

—Así será, madre —exclamó Eugenia de buen humor—. ¿Cuándo alcanzaremos la villa de Alhama, Beto?

—Al atardecer, si no se tuerce la madeja.

Una vez aliviados, continuamos nuestra marcha. Por desgracia, y como ya hubiera vaticinado el viejo patriarca, conforme avanzábamos, la vereda perdía llanura para atacar vertientes y lomas de cuño en alza, condición que exigía en mucho a los animales del tiro, al punto de que Simón se viera obligado a desplegar una mayor actividad con el rebenque. Hubo momentos de especial dificultad, con empinadas cuestas que las Mulas intentaban evitar. Sin embargo, y a pesar de dichos problemas, atardecía de lleno cuando divisamos las primeras casas de la villa de Alhama. Simón detuvo la marcha, entrando el carretón en un recodo por fuera de la vía. Propuse enviar a Miguelillo por delante, con objeto de obtener información sobre presencia de tropas o controles, sugerencia aceptada por María Antonia.

Aprovechamos la parada para tomar algún alimento de nuevo, aunque ya los ojos pestañeaban en blanco. Volvió media hora después el avisado rapaz, bajando de su montura con extraordinaria agilidad.

—Hay movimiento de tropas procedentes de Andalucía de forma casi continua, en dirección a la ciudad de Murcia. Otro parroquiano me aseguró que algunas se desviaban hacia la plaza de Cartagena, condición que otros negaron. Y parece que establecen controles en los que se registra hasta la respiración y no se admite el paso más que en casos de extrema necesidad.

—Debemos esperar a que anochezca para atravesar esta villa, señora —aconsejaba Simón.

—Desde luego. Ningún compromiso nos mueve a urgencia. Esperemos aquí y tomemos un ligero descanso. Así podremos acabar el bocado sin prisas desatadas, especialmente Miguelillo, que no ha probado alimento, hasta que se apaguen los cielos. ¿Podrá tomar el camino de noche y sin luces, Simón? ¿No deberíamos prender el fanal?

—No es necesario, señora, porque aparejaría más inconvenientes que ventajas. Conozco esta tierra como la palma de mi mano y no erraré una pulgada en el camino, puede estar segura.

Descansamos durante dos horas, mientras el sol acababa por esconderse a nimba y declinaba el día con rapidez. Por fortuna los niños entraron en sueños tras una alargada jornada que los removi6 en nervios, especialmente al pequeño *Pecas* que era un torbellino sin descanso. Y llegó el momento de arrancar de nuevo, cuando Simón estimó conveniente, mientras las mujeres se apoyaban entre ellas con los ojos cerrados al peso. Pero ahora tanto Miguelillo como yo nos movíamos detrás del carret6n a la vista, por la misma orilla de la vereda. No se escuchaba ruido alguno ni avistamos presencia de parroquianos, cuando, metidos entre casas de muy baja calidad, el viejo tom6 a la derecha para salir a campo abierto por un camino estrecho. Pregunté al nieto.

—¿Sabes las intenciones de tu abuelo o por d6nde nos movemos?

—Si le soy sincero, se6or, no tengo idea alguna de sus prop6sitos. Pero no se preocupe lo m6s m6nimo, que mi abuelo conoce esta zona muy bien y con detalle. No olvide que mi abuela Dionisia, que Dios guarde en su gloria como se merece, era natural de esta villa. Por esa raz6n, ambos debían acudir con cierta frecuencia para visitar a su familia.

Ese nuevo dato me movi6 a una mayor tranquilidad. En efecto, parecía que no dudaba Sim6n en la direcci6n a tomar en cada momento. De vez en cuando paraba su marcha, para atisbar en todas direcciones o enviar a su nieto en descubierta. Pero por fin atravesamos en perpendicular un amplio camino, con piso de palacio y m6rgenes alineados. Miguelillo volvi6 a informarme.

—Esta vía que atravesamos es la llamada por los murcianos como camino real de las Andalucías. Si lo siguiéramos hacia la derecha pasaríamos por las villas de Totana y Lorca, antes de entrar en el reino andaluz. Una vez asistí a la feria de ganado con mi padre, junto al santuario totanero. El viejo ha decidido cruzarlo a media legua de la ciudad y parece que con éxito, porque nada se observa por ambas bandas.

—Dios nos bendijo al elegir a tu abuelo para dirigir la expedición.

—Se las sabe todas el viejo —Miguelillo exhibía de nuevo un rastro de orgullo en su rostro—. No se preocupe, señor, que atacaremos la plaza marinera sin mayores problemas.

En efecto, poco después entrábamos en terreno conocido para mí, al recordar algunos caseríos y comprobar que ya nos encontrábamos en el camino que se dirigía hacia Fuente Álamo y, siguiendo adelante, la anhelada plaza de Cartagena. Respiré de tranquilidad una vez más, pensando que si todo se manejaba en buenas como hasta el momento en la próxima jornada podríamos arribar a nuestro destino. Como habíamos perdido bastantes horas en cruzar el momento peligroso, comenzaba a clarear el alba cuando tan sólo nos habíamos separado una legua de Alhama. Pero ya andaba mi ánimo abierto en gloria por troneras, pensando que después de todo no se mostraba la empresa tan peligrosa y comprometida como había pensado en un principio. Sin embargo todos los adjetivos que siempre adjudiqué a la mar, cambiante de humor y ambiente como cortesana de lujo, capaz de ofrecer una cara diferente cada día o cada minuto, también se pueden aplicar a las empresas terrestres. Porque las luces blancas del alma se oscurecieron poco después para nuestra desgracia. Posiblemente habíamos sido demasiado protegidos por los santos y ahora el Maligno deseaba mostrar su verdadero rostro.

19. La dura realidad

Cuatro horas después de haber recibido el duro castigo y navegado con rumbos alternativos que no nos alejaran demasiado de la costa, pero siempre con tendencia hacia el sur, comenzó a levantarse el viento hasta alcanzar la fuerza de fresquito. Esperaba que con ese ligero soplo se alzara de una vez la putañera niebla que nos había llevado al desastre, posibilitando que una fragata gabacha chamuscara los bigotes de la *Mosca* hasta la nariz y más adentro. Porque en verdad aquella manta de niebla se extendía ya con una duración como jamás comprobara durante mis muchos años servidos en la mar.

Partiendo de la última situación estimada por el piloto, a diez millas como mínimo de la punta oriental de la isla, y como la costa se corría en dirección sur-sudoeste, aproé a ese rumbo con el escaso aparejo a disposición. No quería separarme mucho de tierra, por si la situación a bordo se torcía a peores y fuera necesario tomar alguna medida drástica. Además, suponía a la fragata francesa perdida por el norte, con lo que debía ganar distancia hacia el sur, que cada milla dejada a popa podía significar nueva vida. Era una cuestión parecida a la de jugar a la carta mayor, pero era imprescindible apostar y esperar a que la suerte nos favoreciera por una vez. En la primera ocasión que tuve un respiro dirigí los pasos a mi cámara, donde Pepe se encontraba tendido con un fuerte vendaje en su pierna y, al menos en apariencia, dormido con absoluta profundidad. Pregunté a Okumé, que se mantenía a su lado.

—¿Cómo se encuentra? ¿Dormido por la pérdida de sangre?

—La pura verdad, señor, es que su amigo portugués se encuentra borracho como un marinero inglés de recalada en la Jamaica.

—¿Borracho?

—La herida era poco profunda, aunque muy abierta. Pero como debía hurgar bastante en ella y coserla le ofrecí una frasca de aguardiente. Y bien

que la tomó el capitán a marcha de guerra, así como una segunda. Comenzó cantando, para acabar en profunda modorra y pérdida del sentido —Okumé sonreía, divertido—. De esta forma trabajé con mayor comodidad. Limpié a fondo y escancié una generosa cantidad de las hierbas de Setum bien dentro, tras comprobar que no restaba ningún cuerpo extraño. Una vez cosida y con más hierbas embutidas en el vendaje, no debe sufrir problemas. Si no aparecen humores pútridos durante las próximas horas, en pocos días se podrá mover.

—Gracias, Okumé.

—¿Y la fragata francesa, señor?

—Pues no lo sé porque todavía andamos metidos en niebla. Navego hacia el sur y espero acertar cuando estimo al francés en dirección contraria. Hemos sufrido bastantes daños, pero los repararemos.

—Todo saldrá bien, señor.

Una vez regresado al alcázar parecía aclararse la situación a bordo, y me refiero a saber con mayor exactitud daños sufridos y número de bajas, que la manta en madejas seguía sobre nuestras cabezas. Don Sebastián regresó a mi lado con mejor semblante.

—No es para lanzar cohetes de Corte, señor, pero casi todo es reparable. Bueno, quiero decir que sería posible reparar los daños sufridos... si disponemos del material adecuado. Por gracia de los dioses, el palo mayor se encuentra firme. Tan sólo recibió un balazo de refilón que he podido empedrar sin pérdida. Y por si acaso los duendes entran a malas, lo he reforzado con zuncho a la grana. El mastelero del juanete podré guindarlo^[92] cuando fondeemos con cierta tranquilidad, si esta niebla zorrón nos abandona alguna vez. También el bauprés es reparable con fondos propios. Sin embargo, el mastelero del velacho es de preocupar, por su peso y difícil reposición. Pero de momento seguimos clareando la maniobra y guardando el material descoyuntado. Todo puede servir en futuros y nada cayó al agua que no fuera recogido, condición indispensable pensando en ese velacho que me quita el sueño. Hay daños menores que no son de narrar en estos momentos, como alguna verga en precario, cabos de labor y mil menudencias más. Necesitamos un fondeo en bahía tranquila y tiempo por delante como sea, señor.

—Ya lo suponía. Bien, como dice necesitamos fondear en paraje seguro y que esta niebla levante de una vez. Creo que hemos debido superar la entrada de agua, porque la corbeta se mueve mejor.

—Así es, señor —Ibarreche llegaba a nuestra altura en ese momento y había escuchado mis últimas palabras—. Todavía trabajan los soldados portugueses con las bombas, aunque a ritmo menor. También se han ajustado los tapabalazos con cierta seguridad y el nivel disminuye a las claras.

—Bendito sea Dios que nos concede algún privilegio. ¿Y la artillería? Debemos estar listos para entrar en combate cuando la niebla aclare, por si los gabachos andan cerca. Aunque nos cercenen la garganta en rojo subido hemos de responder como es debido.

—Tres troneras se encontraban destrincadas, pero ya se han repuesto las piezas, una de ellas al aire y en fortuna. Podemos hacer fuego con toda la batería, si así lo requiere, con un ritmo decrecido.

—No retrase por más tiempo la mala, segundo. ¿Número de bajas?

—Once muertos, señor. Un artillero y dos soldados españoles, así como ocho portugueses de tropa. Los heridos se elevan a veintiséis, tres de ellos con pocas esperanzas. Dos grumetes y un paje de los nuestros con diversas contusiones, aunque el cocinero de equipaje se encuentra a las puertas del Altísimo, con una astilla bien clavada en el pecho. Entre los portugueses, tres soldados sin esperanza de vida. El resto a verlas venir, incluso el teniente Rodrigues, con una pierna dislocada.

—Parece difícil de creer —tal pensamiento se recreaba en mi cerebro—. Son demasiadas bajas para un combate tan rápido.

—Era mucha la tropa hacinada bajo cubierta, señor, y las astillas en vuelo hacen más daño que la metralla de las carronadas.

—En cuanto se aclare la situación lanzaremos sus cuerpos a la mar con el necesario responso.

—Ya están cosiendo las lonas de los cadáveres.

Fue en aquel momento, cuando pensaba en los rostros de los caídos, intentando recordar sus facciones, cuando los cielos volvieron a golpearnos con una bola negra de grandes dimensiones. Habíamos tomado derrota directa a los infiernos o así lo parecía sin remedio. Por fortuna navegábamos a muy escasa velocidad, tanto por el pequeño soplo como el poco trazo a disposición, cuando se escuchó un bramido ronco que parecía llegar de las bocas del dios Neptuno. Como por arte de magia, la *Mosca* quedaba parada en seco, como si un invisible muro se hubiese interpuesto en nuestro camino, lanzándonos hacia proa. Comprendí de inmediato la razón.

—¡Todo a babor! ¡Varada! ¡Don Sebastián! ¡Escotas al aire!

Mientras el contra maestre repetía mis órdenes a los marineros comprendí que la negra estaba largada sobre nuestro defenestrado tapete. La corbeta

quedaba sin un solo pulso avante, estabilizado su hocicamiento, al tiempo que se escuchaba ruido en cubierta, posiblemente alguna verga descompuesta, de las que ya andaban en racimo. Habíamos varado en toda regla y por desgracia, con los sonidos que se escuchaban de maderas rasgadas en el interior, no parecía arenoso el lecho acometido. Era preciso que el daño fuera mínimo. Las miradas del personal en el alcázar se dirigían hacia mí, como si dispusiera de la vara mágica y salvadora. Es cuando se comprende que el comandante de un buque en la mar es un dios particular y a él se encomiendan las almas llegado el momento.

Aunque la *Mosca* quedara atracada en seco continuaban escuchándose ruidos sordos procedentes de los bajos, como si una piedra monstruosa siguiera destrozando a tajo nuestra quilla, con sus lamentos en disminución progresiva. Apreté los puños con fuerza, consciente de que aquel lance podía ser el acto final y definitivo. Y aunque deseara matar al piloto que me informara en falso de las diez millas a costa era momento de caminar en positivo y guardar las chinas para más tarde.

—¡Segundo! Necesito urgente revisión bajo cubierta. Baje personalmente. ¡Don Sebastián! ¿Ha rendido algún aparejo?

—Me esperaba lo peor, señor. Por fortuna, era muy lento el andar y no desarbolamos del palo mayor, mi más alarmante temor. Pero es posible que la verga de la gavia se haya partido, que ya andaba en algodones. Estamos aferrando todo el trapo.

Los pensamientos más negros barrían mi cerebro a empujones. Imaginaba entrada de agua a turbonadas en la sentina y un rápido hundimiento como posible consecuencia. Pero en aquellos momentos, como el naufrago los líquidos, necesitaba observar con mis ojos el verdadero perfil de la costa, comprobar el estado de la marea y mil detalles más que la niebla del Maligno nos ocultaba. El segundo regresaba a la carrera.

—Entra agua en borbotones a proa, entre las dos primeras cuadernas de babor. Debemos haber tocado una piedra en esa posición, algunos pies por encima de la quilla. Las bombas trabajan a tope y todavía no sabemos si serán capaces de compensar la inundación.

Por fin se nos ofreció un regalo postrero de los dioses. Porque en condición de milagro santero, tan habitual en la mar caprichosa, la espesa niebla comenzó a disiparse, pasando por nuestras crestas en bandada hasta perderse hacia el sur. En cosa de segundos batía el sol y se disipaban las tinieblas. Al mismo tiempo, otras condiciones cooperaban en mucho, porque el viento volvía a caer en calmazo y la mar no batía una sola pulgada. Fue

entonces cuando pudimos comprobar nuestra verdadera situación. De un plumazo observé un cuadro digno de aterrar al más bragado hombre de mar. Porque a la visión de una corbeta con el aparejo en reliquias se sumaba la costa rocosa sobre nosotros, a unas cincuenta yardas aproximadamente. Y como poseído por los infiernos recorrí el horizonte a la vista en busca del francés que para fortuna de almas y cuerpos no aparecía. Mi cerebro trabajaba a batientes, deseando conocer el fondo de las aguas con exactitud. Me giré hacia Ibarreche, que dirigía la mirada hacia la costa acantilada como ensimismado en aterradora visión.

—Segundo. Necesitamos un buceador que nos informe con detalle ¿Alguno de nuestros hombres es bueno en tal cualidad?

—El grumete Rosas, señor —contestó el contraмаestre—. Ya sacó un bichero del fondo cuando largamos las anclas en Punta Delgada.

—Que venga a la carrera.

Poco después llegaba al alcázar un pequeño grumete de escasos años y mirada vivaracha, con un vendaje en el brazo izquierdo. El apodo correspondía a su lugar de nacimiento, norma habitual entre el personal de marinería. Por fortuna, parecía avisado de sesera.

—¿Cómo se encuentra ese brazo, muchacho? —le pregunté—. ¿Puedes moverte con soltura?

—Sin novedad, señor comandante. Un astillazo en refilón y con escasa sangre.

—Has de bucear inmediatamente bajo la proa. Debo saber la situación exacta de nuestra varada. Para comenzar dónde hemos tocado, si se trata de roca suelta o cadena firme, extensión del fondo y todo detalle que encuentres de interés. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Pues al agua. ¡Segundo! Que den el bote, si se halla indemne, y apoye al grumete.

Fue el momento en el que me volví hacia la timonera. El piloto no se atrevía a levantar su mirada.

—¡Don Federico!

—Siento mucho, señor, que esa situación de estima no se...

—No tengo tiempo para disculpas, que ya hablaremos sobre su penosa actuación cuando la situación lo permita. Parece que la marea se encuentra entrando, pero necesito saber con exactitud cuándo tendrá lugar la pleamar, por si pudiéramos librar el escollo.

—Sí, señor.

Aunque la intensa actividad me impedía centrar la visión en la dura realidad que me cercaba a muerte, intentaba buscar alguna salida alternativa a una situación muy cercana a la pérdida irremediable del barco. Necesitaba auxilio de los cielos, es cierto, pero nunca se debe dar por perdida la madeja si existe chicote a la vista. En ese momento, Ordovás rendía informe, acompañado por don Melquíades, el más caracterizado de los dos carpinteros.

—De momento mantenemos la entrada de agua al límite, con el uso de las bombas a toda presión, señor. Podemos agradecer la presencia de los soldados portugueses, que han regresado a la faena. Si fallara alguna de las piezas, estaríamos perdidos. Si la roca se mueve una pulgada más contra el casco será misión imposible. Debe haber sido una piedra elevada, porque los fondos no sufren. Pero si se levanta una mota el viento o las olas nos atacan acabaremos descoyuntados.

—¿Nada se puede atacar por los forros? —pregunté, conociendo la respuesta.

—Nada podemos hacer desde dentro, señor —apuntaba el carpintero con tristeza—. Pero calculo el destrozo en un círculo de unos tres o cuatro pies de diámetro.

—Si lográramos desprendernos de esa piedra, podríamos abrazar el boquete con alguna vela. ¿No es así, don Sebastián?

—En efecto, señor. La vela mayor de repuesto sería la idónea en la ocasión, tal y como se recomienda. Pero para eso deberíamos...

—Deberíamos quedar libres de la varada y a flote, eso es...

Todos llamamos al comprobar que el grumete buceador se acercaba a nuestra posición, chorreando agua de sus calzas todavía.

—Vamos, Rosas —apunté con rapidez—. ¿Qué has encontrado?

—Tenemos el extremo en lanza de una roca clavada a babor, muy cerca de la proa, unos cinco pies por encima de la quilla. El resto del casco se encuentra libre. La madre de esa punta se extiende en dirección contraria a la amura de dicha banda.

—En ese caso, es necesario librarla hacia estribor y popa —comenté en voz baja.

—Si piensa en remolque hacia popa, señor —apuntó el contramaestre—, la piedra puede desbaratarnos hasta el tajamar.

—No navego con esos pensamientos —me giré hacia la timonera con los ojos encendidos—. ¡Don Federico! ¿Qué cojones sucede con esa puta marea que le he pedido?

—La marea se encuentra entrando, señor —el piloto era un manojito de nervios, incapaz de enhebrar dos palabras sin tartamudeo—. Estimo que en una hora se producirá la pleamar.

—Bien —pensaba las posibilidades abiertas en nuestro caso—. Necesitamos escorar el buque a la banda de estribor y, al mismo tiempo, recibir un remolque en dicho sentido desde la proa. Si conseguimos librar la piedra, otro remolque hacia popa con rapidez y, sin perder un segundo, enlonar el boquete.

—Estoy de acuerdo, señor —corroboró el contraamaestre—. Es peligroso, pero es la única salida posible a la vista. Si situamos todos los hombres a la banda de estribor, incluso las piezas de artillería de castillo y alcázar, podemos escorar el barco lo suficiente. Ese sería el momento de intentar que la lancha, con un cable firme a la proa, bogue a muerte hacia estribor. En cuanto libremos la piedra, si Dios así lo quiere, todo el personal a popa y remolque de fuerza con el bote y la lancha hacia fuera.

—Es lo que pensaba —comenté en acuerdo—. No perdamos un segundo, porque el cualquier momento puede levantarse el viento o la mar. Espero que la lancha se encuentre en condiciones.

—No sufrió una esquirla.

—Al tajo entonces. Y que un par de vigías se mantengan atentos al horizonte, por si aparece de nuevo ese putón gabacho.

Recuerdo aquellos difíciles y críticos momentos con especial tensión, unos pocos minutos que se alargaron como si se tratara de toda una vida. Incluso ahora que los transcribo a estos cuadernillos, tantos años después, mi piel se eriza en conchas. Con todo el personal alistado en cubierta menos los que trabajaban en las bombas dimos las órdenes precisas con la bocina de mando. Los cañones de la cubierta se pasaron a la banda de estribor, así como todos los hombres, subidos a la borda, enrejados en la jarcia o pegados a ella. Pude comprobar como la *Mosca* escoraba a estribor, al tiempo que se ordenaba a la dotación de la lancha bogar de forma perpendicular al buque hasta el último suspiro. Tanto mis oficiales como los tenientes portugueses trabajaban codo con codo, que todos comprendían la extrema gravedad de la situación, aunque no hubiesen navegado una sola milla.

Mientras la marea subía, la *Mosca* se escoraba con claridad hacia estribor por la distribución de pesos, momento en el que se ordenó boga de muerte a los hombres de la lancha, que atacaron la faena con evidente esfuerzo. Durante los primeros minutos nada pude observar en cuanto al deseado movimiento, pero tampoco sonido alguno desde los fondos, salvo los

toconazos regulares de las bombas en su trabajo. Y ya comenzaba a desesperar de aquella maniobra y buscaba en el cerebro otra posible salida al calvario cuando un nuevo gemido bronco desde la proa anunciaba que comenzábamos a desprendernos de la piedra o, en el peor de los casos, el casco de la corbeta estaba siendo descosido a lo largo de su línea. Por ventura, y como dicen en los pueblos de Castilla, Dios aprieta pero no ahoga. Tal proverbio se hizo realidad, aunque el contraestre confiara más en el dios de las aguas, lanzando esas especiales señales con sus dedos hacia los fondos, porque tras un bostezo ronco y triste sinfonía de maderas, capaz de erizar los cueros, la *Mosca* escoraba unos grados más, para caer a continuación su proa a babor con claridad, como bote tendido con pluma sobre el agua en bamboleo. Era el momento preciso.

—¡Que boguen los hombres del bote en popa y nos alejen de la costa! ¡Que pase la lancha apoyar ese movimiento con rapidez! ¡Boga de muerte!

Daba las órdenes a través de la alargada bocina que al recibir los rayos del sol asemejaba un cuerno dorado de colosales dimensiones. Mientras batía la voz al grito ronco y las greñas de mi cabello quedaban deshilachadas al viento, me aferraba con la mano izquierda al pasamanos de la timonera. Todos me miraban a hurtadillas, en la creencia de que era el único factor capaz de sacarnos de aquel infierno, si tal cualidad era posible. Poco después, con bote y lancha cobrando el remolque a popa, nuestro barco salía hacia atrás, como si acuarteláramos las velas de proa en virada medio perdida. Era consciente, no obstante, de que atravesábamos el momento más peligroso, porque la misma piedra que nos rajara la amura disminuía con su volumen encastrado la entrada de agua, que ahora sería capaz de inundar nuestra sentina en escaso tiempo.

—¡Don Sebastián! ¡Maniobra de esa vela mayor a proa con máxima urgencia! Hay que taponar el boquete en lo posible.

Mientras Ordovás anunciaba que la entrada de agua aumentaba de forma notable y muy peligrosa, condición esperada, el contraestre dirigía la maniobra para pasar la vela mayor por debajo de la quilla, con seis hombres en el agua y otros tantos en el castillo. Como tantas otras veces se hace en la mar, la idea era atochar la vela contra el boquete para evitar en parte la entrada de agua. Por fortuna, también entre los soldados portugueses había buenos buceadores, porque el trabajo era penoso y necesitaba de relevos. Pero una vez conseguido posicionar la vela bajo la quilla ya cobraban a bordo las contras para atocharla, al tiempo que se daban rabizas y todo tipo de drizas para que no se deslizara a popa con el movimiento del buque. Era el momento

crucial, por lo que pedí al grumete Rosas un nuevo examen de los daños. Y no era de luces lo que nos brindaba a continuación.

—He palpado el boquete por encima de la lona, señor. Creo que se ha extendido bastante, casi al doble.

—Es lógico —repuse con una tranquilidad que no sentía—. Al desprendernos y quedar Libres, la misma piedra ha rasgado los bordes hacia la quilla y hacia proa. ¿Cómo va la entrada de agua?

—Aumentó mucho al quedar libres, pero ha disminuido de forma notable con esa especie de pallete adosado —Ordovás parecía animar su voz—. Llegamos a las veinte pulgadas, señor, que ya se veían flotar ratas en el sollado. Pero baja poco a poco. Dios bendiga a esos soldados portugueses que trabajan en las bombas sin descanso.

Era el momento de tomar una importante y definitiva decisión. Reuní a todos los oficiales en el alcázar, incluidos los de mar y portugueses, salvo Pepe, que debía dormir todavía con sueños de gloria.

—Bien, señores, debemos decidir sin pérdida de tiempo. ¿Qué posibilidades reales se nos presentan? Y no hablo sobre el aparejo, que por desgracia queda a la vista. Me refiero a restañar ese maldito boquete.

—Sabe bien, señor, que sólo podríamos meterle mano con el buque en seco —dijo Ordovás.

—Hablo de realidades y no de utopías celestiales —contesté a la mala—. Estoy pensando en una posibilidad, un tanto remota. Necesitamos una playa arenosa, pero no sé si habrá alguna suficientemente cerca. Porque si salta el viento o la mar, no aguantaremos mucho tiempo en esta situación y la *Mosca* se irá al fondo sin remedio.

—¿Piensa dar la quilla, señor? —preguntó el contramaestre, que parecía adivinar mis pensamientos.

—No veo otra solución, don Sebastián.

—¿Dar la quilla en la arena, señor? —preguntó el segundo con rostro de incredulidad.

—En efecto, tal y como se carenaban los costados de los buques a lo largo de la historia, antes de que dispusiéramos de los diques en la segunda mitad del siglo pasado. Se decía como carenar a la tumba, tendiendo el buque en la playa sobre un costado, para carenar una banda. Después se procedía de la misma forma con el otro costado. Claro que se trataba de playas acondicionadas para dicha tarea, con maniobra y aparejos adecuados al concierto. Pero ahora nos enfrentamos a una situación extrema y si no abordamos una milagrosa solución esta corbeta se hundirá sin hacer ascos a

las aguas. Necesitamos una playa arenosa y con escaso gradiente. Ya sé que esta condición no debe ser posible en esta costa. Pero es igual. Si clavamos la quilla en la arena y conseguimos dejar el costado de babor al aire, sería posible atacar la reparación. ¿No es así, don Melquíades?

—Podríamos intentarlo, señor —el maestro carpintero rascaba sus cuatro pelos con escasa decisión—. Llegué a carenar un pequeño bergantín sobre la arena, en la isla de Mallorca, hace algunos años. Pero si llevamos a cabo esa operación, la corbeta puede quedar un tanto...

—Descuadernada —rematé con rapidez—. Soy consciente de que puede sufrir la estructura. Por esa razón la vida de los buques se ha extendido de forma notable, desde que disponemos de los diques de carenar y se limpian sus costados en seco. Pero no estamos en situación de escoger. Teniente Cabral —me dirigía al portugués pequeño y de rostro cetrino—, ¿alguno de sus hombres conoce esta costa con detalle?

—Dos de mis hombres son oriundos de la isla de las Flores, señor comandante. Lo sé porque se ofrecieron voluntarios para pasar a ella como guarnición.

—Avíselos con urgencia, por favor.

La suerte, ahora soplando de popa, nos llegó con las explicaciones de un soldado lusitano, por fortuna vivo y despabilado de sesera, porque comprendió la situación al haber faenado en un pesquero durante su juventud.

—Esa punta que se presenta al sudoeste es la llamada como Ponta de Lajes, señor. Pero si navegamos un poco más hacia el norte, tras aquel pequeño cabo que ahora se nos abre por el través, se encuentra una pequeña ensenada de arena fina.

—¡Piloto! Tome la carta. ¿Aparece esa ensenada? ¿A qué distancia?

—No presenta tanto detalle nuestra carta, señor. Sólo puedo decirle que si esa es la Punta de Lajes, el puerto de Santa Cruz lo tenemos a unas tres millas, tras doblar el cabo de su nombre.

—Esa playa, señor —insistía el soldado portugués—, queda justo tras esa roca con forma de mujer tendida. A remolque de nuestra lancha podemos llegar en escaso tiempo.

Como andaba perdido en la bruma más intensa, decidí fiarlo todo a la información del soldado. De esta forma, comenzó a bogar el personal de la lancha, remolcando nuestra maltrecha corbeta. La marcha era lenta y con un trabajo agotador para los remeros, por lo que establecimos los necesarios relevos por medio del bote. Y aunque mi cerebro se centrara en la punta a doblar como futuro incierto, mantuve vigiadores de calidad para avisar de una

posible aparición de la fragata francesa. Porque en nuestra situación éramos un bocado en dulce.

No marró el lugareño, para bendición de nuestro futuro. Nada más doblar la roca, que en efecto semejava a una mujer tendida de forma indolente, comprobé con inmenso alivio que se nos ofrecía una recogida ensenada, de unas ciento cincuenta varas de amplitud. Era idónea, sin duda, aunque deseaba conocer otros detalles que quedaban en el aire. Volví a reunir a todos los hombres que podían informar en el alcázar, mientras la lancha continuaba su marcha hacia el centro de la ensenada, como les había ordenado.

—Bien, señores, aquí estamos. Según el piloto —le dirigí una mirada que atravesó sus ojos al fuego—, nos encontramos con la marea subiendo otra vez. Mi idea es que en el momento de la pleamar clavemos bien la quilla en paralelo a la línea de la playa, con la banda de estribor a tierra. En primer lugar, encastraremos bien la proa a remolque de fuerza. Y a continuación bornearemos la popa con lancha y bote, momento decisivo para enquillar toda la eslora. Disponemos de dos horas hasta la pleamar y pronto comenzará a ocultarse el sol. De momento, fondearemos con dos anclas y prepararemos todo para el momento de la próxima pleamar, que tendrá lugar en la amanecida de mañana. Roguemos a Dios para que se mantenga el calmazo y se aguante la mar como un espejo de plata. De esa forma y con las bombas en función podemos mantenernos a flote. Pero después vendrá lo peor.

Giré la vista en derredor, comprobando la máxima atención, antes de continuar.

—A partir de ese momento y a ritmo de bombardas, debemos aligerar el peso de la corbeta al máximo. Va a ser una tarea de lomos duros porque debemos echar a tierra la artillería, aguada, víveres, armamento portátil, pólvora, balerío y cualquier objeto que ofrezca peso. Cuando llegue el momento de tumbarla corbeta sobre la arena, todos los hombres, salvo los imprescindibles, también deberán encontrarse en la playa. Sé que es muy duro, pero hemos de trabajar a muerte y sin descanso durante toda la noche, porque sencillamente es nuestra única posibilidad de salvar esta querida corbeta. Por desgracia la playa no debe ser muy aplacerada, con lo que el trabajo se complica en futuros. Poco tiempo dispondremos entre mareas para trabajar con la corbeta a la tumba. Pero bueno, para que alcancemos ese feliz momento, hemos de salvar un buen obstáculo.

De esta forma comenzó una noche que muchos recordarían durante toda su vida como de estrago corporal. Y conforme transcurría cada segundo y observaba el monumental trabajo ofrecía gracias a nuestra Patrona por la

presencia de aquellos soldados portugueses, ciento sesenta hombres que dieron todo de sí y un poco más, como si fueran los grumetes más patriotas y decididos de nuestra dotación. Por fortuna la mar se mantenía en ondas y las bombas controlaban la entrada de agua, con más facilidad conforme se aligeraban los pesos a bordo. En el trabajo de todos centraba nuestra única esperanza, aunque el posible resultado quedara en el aire y en verdad con escasas posibilidades de éxito.

20. Tierra y mar

Debíamos haber recorrido poco más de una legua desde que abandonáramos el cruce de la villa de Alhama cuando ya las luces del crepúsculo comenzaron a dejarnos distinguir perfiles y horizontes con cierta claridad. Las mujeres iban despertando poco a poco, acomodando su postura. Restregaban los ojos, preguntándose probablemente qué hacían en aquel destartalado carretón que se movía de forma bamboleante y ruidosa. Fue Rosalía la primera en inquirir sobre nuestra situación, recorriendo con su vista los alrededores sin descubrir terreno conocido. Incluso Eugenia deseaba saber el número de leguas que restaban hasta la ciudad de Cartagena y la posible hora de arribo, como si la empresa estuviera prácticamente cumplida y nos esperaran en la plaza para una recepción galana. Y así lo creía yo también en aquellos momentos, que no he de negarlo.

La sorpresa, sin embargo, cayó de bruces sobre nosotros poco después. El momento escogido por el destino se presentó cuando el sol comenzaba a descubrir su disco de oro. A la altura del caserío llamado Garrafa, encontramos un campesino que caminaba a paso largo en sentido contrario por el Linde, donde crecían alargadas matas de hinojo. Como todavía nos manteníamos Miguelillo y yo junto al carretón, sin ocultar nuestra presencia, descendí de la montura para abordarlo y recabar información.

—Que Dios le bendiga el día, buen hombre.

—Los mismos deseos le ofrezco para vos y toda la familia.

—¿Sabe si se mueven tropas francesas más adelante? Queremos llegar a la ciudad de Cartagena y preferiríamos no topar con ellas.

—En ese caso deberá tomar otro camino sin más remedio y cuanto antes mejor. Hay muchos franceses en movimiento desde el día de ayer, lo que nada bueno indica. Corren rumores sobre un posible ataque a la plaza cartagenera, donde todavía ondea en alto la bandera de nuestro señor don Fernando el Séptimo. Ayer tarde, a la salida de Fuente Álamo, cuando me disponía a

regresar hacia mi casa en Alhama, esos malditos requisaron la única mula que me quedaba. Era tan vieja la pobre que en otra ocasión anterior le hicieron ascos con gestos de burla. Pero deben andar muy necesitados de tiro esos gabachos del demonio en estos días. Han establecido un control en este mismo camino unas tres leguas adelante, a la altura de las cuevas del Reylo. Así que por esta vereda no podrán alcanzar su destino, a la vista de su condición y presencia. Y si me encontrara en su caso, señor, abandonaría esta vereda con la mayor rapidez.

Al tiempo que comprendía la inutilidad del disfraz acopiado en mi persona, sentí como si me hubieran lanzado una puñada de muerte contra el rostro. El castillo elevado con tanta ilusión y resultado final casi a la mano se desvanecía por momentos en estrépito. De esta forma quedé durante alargados segundos sin palabras a la boca, como si quedara vencido de antemano. Intenté un último esfuerzo, mientras Simón y Miguelillo se colocaban a mi altura y escuchaban las mismas palabras.

—¿No se puede tomar otro camino alternativo para llegar a Cartagena?

—Siento comunicarles que se les presenta bastante complicada la tarea. Los caminos que se abren hacia levante entre esa sierra y la mar —señalaba con su mano en círculo— se encuentran sumidos en territorio copado por los gabachos. No obstante —el hombre parecía pensar, destocándose de nuevo y masajeando la esplendorosa calva que adornaba su cabeza—, bueno, les queda una posibilidad, aunque no sea de las de manteca en torta. Unas quinientas varas atrás habrán visto un camino estrecho que se abría a su derecha. Por ahí se llega a la villa de Mazarrón en cuatro leguas más o menos y, una después, a su puerto. Desde ahí parte una vía bien pegada a la costa, peligrosa y con riscos en caída libre, hasta la ciudad departamental. Serían unas siete u ocho leguas más, pero ya le digo de vereda más propia de animales en montura y escasa carga. No creo que ese carretón pueda atravesar algunas de sus cuestas, sin peligro de entrar en grave percance.

Apreté los puños en signo de impotencia, al tiempo que un sentimiento de fracaso se abatía sobre mí. Pero mientras Simón continuaba exprimiendo los conocimientos de aquel buen hombre, una palabra se había quedado prendida en mi cerebro sin poder apartarla. En esos momentos, se giraba Simón hacia mí con el rostro enmudecido.

—¿Qué podemos hacer, señor? —también el anciano parecía abatido en cruces—. Pocas soluciones se nos abren. Ese camino que nos indica añadiría riesgos muy elevados para las personas y bien sabe que no lo digo por esta vieja piel.

Creo que fue entonces cuando se hizo la luz en mi cabeza, aunque en verdad se tratara de una minúscula bujía.

—No sé si le he comprendido correctamente, buen hombre. ¿Ha dicho usted que tras esa villa de Mazarrón se abre un puerto de mar una legua más allá?

—Así es. Como sabe, muchas villas ribereñas se retranquearon tierra dentro para protegerse de los ataques berberiscos. Bueno, eso al menos contaba mi padre, un pescador oriundo de esta zona. Por tal razón la villa se encuentra a una legua de su propio puerto.

—¿Y en ese puerto hay barcos?

—La verdad, señor, no sabría responderle con seguridad. Sé que traen pescado fresco y salazones desde allí hasta los pueblos del interior, señal cierta de que los pescadores continúan con su faena, aunque los franceses tomen la mejor parte. Y para echar las redes es necesario contar con embarcaciones, si no se obran milagros.

—Un pesquero —musité como si hablara para mis adentros—. Esa puede ser la solución.

—¿La solución ha dicho, señor? —preguntó Simón, interesado.

—Desde luego. Si llegamos a ese puerto intentaré que un pesquero nos lleve a Cartagena por la mar, una distancia escasa en millas.

—¿Por mar? —volvió a insistir el anciano.

—Claro que sí, abuelo —intervino Miguelillo con desparpajo—. De esa forma llegué a Cartagena desde Cádiz, volando por encima de las olas. Es una visión fascinante e inolvidable.

—Nunca he visto el mar, Miguelillo, pero me aterra la sola mención de su nombre. Dicen que se abre hasta el más allá y se pierden las almas entre sus aguas.

—No se preocupe, Simón, que el hombre supera esas creencias —me giré hacia el campesino de nuevo—. Entonces, ¿cree usted que podremos llegar hasta ese puerto sin problemas?

—Ese camino es estrecho y malo, pero el carretón lo aguantará. En cuanto a tropas francesas, no creo que se hayan desviado en esa dirección, que sólo a esa pequeña villa y puerto conduce.

Después de agradecer su información, regresamos junto a las mujeres, que esperaban con evidentes signos de intranquilidad en sus rostros. Intenté calmarlas con una sonrisa.

—No podemos seguir por este camino a causa de tropas y controles franceses. Debemos abandonarlo con rapidez. Tomaremos el camino de

Mazarrón, para embarcar en su puerto.

—¿Mazarrón? ¿Embarcar? —preguntaron a coro—. ¿Cómo vamos a embarcar?

—La distancia desde ese puerto hasta el de Cartagena debe ser de unas quince millas aproximadamente. No recuerdo su exacta localización, pero sí la bahía que se abre tras avantear el cabo Tiñoso cuando se baraja la costa hacia el sur. Nada más seguro que la mar en estos momentos, podéis confiar en mí. En ese terreno dominamos sin oposición sobre los gabachos.

Las mujeres quedaron en silencio, como si dudaran de mis palabras. Fue María Antonia la que como de costumbre zanjó el problema, atacando por derecho.

—Me parece buena idea. Si no podemos progresar por tierra, lo haremos sobre las aguas. No perdamos tiempo, si es cierto que mucho se mueven las tropas francesas por aquí.

—De acuerdo, madre.

Recorrimos en vuelta la distancia expuesta por el campesino, encontrando el camino, que como indicara era de piedras sueltas y a medio desbravar. Lo tomamos sin dudarlo, aunque para las mujeres comenzara un verdadero tormento con las muchas roderas y agujeros abiertos en el piso. Por mi parte, mantenía el pensamiento fijo en la mar, calculando que aquella misma tarde podríamos alcanzar el puerto, una mágica palabra que acariciaba mi cerebro en ondas de placer.

Decidimos aumentar los periodos de descanso, dada la incomodidad que a las claras se observaba. De forma especial lo sentía por María Antonia, que ya no era una jovencita capaz de aguantar cualquier suplicio. Y como la suerte parecía habernos abandonado al ciento, cruzaba la meridiana cuando se produjo lo que ninguno esperaba, un momento de muy grave peligro para la empresa y las personas.

Acabábamos de tomar un ligero bocado y reanudábamos la marcha con renovada esperanza cuando al doblar un pronunciado recodo del camino, una de esas vueltas que no aparentan final, topamos de cara con dos soldados franceses. Confiados en que por vereda tan impracticable no encontraríamos personal en cruce y desde luego ningún francés, todavía Miguelillo y yo cabalgábamos junto al carretón. Se trataba sin duda de un exceso de confianza por nuestra parte, que se traducía en un inmenso y peligroso error. Se encontraban a tan corta distancia cuando les vimos que Simón debía chascar los frenos con fuerza para no avasallar sus monturas. Ambos gritaron blasfemias en protesta, apartándose hacia la derecha. Sin embargo, uno de

ellos elevaba su mano en nuestra dirección, con lo que la orden de parada impuesta no admitía dudas.

Mientras los dos franceses recuperaban el control de sus monturas y miraban con insistencia hacia el carretón, pude deslizarme hacia la banda contraria con lentitud, intentando quedar tapado por las mujeres. Aunque uno de los soldados urgía a su compañero por la prisa en cumplir una determinada misión, el otro, un sargento alto y corpulento, continuaba su inspección visual.

—¿De dónde salen ustedes? Dos buenas Mulas de tiro y un miserable carretón por este impracticable camino. Y dos campesinos en hermosos caballos. No alcanzo a comprender este cuadro.

—Verá usted, señor —era María Antonia quien, consciente del peligro, se disponía a esgrimir alguna excusa con decisión—. Formamos una familia de viudas, con nuestros hombres caídos en defensa del rey José Napoleón. Quedamos en la hacienda sin comida, razón por la que nos dirigimos a otra de unos parientes, que se encuentra en un puerto de pescadores, algunas leguas más allá.

—Una situación lamentable, señora. Pero la verdad no parecen haber sufrido hambre, que su aspecto es magnífico. Y el de esas bellezas también —comenzaba a sonreír de forma grosera, al tiempo que señalaba a las jóvenes—. Lástima que quedaran viudas a tan corta edad, aunque es un mal remediable. ¿Quiénes son esos dos hombres que las acompañan? ¿De dónde sacaron las monturas, si se han requisado todas?

—Son dos campesinos de la hacienda que nos acompañan en protección.

El sargento se acercó hacia nosotros. Inspeccionó a Miguelillo en primer lugar, para pasar a mí a continuación. Como mantenía la cabeza baja, recibí una orden que desmoronó mis esperanzas.

—Levante la cabeza.

Por fin tuve que enfrentar su mirada. El maldito cabrón volvió a sonreír, al tiempo que inspeccionaba con detalle la montura.

—No parece usted campesino, de eso no hay duda. Más bien diría que presenta aspecto de caballero, vistiendo ropas ajenas e impropias de su rango. Y esas manos no se han dedicado a las labores del campo ni un solo día desde su nacimiento. Cuando alguien oculta su verdadera identidad significa que algo importante esconde —por último, fijó la mirada en las ancas del animal—. Además, ese animal que monta lleva el hierro de los Ejércitos Imperiales. ¿Lo encontró por el campo, quizás?

Ni siquiera buscaba una posible respuesta, al considerarlo misión imposible. Por el contrario, devanaba los sesos intentando encontrar una posible solución a la peligrosa situación. Volví a escuchar la voz prepotente del gabacho.

—Desmonten los dos ahora mismo. Como no responden, entiendo que deben pertenecer a una de esas partidas revolucionarias que asaltan a nuestras tropas. Por tal razón serán ajusticiados ahora mismo, que esas son las instrucciones de nuestros mandos. Después nos divertiremos un rato con estas mujeres que los amparan, lo que también las hacen culpables de sedición, antes de requisarles esos hermosos animales. Resulta, Antoine, que el paso por este camino solitario acabará siendo altamente positivo y divertido. ¡Quién lo habría dicho!

—Los únicos revolucionarios que hay aquí son ustedes dos, salvajes endemoniados.

María Antonia se había elevado en el carretón, dictando sus palabras con inimaginable desprecio hacia el sargento francés. Admiré su valentía, mientras continuaba intentando buscar una solución que no aparecía en el horizonte. Y he de reconocer que me di por vencido al reconocer la misión como imposible de todo punto. Con infinita tristeza, mientras observaba el pánico en el rostro de las mujeres, consideré que llegábamos al final de una hermosa aventura.

A partir de ese momento todo sucedió con tan extraordinaria rapidez que ni yo mismo llegué a comprender lo sucedido en los primeros segundos. Como los dos soldados apuntaban con sus armas, sin fiar una onza en nuestra conducta, no encontraba la posibilidad de sacar alguna de mis pistolas de la espalda y amartillarla. Sin embargo, fue entonces cuando se produjo lo inesperado. Cuando el sargento se preparaba para responder a la señora se escuchó un disparo a quemarropa que resonó con alargado eco por los montes cercanos. Sentí un profundo temor y no por mi vida, bien lo saben los cielos, sino por desconocer quién había disparado y el objetivo de aquella bala.

El peligro aumentó cuando el sargento, al comprobar que su compañero caía herido de muerte junto al pescante, elevaba su fusil apuntando hacia Simón sin dudarle. Tampoco en esta ocasión escuché el silbido del cuchillo por el aire. La primera nueva la comprobé al observar como la garganta del gabacho se teñía en rojo, atravesada de parte a parte por el arma de Miguelillo, retranqueado hacia mi derecha para tener mejor campo de lanzamiento. Mientras dejaba caer el arma y echaba sus manos a la zona

herida, ya el rostro del sargento reflejaba la muerte. Por fin también caía de su montura al suelo.

Todo se había desarrollado a ritmo de bombardera, al punto de que segundos después fue cuando se escuchó el primer grito, lanzado por Eugenia, presa de los nervios y el pánico. Pero ya Simón, Miguelillo y yo comprobábamos que los dos franceses no molestarían más. Había sido Simón quien disparara, mientras Miguelillo, sin un plan previamente trazado, remataba la faena.

—¿Llevabas una pistola amartillada, Simón?

—Cuando la señora me pidió hace semanas que le proporcionara un ejemplar de la pareja de duelo para su propia protección decidí guardar la compañera para mi uso particular, que nunca se sabe por dónde puede saltar la liebre.

Desde que abandonamos Santa Rosalía la llevo bien dispuesta bajo la manta. Por todos los dioses, que fue una buena idea —sonreía de felicidad—. Además, nunca suelen sospechar de un viejo. Menos mal que Miguelillo lo ha entendido y ha reaccionado con rapidez.

—Estaba preparado, abuelo. Ya sabía que llevaba ese pistolón en orden y esperaba su disparo. Por esa razón me desplacé para separarme de don Beto y mantener una buena distancia. Como empuñaba un arma lista para disparar, me la jugué a la garganta, un tajo que paraliza los movimientos. No podía fallar a tan escasos pasos.

Mientras las mujeres lloraban, una extraña demostración mezcla de miedo y júbilo, decidimos ocuparnos de los soldados.

—Debemos apartarlos a suficiente distancia del camino —apunté sin dudar—. Aunque todo ser humano deba ser sepultado bajo tierra, sea amigo o enemigo, esta pareja quedará al aire.

—Así debe ser —exclamó Simón con desprecio, al tiempo que escupía sobre los cadáveres—. Que sus cuerpos sean comidos por las alimañas, sus hermanas de sangre. ¿Qué hacemos con sus caballos, señor?

—Tampoco deberíamos dejarlos en libertad porque delatarían la ausencia de sus monturas. Es triste sacrificar tan hermosos animales, pero debemos apartarlos también del camino y darles muerte.

—Tiene razón, señor.

Sin perder un segundo más nos pusimos a la faena. Y si el soldado era ligero de carnes, fue necesario el auxilio de los tres para transportar al voluminoso sargento. Por último, Miguelillo fue el encargado de abatir a los animales, acachetándolos en el nervio como si se tratara de toros de lidia.

Pero por fin todo quedó resuelto y el camino despejado, mientras el rapaz lanzaba tierra sobre los charcos de sangre. Media hora después, ninguna pista quedaba de lo sucedido en aquel punto del camino. Fue el momento de consolar a las tres mujeres jóvenes, que todavía se estremecían. Por el contrario, María Antonia se mantenía en su sitio, brava como siempre.

—Le debemos una vida más a esta pareja de Demetrios. Sois valientes como pocos y nunca podremos olvidar lo que habéis hecho por nosotros. Y fue una verdadera sorpresa, que ya veía rematar la faena en sangre propia.

—Ya le dije, señora, que aunque con nudos en las manos todavía puedo darle matarife a unos cuantos gabachos —Simón sonreía con abierto orgullo—. No me achaque un mérito excesivo, porque le disparé al pecho desde cuatro palmos de distancia. La tarea primordial y certera fue la de mi nieto, que maneja ese cuchillo de monte como David la honda.

—Deberíamos alejarnos de este lugar lo antes posible —insistió María Antonia—. A ver si alcanzamos ese puerto de una vez.

—No nos tomarán por sorpresa en una nueva ocasión —dije en señal de culpa—. Nosotros volveremos a utilizar el camino paralelo, como acordamos en un principio. Y quiera Dios que no encontremos nueva patrulla.

De esta forma reanudamos el camino impuesto. Pero todavía mantenía grabada en el cerebro la sonrisa del sargento francés cuando esperaba recibir el ajusticiamiento por medio de su mosquete de un momento a otro. Miguelillo y yo nos retranqueamos hacia dentro, siguiendo paralelos al carretón entre el monte bajo, a suficiente distancia. Y como es de suponer el joven mostraba un rostro de felicidad difícil de explicar con sencillas palabras. Además de servirme con fidelidad extrema, quedaba a las claras su valentía, así como esa escondida pasión por acabar con el mayor número de franceses. Pensé que si todos los españoles hubieran mostrado tal valentía en combate ya pisarían los gabachos su tierra por detrás de los Pirineos.

* * *

Sin nuevas incidencias que relatar, salvo el deplorable estado del camino, con peligro de embocar alguna rueda en parto, caía la tarde cuando atravesamos el poblado de Mazarrón. Y tras preguntar por su puerto a un vecino, tomábamos el camino que debía conducirnos a la mar una legua más allá. Aumentó de forma notable la comodidad y descanso de las señoras, porque ahora transitábamos en llano, sobre piso arenoso y sin sobresaltos. Para colmar los sentidos en gozo pronto comencé a oler en la distancia la brisa marítima, un

maravilloso aroma que me entró por las fosas nasales como el más delicioso de los perfumes.

Todavía llegamos a observar el horizonte de la mar con suficiente luz, aunque ya las sombras se extendían con rapidez. Como otro lugareño nos asegurara que no debíamos esperar presencia francesa, acabamos por unirnos al carretón en la marcha final. María Antonia me preguntó, ahora con rostro más sereno.

—¿Qué piensas hacer, Beto?

—Llegar al embarcadero, si existe, buscar algún barco y contratar con el patrón para que nos conduzca a Cartagena sin pérdida de tiempo. —Será si a bien lo tiene.

—Lo tendrá cuando le enseñe las monedas de oro. Y como no quiero nuevas sorpresas, me gustaría salir nada más apalabrar el transporte.

—Me parece muy bien. Tras las escenas sufridas con esa pareja de gabachos endemoniados, la mar me parece una experiencia de cortesanas.

—¿No será peligrosa esa travesía, Beto? —preguntó Rosalía.

—Nada en absoluto, querida. Los pescadores están acostumbrados a navegar noche y día, barajando las piedras al palmo. Además suelen conocer la costa cercana como Simón el camino de Alhama. Un esfuerzo más y descansaréis en Cartagena como se merece. Dentro de algunos días esta experiencia os parecerá como leer una obra de aventuras.

—Dios te oiga.

Llegamos a la orilla de la mar, descubriendo que unas pocas embarcaciones se mecían sobre las aguas, fondeadas por nuestra derecha. No encontraba embarcadero alguno, ni un mísero pantalán, aunque tampoco me importó mucho el detalle. Mientras ordenaba a todos permanecer sin llamar la atención y separados a suficiente distancia del cruce, me acerqué hasta una casa próxima, blanca y un tanto destartalada, golpeando su puerta con energía. Y tuve que repetir la faena hasta comprobar que me abría un hombre de aspecto corpulento, manos poderosas y entrado en la cincuentena. Por el aspecto cuarteado de su rostro supuse con rapidez que aquel cuerpo había pasado en la mar la mayor parte de su vida.

—¿Qué se le ofrece?

—Buenas noches, buen hombre. Necesito encontrar al patrón de alguno de esos pesqueros fondeados a pocos pasos de aquí.

El hombre tardó en contestar, mientras repasaba mi físico una y otra vez. Mostraba con meridiana claridad la desconfianza sobre mi persona.

—¿Para qué necesita un patrón a estas horas?

—Mire, he de llegar con mi familia al puerto de Cartagena. Aunque me vea así vestido, soy teniente de navío de la Real Armada en importante misión. Escapamos de los franceses y es preciso que alcance la capital del departamento por mar sin pérdida de tiempo.

—Mire, señor, yo le comprendo —titubeaba de forma nerviosa—. No queremos problemas por aquí. Y si los franceses lo persiguen tomarán represalias...

—No tiene por qué sufrir ningún problema en cuanto hayamos desaparecido. Nuestra presencia aquí sí que les podría reportar inconvenientes. Tan sólo quiero hablar con el patrón de una de esas embarcaciones. Estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario.

—¿Pagar con promesas?

—Nada de eso, pagar con monedas de oro.

Con objeto de aligerar la maniobra y no según mareando la perdiz, extraje la bolsa de mi faltriquera, mostrando algunas monedas, suficiente cantidad para ablandar las más obstinadas voluntades. Los ojos del hombre bailaron como sotas, al tiempo que pasaba la lengua por sus labios resecos.

—En ese caso, cuente conmigo. Por cinco monedas lo llevo a donde necesite. Pero se ha levantado un nordeste que poco me gusta y en nada beneficia nuestra derrota. Descansen y mañana...

—Cuenta con diez doblones de oro si partimos de inmediato. Además, le dejaría un carretón, dos Mulas y dos caballos, aunque uno de ellos muestre hierro francés y deba sacrificarlo. También yo sé de mar y seremos capaces de recorrer esas pocas millas que le pido.

—¿Diez doblones? Por esa cantidad estoy dispuesto a besar las barbas del dios Neptuno en los fondos. De acuerdo. Espere a que avise a mis dos hijos, que han de ayudarnos en las maniobras. ¿Cuántos son ustedes?

—Cuatro mujeres, dos hombres, dos niños y yo.

—Mucho personal es ese.

—Deje a un hijo suyo en tierra, o a los dos si lo estima conveniente. Yo le ayudaré. ¿Cuál es su embarcación? ¿Con qué aparejo navega?

—Es la primera que ahí se ve, aunque ya las tinieblas la encierren. No es por presumir, pero ningún pesquero puede comparársele en esta bahía. Un latino^[93] de cuarenta y dos palmos —ofreció un gesto de orgullo.

—¿Un solo palo?

—No necesito más.

—De acuerdo. Por cierto, ¿no disponen de embarcadero o pantalán?

—Sí, pero queda a demasiada distancia y con maderas de escasa confianza. Era utilizado para carga de mineral, pero hace algunos años que no se recorre. Si le preocupa el manejo con las mujeres no tiene por qué. Las embarcaremos con un bote desde la orilla, sin que lleguen a sentir el agua en los pies.

—De acuerdo. ¿A qué hora podemos salir?

—Lo que tarde en dar cuenta de la faena a mi hijo mayor. Si usted echa una mano, con él será suficiente. Tenga en cuenta que he de navegar en vuelta y necesito ayuda.

—Muy bien. Marcharé a avisar al resto de mi gente y regresaré lo antes posible.

Poco después narraba a nuestro grupo las condiciones establecidas en el acuerdo. En principio, tan sólo María Antonia y Miguelillo mostraban cierta alegría, así como comprensión de que se trataba de la única salida disponible para resolver nuestro problema de forma definitiva. Sin embargo, y aunque no lo declararan por alto, tanto las tres jóvenes como el propio Simón mostraban cara de espanto al dirigir la mirada hacia la mar infinita, superficie entrada en tinieblas infernales según sus propias palabras. Por desgracia el viento comenzaba a arreciar y parecía entablarse de componente norte, condición poco habitual en la zona y como predijera el sabio pescador con malos tintes aparejados en sus costras.

—¿Y si esperamos a mañana? —preguntó Rosalía con tono de súplica en su voz—. De día puede parecer menos...

—Si el viento y la mar van a peor no sería una buena decisión. Debemos recordar que los franceses pueden echar de menos a esos dos soldados, que parecían regresar desde esta dirección, a saber con qué propósitos. Hasta es posible que intenten centrar en esta bahía algún corsario. También pueden destacar alguna patrulla y, con sinceridad, no creo que debamos arriesgar. Reconozco que con este viento se alargará la navegación por la necesidad de dar alguna bordada y que el movimiento de los barcos es incómodo para los no habituados. Debéis concederme vuestra confianza en este medio que es el mío y conozco a fondo. Puedo asegurar que nada os sucederá.

—Pero es un barquito de nada —recalcó Cristina, señalando los pesqueros que ya no se divisaban en la oscuridad.

—Un latino de cuarenta y dos palmos no es poca cosa. Recuerda que tu padre llegó a la costa africana desde la bahía algecireña en uno menor. Os acomodaremos a bordo como sea más confortable y despertareis entre los castillos de Cartagena.

—Basta de comentarios absurdos más propios de cortesanas apocadas y sin fuste en la sangre, niñas —interrumpió María Antonia con gallardía—. Decidimos atacar esta empresa conscientes del riesgo, un peligro menor del que debíamos afrontar en la hacienda, y desde luego más llevadero que los momentos sufridos con esa pareja de gabachos en el camino. Saldremos a la mar con Beto en ese pesquero que nos llevará hasta Cartagena y la libertad. Como decía el padre de Santiago, elevad un rezo a Nuestra Señora de Valdelagua, y que nos ampare bajo su manto en esta navegación.

Sin nuevos comentarios, condujimos el carretón hasta la playa, a la altura de la casa donde contratara los servicios del pescador. Y ya en la orilla se vislumbraban sombras, que a cercana distancia distinguí como el patrón y su hijo, que arrastraban por la arena un pequeño bote. Al percatarse de nuestra presencia, vino hacia mí.

—Debemos salir cuanto antes, señor. Poco me gusta este viento que acabará por formar una marea generosa.

—¿Es de bordo alto el latino?

—Más que suficiente. He llegado a capear marejadas gruesas, dejándome correr con las dos fajas tomadas. Y con la inmensa ventaja de no embarcar una gota de agua. Cuando la mar entra a malas, este latino se asemeja a un corcho en estanque.

—Buena condición es esa.

—Los imbornales a plan de la cubierta corrida son anchos como portañuelas. De todas formas, le repito que por gusto o pesca no saldría a la mar esta noche. Tan sólo me mueven esos doblones de oro.

—Lo comprendo. Pero no podemos esperar.

—Pues no se hable más. Comencemos el barqueo de las mujeres y los niños cuanto antes.

—Alguien deberá encargarse del carretón y los animales.

—Ya avisé a Gervasio, mi segundo varón. Él sabe lo que ha de hacer.

Conocí al hijo mayor del pescador, también dedicado a la faena de mar como oficio. Pedro, que ese era el nombre heredado del progenitor, mostraba recias hechuras y manos con grietas de sal, lo que demostraba a las claras su trabajo habitual. Y sin más conversación comenzamos el barqueo hacia el latino en el pequeño bote, donde sólo era posible estibar tres personas más el hombre dedicado a la boga. Por fortuna, la embarcación bautizada con el nombre de *Potrillo*, según su dueño por la alegría con que tomaba la mar, se encontraba a escasas cien yardas de la orilla. De esta forma en una hora

escasa nos encontrábamos todos a bordo. Era el momento de cobrar el rezón que lo mantenía amarrado a los fondos y salir a mar abierta.

También yo elevé un silencioso rezo a nuestra patrona, la Virgen del Rosario, ahora ya metidos de lleno en su terreno marítimo. A pesar de que el tiempo se presentara con mal cariz sentí placer al comprobar que ya la suerte de la empresa dependía de la mar y sus hombres. En ese terreno no podía fallar, de forma especial al observar a mi mujer con ese pequeño Beto en los brazos.

21. Puesta a punto y sorpresa

Los sueños se hacen realidad en muy escasas ocasiones, alegaba mi padre de forma repetida, aunque sea de ley creer en ellos y conformen una esperanza para nuestras vidas que jamás debemos desechar. Como es de suponer entro en realización de improbables deseos, porque así acaeció con la corbeta *Mosca* y su reparación a la tumba en la pequeña ensenada de Troncos, extraño nombre para una recogida bahía, un dato que nos ofrecieron los propios del lugar. Y si emergían con fuerza gran cantidad de factores negativos, capaces de dar al traste con la difícil empresa en cualquier momento, los fuimos soslayando uno a uno con acierto y la indispensable fortuna, que se aparejaba en necesaria conjunción.

Desembarcamos durante la noche todo el material de peso o formas que pudiera dificultar la arriesgada maniobra, más propia de la primera mitad del pasado siglo y en paraje establecido para tal fin. Tal condición atascaba a fondo mis pensamientos, al no tener conocimiento de la misma más que a través de pasajes leídos y grabados de ocasión. Pero también fue necesario desmadrar las vergas y arriarlas, a no ser que deseáramos clavar sus penoles^[94] en la arena. Fue una faena de atrancar voluntades en la que colaboraron españoles y portugueses hermanados sin excepción, porque hasta los hermanos Vera, aquellos que mostraran hechuras más propias de presidio, parecían recobrar el juicio tras el combate y echaban el resto sin levantar queja.

De esta forma en la siguiente pleamar, que se produjo en la amanecida, y con mayor facilidad a la supuesta, varamos la corbeta en la arena de proa en cepo, borneándola después con ayuda de la lancha hasta dejar bien clavada su quilla en paralelo a la línea de playa. Juro que me maravilló la sencillez para conseguir lo que estimaba como una casi inalcanzable proeza, al punto de batir palmas como niño en juegos. A partir de ahí, conforme descendía la marea y auxiliados con dos aparejos de fuerza, que afirmamos por largo en

los árboles de la orilla, nuestro barco quedó tumbado sobre el costado de estribor, cual rabizona engolfada en su lecho. Es de resaltar, sin embargo, el sufrimiento que producía en nuestros corazones escuchar los gemidos que exhalaba la *Mosca*, conforme las cuadernas se vencían a la banda para soportar la estructura completa del buque.

Fue el momento de comprobar a la vista el enorme boquete que la putorrón piedra abriera a dentelladas en la amura de babor, cuatro pies por encima de la quilla. Y era de tal magnitud el destrozo que cuando lo contemplé de cerca comprendí esos milagros que abanicán nuestra vida, porque en un elevado porcentaje de ocasiones la corbeta debería haber caído hacia los fondos sin remedio. Pero no era momento de rezar, sino de arrimar el hombro a empellones. Y como primer factor a tener en cuenta los dos carpinteros se sintieron desfallecer ante la magnitud del trabajo, dudando de su capacidad para llevarlo a buen término. Porque era necesario reponer tablas del forro en medidas precisas, restaurar cuadernas, baos, corbatones y curvas, reponer clavazón, ligaduras y mil detalles más que hacían preciso disponer de un conjunto de elementos en falta, que con especial maestría sería preciso elaborar. Todo ello sin contar con el forro de cobre levantado en abultada extensión, un aspecto en el que volví a agradecer las planchas de dicho material aportadas por don Benito de la Piedra, cuyos sobrantes almacenáramos a bordo en Cádiz. Aunque comprobé que el carpintero don Melquíades y don Blas, su ayudante, planeaban el trabajo como unos profesionales extraordinarios, era cierto que necesitaban más personal cualificado para el equipo de carpintería.

También yo dudaba de que fuéramos capaces de realizar un trabajo más propio de arsenal y con personal especializado de la maestranza. Pero fue aquí donde nuestros amigos portugueses volvieron a ofrecer el do de pecho y de qué forma. Discutíamos en la playa sobre las posibles acciones a tomar, anotando las faltas de material que mucho nos entristecían por su ausencia, cuando Pepe, cuya herida mostraba buen color aunque necesitara mantenerse todavía en reposo, propuso una importante y decisiva ayuda.

—No dudo de que los maestros carpinteros y sus escasos hombres sean capaces de esta reparación, así como el trabajo a desarrollar a continuación en los masteleros y aparejos, pero no debemos olvidar que poco más hacia el norte, tras aquel cabo que se atisba como punta de lanza, se encuentra el poblado de Santa Cruz. Una de las faenas habituales de los allí asentados es la de la pesca, y en elevada proporción. Debéis tener en cuenta que no sólo atienden a la escasa población, sino a los numerosos tinglados de salazón, un

producto que suelen vender en la isla Terceira, o a los ingleses directamente. Llevan a cabo sus faenas en pequeñas embarcaciones con un palo y vela cuadrada, que estoy seguro que en vuestro especial vocabulario recibirán un nombre determinado y desconocido para mí —intentaba dibujarlas en la arena.

—¿Un solo palo? ¿Cuál es su eslora? —pregunté con rapidez—. Quiero decir su longitud.

—Ya sé que la eslora es la longitud de proa a popa en toda embarcación —Pepe protestó en chanza—. Un palo y unos treinta y tantos pies.

—Una especie de lanchón o balandra con velas al tercio o tarquinas —alegué con decisión.

—Es igual. Lo que quiero decir es que algunos de mis hombres pueden embarcar en la lancha y recorrer esa distancia hasta el poblado, una legua escasa. El teniente Rodrigues puede explicarle nuestra situación al capitán que manda la guarnición en Santa Cruz y requerir el apoyo de aquellos hombres capaces de echar una mano, sean civiles o militares, así como proporcionar algunos elementos de los que no dispone la corbeta. Es necesario recordar al capitán —ahora sonreía— que si quiere ser relevado, abandonar esta hermosa isla y pasar a la península sin esperar otros seis meses deberá hacerlo en esta perezosa corbeta que se ha tumbado sobre la arena.

—¿No sería más cómodo alcanzar Santa Cruz por tierra? —pregunté.

—No hay caminos trazados en esta isla más que para personas o cabras. Y si han de transportar algún material de cierto peso o volumen, vuestra lancha o esos pesqueros serán esenciales.

—Creo que tienes razón.

Pasamos a la acción sin dudar. Enviamos a Rodrigues y dos de sus hombres en la lancha, mientras los oficiales de mar, con los carpinteros y contramaestre al frente, comenzaban a perfeccionar la lista del material necesario, bien de los respetos a bordo, así como de las reliquias de los masteleros y vergas averiadas, e incluso pensando en la madera que podían proporcionar unos hermosos árboles que se divisaban desde la playa.

Con una inesperada rapidez, aquella misma tarde arribaban a nuestra playa la lancha de la corbeta y dos pequeñas embarcaciones. A continuación se me presentaba el capitán Ramiro de Oliveira, jefe de la guarnición de Santa Cruz que debía embarcar en la *Mosca* para su regreso a Cádiz. Venía acompañado de algunos de sus hombres y, el primero de los milagros, de dos carpinteros de ribera expertos en construir esas pequeñas unidades dedicadas a la pesca, que en efecto superaban con holgura los treinta pies de eslora y

arbolaban velas al tercio, muy parecidas a las empleadas en la costa gallega por los pescadores. Pero no sólo su presencia alentó mi espíritu sino la actitud de absoluta colaboración que mostraban. Además el capitán era una excelente persona, cualidad que mostró desde el primer momento. Muy moreno de piel, bajo de estatura y cejijunto, llamaba la atención por la fortaleza de sus brazos, cercanos al tronco de un roble. Y por fortuna era buen amigo de Pepe, con quien se abrazó de forma efusiva.

Tras dos días de múltiples discusiones y frecuentes viajes entre la ensenada y Santa Cruz, con acopio del necesario material, se comenzó el trabajo en la corbeta, intentando restañar la herida abierta en la amura, primer e indispensable paso. Tal y como preveía, la playa era de escaso gradiente, con lo que se hacía necesario ceñir con fuerza las retenidas a los árboles de tierra durante los momentos cercanos a la pleamar para que la *Mosca* no se moviera en su lecho. Y para el necesario descanso de los hombres, se levantaron unos tinglados de caña, recubiertos con hojarasca larga, que nos protegieran de la inclemencia del tiempo. Por fortuna la temperatura era muy agradable a lo largo de todo el día, con lo que sólo era necesario resguardarnos de las posibles lluvias, que en ocasiones aparecían sin aviso y como torrenceras.

Cuando comprobé que los trabajos se manejaban a buen ritmo y que tanto nuestros carpinteros como el contraamaestre mostraban sonrisas de cuarto comprendí que sería posible el milagro, dando gracias a los cielos por la buena ventura recibida. Y como adecuada medida de protección, el capitán Oliveira emplazó dos piezas de a 12 en cada punta de la ensenada, por si aparecía el francés y era necesario batir el cobre. Así comenzaron a pasar las jornadas con extrema rapidez. Vigilaba las obras en todo momento, debiendo decidir solamente cuando aparecían opiniones contrarias, lo que sucedió en escasas ocasiones. Pero debo aclarar que día a día las esperanzas anidaban en mi pecho con mayor holgura.

* * *

Poco más de cuatro semanas necesitamos para que la corbeta quedara alistada y fuera posible el retorno a su posición habitual a flote, momento tan peligroso como el de arrastrarla a la tumba, y comprobar si la estructura había sufrido mermas importantes. Se preparó con especial mimo la maniobra, que no era cuestión de lanzar la bombardera en casa propia. Asistieron en apoyo cuatro pesqueros de Santa Cruz que debían de cooperar con la lancha y el

bote para intentar cobrar sus aparejos, afirmados en la *Mosca*, hacia la mar. Al mismo tiempo, los embastados en tierra servirían de retenida y que de esta forma el balance definitivo no se elevara hasta cotas peligrosas. Volví a sufrir al escuchar los lamentos de mi corbeta, conforme era arrastrada en la arena con la pleamar al bordo. Y como si una diosa gigante despertara de un alargado sueño, la *Mosca* se alzaba orgullosa al tirón, apuntando con sus repuestos masteleros hacia el cielo, momento en el que se cobraban desde las pequeñas unidades con mayor facilidad las yardas necesarias, hasta dejarla fondeada en seguridad. Y si siempre me emocionó pisar la cubierta de un buque bajo mi mando, fue inolvidable el regreso a la dama resucitada, que así lo entendía en mis tripas.

A partir de entonces el trabajo más importante recayó en el contraestre, una vez preparado para comprobar que los masteleros alistados quedaban en fuerza, al tiempo que reponía todas las vergas desmadradas. Y como acción propia de los dioses en noche de gracia el tercer día de mayo del año del Señor de 1810 podíamos decir que la corbeta *Mosca* se encontraba en buenas condiciones a la vista, aunque todavía la experiencia de navegar algunas millas nos ofreciera la certeza de que los quebrantos no hubieran alterado su estructura. Pero era momento de celebración anticipada, por lo que decidí dar rienda suelta al vino y el aguardiente para dotación y tropa portuguesa, aunque gran parte de ella hubiera pasado al poblado de Santa Cruz.

Ofrecí una cena a los oficiales en su cámara, con los dos capitanes y tres tenientes portugueses como invitados de honor, un grupo merecedor del más elevado homenaje. Y como era de esperar Okumé, que comandaba el trío de los criados particulares, echó el resto alistando en adobo las últimas paletillas, que nos supieron a gloria.

—Me alegro de que les guste este cordero, señores. Pero ya sabe, capitán —me dirigía a Oliveira—, que en el tornaviaje hacia Cádiz no dispondremos más que de cecina y pescado en salazón. Para nuestra desgracia, hemos dado cuenta de nuestras últimas existencias esta misma noche.

—No ha de preocuparse en ese particular aspecto, comandante —atajó Oliveira de buen humor—. Aportaremos suficiente carne cuando embarquemos de forma definitiva. En esta isla de las Flores, además de la industria del pescado en salazón, se crían buenos corderos en los pastos de las lomas, que incorporaremos a bordo. ¿Cuántos días estima como necesarios en la navegación hasta Cádiz?

—Más vale que no preguntes sobre fechas concretas, cuando hayas de navegar —intervino Pepe entre risas—. Ten en cuenta que debíamos haber

alcanzado Santa Cruz en dos o tres días desde la isla Terceira y aquí estamos todavía, seis semanas después.

—Aunque mi buen amigo Pepe sea un tanto pesimista en sus apreciaciones marineras, si los vientos y la mar nos respetan podemos alcanzar la bahía gaditana en un par de semanas como máximo. Bueno, si esta hermosa corbeta demuestra que se mantiene en aceptables condiciones.

—El aspecto externo es inmejorable —declararon los tenientes al tiempo.

—La vestimenta se encuentra en orden, desde luego, pero también el alma ha de vibrar a tono.

Al día siguiente, embarcamos el material sobrante que todavía permanecía en la playa así como todos los hombres, dando la vela para pasar al fondeadero de Santa Cruz. Y gocé a chorros cuando largamos todo el aparejo a los vientos, un milagro auténtico, adecuado para promoción a los altares. Porque no sólo no se apreciaban los espantosos destrozos padecidos semanas atrás sino que la *Mosca* salió avante en ceñida, como un potro retenido por corto durante demasiado tiempo. Y para colmo de sensaciones dichosas no parecía haber sufrido mermas la estructura por la varada a la tumba, que ningún lamento surgía de sus entrañas.

Aunque navegamos durante más de cuatro horas con diversas comprobaciones, comenzaba a decaer la tarde cuando largamos dos anclas frente al poblado de Santa Cruz de las Flores. Y ya en los últimos días comencé a comprobarla razón del nombre administrado, porque la isla se cubría como por encanto de flores en toda su superficie, como un gigantesco jardín flotando sobre la mar. Ya sólo nos restaba proceder a embarcar al personal del capitán Oliveira, 112 hombres, así como reponer aguada y embarcar los víveres ofrecidos, para partir hacia la isla de San Miguel. Y aunque hubiera decidido aproar hacia esa isla, suponía que de acuerdo con los plazos previstos por el comodoro Traylor en sus instrucciones ambas fragatas habrían emprendido el regreso a la Península varias semanas atrás. Pepe, por el contrario, mostraba su desacuerdo con el sistema.

—No comprendo cómo se han olvidado esos britanos de la *Mosca*. Formabas parte de su división.

—Bueno, es condición habitual en las operaciones de mar. Cuando se establece un punto de reunión con fecha y plazo máximo de espera hay que continuar llegado el momento. Muchos barcos se pierden en la mar y no es de ley posponer las operaciones porque alguno falte a la cita.

—Pero el general Teixeira debería preguntarse sobre sus hombres y el relevo previsto. Poco habría costado a la fragata *Diomedé* navegar unas pocas

millas más y comprobar qué ha podido suceder. No lo comprendo.

—Porque eres hombre de secano.

Aunque no deseara cargar la mano en aquel punto concreto, con relaciones entre aliados, alguna razón debía conceder a mi amigo portugués. Y de hecho había pensado en tal posibilidad durante las dos primeras semanas en la playa, cuando todavía sufríamos escasez de determinados bastimentos navales.

Pero ya era agua pasada y solamente pensaba en el feliz tornaviaje a la bahía gaditana.

Nos encontrábamos listos para salir a la mar cuando en la noche anterior a nuestra partida desde la isla Flores fue Pepe quien decidió ofrecernos una cena de despedida en tierra como jefe de la guarnición fija portuguesa. Y por los dioses que gozamos de una verdadera bacanal, entrados con carnes tiernas, pescados frescos y frutas de incomparable dulzura, un conjunto celestial para los que ya habíamos olvidado tan especiales sabores. No obstante fue allí cuando la margarita deshojó la nueva sorpresa. Porque una vez más, como en acción forzada por el caprichoso destino, todavía el artista no había rematado aquel cuadro de gozos y lamentos.

Comenzábamos los múltiples brindis por el éxito de la empresa, la recuperación de la corbeta, el futuro tornaviaje hacia Cádiz y cualquier detalle de esos que los generosos caldos alumbran en gritos patrióticos cuando arribó al modesto edificio de la capitanía un sargento en demanda de Pepe, que ya había tomado el mando de la guarnición. Como exigía su presencia con severa terquedad, acabó mi amigo portugués por abandonar la sala acondicionada de comedor con malos humores a la vista. Y pocos minutos después regresaba con una sonrisa cerrada en su semblante, cuyo significado no pude descifrar en los primeros momentos. Levantó los brazos pidiendo silencio para pasar a exponer una nueva información que cambiaría al vuelco los planes trazados.

—Queridos compañeros ibéricos, acabo de recibir una información muy interesante que debo transmitir de inmediato. Como sabéis se encuentran ordenadas y reguladas las patrullas por la isla, intentando dar la voz y evitar esos asentamientos de corsarios franceses, en los que, seamos sinceros, no creemos. La verdad es que, como me comentó Ramiro, tales vigilancias son esporádicas, por los escasos caminos a disposición y lo penoso de su tránsito, que alcanzan solamente las dos primeras bahías que se abren a levante y poniente. En la práctica, han sido los pesqueros quienes en un par de ocasiones avisaron de esa presencia francesa, aunque nunca en nuestras propias aguas. Pero ahora el caso es bien distinto.

Detuvo la narración, ampliando su sonrisa mientras acariciaba el mentón con su mano.

—Vamos, Pepe, acaba de una vez —achuché con impaciencia.

—Resulta que tres de nuestros soldados, en patrulla por la vereda de cabras que se abre hacia poniente, alcanzaron una loma que denominan El Mirador, utilizado normalmente como observatorio. Desde allí se divisa todo el contorno norte de la isla. Y fue en ese promontorio donde distinguieron la presencia de un buque, fondeado en la ensenada que llaman de las Conchas.

—Esa bahía, de regulares dimensiones, se encuentra tras doblar el cabo de Albarnaz —dijo el teniente Dias—, a legua y media por tierra.

—¿Un buque has dicho? —pregunté, interesado—. ¿Qué clase de buque? ¿De que nacionalidad? ¿Francés?

—Por fortuna, uno de los soldados era de cabeza avispada. Dejando a sus compañeros bien camuflados, se acercó hasta la playa. Algunos hombres acudían a la torrentera de aguas que revienta cerca de la ensenada, rellenando pequeños toneletes. Por fortuna, escuchó los gritos de quien los mandaba. Asegura que no es inglés ni español el idioma que hablaban. Y al explicarme el uniforme de quien debía ser su jefe no queda duda que se trata de franceses.

—Un buque francés a legua y media de aquí —repetía las palabras en voz queda.

—Por el camino de tierra. Por mar, como es necesario doblar las puntas del norte de la isla, es posible que esa distancia se duplique —corroboró Oliveira.

—¿Ofrecieron esos hombres algún detalle del buque? —volví a preguntar.

—Poco saben de mar nuestros soldados, salvo contadas excepciones, pero ya digo que ese soldado es inteligente. Como, según sus propias palabras, se le ofrecía a la vista su costado de la izquierda, que vosotros denomináis de babor, contó unos veinte cañones o alguno más.

—¡Una fragata francesa de 40 o 42 cañones! —el alférez de navío Ibarreche hablaba a voz en grito.

—Es muy posible que se trate de la misma jodida que nos chamuscó las crestas por alto en la niebla —corroboró Ordovás.

—No lo entiendo —intentaba aclarar mis pensamientos en alto—. Una fragata con un porte de 40 cañones o alguno más debe incorporar una dotación de trescientas almas como mínimo. Con esa potencia de fuego y tantos hombres a bordo le sería relativamente sencillo atacar Santa Cruz y hacerse fuerte en la isla.

—No suele ser esa una de las misiones habituales en los buques armados al corso, señor —apuntó Ibarreche—. Fondean en bahías solitarias para ofrecer descanso a sus hombres, llevar a cabo algún recorrido a bordo y reponer la aguada. Pero su cometido principal se centra en intentar dar caza a alguna unidad suelta, como cerca estuvieron de conseguir con nosotros.

—Es posible que sufrieran daños con nuestros disparos, también a tocapiños^[95].

—Pero necesitan víveres —insistí—. Su mejor camino sería arrasar Santa Cruz, tomar todo lo que encuentren a disposición y partir. Esa ha sido la táctica britana a lo largo de los siglos.

—Bueno, dejemos discusiones que a ningún punto conducen —saltó Pepe con decisión—. Aquí cerca tenemos una fragata francesa, posiblemente la que casi da con la *Mosca* en los reinos submarinos. ¿Vamos a dejar que acabe de hacer agua y siga jodiendo a las unidades aliadas?

—No ha volado tal consideración por mi cabeza —ahora era yo quien exhibía una sonrisa de complicidad—. Pero no será fácil acabar con una fragata de 40 cañones y más de 300 hombres de dotación, a no ser que... —callé mientras mi cerebro funcionaba con rapidez.

—Acabe esa frase, señor comandante, por favor —era Oliveira quien perdía la paciencia.

—Creo que mi buen amigo el comandante Leñanza quiere decir que debemos atacarla —Pepe acompañó sus palabras con un puñetazo sobre un trozo de pan que reventó en migajas—. Acabaremos con ella.

—¿Atacarla dice? —preguntaba Ibarreche—. ¿Con qué medios? La *Mosca* presenta escasa mordida contra esa fragata, que nos dobla en la artillería y con cañones de calibre muy superior.

—Podíamos llevar a cabo un ataque combinado —expuse con voz pausada—. Vamos a ver, señores del Ejército expertos en movimientos por tierra. ¿Podrían transportar las cuatro piezas de a doce de las que disponen hasta esa ensenada? —dirigía mi pregunta a Oliveira, que parecía ser el mejor conocedor de la isla.

—Es posible, desde luego, aunque nos llevaría una jornada completa y esforzada, abriendo trocha dura en algunos puntos.

—Bien, hagamos sitio en la mesa, por favor —aparté vasos y platos, hasta dejar limpia la superficie de madera cercana a mí—. Necesito que alguien me dibuje esa ensenada y su posición respecto a Santa Cruz.

—Teniente Dias, alcánceme un tizón de la cocina —dijo Oliveira con decisión.

Poco después, el capitán dibujaba la costa norte de la isla con bastante precisión. Desde Santa Cruz era necesario navegar al nordeste dos o tres millas, para doblar a continuación al poniente puro una similar distancia. Después, una vez traspuesto el cabo Albarnaz, se abría la ensenada de las Conchas. En total, unas siete millas aproximadamente de navegación. Una vez dibujado el perfil costero, trazó el camino que de forma directa se dirigía desde Santa Cruz por tierra. Por último situó la fragata en el sitio comunicado por el soldado.

—Todo suyo, comandante —me entregó el tizón con una ligera reverencia.

—Bien, ¿de qué fuerzas disponemos? —pregunté sin dirección.

—Unos 250 soldados portugueses, más los hombres de la *Mosca*, que rondan los 80 —declaraba Pepe—. Armamento portátil abundante, entre el de la corbeta y el aquí depositado. En cuanto a la artillería, los tres cañones de a 12 que hemos transportado, más uno de a 8 que se encontraba en la isla.

—Creo que olvidas algunos detalles de cierta importancia, amigo mío —insistí—. La *Mosca* dispone de 24 cañones, de calibres comprendidos entre a 18 y a 6.

—Se olvida de los obuses, señor —apremió Ordovás con gesto de triunfo.

—Es cierto. Se transportaron en la corbeta desde Tenerife hasta Cádiz, pero nunca acudieron a recogerlos del arsenal. Son dos obuses de 9 pulgadas, aunque solamente disponemos de 20 disparos para ellos, que pueden ser suficientes en una acción rápida. Pero olvidamos un factor que debe ser fundamental. Y me refiero a la armadilla que es posible alistar.

—¿Armadura? —preguntó Pepe—. ¿Te refieres a esas pequeñas lanchas que corren por los caños de Cádiz, armadas con un cañón, y que suelen joder al francés en cada revuelta de sus aguas?

—En efecto. En la Armada las hemos utilizado para atacar posiciones en tierra, como el sitio de Gibraltar que dio comienzo en 1779, pero también en acciones defensivas. Porque con ellas rechazamos los ataques de Nelson a la bahía gaditana y la escuadra en 1797. Y ahora han jugado un papel fundamental en la defensa de Cádiz contra los franceses. Empleamos toda embarcación menor capaz de montar un cañón de a 24.

—¿Un cañón de a 24 en una pequeña lancha? —preguntó el teniente Rodrigues con rostro de incredulidad.

—No sólo es posible, sino que con ellas he atacado personalmente a un bergantín inglés en la pasada guerra —contesté con orgullo—. No olvidemos

que en este puerto se encuentran seis embarcaciones en las que es fácil montar alguno de nuestros cañones.

—¿En los pesqueros? —era ahora Oliveira quien mostraba rostro adusto—. No sé si podemos obligarlos a exponer su único recurso de vida.

—Todo depende de que se les ofrezca una sustanciosa parte del botín.

—¿Qué botín? —preguntó Pepe—. ¿Piensas que esa fragata transporte monedas de oro?

—Llevará dinero en suficiente cantidad para comprar víveres, como todo buque. Además son muchísimos y variados los pertrechos estibados a bordo. Todo ello sin olvidar que una fragata es en sí misma un botín de extraordinario valor —exponía mis argumentos con convicción.

—Bueno, esos pescadores serían fáciles de convencer y en caso contrario podemos alegar necesidad de guerra —aclaró Pepe—. Como decías, si la fragata gabacha se decidiera por entrar en Santa Cruz barrería esas embarcaciones. Pero ¿cómo podemos atacarla?

—Aunque debemos discutirlo con detalle, creo que sería posible si empleamos todos nuestros medios con habilidad y basados en el factor sorpresa, que es el aspecto primero y fundamental. Todo ello si se aguantan el tiempo necesario en esa bahía. El ataque artillero se llevaría a cabo con los cuatro cañones de campaña y los dos obuses transportados por tierra, de forma que alcancen la ensenada de noche y puedan ser situados en situación conveniente. Si continúa este viento del nordeste, la fragata se les aparecerá de través. Por mi parte, la *Mosca* atacará de enfilada por la banda de babor, a besar su coronamiento^[96].

—¿Qué quiere decir con atacar de enfilada? —preguntó Oliveira.

—La *Mosca* navegará perpendicular a la fragata, de forma que todos los cañones de una banda disparen tomándola de popa hacia proa, mientras ellos no los pueden utilizar. Además, si negamos a escasos metros, destrozaremos toda su popa, con las ventajas consiguientes.

—¿Ventajas?

—Si hacemos añicos su popa, tras ser cañoneada en corrido por todas nuestras piezas de babor, la fragata quedará sin gobierno, porque la pala de su timón allí se encuentra. Además, es muy probable que caigan la mayor parte de los oficiales que en esa zona del buque se alojan. Siempre protestamos de esa orden tan escasamente caballeresca que se suele dar a los soldados enramados en las jarcias con sus armas, de disparar contra las casacas, es decir, contra los oficiales y estado mayor que suelen encontrarse en el alcázar. Pero es táctica utilizada en todas las marinas y muy efectiva, porque sin

oficiales un barco se rinde con bastante rapidez. Bueno, olvidaba decir que mi idea es atacar de noche, desde luego. Como ayer la luna se encontraba en cuarto menguante, dentro de un par de días presentará un gajo sencillo, escasa luz que viene bien para la sorpresa, así como suficiente para maniobrar y disparar.

Se hizo el silencio, como si todos repasaran mis palabras en sus cerebros. Pepe fue el primero en disparar preguntas.

—¿Y los pesqueros? ¿De dónde piensas sacar los cañones que se han de instalar en ellos?

—Como he dicho, si ataco de enfilada por babor, sólo podré utilizar los cañones de esa banda. Bueno, alguno de los que se encuentran a estribor, en la cubierta del alcázar y el castillo, pueden pasar a la banda contraria y aumentar la potencia de fuego. De todas formas, me sobrarán cañones suficientes para armar esos pesqueros y mi lancha. Además, los botes de remo que he observado en el puerto, siempre que la mar se mantenga en trazas, los utilizaremos para el transporte de los soldados que allí quepan. Serán embarcados hasta la ensenada en la corbeta *Mosca*.

—¿Piensa pasar al abordaje? —ahora era Oliveira quien parecía interesado y nervioso.

—Por supuesto. Atacaremos con artillería y armamento portátil a un mismo tiempo, desde la corbeta, las unidades menores armadas con cañón y las piezas instaladas en tierra. A continuación, los hombres de las lanchas, más los de los botes y todos los que embarque en la *Mosca*, pasaremos a la fragata, una vez amarrados con arpeos, para dar el golpe final. Por esa razón no pienso utilizar los 15 frascos de fuego que mantengo a bordo. Podrían calentar nuestras propias carnes. Bueno, parece muy fácil dicho así, pero será peligroso y podemos perder bastantes hombres, teniendo en cuenta su elevado número, aunque la sorpresa y el despertar en la noche los confunda muy por alto. Y pocos puedo perder yo, si quiero marinar esta corbeta hasta Cádiz. Pero es una buena oportunidad de tomarles la fragata a esos gabachos que casi me envían a dormir con el dios Neptuno. Es una decisión difícil de tomar. Por mi parte, la *Mosca* está dispuesta y a vuestra disposición para esta operación conjunta hispano-portuguesa.

De nuevo se hizo el silencio, ahora denso como humareda. Percibía los nervios abiertos en los jóvenes oficiales. Estaba seguro de que sus pensamientos se centraban en la ocasión de batir al francés. Y el rostro de Pepe era como una carta de marear para mí, por lo que no me extrañó escuchar sus palabras.

—Bien, como soy la máxima autoridad portuguesa en esta isla de las Flores, si el comandante de la corbeta española está dispuesto a llevar a cabo esa operación que veo factible me apunto a luchar con mis hombres. ¿Qué opinas, Oliveira?

—Lo mismo que tú. Esa fragata no se puede marchar de rositas una vez holladas nuestras aguas. Además tiene razón el comandante Leñanza. En el momento que le apetezca puede entrar en esta bahía, cañonear el poblado con comodidad y sin oposición, desembarcar sus hombres y arrasar con todo lo que encuentre a su paso. Y no debemos olvidar que esa es precisamente la misión por la que se han distribuido tropas portuguesas en el archipiélago.

—¿Cuándo atacamos? —ahora Pepe parecía desear entrar en acción cuanto antes.

—Mientras seguimos depurando el plan, mañana deberán armarse los pesqueros y la lancha con los cañones de la *Mosca*. Y si estáis de acuerdo, en las primeras horas deberían salir las tropas que van a transportar los cañones de campaña hasta la ensenada. En cuanto a los dos obuses, deberían acoplarse a un carro y no conozco las posibilidades que...

—Eso no es problema y lo haríamos esta noche. Estamos acostumbrados a mover trenes de artillería en apoyo —sentenció Oliveira.

—Pues no hay nada más que decir —Pepe parecía eufórico—. Atacaremos mañana en la noche.

—Creo más adecuada la noche del día siguiente —dije con decisión, dejando claro que tomaba el mando como oficial más antiguo presente—. Malas son las prisas, tanto en paz como en guerra. Han de llegar esos cañones a la ensenada, deberemos armar las lanchas y que los artilleros se manejen bien con las piezas. Además hemos de perfilar nuestro plan.

—De acuerdo. En ese caso, atacaremos en la noche del séptimo día de mayo —sentenció Pepe—. Brindemos por el éxito del combate y que esa puta fragata acabe en el fondo del mar.

—Es más productiva si cae en nuestras manos con los menores daños posibles —alegué entre risas—. Un hermoso botín.

—Pareces un oficial inglés —Pepe reía—. Bueno, pues brindemos para que la tomemos intacta.

—Si la mar lo permite —volví a intervenir, evitando una vez más que Pepe comenzara a beber.

—¿Me vas a dejar brindar de una putañera vez, como decís en vuestra tierra, comandante español?

Ahora ya todos rompieron en risas, mientras bebíamos con placer. Sin embargo siempre he mantenido la cabeza fría y era consciente de lo mucho que arriesgaba en aquel emite. No era pequeña la moscarda de luchar contra una fragata de 40 cañones y más de 300 hombres a bordo. Y si la *Mosca* quedaba muy herida o en el peor de los casos acababa apresada, podía olvidarme de saber la suerte corrida por los míos. Ayudado por el aguardiente una vez más logré desechar tales pensamientos. Después de todo por encima de familias y problemas particulares estaba la Armada y esa guerra que nevábamos a cabo por mantenernos libres de la bota extranjera. Debíamos chamuscar los bigotes de los gabachos y por todas las zorronas de Argel que la corbeta *Mosca* bajo mi mando lo intentaría.

22. La mar cambiante

Una vez a bordo, aunque el último cuarto de luna ofreciera una pobre iluminación, cuando las nubes en rifadas se lo permitían, me dediqué a observar el latino en toda su extensión y con detalle. La verdad es que se trataba de una embarcación sencilla pero robusta, con su costado forrado a tingladillo y el bordo suficientemente alto. En el centro de su falsa cubierta incorporaba un tambucho plano, a modo de tejadillo, que daba paso a un espacio reducido pero protegido de las inclemencias de viento y mar. Me alegró descubrir esta condición, porque sin dudarlo era el sitio perfecto para que se instalaran en él con cierta seguridad mujeres y niños. Como tampoco en el exterior se ofrecían puntos de apoyo seguro decidí que Simón las acompañara en el reducto. Y para convencerlo debí incidir con energía en la necesidad de que les mostrara su apoyo, porque el anciano se negaba en redondo a disfrutar de tal prerrogativa.

En cuanto al aparejo, también era de extrema sencillez. Disponía de un palo con suficiente inclinación a proa, en el que se izaba la antena, donde se envergaba la vela triangular de gran tamaño en proporción a su eslora. Su proa alzada y el hecho de que dispusiera de cuarenta y dos palmos^[97] me tranquilizaba lo suficiente, porque sabía que esos vasos eran capaces de aguantar mucha mar. La única nota negativa a la vista era el pésimo estado de su cabuyería, incluidos obenques y drizas, aunque el patrón asegurara por baño su seguridad.

Una vez instalados a bordo, con la familia y Simón bien apretados en la camarilla, Pedrito, que así denominaba el padre a su hijo mayor, fue el encargado de cobrar el rezón a mano y sin aparente esfuerzo hasta quedar estibado como espolón a proa. Poco después izamos la vela latina al copo, porque con rebujear la caña al tiento el latino fue capaz de tomar de forma alegre una proa hacia levante. El viento, que se fuera tendiendo con pereza del leste hacia el norte, entraba frescachón de fuerza, condición que poco me

agradaba. Y no hablo por mi propia situación, consciente de que aquella navegación se podía alargar con las necesarias bordadas, sino por las mujeres que notarían la fuerza de las olas con incómodos bandazos. Por esa razón les había avisado de la necesidad de atracarse bien unas contra otras, así como mantener a los niños tomados en firme. Pedro me dio la razón.

—Hace bien en establecerles dicha recomendación. En cuando intentemos bolinear al máximo podemos tomar bandazos de orden.

—Ya lo suponía. No crea, que ya comprobé en bastantes ocasiones de lo que es capaz la mar en ese particular aspecto y con embarcaciones de tres palos. A bordo del navío *San Fulgencio*, bajo el mando de don Antonio de Escaño, navegando desde Tolón a Cerdeña, en uno de los tremendos bandazos que sufrió el buque con el ventarrón ajustado y la mar abierta siete cuartas el capellán don Damián Cifuentes fue lanzado de una a otra amurada, pereciendo en el acto por los golpes recibidos en la cabeza. Y no acabó ahí la faena, que hasta el propio comandante, atento en el alcázar, era alcanzado por una chibera destrincada en vuelo libre. El golpe fue de tal magnitud que medio perdido el conocimiento, con magulladuras en pecho y piernas, debió ser recluido en su camarote.

—Le creo, señor. Y parece cuestión imposible de creer al observar esos majestuosos navíos en la mar. Cuando este bendito Mediterráneo entra por brevas maduras y con esas olas cortas que no te conceden tiempo a respirar, ya me gustaría ver a los pesqueros de las costas del Norte. Bien, si le parece vamos a ver cómo tomamos la mar con la bolina a tope.

—Avante, patrón, que lo necesitamos.

Como la dirección del viento nos impedía una derrota directa desde la bahía de Mazarrón hasta Cartagena, imposibilitada esa primera idea mía de atracarnos a la costa y barajarla al palmo hacia el norte, Pedro se aprió en firme al levante en una primera bordada. Ahora medía con tiento sus movimientos y manejaba la caña para conseguir navegar contra el viento, hasta formar el menor ángulo posible, esa acción que se suele denominar en la Armada como ceñida de ángeles. Gracias a que ya el soplo acababa por centrarse en nortada pura, el latino consiguió alcanzar un rumbo del nordeste cuarta al este, metiendo la proa con fuerza en la mar, unas olas generosas que comenzaron a barrernos sin misericordia. Un primer bandazo de fuerza me hizo recordar a las mujeres, por lo que acudí a su reducto para tranquilizarlas.

—Tomaremos bandazos pronunciados, pero no debéis preocuparos porque así es la mar. Apretaos bien unas contra otras hasta formar un cuerpo

común. Y rondaré la escotilla con una loneta para que no os entre una gota de agua.

—Tengo miedo, Beto —comentó la joven Cristina, cercana al sollozo—. Y siento el estómago en revuelto con estos movimientos. No nos hundiremos, ¿verdad?

—No temas, niña, que este barquito es insubmersible. Además, estáis en buenas manos —intenté ofrecer una sonrisa sincera—. Y si el estómago os lo pide podéis largar el último bocado en esas dos bolsas que os proporcioné. Siento que paséis unas horas malas, pero no hay más remedio.

—No te preocupes por nosotras —alegó María Antonia—. Tú llévanos a Cartagena cuanto antes, que aquí nos mantendremos fuertes.

Simón se mantenía en silencio. Y aunque la escasa iluminación me impidiera comprobar su rostro, lo imaginaba blanco como la cera, mientras se acolchaba hacia popa. Sufría en mis adentros por las mujeres, que su bautizo de mar no era de los de navegación galana. Pero por todos los cristos que prefería moverme entre olas alzadas en ampollas que andar por esos caminos de grava huyendo del francés.

A las dos horas de navegar hacia fuera, Pedro intentó la primera virada que cubrió con facilidad, aunque a partir de entonces debiéramos navegar a la mala, con la antena en machete sobre el palo. De nuevo calibró con la caña para alcanzar la bolina adecuada, posiblemente con la proa hacia el cabo Tiñoso. Y hablo de rumbos posibles porque la aguja del bote era de cuadrantes y oscilando por más, mientras ya la luna andaba al cierre y no podíamos observar siquiera la línea de la costa. Pero no cuadraban las condiciones al gusto, ni mucho menos. En la tercera hora ya el viento entraba en turbonadas de cascarrón, lo que provocó un comentario de Pedro, que como buen hombre de mar alargaba sus silencios con la vista perdida en las olas.

—Vamos a peor con claridad, señor. Maldito sea el dios Eolo con sus soplidos de muerte a destiempo. Voy a tomar una faja a la latina porque ya es mucha la presión. Y mucho me temo que acabemos con todos los rizos a la mano y el piquito asomando la cresta.

—Lo comprendo, Pedro. Si por desgracia siguiera aumentando a malas, ¿cómo suele correr el temporal en este latino?

—En estas condiciones, con el mínimo trapo bien cazado y dejándome llevar a donde el viento y la mar estimen oportuno. El pasado año me alcanzó un ventarrón del norte en sorpresa y anduve cuatro días metido en espuma. Si

llega a durar alguna jornada más, habría alcanzado las mismas costas de la Berbería.

—Menos mal que en estos días no mantenemos problemas con esas regencias del norte africano —hablaba con soniquete burlón, aunque no despreciara tal posibilidad.

—Poco fío en esos jenízaros del demonio. Espero que no lleguemos a tanto.

—Llegado el caso, los defenderé como merecen.

Era Miguelillo, quien a pesar de mi orden para trincarse al plan y no estorbar las maniobras observaba todo con interés e intentaba mostrar su arrojo. Por su parte Pedrito tomaba la primera faja a la vela latina una vez escuchadas las palabras del padre, situación que aminoró en parte los balances que ya alcanzaban números altos. Seguía sufriendo por las mujeres, aunque en verdad gozaba con aquella lucha entablada. Porque todo en la mar es relativo y lo que en un navío de tres puentes se estima como marejada gruesa, en un pequeño latino mediterráneo puede llegar a considerarse como temporal de blancas, sin que ninguno mintiera en sus observaciones.

Todavía se escondía el crepúsculo cuando Pedro metió la caña hacia fuera, momento en el que ordenó a su hijo tomar la segunda faja. En esta ocasión no comentó tal medida, aunque la estimara de orden en mis pensamientos. El ventarrón entraba ahora con claridad, una nortada de las de rosca y ciento que hacía vibrar al *Potrillo* cuando elevaba su proa sobre las olas. La mar se levantaba en crestas blancas y por desgracia todo apuntaba a un temporal del norte sin remisión. Escuché la recia voz del patrón entre las rachas del viento y el gualdrapeo esporádico de la latina.

—Más nos valía haber quedado en tierra junto al fuego y con una frasca de vino a disposición, señor —creí entender un tinte de humor en sus palabras—. Era de prever esta situación con el cambio habido a lo largo del día. Pero mucho tira el oro en doblones.

—También yo estimaba esta situación como posible. Pero con sinceridad no es habitual que del norte entre la rosca con tanta rapidez. Creía posible arrimarnos a Cartagena o tomar el socaire de su bahía. En el golfo de León deben sufrir en estos momentos olas de muerte, que mucho se alargan sus faldas.

—Hemos dado dos pantocazos peligrosos y algunos balances cobran por más. Si aumenta un solo grado la negra acabaré por virar, quedando con el piquito al aire y la aleta abierta a la mar. Tendremos que navegar hacia el sur, alejándonos de su destino.

—Lo comprendo, Pedro. En la mar la primera consideración a tener en cuenta es la seguridad del buque y en su caso obraría de la misma forma.

Comenzaba a clarear por levante cuando un bandazo hizo rodar a Pedrito en la proa. Y no se perdió el mozo entre las olas porque una de sus manos se asió de un obenque como garfio de muerte. Pero fue el momento de la decisión final. El padre acabó por virar hasta manejar la caña buscando la proa más cómoda para correr por el anca aquel temporal, ya abierto en luces sin discusión. De esta forma estimé que debíamos andar con un rumbo aproximado de sudoeste cuarta al sur, alejándonos de nuestro destino sin remedio. Navegábamos con la mínima vela y muy cobrada, así como los dos remos dispuestos a las bandas, por si era necesaria alguna variación de urgencia o frenar la marcha con cabo y madera.

Dos días completos nos mantuvimos en aquella terrible situación. Como mi mujer recordaría durante muchos años pareció vivir una eternidad de espanto y tinieblas. Sin embargo es de ley reconocer que el *Potrillo* corría el temporal dejándose ir al gusto con la mar y el viento, un sistema jamás utilizado en mis años de embarque. Por fortuna, en ningún momento vi peligrar nuestra seguridad, porque como me adelantara Pedro en tierra el latino desembarcaba toda el agua con facilidad por las portañuelas y flotaba sobre las olas como coca antigua. Sin embargo mucho sufría cuando acudía para reconfortar a las mujeres y al viejo Simón, incapaces ya de mantener la cabeza fría, con el mal de la mar atacando a fondo estómago y cerebros, mientras elevaban unos gemidos que me cortaban el alma. Les ofrecía palabras de consuelo que en poco las ayudaban, al punto de observar en sus miradas el deseo de luchar contra el francés en tierra antes de continuar sufriendo aquella espantosa experiencia. Y como era de esperar dejaron de creer en mis promesas de rápida mejora.

Como por fortuna para bien o para mal todo se remata en esta vida amanecía en sucio nuestro cuarto día de mar cuando cerrados los cielos en negro sufrimos de improviso el diluvio universal. Durante media hora larga, las nubes decidieron centrar su descarga a muerte sobre el *Potrillo*, que allí parecían desaguar todas al tiempo sin freno. No obstante me sentí feliz, aunque el agua de los cielos nos empapara hasta las fosas nasales. Los muchos días de mar me hacían comprender aquella circunstancia como bendita y que con toda probabilidad suponía el fin de nuestros padecimientos. Y cual bálsamo milagroso, unas horas después comenzaba a amainar el viento a cuentas rápidas, por mucho que la marea se mantuviera en las mismas cuerdas y el *Potrillo* sufriera su masaje en parecidas condiciones.

—Parece que nos han pasado por encima las barbas de Eolo, señor — Pedro elevaba la primera sonrisa en muchas horas—. Ya le dije que este *Potrillo* era de raza, capaz de soportar grandes marejadas y olas en ampollas como las que hemos sufrido en los dos últimos días. Dentro de poco podremos navegar al gusto.

—Estoy de acuerdo con usted. Ya nos pasó la manta por los cuernos. Por desgracia hemos debido abatir muchas leguas.

—Cuando le comenté lo de las costas de Berbería no exageraba una onza. Por fortuna no se alargó tanto esta cordada. Es posible que nos encontremos a la altura del cabo de Gata, y lo veremos cuando salga el sol, porque si no yerro hemos debido derivar hacia el sur-sudoeste.

—También muestro mi acuerdo en esa consideración. Esta ligera navegación desde la bahía mazarronera hasta Cartagena se ha alargado un poco.

—Ya se sabe que la mar decide en su terreno sin aceptar recomendaciones y acaba por comerse a quien así no lo entienda. Deberá reconocer que el *Potrillo* se ha ganado esos doblones con justicia.

—En efecto. Y puede estar seguro de que lo recompensaré como se merece por estas leguas de más.

—En ese caso —ahora ya sonreía con franqueza—, daré por bueno este bendito temporal.

Tal y como suponíamos, cuando el sol intentaba sacar cuerpo entre las nubes, cayó el viento a fresco, tendiendo al levante, mientras la mar bajaba las crestas y dejaba su rescoldo habitual. Como se observaba la línea de costa por el oeste, Pedro enmendó el rumbo a tientos hasta quedar aproados al noroeste, intentando reconocer a la vista esa línea de costa todavía en gris y de contornos difusos. Para consolar a las mujeres una vez más retiré la lona y abrí el tambucho, sintiendo una oleada de espantoso olor a regurgitación y podredumbre. Demacradas de cara, mostraban trazas más propias del preso encerrado varias semanas en celda de castigo. Intenté animarlas.

—Ya ha pasado el temporal y podremos navegar con cierta comodidad. Ahora debéis comer un poco de queso y beber agua.

—Querido Beto —María Antonia me miraba a los ojos—. Debo declarar que ahora os admiro más a los hombres de mar. Estoy segura de que estas niñas jamás han sufrido una situación parecida. Como en mi caso debí pasar al Virreinato del Perú de joven y atravesé ese terrible cabo del cono sur, ya tenía alguna experiencia. Pero debo reconocer que he sufrido verdadero

miedo, especialmente la segunda noche, cuando parecíamos juguetes de esa negra mar que nos comía con olas blancas.

—Si me es posible, juro por todos los santos que jamás volveré a pisar una embarcación —Rosalía hablaba con seriedad y convencimiento.

—Como os decía, ya pasó lo malo. Debéis animar el semblante, que pronto os encontraréis en tierra.

—¿Cuándo? —preguntó Cristina.

—Bueno, eso no puedo decirlo con exactitud. Derivamos bastante hacia el sur y hemos de recuperar terreno. Pero os aseguro que debéis olvidar cualquier preocupación.

—Llévanos a tierra, por favor —otra vez Rosalía entraba en dolorosa rogativa.

—Lo haremos pronto, querida —mentí con una sonrisa—. Y anime esa cara, Simón. Poco se parece esto a sus montañas.

—Este no es mi terreno, señor. Sobre las aguas regreso a la más tierna infancia. Prefiero ventisca de muerte o cualquier otro desahogo del Maligno en tierra firme que unas pocas horas sobre esta mar que alcanza el infinito y más allá, hasta caer en las brasas del infierno.

Por fortuna aquellas palabras del anciano, dictadas con especial solemnidad, hicieron sonreír a las mujeres. Cuando regresé a popa, Pedro oteaba la costa mientras ya el *Potrillo* se movía con soltura y toda la vela latina largada a los vientos.

—Poco erré, señor. Aunque no se avista con claridad, juraría que allí se abre el cabo de Gata. Hemos de navegar bastantes millas todavía hasta su destino.

—Y el viento continúa tendiéndose en tontoneo, ahora hacia el sudeste.

—Pero no suele quedar entablado en jaloque^[98] mucho tiempo, que ese viento por estas costas es como mujer casquivana y se muda con facilidad. Para mí que acabaremos metidos en lebeche fresco, circunstancia que en nuestra situación es de agradecer a los cielos.

—Y yo lo firmaré sin dudarlo.

Una vez reconocida la costa almeriense, decidimos navegar bien atracados a ella y seguir su perfil en vuelta hacia nuestro destino. Las mujeres salieron a cubierta para respirar, al tiempo que se abrían las trampillas del tambucho para ventilar su carcelario reducto. Y fue en aquella situación cuando Pedrito nos transmitió una noticia que en los primeros momentos creó un ligero desconcierto a bordo.

—Padre, tenemos una vela por la amura de estribor. Parece que su proa se dirige hacia nosotros.

—En efecto —el padre dirigía su mirada en la dirección marcada por Pedrito—. Después de este penoso temporal sólo faltaría toparnos con un corsario francés para rematar la faena en negro. Ya sería mala suerte, especialmente para ustedes que han escapado de ellos por tierra y en la mar esperaban encontrar la libertad.

—Con sinceridad, no lo creo. Son escasos esos corsarios —aseguré mientras intentaba distinguir el aparejo del buque en la distancia, echando de menos uno de los anteojos que normalmente utilizábamos en los buques de la Armada—. Los gabachos han basado sus buques al corso en Málaga y atacan el tráfico costero desde esa bahía hacia el estrecho.

—Pues ese bujarrón mantiene su proa muy en firme hacia nosotros —insistía Pedrito.

—¿Un barco francés contra nosotros? —musitó Eugenia con temor en sus palabras—. ¿No decías que la mar era nuestra, Beto?

—Y así es. Si se trata de un buque español o britano con destino hacia Cádiz es normal que lleve ese rumbo para doblar el cabo de Gata.

—¿Hacia Cádiz? —preguntó María Antonia, como si hubiese escuchado una buena noticia—. Pues si se trata de un buque de la Real Armada con ese puerto de destino, pídele que nos lleve con él.

—¿A Cádiz? —me sorprendió aquella inesperada petición—. Debes recordar que se trata de ciudad sitiada por los franceses. La recomendación impuesta era llevar a las familias principales hacia las islas Baleares y...

—Olvida las recomendaciones, por favor. Dijiste que el sitio de Cádiz estaba bien controlado y nunca pisaría la bota francesa esa bendita tierra. Recuerda que allí poseemos un precioso palacio en la calle de la Amargura, donde hemos vivido todos en numerosas ocasiones.

—Siempre recordaré ese palacete con especial cariño, madre —dijo Rosalía con tono de esperanza—. Allí pasamos momentos inolvidables.

—Y a él regresaremos si ese buque es amigo y accede a nuestra petición, como que me llamo María Antonia de los Gavilanes y Fernández de Istúriz.

—Debéis tener en cuenta otro factor de importancia —insistí—. Es muy posible que la ciudad sea bombardeada por los franceses.

—También sufrimos las bombas de los ingleses cuando ese almirante Nelson fracasó en sus ataques contra Cádiz con aquellos bombos malditos en junio del 1797. Precisamente en aquellos días, una bala mosquetera mató a tu padre, niña mía —María Antonia se dirigía hacia su hija Cristina con cariño

—. Mira, Beto, estas jóvenes no pueden continuar varios días más en estas penosas condiciones, si hay posibilidad de remediarlo. Rosalía ha perdido casi toda su leche con el maldito temporal y el niño la necesita.

—De acuerdo, creo que tienes razón. Pedro —me giré hacia el patrón—, aproe franco hacia ese buque, sea quien sea. Muy mala debería ser la suerte para que topemos con un gabacho al corso.

Continué observando la silueta de aquella unidad que se agigantaba poco a poco en el horizonte. Y media hora después comencé a sentir cierto alivio en las venas creyendo descubrir en su perfil detalles conocidos.

—Apostaría una de mis manos a que se trata de un bergantín y muy posiblemente español.

—¿Un bergantín español? —preguntó Eugenia con esperanza—. ¿Cómo aquel *Penélope* que os llevó a *Gigante* y a ti hasta las Indias?

—En efecto. Entiendo que es español porque de esas unidades no disponen los britanos por estas costas y tampoco los franceses, a no ser que hayan incorporado alguna en los últimos meses. Debe ser de los que establecimos en crucero permanente y regresa hacia Cádiz desde las Baleares o Cartagena.

—¿Querrá llevarnos hacia Cádiz? —volvía a preguntar María Eugenia.

—Si es de la Real Armada, no lo dudes.

Continuamos ambas unidades a rumbos encontrados. Y cuando ya el sol había cruzado la meridiana, las nubes se batían en retirada y la mar calmaba sus crestas al gusto, no me quedaba duda alguna.

—Se trata con seguridad de uno de nuestros bergantines —exclamé con alegría—. Bueno, ahora no puede restar duda alguna porque observo como acaba de izar el pabellón de la España libre. Bendita sea Nuestra Señora del Rosario, que no las tenía todas conmigo.

—¿No decías que a veces se izan banderas distintas a las propias para engañar al enemigo? —preguntó Eugenia, que recordaba demasiados detalles de nuestras historias.

—Esa es una táctica utilizada a menudo por los britanos. No creo que sea el caso.

Cuando ya la distancia era de media milla, comenzamos a orear lonas en su dirección, clara señal de que necesitábamos su auxilio. Y poco después negaba a nuestra altura, momento en el que arriamos la latina y el bergantín facheaba para no avanzar una pulgada. Quedamos asidos a uno de sus cabos por la banda de estribor, momento en el que un joven alférez de fragata nos daba la voz.

—¿Necesitan auxilio?

—Soy el teniente de navío Pignatti en misión especial ordenada por el teniente general Escaño, miembro del Consejo Supremo de Regencia —lancé todos los oros al cesto, que no era cosa de pasar bajo la moscarda—. Necesito hablar con el comandante para embarcar con estas señoras y dos paisanos en su buque.

—Un momento, señor, que aviso al comandante.

Fueron necesarias pocas palabras para que el *Palomo*, que ese era el nombre del bergantín, arriara el portalón de nuestra banda. Se trataba de una medida necesaria si queríamos embarcar a las mujeres con cierta seguridad, aunque todavía la marea bailara en exceso. Fue el momento de despedirme de aquel buen hombre de mar con quien habíamos vivido una negra experiencia sobre las aguas.

—Siempre le estaré agradecido, Pedro. Quiero que acepte este aumento en el precio establecido —le hice entrega de cinco doblones más—. Espero que beguen sin novedad a su bahía.

—Con estas monedas la alcanzaré en vuelo de alcatraz —sonreía de placer—. Pero aparte de esta pequeña fortuna que aclara mi vida debo declararle en sinceros que he disfrutado a su lado, señor. Los hombres de mar siempre se entienden entre sí, aunque nos separen muchos escalones. Ya sabe dónde tiene un amigo y fiel servidor.

—Lo mismo le digo.

Tras ofrecerles un sincero abrazo a padre e hijo, trepé por el portalón con rapidez. Lancé una última mirada hacia el *Potrillo* desde la meseta, una muesca más a grabar en mi vida de mar. Y fue dicha eterna pisar la cubierta del bergantín, momento en el que el comandante se presentaba con inesperados honores.

—Aunque ande con trazas de campesino a la vista, señor, lo reconozco y quedo a sus órdenes. Bienvenido al bergantín *Palomo*. Se presenta ante vos el teniente de fragata Diego Quevedo. Supongo que me recordará de cuando coincidimos a bordo de la fragata *Matilde*, aunque fuera por entonces un simple guardiamarina.

—Claro que sí, Quevedo. Y mucho me alegro de verle. Le agradezco que aceptara embarcar a las mujeres sin más comprobaciones. Huimos de los franceses desde hace bastantes días y embarcamos en la bahía de Mazarrón a bordo de ese latino. Sufrimos el temporal, que también habrá rasgado alguna vela del bergantín, y nos arrastró hasta aquí cuando deseaba llegar a Cartagena. El anciano y su nieto son dos servidores fieles, sin cuyo concurso

no habríamos podido escapar de las garras gabachas. Ya sabe que se ordenó el traslado de familias principales hacia las islas Baleares, por si la plaza cae en manos francesas.

—Su familia también es bienvenida a bordo. En cuanto al anciano y el joven, los inscribiré como criados particulares a su servicio. Pero he de seguir derrota hacia Cádiz, porque —bajó el tono de su voz en clara confianza— llevo a un importante personaje a bordo, con una muy especial misión.

—Pues sigamos la navegación a Cádiz. ¿Qué personaje tan importante lleva a bordo?

—Prefiero que continuemos la conversación en mi cámara, si le parece bien, donde ya se encuentran las señoras.

—Desde luego.

Seguí los pasos del comandante por la cubierta, intrigado por aquellas misteriosas palabras. Y la sorpresa fue grande al comprobar quién se encontraba a bordo y la misión impuesta. No era más que una de las habituales jugarretas del destino, que se cruza en las vidas al gusto. Porque tiempo después, también yo me vi involucrado en aquella marea.

* * *

Cuando alcanzamos la cámara del comandante y entramos en ella, me sorprendió encontrar a María Eugenia en animada conversación con un señor ricamente vestido y de nobles trazas. El comandante intentó las necesarias explicaciones, dado mi aspecto poco acorde a la situación.

—Señor marqués, tengo el honor de presentarle al teniente de navío de la Real Armada Adalberto Pignatti. No debe confundirle su vestimenta...

—Ya le he explicado a mi buen amigo Jordán nuestra situación, al tiempo que me disculpaba por nuestro aspecto. Estoy segura de que debemos parecer cadáveres salidos del camposanto —era María Antonia la que hablaba con soltura y buen humor—. Poco yerra el proverbio cuando asegura que el mundo es un pequeño pañuelo. Resulta que el padre de Jordán, segundo marqués de Ayerbe, era un buen amigo del mío. Después, una vez casada, coincidimos en bastantes reuniones y saraos por la Corte.

—Así es. Pero debo recalcar como merece que a pesar de la antigua amistad entre nuestras familias me unió después un elevado respeto y admiración por su primer esposo. Cómo olvidar al genial Santiago de Cisneros, duque de Montefrío. Pequeño de cuerpo pero inmenso de cerebro y valentía. Era el centro de todo recibo. Mucho me alegro de que hayamos

podido rematar con fortuna esa extraordinaria aventura que he escuchado de su boca, María Antonia, en la que han sufrido terribles trances de forma indigna. Aunque sean palabras poco adecuadas ante compañía tan elegida, maldigo a esos franceses que desean arruinar nuestra España y la verdadera monarquía.

—También yo los he maldecido en demasiadas ocasiones, con peligro de perder mi alma. Pero ya sabe, Jordán, mi habitual curiosidad. ¿Qué hacéis a bordo de un bergantín? Os creía al servicio de nuestro señor don Fernando.

—Es una larga historia, señora mía, y con tintes de necesaria..., de necesaria confianza —parecía dudar al pronunciar sus palabras.

—Vamos, buen amigo, que en esta cámara todos somos fieles a la Corona y no sospechosos de afrancesamiento. Podéis hablar con entera libertad, si no existe alguna imposición superior. Cuéntenos esa misión, que presumo muy interesante.

—Bien, espero de la necesaria discreción en las señoras y en el teniente de navío Pignatti, porque todo lo que diga en esta cámara debe quedar. Como dice mi muy querida amiga, soy Jordán de Urríes, tercer marqués de Ayerbe. Desde muy joven entré al servicio del entonces príncipe de Asturias, don Fernando. Con él viví los peores y más indignos momentos de nuestra historia, que de todos son conocidos, con el maléfico valido Godoy, cuyo nombre debemos desterrar para siempre, que llevó a las más altas dignidades de nuestra Corte a niveles de indecorosa desvergüenza.

—Nadie duda de esa aseveración, señor —me atreví a intervenir.

—Cuando los sucesos de Aranjuez y la proclamación de don Fernando el Séptimo como rey fui nombrado su mayordomo mayor. Junto a él viví aquellos primeros y complicados días en Palacio, con el prepotente duque de Berg instalado en Madrid. Por desgracia, cayó nuestro señor en la celada cuando se adelantó a recibir al emperador y acabamos en Bayona. Presencí la más vergonzosa de las sesiones con las presiones de don Carlos y el valido prepotente a la sombra, más la indigna maniobra de ese Bonaparte, que Dios confunda pronto en las tinieblas por el bien del mundo. Acompañé a nuestro señor en su destierro de Valençay. Y desde el primer momento..., desde el primer día me empeñé en encontrar una posible solución, la forma de que don Fernando pudiera regresar a su patria y regir los destinos de la España libre. Por desgracia y como nos rodeaban espías y delatores, los franceses sospecharon de mi conducta y fui expulsado en abril de 1809, que de esa forma tratan a los fieles de Su Majestad sin dilaciones. Regresé a España y seguí los avatares de la Junta Central. Estando en Sevilla, mantuve una

conferencia con el secretario de Estado y del Despacho de Marina^[99], don Antonio de Escaño.

—Lo recuerdo con detalle, señor. Tanto el marido de Eugenia, conde de Tarfí, como yo estábamos a sus órdenes como ayudantes.

—Es cierto y ahora le recuerdo, aunque cueste con esa vestimenta a la que se vio obligado. Tenía razón mi amiga al asegurar la pequeñez del mundo. Como pueden comprender, desde que pisé tierra española sólo me guiaba una idea. Y no era otra que intentar el rescate de nuestro señor de la prisión impuesta, que así debe considerarse el castillo de Valençay donde lo mantienen recluido. Comunicué al general Escaño mi intención de utilizar los cruceros sobre la costa más cercana al mencionado castillo, de donde en mi opinión podríamos sacarlo corriendo en posta hasta el puerto convenido. Su general me explicó de manera convincente que los franceses tienen establecidos sus vigías de costa y se comunican todas las novedades con extrema facilidad. De esta forma, a la señal de enemigos, se alarman los pueblos inmediatos y aprontan las lanchas de defensa. Con tales condiciones, el general estimaba difícil el embarco y la situación como altamente peligrosa para Su Majestad.

—Fue cuando le recomendó la utilización de las embarcaciones guipuzcoanas que frecuentan los puertos de Francia.

—En efecto. Escaño recomendaba que oficiales valientes y arriesgados llevaran la empresa para regresar al puerto señalado. Quedamos en pensarlo de forma más detenida, pero seguí moviendo hilos en el mismo sentido. Por fin fui avisado por el ministro de Estado, mi buen amigo Francisco Saavedra, para asistir a una nueva reunión. En ella se encontraban también el general Escaño, el duque del Infantado, concedor de mis planes, y el marqués de las Hormazas, que poco después ejercería como nuevo secretario de Marina interino, al acceder Escaño al puesto de miembro del Consejo Supremo de Regencia. Se decidió que un bergantín quedara a mis órdenes, en el que embarcaría con mi secretario, José Barrau y Aissa, oficial mayor interventor de la Administración de Correos de Cáceres. Se me debían facilitar dos millones de reales en oro de la renta de Correos, para ocultar la expedición. Tanto mi secretario como yo embarcaríamos disfrazados y con los caudales también en disimulo. Por esa razón elegí como secretario a Barrau, con cuya persona cuadraban los reales de la renta de Correos y es persona fiel. Me autorizaban a tomar el paraje de la costa que estimara adecuado.

—Acometía una operación demasiado arriesgada, Jordán —expuso María Antonia con emoción.

—Nada presenta suficiente riesgo si se quiere rescatar a nuestro señor, amiga mía. Por fin el comandante general de la escuadra, Ignacio María de Álava, recibió la oportuna orden y puso a mi disposición este hermoso bergantín, aunque presente las deficiencias que todos los buques de la Armada sufren en estos días, fruto innegable de las desidias del anterior monarca. En teoría, el *Palomo* pasaba destacado como apostadero a los Alfaques, en Tortosa. Por mi parte, embarqué con el nombre de señor Barrand. Metimos el oro a bordo con suficiente discreción, esos caudales necesarios para comprar voluntades y colaboradores. Aprovechando la comisión embarcamos también efectos de artillería y dineros para el ejército que lucha en Aragón contra el francés.

—Sin embargo —intervino Quevedo—, las verdaderas instrucciones para esta unidad eran que una vez desembarcado el marqués y los efectos militares en Tortosa pasara a Tarragona, donde debía esperar órdenes.

—Dimos la vela en Cádiz el 19 de enero —parecía animarse Ayerbe con su narración—. Pero al igual que ha sucedido en estos últimos días la mar decide por su cuenta y riesgo cuando así lo estima oportuno. Sufrimos temporal corrido y vientos contrarios, de forma que no conseguimos fondear en los Alfaques hasta el 4 de febrero. Con rapidez procedimos a desembarcar la carga para el Ejército. Por desgracia la falta de coordinación entre los mandos, ignorantes de mi verdadera misión, quedó a las claras desde el primer momento, una situación difícil de creer. Ordenaron al comandante Quevedo en dos ocasiones el inmediato regreso a Cádiz, ignorando la verdadera misión que debíamos encarar. En realidad, fue la caída de la Junta Central tras su salida de Sevilla y la personal actuación del general con mando en Tarragona, cuyo nombre omitiré por vergüenza propia, quienes hicieron rodar la madeja en falso. Pero el comandante no obedeció esas órdenes de retirada, actuando con decisión.

—Debía seguir las instrucciones del Gobierno —intervino Quevedo en excusa—. La situación se agravó más cuando el comandante de la fragata *Diana*, capitán de fragata Teodomiro López Carballo, me ordenó regresar al puerto de Salou de forma inmediata. Decidí sincerarme con él y le expuse con la necesaria reserva que tenía órdenes del Gobierno para evitar traslucir mi verdadera comisión, sumamente interesante al bien de la patria. Por esa razón estimaba que no debía dirigirme a otro puerto que aquel donde pudiese llegar nuestro legítimo rey. A la vista de esta respuesta aquel mismo día el gobernador del cantón de Tarragona, mariscal de campo José Montes

Salazar... —Quevedo enmudeció al comprender que había entrado en falsete. Miró hacia el marqués con aflicción—. Perdone, señor...

—No se preocupe. Es norma habitual en mí no dar los nombres de aquellos que han fallado. Pero lanzada la moneda, dejemos que caiga al suelo. En efecto, ese general ordenó al comandante de la fragata *Diana* que saliera a la mar y observara los movimientos de este bergantín, a fin de reconocer la legitimidad de nuestra comisión y con orden de detenernos. ¡Como si fuéramos agentes de Bonaparte o algo parecido! Ante tal postura Quevedo decidió dar toda la vela y aproar hacia el sur, siendo perseguidos por esa fragata durante bastantes horas. Por fortuna, este *Palomo* vuela sobre las olas como indica su nombre —se permitió una sonrisa de satisfacción—. Parece mentira esta división de esfuerzos cuando el enemigo es común. Con mi acuerdo dimos por fracasada la misión, arrumbando proa al sur con derrota hacia Cádiz. También hemos sufrido el temporal del que me hablabas, María Antonia, con lo que debió el comandante dar la capa. Y mucho sufrieron mis huesos. Bueno, supongo lo que sería soportar tal situación en un pequeño pesquero. ¡Pobres señoras mías! En fin, son tiempos de guerra en los que ya no se respeta ninguna cortesía por parte de esos gabachos mal nacidos.

—Si le parece bien —Quevedo se dirigía ahora a mí—, las señoras de su familia pueden arrancar en los alojamientos de los oficiales. Ellos se correrán a proa lo que sea necesario. Por fortuna no preveo combate hasta nuestro arribo a la bahía gaditana.

—No queremos molestar más de lo necesario, comandante —María Antonia se dirigía a él con una sonrisa—. Tan sólo deseáramos un poco de agua para refrescar cara y cuerpo, ya que estos vestidos es todo el equipaje a disposición.

—Ustedes no molestan a bordo, señora. Además y aunque mucho lo sienta, no crean que es comodidad palaciega la que les ofrezco. Al menos espero que los pocos días restantes hasta arribar en bonanza a Cádiz los pasen con cierta comodidad, si la mar se mantiene como estimo.

De esta forma y con excepcional suerte, condición que ya era de justicia recibir, pasamos unos días con especial regusto marineramente. Y nunca olvidaré la cena de aquella primera noche a bordo, con unas carnes y vinos que me hicieron recordar ágapes más propios de palacio. Las mujeres parecían haber recobrado el ánimo con extraordinaria rapidez y hasta Rosalía tuvo leche de nuevo para nuestro pequeño. Por su parte, Simón recuperaba el color en su cara, mientras Miguelillo disfrutaba a bordo como un joven guardiamarina, sirviendo a las señoras en todo lo que necesitaban.

Por fin, para rematar aquella dura empresa sufrida por tierra y mar, el bergantín *Palomo* fondeó sus anclas en la bahía de Cádiz el día 31 de marzo. Nos despedimos del marqués de Ayerbe y del teniente de fragata Quevedo, agradeciendo como se merecían los detalles recibidos por nuestra familia. Acuciados por una enfermiza prisa, una vez barqueados en la lancha del bergantín hasta la escala real del puerto, Miguelillo salía a la carrera para contratar el adecuado transporte. Y llegamos una vez más al palacio de la calle de la Amargura, aquel donde comenzaran mis relaciones con Rosalía y que tantas situaciones, buenas y malas, presentara a lo largo de los años para los Cisneros y Leñanzas.

El día tercero de abril me presenté al general Escaño, dando cuenta detallada de la misión, relato que escuchó con especial interés, como si se tratara de una narración más propia de aventuras caballerescas. Le informé de que su familia había pasado con seguridad al puerto de Mallorca, antes de mi llegada a Cartagena, condición que mucho le satisfizo. Nada sabía de *Gigante* y de su corbeta *Mosca*, por lo que deberíamos esperar noticias con el consabido nerviosismo en Eugenia y el resto de las mujeres.

Tal y como se preveía, el sitio de Cádiz se había entablado en firme, aunque no se estimara a los franceses capaces de atacar con éxito aquella complicada empresa. De esta forma la isla gaditana se mantenía libre y como se previera en los primeros días convertido en un verdadero centro regulador de tropas y recursos hacia los diferentes teatros de la guerra abiertos en la península. En cuanto al día a día en la bella ciudad, los bombardeos franceses desde la Cabezuela eran escasos y con poco daño, por lo que el pueblo gaditano mantenía su vida con la habitual alegría. Se asistía al teatro y se mantenían tertulias en las casas principales. Por mi parte, en el aspecto profesional, me incorporé al trabajo como ayudante de don Antonio, tras disfrutar unos pocos días de descanso. Éramos conscientes de que la contienda contra los franceses todavía sería penosa y alargada, situación que ya habíamos sufrido en nuestras propias carnes, tanto mujeres como hombres. Pero ya los penosos episodios quedaban olvidados a popa y comenzábamos a disfrutar una nueva vida, con el único lunar de la ausencia de *Gigante*.

23. La ensenada de las Conchas

Cuando se voltea la suerte de rondón hasta mostrar su cara a favor suele mantenerse en dicha postura durante algún tiempo, ocasión que ha de aprovecharse en conveniencia. Siempre fui seguidor de los sabios proverbios castellanos, que si por veredas de secano ofrecen verdades de ley, en la mar conforman una Biblia de inexcusable cumplimiento. Y si estos pensamientos rondaban por mi cabeza en la amanecida del día 6, se veían corroborados cuando poco después aparecía en el fondeadero de Santa Cruz el bergantín *Castor*, de la Marina británica. Lo reconocí al instante como la unidad que abordara a la fragata *Diomede* con nuevas instrucciones del general Teixeira, cuando navegábamos a la vista de la isla de San Miguel.

Aunque no lo comentara con mis oficiales ni los compañeros portugueses sentía cierta preocupación ante la falta de noticias de la división a la que me había incorporado y de cuyo mando dependía. Por mucho que no estuviera prevista acción alguna en caso de faltar a la cita prevista en Punta Delgada, como suele suceder en la mar para operaciones con punto y fecha de encuentro establecidos, la autoridad del archipiélago no podía obviar su responsabilidad, que eran muchos los soldados involucrados en la empresa. Por esa razón me alegró la presencia del buque britano, que supuse que habría sido enviado en busca de noticias sobre nuestra expedición. Y en efecto, así me fue confirmado por su comandante, al ser recibido en mi cámara.

Quedé sorprendido por la juventud del teniente de navío Robert Craine, condición poco habitual en la Marina británica. Era un galés rubicundo y de amplias hechuras, aunque un tanto taciturno y apocado de espíritu, como pude comprobar en las horas posteriores. Tras presentarse con exquisita cortesía y antes de que pudiera ofrecerme razones de su arribo a la isla de las Flores, le atacé con una pregunta, entrado en media chanza.

—¿Acaso estima el general Teixeira que la corbeta *Mosca* se ha perdido en el fondo de los mares?

—Sus dudas alberga en tal sentido, señor. Cuando arribó el comodoro Traylor a Punta Delgada en su navegación desde Angra esperó en el fondeadero una semana más de lo especificado en las instrucciones. Por fin, y ante su ausencia, continuó la derrota prevista hacia Cádiz, tal y como se le había ordenado. Sin embargo, preocupado por la suerte que pudiera haber corrido, sugirió al general que me comisionara en su búsqueda si tras un tiempo prudencial no daban señales de vida. Y aquí estoy, pero ya veo que su buque se encuentra en perfectas condiciones.

No se atrevía el joven a preguntar por derecho las causas que motivaran el alargado retraso. Sin embargo, y en actitud que poco me agradó, mostraba un gesto de silencioso reproche, como si hubiéramos sesteado por las islas al gozo de la mar en vez de cumplir la misión impuesta. Recé una avemaría antes de contestarle, que nunca es bueno batir vinagre con los aliados.

—Aunque calza pocos años, teniente, debería saber que en la mar todo es posible, desde la muerte súbita de toda una dotación por calenturas pútridas a la resurrección de las sirenas en coro. Me parece deducir del tono de su voz que no comprende cómo no hemos arribado a Punta Delgada en el tiempo programado, aunque espero que se trate de un error de apreciación por mi parte.

—Nada de eso, señor —enrojeció ligeramente, moviendo sus manos con nerviosismo—. No soy quien para enjuiciar su conducta.

—Por supuesto que no. Si hubiera observado el estado de esta corbeta hace un par de semanas tan sólo no hablaría así.

—¿Sufrió algún percance? —de nuevo ofrecía un tono en su voz que me desagradaba.

—Depende lo que entienda por tal.

Narré con detalle al oficial inglés, sin omitir cierto aire de prepotencia por mi parte, las peripecias sufridas por la *Mosca* en las últimas semanas. Comprobé cómo abría sus ojos en plato y seguía mis palabras con especial interés.

—Le felicito, señor, y le repito que en ningún momento intenté ofenderle.

—Puede estar seguro de que no se lo habría consentido, teniente.

—Debió ser tarea muy difícil carenar su corbeta a la tumba, un sistema que he escuchado por boca de viejos comandantes —ahora parecía entrar en coro de lisonjas—. Además escaso apoyo recibiría en esta isla, donde pocos elementos de fortuna será posible acopiar.

—No crea, que en Flores se encuentra casi de todo. Y nuestros aliados portugueses son dignos del mayor elogio, porque sin su extraordinario apoyo

nunca habríamos salvado este buque. En fin, ya estábamos listos en el día de ayer para partir hacia Punta Delgada, cuando por la noche tuvimos conocimiento de que una fragata francesa se encuentra fondeada en una ensenada cercana, que llaman de las Conchas. Posiblemente se trate de la misma que me barrió en astillas durante la niebla. He decidido atacarla, apoyado por los pesqueros armados con cañón y las tropas portuguesas.

Ahora el rostro del teniente mostraba incredulidad, como si las últimas palabras corroboraran mi estado de demencia absoluta. Sin embargo le expuse con detalle el plan embastado para la noche del día siguiente, que comprendió con rapidez.

—Es un plan osado y muy peligroso, si me permite ofrecerle sincera opinión, señor. Una fragata con más de 40 cañones y piezas de a 24 no es enemigo a despreciar. No será fácil tomarla desprevenida.

—En la mar casi todo es factible, si se le pone el ardor suficiente. Puede estar seguro de que daremos a esos gabachos unguentos calientes por popa y proa.

Quedé pensando en una posibilidad que se abría por el horizonte, aunque dudara en exponerla. En verdad no me gustaba mucho aquel oficial, esa costumbre mía de enjuiciar a las personas con el primer vistazo, aunque pocas veces marrara en el veredicto. De todas formas un bergantín podía ser una ayuda formidable para el ataque y llegar a igualar el estado de fuerzas.

—¿Podría detallarme la artillería y dotación de su bergantín, comandante?

—En el *Castor* dispongo de dieciséis cañones, con calibres de a 8 y a 6. Y una dotación de 116 hombres.

—No es de despreciar tal armamento, y muy adecuado como apoyo. Además, 116 hombres eleva el número de forma muy sabrosa. ¿Desea unirse a la fiesta?

—¿A la fiesta? No le comprendo, señor.

Estaba seguro de que aquel bobalicón me entendía perfectamente y que en aquellos momentos pensaba con rapidez la posible respuesta de escape.

—Por favor, teniente. Están muy claras mis palabras. Le invito a unirse al ataque que llevaremos a cabo en la noche de mañana, si como espero esa fragata continúa allí fondeada.

Volvió a dudar, masajeando sus manos con cierto nerviosismo. Y puedo jurar que no creía estar ante un oficial de la Marina británica.

—Mucho me gustaría, señor. Por desgracia, no dispongo de instrucción alguna en tal sentido.

—¿Instrucciones? Vamos, teniente —mostré una sonrisa en la que expresaba con claridad mis pensamientos—. El comandante de un buque en la mar ha de decidir por sí mismo y con entera libertad, llegado el momento. Si debiéramos atenernos a las órdenes recibidas en origen, a veces muchos meses atrás, ni los marinos españoles habrían descubierto medio mundo, ni la Royal Navy sería hoy la Marina más poderosa. Pero debe perdonarme por hablarle con tanta franqueza. Haga lo que estime oportuno.

—Verá, señor. Mi destino en Punta Delgada es de aviso o correo. En esta ocasión estimo que debo avisar sin pérdida de tiempo al general gobernador de que tanto la corbeta como sus soldados se encuentran en perfecto estado, salvo las escasas bajas habidas. Si coopero en la operación y acaba el bergantín *Castor* con daños severos o desarbolado no podría cumplir la misión en semanas, lo que inquietaría mucho al general.

—Tiene razón y siento no haber tenido en cuenta ese importante detalle. Salga a la mar de inmediato y comunique al general Teixeira las razones de nuestro retraso, para que pueda dormir con bendita tranquilidad. Y comuníqueme que en cuanto acabemos con esa fragata francesa emprenderé el tornaviaje con los soldados relevados hacia Cádiz, con escala en Punta Delgada para informarle.

Volvió a dudar el joven, cuya sangre almibarada no era pareja a la de tantos oficiales británicos con los que había tratado. Pero ni siquiera se sintió ofendido ante mis palabras, un tanto ofensivas en vendaje. Y como al comprobar su disposición nada más quería saber de él, hablé directamente a mi segundo, que asistía asombrado a la entrevista.

—Segundo, acompañe al comandante del bergantín *Castor* hasta el portalón, que ha de emprender tornaviaje a Punta Delgada sin pérdida de tiempo.

—Sí, señor.

Ni siquiera dijo una palabra más el teniente de navío Craine, sino que se despidió con una leve inclinación de cabeza a la que no respondí. La verdad que me sentía furioso, porque sin duda el apoyo de un hermoso bergantín con 16 cañones de porte habría alejado cualquier duda sobre el éxito del ataque. Pero como siempre fui positivo, y no se debe pensar en manjares que no se encuentren a disposición, seguí analizando los detalles para el momento supremo antes de recibir a los oficiales portugueses, con quienes había concertado una reunión final para aquella misma noche.

* * *

Pasamos el resto del día cooperando en el embarque y alistamiento de los cañones que debíamos embarcar en las balandras pesqueras, así como en nuestra lancha. Por fortuna era larga mi experiencia en el tema, como sabrán quienes hayan leído algún retazo de mi vida, lo que facilitó en mucho la maniobra. Acopladas las piezas y entrados en la tarde instruimos a la ligera a los artilleros que debían servir esas piezas en tan reducido espacio. Para mi sorpresa los patrones portugueses de las embarcaciones no protestaron, sino que miraban con orgullo cómo sus modestas unidades eran convertidas, como por arte de magia, en una verdadera máquina de guerra.

Tal y como habíamos previsto, los dos capitanes y tres de los tenientes portugueses se presentaron a bordo cuando acababa de tomarse el sol tras las lomas de tierra. Nos reunimos en la cámara de oficiales, donde ya de entrada les narré al punto la conversación mantenida con el oficial britano. Mi amigo Pepe, tan lanzado como de costumbre, no acababa de creerlo.

—¡Vaya un mequetrefe cobardón! Como dices, no parece britano. Además debía haberse presentado a mí como capitán de la guarnición.

—Tenía mucha prisa en tranquilizar a tu general —alegué en sorna.

—Que los tiburones blancos le coman las tripas en revuelto.

—Bueno, olvidemos a ese bobalicón que no merece más comentarios y entremos en faena. Hemos armado las unidades menores con un cañón, tal y como estaba previsto. También se les ha asignado un artillero, balas y saquetes de pólvora, así como los sirvientes de la pieza. Falta decidir los soldados portugueses que será posible embarcar en cada una, todos ellos con fusilería y si es posible buenos tiradores. Lo decidiremos mañana por la mañana, en el pequeño embarcadero, a la vista del espacio disponible. Por otra parte, aunque pensaba alistar un cañón en mi lancha, lo he pensado mejor. Llegado el momento deberé atocharme a besar con la popa de la fragata y perpendicular a ella, para que pueda batirla con toda mi artillería, detalle de la máxima importancia y vital en el ataque. Si el viento ralea o se vuelve tontón me será imprescindible el apoyo de remos a proa y popa. De esta forma necesitaré bote y lancha para la maniobra. También es posible un role inesperado que me haga entrar entre la fragata y la playa, en cuyo caso la lancha sería imprescindible para salir sin varar de nuevo en la arena.

—Tú sabes mejor que nadie la faena a rendir. Pero no va a ser escasa cordada que reciba fuego por popa, desde sus costados y a proa. Sufrirán un amargo despertar. Machacaremos a esos gabachos —remató Pepe con desmedida euforia.

—Bueno, no debemos repartir la presa antes de cobrarla —intentaba rebajar la desmedida euforia—. Algunas condiciones son necesarias para el éxito. En primer lugar, que mañana en la noche siga la fragata en esa bahía. Y además que el viento y la mar nos acompañen a favor. Como navegaremos escasa distancia y sin prisas, los pesqueros utilizarán su propia vela. Sin embargo, deberemos remolcar la lancha así como los botes alistados para el ataque de los soldados, si la mar lo permite. Aunque poco me agrada, algunas decisiones deberemos tomarlas minutos antes de abandonar este fondeadero. Pero también la iluminación es importante. Quiera Dios que ninguna nube tape el gajo escaso de la luna o no seremos capaces de distinguir la sombra del blanco a batir. Porque en situación de guerra y fondeada en aguas enemigas, es de esperar que ninguna luz alumbre en la fragata durante la noche.

—Los franceses no deben esperar ataque alguno y se habrán acoplado a su rutina diaria sin tomar precauciones especiales. Todos sabemos lo importante que es cerrar luces en la mar, condición difícil de cumplir, al punto de necesitar que el personal de guardia lleve a cabo rondas continuas. Un par de luces a bordo de esa fragata serían una buena referencia para todos —dijo el segundo comandante.

—Si hay tarros de luz a la vista, mejor que mejor. Deben recordar los que atacan por los costados, pesqueros y botes, la tremenda importancia de inutilizar el mayor número de sus piezas. Han de disparar desde escasa yardas y dirigidos a las troneras. Los cañones instalados en tierra deben apuntar —recalqué estas últimas palabras elevando mi mano— hacia la proa de la fragata, como espero se le haya ordenado al mando de los destacados, no sea que alcancen a mi corbeta en el tumulto. Todo ello sin olvidar el importantísimo factor de los fusileros embarcados en lanchas y botes. Como se encontrarán a distancia como para leer los pensamientos de los que aparezcan en cubierta, así como los sirvientes de los cañones, han de disparar al pecho y sin marrar un solo tiro.

—De acuerdo —dijo Pepe con decisión—. Comprendo tu preocupación por ese detalle de disparar contra su proa. No te preocupes, que ya se le avisó de forma repetida al teniente Dias, al mando de los destacados por tierra. Y les explicaremos a los fusileros su misión con detalle. Embarcaremos en pesqueros y botes a los soldados más experimentados. Pero estimo que no les daremos tiempo. El factor sorpresa es fundamental. La dotación estará durmiendo y no creo que la guardia sea numerosa. Incluso es de dudar que

mantengan algún cañón cargado y dispuesto para disparar, como se hizo en esta corbeta durante la navegación.

—Ojalá sea así. Pero todo debe estar pensado por si acaso. Las condiciones en estos momentos son buenas. Una ventolina suave del nordeste, mar rizada y ni una nube en el firmamento. ¿Cuándo se encontrarán tus hombres en la ensenada? —pregunté a Pepe.

—Han salido un poco atrasados por la manufactura de los carros de los obuses. Pero les sobra tiempo, aunque se trate de faena dura. Llegarán mañana a mediodía, más o menos, con instrucciones de aguantar y no ser vistos hasta que caiga la noche, momento en el que deben instalarse en los puntos acordados dependiendo de la posición de la fragata.

—Muy bien. Podemos establecer las tres de la mañana del día 8 como la hora prevista para el ataque. Y la señal para que se abra el fuego a discreción será la primera andanada de la corbeta, con todos los cañones dispuestos a la banda de babor, cargados con doble bala. ¿Cuál es la distancia exacta a navegar desde este fondeadero? —pregunté a Ibarreche.

—La distancia a recorrer, según este plano que me han ofrecido nuestros amigos portugueses —intervino el segundo, con una sonrisa hacia los invitados—, es de unas ocho millas. En previsión de que caiga el viento y necesitamos un remolque final, deberíamos abandonar este fondeadero a las seis de la tarde de mañana y disponer del resguardo suficiente, si le parece bien, señor.

—De acuerdo. Si sobra tiempo, lo que es de desear, fachearemos sin asomar el morro tras la punta. La lancha y el bote pueden mantenernos la proa.

—Mandaremos esa fragata a los infiernos —remachó Pepe en tono de euforia.

—No insistas en ese punto con tal vehemencia, Pepe. Es importante tener en cuenta que si queda muy destrozada por nuestros fuegos se deberán cortar los cables de las anclas con rapidez y vararla de inmediato en la playa, para no perder la presa.

—Concuerdo con vos, señor —asintió Ordovás—. Una hermosa fragata de 40 cañones no es presa a desperdiciar.

—Bien, volvamos a nuestro tema para rematarlo —insistí una vez más, dirigiéndome a los portugueses—. De acuerdo al plan expuesto, vuestros hombres deberán embarcar a las seis de la tarde. Cuando destrocemos la popa de la fragata, nos atocharemos a ella con los garfios. ¿Saben vuestros soldados que cuando se les ordene deberán pasar al buque francés en abordaje

y pelear cuerpo a cuerpo? —pregunté con intención—. Como norma habitual deberán hacerlo gritando, condición que suele encoger el corazón de los que anden regresando de los sueños. Es una vieja costumbre utilizada por piratas y bucaneros, copiada por algunas marinas.

—Oliveira se ha dirigido a ellos y están dispuestos. Cuando lo ordenes pasarán con tus hombres a la fragata y lucharán a muerte.

—Muy bien. En ese caso sólo nos queda practicar un poco más con la armadilla mañana hasta el mediodía y que descansen después. Por nuestra parte elevaremos una oración para que no varíe el viento ni la mar, condiciones de primer orden que pueden dar al traste con la empresa.

—No variarán, según me ha explicado uno de los patrones que lleva muchos años en estas aguas. Y una vez que hemos aclarado todos los puntos, sería un buen momento para brindar por el éxito de la empresa —Pepe me miró con una sonrisa muy característica.

—Si continuo aquí una semana más, amigo mío, serías capaz de acabar con mis existencias de vino. Segundo, dile a Okumé que nos traiga unas frascas.

Aquella noche dormí inquieto. Y no estimen que dudara una mota de la operación que pensaba encarar en pocas horas. Pero ya saben que en mi familia los hombres de mar olemos la sangre por adelantado y ya comenzaba a sentirla en mis fosas nasales. Pero puedo jurar que en verdad sólo sufría al pensar que corriera en demasía y cayeran muchos de nuestros hombres, españoles o portugueses.

* * *

Tal y como habíamos acordado, a las seis de la tarde del día 7 de mayo levamos las anclas. Poco después largábamos mayores y gavias, para arrumbar hacia fuera de la ensenada de Santa Cruz. Mientras los cielos no variaban una mota su bóveda abierta, el viento se mantenía en una suave ventolina del nordeste, con entradas de fresquito y pequeños roles hacia el levante. Y no me preocupaba el cambio de dirección, sino muy al contrario. Porque teniendo en cuenta que la costa de la ensenada de las Conchas se abría de norte a sur, con resguardo a los vientos del primer y segundo cuadrante, ese posible role al este haría borrar a la fragata, que acabaría por presentarme su costado de babor al trasponer la punta. La luna, elevada dos puños, mostraba un pequeño gajo, aunque alumbraba lo suficiente para asegurar la navegación. Y en previsión de males y la escasa confianza en mi

piloto, embarqué a un viejo pescador retirado por los años que conocía aquellas piedras como la palma de su mano.

Los cinco pesqueros izaron las velas tarquinas y acompañaron a la *Mosca* en su navegación por las dos bandas, con libertad de movimientos. Tan sólo al fachear en la punta final deberían arriar vela y palo para quedar al remo y agruparse. Pero me satisfizo comprobar que navegaban sin problemas, una vez armados con un cañón y embarcados doce soldados. Bien es cierto que se mantenía la mar rizada y sin una sola cabrilla, condición más que deseada por capitanes y pajes de escoba. Por nuestra parte largamos también foques y juanetes, pensando en la posibilidad de que la puesta de sol hiciera caer el soplo a cubierta. Navegamos con el viento de través hasta doblar la punta en espolón al nordeste, momento en el que enmendamos dos cuartas a babor para recibir el soplo a un largo y aproar en demanda de los dos cabos septentrionales que asemejaban formar las pinzas de un cangrejo.

Como en la primera hora llegó a marcar la corredera dos millas, volví a acortar vela hasta quedar con mayores, gavias y el foque aliviador de proa. Una vez más ordené a Ibarreche comprobar los puestos artilleros. Por la banda de babor, que sería la encargada de barrer la popa francesa, disponíamos en la batería corrida de dos cañones de a 18, dos de a 12 y cuatro de a 8. Bien es cierto que habíamos mudado uno de a 8 por uno de a 18 de la banda contraria, para aumentar las libras a disparar. Asimismo, en la batería de alcázar y castillo, además de los cuatro de a 6 habituales, habíamos corrido los cuatro del costado contrario, para disponer un total de ocho, condición que es habitual cuando se define con suficiente tiempo la banda de ataque. De esta forma, y en conjunto, dispararíamos con dieciséis bocas de fuego, con un total de 140 libras. Y como pensaba disparar la primera andanada con los cañones cargados con bala doble, a la fragata gabacha le entrarían 280 libras bien calientes en tiro de enfilada, que esperaba que consiguiera el efecto moral y material esperado.

A las once de la noche doblamos la punta del Cangrejo, quedando a tan sólo dos millas de la que comenzaba a abrirse en la ensenada de las Conchas, que llamaban punta Sucia. El gajo de luna se mantenía y ya habíamos acostumbrado la vista a su escasa luminosidad, de forma que podíamos entrever con cierta claridad la línea de la costa. Fue el momento en el que se dirigió a mí don Mario, el veterano pescador de Santa Cruz.

—No se pegue demasiado a la punta Sucia, señor. Aunque nos encontremos pasados en pico de la pleamar duerme bajo sus aguas una aguja

que abre las panzas de los barcos como cuchilla de velero. En la bajamar llega a velar y rompen en ella las olas.

—Muchas gracias por su información —contesté sumido en las tinieblas, aunque ya supiera de tal peligro—. ¿Cree que esta ventolina se mantendrá hasta el alba en fuerza y dirección?

—Es muy probable. Pero una vez en las Conchas suele torcerse hacia tierra durante las noches y es posible que nos entre desde el levante.

—Buena condición es esa para nuestro plan, por todos los dioses.

Hice los cálculos mentales con rapidez para comprobar que la bajamar se produciría poco antes de las cinco de la mañana, momento favorable si todo se desarrollaba en flores y era necesario varar la fragata, una vez dañada a fondo. La verdad es que hasta el momento todo corría a favor de cortesanas, condición más que necesaria en operaciones como la que deberíamos encarar en pocas horas. Y si me preocupaba desde la salida la moral de los soldados portugueses, me tranquilizó el alférez de fragata Ordovás, a quien envié para pulsar el ambiente.

—Todo en orden, señor. Es más, parece que se encuentran muy interesados en ser partícipes de un abordaje naval en toda regla como el que se avecina. Creo que cumplirán bien en alto, porque son soldados bragados en muchas batallas.

—Segundo —me giré hacia Ibarreche—. No podemos fallar al lanzar los arpeos^[100].

—Hemos elaborado seis más, señor. Les hemos añadido un ramal de cadena de una vara para que no puedan ser cortados fácilmente con las hachas. Pero será fundamental que la lancha reme con fuerza y detenga nuestra avanzada para no partirlos. Creo que va a ser uno de los pocos abordajes por la popa de un buque en la historia de la guerra naval.

—Me parece que está muy flojo en historia naval, segundo. Un abordaje parecido llevó a cabo el entonces comodoro Nelson en el combate de San Vicente. Y le salió bien. Aunque acabó su buque destrozado, nos tomó dos navíos en presa. En cuanto a abordajes, es igual que sea por el través o cualquier punto de la borda. Lo fundamental es echarle cojones a la faena.

—En ese punto tiene razón, señor.

Debería haber picado la primera hora del nuevo día 8 de mayo cuando nos encontrábamos a escasas cien yardas de la punta Sucia. Ya habíamos arriado gaviás momentos antes y ahora ordené cargar todo el aparejo, al tiempo que tendíamos el cabo de remolque a la lancha y el bote para que nos mantuvieran en el puesto. Sentía correr por mis venas la sal caliente, ese especial ronroneo

que nos mueve antes de entrar en combate. Y al mismo tiempo el olor a sangre se intensificaba en adelante, condición que mantuve en silencio. Pepe se acercó a mí. Creí entrever cierta seriedad en su semblante, una condición muy poco habitual. Le pregunté por la pierna maltrecha.

—¿Y tu herida?

—Tironea un poco, pero anda bien. Bueno, amigo mío, ahora sí que nos la jugamos de verdad.

—Sueles ser más optimista.

—Ahora es momento de realismo. Sé que caerán bastantes hombres y nos jugamos el pellejo. Siento cierta emoción al encarar esta operación porque nunca luché en la mar, salvo esas andanadas que nos largaron en la niebla.

—Cuando entras en combate de armas blancas y pistolas cara a cara, un poco se debe diferenciar que pises cubierta de barco o piso de tierra. La verdad, Pepe, es que casi todo lo fío al efecto sorpresa. Si esos gabachos nos descubren con suficiente antelación sencillamente estaremos perdidos, aunque caeremos mordiendo madera francesa.

—Si es que se mantiene la fragata en su sitio. Bueno, en caso contrario habría recibido aviso de mis hombres destacados a la ensenada.

—Esa fragata está ahí, fondeada con dos anclas. Puedo olerla.

—Por si acaso sufrimos algún percance, quiero que sepas algo importante —bajó el tono de su voz—. Ha sido una suerte conocerte y espero que nuestra amistad se alargue con nuestras vidas.

—Así será, Pepe. Espero recibirte algún día en mi casa en España y presentarte a la familia. Bueno, o visitarte más allá de la raya.

—Con buen vino y ese aguardiente que fabrican por tu tierra, que echo de menos en estos momentos.

—Pues he distribuido entre marineros y soldados todo lo que quedaba.

—Ya lo sé. Buena suerte, Santiago.

—Lo mismo te digo, amigo mío.

Sentí una fuerte emoción cuando sin esperarlo Pepe me ofreció un fuerte abrazo. No parecía la misma persona, como si hubiera perdido su habitual jovialidad o recibido un mal presentimiento quizás, condición que poco me alentó. Fue el momento en el que se acercó Okumé hasta mí para entregarme el sable y ese viejo pistolón que el general Barceló regalara a mi padre. Lo tomé con cariño entre las manos antes de encastrarlo en la faja y, como decía el gran marino mallorquín, bien cerca de los huevos, para concederle fuerzas supletorias. Mucho llamaba la atención ese arma a propios y extraños, por su

antigüedad y exageradas formas, aunque hubiese abierto ojos en sangre más de una vez. Escuché a mi fiel africano.

—No se preocupe, señor, que estaré a su lado y acabaremos con esos gabachos del demonio.

—Por supuesto, Okumé. Vamos a por ellos.

Aunque no sabía con exactitud la distancia que deberíamos recorrer en la ensenada de las Conchas hasta alcanzar la popa de la fragata, de acuerdo a las noticias recibidas y el viento que en efecto comenzaba a rolar en ligero hacia el levante, calculé a ojo una media milla. Se trataba de escasas yardas, aunque estaba seguro que se alargarían en mi cerebro como filástica de pobre.

El guardiamarina Entreríos llegó hasta mí, de acuerdo a las instrucciones impartidas. Vestido para revista de Corte y con una amplia sonrisa en el rostro me informó de que restaban solamente treinta minutos para alcanzar la hora convenida de ataque. Llegaba de esta forma el momento culminante, cuando ya no es posible dar paso atrás. Sin dudarlo ordené a la lancha abrirnos de proa, al tiempo que izábamos la vela mayor y el foque. La ventolina era suave con tendencia a decaer, por lo que al no encontrar respuesta en la *Mosca* mandé izar todas las mayores. Por fin se nos concedió movimiento y poco después doblaba la Sucia para entrar en la bahía de las Conchas, nuestro destino final, que podía elevarnos en gloria o chamuscar las barbas.

Sentí una punzada de placer al contemplar, gracias a la mortecina luz del gajo lunar, la sombra oscura y alargada de la fragata en la distancia calculada o alguna yarda más. Y como había previsto se encontraba fondeada en el centro de la ensenada, proa a tierra, ofreciéndome a la vista su costado de babor. Fue el momento en el que enmendé la proa dos cuartas a estribor, arrumbando directamente hacia su popa, mientras los pesqueros tomaban su camino propio en acuerdo a la posición que debían ocupar y los botes con soldados portugueses comenzaban la boga hacia su desuno. Sentía los latidos del corazón a ritmo de caballería, mientras el silencio a mi alrededor parecía pesar quintales de plomo. Y bien adentro del alma rogaba a los cielos para que el patrón de la lancha actuara con profesionalidad y acierto, porque en su apreciable concurso cifraba un alto porcentaje del posible éxito.

La sombra que no se apartaba de mi retina se iba agrandando poco a poco, hasta simular un navío de tres puentes en la imaginación, mientras recorríamos el cuarto de milla más alargado de mi carrera. Descubrimos un tarro de luz en la proa y otro en el combés, condición más que favorable para que los pesqueros se situaran en las posiciones convenidas a ambas bandas de la fragata. Enmendé dos veces el rumbo, cuarta a babor o estribor, hasta que

ordené con señas a don Sebastián cargar todo el aparejo, maniobra que se debía realizar en silencio, aunque se necesitara más tiempo. Fue el momento convenido para que la lancha, con su remolque afirmado en la popa de la *Mosca*, comenzara a bogar en sentido inverso, de forma que ralentizara nuestro avance. Y para colmo de bienes, fue el momento en el que divisé una tenue luz en la balconada de la fragata, posiblemente en la cámara del comandante. Recé para que no se encontrara dirigiendo su mirada hacia la mar, si es que estaba despierto.

Ya el bauprés de la *Mosca* avanteaba la popa de la fragata, comenzando a besar con mi costado la balconada donde se mantenía el rayo de luz. Nos separaban unas diez pulgadas, con el buque casi parado, cuando hice la seña convenida para que lancha y bote bogaran en el sentido de cerrar distancias. El segundo comandante, también alistado en oros, se acercó a mí. Por unos momentos pensé que eran muchos los jóvenes que podrían recibir su bautizo de fuego y sangre en aquella noche.

—Todo el personal en su puesto de combate y preparados, señor. Cañones de babor cargados con doble bala y listos para disparar a su orden.

Tan sólo afirmé ligeramente con la cabeza. Con auxilio de Nuestra Señora del Rosario estábamos a punto de alcanzar el puesto deseado y en tal situación suponía a los pesqueros y cañones instalados en tierra. Ahora la *Mosca* se encontraba a palo seco^[101] y detenida, cerrando distancias lentamente a la fragata. No era momento de cubrir nuestras tradiciones y arengar a los hombres, acción seguida por una oración del capellán, como suele ser habitual en los buques de la Armada antes de entrar en combate. El momento había llegado. Desenvainé mi sable y lo alcé a los cielos, aunque no fuera advertida tal acción por muchos. Elevé la voz en trueno con toda la fuerza que eran capaces de proporcionar mis pulmones, un grito ronco que debió hacer vibrar hasta los flecos de la luna.

—¡Fuego!

Se abrieron los infiernos o los cielos, que nunca se sabe bien de qué lado anda el Maligno. Los cañones de la *Mosca* tronaron casi al unísono, tomando de enfilada a la fragata, pero accionados los espeques^[102] para centrar el mayor número posible de sus fuegos sobre la popa del blanco a batir. De forma instantánea, una humareda de calor y humo, así como espeso olor a pólvora, inundó el alcázar. Y ya cargaban nuestros hombres cuando se escuchaban cañonazos dispersos en la distancia y disparos de fusilería que debían proceder de los pesqueros y piezas instaladas en tierra.

Aunque la luz era escasa, comprobé con enorme felicidad que la popa de la fragata se abría en astillas y cristales. Y pocos segundos después debían quebrar los baos que soportaban la toldilla, porque la parte más a popa se rendía en estruendo. Como es de suponer a bordo del buque francés se escuchaban gritos y voces de mando, al tiempo que se comenzaba a observar movimiento desordenado y carreras enloquecidas. Pero ya abríamos fuego por segunda vez, ahora con bala rasa, aumentando la humareda enquistada y las maderas en vuelo del buque enemigo. Era el momento previsto y acordado. Volví a tomar aire en los pulmones, para dar la orden esperada.

—¡Lancen arpeos de abordaje! ¡Cobrar de sus cabos hasta besar maderas!

Observé en nuestro costado a españoles y portugueses con los rostros encendidos por la emoción o el miedo, izados en la borda y distribuidos entre las jarcias, preparados para abordar la fragata desde su popa, o sus restos. Era el momento de la verdad en la guerra naval desde el principio de los siglos, cuando se ha de enfrentar al enemigo cara a cara, lamiendo sangre propia o ajena. Su armamento era variado, con hachuelas de abordaje, chuzos, cuchillos, pistolas y cualquier elemento posible de enfajar. Los cañonazos dispersos y el tiro de fusilería aumentaban su periodicidad en el momento que escuché el primer cañonazo proveniente de la fragata, dirigido probablemente contra un pesquero, blanco difícil de acertar. Pero ya la *Mosca* se atochaba a las maderas astilladas llegando a observar los guardines del timón en cuelgue. Pepe se encontraba a mi lado. Le hice una seña.

—Vamos a por ellos —dijo con su habitual y recobrada sonrisa.

—Los gritos de nuestros hombres conforman la señal para que pesqueros y botes asalten la fragata. Acabemos de una vez.

Me disponía a dar la orden definitiva para pasar al abordaje y saltar a la popa de la fragata cuando de nuevo fuimos bendecidos por los cielos, ahora con todos los santos en rogativa particular, porque cuando elevaba el grito desgarrado pareció entrar la ensenada de las Conchas en erupción, como si despertara al pronto un volcán de gigantescas proporciones. La explosión que se escuchó fue aterradora, al tiempo que por detrás de la popa de la fragata se abría una columna de fuego y humo de tamaño extraordinario. De forma instintiva detuve el movimiento de mi mano. Había comprendido con rapidez que tal aquelarre sólo podía tener una explicación, recordando el episodio sufrido ante mis ojos por la fragata *Mercedes* años atrás: la santabárbara de la fragata francesa había reventado. No dudé un segundo.

—¡Corten cabos de los arpeos! ¡Que la lancha y el bote boguen para separarnos de la fragata! ¡Don Sebastián! Preparados para largar mayores y

gavias. Debemos abrir distancias a la mayor velocidad.

Apagado el primer relumbrón, resonó un segundo trueno de más reducido fragor y nueva fogata infernal, mientras maderas, hombres y bultos irreconocibles eran lanzados al aire. Todo aquel mare mágnim de fuego y muerte caía sobre las aguas, aunque también recibía la *Mosca* lluvia de estrellas en ascuas, un peligro que se debía evitar. Por fortuna, mientras mis hombres apagaban algunos maderos en llamas sobre la cubierta nos separábamos con fuerza, alejándonos del peligro. Asistíamos asombrados por la escasa distancia a una obra teatral de sangre mostrada a gran velocidad, porque con extraordinaria rapidez las llamas se elevaban al copo y lamían a dentelladas los palos de la fragata. Aunque ya quedaba el buque vencido por nuestra aleta, todavía sentía oleadas de calor en la cara. Pepe parecía abatido.

—¿Qué ha sucedido? No comprendo nada.

—Le ha debido reventar la santabárbara. Arderá en escaso tiempo y más vale alejarse. A partir de ahora en vez de luchar deberemos dedicar nuestro esfuerzo a rescatar a esos hombres que se arrojan a las aguas, algunos envueltos en llamas. Presumo una elevada mortandad en la dotación francesa.

—¿Por qué ha sucedido algo así?

—Nunca lo sabremos con exactitud. Normalmente, cualquiera de los disparos recibidos puede entrar hasta proporcionar la chispa detonadora. Es posible que se deba a un disparo de obús, pero no se trata más que de una opinión. No es habitual, desde luego, pero sucede a veces. Hace seis años mantuvimos un combate entre fragatas españolas y britanas cerca del cabo de Santa María y una de las nuestras, la *Mercedes*, reventó en las mismas condiciones. También lo divisé a escasa distancia. La mortandad fue horrorosa, especialmente si tienes en cuenta que transportaba bastantes familias que regresaban de las Indias. Nada peor puede acaecer a un buque en la mar.

—¡Vaya por Dios! Con este accidente hemos perdido la presa.

—No te quejes, que deberíamos celebrarlo en nubes. Hemos destrozado una fragata enemiga sin haber perdido un solo hombre en el envite. Tan sólo le escuché un cañonazo que espero no haya hecho blanco. Es lo mejor que nos podía suceder, aunque como dices hayamos perdido una hermosa presa.

—Tienes razón.

Tal y como preveía, la fragata se consumía en fuegos a elevada velocidad. Muchos hombres seguían lanzándose a la negritud de las aguas, intentando evitar las llamas. Y como a los náufragos jamás se les pregunta su nacionalidad, ordené a la lancha que se sumaran al rescate que ya nevaban a

cabo los pesqueros y botes. Aunque muchos serían los franceses que perderían su vida en aquella noche, habíamos cumplido con nuestra misión, en esta ocasión ayudados por esos dedos mágicos que en la mar juegan con nuestros destinos. Tan sólo me quedó grabado el nombre de la fragata que brillaba en amarillo sobre la balconada de popa momentos antes de abrir fuego: *Clementine*.

24. Alarma en la familia

Mi vida regresó a la rutina habitual en la ayudantía del teniente general y miembro del Consejo Supremo de Regencia, don Antonio de Escaño, con la inapreciable diferencia de contar con la familia a corta distancia. Aunque fiel a la norma de mi jefe el trabajo continuara de sol a sol en los despachos de la Isla de León, me trasladaba al palacio de la calle de la Amargura en cuanto las obligaciones impuestas lo permitían. Sin embargo, aunque disfrutara momentos de dicha plena al comprobar la felicidad de Rosalía y el crecimiento del pequeño Beto, dos factores ensombrecían el horizonte con nubes de diferentes colores. Por una parte, se renovaban muy por alto mis esperanzas de conseguir embarque en alguna de las unidades de la escuadra. Porque ya eran demasiados meses de pliegos y salas de trabajo en tierra, aunque mucho debiera agradecer a nuestro general por el apoyo recibido. Debía ser que tanto la experiencia sufrida o gozada en el pesquero latino como la posterior navegación a bordo del bergantín *Palomo* habían hecho renacer dormidos anhelos. Y así debió entenderlo don Antonio, quien me prometió con solemnidad un próximo destino a flote, en la primera oportunidad.

La segunda preocupación en el palacio de la calle de la Amargura, que no era menor, se ceñía a la alargada ausencia de mi cuñado *Gigante*. Aunque en teoría había emprendido una sencilla operación de transporte de tropas a las islas Azores, encuadrado en una división inglesa y sin oposición enemiga en la mar, ya habían transcurrido bastantes semanas sin que los buques aparecieran en la bahía. Aunque intentara calmar a los miembros de la familia, especialmente a mi cuñada Eugenia, comenzaban a aflorar miedos y angustias. Y como sabía del penoso estado y escasas cualidades marineras de la corbeta *Mosca*, tal y como me informaron algunos compañeros de la escuadra, purgaba en mi interior de sospechas indeclarables.

No obstante, la bomba de angustia suprema se declaró cuando en la tercera semana del mes de abril fondearon en la bahía las fragatas *Diomede* y *Arethusa*, aquellas dos compañeras de la corbeta *Mosca* en la división enviada con tropas portuguesas a las islas Azores. Me lo comunicó el general Escaño en hora temprana, con el rostro preocupado, y debía rumiar malos humores, porque me comisionó para mantener entrevista de inmediato con el comodoro británico Traylor, al mando de la división, y recabar noticias de mi cuñado. Sin pensarlo un segundo más salí a bordo de una falúa en dirección al buque insignia de la división, fondeada en el caño de La Carraca, cerca de la punta del Roedero, para proceder al desembarco de las tropas transportadas.

Con un viento casi en cabria, necesité de dos horas para atracarme al portalón de la fragata insignia. Fui recibido por un joven oficial que al escuchar mi servicio como ayudante de un miembro de la Regencia me llevó a la cámara del comodoro sin pérdida de tiempo. El capitán de navío Traylor me recibió con muestras de extrema afabilidad.

—Buenos días, señor, se presenta ante vos el teniente de navío Adalberto Pignatti, ayudante del teniente general don Antonio de Escaño.

—Encantado de recibirle a bordo. Conozco a su general y le aseguro que rindo sincera admiración por quien es considerado en estos días como el más brillante oficial de la Real Armada. En fin, me tiene a su disposición para lo que necesite.

—Verá, señor. Además de mi puesto en la mencionada ayudantía soy cuñado del capitán de fragata Santiago de Leñanza, a quien el general Escaño dedica especial afecto. Me ha enviado para interesarme por su suerte, al tener conocimiento de que arribaron sin su compañía.

—Lo comprendo, aunque por desgracia nada puedo comunicarle que les sirva de consuelo. Llevó a cabo el comandante Leñanza una labor formidable y casi milagrosa con esa corbeta, que cambió de giro completo en pocos días. Navegamos juntos hasta el puerto de Angra, en la Tercera. Desde allí, lo destaqué a la isla Flores, donde debía relevar a la guarnición. El punto de encuentro señalado en mis instrucciones era el de Punta Delgada, con una espera máxima de diez días. Y como no me veía urgido en mis órdenes particulares decidí esperar una semana más antes de iniciar el tornaviaje hacia Cádiz con las tropas portuguesas de refresco.

—¿Qué puede haberle sucedido a la corbeta *Mosca*, señor? —intentaba encontrar caminos de comprensión, como si aquel oficial inglés fuera mi última esperanza—. La distancia a navegar de Angra a la isla Flores debe ser escasa y sin problemas.

—En efecto, así lo suponía. Le aseguro que en principio no lo puedo comprender, aunque ya sabemos que en la mar todo es posible.

—No le falta razón. ¿Cree que haya sufrido un encuentro con algún corsario?

—Con sinceridad, lo dudo. Días antes, a la vista de la isla de San Miguel, divisamos una fragata corsaria a cierta distancia, posiblemente francesa. Nos dio la popa sin dudarlo, al reconocer una división de dos buques en su contra. Pero aún en el caso de que se topara con ella u otra unidad similar, la dejaría atrás esa corbeta *Mosca* renacida. Le aseguro, y no se trata de lisonjas inmerecidas que no vienen al caso, que navegaba muy bien y ceñía a la cuarta. Y como demostración cada mañana debía acortar vela porque durante la noche solía avantearnos.

—El capitán de fragata Leñanza es osado y no hace ascos a una posible presa.

—Lo imagino perfectamente, porque me pareció un oficial extraordinario. De todas formas, antes de abandonar definitivamente Punta Delgada comuniqué al general Teixeira, gobernador de las Azores, que enviara al bergantín *Castor*, unidad británica destacada en el archipiélago, hacia la isla Flores y recabara noticias de la corbeta española. La verdad, nada más sé de lo que haya podido ocurrir. Por desgracia, ya han pasado demasiadas semanas.

—Ese es el problema. De todas formas, señor, le agradezco su información.

—Siento en verdad no poder ofrecerle mejores nuevas y así deseo que se lo exprese al general Escaño.

—Lo haré con gusto, señor.

Quedé con el ánimo en suspenso, tras recibir unas noticias que poco alentaban en futuros. Nada más había que hacer a bordo del buque inglés por lo que me despedí del comodoro, agradeciendo su apoyo. Y una vez regresado a la Isla de León transmití al general la conversación mantenida a bordo de la fragata.

—Poco me gusta la puchera a disposición, Beto —el general rascaba su cabello en señal de honda preocupación—. No es *Gigante* de los que se atrasan en una cita ordenada, sin motivos de peso que lo justifiquen. He navegado por esas islas occidentales de las Azores y aparecen algunas restingas con piedras ocultas, pero habrá tomado las precauciones necesarias. En fin, no queda más que esperar y echar un rezo hacia las aguas.

—No puedo creer que *Gigante* haya perdido su barco. Sin embargo puede ser una esperanza que por cualquier causa quedara en esa isla sin comunicación. Es posible que cuando arribe ese bergantín britano lo encuentre con vida. Lo conozco muy bien, señor, y...

—De nada nos sirven los lamentos sin medidas a tomar, Beto. Ahora tu misión principal es conseguir que no se alarme la familia sin necesidad. Debes omitir la información recibida del comodoro britano, incluso la presencia de esas fragatas en la bahía.

—Ya lo había pensado, señor. Cada día me urgen más y más con preguntas, especialmente Eugenia. Nada diré, puede estar seguro.

—Muy bien. Confiemos en los cielos, que nunca debemos perder la esperanza.

No comenté con la familia una sola letra de las informaciones recibidas. Pero para desgracia general en ciudad pequeña y marinera todo acaba por saberse, hasta la varada de una pequeña falúa en la Caleta. De tal forma, pocos días después era Eugenia la que me preguntaba por derecho y con temeroso tono de voz.

—Beto, he sabido que arribaron a Cádiz las dos fragatas inglesas que salieron a la mar con la corbeta de Santiago. ¿Ha sucedido algún percance? ¿Por qué no ha regresado con ellas?

—La verdad es que no quería alarmarte, querida. Conversé con el comodoro Traylor, al mando de la división, y me comunicó que *Gigante* había sido destacado a la isla Flores, muy separada hacia occidente, para transportar algunas tropas portuguesas de su guarnición. Es posible que haya sufrido encalmadas de las que son muy habituales por aquellas aguas — intentaba mentir con suficiente convicción— y el consiguiente retraso. Pero no te preocupes que pronto veremos a la corbeta *Mosca* entrar por la bahía con todo el aparejo largado a los vientos.

—No me engañes, Beto —Eugenia movía las manos con especial nerviosismo—. Si salió con esas fragatas en comisión conjunta debería regresar con ellas, aunque poco sepa de esas cosas de la mar.

—No siempre sucede así, Eugenia. A veces se destaca alguna unidad mientras sus compañeras regresan con anterioridad. No debes preocuparte.

De poco sirvieron mis palabras. También María Antonia me atacó en un aparte y a ella sí que me vi obligado a narrar la verdad desnuda. Quedó la pobre entristecida sin límite, aunque coincidió en mantener las esperanzas y no comunicar la realidad a las jóvenes. A partir de aquel día, como una actividad impuesta desde los cielos, las cuatro mujeres, con María Antonia a

la cabeza, giraban visita a la muralla y repasaban la bahía en busca de una corbeta que no aparecía.

Aunque la ausencia de *Gigante* centraba mis pensamientos, intentando recabar información de todo buque que aparecía en la bahía, pocos días después un nuevo suceso desvió mis preocupaciones por diferentes derroteros. Debo declarar con anterioridad que el marqués de Ayerbe, a pesar del fracaso en su intento por liberar a nuestro señor don Fernando, no cejaba en su empeño. Había conseguido de la Regencia permiso para intentarlo de nuevo, ahora por las costas de Galicia, aunque debió esperar a que el bergantín *Palomo*, con averías en su arboladura y aparejos, quedara alistado en conveniencia. El mismo general Escaño había ordenado, con fecha del 6 de abril, prioridad máxima al arsenal de La Carraca para que el buque fuese alistado, porque según sus propias palabras así lo exigía el bien de la Patria y la interesante comisión a que está destinado el bergantín. Y debió repetir la orden de urgencia el 26 del mismo mes, ante la lentitud en el necesario recorrido. Al mismo tiempo se autorizaba al teniente de fragata Quevedo, su comandante, a partir cuando lo juzgase oportuno, embarcando al marqués de Ayerbe con sus ayudantes, Barrau y el capitán de infantería José Wanestron.

Antes de que el bergantín se encontrara listo para salir a la mar, el día primero de mayo de 1810 se presentó en el despacho del general Escaño el capitán de navío Miguel Irigoyen, acompañado de un joven alférez de navío. Presentaba máxima urgencia por ser recibido en audiencia con don Antonio por un asunto de la máxima prioridad e importancia para la patria. Aunque estimé en principio las palabras del oficial elevadas en falsete, así se lo comuniqué al general, que lo hizo pasar. Y como saben que mi mesa de trabajo quedaba separada de la sala de don Antonio por un ligero panel pude escuchar toda la conversación.

Don Miguel Irigoyen se presentó ante el general Escaño como si lo hiciera ante un príncipe de la Casa Real, inclinando la cabeza antes de ofrecer el más augusto de los saludos.

—Quedo a las órdenes de Su Alteza, señor.

—Vamos, Irigoyen, que nos conocemos desde hace muchos años. Apee ese elevado tratamiento que no merezco. ¿Qué asunto tan urgente le trae por aquí?

—Debo declararle, señor, que he venido con la máxima urgencia acompañado por mi sobrino, el alférez de navío Mariano Julián. Este joven es portador de noticias y prendas muy reservadas, que sólo a vos y en persona ha de entregar.

—Demasiados misterios a un tiempo, Irigoyen —Escaño sonreía a un viejo amigo—. Pero si tan reservada es la cuestión, haga pasar a su sobrino sin pérdida de tiempo.

Regresó el capitán de navío hasta mí. En aquellos momentos intentaba sin éxito por mi parte enhebrar conversación con el joven, nervioso por más y apretando una carpeta de balduques dorados contra su pecho, como si se tratara del más preciado de los tesoros. Lo tomó por el brazo, atacando de nuevo la entrada del despacho.

El alférez de navío se presentó con los mismos signos de extrema deferencia ante el general. Pero no era don Antonio de los que gustaba perder tiempo en formalidades, así que lo atacó sin espera.

—Vamos, Julián, hágame saber esas noticias tan reservadas e importantes.

—Verá, señor, debo comunicarle que hasta ahora me encontraba como ayudante del general Palafox. Dada la extrema lealtad de mi familia para con Su Majestad don Fernando he sido designado para entregarle en persona una carta y una prenda dirigida a vos por nuestro Señor.

—¿Una carta y una prenda de Su Majestad? —el tono en la voz de Escaño denotaba cierta incredulidad—. ¿Puedo verlas?

—Por supuesto, señor —Julián abrió la carpeta, atenazado por los nervios, sacando de ella un abultado sobre, así como una pequeña bolsa de tafetán rojo—. Aquí las tiene.

Abrió el general en primer lugar la bolsa, comprobando que se trataba de una sortija aderezada con un precioso jasmín de brillantes. Tras repasarla a la vista, la introdujo de nuevo en su estuche, que depositó sobre la mesa de trabajo. Ahora tomó el sobre, sacando su contenido. Y como después supe por boca de mi jefe, la supuesta carta de don Fernando dirigida a don Antonio tenía por cubierta una cuartilla y cerrados de lacre sin sebo, en la que el rey le hacía tres peticiones. La primera, que hiciera llegar la carta adjunta al marqués de Villafranca, allá donde se encontrara. La segunda, que dentro de poco recibiría otra carta dirigida a él, y que debería llevar a cabo todo lo que en ella le expondría, pues así convenía a todos. También debía conservar el jasmín de brillantes que le han entregado, para corroborar la legitimidad de los pliegos. Por último, le encargaba al alférez de navío Julián. Debía mantenerlo a su lado y distinguirlo en lo posible.

El general Escaño leyó dos o tres veces la misiva, repasando el papel, así como la carta adjunta cerrada en lacre. Movié la cabeza hacia ambos lados, antes de preguntar al joven oficial.

—¿Puede explicarme cómo han llegado estas prendas a su poder?

—A través de Inglaterra y Gibraltar, señor. Un agente al servicio de la corona británica, pero fiel a don Fernando, llamado Agustín Sandoval, fue el emisario escogido. Tenía instrucciones de hacérmelas llegar a mí, para que accediera hasta su persona. He escogido el camino de que mi tío —señaló al capitán de navío Irigoyen— me abanara la misión impuesta.

—¿Dónde se encuentra este Sandoval del que me habla? ¿Por qué no ha venido él en persona? —Esaño mostraba su desconfianza a las claras, lo que aumentaba el nerviosismo del joven.

—Se encuentra en la plaza de Gibraltar. Y aunque considera peligroso dejarse ver está dispuesto a llegar hasta vos y refrendar la información transmitida, si duda de ella.

Como era condición habitual en don Antonio cuando albergaba dudas sobre algún asunto importante, antes de continuar la conversación dio un ligero paseo por su despacho. Por fin, y tras leer una vez más la carta dirigida a él por mano supuesta de don Fernando, se encaró con tío y sobrino.

—Como pueden suponer, debemos comprobar que, en verdad, se trata de la letra de Su Majestad. Mañana me reuniré con los miembros de la Regencia para tratar sobre el asunto. Les haré llegar mis noticias.

—Muchas gracias, Alteza —Irigoyen volvió a inclinar su cabeza—. Nos hospedamos en casa de mi hermana Gertrudis, a la que bien conoce, aquí en la Isla. Allí me tiene a su disposición.

—Muchas gracias.

Una vez a solas, el general Esaño me hizo llamar, pasando a comentar con detalle la carta que he adelantado. Pero seguía con demasiadas brumas en la cabeza.

—No veo clara esta maniobra. El método para hacer llegar misiva y sortija se me antojan un tanto rebuscados, con agente britano y un sencillo alférez de navío.

—A veces, señor, esos métodos acaban por ser normales. Son actos peligrosos si tenemos en cuenta que los franceses mantienen a nuestro señor apresado en ese castillo de Valençay y con vigilancia extrema.

—Puede que tengas razón. En fin, como en las primeras horas de mañana tenemos reunión en el Consejo de Regencia expondré el caso.

Tal y como me había adelantado, al día siguiente el general dio cuenta a los miembros de la Regencia de lo acaecido en la visita de los dos personajes. Les presentó carta y sortija, pasando los miembros a discutir sobre cómo indagar quien era don Antonio Sandoval, así como, punto fundamental, confrontar la letra de la carta con alguna de Su Majestad. También decidieron

que el alférez de navío Julián volviese a la Marina, graduado de teniente de fragata, quedando a las órdenes de don Antonio, que lo pasó a su ayudantía bajo mi bota directa. El general Escaño propuso que fuese el propio Julián encargado de entregar la carta dirigida al marqués de Villafranca. Aprobada su idea, se dispuso que embarcara en la primera unidad con destino a Cartagena, al haber comunicado el general Castaños que el citado marqués residía en la ciudad de Murcia como miembro de su Junta y, últimamente, capitán general del reino.

Una vez de regreso a su posada, el general me invitó a conversar con él sobre el asunto, ya que había conocido al marqués de Ayerbe a bordo del bergantín *Palomo*.

—Aunque ya mantuve alguna entrevista con el marqués de Ayerbe antes de su primer intento por las costas de Cataluña, quiero preguntarte algo, Beto. ¿Te parece persona de confianza?

—¿El marqués de Ayerbe? Confianza absoluta, señor. Estimo que su lealtad a don Fernando queda fuera de toda duda, al punto de arriesgar su vida por liberarlo de su encierro.

—Estoy de acuerdo. Como sabes, en la Regencia decidimos que el bergantín *Palomo* se hiciera a la mar en cuanto se encuentre listo, con destino a la costa gallega, embarcados Ayerbe y sus ayudantes. El buque se incorporará a la expedición del mariscal de campo Mariano de Renovales en el Cantábrico, que preparamos en estos días. Pero una vez el bergantín en Galicia, Ayerbe puede actuar con entera libertad para alcanzar la frontera francesa por tierra, como es su propósito. Aunque encuentro la operación descabellada, alega que tiene suficientes contactos para conseguir el éxito. Y como mis compañeros de la Regencia lo estiman adecuado no hay más remedio que acceder.

—Poco arriesgamos por nuestra parte, señor. Tan sólo ofrecemos un bergantín que de todas formas habría de pasar a Galicia.

—Tienes razón. Pero hemos de confrontar esta letra de Su Majestad antes de enviar a Julián hacia Cartagena con esa carta. En caso de que se estimara con seguridad que se trata de falsedad, yo mismo abriría la misiva dirigida al marqués de Villafranca. Como conoces en persona a Ayerbe, acude a visitarlo y comunícale que si a bien lo tiene acuda a mi posada a la mayor brevedad, con motivo de un negocio de extrema urgencia.

—Muy bien, señor.

No me fue fácil dar con el marqués de Ayerbe. Porque después de recorrer varias casas señoriales y posadas de lustre por Cádiz y la Isla, acabé en un

pequeño palacete cercano a la Cortadura, propiedad de un primo suyo. Me reconoció con efusivas muestras de cortesía, antes de que le ofreciera el recado. Quedó un poco sobrecogido en principio.

—¿De la máxima urgencia decís? ¿Le ha ocurrido algo grave a Su Majestad don Fernando? ¿Ha sido asesinado por los franceses?

—Nada de eso, señor. Pero preferiría que fuese el general Escaño quien lo pusiera al día.

No quiso perder un solo minuto el marqués, que me acompañó en el carruaje de don Antonio. Y ya entrada la tarde arribábamos a la posada del general, para pasar sin recibo al despacho de mi jefe.

Con rapidez, Escaño puso al marqués de Ayerbe al día de las últimas noticias, aunque no mencionara el nombre del agente asentado en Gibraltar. Y sin esperar más le mostró la carta y el jazmín de brillantes.

—¿Estima que es la letra de don Fernando?

Ayerbe la leyó detenidamente varias veces. Por fin, con una alargada sonrisa en su boca, se decidió a contestar.

—Juraría por la salvación de mi alma que estas letras han sido escritas por la mano de mi señor don Fernando. Siempre fue muy poco dado a la práctica de la escritura y observo sus habituales errores en tender algunas consonantes, así como el inadecuado empleo de ciertos artículos. En cuanto al jazmín, es de su propiedad, sin duda. Su Majestad es muy aficionado a las joyas, y creo que esta en concreto se la compró al joyero *monsieur* Chiffon hace algunos años.

—Bueno, al menos eso es una garantía. Ya veremos si llega a mi poder esa carta prometida con importantes asuntos, que no soy capaz de imaginar en adelanto. Y vos, marqués, ¿seguís dispuesto con vuestra intención de rescate?

—Desde luego. Ayer me comunicó el teniente de fragata Quevedo que saldremos el próximo día 10.

—Que la Virgen del Rosario lo acompañe en la mar. Y mucha suerte en esa arriesgada empresa que acomete.

—Conseguiré liberar a mi señor —Ayerbe sonreía con exagerado optimismo—. Y lo tendré al día de lo que me ocurra, no lo dude.

—Así lo espero.

No fue el día 10 cuando el bergantín *Palomo* abandonó la bahía gaditana con destino a las costas gallegas, sino el 29 por problemas de última hora, así como la necesidad de reforzar su dotación que contaba con 79 hombres solamente, el gran problema de aquellos días. Y así quedamos a verlas venir, aunque ya digo que don Antonio descargaba pocas esperanzas en aquella empresa.

Pasaron las semanas con exasperante lentitud y sin noticias. Y no me refiero a la suerte corrida por el marqués de Ayerbe, que ya se fundía tal faena en nebulosa por mi cerebro, sino a la continuada ausencia de mi cuñado *Gigante*. De esta forma, abordamos los últimos días de mayo con escasas esperanzas por mi parte, aunque siguiera elevando piadosas mentiras en el palacio de la cabe de la Amargura. La situación llegó a ser tan angustiada para mi ánimo que arribaba a la posada familiar con el corazón encogido. Sabía que encontraría el rostro de Eugenia en muda pregunta, para pasar a los sollozos sin solución de continuidad. Y como no hay peor condición en esta vida que el dolor sin posible remedio, también yo caí en la desesperanza.

El día 4 de junio fue de los de ronza y Satanás, como solía decir un viejo contramaestre a bordo del bergantín *Penélope*. Aunque ya estaba acostumbrado a la dura actividad del general Escaño, aquella jornada había comenzado con las primeras luces, reuniones y notas en servicio de postas, para acabar ya casi sin luces en la posada del general. Y se debían mostrar los rastros en mi cara porque don Antonio me espetó a la brava.

—Te veo derrotado de cuerpo y alma, Beto.

—No lo crea, señor, tan sólo un poco cansado. Anoche debí sufrir una vez más las mil preguntas habituales por parte de mi cuñada y el resto de la familia. Ya no encuentro respuestas que ofrecer.

—Lo comprendo. Es una situación difícil de encarar y sin solución a la vista, bastante habitual entre los hombres de mar a través de los siglos. Te hace falta embarcar. A ver si en una de las fragatas que se alistan en estos días para correos con las Indias pudiera encontrarte sitio —me ofreció una sonrisa paternal—. Pero, por favor, tranquilo y sin nervios. Nada te prometo. No obstante, en un par de meses es posible que te encuentres de nuevo en la mar.

—¿Lo dice en serio, señor? Por todos los santos que reinan...

—Te repito que nada puedo prometer en firme. Pero puedes estar seguro de que lo intentaré. Y ahora marcha a casa. Descansa y consueta a las mujeres. Es triste decirlo, pero comienzo a perder las esperanzas sobre *Gigante*. Ya han pasado demasiadas semanas.

—¿Qué le puede haber sucedido?

—¿Quién puede saberlo? Son muchos los buques que se han perdido en la mar sin que jamás nos alcanzaran noticias de las posibles causas. Si se tratara de navegación oceánica o de exploración por costas desconocidas, podríamos albergar dudas todavía —la voz del general se entristecía, conforme avanzaba en unas frases que le costaba pronunciar—. Pero en una derrota sencilla entre islas, a escasa distancia y sin temporal abierto, porque tal situación también se

habría sufrido en el resto del archipiélago, es necesario admitir que el buque debe haberse perdido sin remedio.

—No puedo creerlo —musité con voz queda—. *Gigante* jamás perdería su buque.

—Siempre es duro comprender algo así. También yo lo siento muy dentro, que mucho aprecio a ese muchacho. Regresa con la familia. Mantén la esperanza de las mujeres mientras sea posible y miente con piedad. El tiempo les irá conformando esa penosa idea.

Como es fácil suponer, aquel día regresé a casa con el ánimo abatido en los fondos. En mi interior reconocía que el general Escaño tenía razón y era necesario admitir como muy remotas las posibilidades de que *Gigante* regresara junto a nosotros alguna vez. Sentí cómo un fuerte nudo se cerraba en el estómago, al tiempo que un sentimiento de infinita tristeza inundaba mi alma. Pero era necesario continuar, como tantas veces había escuchado en boca de mis compañeros. Cuando cruzaba el portón en la calle de la Amargura intenté cambiar el rostro y no mostrar la realidad de mis pensamientos, una tarea casi imposible.

25. Triste encuentro

Cuando el crepúsculo comenzó a perfilar suficientes luces, el panorama que se abría ante nuestros ojos en la ensenada de las Conchas era desolador. Nada de olas suaves atracando en rizos sobre la arena, o aguas azules y transparentes en superficie de plata. Por el contrario, a la vista se ofrecía una espantosa mezcla de maderos quemados, jarcias y masteleros en reliquias, cuerpos ennegrecidos entre dos aguas, palletes destrozados y miseria flotando por los cuatro puntos cardinales. Sentí una enorme tristeza al comprobar la magnitud del desastre. Porque los hombres de mar nunca se alegran de tales situaciones, aunque las sufra el más encarnizado de los enemigos. Siempre tenemos presente que tal desventura podemos padecerla en carne propia el día de mañana.

Ya se encontraba el sol creciendo por encima de las lomas, mientras los pesqueros y botes seguían buscando posibles náufragos, perdida toda esperanza. A bordo y a causa de los destrozos en vuelo de la fragata, habíamos sufrido solamente tres contusionados de escasa importancia. Acababa de fondear la *Mosca* por fuera de la ensenada, al límite de los cables, cuando el capitán Oliveira acudió a mi cámara para ofrecerme el primer recuento.

—Por nuestra parte, dos soldados muertos y cinco heridos, uno de ellos con escasas esperanzas de vida. Cuando se produjo la terrible explosión, el personal de uno de los botes, aferrado con el arpeo, abordaba ya la fragata. Se adelantaron a la orden y pagaron muy cara su valentía anticipada. En cuanto a los franceses, hemos recogido de las aguas a 86 hombres, algunos de ellos con graves quemaduras o descoyuntados de huesos. Tan sólo medio centenar ileso. Un verdadero desastre.

—¿Algún oficial con vida?

—Solamente un joven alférez de navío, señor. Y para alargar la cuenta negra, asegura que la dotación estaba compuesta por 324 hombres. Nunca

pensé que se pudiera producir tal mortandad en un buque.

—Cuando revienta en fuegos la santabárbara de una embarcación suele producir un desastre de incomparable magnitud. Todavía en las próximas jornadas la mar continuará devolviendo cadáveres a la costa. Rezaremos un responso en la bahía por el eterno descanso de sus almas. Y si le parece bien, capitán, que sus hombres entierren a los muertos.

—Ya estamos en ello, comandante.

Regresamos a Santa Cruz con el ánimo alicaído, aunque hubiésemos triunfado por largo en la empresa. Embarqué a los supervivientes así como a los heridos, que recibieron a bordo la única asistencia posible: unas palabras de ánimo y algunos ungüentos, una vez acabado el escaso láudano a disposición. Había conversado con el joven oficial francés, afortunadamente ileso, que me confirmó el rápido combate mantenido en la niebla con la *Mosca* semanas atrás. Para mi satisfacción me aseguro que también habían sufrido con nuestros disparos, al resultar muy dañado el pasamanos de babor y en pleno desbarate su lancha. Le comuniqué mi intención de transportarlos hasta Punta Delgada y dejarlos allí en calidad de prisioneros. Mostró su conformidad, al tiempo que me agradecía en sinceros las medidas tomadas por mi parte. Como triste resumen, la cifra de supervivientes quedó reducida a 78, tras morir algunos en visible sufrimiento. El monto total de los caídos a bordo de la fragata *Clementine* se elevaba a la terrible cifra de 246.

Una vez más, nos despedimos de nuestros amigos portugueses, aquellos que debían permanecer en la isla de las Flores en puesto de guarnición. No pudimos beber una última copa de aguardiente porque no restaba una gota. Sin embargo Pepe consiguió unas pocas frascas de vino, posiblemente a través de inconfesables caminos. Volvimos a abrazarnos por última vez, trazando nuevos encuentros para el futuro.

Con las primeras luces del día 9 de mayo abandoné la recogida bahía de Santa Cruz, donde había escrito una página más de mi vida dedicada a la Real Armada. Y sin dudarlo largamos a los cielos todo el aparejo, aproando al sudeste cuarta al este. Aparejamos al límite de la bolina, con el viento entablado del nordeste, en demanda del canal de San Jorge, que separa la isla de dicho nombre de las de Faial y Pico. Y como suele ser habitual tras haber sufrido trances de guerra, ahora me acuciaba una enfermiza prisa por arribar a Cádiz, pensando una vez más en la suerte que podría haber corrido mi familia. Por fortuna, el viento se elevaba a fresco, una vez separados quince millas de la isla, con lo que establecí como posible recorrer aquellas 150 millas iniciales a una velocidad aceptable.

Para bien o para mal, ya sabemos que en la mar todo deseo queda prendido en el aire. Y no se decidió el dios Eolo a mi favor en la ocasión. Su soplo fue decayendo, hasta entrar en calmazo puro aquella misma tarde. De esta forma y con vientos posteriores del primer cuadrante, atravesamos el canal de San Jorge en la mañana del día 11, pudiendo divisar el majestuoso Pico del que tanto me comentara Pepe. Enmendé ligeramente a babor lo que me concedía el viento, para arrumbar por derecho a la costa sur de la isla de San Miguel, dejando la isla Tercera a babor, que avistamos en la distancia. Y con ese tontoneo sin fin al que nos sometieron los cielos, con más encalmadas de las solicitadas, daba fondo frente a Punta Delgada en la amanecida del día 16. Me encontraba en el alcázar comprobando la maniobra de anclas cuando pregunté al capitán Oliveira.

—¿Conoce al general Teixeira personalmente, capitán?

—Sí, señor. Estuve a sus órdenes directas en Lisboa, hace un par de años. Y si quiere saber mi opinión sobre él con toda sinceridad, sólo puedo decirle que no debe creer en sus palabras, que lanzará siempre en beneficio propio. Si le parece bien preferiría permanecer a bordo. Bueno, la verdad es que no me agradaría visitar al general, de quien no guardo buenos recuerdos.

—No se preocupe. Como se encuentra embarcado en la corbeta bajo mi mando soy yo quien debe decidir quien baja a tierra. Y pienso acudir a esa visita protocolaria en solitario.

—Muchas gracias, comandante. Es posible que no lo encuentre, porque tiene fama de viajar mucho entre Punta Delgada y Angra do Heroísmo.

—Gracias por su información. En ese caso volveré y saldremos hacia España sin esperar su regreso.

Como seguía urgido por las enfermizas prisas, sin perder un minuto vestí uniforme grande, convenientemente engalanado, al tiempo que ordenaba alistar la lancha. Poco después me separaba de la *Mosca* con Okumé a la caña, en dirección al embarcadero de Punta Delgada. Una vez en tierra y tras preguntar por la residencia del gobernador, me dirigí hacia un edificio de regular tamaño y color amarillento que se divisaba en la distancia. Tal y como comprobé poco después, se trataba del monumento central de una amplia plaza, posiblemente la principal de la ciudad.

Ataqué la sede del Gobierno con ciertas dudas en la sesera. Porque en caso de no encontrarse el general en la ciudad, tal y como había asegurado a Oliveira, no estaba dispuesto a esperar durante días su regreso y cumpliría con el oficial de mayor graduación en la isla. Sin embargo, tras presentarme a un

coronel espigado y amable, fui pasado con escasa espera de recibo a presencia de quien mandaba en el archipiélago.

El general Teixeira me recibió con extrema cortesía, abandonando su mesa y saliendo a mi encuentro en una alargada sala que más asemejaba a salón de baile que a estudio de trabajo. Era un hombre exquisito de maneras, sesentón largo, alto y delgado como botalón de bauprés y con cabeza donde destacaba una generosa mata de pelo en bucle completamente blanco. Me ofreció una amable sonrisa.

—Bienvenido a Punta Delgada, comandante Leñanza. Mucho me ha hecho sufrir su inicial retraso y, con posterioridad, las noticias recibidas por boca del teniente de navío Craine.

—Como ya sabrá las causas que originaron mi retraso no creo que sea necesario repetirlas. Pero ya le adelanto en agradecimiento que habría quedado la corbeta *Mosca* para siempre en aquellas aguas si no hubiera recibido la incondicional ayuda de sus hombres y del personal civil de Santa Cruz. Conseguimos dejar la *Mosca* en perfectas condiciones tras muchas semanas de trabajo, lo que bien puede ser considerado como un milagro. Cuando me disponía a regresar a Punta Delgada, una patrulla de soldados descubrió a la fragata *Clementine*, de 42 cañones y 324 hombres de dotación, fondeada en la ensenada de las Conchas. Decidí intentar su abordaje en la noche y así se lo comenté a los capitanes Lopes de Moura y Oliveira. También ellos se ofrecieron a cooperar, considerando mi idea como factible. Por fortuna la operación conjunta de pesqueros, soldados portugueses y marinos españoles fue un éxito.

Pasé a narrarle con detalle lo sucedido en la ensenada de las Conchas, con la explosión final de la fragata francesa. También le expuse la espantosa mortandad producida y acciones posteriores. Sin embargo no me pareció advertir en su rostro extrema alegría por el éxito obtenido, tal y como esperaba, sino más bien un gesto de ligera reconvención. Y así me lo expresó a las claras, nada más acabar mis palabras.

—Me alegro de que hayan acabado con ese corsario, especialmente siendo quien lo había cañoneado en la niebla. Debemos evitar que pululen esos buques franceses por estas aguas y por esa razón se llevó a cabo el despliegue de nuestros hombres. No obstante he de decirle, comandante Leñanza, que debía haber solicitado mi permiso antes de llevar a cabo el ataque.

Quedé con el ánimo en suspenso, como si escuchara las palabras de un enajenado. Y como no andaba mi sangre para escuchar bobadas en ristras me lancé a la arena con la mochila bien cargada.

—Lamento decirle, señor general, que no le admito de ninguna forma tal reproche —el tono de mi voz era firme y decidido—. En primer lugar, como comandante de un buque de la Real Armada puedo decidir entrar en combate contra una unidad enemiga cuando lo considere oportuno, a no ser que disponga de instrucciones específicas en contra de mi mando, que es sin duda el comandante general de la escuadra del mar Océano española. En cuanto al apoyo de las fuerzas portuguesas, los oficiales al mando en la isla así lo decidieron, y no entro en un ámbito que no es de mi competencia. Pero permítame exponerle con toda sinceridad que esa idea de solicitar su permiso es un tanto descabellada, al menos para un sencillo hombre de mar como yo, a no ser que piense como posible un vuelo en las alas de un cormorán. ¿Pretende decirme que debía navegar hasta Punta Delgada y regresar a la isla de las Flores con su permiso, antes de atacar a una fragata que con toda seguridad ya no se encontraría allí? No soy capaz de comprenderlo.

—No creo necesario recordarle que se encontraba bajo las órdenes del comodoro Traylor y debía seguir sus instrucciones —la voz del general se había endurecido, así como el gesto adusto de su rostro.

—Está equivocado de parte a parte, señor general, o desconoce las instrucciones establecidas para esa comisión. Me incluyeron en la división del capitán de navío Traylor para un específico transporte de tropas portuguesas hasta este archipiélago. Puede estar seguro de que el comodoro habría atacado en la ensenada de las Conchas, como lo intentamos a la vista de una fragata cerca de esta isla, que salió en escape. Cuando invité al comandante del bergantín *Castor* a unirse para el ataque, cuya negativa no comprendo y comentaré en Cádiz con los oficiales superiores británicos, ya las fragatas *Diomedea* y *Arethusa* habían abandonado estas aguas. Pero aunque se hubiesen encontrado en esta isla no habría recorrido quinientas millas para pedir el permiso del comodoro. Es obligación de todo comandante de un buque en la mar hacer el mayor daño posible al enemigo, siempre que se le ofrezca la ocasión. Todo ello sin olvidar que la misión principal en la que cooperamos británicos y españoles era impedir el asentamiento de corsarios franceses. La operación se presentaba factible y decidí acometerla.

—Con mis soldados.

—Ese aspecto fue decidido por los oficiales portugueses al mando, sobre los que no ejerzo jurisdicción si no se encuentran embarcados en mi buque. De todas formas, y ya que insiste en sus palabras, protestaré enérgicamente de su reconvención verbal al comandante general de la escuadra española en Cádiz, así como al comodoro Traylor, para que lo haga llegar al almirante

Purvis —ahora mi voz sonaba con extrema decisión, bordeando la correcta fórmula, pero sentía como mi sangre se levantaba en ampollas—. Le repito que no estoy bajo sus órdenes, señor general. Si he hecho escala en Punta Delgada ha sido de forma voluntaria y por mera cortesía, para informarle en persona sobre el combate mantenido en aguas de la isla Flores, una decisión de la que en verdad me arrepiento. Esperaba que sería una satisfacción para vos tener conocimiento de que había sido destruida una fragata corsaria en sus aguas, aunque siento haberme equivocado. Le repito que el motivo por el que precisamente transportamos las tropas portuguesas hasta estas islas, y que a punto estuvo de hacerme perder la corbeta *Mosca*, era evitar el asentamiento de corsarios franceses en sus costas.

Ante el tono y contenido de mis palabras en grueso, pareció cambiar de pronto el talante exhibido por el general, a quien en mis adentros habría deseado abatir a trompazos por su incomprensible aptitud. Pensé para mis adentros que con personajillos como aquel sería imposible ganar una guerra. Mostró una amplia sonrisa antes de continuar, ahora con un tono de voz dulzón.

—Por favor, comandante, no ha de tomar mis palabras como un reproche. Tan sólo intentaba aclarar las normas que suelen regir entre los diferentes mandos. Pero le felicito por su valor y el éxito conseguido.

—Perdone que le sea nuevamente sincero, señor, pero he entendido perfectamente lo que quería decir. Y le repito que no admito ni el fondo ni el tono empleado en sus palabras. Además, conozco perfectamente las normas que suelen regir entre los diferentes mandos, tal y como dice, aunque olvida que vos no sois uno de ellos respecto a mí. Y si no desea nada más, debo retirarme a mi buque para salir en dirección a Cádiz sin pérdida de tiempo.

—Vamos, comandante —nueva sonrisa de complacencia y tono engolado, que me exasperaba más todavía—, debe tranquilizarse. Esperaba que honrara mi mesa con su presencia esta noche. Así podremos celebrar el éxito de haber hundido una fragata enemiga.

—Un éxito que no se habría producido si hubiera empleado bastantes días en navegar hasta esta isla para recabar su permiso, tal y como me ha exigido —ahora fui yo quien mostró una falsa sonrisa en el rostro—. Mucho le agradezco su invitación, señor, pero debo salir hacia Cádiz sin pérdida de tiempo. Tan sólo desearía que me envíen un lanchón y desembarcar los 78 prisioneros franceses que mantengo a bordo.

—No creo —tartamudeó ligeramente antes de continuar—, no creo que pueda hacerme cargo de esos hombres. Son sus prisioneros, comandante.

—Estimo que está en un nuevo error, señor general. Se trata de prisioneros hechos por sus hombres en la isla de las Flores y a ustedes les corresponde la custodia. Me ofrecí de forma voluntaria a transportarlos hasta aquí, al igual que embarqué más de cien hombres del Ejército portugués bajo el mando del capitán Obrara con destino a la bahía gaditana, tal y como me comunicó de su parte el comodoro Traylor. En Cádiz sufrimos un importantísimo problema de seguridad con miles de prisioneros franceses, que han de ser enviados con urgencia a las islas españolas y a Inglaterra. Si no envía un lanchón a recogerlos buscaré alguna solución alternativa. Puedo imitar al general Escaño.

—¿Al general Escaño? ¿No es uno de los miembros del Consejo Supremo de Regencia?

—En efecto, señor. Ha sido mi jefe directo durante los últimos años e intento imitar a tan extraordinario general de la Armada en todo momento. Cuando durante la guerra a la Convención francesa mandaba el navío *San Ildefonso*, debió transportar refugiados toloneses al puerto de Liorna. El gobernador de la plaza alegó no disponer de instrucciones sobre los refugiados, negándose a autorizar su desembarco. No dudó el general Escaño en la ocasión autorizando su escapada durante la noche. A la mañana siguiente, informó a la autoridad de que los toloneses se han evadido sin su permiso y durante la noche, pero que se encuentra dispuesto a embarcarlos de nuevo si las autoridades se los entregaban. Como era de esperar, no apareció ninguno de los evadidos, pobre gente que había perdido casi todo.

Sabía que lanzaba un órdago a la cara de todo un general gobernador, pero no soportaba un segundo más en presencia de aquel melifluido e incapaz personaje. Volvió a dudar el general, que empleó de nuevo un tono obsequioso.

—No creo que sea capaz de tal acción.

—Puede creerme, señor. No pondré en peligro al personal de mi buque en ningún caso, ni racionaré los víveres a bordo por su culpa durante quién sabe cuánto tiempo. Le repito que esos franceses se rindieron al capitán Lopes de Moura.

—Por cierto —se evadió el general por una rama—. ¿Por qué no ha venido el capitán Oliveira con vos a mi presencia?

—No lo estimé conveniente, señor. Como tropa embarcada en un buque bajo mi mando se encuentran a mis órdenes. Y decidí acudir en solitario. Pero si así lo desea lo desembarcaré para que converse con él, mientras llevo las anclas y emprendo el tornaviaje hacia España.

Se giró Teixeira para dirigirse hacia su mesa. Quedé en medio de la sala, esperando su respuesta. Sin saber a ciencia cierta la razón en aquel momento comprendí que lo tenía bien tomado por sus huevos y podía apretar lo que estimara adecuado. Ahora escuché su voz en la lejanía.

—Enviaré un lanchón del puerto a recoger esos prisioneros.

—Le estoy muy agradecido por su colaboración, señor general. Ha sido un verdadero placer conocerle.

Lancé las últimas palabras con retranca y sin pronunciar palabra más me giré para salir de la sala. De esta forma abandoné el edificio, con Okumé a mi lado, y las venas todavía agitadas por el temporal interno. Sin embargo sonreía con cierta felicidad. Creí que le había ofrecido a un imbécil la medicina que merecía.

Aquella misma tarde entregamos los prisioneros a un teniente portugués. Para tal fin enviaron una pequeña lancha, que debió llevar a cabo tres recorridos. Una vez liberado de la carga, mandé levar las anclas y arrumbar por derecho al sudeste, con la proa en dirección al cabo de San Vicente. Para nada pensaba en tomar resguardos de la costa u otros condicionantes. Por el contrario, tan sólo me urgía llegar a la bahía gaditana cuanto antes.

* * *

Mucho se alargaron las más de mil millas que hube de navegar en la derrota definitiva. Como había perdido toda confianza en el piloto, a quien consideraba sin un gramo de responsabilidad e informaría en conveniencia al llegar a puerto, lo sustituí por el pilotín, que a pesar de su juventud mostraba más talento y cordura. De todas formas, tanto Ibarreche como yo colaboramos en las observaciones astronómicas, conforme nos acercábamos a la península Ibérica.

En los primeros días, el viento del primer cuadrante y fresco de fuerza nos alentó para navegar a un largo y tragar millas sin cuento. Sin embargo creo que fue al final de la primera semana cuando roló al tirón para pasar a un sudeste sucio, que apenas lamía nuestras velas en globo. Debí llevar a cabo una bordada a babor, con proa al este nordeste, para pasar dos jornadas después a un franco sudeste. Y hasta el día 30 de mayo no dio el vigiador la voz de tierra, comprobando que era buena la última situación astronómica calculada, porque recalamos marcando el cabo de San Vicente casi al levante y unas 16 millas.

Volvimos a lamer las piedras de ese cabo con tan malos recuerdos para la Real Armada, momento en el que la mar y el viento quisieron ofrecernos una sacudida final. Se entabló el viento del sudoeste y cascarrón de fuerza con inesperada velocidad. Y aunque asomaba rumazón con malos ojos por el sur, ya me creía capaz de soportar el juicio final sin que mudara el semblante una gota. Así pareció entenderlo el contramaestre, que también había superado el listón de las penalidades.

—Parece que esas nubes amparan velas en negro por su cola, señor.

—Es posible. Dejemos mayores y gavias con una faja tomada de momento, don Sebastián, y a verlas venir. De todas formas, mientras se mantenga desde esa dirección nos aúpa con fuerza hacia nuestro destino.

Aunque alcanzara en algunos momentos la estadía del ventarrón, lo que nos obligó a aferrar las gavias, ni siquiera negamos a preparar la capa. Creo que ya dábamos por ganada cualquier batalla que se pudiera entablar contra viento y mar. Y así sucedió, porque comenzó a decaer el viento al día siguiente hasta asentarse en un frescachón recio y limpio que nos hacía cabalgar leguas al vuelo. El capitán Obrara, que había sufrido escasas navegaciones con vientos duros, pareció aliviado.

—Me temía un temporal en toda regla, señor. Y la verdad que nada más le falta por acometer a esta corbeta desde que salió de Cádiz.

—Cruzamos el meridiano de la mala suerte, capitán. Eso al menos aseguran los nostramos, cuando se ha salido de algunos trances y el buque se cree capaz de soportar el viento del infierno. Pronto arribaremos a nuestro destino sin contratiempos.

—Quiero que sepa, señor, que ha sido un placer y un honor haber navegado y luchado bajo su mando.

—Lo mismo le digo, capitán. Una vez se encuentre acuartelado en Cádiz espero que podamos vernos algunos días con la suficiente tranquilidad.

—Será un verdadero placer.

Por fin, como meta que se alargaba por el horizonte sin remedio, el día 4 de junio a media mañana doblamos la punta Candor, avistando esa bahía que colmaba uno de mis más repetidos sueños. Aunque pensaba fondear por fuera y ofrecer a todos el merecido descanso, como no sabía bien la situación de las posibles baterías francesas y soplaba un poniente fresco, arrumbé hacia dentro de los caños con todo el aparejo sin dudarle. Por último, traspuesta la meridiana largaba las anclas en la poza de Santa Isabel, a la vista del arsenal de La Carraca.

Urgido por nervios desatados, tomé la lancha para dirigirme hacia el navío insignia de la escuadra, que suponía atracado en el arsenal. Y pocos minutos después pisaba su cubierta, preguntando a un joven guardiamarina por el segundo comandante, capitán de navío Urriortúa. Por fortuna me llevó hasta él con rapidez. Y nada más divisarme en la puerta de su cámara mudó su rostro, como si acabara de avistar una aparición infernal.

—¡Leñanza!

Vino hasta mí a la carrera, para tomarme por los hombros y masajear mis brazos, como si deseara comprobar que era persona de carne y hueso.

—¿Qué le sucede, señor?

—Por todos los santos de la mar, Leñanza, que ya lo habíamos dado por perdido con su corbeta *Mosca*.

—¿Perdido? ¿Por qué? —no acaba de comprender tan alarmante sorpresa.

—Porque hace más de un mes arribaron las dos fragatas britanas sin noticias de su comisión a esa isla oriental de las Azores. Creo que habían enviado un bergantín o una goleta para recabar su posible desaparición. Y como pasaron las semanas supusimos que dado el estado de su buque habría sido engullido por la mar.

—La corbeta *Mosca*, señor, se ha portado como una magnífica unidad, se encuentra en perfectas condiciones y lista para rendir servicio, en cuando mis hombres descansen algunos días. Debo desembarcar más de cien soldados portugueses que se encontraban de guarnición en la isla de las Flores, cuyo relevo destaqué. Es cierto que tuve algún contratiempo como un combate en la niebla, varada en las rocas, carena de la corbeta en una playa a la tumba y, por último, hundimiento de una fragata francesa corsaria en la ensenada de las Conchas. Por lo demás, sin novedad.

—¿Nada más? —ahora Urriortúa batía palmas, entrado en risas—. Por todas las zorras del harén argelino que no lo creará el comandante general de la escuadra. Vayamos a verlo y quizás sus noticias levanten su moral, que anda hoy un tanto por los suelos.

—Antes, señor, desearía saber si ha tenido conocimiento de la gestión realizada por mi cuñado, el teniente de navío Pignatti. Debía rescatar a nuestras familias de manos francesas, en una hacienda que poseemos en la provincia de Murcia.

—Esa fue otra proeza muy comentada en la escuadra, hace un par de meses más o menos. Escaparon de la costa murciana a bordo de un pequeño pesquero y sufrieron temporal. Por suerte se cruzaron con el bergantín

Palomo, que regresaba de Cataluña. Transbordaron y hasta aquí llegaron sin más...

—¿Mi familia se encuentra en Cádiz? —ahora los nervios vibraban con más fuerza que en el momento de abrir fuego contra la fragata francesa.

—En efecto. Según creo, se alojan en un palacete por la calle de la Amargura, propiedad de su madre o algo parecido.

—¿Llegaron todos sin daños? Quiero decir las mujeres, los niños y...

—Todos sin novedad. Creo que su cuñado se llevó por la proa un buen número de gabachos en aquellas tierras. Pero vayamos a la cámara del general Villavicencio.

—La verdad, señor, desearía abrazar cuanto antes a mi mujer y a...

—Eso después. No perdamos tiempo.

También reaccionó con sorpresa el general don Juan María de Villavicencio, a quien conociera en el arsenal de La Habana cuando mandaba el bergantín *Penélope*. En ese momento se encontraba acompañado por el teniente general Cayetano Valdés y el jefe de escuadra Juan de Dios Topete. Como es de recibo, debí relatar paso a paso todo lo sucedido desde que abandonara la isla Tercera en demanda de la de Flores. Y conforme pasaba de un tema a otro, podía comprobar su asombro, momento en el que también yo comprendí que no se trataba de una narración habitual, tras haber sufrido todo tipo de percances. El general Valdés fue el primero en hablar.

—Enhorabuena, Leñanza. No lo veía desde que me llevó a Cartagena aquellas órdenes reservadas del general Escaño, pero ya veo que sigue afrontando operaciones de riesgo. Muy triste se encuentra su antiguo jefe y miembro actual de la Regencia al estimar que se había perdido con su barco.

—Una fragata corsaria echada a los fondos —repetía Villavicencio abierto en sonrisas—. Ya veo que sigue fiel a las costumbres de su padre. También yo lo felicito. Es bueno recibir noticias tan alentadoras, cuando en este teatro ibérico la guerra anda un tanto desbaratada. Y no se preocupe por esa penosa relación entablada con el general Teixeira, que es un cretino de escaso cerebro. Y no se irá de rositas en la ocasión, porque lo pondré en conocimiento de quien ha de saberlo.

—Muchas gracias. Por cierto, señor, cuando habla de tantos males ¿se refiere a la isla gaditana? ¿Se encuentra Cádiz en peligro?

—Nada de eso. Se formalizó esta especie de sitio, pero no podrán tomarlo los franceses. Cañonean a intervalos desde el bajo de la Cabezuela, pero con escasos daños. Me refiero a la guerra en general.

—Me acabo de enterar por el capitán de navío Urriortúa de que mi familia llegó sin daños a esta plaza a bordo del bergantín *Palomo*.

—Otra proeza la de ese Pignatti —volvía a sonreír el general—. Bien que se jugó el pellejo. Pero supongo que estará deseando ver al general Escaño y contarle sus aventuras.

—Con toda sinceridad, y si me lo permite, señor, en estos momentos desearía abrazar a mi familia, a la que no veo desde hace más de dos años. Ya tendré tiempo mañana para contar al general mis episodios.

—Tiene razón. Tome mi carruaje y acuda a Cádiz. Enviaré recado al general Escaño para su tranquilidad.

—Mucho se lo agradezco. Tan sólo deseo comunicarle, señor, que se encuentran a bordo 106 soldados portugueses bajo el mando del capitán Oliveira. El comodoro Traylor me ordenó llevar a cabo el relevo de la guarnición en la isla Flores y transportarlos hasta aquí.

—De acuerdo. Se lo comunicaré al general inglés para que los desembarquen. Pero no pierda minutos y acuda a abrazar a su familia, que se lo tiene merecido. Por favor, Leñanza, cuando disponga de tiempo, hágame llegar un informe completo y detallado de su comisión, desde que salió de Cádiz en los primeros días de marzo hasta hoy. No debemos silenciar estos hechos, sino recompensarlos como se merecen.

Aunque sonaran aquellas palabras a un posible ascenso y gustara de tal posibilidad, mi cerebro navegaba ya millas a proa. Con alas en los hombros tomé el carruaje ofrecido en compañía de Okumé, dirigiéndonos con todo el aparejo largado hacia la perla gaditana.

Cuando paró el carruaje junto al palacio de la calle de la Amargura me llegaron al cerebro recuerdos en racimo. Entre aquellas paredes se habían vivido momentos importantes e inolvidables de mi existencia, buenos y malos. La muerte del tío Santiago, la de mi padre y hermano menor, mi boda y casi toda una vida. Ensimismado en lejanos pensamientos, Okumé golpeó con fuerza la aldaba en forma de león. Escuchamos pasos, hasta que un joven abrió la puerta con suavidad. Reconocí a Miguelillo, el nieto de Simón, que nos venteara las reses en el Garbanzal cuando era un niño. De nuevo, como maniobra repetida, mostró incredulidad y asombro, abriendo la boca al palmo.

—¿Qué sucede, Miguelillo? ¿Es que ya no te acuerdas de mí?

El joven, que ya mostraba cuerpo de mozo hecho, en lugar de contestar salía corriendo hacia el interior gritando a pulmón.

—¡Es don Santiago! ¡Acaba de regresar don Santiago! ¡Juro que es cierto!

Cuando alcanzábamos el patio del aljibe, ya se escuchaba una marabunta por la casa, como si se hubiera ordenado zafarrancho general. Y pocos segundos después comprobaba como Eugenia bajaba por la escalera a la carrera y tanta era su velocidad que temí una posible caída. Al verme, comenzó a gritar entre sobozos.

—¡Es verdad! ¡Santiago!

Dio comienzo uno de esos momentos que jamás se olvidan, de los que debemos guardar en la sesera para cuando nos ataquen los vientos malos y sea necesario reponer imágenes dulces en compensación. A los pocos segundos me rodeaban todos, besando y tocando mi cuerpo como si se tratara de un ánima aparecida entre tinieblas. También percibí la sonrisa de satisfacción en el rostro de Beto, apartado algunos metros. Me dije que esa es la verdadera felicidad, porque tales segundos de extremo placer conforman las reliquias de toda una vida. Y como es fácil imaginar, subí entre mis brazos al pequeño *Pecas*, riendo para mis adentros al comprobar que era la fiel estampa de mi tío Santiago. Pero también al comprobar el cuerpo del pequeño Beto, a quien ya apodaban *Gigante*, comprendí que se habían cambiado las crías en cruce con el paso de los años. Después de todo, no estaba mal que una nueva pareja como aquella se abriera paso en la vida y, posiblemente, acabaran sirviendo en los buques de la Real Armada, con los mismos apodos que hicieran famosos a sus antepasados.

Aunque la guerra contra el francés continuaba, por mi cerebro sólo desfilaban escenas de gozo y placer. Ni siquiera recordaba ya la ensenada de las Conchas.

Epílogo histórico

Como en las demás obras de esta colección de novela histórica naval, a veces es necesario que mis personajes de ficción suplanten a los verdaderos. Por esa razón Santiago de Leñanza, como comandante de la corbeta *Mosca*, ha ocupado el lugar del teniente de navío Ramón María de Esquivel, quien merece reconocimiento por haber hundido una fragata francesa en las Azores con el auxilio de tropas portuguesas, en circunstancias de especial dificultad, que mucho dicen de su valor y osadía. Después de todo, no es más que uno de los muchos hechos gloriosos de la historia de la Real Armada, desconocidos en general por la mayor parte de los españoles.

En cuanto a los intentos del marqués de Ayerbe por liberar a su señor don Fernando, no le cupo la suerte esperada. Tras entrar inicialmente en Vigo, pasaba con el bergantín *Palomo* a La Coruña, donde debió retrasarse en espera del mariscal de campo Renovales, que preparaba la expedición sobre el Cantábrico. Mientras el *Palomo* era agregado a dicha operación, el 13 de septiembre el marqués de Ayerbe, acompañado del capitán José Wanestron, emprendía la marcha al Roncal. Convenientemente disfrazados, un par de criados se hacían cargo de una recua de dos Mulas, cargadas para asegurar su camuflaje. Tanto Ayerbe como el capitán se cosieron mil duros en onzas de oro, en dos cintas por debajo de la camisa, así como mil reales en bolsa con monedas para el camino. Alcanzaron el pueblo de Ezcaray, con cuyo cura se habían asociado, pero habiendo llegado al último corral existente de Lerín a Berbinzana, eran asaltados por dos hombres vestidos de soldados de Caballería, con sus trabucos y sables. Aunque reconocieron sus pasaportes y manifestaron que los llevarían a Calahorra, les obligaron a atravesar la sierra del Pinar, donde les robaron el dinero y mataron a sablazos.

No parece que Su Majestad soñara en exceso con escapar del castillo de Valençay hacia España, porque ya lo había demostrado muy a las claras en el intento anterior, llevado a cabo por el barón de Kolly. Por aquellos días, don

Fernando tan sólo pensaba en congraciarse con Bonaparte, denigrándose las más de las veces con vergonzosas adulaciones y propuestas de sumisión, soñando emparentar con él a cualquier precio. Demostraba una vez más su cobardía, indigna doblez y falta de resolución.

Para desgracia de la Armada, semanas después se perdía el bergantín *Palomo* en el temporal sufrido en la ría de Vivero, en compañía de la fragata *Magdalena*.

Por último, y como remate a este volumen duodécimo, quiero expresar mi tristeza cuando leo diferentes obras sobre la historia de España, algunas con profusos y numerosos volúmenes a disposición. Digo esto porque cuando tales trabajos enfocan en particular, y a veces con muy concisos detalles, la conocida como Guerra de Independencia, no se menciona a la Real Armada en ningún momento, como si se tratara de institución desaparecida por mágico encanto del mapa hispano. Se trata de un vergonzoso silencio, no exento de profunda ignorancia. Aparte de las tropas de Marina aportadas a los diferentes ejércitos en lucha, así como los importantísimos armamentos de nuestras fábricas y arsenales, para nada se comenta la toma de la escuadra del almirante Rosily en la bahía de Cádiz, cuyo acopio de cañones, pólvora y fusilería fue de enorme importancia para el ejército del general Castaños, que batió en Bailén a los franceses.

Ese silencio es más incomprensible todavía cuando se omite la tremenda importancia que presentó mantener libre la isla gaditana, empresa naval en un elevadísimo porcentaje. Como he expuesto en esta obra, ya era un objetivo de primer orden que el Gobierno de la España que clamaba por los derechos de don Fernando pudiera asentarse en la península en tierra no hollada por el francés y ser oída su voz por las potencias europeas. Pero al mismo tiempo esa puerta abierta a la mar presentó un factor de la máxima trascendencia, porque a través de su puerto llegaron los necesarios caudales, tropas y armamentos que se distribuían por los diferentes frentes de la geografía ibérica.

Me siento orgulloso de poder escribir este epílogo histórico que haga un poco de justicia a esa institución, la Armada, que dio todo lo que tenía y un poco más, una labor silenciada en nuestras obras históricas con porcentajes humillantes. Posiblemente, muchos autores olvidan que si descubrimos medio mundo y mantuvimos un colosal imperio ultramarino durante tres siglos fue gracias a la abnegación y permanentes servicios de los miembros de la Real Armada, desconocidos en general para el español de a pie. Y como prueba irrefutable podemos comprobar que lo perdimos cuando la Armada

prácticamente desapareció. Fue entonces cuando las mentes sabias en la Corte celebraban en risas aquella maléfica frase que mucho dice de su nivel político e intelectual: La Marina, poca y mal pagada.

Después de todo, cumpla una de las misiones que me impuse al comenzar esta colección de novela histórica naval. Que de forma amena y divertida, pero con el máximo rigor, los lectores puedan conocer los detalles más importantes y novedosos de la historia naval española, que, no debemos olvidar, es una parte riquísima y señalada de la historia de España.

Cartagena, a 23 de junio de 2007

Notas

[1] Galones en las bocamangas o puños. <<

[2] El capitán general de la Armada, don Antonio Valdés y Fernández Bazán, antiguo y prestigioso secretario de Marina e Indias, era por aquellos días el presidente de la Junta de León y Castilla, con sede en Ponferrada. <<

[3] Ministro de Marina. <<

[4] Actual ciudad de San Fernando. <<

[5] Se entendía por arrecife la carretera o calzada que unía Cádiz con la Real Isla de León. <<

[6] Se entendía por armadillas o fuerzas sutiles las compuestas por lanchas, botes, falúas, místicos, tartanas, balandras y todo elemento menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formadas en divisiones, habían sido utilizadas con éxito en la defensa de la bahía gaditana en ocasiones anteriores, así como en el ataque para rendir a la escuadra del almirante Rosily, el 14 de junio de 1808. <<

[7] Reclutamiento de marinería. <<

[8] Se entiende en la mar como *derrota* el camino que debe recorrer un buque para dirigirse de un punto a otro. <<

[9] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme o Costafirme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mismo mar. Se empleó durante varios siglos y aún hoy no se halla del todo en desuso para designar la costa de la Venezuela actual. <<

[10] Palo mesana, el situado más a popa, de reducido tamaño. <<

[11] Oficial del Cuerpo General. <<

[12] Joven que embarcaba en los bajeles de guerra como aspirante o meritorio para optar al primer grado en el servicio de la Armada. No gozaba de sueldo ni uniforme, pero sí de alguna gratificación para la mesa. Debía alternar con los guardiamarinas. También servían en tal condición, durante un tiempo determinado, oficiales con mermas en sus hojas de servicio o necesidad de aclarar conductas poco honrosas. <<

[13] Embarcación más pequeña que la fragata, pero en todo semejante a ella.
<<

[14] Se entiende como navegar en conserva cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros, que le ofrecen la necesaria protección. <<

[15] En la Armada se denominaba tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reservaba para la ttopa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la dotación. <<

[16] Efecto de bornear, girar el buque sobre el cable de las anclas fondeadas.
<<

[17] La escala de los vientos en esos años corría de menor a mayor fuerza por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina o fresquito, fresco (de todas las velas), frescachón (sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[18] Lo que hoy en día denominaríamos como jefe de estado mayor. <<

[19] Se denominaba puente, andana o batería al conjunto de cañones corridos en una cubierta de proa a popa. Un tres puentes se refiere a un navío con tres baterías, aunque la mayor parte solamente disponían de dos. <<

[20] Se llamaba paje de escoba al muchacho de ocho a catorce años que embarcaba en los buques de la Armada para aprender el oficio de marinero y acceder al puesto de grumete pasados los años. En principio, se ejercitaba en barrer cubiertas. <<

[21] En el caso de fragatas y corbetas, era el espacio comprendido entre la cubierta del sollado y la de la batería. <<

[22] En los navíos de tres puentes se denominaba, en tono de chanza, como cubierta real o del altísimo la correspondiente a la cámara del general. <<

[23] Apelativo utilizado normalmente para designar a las fragatas. <<

[24] Además del bauprés, palo lanzado hacia proa con severa inclinación, se disponía de tres más, que de proa a popa recibían el nombre de trinquete, mayor y mesana. <<

[25] Plantilla con la cual los carpinteros fabrican todas las cuadernas, desde la cuadra a la mura, teniendo en sus extremos las marcas de lo que deben aumentar o disminuir a cada una de ellas. <<

[26] Una mezcla de los antiguos oficiales de la Maestranza y los actuales suboficiales. <<

[27] Nombre que se aplicaba a una clase de *contramaestres*, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como terceros contramaestres dentro de los oficiales de Mar. <<

[28] El calibre de los cañones se medía por el peso de la bala que lanzaban, expresado en libras. De esta forma, los había de a 36, a 24, a 18, a 12, a 10, a 8, a 6 y a 4. <<

[29] A partir de los últimos años del siglo XVIII las llaves de fuego de chispa fueron sustituyendo al clásico botafuego de mecha. <<

[30] Recipientes de vidrio rellenos de pólvora a los que se amarraba en su parte central y más estrecha una larga mecha. Al impactar contra la cubierta, derramaba la pólvora, que se inflamaba. <<

[31] Las camisas de fuego se formaban por un cuadrilongo rectangular de lona embreada o alquitranada, con mixtos y pólvora, utilizadas para incendiar las unidades enemigas. <<

[32] Escorbuto. <<

[33] Parte del costado del buque que se encuentra en contacto con la mar. La obra muerta queda por encima de la línea de flotación. <<

[34] Las corbetas armaban aparejo de fragata, con escasas variaciones. <<

[35] Relingar o cordear, es decir, coser relingas a las velas. <<

[36] Vela triangular que se larga sobre los juanetes altos con vientos bonancibles, cazando dos de sus puños en sus penoles y el tercero a besar el tope. También se los conocía como rasca-nubes. <<

[37] Vela triangular de menor tamaño que el foque que se amura en el segundo botalón del bauprés y se iza en la encapilladura del mastelero del juanete de proa. <<

[38] Maromas o cabos de cáñamo muy gruesos, que asidos al ancla sirven para amarrar el buque en un fondeadero. <<

[39] Se enriende por ajustar unir dos cabos por sus extremos, bien con costuras o con nudos. En este último caso, se denomina con gorupo. <<

[40] Orificios realizados en los maderos entre la roda y el tajamar, que servían de excusados a la dotación. <<

[41] Barril que hace la cuarta parte de un tonel. <<

[42] Longitud del buque de proa a popa. <<

[43] Extremo o punta de todo cabo. <<

[44] Galones. <<

[45] A partir del empleo de alférez de fragata, se usaban las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente, sobre el hombro izquierdo. <<

[46] Embarcación o batea de fondo llano y poco calado que se usaba para transportar mercancías en los arsenales o incluso dar la quilla a los buques cobrando de sus aparejos, afirmados en los palos. <<

[47] Se entendía a bordo como *dar cañón* a la pena de azotes, porque normalmente, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se aplicaban al penado de bruces, amarrado a una pieza artillera. <<

[48] Se denomina al viento por el anca cuando ataca al barco por su aleta, es decir, entre su través y popa. <<

[49] Viento que en la estadía de fuerza se sitúa entre el frescachón y el ventarrón. <<

[50] Se denomina *capa*, *capear*, *en capa* o *a la capa* cuando se dispone el aparejo de forma que por conveniencia o precisión se desee que el buque ande poco o retroceda lo inevitable, bien en situación de temporal o por necesidad de esperar otra unidad. <<

[51] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[52] Un buque es ardiente cuando es propenso a girar hacia el viento o partir el puño. <<

[53] Antigua voz o tratamiento del contramaestre. <<

[54] Antigua levenda marinera que habla de los poderes del dios Neptuno hasta hacer que un buque quede prendido por su orden en un meridiano determinado, sin poder atravesarlo. <<

[55] Máquina de armazón tuerte y sólida madera, cilíndrica y cónica, que gira sobre un eje vertical por medio de barras o palancas. Envolviendo en su cuerpo maromas o cables, se utiliza para llevar a cabo grandes esfuerzos, como levar las anclas, izar pesos, cobrar de estachas, etc. <<

[56] *Arriba y clara*, voz que se da desde proa al observar el ancla salir a superficie sin impedimentos añadidos. <<

[57] Las cuatro anclas con las que contaban los buques de cierto porte se denominaban, de mayor a menor peso, como ancla de la esperanza o formaleza, ancla del ayuste o de uso, ancla cuarta o de respeto y ancla sencilla o de leva. <<

[58] Como una cuarta (cada uno de los 32 rumbos o vientos en que se divide una rosa náutica) alcanza los $11^{\circ} 25'$, la proa ordenada es una cuarta desde el noroeste hacia el oeste, es decir, al rumbo $303^{\circ} 75'$. No obstante, en la época se ajustaban marcaciones y rumbos a la cuarta solamente. <<

[59] Mientras por *mayores* se entendían las primeras y principales velas de cada palo (trinquete, mayor y cangreja), las gavias se refieren a las segundas en orden (velacho, gavia y sobre-mesana). <<

[60] Se decía a bordo *trinquete en callones* cuando se utilizaba uno más pequeño que el ordinario para correr el temporal. <<

[61] Capaz de navegar contra el viento formando un ángulo pequeño, de tres a cuatro cuartas. <<

[62] Documento en el que se expone la situación del buque —dotación, aparejo, pertrechos, armamento, etc.— en el momento de su salida a la mar, en determinadas fechas o cuando así lo requiere el mando. <<

[63] Armazón de arboladura y aparejo provisional. <<

[64] En este caso debe entenderse en la versión de pontón de depósito, es decir, buques viejos, normalmente navíos o fragatas, que, amarrados de firme o en cuatro en los arsenales y puertos, se utilizan como almacén de efectos, así como depósito de gentes y prisioneros en tiempos de guerra. <<

[65] Cada uno de los cabos gruesos con que se sujeta un palo o mastelero por una y otra banda. <<

[66] Apelación utilizada normalmente para designar a los navíos de dos puentes y 74 cañones. <<

[67] Se denomina al viento *por el anca* cuando ataca al barco por su aleta, es decir, entre su través y popa. <<

[68] Las velas. <<

[69] Tomar el punto es establecer la situación geográfica en que se encuentra la embarcación. <<

[70] Rumbo de ceñida máxima, es decir, navegar contra el viento con el menor ángulo posible. <<

[71] Se entiende por *orzar* llevar la proa del buque hacia barlovento (de donde proviene el viento). <<

[72] Medida de distancia equivalente a la décima parte de una milla, 185 metros. <<

[73] Debe entenderse como amurados a babor, es decir, con los puños de las velas afirmados a dicha banda, que suele ser la de barlovento. <<

[74] En esos años, las demoras se contaban desde el punto cardinal más cercano. En este caso, 10 grados desde el norte hacia el oeste, lo que hoy marcaríamos como al 350°. <<

[75] La legua marina equivale a tres millas. <<

[76] Debe entenderse como faja de rizos, forma habitual de disminuir la superficie de una vela, acordonando cada uno de los rizos de una andana o fila. <<

[77] Se denomina a un cable como *lavado* cuando está muy usado, ha dado de sí y tiene gastados los hilos exteriores. <<

[78] Abrigo o resguardo. <<

[79] Cerco cuadrangular de barrotes clavados en la cubierta, para ser utilizados como depósito de municiones. <<

[80] Se entiende por *cuadrante* cada uno de los que se consideran en el horizonte entre cualesquiera de los cuatro puntos cardinales. Se denominan primero, segundo, tercero y cuarto, a contar desde el Norte hacia el Este. <<

[81] Denominación que recibe el viento sur en algunas zonas de España. <<

[82] Se entiende como *viento de botalones* al bonancible que permite dar las alas (velas superiores que se largan por medio de botalones desde sus vergas respectivas). <<

[83] Pequeña embarcación construida a tingladillo, muy calada a popa, tres palos y velas tarquinas o al tercio, sobre las que se despliegan unas gavias volantes. <<

[84] Se entiende por *matalote* al buque que antecede y al que sigue inmediatamente a otro en una línea o columna. <<

[85] Viento del noroeste. <<

[86] Marinero o grumete destinado de guardia en los topes de los palos, para descubrir los objetos que aparezcan por el horizonte a mayor distancia. <<

[87] Un buque se encuentra *tanto avante* con cualquier objeto o punto determinado en su navegación cuando se halla en la perpendicular dirigida desde este al rumbo que se sigue. <<

[88] Debe entenderse como una velocidad de cuatro nudos, es decir, cuatro millas a la hora. <<

[89] Antigua acepción para denominar el barlovento. <<

[90] Se entiende por moco cada una de las perchas hechas firmes en vertical por su extremo superior al tope o al tamborete del bauprés. Por extensión, se denomina como *trapo en los mocos* las velas que se despliegan en las vergas del bauprés, es decir, las cebaderas y contracebaderas. <<

[91] Madero que conforma con mayor o menor composición la proa de las embarcaciones. <<

[92] En este caso se refiere a arbolar de nuevo el mastelero. <<

[93] Se entiende por *latino* al buque y al aparejo que incorpora velas triangulares envergadas en entenas, velas que también reciben el nombre de latinas. <<

[94] Extremos de las vergas (palos donde se envergan las velas, normalmente perpendiculares a los palos maestros). <<

[95] Se denomina *combate a tocapenos* aquel que tiene lugar a tan escasa distancia que los extremos de las vergas (penoles) podrían llegar a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate a muy corta distancia. <<

[96] Parte más alta de la popa en figura curva. <<

[97] Aunque fuesen muchos los diferentes palmos utilizados como unidad de medida, los pesqueros mediterráneos solían emplear uno con equivalencia aproximada a los 21 centímetros. <<

[98] Nombre que recibe el viento del sudeste en el mediterráneo. <<

[99] Ministro de Marina. <<

[100] Se entiende por arpeo un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[101] Sin velas. <<

[102] Palancas de madera utilizadas por los artilleros para orientar los cañones.

<<